Julie Orringer

El puente invisible



A los hermanos Zahav

O tempora! O mores! O mekkora nagy góresz.
¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! ¡Oh qué gran desastre!

El Ranúnculo, un periódico del Servicio de Trabajo Húngaro, Campo de trabajos forzados de Bánhida, 1939

Desde Bulgaria rotundos cañonazos retumban,
alcanzan la cresta de la montaña, vacilan y caen.
Un cúmulo acartonado de pensamientos, animales, carros y hombres;
relinchando, la carretera se encabrita; el cielo corre con sus crines.
En ese caos de movimiento estás en mí, permanente,
en mi conciencia resplandeces, para siempre olvidado y mudo
el movimiento, como un ángel sobrecogido por el gran carnaval de la muerte,
o un insecto en el corazón podrido de un árbol preparando su funeral.

MIKLÓS RADNÓTI, «Postales fotográficas»,
escrita a su esposa durante la marcha fúnebre desde Heidenau, 1944

Es como
si yaciera
bajo un cielo bajo
y respirara
por el ojo de una aguja.

W. G. SEBALD,
Sin contar

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

La rue des Écoles

OceanofPDF.com

1

Una carta

Años después le diría a ella que su historia empezó en la Ópera Nacional de Hungría la noche antes de que se marchara a París en el Western Europe Express. El año era 1937; el mes, septiembre, y la noche, más fría de lo que correspondía a la estación. Su hermano se había empeñado en llevarlo a la ópera como regalo de despedida. La obra era *Tosca* y sus asientos estaban en el gallinero. No eran para ellos las puertas de entrada con tres arcos de mármol ni la fachada con columnas corintias y entablamiento heroico. La suya era una humilde entrada lateral con un portero de cara rubicunda, un suelo de madera rayada y paredes cubiertas de carteles de óperas medio despegados. Chicas con vestidos por la rodilla subían por la escalera cogidas del brazo de jóvenes con trajes gastados; unos jubilados discutían con sus esposas de cabellos canos mientras subían fatigosamente los cinco tramos de la estrecha escalera. En lo alto, un alegre barullo: un salón de descanso revestido de espejos, con bancos de madera, el aire turbio por el humo del tabaco. La puerta del otro extremo daba a la sala de conciertos, una gran caverna con luz eléctrica, un fresco de inmortales griegos en el techo y balcones decorados con volutas doradas. Andras nunca había esperado ver una ópera allí, y no la habría visto de no haber comprado Tibor las entradas. En opinión de este, toda estancia en Budapest debía incluir al menos una velada de Puccini en la Operaház. Tibor se inclinó sobre la barandilla para indicarle el palco del almirante Horthy, que aquella noche solo ocupaba un general anciano con una chaqueta de húsar. Mucho más abajo, unos acomodadores con esmoquin acompañaban a hombres y mujeres a sus butacas; los hombres con traje de etiqueta, las mujeres con el cabello centelleante de joyas.

—Ojalá Mátyás pudiera ver esto —dijo Andras.

—Lo verá, Andráska. Vendrá a Budapest cuando termine el bachillerato y al cabo de un año estará harto de este sitio.

Andras no pudo menos de sonreír. Él y Tibor se habían mudado a Budapest tras finalizar sus estudios en el *gimnázium* de Debrecen. Ambos se habían criado en Konyár, un pueblecito de la llanura oriental, y al principio la capital les había parecido el centro del mundo. Ahora Tibor pensaba ir a estudiar a una facultad de medicina de Italia, y Andras, que solo llevaba un año en la ciudad, se marchaba al día siguiente para estudiar en París. Hasta que recibieron la noticia de la École Spéciale d'Architecture, todos pensaban que Tibor sería el primero en marcharse. Desde hacía tres años trabajaba de dependiente en una zapatería de Váci utca, ahorraba para sus estudios y leía manuales de medicina por la noche como si le fuera la vida en ello. Cuando Andras había ido a vivir con él un año antes, la partida de Tibor parecía inminente. Ya había aprobado los exámenes y presentado la solicitud a la facultad de medicina de Módena. Creía que tardaría seis meses en recibir la confirmación y su visado de estudiante. Sin embargo, en la facultad de medicina lo pusieron en una lista de espera para estudiantes extranjeros y le dijeron que iban a pasar otro par de años antes de que pudiera matricularse.

Tibor no hablaba de su situación desde que Andras sabía lo de la beca, ni mostraba el menor asomo de envidia. Al contrario, había comprado aquellas entradas para la ópera y ayudado a su hermano a ultimar los preparativos. Mientras la luz se atenuaba y la orquesta empezaba a tocar, a Andras le asaltó una sensación de vergüenza: aunque sabía que se habría alegrado por Tibor si la situación hubiera sido al revés, sospechaba que le habría costado mucho disimular la envidia.

Un hombre alto y flaco, con el pelo blanco y reluciente, salió por una puerta lateral del foso de la orquesta y se encaminó hacia un haz de luz. El público gritó entusiasmado mientras el hombre subía al podio. Tuvo que saludar tres veces y levantar las manos en señal de rendición antes de que se hiciera el silencio; entonces se volvió hacia los músicos y alzó la batuta. Tras un momento de silencio estremecedor, una tormenta de música emergió de los instrumentos de viento y cuerda y penetró en el pecho de Andras, llenándole la caja torácica hasta dejarlo casi sin aliento. El telón de terciopelo se alzó para dejar ver el interior de una catedral italiana, con todos los detalles representados con perfecta minuciosidad. Los vitrales irradiaban luz roja y azul, y un fresco a medio terminar de María

Magdalena resaltaba fantasmagórico en una pared enyesada. Un hombre con el atuendo carcelario de rayas se coló a hurtadillas en la iglesia y se ocultó en una de las capillas a oscuras. Entró un pintor para trabajar en el fresco, seguido de un sacristán empeñado en que recogiera sus pinceles y trapos antes de que comenzara la misa siguiente. A continuación entró Tosca, la diva de la ópera, la modelo de María Magdalena, con la falda color carmín arremolinándose en los tobillos. La canción se elevó y quedó suspendida en la cúpula pintada de la Operaház: la voz de tenor, como el sonido de un clarinete, del pintor Cavaradossi, el bajo rotundo del fugitivo Angelotti, el cálido albaricoque de soprano de Tosca, la diva ficticia, interpretada por Zsuzsa Toronyi, la diva húngara de carne y hueso. El sonido era tan consistente, tan tangible, que a Andras le pareció que si estiraba la mano por encima de la barandilla podría cogerlo a puñados. Pensó que el propio edificio se había convertido en un instrumento: la arquitectura expandía el sonido y lo completaba, lo amplificaba y contenía.

—Nunca olvidaré esto —susurró a su hermano.

—Más te vale —susurró Tibor a su vez—. Espero que me lleves a la ópera cuando vaya a verte a París.

En el intermedio tomaron una tacita de café en el salón de descanso y comentaron lo que habían visto. ¿La negativa del pintor a traicionar a su amigo era un acto de lealtad altruista o una fanfarronada para la glorificación personal? ¿Su capacidad de soportar la tortura que vino a continuación debía interpretarse como una sublimación de su amor sexual por Tosca? ¿Habría esta apuñalado a Scarpia si su profesión no le hubiera instruido tan bien en las formas del melodrama? La conversación les producía un placer agridulce. De niño Andras había pasado horas escuchando a Tibor hablar de filosofía, deporte o literatura con sus amigos, y había suspirado por que algún día pudiera decir algo que su hermano considerara ingenioso o incisivo. Ahora que él y Tibor eran iguales, o más o menos iguales, Andras estaba a punto de marcharse, de subir a un tren que le llevaría a miles de kilómetros de distancia.

—¿Qué sucede? —preguntó Tibor poniéndole la mano en el brazo.

Andras tosió y apartó la mirada.

—Demasiado humo —dijo, y se ruborizó.

Se sintió aliviado cuando las luces parpadearon para indicar el final del intermedio.

Después del tercer acto, una vez concluidos los innumerables saludos —los difuntos Tosca y Cavaradossi milagrosamente resucitados, el malvado Scarpia sonriendo como un buenazo al recoger un gran ramo de rosas rojas —, Andras y Tibor se abrieron paso hacia la salida y bajaron por las atestadas escaleras. Fuera, por encima del resplandor de las luces de la ciudad, se veían unas pocas estrellas desperdigadas. Tibor cogió del brazo a su hermano y lo condujo hacia la parte del edificio que daba a Andrássy, donde los espectadores de la platea y el anfiteatro salían por los tres arcos de mármol de la imponente entrada.

—Quiero que veas el vestíbulo principal —dijo—. Le diremos al portero que nos hemos dejado algo dentro.

Andras lo siguió por la entrada principal hacia el vestíbulo iluminado por arañas, donde una escalera de mármol desplegaba sus alas hacia una galería. Por ella bajaban hombres y mujeres vestidos de etiqueta, pero Andras solo se fijaba en la arquitectura: las molduras de ovas y dardos en la escalera, la bóveda de cañón cruzada encima, las columnas corintias rosas que sostenían la galería. Miklós Ybl, un húngaro de Székesfehérvár, había ganado un concurso internacional para diseñar el teatro de la ópera. Cuando Andras cumplió ocho años, su padre le regaló un libro con los dibujos arquitectónicos de Ybl, y él había pasado muchas tardes estudiando aquel espacio. Rodeado por el público que se marchaba, contempló la bóveda, tan concentrado en conciliar aquella versión tridimensional con los dibujos lineales de su memoria que apenas se percató de que alguien se detenía ante él y le hablaba. Tuvo que pestañear y esforzarse por fijar la mirada en la persona, una mujer corpulenta y dulce con un abrigo de marta cibelina que parecía pedirle algo. Él hizo una inclinación y se apartó para dejarla pasar.

—No, no —dijo ella—. Está donde quiero que esté. ¡Qué suerte haber tropezado con usted aquí! No habría sabido cómo encontrarle.

Andras trató de recordar dónde y cuándo había conocido a aquella mujer. En su cuello centelleaba un collar de diamantes, y por debajo del abrigo asomaba la falda de un vestido de seda rosa; sus cabellos oscuros estaban recogidos en un casquete de rizos prietos. La mujer lo tomó del brazo y lo condujo hacia los escalones de la entrada del teatro.

—Es usted el del banco del otro día, ¿verdad que sí? —dijo—. Usted es el del sobre con los francos.

Por fin la reconoció: era Elza Hász, la esposa del director del banco. Andras la había visto algunas veces en la gran sinagoga de Dohány utca, adonde él y Tibor iban de vez en cuando al servicio de los viernes por la noche. Unos días atrás él la había empujado sin querer cuando ella cruzaba el vestíbulo del banco; la mujer había dejado caer la sombrerera que llevaba, y a él se le había escurrido de la mano el sobre de los francos. El sobre se había abierto y había dejado salir los billetes verde y rosa, que habían caído a los pies de ella como confeti. Andras había limpiado la sombrerera y se la había devuelto, y después la había visto desaparecer por una puerta con la palabra PRIVADO.

—Debe de tener la edad de mi hijo —prosiguió ella—. Y a juzgar por los billetes que llevaba, diría que se va a estudiar a París.

—Mañana por la tarde —dijo él.

—Debe hacerme un gran favor. Mi hijo está estudiando en la Beaux -Arts y me gustaría que le llevara un paquete. ¿Sería un inconveniente para usted?

Andras tardó en responder. Acceder a llevar a París un paquete para alguien significaba que se marchaba de verdad, que iba a dejar atrás a sus hermanos, sus padres y su país para adentrarse en la inmensa y desconocida Europa occidental.

—¿Dónde vive su hijo? —preguntó.

—En el Quartier Latin, por supuesto —respondió ella entre risas—.

En una buhardilla de pintor, no en una villa espléndida como nuestro Cavaradossi. Aunque dice que tiene agua caliente y vistas al Panteón. ¡Ah, ahí viene el coche! —Un sedán gris se detuvo junto al bordillo y la señora Hász levantó el brazo para hacer señas al chófer—. Venga a verme mañana antes de mediodía, en el veintiséis de Benczúr utca. Lo tendré todo preparado.

—Se apretó más el cuello del abrigo y corrió hacia el coche sin volverse a mirar a Andras.

—¡Vaya! —dijo Tibor, que se puso a su lado en los escalones—. ¿Vas a contarme de qué iba esto?

—Voy a ser un mensajero internacional. Madame Hász quiere que le lleve un paquete a su hijo, que vive en París. Nos conocimos el otro día en el banco, cuando fui a cambiar pengos por francos.

—¿Y has aceptado?

—Sí.

Tibor suspiró y apartó la vista hacia los tranvías amarillos que pasaban por el bulevar.

—Esto va a ser de lo más aburrido sin ti, Andráska.

—Tonterías. Estoy convencido de que tendrás una novia en menos de una semana.

—Sí, claro. A las chicas les vuelven locas los dependientes de zapatería sin blanca.

Andras sonrió.

—¡Por fin un poco de autocompasión! Empezaba a cogerte manía por ser tan generoso e imperturbable.

—No lo creas. Te mataría por marcharte. Pero ¿qué ganaría? Entonces ninguno de los dos iría al extranjero. —Sonrió, pero la expresión de sus

ojos era seria tras las gafas de montura plateada.

Enlazó su brazo en el de Andras y bajó con él por los escalones, tarareando unos compases de la obertura. Estaban a solo tres travesías de su piso de Hársfa utca. Cuando llegaron a la entrada se detuvieron para tomar una última bocanada de aire nocturno antes de subir. El cielo por encima de la Operaház era de un naranja pálido por la luz reflejada, y las campanas de los tranvías resonaban en el bulevar. En la penumbra, a Andras le pareció que Tibor era tan apuesto como una estrella de cine, con el sombrero ladeado de una forma atrevida y el fular de seda blanca echado sobre un hombro. En ese momento parecía un hombre dispuesto a iniciar una vida emocionante y poco convencional, un hombre mejor preparado que él para bajarse de un vagón de tren en un país extranjero y reclamar su lugar en él. Parpadeó y sacó la llave del bolsillo, y al cabo de un minuto estaban los dos corriendo escaleras arriba como colegiales.

La señora Hász vivía cerca del Városliget, el parque de la ciudad, con su castillo de cuento y sus inmensos baños rococó al aire libre. La casa de Benczúr utca era una villa de estilo italiano, con enlucido de estuco amarillo pálido, rodeada por tres lados por jardines ocultos; por encima del muro de piedra blanca asomaban rosales sostenidos por rodrigones. Andras distinguió el débil borbolleo de una fuente y el sonido de un rastrillo de jardinero. Le extrañó que unos judíos vivieran allí, pero había un *mezuzah* clavado en el marco de la puerta: un cilindro plateado envuelto en hiedra dorada. Cuando pulsó el timbre, sonó una campanada de cinco notas en el interior de la casa. Después se oyó un repiqueteo de tacones sobre mármol, seguido del ruido de unos gruesos cerrojos al abrirse. Una criada de cabello cano abrió la puerta y lo invitó a pasar. Andras entró en un vestíbulo abovedado con suelo de mármol rosa y una mesa de marquetería con un manojo de calas en un jarrón chino.

—Madame Hász está en el salón —dijo la criada.

Andras la siguió por el vestíbulo y un pasillo abovedado. Se pararon ante una puerta al otro lado de la cual se oían voces femeninas que subían y bajaban de tono. No acertaba a distinguir las palabras, pero era evidente que estaban discutiendo: una voz se elevó hasta llegar al cenit y disminuyó de volumen; otra, más tranquila que la primera, se alzó, porfió y se apagó.

—Espere un momento —indicó la criada antes de entrar para anunciar su llegada.

Cuando la mujer informó de la presencia de Andras, las voces intercambiaron otra breve andanada, como si la discusión tuviera algo que ver con él. La criada reapareció y lo invitó a entrar en una sala grande y luminosa que olía a tostadas con mantequilla y a flores. En el suelo había alfombras persas rosas y doradas; unas sillas de damasco blanco combinaban con un par de sofás de color salmón, y sobre una mesa baja descansaba un cuenco de rosas amarillas. La señora Hász se había levantado de su silla en el rincón. Sentada a un escritorio cerca de la ventana había una mujer mayor vestida de luto, con la cabeza cubierta con un chal de encaje. Tenía una carta lacrada en la mano; la dejó sobre una pila de libros y encima colocó un pisapapeles de cristal. La señora Hász cruzó el salón en dirección a Andras y le tendió la mano, grande y fría, para estrechar la suya.

—Gracias por venir —dijo—. Le presento a mi suegra, la señora Hász.

—Señaló con la cabeza a la mujer de negro. Esta era de constitución delicada, con la cara muy arrugada, que a Andras le pareció hermosa a pesar del aura de aflicción; sus grandes ojos grises irradiaban un dolor callado. Andras le hizo una reverencia y pronunció el saludo formal: *Kezét csókolom*; «le beso la mano».

La mujer mayor le devolvió el saludo.

—Así pues, ha aceptado llevar un paquete a József —dijo—. Es muy amable por su parte. Seguro que tiene mucho en que pensar.

—No es ninguna molestia.

—No le entretendremos —aseguró la más joven—. Simon está terminando de preparar el paquete. Mientras tanto, pediré que nos traigan algo de comer. Parece hambriento.

—Oh, no, por favor, no se moleste —repuso Andras.

De hecho, el olor a tostadas le había recordado que no había probado bocado en todo el día, pero le preocupaba que en aquella casa hasta el menor refrigerio exigiera una larga ceremonia cuyas reglas le fueran desconocidas. Además, tenía prisa: su tren salía al cabo de tres horas.

—Los jóvenes siempre tienen hambre —afirmó la señora Hász, y tras pedir a la criada que se acercara le dio unas instrucciones y le indicó que se fuera.

La señora mayor se levantó de la silla del escritorio e indicó a Andras que se sentara a su lado en uno de los sofás de color salmón. Andras tomó asiento, preocupado por si sus pantalones dejarían una marca en la seda; pensó que habría necesitado una vestimenta diferente para pasar una hora tranquilo en esa casa. Ella cruzó sus delgadas manos sobre el regazo y le preguntó qué iba a estudiar en París.

—Arquitectura —contestó él.

—Vaya. Entonces será compañero de József en la Beaux-Arts.

—Iré a la École Spéciale —repuso Andras—, no a la Beaux-Arts.

La más joven se sentó en el sofá de enfrente.

—¿La École Spéciale? —repitió—. No se la he oído mencionar a József.

—Es una escuela de formación más especializada que la Beaux-Arts —dijo Andras—, o eso tengo entendido. Estudiaré allí con una beca de la Izraelita Hitközség. Fue una feliz casualidad, de hecho.

—¿Una casualidad?

Y Andras se explicó: el director de *Pasado y Futuro,* la revista donde trabajaba, había presentado algunas de las portadas diseñadas por Andras en una exposición celebrada en París en la que se mostraba la obra de artistas jóvenes de Europa central. Las portadas habían sido elegidas y expuestas; un profesor de la École Spéciale que había visto la muestra preguntó por Andras. El director le contó que el joven quería ser arquitecto, pero que a los estudiantes judíos les resultaba difícil entrar en las facultades de

arquitectura de Hungría: un númerus clausus ya abolido, que en los años veinte había mantenido la cifra de estudiantes judíos en el seis por ciento, seguía planeando sobre las prácticas de admisión en las universidades húngaras. El profesor de la École Spéciale había escrito cartas y solicitado a la junta de admisiones que concedieran una plaza a Andras en el curso siguiente. La Asociación de la Comunidad Judía de Budapest, la Izraelita Hitközség, había abonado el dinero para la matrícula, el alojamiento y la manutención. Había sucedido todo en cuestión de semanas, y parecía que en cualquier momento los planes podían desbaratarse. Pero eso no había ocurrido y Andras se marchaba. Comenzaría las clases al cabo de seis días.

—Ah —dijo la señora más joven—. ¡Qué afortunado! ¡Y con una beca! —Pero al pronunciar las últimas palabras bajó la vista, y Andras experimentó la misma sensación que lo embargaba cuando era un colegial en Debrecen: una vergüenza repentina, como si le hubieran dejado en ropa interior. Algunas veces había pasado las tardes de los fines de semana en casa de otros niños que vivían en la ciudad, cuyos padres eran abogados o banqueros y que no tenían que hospedarse en casa de familias pobres; niños que dormían solos en su cama por la noche, llevaban camisas planchadas a la escuela y almorzaban en casa todos los días. Las madres de algunos de esos niños lo trataban con amabilidad y compasión; otras con cortesía y desagrado. En su presencia se había sentido igualmente desnudo. Se obligó a mirar a la madre de József mientras le decía:

—Sí, ha sido una suerte.

—¿Y en qué parte de París vivirá? —preguntó ella.

Andras se frotó las rodillas con las palmas de las manos, que tenía húmedas.

—En el Quartier Latin, supongo.

—Ya, pero ¿dónde se alojará cuando llegue?

—Supongo que preguntaré a alguien dónde alquilan habitaciones los estudiantes.

—Tonterías —intervino la señora mayor cubriéndole la mano con la suya —. Irá a casa de József, por supuesto.

La señora joven tosió y se arregló los cabellos.

—No deberíamos poner en un compromiso a József —dijo—. Tal vez no tenga sitio para un invitado.

—Oh, Elza, eres rematadamente esnob —replicó su suegra—. El señor Lévi está haciendo un favor a József. Seguro que József podrá prestarle su sofá durante un par de días al menos. Le mandaremos un telegrama esta misma tarde.

—Ya llegan los emparedados —anunció la más joven, claramente aliviada con la distracción.

La criada entró en el salón empujando el carrito del té. Además del servicio de té había una fuente de cristal con pie que contenía emparedados tan blancos que parecían hechos de nieve. Junto a la base había unas pinzas de plata en forma de tijera, como para dar a entender que aquella clase de emparedados no debían ser tocados por manos humanas. La señora mayor cogió las pinzas y depositó varios emparedados en el plato de Andras, más de los que este se habría atrevido a servirse. Al ver que la más joven cogía un emparedado sin la ayuda de cubiertos o pinzas, Andras se atrevió a comerse uno de los suyos. Era de queso cremoso con eneldo untado sobre pan blanco y tierno sin corteza. Unas rodajas de pimiento amarillo finas como el papel eran la única señal de que el emparedado se hubiera preparado dentro de los confines de Hungría.

Mientras la señora joven servía una taza de té a Andras, la mayor se acercó al escritorio y cogió una tarjeta blanca en la que pidió a Andras que escribiera su nombre y la información relativa a su llegada. Telegrafiaría los datos a József, quien le estaría esperando en la estación de París. Le ofreció una pluma de cristal con una plumilla de oro tan fina que a Andras le dio miedo utilizarla. Se inclinó sobre la mesa baja y apuntó la información en letra mayúscula, aterrado por la posibilidad de romper la plumilla o dejar caer una gota de tinta en la alfombra persa. Lo que sí se manchó fueron los dedos, de lo que solo se apercibió cuando miró su último

emparedado y vio que el pan estaba teñido de violeta. Se preguntó cuánto tardaría el tal Simon en aparecer con el paquete para József. Oyó un sonido de martillazos procedente del otro extremo del pasillo y confió en que estuvieran cerrando la caja.

A la señora mayor le complació ver que Andras se había terminado sus emparedados. Le dedicó su sonrisa teñida de aflicción.

—Así pues, será su primera vez en París.

—Sí —confirmó Andras—. Mi primera vez fuera del país.

—No permita que mi nieto le ofenda —dijo la mujer—. Es un buen chico cuando se le conoce.

—József es todo un caballero —afirmó la señora joven al tiempo que se ahuecaba la raíz de sus rizos apretados.

—Son muy amables al enviarle un telegrama —dijo Andras.

—No es nada —repuso la señora mayor. Anotó la dirección de József en otra tarjeta y se la dio a Andras. Poco después un hombre con librea de mayordomo entró en el salón con una enorme caja de madera en las manos.

—Gracias, Simon —dijo la señora joven—. Déjela aquí.

El hombre la depositó sobre la alfombra y se retiró. Andras miró el reloj dorado de la repisa de la chimenea.

—Gracias por los emparedados —dijo—. Debo marcharme.

—Espere un momento, por favor —dijo la señora mayor—. Querría pedirle que se llevara otra cosa. —Fue al escritorio y sacó la carta lacrada de debajo del pisapapeles.

—Disculpe, señor Lévi —dijo la joven. Se levantó, cruzó la habitación hacia su suegra y le puso una mano en el brazo—. Ya hemos hablado de esto.

—Entonces no me repetiré —repuso la señora mayor bajando la voz—. Haz el favor de apartar la mano, Elza.

La más joven negó con la cabeza.

—György estaría de acuerdo conmigo. No es prudente.

—Mi hijo es un buen hombre, pero no siempre sabe lo que es prudente y lo que no lo es —afirmó la señora mayor. Apartó suavemente el brazo de la mano de la mujer joven, volvió al sofá de color salmón y entregó el sobre a Andras. Tenía escritos un nombre, C. MORGENSTERN, y una dirección de París.

—Es un mensaje para un amigo de la familia —explicó la señora mayor con la mirada clavada en Andras—. Tal vez le pareceré excesivamente cauta, pero para ciertos asuntos no me fío del servicio de correos húngaro. Las cosas pueden perderse o caer en malas manos. —Mantuvo la mirada fija en Andras mientras hablaba, como si le estuviera pidiendo que no le preguntara a qué se refería ni qué asuntos podían ser tan delicados para exigir tal grado de cautela—. Si es tan amable, le agradecería que no lo comentara con nadie. Especialmente con mi nieto. Cuando llegue a París, compre un sello y échela en un buzón. Me hará un inmenso favor.

Andras se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Nada más fácil —dijo.

La nuera seguía rígida junto al escritorio, con las mejillas encendidas bajo la capa de polvos. Todavía tenía una mano sobre la pila de libros, como si pudiera hacer que la carta regresara y se posara de nuevo allí. Pero no había nada que hacer, en opinión de Andras; la señora mayor había ganado y la joven debía comportarse ahora como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal. La mujer recompuso su expresión y se alisó la falda gris antes de volver al sofá donde estaba sentado Andras.

—Bueno —dijo cruzando las manos—. Parece que hemos resuelto el asunto. Espero que mi hijo le ayude en París.

—Sí, gracias por todo —dijo Andras—. ¿Es esta la caja que quiere que me lleve?

—En efecto —contestó la señora joven señalándola con un gesto.

La caja de madera era lo bastante grande para contener un par de cestas de picnic. Cuando Andras la levantó, sintió un fuerte tirón en los intestinos. Dio unos pasos vacilantes hacia la puerta.

—Dios santo —exclamó la señora joven—. ¿Podrá con ella?

Andras asintió con la cabeza.

—Oh, no. Se va a deslomar. —Pulsó un timbre de la pared y Simon apareció poco después. Cogió la caja de manos de Andras y se dirigió hacia la puerta de la casa. Andras lo siguió, y la señora mayor lo acompañó hasta el camino de entrada, donde esperaba un largo coche gris. Por lo visto las señoras querían que regresara a casa en él. Era de fabricación inglesa, un Bentley. Andras esperaba que Tibor estuviera en casa para verlo.

La señora mayor le puso una mano en el brazo.

—Gracias por todo —dijo.

—No se merecen —repuso Andras, y se despidió con una inclinación.

La mujer le apretó el brazo y entró en casa; la puerta se cerró silenciosamente tras ella. Mientras el coche se alejaba, Andras se volvió para mirar el edificio. Observó las ventanas, sin saber muy bien qué esperaba. No vio movimiento alguno; ni cortinas que se apartaban ni el atisbo fugaz de una cara. Se imaginó a la señora joven regresando al salón con su muda frustración, y a la mayor retirándose más adentro tras aquella fachada de color mantequilla, entrando en una habitación cuyo excesivo mobiliario parecía sofocarla, una habitación cuyas ventanas no ofrecían una vista consoladora. Se volvió, apoyó un brazo sobre la caja destinada a József y dio su dirección de Hársfa utca por última vez.

OceanofPDF.com

2

El Western Europe Express

Por supuesto, contó a Tibor lo de la carta; no podría haber ocultado algo como eso a su hermano. En la habitación que compartían Tibor cogió el sobre y lo miró a contraluz. Estaba lacrado con una gota de cera roja en la que la señora Hász mayor había impreso su monograma.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Andras.

—Intrigas operísticas —respondió Tibor con una sonrisa—. El capricho de una anciana, unido a la paranoia por la poca fiabilidad del servicio de correos. El tal Morgenstern de la rue de Sévigné será un antiguo amante. Te apuesto lo que quieras. —Devolvió la carta a Andras—. Ahora tú ya formas parte de su romance.

Andras guardó la carta en un bolsillo de la maleta y se conminó a no olvidarla; si un antiguo amante la estaba esperando, sería cruel privarle de ella. A continuación repasó su lista por decimoquinta vez y vio que no le quedaba nada más por hacer, aparte de marcharse a París. Para ahorrarse el taxi, él y Tibor pidieron prestada en la tienda de ultramarinos una carretilla que empujaron, con la maleta de Andras y la enorme caja de József, hasta la estación de Nyugati. En la ventanilla de venta de billetes se produjo una discusión sobre el pasaporte de Andras, que por lo visto era demasiado nuevo para parecer auténtico; hubo que consultar a un agente de emigración y después a su superior y finalmente a un superintendente con el uniforme repleto de botones dorados, quien hizo una marca diminuta en el borde del pasaporte de Andras y regañó a los otros por haberle importunado. Minutos después de que el asunto se hubiera resuelto, Andras, al hurgar en su cartera de piel, dejó caer el pasaporte en el estrecho espacio que quedaba entre el andén y el tren. Un amable caballero les ofreció su paraguas; Tibor lo introdujo en el hueco y empujó el pasaporte hasta un lugar en el que podían alcanzarlo.

—Ahora sí parece auténtico —comentó al entregárselo a Andras. El pasaporte estaba sucio y rasgado en la esquina donde Tibor había clavado la

punta del paraguas. Andras se lo guardó en el bolsillo y los dos echaron a andar por el andén hacia la puerta del vagón de tercera clase, donde un revisor con gorra roja y dorada invitaba a subir a los pasajeros.

»Bueno —añadió Tibor—. Deberías buscar tu asiento. —Tenía los ojos húmedos tras las gafas. Puso una mano sobre el brazo de Andras—. En adelante no pierdas ese pasaporte.

—No lo perderé —aseguró Andras sin hacer ademán de subir al tren.

—Todos al tren —exclamó el revisor lanzando una mirada elocuente a Andras.

Tibor besó a su hermano en ambas mejillas y lo estrechó entre sus brazos durante un buen rato. Cuando eran niños y partían para asistir a la escuela, su padre solía ponerles una mano sobre la cabeza y recitar la oración del viaje antes de que subieran al tren; Tibor susurró aquellas palabras. «Que Dios guíe tus pasos hacia la tranquilidad y te mantenga alejado de las manos del enemigo. Que estés a salvo de todos los infortunios de esta tierra. Que Dios inspire piedad a los ojos de los que te miren.» Volvió a besar a Andras.

—Cuando regreses serás un hombre de mundo —dijo—. Un arquitecto. Me construirás una casa. Cuento con eso, ¿vale?

Andras no podía hablar. Soltó un largo suspiro y miró el suelo de hormigón del andén, donde habían quedado adheridas pegatinas de viaje en un despliegue multinacional. Alemania. Italia. Francia. El vínculo con su hermano era visceral, vascular, como si estuvieran unidos por el torso; la idea de subir a un tren que había de alejarlo de él le parecía tan terrible como dejar de respirar. Sonó el silbato del tren.

Tibor se quitó las gafas y se apretó la comisura de los ojos.

—Ya está bien —dijo—. Pronto volveremos a vernos. Vete.

Después de anochecer Andras miró por la ventanilla mientras atravesaban una ciudad donde los rótulos de las calles y las tiendas estaban escritos en

alemán. El tren había cruzado la frontera sin que él se percatara; mientras dormía con un libro de poemas de Pet´ófi sobre las rodillas, habían dejado atrás Hungría y entrado en el anchuroso mundo. Se acercó al cristal con las manos a los lados de la cara y buscó austríacos en las estrechas calles, pero no vio ninguno; poco a poco las casas se volvieron más pequeñas y dispersas, y la ciudad dio paso a los campos. Graneros austríacos, meras sombras a la luz de la luna. Vacas austríacas. Una carreta austríaca, llena de heno plateado. A lo lejos, recortadas contra el cielo azul nocturno, las montañas de un azul más oscuro. Abrió la ventanilla unos centímetros; el aire era frío y olía a leña.

Tuvo la extraña sensación de no saber quién era, de haber salido del mapa de su propia existencia. Era lo contrario de lo que sentía siempre que viajaba hacia el este, desde Budapest a Konyár, para ver a sus padres; en aquellos viajes a su pueblo natal tenía la impresión de avanzar hacia su interior, hacia un núcleo esencial, como la miniatura del tamaño de un grano de arroz que había en el centro de la muñeca rusa que su madre tenía en el alféizar de la cocina. Pero ¿quién imaginaba él que era ahora ese Andras Lévi sentado en un tren que cruzaba Austria en dirección al oeste? Antes de partir de Budapest apenas si se había parado a pensar en lo mal preparado que estaba para una aventura como esta, un período de cinco años estudiando arquitectura en una universidad de París. En Viena o en Praga se las habría arreglado; siempre había tenido buenas notas en alemán, que estudiaba desde los doce años. Sin embargo, era París y la École Spéciale quienes lo reclamaban, y tendría que componérselas con sus dos años de francés medio olvidado. Sabía poco más que unos cuantos nombres de comidas, partes del cuerpo y adjetivos elogiosos. Como los demás alumnos del instituto de Debrecen, había memorizado las palabras francesas de las posturas sexuales que aparecían en unas fotografías antiguas que se pasaban de generación en generación: *croupade*, *les ciseaux*, *à la grecque*. Las estampas eran tan viejas y estaban tan manoseadas que las imágenes de las parejas entrelazadas parecían fantasmas plateados, y solo cuando se las colocaba en cierto ángulo bajo la luz. Aparte de eso, ¿qué más sabía de francés, o siquiera de Francia? Sabía que el país limitaba con el Mediterráneo por un lado y con el Atlántico por el otro. Sabía algo de los movimientos de tropas y las batallas de la Gran Guerra. Por supuesto, conocía las catedrales de Reims y Chartres; Notre-Dame, el Sacré-Coeur y

el Louvre. Eso era todo, con algún que otro hecho fragmentario. Durante las pocas semanas de que había dispuesto para preparar el viaje, había consultado una vez tras otra las páginas de su anticuado libro de frases útiles, comprado por cuatro chavos en una librería de viejo de Szent István körút. El libro debía de ser anterior a la Gran Guerra; ofrecía traducciones de frases como «¿Dónde puedo alquilar un tiro de caballos?» y «Soy húngaro, pero mi amigo es prusiano».

El fin de semana anterior, cuando había ido a Konyár para despedirse de sus padres, había confesado sus temores a su padre mientras paseaban por el huerto después de cenar. No había sido algo intencionado; los muchachos y el padre compartían tácitamente la idea de que, como hombres húngaros, no debían mostrar ningún signo de debilidad, ni siquiera en momentos críticos. Sin embargo, al caminar entre los manzanos, apartando los hierbajos que les llegaban hasta la rodilla, Andras se sintió impulsado a hablar. Se preguntó en voz alta por qué le habían elegido a él entre todos los artistas de la muestra de París. ¿Cómo había determinado la junta de admisión de la École Spéciale que él, en particular, merecía su atención? Aunque sus obras poseyeran un mérito especial, ¿quién podía asegurar que alguna vez volvería a crear algo semejante o, más aún, que sacaría provecho del estudio de la arquitectura, una disciplina diametralmente diferente de todo cuanto había hecho hasta entonces? En el mejor de los casos, dijo a su padre, era el beneficiario de una fe inmerecida; en el peor, un mero impostor.

Su padre echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿Un impostor? —repitió—. ¿Tú, que me leías en voz alta a Miklós Ybl cuando tenías ocho años?

—Una cosa es amar el arte, y otra ser un artista.

—Hubo una época en que los hombres estudiaban arquitectura simplemente porque era un objetivo noble —afirmó su padre.

—Hay objetivos más nobles. Las artes médicas, por ejemplo.

—Tu hermano posee talento para eso. Tú tienes tus propias aptitudes. Y ahora dispones de tiempo y dinero para desarrollarlas.

—¿Y si fracaso?

—¡Ah! Entonces tendrás una anécdota que contar.

Andras cogió del suelo una rama caída y la usó para apartar la hierba alta.

—Parece egoísta —dijo— ir a estudiar a París, y a expensas de otro.

—Irías a mis expensas si pudiera pagarlo, créeme. No quiero que pienses que es un acto egoísta.

—¿Y si este año vuelves a pillar neumonía? El almacén de madera no funciona solo.

—¿Por qué no? Tengo un capataz y cinco buenos serradores. Y Mátyás no está lejos si necesito más ayuda.

—¿Mátyás, ese cuervo escurridizo? —Andras negó con la cabeza —. Aunque lograran dar con él, seguro que no conseguirías hacerlo trabajar.

—Oh, claro que lo haría trabajar —afirmó su padre—, pero espero no tener que recurrir a él. A ese granuja le costará Dios y ayuda acabar el bachillerato, con todas las tonterías que ha hecho este último año. ¿Sabías que se ha unido a una especie de grupo de danza? Actúa por las noches en un club y se salta las clases de la mañana.

—Ya lo sabía. Razón de más para que no me vaya a estudiar tan lejos. Cuando Mátyás se traslade a Budapest, alguien tendrá que cuidar de él.

—No es culpa tuya que no puedas estudiar en Budapest —repuso su padre —. Estás a merced de las circunstancias. Sé algo de eso. Pero se hace lo que se puede con lo que se tiene.

Andras entendió qué quería decir su padre. Este había estudiado en el seminario teológico judío de Praga, y se habría convertido en rabino de no

haber sido por la muerte prematura de su padre; antes de cumplir treinta años había pasado por una serie de tragedias, suficientes para que un hombre más débil se entregara a la desesperación. Desde entonces su suerte había cambiado de tal modo que en el pueblo todos creían que el Todopoderoso se había compadecido de él y lo había favorecido. Pero Andras sabía que todo lo bueno que le había sucedido era el resultado de la obstinación y el trabajo esforzado.

—Es una suerte que vayas a París —dijo Béla—. Es mejor salir de este país, donde los judíos nos sentimos ciudadanos de segunda clase. Te aseguro que la situación no mejorará durante tu ausencia, aunque espero que tampoco empeore.

Ahora, mientras Andras avanzaba hacia el oeste en el vagón a oscuras, aquellas palabras resonaron en su cabeza; comprendió que bajo los temores que había expresado en voz alta subyacía otro. Recordó una noticia que había leído recientemente en el periódico sobre un hecho horrible acontecido pocas semanas antes en la ciudad polaca de Sandomierz: en plena noche habían roto los escaparates del barrio judío y lanzado al interior de los comercios pequeños proyectiles envueltos en papel. Cuando los tenderos los desenvolvieron, descubrieron que eran pezuñas de cabra. «Patas de judío», se leía en el envoltorio.

En Konyár no había sucedido nada parecido; judíos y no judíos habían convivido en relativa paz durante siglos. No obstante, las semillas estaban allí; Andras lo sabía. En la escuela primaria de Konyár sus compañeros le llamaban *Zsidócska*, «pequeño judío»; cuando iban todos a nadar, su circuncisión constituía una marca vergonzosa. Una vez lo inmovilizaron e intentaron meterle un pedazo de salchicha de cerdo entre los dientes apretados. Los hermanos mayores de esos niños habían atormentado a Tibor, y otros más jóvenes esperaban a Mátyás a la salida del colegio. ¿Cómo interpretarían esos chicos de Konyár, convertidos ahora en hombres, las noticias de Polonia? Lo que para él era una atrocidad podía parecerles justicia, o una especie de aval. Apoyó la cabeza contra el frío cristal de la ventanilla y miró el paisaje desconocido, sorprendido por lo mucho que se parecía a las llanuras donde había nacido.

En Viena el tren paró en una estación mucho más hermosa que cualquier edificio que hubiera visto Andras. La fachada, de diez pisos de altura, se componía de hojas de cristal sustentadas por una rejilla de hierro dorado; los soportes formaban volutas, un diseño de flores y querubines, una ornamentación que parecía más adecuada para un tocador que para una estación de ferrocarril. Andras se apeó y siguió el aroma del pan hasta un carro donde una mujer con un gorro blanco vendía *pretzels*. Sin embargo, esta se negó a aceptar sus pengos y sus francos. En alemán intentó explicar qué debía hacer Andras y le indicó un puesto de cambio de moneda, ante el cual había una cola que daba la vuelta a la esquina. El joven miró el reloj de la estación y después el montón de *pretzels*. Habían pasado ocho horas desde el festín de delicados emparedados en la casa de Benczúr utca.

Andras notó que alguien le tocaba el hombro y al volverse vio al caballero de la estación de Nyugati, el que había prestado su paraguas a Tibor para recuperar el pasaporte. El hombre vestía un traje de viaje gris y un abrigo ligero; sobre su chaleco brillaba una leontina de oro. Era alto, de torso fornido, cabellos morenos y ondulados, peinados hacia atrás, frente alta y abombada. Llevaba en la mano un maletín reluciente y un ejemplar de *La Revue du Cinéma*.

—Permita que le invite a un *pretzel* —dijo—. Tengo algunos chelines.

—Ya ha sido bastante amable —respuso Andras.

Aun así el hombre se adelantó y compró dos *pretzels*, y ambos se sentaron en un banco para comérselos. El caballero sacó del bolsillo un pañuelo con un monograma bordado y lo extendió sobre sus rodillas.

—Prefiero un *pretzel* recién hecho a lo que sirven en el vagón restaurante —comentó—. Además, los pasajeros de primera suelen ser unos pesados de primera.

Andras asintió y siguió comiendo en silencio. El *pretzel* todavía estaba caliente, y resultaba estimulante sentir la sal en la lengua.

—Veo que no se queda en Viena —observó el hombre.

—Voy a París —dijo Andras—, a estudiar.

El caballero volvió hacia Andras sus ojos rodeados de arrugas y lo escrutó durante unos instantes.

—¿Un futuro científico? ¿Un hombre de leyes?

—Arquitectura —contestó Andras.

—Muy bien. Una disciplina práctica.

—¿Y usted? —preguntó Andras—. ¿Cuál es su destino?

—El mismo que el suyo —respondió el hombre—. Dirijo un teatro en París, el Sarah-Bernhardt, aunque sería más correcto decir que el Sarah-Bernhardt me dirige a mí. Como una amante exigente, me temo. El teatro, ese sí es un arte poco práctico.

—¿Debe ser práctico el arte?

El hombre rió.

—No, por supuesto que no. —Y a continuación inquirió—: ¿Va al teatro?

—No tanto como quisiera.

—Entonces debe venir al Sarah-Bernhardt. Enseñe mi tarjeta en la taquilla y dígales que le envío yo. Diga que es un *compatriote* mío. —Sacó una tarjeta de una cajita de oro y se la dio a Andras. *Novak Zoltán, metteur en scène. Théâtre Sarah-Bernhardt.*

Andras había oído hablar de Sarah Bernhardt, pero sabía muy poco de ella.

—¿Madame Bernhardt actuaba allí? —preguntó—. ¿O… —agregó, con tono aún más vacilante— todavía actúa?

El hombre dobló el envoltorio de papel del *pretzel*.

—Actuó —dijo—. Durante muchos años. Entonces se llamaba Théâtre de la Ville. Pero eso fue antes de que yo llegara. Me temo que madame Bernhardt murió hace tiempo.

—Soy un ignorante —dijo Andras.

—Ni mucho menos. Me recuerda a mí mismo cuando era joven y viajé a París por primera vez. Le irá bien. Viene de una buena familia. Vi cómo se preocupaba su hermano por usted. Guarde mi tarjeta. Zoltán Novak.

—Andras Lévi. —Se estrecharon la mano y volvieron a sus vagones: Novak al coche-cama de primera clase, Andras a la comodidad relativa de la tercera clase.

Andras tardó dos días más en llegar a París, dos días durante los cuales tuvo que cruzar toda Alemania, adentrándose en el origen de los crecientes temores que se extendían por toda Europa. En Stuttgart sufrieron un retraso, un problema mecánico que hubo que solventar para que el tren pudiera proseguir el viaje. Andras estaba desfallecido de hambre. No tuvo más remedio que cambiar algunos francos por marcos y buscar algo para comer. En el mostrador de cambio una mujerona con la dentadura mellada y un uniforme gris le obligó a firmar un documento por el que se comprometía a gastar todo el dinero cambiado dentro de las fronteras de Alemania. Quiso entrar en una cafetería cercana a la estación para comprar un bocadillo, pero en la puerta había un pequeño rótulo escrito a mano en letras góticas que rezaba: NO SE ADMITEN JUDÍOS. Por el cristal de la puerta vio a una jovencita que leía una revista ilustrada detrás de la barra de los pasteles. Debía de tener quince o dieciséis años, llevaba un pañuelo blanco en la cabeza y una cadenita de oro al cuello. La muchacha levantó la vista y sonrió a Andras. Este retrocedió un paso, echó un vistazo a las monedas alemanas que tenía en la mano —en una cara, un águila con una esvástica en las garras; en la otra, el perfil bigotudo de Paul von Hindenburg— y miró de nuevo a la chica. Los *reichsmarks* no eran más que unas pocas gotas de sangre en el vasto sistema circulatorio de la economía del país, pero de repente lo acometió el deseo desesperado de deshacerse de ellos; no quería comer lo que pudiera comprar con ellos, aunque encontrara una tienda donde los *Juden* no fueran *unerwünscht*. Rápidamente, comprobando primero que nadie lo observaba, se arrodilló y arrojó las monedas en la boca

resonante de una alcantarilla. A continuación regresó al tren sin haber comido nada, y siguió hambriento los cien últimos kilómetros de territorio alemán. En el andén de la estación de una pequeña localidad alemana se agitaron banderas nazis con el rebufo del tren. La bandera roja ondeaba en los últimos pisos de los edificios y decoraba los toldos de las casas, y apareció en miniatura en las manos de un grupo de niños que desfilaban en el patio de una escuela junto a las vías. Cuando por fin cruzaron la frontera con Francia, Andras sintió como si llevara horas conteniendo la respiración.

Atravesaron campos ondulantes, pueblecitos de casas de madera, interminables y monótonas zonas residenciales y, por último, los barrios de la periferia de París. Eran las once de la noche cuando llegaron a la estación. Haciendo malabarismos con la bolsa de piel, el abrigo y la cartera, Andras recorrió el pasillo del vagón y bajó al andén.

En la pared, un mural de metro y medio de largo mostraba a unos jóvenes soldados de semblante serio, con los ojos rebosantes de determinación, que se marchaban a luchar en la Gran Guerra. De otra pared colgaban unas pancartas de tela que representaban una guerra más reciente, española, dedujo Andras por el uniforme de los soldados. Los altavoces difundían mensajes en francés; entre los viajeros del andén, el murmullo del francés y la cadencia musical del italiano se entrelazaban con los tonos más ásperos del alemán, el polaco y el checo. Andras miró a la multitud en busca de un joven con un abrigo caro que pareciera tratar de localizar a alguien. No había pedido una descripción o una fotografía de József. No se le había ocurrido que pudiera resultarles difícil encontrarse. Cada vez había más pasajeros en el andén y más parisinos que acudían a recibirlos, y József seguía sin aparecer. Entre el gentío Andras atisbó a Zoltán Novak; una mujer con un sombrero elegante y un abrigo con el cuello de piel lo rodeó con los brazos. Novak la besó y se alejó con ella del tren, seguido de los mozos de cuerda que llevaban su equipaje.

Andras recogió su maleta y la enorme caja para József. Esperó mientras la multitud se hacía aún más densa y finalmente empezó a disiparse. Ningún joven apresurado se acercó a él para introducirlo en la vida de París. Se sentó sobre la caja de madera, de repente desfallecido. Necesitaba un lugar donde dormir. Necesitaba comer. Miró a las luces de los coches que

pasaban por la calle al otro lado de la hilera de puertas señaladas con la palabra SORTIE. Transcurrió un cuarto de hora, y después otro, y József Hász seguía sin dar señales de vida.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la gruesa tarjeta donde la señora mayor había apuntado las señas de su nieto. Era la única dirección que tenía. Por seis francos consiguió que un mozo de cuerda con cara de morsa le ayudara a subir el equipaje y la enorme caja de József a un taxi. Dio las señas de József al conductor y se alejaron a toda velocidad en dirección al Quartier Latin. Durante el trayecto, el taxista no paró de hablar en francés con tono jocoso, sin que Andras entendiera una sola palabra.

Apenas se percató de los lugares por donde pasaban camino de la casa de József Hász. La niebla caía en oleadas sobre la luz de las farolas y hojas de árbol húmedas chocaban contra las ventanillas del taxi. Los edificios bañados en una luz dorada desfilaban vertiginosamente; las calles estaban llenas de noctámbulos, hombres y mujeres que caminaban con un brazo echado sobre los hombros de sus compañeros. El taxi cruzó a toda velocidad un río que debía de ser el Sena, y por un momento Andras se permitió imaginar que estaban cruzando el Danubio, que se hallaba de vuelta en Budapest y que en poco tiempo se encontraría en casa, en Hársfa utca, donde subiría por la escalera para meterse en la cama con Tibor. Entonces el taxi paró ante un edificio de piedra gris y el conductor bajó para descargar el equipaje. Andras buscó más dinero en el bolsillo. El taxista se llevó la mano a la gorra, cogió los francos que le tendía y dijo algo que sonó como la palabra húngara *bocsánat*, «lo siento», pero que después Andras sabría que era *bonne chance*. Luego el taxi se alejó y Andras se quedó solo en una acera del Quartier Latin.

OceanofPDF.com

3

El Quartier Latin

El edificio donde vivía József Hász era de bloques de arenisca de cantos afilados, seis pisos con largos ventanales y balcones de hierro ornamentado. Del último piso salía un estruendo de jazz trepidante; corneta, piano y saxofón se batían en duelo tras las ventanas iluminadas. Andras se encaminó hacia la puerta para llamar al timbre, pero la encontró abierta de par en par; en el vestíbulo, un grupito de chicas con vestidos de seda ceñidos bebían champán y fumaban cigarrillos con aroma a violetas. Apenas lo miraron mientras arrastraba el equipaje al interior y lo arrimaba a la pared. Con el corazón en un puño, se acercó a una de las jóvenes y le tocó el brazo. Ella lo miró con coquetería y arqueó una ceja pintada.

—¿József Hász? —preguntó Andras.

La chica levantó un dedo y señaló hacia lo más alto de la escalera ovalada.

— *Là bas* —dijo—. *En haut.*

Andras llevó a rastras el equipaje y la caja enorme al ascensor y subió hasta el último piso. Al salir se topó con un mar de hombres y mujeres, humo y jazz; por lo visto el Quartier Latin en pleno se había reunido en casa de József Hász. Después de dejar el equipaje en el rellano, cruzó la puerta abierta del piso y preguntó por Hász a varios juerguistas ebrios. Tras un recorrido laberíntico por habitaciones de techos altos, se encontró en un balcón con el mismísimo Hász, un joven alto y ágil con un batín corto de terciopelo. Hász miró a Andras con una expresión de aturdimiento inducido por el champán en sus grandes ojos grises, le preguntó algo en francés y alzó su copa.

Andras negó con la cabeza.

—Me temo que de momento tendrás que hablarme en húngaro —dijo.

József entornó los ojos.

—¿Y qué húngaro eres tú exactamente?

—Andras Lévi. El húngaro del telegrama de tu madre.

—¿Qué telegrama?

—¿No te ha mandado un telegrama tu madre?

—¡Oh, vaya, tienes razón! Ingrid me dijo que había llegado uno. —József le puso una mano en el hombro, se inclinó hacia la puerta del balcón y gritó —: ¡Ingrid!

Una chica rubia con un ceñido corpiño adornado con lentejuelas salió al balcón y apoyó una mano en la cadera. Siguió una conversación rápida en francés, y a continuación Ingrid sacó del escote un sobre de telegrama doblado. József lo rasgó, leyó el texto y miró a Andras, volvió a leerlo y le entró un ataque de risa.

—¡Pobre! —exclamó—. ¡Debería haber ido a recogerte a la estación hace dos horas!

—Eso esperaba.

—¡Te habrán entrado ganas de matarme!

—Todavía las tengo —repuso Andras. La cabeza estaba a punto de estallarle a causa de la música, le lloraban los ojos y las tripas le gruñían de hambre. Estaba claro que no podía quedarse en casa de József Hász, pero tampoco quería pensar en salir a buscar otro sitio donde pasar la noche.

—Bueno, de momento te ha ido muy bien sin mí —dijo József—. Ahora estás en mi casa, donde hay suficiente champán para toda la noche y abundancia de cualquier cosa que quieras, no sé si me entiendes.

—Lo único que necesito es un rincón tranquilo donde dormir. Dame una manta y ponme donde quieras.

—Me temo que aquí no hay rincones tranquilos —dijo József—. Tómate una copa. Ingrid te la servirá. Sígueme. —Tiró de Andras hacia el piso y lo dejó en manos de Ingrid, que encontró la que debía de ser la última copa limpia y la llenó hasta arriba de burbujeante champán para Andras. Ella se conformó con la botella; brindó por Andras, le dio un largo beso con sabor a humo, y lo llevó al salón, donde el pianista se arrancaba con una improvisación de «Downtown Uproar» y los allí reunidos se lanzaban a bailar.

Por la mañana despertó en un sofá junto a una ventana, con los ojos tapados con una camisa de seda, la cabeza como una masa de algodón, la camisa desabrochada, la chaqueta enrollada bajo la cabeza y el brazo izquierdo dormido. Alguien le había echado encima un edredón y había descorrido las cortinas; la luz del sol le daba en el torso. Clavó la vista en el techo, donde la espuma floral de un medallón de yeso se arremolinaba alrededor de la larga base de latón de una lámpara. De la base salía un grupo de ramas doradas de las que colgaban bombillas en forma de pequeñas llamas. «París», pensó, y se incorporó sobre los codos. La habitación estaba llena de los restos de la fiesta y olía a champán vertido y a rosas marchitas. Tenía un vago recuerdo de un largo *tête-à-tête* con Ingrid y luego de una competición para ver quién bebía más entre él, József y un norteamericano ancho de espaldas; no recordaba nada de lo sucedido después. Alguien había entrado su equipaje y la caja de József y los había dejado junto a la chimenea. A Hász no se le veía por ninguna parte. Andras se levantó del sofá y caminó tambaleante por el pasillo hasta un cuarto de baño de azulejos blancos, donde se afeitó en el lavabo y se bañó en una bañera con patas de león, de cuyo grifo salía directamente agua caliente. A continuación se puso una camisa, un pantalón y una chaqueta limpios. Mientras buscaba los zapatos en el salón, oyó que una llave se introducía en la cerradura. Era Hász, que entró con un periódico y una caja de una pastelería. Dejó el paquete, en una mesita baja y dijo:

—¿Levantado tan temprano?

—¿Qué es eso? —preguntó Andras mirando la caja atada con una cinta.

—La cura para tu resaca.

Andras la abrió y encontró media docena de pastas calientes envueltas en papel de cera. Hasta entonces no se había permitido pensar en el hambre que tenía. Se comió un cruasán de chocolate, y estaba dando cuenta del segundo cuando se acordó de ofrecer la caja a su anfitrión, quien la rechazó riendo.

—Hace horas que estoy levantado —dijo József—. Ya he desayunado y leído las noticias. España está destrozada. Francia sigue sin mandar tropas. Pero hay dos nuevas reinas de la belleza que compiten por el título de Miss Europa: mademoiselle De los Reyes, de España, una morena preciosa, y la misteriosa mademoiselle Betoulinski de Rusia. —Lanzó el periódico a Andras. Dos bellezas impresionantes y frías como el hielo, con vestidos de noche blancos, aparecían en sendas fotografías en portada.

—Me gusta De los Reyes —dijo Andras—. Qué labios.

—Diría que es de los nacionales —observó József—. Me gusta la otra.

Se aflojó el fular de seda naranja y se arrellanó en el sofá, con los brazos extendidos sobre el respaldo curvo.

—Mira cómo está esto —agregó—. Y la criada no viene hasta mañana. Tendré que cenar fuera.

—Deberías abrir la caja. Estoy seguro de que tu madre te ha mandado algo bueno para cenar.

—¡La caja! Me había olvidado. —La arrastró por el salón y abrió la tapa con un cuchillo de untar mantequilla.

Dentro había una lata de galletas de almendra, otra de *rugelach*, una tercera de mayor tamaño donde habían embutido una *linzertorte* entera sin dejar un solo milímetro de espacio libre; ropa interior de lana para el invierno; una caja con sobres en los que ya estaba escrita la dirección de sus padres; una lista de primos a los que debía llamar; una lista de artículos que debía comprar a su madre, entre ellos ciertas prendas íntimas de señora; unos gemelos para el teatro, y un par de zapatos confeccionados a medida por su

zapatero de Váci utca, cuya habilidad, según él, no tenía punto de comparación con la de los remendones de París.

—Mi hermano trabaja en una zapatería de Váci utca —dijo Andras, y mencionó el nombre de la tienda.

—No es la misma, me temo —dijo József con cierto tono de superioridad. Cortó luego una porción de *linzertorte*, se la comió y declaró que era deliciosa—. Eres una buena persona, Lévi, por haber cargado con este pastel por toda Europa. ¿Cómo puedo devolverte el favor?

—Podrías explicarme qué debo hacer para instalarme aquí —dijo Andras.

—¿Seguro que quieres oír mis consejos? —preguntó József—. Soy un gandul y un libertino.

—Me temo que no tengo elección —afirmó Andras—. Eres la única persona que conozco en París.

—¡Ah! Qué suerte tienes —repuso József.

Mientras se servían porciones de *linzertorte* de la lata, le recomendó una pensión judía, una tienda de artículos de arte y un comedor para estudiantes donde se comía a buen precio. Él no iba allí, por supuesto —por lo general le subían las comidas de un restaurante del boulevard Saint-Germain—, pero tenía amigos que lo frecuentaban y lo consideraban tolerable. En cuanto al hecho de que Andras no estuviera matriculado en la Beaux-Arts, sino en la École Spéciale, era una lástima que no fueran compañeros, pero probablemente sería mejor para Andras; József constituía sin duda una mala influencia. Una vez resuelto el problema de instalar a Andras en París, József le propuso salir al balcón a fumar y contemplar su nueva ciudad.

Lo condujo a través del dormitorio hasta las puertas vidrieras. Hacía frío, y la niebla de la noche anterior se había transformado en una llovizna finísima; el sol era una moneda de plata tras un visillo de nubes.

—Ahí la tienes —dijo József—, la ciudad más bella del mundo. Esa cúpula es el Panteón, y allí está la Sorbona. A la izquierda tienes Saint-Étienne-du-

Mont, y si te inclinas un poco verás un trocito de Notre-Dame.

Andras apoyó las manos en la barandilla y miró la extensión de edificios grises desconocidos entre una cortina fría de llovizna. Las chimeneas se apiñaban en los tejados como aves extrañas, y la bruma verde de un parque temblaba más allá de un batallón de buhardillas de cinc. A lo lejos, hacia el oeste, borrosa por la distancia, la torre Eiffel se alzaba hasta fundirse con el cielo. Entre él y aquel monumento se extendían miles de calles, tiendas y seres humanos desconocidos que llenaban una distancia tan vasta que la torre parecía esmirriada y frágil contra las nubes grises.

—¿Y bien? —preguntó József.

—Es muy grande, ¿no?

—Lo bastante para mantenerte ocupado. Tengo que salir dentro de unos minutos. He quedado para almorzar con una tal mademoiselle Betoulinski de Rusia. —Le guiñó un ojo y se enderezó la corbata.

—Ah, ¿te refieres a la muchacha de las lentejuelas de anoche?

—Me temo que no —respondió József con una sonrisita—. Es otra mademoiselle.

—Podrías dejarme alguna.

—Ni hablar, amigo —repuso József—. Las quiero todas para mí.

Salió del balcón y volvió al espacioso salón, donde se ciñó el fular de seda naranja en torno al cuello y se puso una chaqueta holgada de lana gris claro. Cogió la bolsa de piel de Andras, que asió su maleta, y bajaron en el ascensor.

—Ojalá pudiera acompañarte a la pensión, pero llego tarde a la cita con mi amiga —dijo József en cuanto dejaron el equipaje en la acera—. Ten, esto es lo que te costará el taxi. No, insisto. Cógelo. Y pásate algún día a tomar una copa, ¿de acuerdo? Hazme saber cómo te va. —Dio una palmadita a

Andras en el hombro, le estrechó la mano y se alejó silbando en dirección al Panteón.

Madame V., la dueña de la pensión, sabía unas pocas palabras inútiles de húngaro y mucho yiddish ininteligible, pero no tenía ninguna habitación para Andras. Logró hacerle entender que podía dormir aquella noche en el sofá del rellano de arriba si quería, pero que sería mejor que saliera inmediatamente a buscar otro alojamiento. Todavía aturdido por la noche pasada en casa de József, el joven se adentró en el Quartier Latin entre estudiantes que lucían un cuidado desaliño, con sus bolsas escolares de lona, carteras, bicicletas, fajos de panfletos políticos, cajas de pastas atadas con una cuerda, cestas del mercado y ramos de flores. Entre ellos se sentía demasiado arreglado y provinciano, aunque llevaba la misma ropa que le había parecido elegante y cosmopolita una semana antes en Budapest. En un frío banco de una placita deprimente buscó en su libro de frases útiles la traducción de «precio», «estudiante», «habitación» y «cuánto vale». Pero una cosa era entender que *chambre à louer* significaba «habitación en alquiler», y otra muy diferente llamar a un timbre para preguntar en francés si disponían de una *chambre*. Paseó desde Saint-Michel a Saint-Germain, desde la rue Cardinal-Lemoine hasta la rue Clovis, maldiciéndose una y otra vez por no haber atendido en clase de francés y anotando en un cuadernito varios lugares donde se ofrecían *chambres à louer*. Antes de que hubiera logrado armarse de valor para llamar a un solo timbre estaba totalmente agotado; después del anochecer se retiró a la pensión derrotado.

Aquella noche, mientras intentaba encontrar una postura cómoda en el sofá verde del rellano, hombres de toda Europa discutieron, se pelearon, fumaron, rieron y bebieron hasta bien pasada la medianoche. Ninguno hablaba húngaro, y ninguno pareció reparar en que había un recién llegado entre ellos. En otras circunstancias Andras se habría levantado para unirse a ellos, pero aquella noche estaba tan cansado que hasta le costaba darse la vuelta bajo la manta. El sofá, poco mullido, delgado y con brazos de madera, parecía haber sido concebido como instrumento de tortura. Cuando por fin los jóvenes se fueron a la cama, salieron ratas del zócalo para iniciar su incursión nocturna en busca de comida; recorrieron todo el pasillo y robaron el pan que Andras había guardado de la cena. Los olores de zapatos apestosos, hombres sin lavar y grasa de cocina le persiguieron en

sueños. Cuando se despertó, dolorido y exhausto, se dijo que con aquella noche había tenido suficiente. Cuanto antes iría al *quartier* y preguntaría en el primer lugar donde se anunciara una habitación en alquiler. En la rue des Écoles, cerca de una plazoleta pavimentada en la que había un gran castaño, encontró un edificio con el cartel ya bien conocido en la ventana: *chambre à louer*. Llamó a la puerta pintada de rojo y cruzó los brazos, intentando no pensar en la angustia que le oprimía el pecho. La puerta se abrió de golpe y apareció una mujer baja, rechoncha, con cejas espesas y la boca torcida en una mueca; en el puente de la nariz descansaban unas gafas de montura negra con cristales gruesos que hacían que sus ojos parecieran diminutos y lejanos, como si pertenecieran a una persona más pequeña. Tenía los cabellos canos y estropajosos, aplastados en un costado como si hubiera estado durmiendo en un sillón orejero con la cabeza recostada a un lado. La mujer apoyó un puño en la cadera y miró de hito en hito a Andras. Haciendo acopio de valor, este formuló su pregunta como mejor pudo y señaló el cartel de la ventana.

La portera comprendió. Le indicó que entrara en un vestíbulo estrecho revestido de azulejos y lo guió hacia una escalera de espiral con un tragaluz en lo alto. Una vez arriba, lo condujo por un pasillo hacia una buhardilla larga y angosta con una cama de hierro arrimada a una pared, una palangana de loza en un aguamanil de madera, una mesa rústica y una silla de madera pintada de verde. Dos ventanas daban a la rue des Écoles; una estaba abierta y en el alféizar había un nido abandonado y los restos de tres huevos azules. En la chimenea había una rejilla oxidada, un tenedor roto para tostar pan y un mendrugo duro. La portera se encogió de hombros y dijo un precio. Andras propuso pagar la mitad. La portera escupió y pegó una patada en el suelo, despotricó contra Andras en francés y al final aceptó su oferta.

Así empezó su vida en París. Tenía una dirección, una llave de latón y una vista. Su vista, como la de József, incluía el Panteón y la blanca torre del reloj, construida en piedra caliza, de Saint-Étienne-du-Mont. Al otro lado de la calle estaba el Collège de France, y pronto se acostumbraría a utilizarlo como referencia al dar sus señas: «34 rue des Écoles, en face du Collège de France». Más allá estaba la Sorbona. Y más lejos, bajando por el boulevard Raspail, se hallaba la École Spéciale d’Architecture, donde el lunes empezarían las clases. Una vez que hubo limpiado la habitación de punta a

punta y colocado su ropa en una caja de manzanas, contó el dinero que tenía y elaboró una lista de compras. Fue a las tiendas y compró un tarro de vidrio lleno de mermelada de grosella, una caja de té barato, otra de azúcar, un colador, una bolsa de nueces, un recipiente de barro pequeño con mantequilla, una larga baguette y, como único capricho, un pedacito de queso.

Qué placer sintió al introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta de su habitación. Dejó las compras en el alféizar y esparció los útiles de dibujo sobre la mesa. A continuación se sentó, afiló un lápiz con un cuchillo y esbozó la vista que tenía del Panteón en una tarjeta postal en blanco. En la otra cara escribió su primer mensaje desde París: «Querido Tibor, ¡ya estoy aquí! Tengo una buhardilla miserable; no esperaba más. El lunes empiezo en la escuela. ¡Viva! *Liberté, égalité, fraternité*. Con cariño, Andras». Solo le faltaba el sello. Pensó pedirle uno a la portera; sabía que había un buzón doblando la esquina. Mientras intentaba recordar dónde estaba exactamente, lo que le vino a la cabeza fue la imagen de un sobre, un lacre de cera y un monograma. Había olvidado la promesa hecha a la anciana señora Hász, cuya carta dirigida a C. Morgenstern, de la rue de Sévigné, seguía en su maleta. La sacó de debajo de la cama, casi temiendo que el sobre hubiera desaparecido, pero allí estaba, en el bolsillo donde lo había guardado, con el lacre de cera intacto. Bajó corriendo al piso de la portera y, con ayuda de su libro de frases útiles y una serie de gestos apremiantes, le pidió un par de sellos. Tras una pequeña búsqueda localizó la *boîte aux lettres* y echó la postal para Tibor. Acto seguido, imaginando la alegría de un caballero de cabellos plateados cuando recibiera el correo al día siguiente, echó la carta de la señora Hász en la anónima oscuridad del buzón.

OceanofPDF.com

4

École Spéciale

Para ir a la escuela Andras tenía que cruzar el Jardin du Luxembourg, con su historiado Palais, la fuente y los parterres repletos de amapolas y caléndulas tardías. Los niños hacían navegar elegantes barquitos en la fuente, y Andras recordó con cierto orgullo no exento de indignación los que él y sus hermanos construían con pedazos de madera y hacían navegar en la represa del molino de Konyár. Había bancos verdes y setos bien recortados, y un carrusel con caballos pintados. En el otro extremo del parque Andras vio algo parecido a unas casas de muñecas marrones; al acercarse oyó el zumbido de las abejas. Un apicultor con la cara cubierta con un velo se inclinaba hacia una colmena agitando una lata de la que salía humo.

Andras bajó por la rue de Vaugirard, llena de tiendas de artículos de arte, pequeños cafés y niñas de la escuela primaria, y enfiló el amplio boulevard Raspail, con sus majestuosos edificios. Ya se sentía un poco más parisino que al llegar. Llevaba la llave de su piso colgada al cuello en un cordón y un ejemplar de *L'Oeuvre* bajo el brazo; la bufanda anudada como había visto hacer a József Hász y la bolsa de piel en bandolera, a la manera de los estudiantes del Quartier Latin. Su vida en Budapest —el empleo en *Pasado y Futuro*, el piso en Hársfa utca, el habitual sonido de la campana de los tranvías— parecía pertenecer a otro universo. Con una punzada inesperada de añoranza imaginó a Tibor sentado a su mesa de siempre en su café preferido. Más al este, en Debrecen, Mátyás estaría dibujando en su cuaderno mientras sus compañeros estudiaban las declinaciones latinas. ¿Y los padres de Andras? Debía escribirles esa noche sin falta. Tocó el reloj de plata que llevaba en el bolsillo. Su padre lo había mandado arreglar justo antes de su partida; era un objeto antiguo muy bonito, con números finísimos pintados y manecillas de metal azul oscuro iridiscente. Todavía funcionaba igual de bien que en los tiempos del abuelo de Andras. Este recordaba que solía sentarse en las rodillas de su abuelo y dar cuerda al reloj, procurando no girar más de la cuenta el resorte; su padre, Béla el Afortunado, había hecho otro tanto de niño. Y ahora ese mismo reloj estaba

en París, en 1937, una época en que las personas podían recorrer dos mil kilómetros de distancia en pocos días, un mensaje telegráfico llegaba a su destino a través de una red de cables en cuestión de minutos, y una señal de radio se transmitía al instante por el aire. ¡Vaya época para estudiar arquitectura!

Se dio cuenta de que había pasado de largo de la École Spéciale y tuvo que volver sobre sus pasos. Grupos de jóvenes entraban por unas altas puertas azules situadas en el centro de un edificio gris neoclásico con el nombre de la escuela grabado en la piedra de la cornisa. ¡La École Spéciale d'Architecture! Allí lo habían aceptado, habían visto su trabajo y lo habían elegido, y él había acudido. Subió corriendo por la escalinata y cruzó las puertas. En la pared del vestíbulo había una placa con el busto de dos hombres en bajorrelieve dorado: Émile Trélat, fundador de la escuela, y Gaston Trélat, que había sucedido a su padre como director. Émile y Gaston Trélat. Recordaría siempre esos nombres. Tragó saliva un par de veces, se alisó el cabello y entró en la oficina de matriculación.

La joven que había tras el mostrador parecía salida de un sueño. Tenía la piel del color de la madera de nogal y el cabello, que llevaba muy corto, lustroso como el satén. Lo miró con expresión cordial, clavando sus ojos oscuros en los de Andras. Este ni siquiera intentó hablar. Nunca había visto a una mujer tan hermosa, tampoco se había topado jamás con una persona de ascendencia africana. La hermosa francesa negra le preguntó algo que no logró entender, así que murmuró una de las pocas palabras francesas que conocía — *désolé*— y apuntó su nombre en un papel que deslizó sobre el mostrador. La muchacha fue pasando con la mano unos sobres gruesos que había en una caja de madera y extrajo uno con su apellido, LÉVI, escrito en la parte superior en letras mayúsculas bien claras.

Andras le dio las gracias en su francés vacilante y ella le dio la bienvenida. Se habría quedado allí mirándola si en aquel momento no hubiera entrado un grupo de estudiantes que saludaron a la muchacha a voz en grito y se inclinaron sobre el mostrador para besarla en las mejillas, *Eh, Lucia! Ça va, bellissima?* Andras pasó junto a ellos, con el sobre apretado contra el pecho, para salir al pasillo. Todos los alumnos se habían congregado bajo el techo de cristal de un atrio central, donde acababan de colgar los horarios

de clase. Se sentó en un banco bajo y abrió el sobre, que contenía la lista de las asignaturas:

COURS - PROFESSEUR

HISTOIRE DE L'ARCHITECTURE - A. Perret

LES STATIQUES - V. Le Bourgeois

ATELIER - P. Vago

DESSINAGE - M. Labelle

Sin más ni más, como si fuera lo más natural del mundo que Andras estudiara aquellas disciplinas bajo la dirección de arquitectos famosos. Había una larga lista de textos y materiales obligatorios, y una tarjeta blanca escrita a mano en húngaro (¿por quién?) en la que se le indicaba que, gracias a su beca, podía comprar sus libros y demás con crédito de la escuela en una librería del boulevard Saint-Michel.

Después de leer y releer el mensaje, echó un vistazo al atrio haciendo elucubraciones sobre quién podría ser su autor. La multitud de estudiantes no le proporcionó ninguna pista. Nadie parecía húngaro ni por asomo; eran todos parisinos de los pies a la cabeza. Sin embargo, en un rincón tres jóvenes con aire dubitativo se mantenían aparte observando el recinto. Se veía a la legua que eran alumnos de primero, y de los nombres de sus carpetas se deducía que eran judíos. ROSEN, POLANER, BEN YAKOV. Andras los saludó con la mano y ellos le respondieron con una inclinación de la cabeza, una especie de reconocimiento tácito. El más alto le indicó por señas que se acercara.

Rosen era larguirucho, pecoso, con cabellos rojizos y ondulados y un amago de perilla. Cogió a Andras por el hombro y le presentó a Ben Yakov, que se parecía a Pierre Fresnay, el guapo actor de cine francés, y a Polaner, bajo y de constitución delgada, con la cabeza prácticamente afeitada y las manos finas. Andras los saludó a todos y les dijo su nombre, y la conversación entre los chicos siguió en francés mientras él intentaba coger el hilo. Rosen parecía ser el cabecilla del grupo; llevaba la voz

cantante y los otros dos le escuchaban y le respondían. Polaner parecía nervioso, pues se abrochaba y desabrochaba una y otra vez el botón superior de su anticuada chaqueta de terciopelo. El apuesto Ben Yakov miró a un grupo de jovencitas; una los saludó con la mano y él le devolvió el saludo. A continuación se inclinó hacia Polaner y Rosen para hacer lo que solo podía ser un comentario picante, y los tres rieron. A pesar de que Andras tenía que esforzarse para seguir la rápida conversación de los hombres, y a pesar de que estos apenas le habían dirigido la palabra, sintió un apremiante deseo de conocerlos. Cuando fueron a mirar los horarios, se alegró al ver que estaban todos en el mismo grupo.

Al poco rato los alumnos se encaminaron hacia el patio de paredes de piedra, donde unos altos árboles daban sombra a hileras de bancos de madera. Un estudiante llevó un atril a una pequeña zona pavimentada en la parte delantera y los demás se sentaron en los bancos. Al otro lado de los muros de piedra del patio se oía el trajín y el zumbido del tráfico. Pero Andras estaba dentro, sentado con tres hombres cuyos nombres conocía; era un estudiante más, y su sitio estaba entre esos muros. Intentó tomar nota de esa sensación, intentó imaginar cómo se la describiría a Tibor y a Mátyás. Sin embargo, antes de que pudiera juntar las palabras en su cabeza se abrió una puerta en un costado del edificio y salió un hombre. Parecía un capitán militar; lucía una larga capa gris con forro rojo y, en la cara, una barbita triangular y un bigote con las puntas curvadas con cera. Sus ojos eran pequeños y feroces tras los quevedos sin montura. En una mano llevaba un bastón y en la otra lo que parecía una piedra gris de bordes irregulares. Andras pensó que cualquier otro hombre se habría doblado bajo el peso de la piedra, pero aquel cruzó el patio con la espalda recta y la barbilla alzada, con porte militar. Se acercó al atril y depositó en él la piedra con un ruido sordo.

—Firmes —exclamó.

Los estudiantes callaron y se pusieron firmes, irguiendo la espalda como si alguien hubiera tirado de unos hilos invisibles. Sin hacer ruido, un joven alto con una camisa de trabajo deshilachada se sentó al lado de Andras e inclinó la cabeza hacia su oído.

—Es Auguste Perret —susurró en húngaro—. Fue profesor mío, y ahora lo será tuyo.

Andras miró al joven con sorpresa y alivio.

—Usted es el que escribió la nota de mi sobre —dijo.

—Escucha —le indicó el hombre—, y yo traduciré.

Andras escuchó. En el atril, Auguste Perret levantó con ambas manos la piedra de bordes irregulares y planteó una pregunta. La pregunta, según el traductor de Andras, era si alguien sabía qué material de construcción era aquel. Tú, el de la primera fila. De hormigón, en efecto. Hormigón armado. Cuando acabaran los cinco años de estudios, todos ellos sabrían cuanto había que saber sobre el hormigón armado. ¿Por qué? Porque era el futuro de la ciudad moderna. Con él se erigirían edificios que sobrepasarían en altura y resistencia a todo cuanto se había construido hasta entonces. En altura y resistencia, sí, y también en belleza.

—De todas formas, en la École Spéciale no perseguimos la belleza; la dejamos para los hijos de buena familia de «aquella otra escuela», una institución para caballeros, un lugar donde los muchachos van a jugar al arte del *dessinage*: en la École Spéciale nos interesa la arquitectura de verdad, edificios en los que las personas puedan vivir. Si nuestros diseños son bellos, mejor que mejor, pero pretendemos que sean bellos de una forma que el hombre corriente se sienta a gusto en ellos. Estamos aquí porque creemos en la arquitectura como un arte democrático; porque creemos que forma y función tienen la misma importancia; porque nosotros, la vanguardia, nos hemos deshecho de las ataduras de la tradición aristocrática y hemos empezado a pensar por nosotros mismos. Que se levanten y salgan por esa puerta quienes quieran construir Versalles. «La otra escuela» está solo a tres paradas de metro.

El profesor señaló con el brazo la puerta, sin apartar la vista de los estudiantes.

— *Non?* —exclamó—. *Pas un?*

Nadie se movió. El profesor se quedó quieto como una estatua. Andras tuvo la sensación de ser una figura en un cuadro, paralizado por toda la eternidad por el desafío de Perret. La gente admiraría el cuadro en los museos durante siglos. Él estaría sentado en el banco, un tanto inclinado hacia el hombre de la capa y la barba blanca, aquel general de los arquitectos.

—Pronuncia este discurso todos los años —susurró el húngaro sentado al lado de Andras—. A continuación hablará de la responsabilidad que tenéis con respecto a los estudiantes que vendrán después de vosotros.

— *Les étudiants qui viennent après vous* —prosiguió el profesor, y el húngaro tradujo sus palabras—. Aquellos estudiantes confían en que os apliquéis en el estudio. De lo contrario, ellos también fracasarán. A vosotros os enseñarán aquellos que os han precedido, en la École Spécial aprenderéis a colaborar, porque en su vida un arquitecto debe trabajar estrechamente con otros. Podréis tener vuestras propias ideas, pero sin la ayuda de vuestros colegas esas ideas no valdrán ni el papel donde estén apuntadas. En esta escuela Émile Trélat enseñó a Mallet-Stevens, Mallet-Stevens enseñó a Fernand Fenzy, Fernand Fenzy enseñó a Pierre Vago, y Pierre Vago os enseñará a vosotros.

En ese momento el profesor señaló al público, y el hombre sentado junto a Andras se levantó y saludó educadamente con una reverencia. Caminó hacia el atril, se colocó junto al profesor Perret y se dirigió a los alumnos en francés. Pierre Vago. El hombre que había hecho las veces de traductor de Andras —ese hombre de aspecto desaliñado con una camisa de trabajo manchada de tinta— era el P. VAGO del programa de clases. Su jefe de estudios. Su profesor. Un húngaro. De repente Andras se sintió aturdido. Por primera vez pensó que tal vez tuviera una posibilidad de sobrevivir en la École Spéciale. No podía concentrarse en lo que decía Pierre Vago en su elegante francés con un ligerísimo acento. Sin duda era él quien había escrito la nota en húngaro que había hallado en su sobre. Pierre Vago, pensó Andras, probablemente era el responsable de que él estuviera allí.

—Eh —dijo Rosen tirándole del brazo—. *Regarde-toi.*

Andras estaba tan alterado que había empezado a sangrarle la nariz. En su camisa blanca brillaban unas manchas rojas. Polaner le miró preocupado y

le ofreció un pañuelo; Ben Yakov palideció y apartó la vista. Andras cogió el pañuelo y se apretó con él la nariz. Rosen le obligó a inclinar la cabeza hacia atrás. Algunos se volvieron a mirar qué sucedía. Andras sangraba en el pañuelo, sin importarle quién lo mirara, más feliz de lo que se había sentido en toda su vida.

Más tarde, después de la asamblea, cuando dejó de sangrarle la nariz y entregó su pañuelo limpio a cambio del que había manchado, cuando hubo concluido la primera reunión de los diversos grupos de estudio, tras la cual intercambió direcciones con Rosen, Polaner y Ben Yakov, Andras se vio en el atestado despacho de Vago, sentado en un taburete de madera junto a una mesa de dibujo. De las paredes colgaban esbozos y planos impresos, acuarelas en blanco y negro de edificios bellísimos e increíbles y un dibujo a escala de una ciudad a vista de pájaro. En un rincón había un montón de ropa manchada de pintura, y, apoyado contra la pared, el cuadro de una bicicleta oxidada y torcida. La librería de Vago contenía libros antiguos, revistas de papel satinado, un hervidor de agua, un aeroplano de madera y una figurita de mala calidad que representaba a una chica de piernas flacas. Vago estaba arrellanado en su silla giratoria, con las manos enlazadas en la nuca.

—Así pues —dijo a Andras—, aquí estás, recién llegado de Budapest. Me alegro de que hayas venido. No sabía si te sería posible, habiéndote avisado con tan poca antelación, pero tenía que intentarlo. Son terribles esos prejuicios que determinan quién puede estudiar qué, cuándo y cómo. No es un país para hombres como nosotros.

—Pero… discúlpeme, ¿es usted judío, profesor?

—No. Soy católico. Educado en Roma. —Pronunció la erre al estilo italiano.

—Entonces, ¿por qué le preocupa?

—¿No debería preocuparme?

—A muchos les trae sin cuidado —afirmó Andras.

Vago se encogió de hombros.

—A algunos sí nos preocupa. —Abrió una carpeta que tenía sobre la mesa. Contenía reproducciones a todo color de las portadas que Andras había diseñado para *Pasado y Futuro*: linoleografías de un copista escribiendo en un pergamino, de un padre con sus hijos en una sinagoga, de una mujer encendiendo dos velas finas. Andras miró su obra como si la viera por primera vez. Los temas parecían sentimentales; la composición, tópica e infantil. Le costaba creer que gracias a ella lo hubieran admitido en la escuela. No había tenido la oportunidad de presentar los trabajos con que había acompañado sus solicitudes en las facultades de arquitectura húngaras: dibujos detallados del Parlamento y el Palacio, estudios sobrios de interiores de iglesias y bibliotecas, un trabajo que le había obligado a pasar horas sentado a su mesa de las oficinas de *Pasado y Futuro*. No obstante, sospechaba que aquellas obras también parecerían torpes y propias de un aficionado en comparación con las de Vago, los planos bien delineados y los hermosos alzados clavados en las paredes.

—Estoy aquí para aprender —dijo Andras—. Esos grabados los hice hace mucho tiempo.

—Son excelentes —aseguró Vago—. Se aprecia en ellos una precisión, un cuidado en la perspectiva, que resultan infrecuentes en un artista sin formación. Posees un talento natural, eso se nota. Las composiciones son asimétricas, pero bien equilibradas. Los temas son anticuados, pero las líneas son modernas. Son buenas cualidades que podrás aportar a tu trabajo en arquitectura.

Andras cogió una portada, la que mostraba a un hombre y unos niños rezando. Había grabado el linóleo original a la luz de la vela en el piso de Hársfa utca. Aunque entonces no se le había ocurrido —y no entendía por qué, pues estaba muy claro—, el hombre del *tallis* era su padre y los niños, sus hermanos.

—Es un buen trabajo —dijo Vago—. No fui el único que así lo consideró.

—No es arquitectura —repuso Andras, y le devolvió la portada.

—Ya aprenderás arquitectura. Y mientras tanto estudiarás francés. No hay otra forma de sobrevivir aquí. Te ayudaré, pero no puedo traducirte todas las clases. De modo que quiero verte aquí todas las mañanas, una hora antes de que empiecen las clases, para que practiques francés con migo.

—¿Con usted aquí, señor?

—Sí. A partir de ahora solo hablaremos en francés. Te enseñaré todo lo que sé. Y deja de llamarme señor, por el amor de Dios, como si fuera un oficial del ejército. —Sus ojos adoptaron una expresión seria, pero torció la boca en un mohín que parecía muy francés—. *L'architecture n'est pas un jeu d'enfants* —añadió con una voz grave y resonante que imitaba a la perfección tanto el tono como el timbre de la voz del profesor Perret—. *L'architecture c'est l'art le plus sérieux de tous.*

— *L'art le plus sérieux de tous* —repitió Andras en el mismo tono grave.

— *Non, non!* —exclamó Vago—. Solo yo puedo imitar a *monsieur le directeur*. Haz el favor de hablar como Andras, el humilde estudiante. Soy Andras, el Humilde Estudiante —agregó Vago en francés—. Repítelo, por favor.

—Soy Andras, el Humilde Estudiante.

—Aprenderé a hablar un francés perfecto con monsieur Vago.

—Aprenderé a hablar un francés perfecto con monsieur Vago.

—Repetiré todo lo que diga.

—Repetiré todo lo que diga.

—Pero no con la voz de *monsieur le directeur*.

—Pero no con la voz de *monsieur le directeur*.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo Vago en húngaro, con semblante serio—. ¿He hecho bien trayéndote aquí? ¿Te sientes muy solo? ¿Todo esto te resulta abrumador?

—Es abrumador —contestó Andras—, pero me siento feliz, aunque no sé por qué.

—Yo me sentí fatal cuando llegué —explicó Vago reclinándose en la silla —. Llegué tres semanas después de terminar el bachillerato en Roma y empecé en la Beaux-Arts. Aquella escuela no era lugar para un hombre de mi temperamento. ¡Los primeros meses fueron horribles! Odié París con toda el alma. —Miró por la ventana del despacho hacia la tarde gris y fría —. Me pasaba los días enteros caminando por ahí, viéndolo todo, la Bastilla, las Tullerías, el Luxembourg, la Opéra, maldiciendo todos los pedazos de piedra. No se parece en nada a Budapest, por si no lo has notado. Al poco tiempo entré en la École Spéciale. Fue entonces cuando empecé a enamorarme de París. Ahora no me imagino viviendo en otro lugar. Con el tiempo tú sentirás lo mismo.

—Ya empiezo a sentirlo.

—Espera y verás —dijo Vago con una sonrisa—. La sensación irá a más.

Por la mañana compraba el pan en una pequeña *boulangerie* que había cerca de su casa y el periódico en el quiosco de la esquina; cuando depositaba las monedas en la mano del dueño, este pronunciaba un *merci* gutural y cantarín. Volvía a su piso para comerse el cruasán y beber té dulce en el bote de mermelada vacío. Miraba las fotografías del periódico e intentaba seguir las noticias de la guerra civil española, en la que el Frente Popular perdía terreno frente a los nacionalistas. Andras leía las noticias con desesperación creciente y a veces envidiaba a los jóvenes que habían ido a combatir con el ejército republicano. Sabía que ahora estaban todos comprometidos en el conflicto; decir lo contrario era negar la evidencia.

Con la cabeza llena de imágenes terroríficas de la contienda española, Andras caminaba por las aceras salpicadas de hojas caídas en dirección a la École Spéciale, y para distraerse repetía términos de arquitectura en francés: *toit, fenêtre, porte, mur, corniche, balcon, balustrade, souche de cheminée.* En la escuela había aprendido la diferencia entre estereóbato y estilóbato, base y entablamento; descubrió qué profesores preferían en secreto lo decorativo a lo práctico, y cuáles compartían con Perret el culto al hormigón armado. Con los compañeros de clase visitó la Sainte-

Chapelle, donde aprendió que en el siglo XIII los ingenieros habían descubierto la forma de reforzar el edificio utilizando puntales de hierro y soportes de metal; los soportes quedaban ocultos en el armazón de las ventanas de vitrales que adornaban la parte superior de la capilla. Mientras la luz matinal entraba en franjas rojas y azules por los cristales, Andras se situó en el centro de la nave y experimentó una especie de exaltación reverente. No importaba que fuera una iglesia católica, que en las ventanas se representara a Cristo y una hueste de santos. Lo que sintió tenía menos que ver con la religión que con la percepción del diseño armonioso, de la perfecta unión de forma y función en aquella estructura. Un alto espacio vertical concebido para sugerir un camino hacia Dios, o hacia un conocimiento más profundo de los misterios. Unos arquitectos habían conseguido algo así cientos de años atrás.

Fiel a su palabra, Pierre Vago daba una hora de clase a Andras todas las mañanas. Pronto este recordó el francés que le habían enseñado en la escuela, y un mes después había asimilado más de lo que había aprendido de su maestro en el *gimnázium*. A mediados de octubre las clases no eran más que largas conversaciones; Vago tenía el don de elegir temas que animaban a Andras a hablar. Le preguntaba por los años que había pasado en Konyár y Debrecen: qué había estudiado, cómo eran sus amigos, dónde vivía, de quién se había enamorado. Andras le habló de Éva Kereny, la muchacha que lo había besado en el jardín del museo Déri de Debrecen y después lo había rechazado despiadadamente; le habló del único par de medias de seda de su madre, un regalo de Januká que Andras había comprado con el dinero que le habían dado sus compañeros a cambio de que les hiciera los dibujos que les pedía el profesor. Los hermanos habían competido para ofrecerle el mejor regalo, pero ella había reaccionado con una alegría tan espontánea al ver las medias que nadie pudo discutir la victoria de Andras. Aquella noche Tibor inmovilizó a Andras en el patio sentándose sobre él y le aplastó la cara sobre la tierra helada, una venganza de hermano mayor.

Vago, que no tenía hermanos, parecía disfrutar oyéndole hablar de Mátyás y Tibor; le animaba a contar anécdotas de ellos y a traducirle sus cartas al francés. Se mostraba especialmente interesado por el deseo de Tibor de estudiar medicina en Italia. En Roma había conocido a un joven cuyo padre

era profesor de medicina en la facultad de Módena; aseguró que le escribiría e intentaría ayudar a Tibor.

Andras no concedió mucha importancia a las palabras de Vago. Sabía que era un hombre ocupado, que el correo internacional funcionaba con lentitud, y que el caballero de Roma tal vez no compartiera las ideas de Vago sobre la necesidad de educar a jóvenes judíos húngaros. Sin embargo, una mañana Vago le recibió con una carta en la mano: el profesor Turano estaba dispuesto a arreglarlo todo a fin de que Tibor se matriculara en enero.

—¡Dios mío! —exclamó Andras—. ¡Es un milagro! ¿Cómo lo ha hecho?

—No me equivoqué al estimar el valor de mis relaciones —respondió Vago sonriendo.

—Tengo que mandar un telegrama a Tibor inmediatamente. ¿Adónde puedo ir para enviarlo?

Vago levantó una mano para pedirle prudencia.

—Yo no le diría nada todavía —observó—. No es más que una posibilidad. No queremos alentar falsas esperanzas.

—¿Qué posibilidades cree usted que tiene? ¿Qué dice el profesor?

—Dice que presentará una solicitud a la junta de admisiones. Es un caso especial.

—¿Me dirá qué han decidido en cuanto sepa algo?

—Por supuesto —contestó Vago.

Sin embargo, Andras necesitaba compartir con alguien aquella buena noticia, de modo que se lo contó a Polaner, Rosen y Ben Yakov aquella noche en el comedor de estudiantes de la rue des Écoles. Era el que József le había recomendado a su llegada. Por ciento veinticinco francos a la semana cenaban a diario, básicamente patatas, judías y col. Comían en una caverna subterránea donde resonaban las voces de los presentes, sentados

frente a largas mesas en las que miles de estudiantes habían grabado su nombre. Andras les dio la noticia sobre Tibor en su francés con fuerte acento húngaro, alzando la voz para que le oyeran por encima del barullo.

Los otros tres levantaron sus vasos y desearon que Tibor tuviera suerte.

—Qué ironía —comentó Rosen una vez que hubieron vaciado los vasos—. Por ser judío ha de dejar una monarquía constitucional para estudiar medicina en una dictadura fascista. Al menos no tiene que vivir como nosotros en esta gran democracia, donde jóvenes inteligentes ejercen el derecho a la libertad de expresión con tal desenfreno. —Miró a Polaner, que clavó la vista en sus manos blancas.

—¿Qué pasa? —preguntó Ben Yakov.

—Nada —respondió Polaner.

—¿Qué ha sucedido? —insistió Ben Yakov, que no soportaba que no compartieran con él los cotilleos.

—Yo os diré qué ha sucedido —terció Rosen—. Ayer, de camino a la facultad, a Polaner se le rompió el asa de la carpeta. Tuvimos que pararnos y arreglarla con un trozo de alambre. Llegamos tarde a la primera clase, como recordaréis. Fuimos nosotros los que entramos a las diez y media.

Tuvimos que sentarnos al fondo del aula, junto a aquel chico de segundo, Lemarque, ese rubio cabrón y solapado. Anda, Polaner, cuéntales qué dijo cuando nos sentamos en el banco.

Polaner dejó la cuchara junto al bol de sopa.

—Lo que te pareció oírle decir.

—Dijo «judíos de mierda». Lo oí con toda claridad.

Ben Yakov miró a Polaner.

—¿Es cierto?

—No lo sé —respondió Polaner—. Dijo algo, sí, pero no entendí qué.

—Ambos lo oímos. Al igual que todos los que estaban cerca.

—Eres un paranoico —dijo Polaner, y la delicada piel alrededor de sus ojos enrojeció—. Todos se volvieron porque llegamos tarde, no porque nos hubiera llamado judíos de mierda.

—Tal vez eso se pueda hacer en el lugar de donde vienes, pero no aquí —repuso Rosen.

—No pienso hablar de eso —dijo Polaner.

—De todos modos, ¿qué podemos hacer? —preguntó Ben Yakov —. Siempre habrá idiotas.

—Le daremos una lección —afirmó Rosen—. Eso es lo que haremos.

—No —dijo Polaner—. No quiero darle más vueltas a algo que no estoy seguro de que haya sucedido. Solo quiero pasar inadvertido. Quiero estudiar y licenciarme. ¿Entiendes?

Andras sí le entendía. Recordaba haber experimentado esa sensación en la escuela primaria de Konyár, el deseo de ser invisible. Sin embargo, no esperaba que él o alguno de sus compañeros judíos pudiera sentirse de ese modo en París.

—Te comprendo —dijo—. De todos modos, Lemarque no debería pensar… —se esforzó por encontrar las palabras en francés— que puede soltar lo que le dé la gana. Si es que lo dijo, claro.

—Lévi sabe lo que quiero decir —intervino Rosen. A continuación apoyó la barbilla en la mano y se quedó mirando su bol de sopa—. Por otro lado, no estoy seguro de cómo deberíamos actuar. Si se lo contamos a alguien, será nuestra palabra contra la de Lemarque. Y por lo visto tiene muchos amigos en cuarto y quinto.

Polaner apartó a un lado su bol.

—Debo volver al estudio —anunció—. Tengo trabajo para toda la noche.

—Venga, Eli —dijo Rosen—, no te enfades.

—No estoy enfadado. Es que no quiero problemas, nada más.

Polaner se caló el sombrero y se anudó la bufanda al cuello, y sus amigos observaron cómo caminaba entre el laberinto de mesas con los hombros caídos bajo el gastado terciopelo de la chaqueta.

—Tú me crees, ¿verdad? —preguntó Rosen a Andras—. Sé muy bien lo que oí.

—Te creo —afirmó Andras—, pero estoy de acuerdo en que no podemos hacer nada al respecto.

—¿No estábamos hablando de tu hermano? —dijo Ben Yakov—. Me gustaba más ese tema.

—Tienes razón —convino Rosen—. He cambiado de tema y ya veis lo que ha pasado.

Andras se encogió de hombros.

—De todos modos, según Vago es demasiado pronto para celebrarlo. Podría ser que no se materializara.

—Pero podría ser que sí —repuso Rosen.

—Cierto. Y entonces, como decías, irá a vivir bajo una dictadura fascista. Así pues, es difícil saber qué es mejor. Todas las posibilidades son complicadas.

—Palestina —dijo Rosen—. Un Estado judío. Eso es lo que podemos desear. Espero que tu hermano consiga estudiar en la Italia de Mussolini. Que obtenga el título de medicina ante las narices del Duce. Mientras tanto tú, Polaner, Ben Yakov y yo nos sacaremos el de arquitectura, aquí, en París. Y después emigraremos. ¿De acuerdo?

—No soy sionista —dijo Andras—. Mi casa está en Hungría.

—Ahora no está allí, ¿no crees? —apuntó Rosen.

Y Andras no supo qué decir para contradecir sus palabras.

Durante las dos semanas siguientes esperó noticias de Módena. En clase de estática calculó la distribución del peso en las patas curvas de la torre Eiffel, con la esperanza de hallar alguna distracción en la simetría de ecuaciones; en *dessinage* realizó un dibujo a escala de la fachada de la Gare d'Orsay, agradeciendo la posibilidad de enfrascarse en la medición de las complejas esferas del reloj y la hilera de arcos de la entrada. En el estudio vigiló a Lemarque, quien a menudo lanzaba miradas inescrutables a Polaner pero no decía nada que pudiera considerarse injurioso. Todas las mañanas, al entrar en el despacho de Vago, miraba las cartas que había sobre la mesa en busca de una que llevara matasellos italiano. Día tras día la carta brillaba por su ausencia.

Una tarde, mientras Andras estaba sentado en el estudio borrando marcas tenues de lápiz de sus dibujos de la Gare d'Orsay, la bella Lucia de las oficinas entró en la clase con una nota doblada en una mano. Se la entregó al encargado de quinto que supervisaba aquella sesión y se marchó sin mirar a ninguno de los estudiantes.

—Lévi —dijo el supervisor, un hombre de mirada severa cuyos cabellos parecían una explosión de paja amarilla—, debes presentarte en el despacho privado de Le Colonel.

Las conversaciones cesaron en el aula. Los lápices se detuvieron a medio camino en las manos de los alumnos. Le Colonel era como apodaban a Auguste Perret en la escuela. Todas las miradas se posaron en Andras; Lemarque le dirigió una media sonrisa. Andras guardó los lápices en su bolsa preguntándose qué querría Perret. Se le ocurrió que tal vez tuviera algo que ver con la posibilidad de que Tibor estudiara en Italia; quizá Vago había pedido ayuda a Perret. También cabía la posibilidad de que este hubiera ejercido su influencia entre sus amigos del extranjero y ahora se dispusiera a darle la noticia.

Andras subió corriendo los dos tramos de escaleras hasta el pasillo donde se encontraban los despachos privados de los profesores y se detuvo ante la puerta cerrada de Perret. Dentro oyó a este y a Vago hablar en voz baja. Llamó. Vago le indicó que pasara y Andras abrió la puerta. De pie bajo la luz que entraba por una de las largas ventanas que daban al boulevard Raspail se hallaba el profesor Perret en mangas de camisa. Vago estaba apoyado en la mesa de Perret, con un telegrama en la mano.

—Buenas tardes, Andras —dijo Perret volviéndose de espaldas a la ventana. Le indicó con un gesto que se sentara en una silla baja de piel que había junto a la mesa.

Andras tomó asiento y dejó la bolsa en el suelo. El ambiente en aquella habitación era sofocante. A diferencia del despacho de Vago, con su profusión de dibujos en las paredes, sus figuritas de baratillo y la mesa rebosante de proyectos, el de Perret era todo orden y austeridad. Sobre el tafilete que cubría la superficie de la mesa descansaban tres lápices en paralelo; los estantes de madera contenían planos enrollados con sumo cuidado, y sobre una consola había una maqueta blanca del Théâtre des Champs-Élysées en una urna de cristal.

Perret se aclaró la garganta antes de hablar.

—Hemos recibido noticias inquietantes de Hungría. Más que inquietantes, diría yo. Tal vez sea más fácil que se lo explique el profesor Vago en húngaro, aunque tengo entendido que su francés ha mejorado considerablemente. —El tono marcial había desaparecido de su voz, y miraba a Andras con tal cordialidad y pesadumbre que a este se le helaron las manos.

—Es bastante complicado —dijo Vago en húngaro—. Intentaré explicártelo. He recibido noticias del padre de mi amigo, el profesor. Había una plaza para tu hermano en la facultad de medicina de Módena.

Vago calló. Andras contuvo la respiración y esperó a que continuara.

—El profesor Turano mandó una carta a la organización judía que te ha concedido la beca. Quería saber si costearían también los estudios de Tibor.

Pero su petición fue denegada, lamentándolo mucho. Esta semana se han impuesto nuevas restricciones en Hungría: a día de hoy, ninguna organización puede mandar dinero a los estudiantes judíos en el extranjero. El gobierno ha congelado la dotación de tu beca de estudio de Hitközség.

Andras pestañeó, intentando comprender lo que le decía.

—El problema no afecta solo a Tibor —continuó Vago mirándole a los ojos —, sino también ti. En resumen, no seguirán pagando tu beca. Para serte sincero, amigo mío, tu beca no se ha pagado nunca. La cantidad del primer mes no llegó, de modo que aboné la matrícula con dinero de mi propio bolsillo, pensando que tal vez hubiera habido un retraso. —Hizo una pausa y miró al profesor Perret, que observaba cómo Vago daba la noticia en húngaro—. El señor Perret ignora de dónde ha salido el dinero, y no hace falta que lo sepa, así que no muestres sorpresa. Le he dicho que todo iba bien. Sin embargo, no soy rico, y por mucho que lo desee no puedo costearte los estudios y demás otro mes.

Un témpano, lento y frío, se formó en el pecho de Andras. Dejarían de pagar sus estudios. Su matrícula no se había pagado. De repente comprendió la amabilidad y el pesar de Perret.

—Creemos que es usted un buen estudiante —dijo Perret en francés—. No queremos perderle. ¿Puede ayudarle su familia?

—¿Mi familia? —La voz de Andras sonó apagada e incierta en la habitación de techo alto. Vio a su padre apilando planchas de madera en el almacén, a su madre preparando patatas con páprika en el horno de la cocina al aire libre. Pensó en el par de medias de seda gris, las que le había regalado diez años atrás por el Januká, en cómo su madre las había doblado en un cuadrado casto y las había guardado en su envoltorio de papel, y solo se las había puesto para ir a la sinagoga—. Mi familia no tiene tanto dinero —añadió.

—Es terrible —dijo Perret—. Ojalá pudiéramos hacer algo. Antes de la depresión dábamos muchas becas, pero ahora… —Miró por la ventana las nubes bajas y se mesó la barba militar—. Sus gastos están pagados hasta fin

de mes. Veremos qué podemos hacer mientras tanto, pero me temo que no puedo darle muchas esperanzas.

Andras tradujo las palabras para sí: «No puedo darle muchas esperanzas».

—En cuanto a tu hermano… —dijo Vago—. Es una auténtica pena. Turano deseaba de corazón ayudarlo.

Andras intentó superar la estupefacción que se había apoderado de él. Era importante que ambos profesores entendieran lo de Tibor, lo del dinero.

—Da igual —dijo tratando de hablar con tono firme—. Lo de la beca da igual, en el caso de Tibor, quiero decir. Lleva seis años ahorrando. Debe de tener dinero suficiente para el billete de tren y la matrícula del primer curso. Le enviaré un telegrama esta noche. ¿El padre de su amigo puede guardarle la plaza?

—Supongo que sí —contestó Vago—. Le escribiré enseguida, si lo consideras conveniente. Quizá tu hermano también pueda ayudarte, puesto que tiene dinero ahorrado.

Andras negó con la cabeza.

—No le diré nada. No ha ahorrado bastante para los dos.

—No sabe cuánto lo siento —repitió Perret acercándose para estrechar la mano de Andras—. El profesor Vago dice que es usted un hombre de recursos. Tal vez encuentre la manera de resolver esta situación. Veré qué podemos hacer por nuestra parte.

Era la primera vez que Perret lo tocaba. Era como si acabaran de decirle a Andras que sufría una enfermedad terminal, como si la sombra de una muerte inminente hubiera permitido a Perret olvidarse de las formalidades. El profesor le dio una palmadita en la espalda mientras lo acompañaba a la puerta.

—Tenga valor —añadió, y se despidió de él en el pasillo.

Andras descendió por la escalera bajo la luz amarilla llena de motas de polvo. Dejó atrás el aula donde su dibujo de la Gare d'Orsay yacía abandonado sobre la mesa, dejó atrás a la bella Lucia de las oficinas y cruzó la puerta azul de la escuela que había llegado a considerar suya. Recorrió el boulevard Raspail hasta la oficina de correos, donde pidió un impreso para telegramas. Sobre las estrechas líneas azules escribió el mensaje que había pensado por el camino: PLAZA ASEGURADA PARA TI EN FACULTAD MEDICINA MÓDENA, GRACIAS AMIGO DE VAGO. SOLICITA PASAPORTE Y VISADOS ENSEGUIDA. ¡VIVA! Por un instante, en un ataque de auto com pa sión, consideró la posibilidad de borrar el VIVA, pero en el último momento decidió dejarlo, pagó los diez céntimos de más y salió de nuevo al bulevar.

Sin ver nada, sin pensar en nada, recorrió la estrecha curva de la rue de Fleurus en dirección al Jardin du Luxembourg, donde encontró un banco verde a la sombra de un plátano. Desde ahí se veía la granja apícola, y Andras observó que el apicultor encapuchado examinaba los panales de una colmena. El hombre tenía la cabeza, los brazos y las piernas salpicados de abejas negras que, atontadas por el humo, se movían lentamente por el cuerpo del colmenero como vacas pastando. En el colegio Andras había aprendido que había abejas que podían cambiar de naturaleza si las condiciones así lo exigían. Cuando moría una abeja reina, otra la sustituía… abandonaba su vida anterior, su cuerpo se transformaba y asumía un nuevo papel. Pasaba a poner huevos y conversaba sobre la salud de la colmena con sus sirvientes. Él, Andras, había nacido judío y llevado aquella identidad durante veintidós años. A los ocho lo habían circuncidado. Había soportado las pullas de los niños cristianos en el patio, y las malas caras de sus profesores en el aula cuando les decía que no podría ir a clase por el sabbat. Había ayunado en el Yom Kipur y acudido a la sinagoga en el sabbat; a los trece había leído la Torá y se había hecho un hombre, según la ley judía. En Debrecen estudió en el *gimnázium* judío y al acabar el bachillerato entró a trabajar en una revista judía. Había vivido con Tibor en el barrio judío de Budapest y había ido con él a la sinagoga de la calle Dohány. Había topado con el fantasma del númerus clausus, había dejado su hogar y a su familia para trasladarse a París. Incluso ahí había hombres como Lemarque, y grupos de estudiantes que se manifestaban contra los judíos, y más de unos cuantos periódicos antisemitas. Y ahora debía cargar con otro peso, ese

nuevo *tsuris*. Sentado en el banco del Jardin du Luxembourg, por un momento se preguntó cómo sería dejar atrás su yo judío, desprenderse del ropaje de su religión como de un abrigo que es demasiado grueso para llevarlo cuando empieza a hacer calor. Recordóla vez que fue a la Sainte-Chapelle, en septiembre, la quietud y la espiritualidad del lugar, y las pocas líneas que conocía de la misa latina cruzaron su mente: *Kyrie eleison, Christe eleison*. Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad.

Por un instante pareció sencillo y claro: convertirse en cristiano, y no solo en cristiano, sino en católico romano, como los cristianos que habían ideado Notre-Dame y la Sainte-Chapelle, el templo de Mátyás y la basílica de Szent István en Budapest. Despojarse de su antigua vida, asumir una nueva historia. Recibir lo que se le había negado. Recibir piedad.

No obstante, cuando pensó en la palabra «piedad», fue el término yiddish el que acudió a su mente: *rachmones*, cuya raíz era *rechem*, la palabra hebrea que significa «útero». *Rachmones*: una compasión tan profunda e innegable como la que una madre sentía por sus hijos. Había suplicado esa compasión en sus oraciones todos los años. Había pedido que se le perdonara, había ayunado, había acabado el Yom Kipur con la sensación de haberse purificado por completo. Todos los años había experimentado la necesidad de presentar su alma para rendir cuentas, para perdonar y ser perdonado. Todos los años sus hermanos le habían acompañado a la sinagoga: Mátyás, pequeño y rebelde, a su izquierda; Tibor, delgado y con voz profunda, a su derecha. Junto a ellos estaba el padre con su habitual *tallis* y detrás, en el espacio destinado a las mujeres, su madre, paciente, tolerante, firme, una presencia real aun cuando no pudieran verla. No podía dejar de ser judío, del mismo modo que no podía dejar de ser hermano de sus hermanos, hijo de su padre y su madre.

Se levantó y, tras echar un último vistazo al apicultor y sus abejas, cruzó el parque para volver a casa. Ya no pensaba en lo que había pasado, sino en lo que tendría que hacer a continuación: buscar trabajo, ganar dinero para proseguir sus estudios. No era francés, pero eso no importaba; en Budapest se pagaba bajo cuerda a miles de trabajadores y nadie se enteraba. Al día siguiente era sábado. Las oficinas estarían cerradas, pero no los comercios y restaurantes: panaderías, colmados, librerías, tiendas de material de arte,

brasseries, sastrerías. Si Tibor podía trabajar todo el día en una zapatería y estudiar anatomía por la noche, Andras podría trabajar y asistir a la facultad. Cuando llegó a la rue des Écoles, ya estaba construyendo en su cabeza la frase necesaria: Busco trabajo. En húngaro: *Állást keresek*. En francés: *Je cherche… je cherche…* trabajo. Sabía la palabra: *un boulot.*

OceanofPDF.com

5

Théâtre Sarah-Bernhardt

Aquel otoño en el Sarah-Bernhardt se representaba *La madre*, una nueva obra de Bertolt Brecht, todas las noches a las nueve excepto los lunes. El teatro se hallaba en el mismo centro de la ciudad, en la place du Châtelet. Ofrecía siete pisos de asientos lujosos y la emoción de saber que la voz de Sarah Bernhardt había sonado en aquel espacio y hecho estremecer la araña de cristal en su cadena. En algún lugar había un camerino revestido de paneles color crema y dorado con la bañera de oro en la que se decía que la actriz se bañaba en champán. Aquel primer sábado de noviembre habían convocado a los actores para un ensayo no programado, pues Claudine Villareal-Bloch, la *mère* de la función, había sufrido un ataque agudo de sobrecarga vocal que todos atribuían tácitamente a su nueva aventura con un joven agregado de prensa brasileño. En aquellas circunstancias un tanto vergonzosas, habían llamado en el último momento a la suplente de madame Villareal-Bloch para que interpretara su papel. Marcelle Gérard se paseaba furiosa por su camerino preguntándose cómo se había atrevido Claudine Villareal-Bloch a jugarle aquella mala pasada; parecía una humillación intencionada. Madame Villareal-Bloch sabía que madame Gérard, molesta por su condición de suplente, no se había preparado. Aquella misma mañana, durante el ensayo no se acordaba de los diálogos y había balbuceado con absoluta falta de profesionalidad. En su despacho, Zoltán Novak tomaba un whisky escocés a palo seco y se preguntaba qué sería de él si la función no podía seguir, si Marcelle Gérard se quedaba muda en el escenario como había sucedido en el ensayo de la mañana. Estaba previsto que el ministro de Cultura asistiera a la representación de la noche siguiente; así de popular se había hecho la nueva obra de Brecht, y así de desesperada era la situación en que se encontraba Novak. Si la noche del día siguiente quedaban públicamente en ridículo, la culpa sería de Novak, el húngaro. El fracaso no era francés.

Zoltán Novak se moría de ganas de fumar. Pero no podía. La noche anterior, cuando le comunicaron la noticia de la enfermedad de madame Villareal-Bloch, su esposa le había escondido los cigarrillos, pues sabía que él

tendería al exceso; le había hecho prometer que no compraría más, y le había jurado que le olfatearía la ropa para comprobar si olía a humo. Mientras se paseaba por su despacho en un estado de ansiedad provocado por la falta de nicotina, entró el ayudante de producción con una lista de mensajes urgentes. El director de atrezo había perdido un juego de palas de la escena tercera; ¿representaban la escena sin ellas o compraban unas? El nombre de madame Gérard estaba mal escrito en el programa de la noche siguiente (Guerard, un error comprensible), ¿quería que volvieran a imprimirlos todos? Finalmente, abajo había un muchacho que buscaba trabajo. Aseguraba conocer a monsieur, o al menos eso parecía decir, porque su francés no era bueno. ¿Cómo se llamaba? Era un nombre extranjero. Lévi. Undrash.

Que compraran palas nuevas para los trabajadores de la escena tercera. Que dejaran los programas tal como estaban, pues era demasiado caro reimprimirlos. Y no, no conocía a ningún Lévi Undrash. Aunque lo conociera, que Dios lo ayudara, porque lo último que podía dar ahora era un empleo.

Andras había pensado que llegaría a la facultad el lunes por la mañana con excelentes noticias para el profesor Vago: había encontrado un empleo, había solucionado el pago de su matrícula y, por lo tanto, se quedaba. Sin embargo, ahora caminaba por el boulevard Raspail dando patadas a las ramitas caídas, de pura frustración. Se había pateado el Quartier Latin durante todo el fin de semana buscando trabajo; había preguntado en las puertas principales y en las traseras, en panaderías y en garajes; incluso había osado llamar a la puerta de un taller de diseño gráfico donde un joven trabajaba en mangas de camisa sentado a una mesa de dibujo. El hombre lo había mirado con una especie de desprecio burlón y le había dicho que volviera a pasar en cuanto tuviera el título. Andras había seguido caminando, muerto de hambre y aterido de frío bajo la lluvia, pero sin rendirse. Había cruzado el Sena entre la niebla preguntándose a quién podía pedir ayuda; al levantar la cabeza vio que había llegado a la place du Châtelet. Entonces se le ocurrió que podía presentarse en el Théâtre Sarah-Bernhardt y preguntar por Zoltán Novak, quien, al fin y al cabo, lo había invitado a visitarlo. Decidió ir cuanto antes; eran las siete y media y Novak estaría en el teatro antes de la función. Sin embargo, en el Sarah-Bernhardt

un muchacho le había negado la entrada —educadamente, con expresión apesadumbrada, y con una parrafada rápida y compasiva en francés— asegurando que había hablado con Novak, a quien el nombre de Andras no le sonaba de nada. Había pasado el resto de la tarde y todo el día siguiente buscando empleo, pero su suerte no había mejorado. Al final había ido a casa y se había sentado a la mesa junto a la ventana con un telegrama de su hermano en la mano.

¡NOTICIA INCREÍBLE! MIL GRACIAS A TI Y VAGO. SOLICITARÉ VISADO ESTUDIANTE MAÑANA. MÓDENA. ¡VIVA! TIBOR

Habría dado cualquier cosa por ver a Tibor, por contarle lo que había sucedido y oír qué opinaba él. Pero su hermano estaba a más de mil doscientos kilómetros, en Budapest. No había forma de pedir y recibir un consejo de esa clase por telegrama, y una carta tardaría demasiado. Por supuesto, se lo había contado a Rosen, Polaner y Ben Yakov aquel fin de semana en el comedor de estudiantes; la rabia que habían manifestado le había resultado grata y su compasión, fortalecedora, pero poco podían hacer para ayudarlo. En cualquier caso, no eran sus hermanos, no podían saber como Tibor lo que la beca representaba para él, ni lo que representaría su pérdida.

A las siete de la mañana la École Spéciale estaba desierta. En los estudios reinaba el silencio, no había un alma en el patio, y en el anfiteatro resonaba hasta el más mínimo ruido. Sabía que encontraría algunos alumnos dormidos en sus mesas si los buscaba, los que habían pasado la noche tomando café, fumando y trabajando en dibujos o maquetas. Las noches en blanco eran habituales en la École Spéciale. Corría el rumor de que había unas pastillas que aguzaban la mente y permitían estar sin dormir días enteros o incluso semanas. Se contaban leyendas sobre grandes avances artísticos logrados tras setenta y dos horas en vela, y también historias de crisis nerviosas de consecuencias desastrosas. Uno de los estudios era conocido como *l’atelier du suicide*. Los alumnos mayores explicaban a los jóvenes que un hombre se había pegado un tiro allí al saber que su rival había ganado el Prix du Amphithéâtre anual. En aquel estudio, en la pared junto a la pizarra, se veía un agujero en el ladrillo. Cuando Andras preguntó a Vago por el suicidio, este comentó que la historia ya circulaba cuando él

era estudiante y que nadie podía confirmarla. En todo caso, servía a su propósito como cuento aleccionador.

En el despacho de Vago había luz. Andras vio el cuadrado amarillo desde el patio. Subió los tres pisos corriendo y llamó. Hubo un largo silencio antes de que Vago abriera la puerta y apareciera descalzo, frotándose los ojos con el pulgar y el índice manchados de tinta. Llevaba desabotonado el cuello de la camisa y tenía el pelo revuelto.

—Tú —dijo en húngaro. Una palabra breve, aderezada con una pizca de afecto. *Te*.

—Yo —dijo Andras—. Sigo aquí, de momento.

Vago le hizo pasar y le indicó que se sentara en el taburete de siempre.

Después lo dejó solo durante unos minutos, y cuando volvió parecía que se hubiera lavado la cara con agua caliente y se la hubiera secado con una toalla áspera. Olía a jabón de piedra pómez, que era bueno para eliminar las manchas de tinta de las manos.

—¿Y bien? —preguntó Vago antes de sentarse detrás de su mesa.

—Tibor le da las gracias de todo corazón. Va a presentar la solicitud del visado.

—Ya he escrito al profesor Turano.

—Gracias —dijo Andras—. En serio.

—¿Y tú cómo estás?

—No muy bien, como se puede imaginar.

—Te preocupa cómo vas a pagar la matrícula.

—¿No le preocuparía a usted?

Vago echó su silla hacia atrás y fue a mirar por la ventana. Poco después regresó y se pasó las manos por el pelo.

—Escucha —dijo—, esta mañana no me apetece enseñarte francés. ¿Por qué no visitamos algún edificio interesante? Disponemos de una hora y media antes de que empiecen las clases.

—El profesor es usted —repuso Andras.

Vago cogió el abrigo del colgador de madera y se lo puso. Cruzó la puerta detrás de Andras, lo siguió escaleras abajo y lo guió hacia las puertas azules de la escuela. Una vez en el bulevar buscó monedas en el bolsillo y condujo a Andras por la escalera del metro Raspail justo en el momento en que el tren entraba en la estación. Finalmente, en una estación perdida llamada Billancourt, Vago y Andras se bajaron del tren y enfilaron un bulevar de las afueras. Lejos del centro de la ciudad el aire era más fresco; los tenderos regaban las aceras preparándose para el día de trabajo y los limpiacristales sacaban brillo a los escaparates de cristal. Una fila de niñas con abrigos cortos de lana negra caminaban a buen paso por la acera, guiadas por una mujerona con una pluma en el sombrero.

—No queda lejos —dijo Vago.

Condujo a Andras por el bulevar, tomó una callecita comercial, después una larga calle residencial y a continuación otra más corta, con viviendas pareadas de color gris y casas sólidas de tejado rojo, que de repente cedieron paso a un bloque de pisos alto y blanco que parecía un barco, de forma triangular, construido entre dos calles que confluían formando un ángulo agudo. Los pisos tenían ventanas de portilla y balcones empotrados con puertas de cristal correderas, como si en verdad el edificio fuera un transatlántico. Hendía la mañana con su proa de ventanas curvas y arcos de hormigón armado blancos como la leche.

—¿Arquitecto? —preguntó Vago.

—Pingusson.

Unas semanas antes habían ido a ver su obra en el pabellón de diseño de la Exposición Internacional. El alumno de quinto que había hecho de guía había hablado de la simplicidad de líneas de Pingusson y de su poco convencional sentido de la proporción.

—En efecto —confirmó Vago—. Uno de nosotros, salido de la École Spéciale. Lo conocí en un congreso de arquitectura celebrado en Rusia hace cinco años y desde entonces somos buenos amigos. Ha escrito artículos interesantes para *L'Architecture d'Aujourd'hui*. Artículos que hicieron que la gente leyera la revista cuando acababa de salir. También es un estupendo jugador de póquer. Jugamos unas timbas todos los sábados. A veces el profesor Perret viene a vernos. No tiene ni idea de póquer, pero le gusta charlar.

—Me lo imagino —dijo Andras.

—Bien, ¿a que no adivinas de qué hablamos el sábado pasado?

Andreas se encogió de hombros.

—¿No te lo imaginas?

—De la guerra civil española.

—No, amigo mío. Hablamos de ti. De tu problema. De la beca. De la falta de fondos. Mientras tanto Perret iba sirviendo champán. Un Canard-Duchêne del veintiséis de primera categoría que había recibido como regalo de un cliente. Veamos, Georges-Henri, esto es, Pingusson, es un hombre de una inteligencia poco común. Es responsable de muchos edificios excelentes de París y tiene la casa llena de premios que lo avalan. También es ingeniero, como sabes, no solo arquitecto. Juega al póquer como un buen conocedor de los números. Pero cuando bebe champán se deja llevar por la fanfarronería y el sentimentalismo. Hacia medianoche arrojó su libreta de ahorros sobre la mesa y le dijo a Perret que si él, Perret, ganaba la siguiente mano, él, Pingusson, costearía tu matrícula y tus gastos.

Andras miró fijamente a Vago.

—¿Qué sucedió?

—Perret perdió, por supuesto. No creo haberle visto ganar nunca a Pingusson. Pero el champán ya había obrado su magia. Nuestro Perret es listo. Al final fue más listo que Pingusson.

—¿A qué se refiere?

—Al cabo de un rato estamos los tres en la calle buscando un taxi. Perret, que está sobrio como una lechuza, niega con la cabeza. «Qué pena lo de ese pobre chico, Lévi», dice. «Es una tragedia.» Y Georges-Henri, borracho de champán, prácticamente se pone de rodillas y le suplica que le permita hacerte un préstamo. El cincuenta por ciento, dice, ni un céntimo menos. «Si el chico consigue la otra mitad», dice, «podrá quedarse en la facultad.»

—¿Está usted de broma? —preguntó Andras.

—Me temo que no.

—Pero al día siguiente recuperaría la razón.

—No. Perret hizo que lo pusiera todo por escrito aquella noche. De todos modos, Pingusson está en deuda con Perret, que le ha hecho más de un par de favores.

—¿Y qué clase de garantía desea por su préstamo?

—Ninguna —respondió Vago—. Perret le aseguró que eras un caballero. Y que ganarías mucho dinero en cuanto te licenciaras.

—El cincuenta por ciento —dijo Andras—. Dios santo. De Pingusson. —Volvió a mirar el perfil curvo del edificio, con su alta proa blanca—. Dígame que no está bromeando.

—No bromeo. Tengo su carta firmada sobre la mesa.

—Pero son miles de francos.

—Perret le convenció de que merecía la pena ayudarte.

Andras sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Arrastró la suela de un zapato por la acera. Tenía que haber una forma de conseguir la otra mitad. Haría lo que fuera necesario. ¿Cuánto tiempo llevaba buscando trabajo? ¿Un par de días? ¿Catorce horas? La ciudad de París era enorme. Encontraría un empleo. Tenía que encontrarlo.

Había momentos en los que parecía que un fantasma benévolo habitara el Théâtre Sarah-Bernhardt, momentos en los que una función tendría que haber fracasado pero salía a flote. La noche del debut de Marcelle Gérard como la madre, todo parecía predestinado al desastre; una hora antes de que subiera el telón Marcelle se presentó en el despacho de Novak y amenazó con marcharse. No estaba preparada para continuar, le dijo. Se pondría en ridículo ante el público, la crítica, el ministro de Cultura. Novak le cogió las manos y le suplicó que entrara en razón. Sabía que podía interpretar el personaje. Lo había hecho de maravilla en la prueba. Si había dado el papel a Claudine Villareal-Bloch era solo porque no quería que le acusaran de favoritismo mostrando su preferencia por madame Gérard. Aunque su relación amorosa había acabado hacía tiempo, la gente seguía murmurando; temía que llegara a oídos de su esposa en un momento en que la situación de su matrimonio era bastante delicada. Marcelle lo comprendía, por supuesto, ¿acaso no habían hablado de ello cuando se tomó la decisión? Novak jamás permitiría que saliera a escena esa noche si no creyera que su actuación iba a ser perfecta. Al fin y al cabo, los temores de la actriz eran normales. Hasta Sarah Bernhardt se había quedado paralizada a causa del miedo escénico en su representación de Fedra de 1879. Estaba seguro de que en cuanto Marcelle saliera al escenario interpretaría el papel tal como lo había imaginado Brecht. Sin duda ella también lo sabía. ¿O no? Cuando Novak acabó de hablar, madame Gérard apartó las manos y se refugió en su camerino sin decir palabra, dejándolo solo.

Quizá fuera la intensidad de la angustia de Novak lo que convocó al fantasma de Sarah Bernhardt entre las paredes del teatro aquella noche; quizá fuera la angustia colectiva del reparto y el equipo, los iluminadores, los acomodadores, los encargados de vestuario, los porteros, la chica del guardarropa. Fuera cual fuese la razón, cuando dieron las nueve la

inseguridad de madame Gérard se había desvanecido. El ministro de Cultura, sentado en su palco, bebía discretamente de su petaca de plata; lo acompañaban lady Mendl y la honorable señora de Reginald Fellowes, la primera con sus plumas de pavo real en el cabello, y Daisy Fellowes resplandeciente con un traje de seda de Schiaparelli verde jade. La guerra de España había puesto de moda el teatro comunista en Francia. La sala estaba llena hasta los topes. Se apagaron las luces. Entonces Marcelle Gérard salió al escenario y habló con la misma voz aterciopelada de Sarah Bernhardt. Entre bastidores, Zoltán Novak observaba cómo madame Gérard ofrecía una representación de *La madre* que daba cien vueltas a la hueca interpretación de Claudine Villareal-Bloch. Soltó un suspiro de alivio tan placentero, tan profundo, que se alegró de que su esposa le hubiera negado el consuelo perjudicial del tabaco. Con un poco de suerte tal vez se hubiera librado de la tisis para siempre. El tiempo que había pasado en Budapest tomando baños medicinales había eliminado la sangre y el dolor de sus pulmones. La función no había fracasado. Después de todo, quizá su teatro lograra sobrevivir, a pesar de las largas columnas rojas en los libros de cuentas y las deudas que aumentaban de forma persistente semana tras semana.

Estaba tan pletórico, después de recibir los elogios del ministro de Cultura al final de la función y transmitir sus cumplidos a la ruborizada y jadeante Marcelle Gérard, que aceptó y bebió dos copas de champán, una tras otra, en el camerino. Antes de que se marchara, Marcelle lo llevó a su sanctasanctórum y lo besó en los labios, solo una vez, casi castamente, como si todo estuviera perdonado. A medianoche salió por la puerta de los artistas a la niebla fría. Su esposa estaría esperándole en el dormitorio, con el cabello suelto y la piel perfumada de lavanda. No había avanzado ni tres pasos cuando alguien echó a correr tras él y lo cogió del brazo de tal modo que se le cayó el maletín. Últimamente se habían cometido varios atracos en las cercanías del teatro; por lo general Novak era prudente, pero esa noche el champán le había hecho bajar la guardia. Obedeciendo al instinto que había desarrollado en la guerra, se volvió y golpeó a su atacante en el estómago. Un joven de cabello moreno cayó jadeando en la acera. Zoltán Novak se inclinó para recoger su maletín y oyó al muchacho hablar con voz entrecortada. «Novak-úr. Novak-úr.» Estaba pronunciando su nombre, con el tratamiento honorífico húngaro. La cara del joven le sonaba un poco. Lo

ayudó a ponerse en pie y le limpió las hojas de la manga. El muchacho se palpó las costillas inferiores con cuidado.

—¿Cómo se te ocurre acercarte a alguien por detrás de esa manera? —exclamó Novak en húngaro, al tiempo que intentaba ver mejor la cara del muchacho.

—No quiso recibirme en su despacho —consiguió decir el chico.

—¿Debería haberte recibido? —preguntó Novak—. ¿Te conozco?

—Soy Andras Lévi —respondió el joven entre jadeos.

Undrash Lévi. El chico del tren. Novak recordó el desconcierto de Andras en Viena, su gratitud cuando él le invitó a un *pretzel*. Había pegado un puñetazo en el estómago al pobre chico. Novak negó con la cabeza y soltó una risita apagada y compungida.

—El joven Lévi… —dijo—. Discúlpame.

—Acepto sus disculpas —repuso el chico con amargura palpándose todavía las costillas.

—Te he golpeado muy fuerte —dijo Novak consternado.

—No se preocupe.

—¿Por qué no me acompañas un rato? No vivo lejos.

Echaron a andar y Andras le contó toda su historia, empezando por cómo había conseguido y perdido la beca, y acabando con la oferta de Pingusson. Eso era lo que lo había animado a volver. Tenía que intentar de nuevo hablar con Novak. Estaba dispuesto a aceptar cualquier trabajo, hasta el más miserable. Haría lo que fuera: limpiar los zapatos de los actores, barrer o vaciar los ceniceros. Necesitaba empezar a ganar su cincuenta por ciento. El primer pago se efectuaría al cabo de tres semanas.

Mientras decía esto, llegaron a la casa de Novak en la rue de Sèvres. La luz estaba encendida al otro lado de las cortinas de su dormitorio. La niebla le

había humedecido los cabellos y perlado las mangas del abrigo; a su lado, Lévi tiritaba con su chaqueta fina. Novak pensó en el libro de cuentas que había cerrado justo antes de subir a ver la función. Allí, en la pulcra letra roja del contable, estaban las cifras que atestiguaban la situación desesperada del Sarah-Bernhardt; unas semanas más con pérdidas y tendrían que cerrar. Por otro lado, con Marcelle Gérard en el papel de la madre, ¿quién sabía qué podía suceder? Estaba al tanto de lo que ocurría en la Europa oriental, sabía que la retirada de la asignación de Andras era solo un síntoma de una enfermedad más grave. En su juventud había visto en Hungría a brillantes chicos judíos derrotados por el númerus clausus; parecía un crimen que aquel joven también tuviera que rendirse después de haber recorrido tan largo camino. El Bernhardt no era una organización filantrópica, pero el chico no le pedía un préstamo. Buscaba un empleo. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Sin duda estaba en el espíritu de la obra de Brecht dar trabajo a alguien que lo necesitaba. Al fin y al cabo, ¿acaso no era judía Sarah Bernhardt? Su madre había sido una cortesana judía holandesa, y por supuesto el judaísmo se transmitía por línea materna. Él lo sabía. Aunque había sido bautizado en la Iglesia católica y asistido a escuelas católicas, su madre también había sido judía.

—De acuerdo, joven Lévi —dijo posando una mano en el hombro del chico —. Pásate por el teatro mañana por la tarde.

Y Andras le dedicó una sonrisa tan luminosa y agradecida que Novak sintió una punzada de miedo. Cuánta confianza. Cuánta esperanza. Prefería no pensar en qué podía hacer el mundo con un chico como Andras Lévi.

OceanofPDF.com

6

Trabajo

En *La madre* actuaban veintisiete actores: nueve mujeres y dieciocho hombres. Trabajaban seis días a la semana y en ese tiempo ofrecían siete funciones. Entre bastidores tenían algunos momentos de descanso y una sorprendente cantidad de peticiones. Había que zurcir y planchar sus trajes, sacar a pasear a sus perros falderos, echar cartas al buzón, servirles té para que se les suavizara la voz, pedirles la cena. De vez en cuando necesitaban los servicios de un dentista o un médico. Debían repasar sus diálogos y echar una breve siesta para recuperarse. Tenían que cultivar sus idilios fuera del escenario. Dos de los actores estaban enamorados de dos de las actrices, y las dos mujeres amadas amaban al hombre que no les correspondía. Entre las parejas enamoradas volaban las notas. Se mandaban, se recibían y se destruían flores; se mandaban y se consumían bombones.

Andras se sumergió en aquella olla de grillos dispuesto a trabajar; el ayudante del director de escena lo instó a ponerse de inmediato manos a la obra. Si a monsieur Hammond se le rompía un cordón de los zapatos, Andras debía encontrar otro. Si el *bichon frisé* de madame Pillol necesitaba comer, Andras debía darle de comer. Había que transmitir los mensajes que intercambiaban el director y los protagonistas, el director de escena y el ayudante del director de escena, y los amantes fuera del escenario. Cuando la reemplazada Claudine Villareal-Bloch se presentara en el teatro para exigir que le devolvieran su papel, habría que apaciguarla colmándola de elogios, pero según le explicó a Andras el ayudante del director de escena, en realidad la habían despedido, pues Marcelle Gérard estaba cosechando un éxito apabullante con su interpretación. El Bernhardt colgaba el cartel de «agotadas las localidades» todas las noches por primera vez en cinco años.

Andras ignoraba cómo se las apañaban tras las bambalinas en el Sarah-Bernhardt antes de que lo contrataran. En su primer día de trabajo, cuando empezó la función, estaba demasiado agotado para verla desde un bastidor lateral. Se quedó dormido en un sofá que no sabía que se necesitaba para el

segundo acto, y se despertó sobresaltado cuando dos tramoyistas lo alzaron para llevarlo al escenario. Se levantó justo cuando los actores salían de escena después del primer acto, y todos se precipitaron sobre él con innumerables peticiones de ayuda.

Aquella noche se quedó en el teatro mucho después de que la representación hubiera terminado. Claudel, el ayudante del director de escena, le había dicho que debía permanecer siempre en su puesto hasta que se hubiera marchado el último actor; esa noche fue Marcelle Gérard la rezagada. Andras aguardó ante su camerino a que acabara de conversar con Zoltán Novak. A través de la puerta oía el entusiasmo con que hablaba en un francés trepidante. Le gustaba el sonido de su voz, y pensó que no le importaría hacer algo por ella antes de marcharse. Por fin salió monsieur Novak, con una leve arruga de preocupación en la frente. Se sorprendió al ver a Andras allí.

—Es medianoche, muchacho —dijo—. Es hora de volver a casa.

—Monsieur Claudel me ha ordenado que me quedase hasta que todos los actores se hubieran marchado.

—Ah. Bien hecho, pues. Toma esto para la cena, un adelanto de tu primera paga semanal. —Novak le entregó unos billetes doblados—. Come algo más nutritivo que un *pretzel* —añadió, y se alejó por el pasillo en dirección a su despacho frotándose la nuca.

Andras desdobló los billetes. Eran doscientos cincuenta francos, cantidad suficiente para cenar durante dos semanas en el comedor de estudiantes. Soltó un silbido quedo y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Madame Gérard salió del camerino. Su cara ancha estaba pálida y resultaba poco atractiva sin el maquillaje que lucía en escena. Llevaba unamaleta turca marrón y la bufanda apretada para ir bien abrigada durante el trayecto a casa. Claudel había dicho que madame Gérard tenía que tomar un taxi, de modo que Andras le pidió que esperara en la puerta de los artistas mientras buscaba uno en el quai de Gesvres. Los cazadores de autógrafos ya habían desaparecido. Andras la tomó del brazo mientras caminaban por la acera. Notó que el abrigo de tweed estaba gastado en el codo. La actriz se paró

ante la portezuela abierta del taxi y le miró a los ojos, con el rostro enmarcado por la bufanda. Tenía la frente ancha y abombada, y las cejas finas; los huesos marcados le daban un aire de nobleza que le habría ido bien para interpretar el papel de una reina, pero que también resultaba adecuado para el personaje de madre proletaria.

—Eres nuevo aquí —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Andras Lévi —respondió él con una leve inclinación de la cabeza.

Ella repitió su nombre un par de veces, como si quisiera memorizarlo.

—Mucho gusto, Andras Lévi. Gracias por buscarme un taxi. —Entró en el vehículo, se tapó las piernas con el abrigo y cerró la portezuela.

Mientras observaba el taxi que se alejaba por el quai des Gesvres en dirección al puente d'Arcole, Andras reprodujo para sí el breve guión de su conversación. Mentalmente la oyó decir *très heureux de faire votre connaissance*, que significaba *örülök, hogy megismerhetem* en húngaro. ¿Cómo era posible que le hubiera parecido oír un eco de *örülök* tras su *très heureux*? ¿En París todos eran húngaros camuflados? Se rió al pensarlo: todas las mujeres de la orilla derecha con sus abrigos de pieles, los espectadores del teatro con sus coches largos, los estudiantes de arte amantes del jazz con sus chaquetas raídas, todos ellos abrigaban el deseo secreto de comer páprika y pan rústico mientras engullían las bullabesas y las baguettes. Al cruzar el río sintió una ligereza cada vez mayor en el centro del pecho. Tenía un empleo. Ganaría su cincuenta por ciento. En su mesa de trabajo lo esperaban lápices nuevos, y no parecía imposible que pudiera acabar sus dibujos de la Gare d'Orsay antes del amanecer.

Trabajó toda la noche sin parar y logró mantenerse despierto durante las clases de la mañana. Luego se quedó dormido en un rincón de la biblioteca. Cuando despertó varias horas después, encontró una nota prendida en su solapa con la letra de Rosen: «Hemos quedado en la Paloma Azul a las cinco, dormilón». Andras se incorporó y se frotó los ojos. Sacó del bolsillo el reloj de su padre y miró la hora. Las cuatro. Al cabo de tres horas tendría que volver al trabajo. Lo único que le apetecía era irse a casa a dormir. Se arrastró por el pasillo hasta los servicios, donde descubrió que, mientras

dormía, le habían pintado con tinta un bigote a lo Clark Gable sobre el labio superior. Se dejó el bigote, se peinó con los dedos y se alisó la chaqueta.

La Paloma Azul se hallaba a media hora larga a pie. Andras recorrió el boulevard Raspail y cruzó el Quartier Latin. Fue el primero en llegar al local; se sentó a una mesa del fondo, cerca de la barra, y pidió lo más barato de la carta: una tetera. El té se servía con dos galletas de mantequilla, cada una con una almendra en el centro. Esa era la razón por la que a los estudiantes les gustaba la Paloma Azul: allí eran generosos. En el Quartier Latin era infrecuente recibir dos galletas con una tetera, y mucho más galletas con almendras. Cuando llegaron Rosen, Polaner y Ben Yakov, Andras ya se había terminado el té y las galletas. Los tres jóvenes se quitaron las bufandas y tomaron asiento.

Rosen besó a Andras en ambas mejillas.

—Un bigote precioso —dijo.

—Creíamos que te habías muerto —comentó Ben Yakov—. O al menos que estabas en coma.

—Estaba casi muerto.

—Hemos hecho apuestas —explico Ben Yakov—. Rosen ha apostado que dormirías toda la noche; yo, que vendrías aquí, y Polaner se ha abstenido porque está sin blanca.

Polaner se ruborizó. De los tres, él era el que procedía de una familia más acomodada, pero el reino de su familia era una tienda de ropa en Cracovia y su padre no tenía ni idea de lo que costaban las cosas en París. La cantidad que le enviaba todos los meses era insuficiente para vestirse y comer. Consciente de la deuda que estaba contrayendo con su padre, Polaner no se atrevía a pedirle más. Como hijo de buena familia, jamás había trabajado, y no parecía considerar la posibilidad de buscar un empleo a fin de aliviar su situación. En lugar de eso pedía agua caliente en los cafés, remendaba sus zapatos con cartón grueso que le sobraba de las maquetas que construía y se llevaba del comedor de estudiantes el pan que le sobraba.

Con el bolsillo lleno de billetes, Andras sabía que le tocaba invitar a todos. Tomaron vasitos de whisky con soda, la bebida de las estrellas de cine norteamericanas. Maldijeron al gobierno húngaro y su intentona de apartar a Andras de su lado, y brindaron por su nuevo papel como mensajero de cartas de amor y paseador de perros de actores. Cuando hubieron acabado los whiskies con soda, pidieron otra tetera grande.

—Ben Yakov tiene un compromiso esta noche —anunció Rosen.

—¿A qué te refieres con compromiso? —preguntó Andras.

—Un *rendez-vous*. Una cita. Posiblemente romántica.

—¿Con quién?

—Con la bella Lucia —contestó Rosen, y Ben Yakov entrelazó los dedos y los flexionó con mudo entusiasmo.

La mesa quedó en silencio. Los cuatro veneraban a Lucia, con su voz grave y aterciopelada, su piel del color de la caoba lustrada. Por la noche, solos en la cama, la imaginaban quitándose el vestido y la ropa interior, quedándose desnuda ante ellos en la habitación a oscuras. Por la mañana se avergonzaban al ver el talento de la joven en el estudio. No solo trabajaba en las oficinas, sino que era también alumna de cuarto, una de las mejores de su clase, y se rumoreaba que Mallet-Stevens había alabado especialmente su trabajo.

—Bien por Ben Yakov —dijo Andras levantando la taza.

—Bien —dijeron los otros dos, y Ben Yakov alzó una mano con fingida modestia.

—Claro que nunca nos contará lo que pase —apuntó Rosen—. Los asuntos de Ben Yakov no son de la incumbencia de nadie.

—No como los de monsieur Rosen —repuso Ben Yakov—. Los asuntos de monsieur Rosen pertenecen a todos. ¡Si tus damas lo supieran!

—Estamos en la ciudad del amor —afirmó Rosen—. Todos deberíamos hacer el amor. —Utilizó la palabra vulgar, *baiser*—. ¿Qué pasa, Polaner? ¿Te he ofendido?

—No te estoy escuchando —dijo Polaner.

—Polaner es un caballero —observó Ben Yakov—. Los caballeros *ne baisent pas*.

—Al contrario —dijo Andras—. Los caballeros son grandes *baiseurs*.

Acabo de leer *Las amistades peligrosas*. Está lleno de caballeros que *baisent*.

—No creo que tengas derecho a participar en esta conversación —dijo Rosen—. Al menos Polaner tenía una *petite amie* en casa. Su futura novia cracoviana, ¿no? —Dio una palmada en el hombro a Polaner, que se ruborizó de nuevo. Les había comentado que había recibido algunas cartas de la chica, hija de un fabricante de género de lana, con la que su padre esperaba que se casara—. Ha hecho de todo, aunque no le guste hablar de eso —añadió Rosen—. En cambio tú, Andras, no lo has hecho nunca.

—Mentira —replicó Andras, aunque lo que decía su amigo era verdad.

—París está lleno de chicas —aseguró Rosen—. Deberíamos organizarte una cita secreta. De carácter profesional, claro está.

—¿Con qué dinero? —preguntó Ben Yakov.

—En el pasado los artistas tenían benefactores —dijo Rosen—. ¿Dónde están nuestros benefactores? —Se puso en pie y repitió la pregunta a voz en grito. Algunos clientes levantaron sus tazas. Pero no había ningún posible benefactor entre ellos; todos eran estudiantes, con sus tés y sus galletas, sus periódicos izquierdistas y sus chaquetas deshilachadas.

—Al menos tengo un empleo —afirmó Andras.

—¡Pues ahorra, ahorra! —dijo Rosen—. No puedes quedarte virgen toda la vida.

En el trabajo, Andras pasaba con rapidez de una tarea a otra como un pinche de cocina que preparara una comida de doce platos, y al terminar una tarea siempre había otra por empezar, todas ellas apremiantes. Claudel, el ayudante del director de escena, era vasco y tenía mal genio, que a veces expresaba lanzando elementos de atrezo que después había que reparar porque se necesitaban en el escenario. Por ese motivo el encargado del atrezo había dimitido y todos los accesorios se hallaban en mal estado. Claudel aterrorizaba a los apuntadores, a los tramoyistas y a la chica del guardarropa; incluso aterrorizaba a su superior, el director de escena, monsieur D'Aubigné, que le tenía demasiado miedo para quejarse de él a monsieur Novak. Pero Claudel aterrorizaba sobre todo a Andras, que trataba de tenerlo siempre contento. Este sabía que el ayudante del director de escena no actuaba de mala fe. Claudel era un perfeccionista, y cualquier perfeccionista se habría vuelto loco con la confusión que reinaba en el Bernhardt: los mensajes se perdían, los elementos de atrezo, de los que ya no cuidaba nadie, estaban tirados en cualquier parte, y resultaba difícil encontrar algunas prendas del vestuario; nadie sabía cuánto faltaba para que subiera el telón o terminara el intermedio. Parecía un milagro que las funciones se llevaran a cabo.

Durante su primera semana Andras construyó un casillero donde pudieran dejar sus notas el director de escena, su ayudante, el director, los actores y el equipo; compró dos relojes de pared baratos y los colgó en los bastidores laterales; improvisó unos estantes rústicos en los que colocó los elementos de atrezo, cada uno rotulado con el acto y la escena en que debía utilizarse. Pocos días después empezó a respirarse en el teatro una sensación de tranquilidad. Pasaban actos enteros sin que Claudel montara en cólera. Los tramoyistas comentaron el cambio al director de escena, monsieur D'Aubigné, que a su vez comentó el cambio a Zoltán Novak, el cual felicitó a Andras. Animado por su éxito, este pidió setenta y cinco francos a la semana, que le fueron concedidos, para preparar una mesa con café, leche, chocolate, galletas, mermelada y pan para todo el equipo. Pronto su casilla se llenó de notas de agradecimiento.

Madame Gérard en particular mostraba un interés especial por Andras. Empezó a llamarlo no solo para mandarle algún recado, sino también para que le hiciera compañía. Después de la función, cuando el resto de los

actores ya se había marchado, le gustaba que el joven se sentara en su camerino y le hablara mientras ella se quitaba el maquillaje. Tardaba tanto en desmaquillarse que Andras acabó sospechando que no deseaba volver a casa. Sabía que vivía sola, aunque ignoraba dónde; se imaginaba un piso de color rosa empapelado con carteles antiguos de obras de teatro. La actriz apenas hablaba de su vida, pero reconoció que había adivinado su origen. En efecto, había nacido en Budapest y de pequeña su madre le había enseñado a hablar tanto francés como húngaro. Sin embargo, quería que Andras le hablara en francés; decía que practicar era la mejor forma de llegar a dominar un idioma. Quería que le hablara de Budapest, de su empleo en *Pasado y Futuro*, de su familia; él le refirió la afición a la danza de Mátyás, y la inminente partida de Tibor a Módena.

—¿Tibor habla italiano? —preguntó ella mientras se aplicaba crema hidratante en la frente—. ¿Ha estudiado el idioma?

—Lo aprenderá más rápidamente que yo el francés. En la escuela ganó el premio de latín varios años seguidos.

—¿Y tiene ganas de marcharse?

—Muchas —respondió Andras—, pero no puede irse hasta enero.

—¿Y qué más le interesa aparte de la medicina?

—La política. La situación del mundo.

—Bueno, eso se puede disculpar en un hombre joven. ¿Y qué más? ¿Qué hace en su tiempo libre? ¿Tiene alguna amiga? ¿Dejará a alguien en Budapest?

Andras negó con la cabeza.

—Trabaja noche y día. No tiene tiempo libre.

—Ya —dijo madame Gérard dándose unos toquecitos suaves en las mejillas con una esponja de terciopelo rosa. Miró a Andras con una expresión

interrogativa y las finas cejas arqueadas—. ¿Y qué me dices de ti? —preguntó—. Tú sí tendrás una amiguita.

Andras se ruborizó profundamente. Nunca había hablado de ese tema con una mujer adulta, ni siquiera con su madre.

—En absoluto —dijo.

—Ya —repuso madame Gérard—. Entonces quizá no rechazarás una invitación a almorzar de una amiga mía. Una húngara que conozco, profesora de ballet excelente, tiene una hija unos años menor que tú; una chica muy guapa llamada Elisabet. Es alta, rubia, buena estudiante…, saca unas notas magníficas en matemáticas. Ganó una especie de concurso de matemáticas de la ciudad, pobrecilla. Creo que habla un poco de húngaro, aunque es francesa hasta los tuétanos. Podría presentarte a sus amigos.

Una chica rubia y alta, francesa hasta los tuétanos, que hablaba húngaro y podía mostrarle otra cara de París: Andras no podía decir que no. Recordó lo que Rosen le había dicho, que no podía ser virgen toda su vida. Así pues, dijo que estaría encantado de aceptar la invitación a almorzar en casa de la amiga de Marcelle Gérard. Esta anotó el nombre y la dirección de la mujer en el reverso de una de sus tarjetas de visita.

—El domingo a mediodía —dijo—. Me temo que no podré acompañarte porque ya he aceptado otra invitación, pero te aseguro que no tienes nada que temer de Elisabet y su madre. Viven cerca de aquí, en el Marais.

Andras echó un vistazo a la dirección preguntándose si la casa estaría en la parte del Marais que había visitado con su clase de historia; entonces algo se agitó en su memoria y tuvo que volver a mirarla. «Morgenstern —había escrito madame Gérard—, rue de Sévigné, 39.»

—Morgenstern —dijo en voz alta.

—Sí. La casa está en la esquina con la rue d’Ormesson. —La actriz pareció percibir algo extraño en la expresión de Andras—. ¿Pasa algo?

Por un momento Andras sintió la necesidad de hablarle de su visita a la casa de Benczúr utca, de la carta que había llevado a París, pero recordó la petición de discreción de la señora Hász y enseguida se recuperó.

—No es nada —respondió—. Es que hace tiempo que no me invitan a una buena casa, solo eso.

—Lo harás muy bien —dijo madame Gérard—. Eres más formal que muchos caballeros que conozco. —Se levantó y le dedicó su sonrisa regia, una especie de representación privada de su autoridad y elegancia; a continuación se abrochó la bata china y se retiró tras los tilos pintados en oro de su biombo.

Aquella noche Andras se sentó en la cama y miró la dirección anotada en la tarjeta. Sabía que el mundo de los expatriados húngaros en París era limitado, y que madame Gérard estaba bien relacionada dentro de él, a pesar de lo cual tenía la impresión de que aquella coincidencia debía de poseer un significado más profundo. Estaba seguro de que no le fallaba la memoria; no había olvidado el apellido Morgenstern ni el nombre de la calle: rue de Sévigné. Le ilusionó pensar que descubriría si Tibor acertaba al imaginar que la carta iba dirigida al anciano ex amante de la señora Hász.

Cuando llegara a casa de los Morgenstern, ¿encontraría a un caballero de cabellos plateados —quizá el suegro de madame Morgenstern— que sería el misterioso C.? ¿Qué relación debía de existir entre los Hász de Budapest y una profesora de ballet del Marais? ¿Y cómo se las arreglaría para no mencionar nada de eso a József Hász la próxima vez que lo viera?

En los días siguientes dispuso de muy poco tiempo para pensar en su futura visita a los Morgenstern. Quedaba solo un mes para el final del trimestre y al cabo de tres semanas se evaluarían los proyectos de otoño de los alumnos. El suyo era una maqueta de la Gare D’Orsay construida a partir del dibujo que había realizado; había terminado los planos, pero todavía tenía que empezar la maqueta. Se pasó la semana en el estudio rodeado de sus planos. Por la noche, después del trabajo, preparaba el examen de estática y a primera hora de la tarde asistía a una serie de conferencias de Perret sobre la desafortunada abadía de Fonthill, una catedral del siglo

XIX cuya torre se había hundido en tres ocasiones debido a un mal diseño, una construcción apresurada y el uso de materiales de mala calidad.

El sábado por la tarde, al llegar al trabajo, el único misterio en su cabeza era cómo había logrado llegar a la víspera del almuerzo sin haber mandado lavar su única camisa blanca, y sin haber guardado unos francos para comprar un obsequio para su anfitriona. Confió su problema indumentario a madame Gérard, quien lo envió al taller de la encargada de vestuario, madame Courbet, que había confeccionado todos los trajes de los obreros y los uniformes de los militares que aparecían en *La madre*. Mientras se hacía la revolución en el escenario, madame Courbet centraba su atención en una batalla distinta: estaba cosiendo cincuenta tutús para una función de danza infantil que tendría lugar en el Bernhardt durante el invierno. Andras la encontró en medio de una tormenta de tul blanco y florecillas de seda, sentada a la máquina de coser, que producía un estrépito mecánico en el centro de aquel cúmulo de nieve. Era una mujer de cincuenta y tantos años, pequeña como un gorrión, que vestía siempre impecables trajes confeccionados a medida. Ese día su vestido verde de lana estaba salpicado de hebras que parecían de hielo, y tenía un carrete de hilo blanco plateado entre los dedos. Se quitó las gafas sin montura para mirar a Andras.

—Ah, el joven señor Lévi —dijo—. ¿Se trata de otra queja de monsieur Claudel, o es que a alguien se le ha roto una costura? —Torció los labios en una mueca sarcástica.

—Se trata de mí, en realidad —contestó él—. Necesito una camisa.

—¿Una camisa? ¿Es que vas a aparecer como figurante en la función?

—No —respondió él, ruborizado—. Necesito una camisa para asistir a un almuerzo mañana.

—Ya. —La mujer soltó el hilo y cruzó los brazos—. No suelo hacer esa clase de trabajos.

—Me sabe mal molestarla con lo ocupada que está —dijo Andras.

—Te manda madame Gérard, ¿no?

Andras confesó que sí.

—Esa mujer… —exclamó madame Courbet. Se levantó de su sillita y, plantándose frente a Andras, lo miró de arriba abajo—. No haría esto por cualquiera —añadió—. Eres un buen muchacho. Te matan a trabajar y te pagan una miseria, pero a mí siempre me has tratado bien…, que es más de lo que puedo decir de ciertas personas. —Cogió una cinta métrica de una mesa y se ató un alfiletero al brazo—. Una camisa de caballero, claro está. La querrás de algodón blanco, sencilla, imagino. Nada de fantasía.

Con movimientos diestros midió el cuello y los hombros de Andras y la longitud de su brazo, tras lo cual se dirigió hacia un armario con el rótulo CHEMISES. Sacó una elegante camisa blanca de cuello duro y explicó a Andras que tenía un bolsillo interior especial para introducir un tubo de sangre falsa; en una función, un hombre debía ser apuñalado noche tras noche por el amante celoso de su esposa, y madame Courbet hubo de confeccionar un sinfín de camisas. Abrió un cajón rotulado con las letras CRVT y eligió una corbata azul de seda con un estampado de perdices.

—Es una corbata aristocrática —afirmó—, una corbata elegante hecha con un retal. Mira.

Dio la vuelta a la prenda para mostrarle que había cosido el retazo de seda a un forro sencillo de algodón. Andras se la puso con la camisa, a la que la mujer prendió unos alfileres para hacer un rápido arreglo. Al final de la jornada le entregó la camisa terminada, envuelta en papel marrón.

—Que nadie se entere de dónde la has sacado —le advirtió—. No querría que se supiera. —Y le pellizcó cariñosamente la oreja antes de que el joven se marchara.

Al salir Andras tuvo una repentina inspiración. Se encaminó hacia la gran entrada principal del teatro, donde Pély, el portero, estaba barriendo el suelo de mármol. Como siempre, Pély había dejado en el vestíbulo las flores de la semana anterior; por la mañana la florista las recogería junto con los jarrones y llevaría otras nuevas. Andras saludó a Pély llevándose la mano al sombrero.

—¿Puedo coger esas flores? —preguntó.

—Por supuesto. Llévatelas todas. Llévate todas las que quieras.

Andras cogió una buena cantidad de rosas, lirios y crisantemos, ramas con bayas rojas, pájaros azules de mentira posados en ramitas verdes, manojos de helechos. No acudiría a casa de los Morgenstern en la rue de Sévigné con las manos vacías, no señor.

OceanofPDF.com

7

Un almuerzo

Habían pasado solo unas semanas desde que Andras estudiara la arquitectura del Marais en la clase de Perret. Ahora dejó atrás el Hôtel de Sens, los jardines con los setos recortados en forma de animales y los parterres altos en los que en invierno se plantaban coles rizadas de color morado. Con las flores en la mano, esquivó el tráfico de la rue de Rivoli. Las calles del Marais tenían un alma propia, como si formaran parte de un plató de cine. En *Cinescope* y *Le Film Complet*, Andras había visto ciudades en miniatura construidas en cavernosos estudios de Los Ángeles. El cielo invernal, de un azul muy claro, parecía el techo abovedado de un plató, y Andras casi esperaba ver entre los edificios a hombres y mujeres vestidos con trajes medievales, seguidos de cerca por directores armados de megáfonos y cámaras con su montón de aparatos complicados. Había carnicerías *kosher*, librerías hebreas y sinagogas, todas con los letreros en yiddish, como si se tratara de un país diferente dentro de la ciudad. Sin embargo, no había pintadas antisemitas, que tan habituales eran en el barrio judío de Budapest. Al contrario, las paredes estaban limpias, o solo se veían en ellas anuncios de jabón, chocolate y cigarrillos. Cuando enfiló el alto pasillo de la rue de Sévigné, un taxi negro pasó rugiendo a su lado y casi lo hizo caer al suelo. Recuperó el equilibrio, cambió de mano el enorme ramo y miró la dirección en la tarjeta que le había dado madame Gérard.

Al otro lado de la calle vio un escaparate con una figura de madera que representaba una niña bailarina y, debajo, la leyenda ÉCOLE DE BALLET - MME. MORGENSTERN, MAÎTRESSE. Cruzó la calle. A lo largo de ambos lados del edificio esquinado había unas ventanas con cortinas a media altura, y cuando Andras se puso de puntillas vio una sala vacía con el suelo de madera clara. Una pared estaba revestida de espejos de un extremo a otro, y unas barras de madera pulida recorrían horizontalmente las otras tres. En un rincón había un piano vertical y a su lado una mesa con un gramófono anticuado, en cuya bocina negra y brillante, con la forma de una flor de ipomea, se reflejaba la luz. En el silencio del mediodía flotaba una neblina difusa de motas de polvo, en cuyo torbellino parecían revelarse

restos de movimiento, de música, como si el ballet existiera en aquella sala tanto si se impartían clases como si no.

La puerta de la casa era verde, con una ventana de cristal emplomado. Andras llamó al timbre y esperó. Por el fino cristal de la ventana vio que una mujer corpulenta bajaba un tramo de escalera. Esta abrió la puerta, se puso una mano en la cadera y le lanzó una mirada escrutadora. Tenía la cara rubicunda, enmarcada por un pañuelo, y desprendía un fuerte olor a pimentón, como las mujeres que llevaban verduras y leche de cabra al mercado de Debrecen para venderlas.

—¿Madame Morgenstern? —preguntó Andras, vacilante. La mujer no parecía precisamente una profesora de ballet.

—¡Ja! No —respondió ella en húngaro—. Pase y cierre la puerta, que entra frío.

Por lo visto Andras había superado la inspección; se alegró, ya que los olores que le llegaban del interior le habían despertado el apetito. Entró en el vestíbulo y la mujer siguió hablando en húngaro mientras cogía su abrigo y su sombrero. Menudo ramo de flores. Buscaría arriba un jarrón lo bastante grande para que cupieran todas. El almuerzo estaba casi a punto. Había preparado col rellena, que esperaba le gustara, porque no había nada más, excepto *spaetzle*, compota de frutas, algunas lonchas de pollo frío y un *strudel* de nueces. Le indicó que subiera con ella. Se llamaba señora Apfel. En el segundo piso, la señora Apfel lo condujo a un salón decorado con alfombras turcas gastadas y muebles oscuros, y le dijo que esperara allí a madame Morgenstern.

Andras se sentó en un sofá de terciopelo gris y respiró hondo. Aparte del aroma delicioso de la col rellena, se percibía un olor penetrante, como de limón seco, de limpiamuebles y una leve fragancia de regaliz. Sobre la mesita tallada que tenía delante descansaba un plato de caramelos, un nido de cristal labrado con huevos de azúcar rosas y lilas. Cogió un huevo y se lo comió: anís. Se enderezó la corbata y se aseguró de que no se viera el forro de algodón. Al poco rato oyó un repiqueteo de tacones en el pasillo.

Una sombra esbelta se deslizó por la pared y una muchacha entró llevando en las manos un jarrón de cristal azul, lleno a rebosar de flores, ramas y pájaros azules de mentira; los bordes de los lirios empezaban a oscurecerse y las rosas se inclinaban en sus tallos. Tras la masa de flores marchitas la muchacha, con los cabellos morenos cepillados como un ala sobre la frente, miró a Andras.

—Gracias por las flores —dijo en francés.

Mientras depositaba el jarrón sobre el aparador, Andras vio que no era una muchacha; sus rasgos tenían los ángulos pronunciados de una mujer adulta, y mantenía la espalda erguida porque había practicado ballet durante décadas. No obstante, era menuda y ágil y sus manos parecían las de una niña sobre el jarrón de cristal azul. Andras se sintió sumamente abochornado al verla arreglar el ramo. ¿Por qué había llevado tantas flores medio mustias? ¿Para qué los pájaros azules? ¿Para qué tantas ramas? ¿Por qué no había comprado un ramo sencillo en el mercado del barrio? ¿Una docena de margaritas? ¿Cuánto le habrían costado? ¿Un par de francos? La ninfa volvió la cabeza y le sonrió; después se acercó a estrecharle la mano.

—Claire Morgenstern —dijo—. Es un placer conocerle al fin, señor Lévi. Madame Gérard nos ha hablado muy bien de usted.

Andras le estrechó la mano procurando no mirarla fijamente; la mujer parecía mucho más joven de lo que él había imaginado. Había supuesto que tendría la misma edad que madame Gérard, pero no aparentaba más de treinta años. Poseía una belleza serena, asombrosa: era de constitución delicada, con la boca como una fruta tersa de piel rosada, y sus ojos, grises y grandes, denotaban inteligencia. Claire Morgenstern; de modo que esa era la C. de la carta, no un anciano caballero que había sido amante de la señora Hász. Sus ojos grandes y grises eran idénticos a los de la señora Hász, y la callada aflicción que se percibía en ellos, la misma que había visto en los de la anciana. Claire Morgenstern debía de ser hija de la señora Hász. Transcurrieron varios segundos antes de que Andras pudiera hablar.

—El placer es mío al conocerla —dijo en un francés apresurado y poco natural, y supo que había formulado mal la frase en cuanto la hubo pronunciado. Con cierto retraso recordó que debía levantarse, y aunque se

esforzó por encontrar las palabras adecuadas siguió en la misma línea —. Gracias por la invitación a mí —balbuceó, y volvió a sentarse.

Madame Morgenstern tomó asiento en una silla baja a su lado.

—¿Prefiere que hablemos en húngaro? —preguntó en dicho idioma—. Podemos hablar en húngaro, si lo desea.

Él la miró como desde el fondo de un pozo.

—En francés está bien —respondió en húngaro. Y a continuación repitió en francés—: En francés está bien.

—De acuerdo pues —dijo ella—. Tiene que contarme cómo andan las cosas en Hungría últimamente. Hace años que no voy allí, y Elisabet no ha ido nunca.

Como si la mención de su nombre la hubiera hecho aparecer, entró en la sala una muchacha alta de expresión severa con una jarra de té frío. Era ancha de espaldas, como las nadadoras que Andras había admirado en los baños del Palatinus de Budapest. Miró al invitado con desdeñosa impaciencia mientras le llenaba el vaso.

—Esta es mi hija Elisabet —dijo madame Morgenstern—. Elisabet, este es Andras.

Andras no podía creer que la muchacha fuera la hija de madame Morgenstern. En manos de Elisabet la jarra parecía un juguete. El joven se bebió el té y miró a madre e hija. Madame Morgenstern removió el suyo con una cuchara larga, mientras Elisabet, después de dejar la jarra sobre la mesa, se sentó en un sillón de orejas y miró su reloj de pulsera.

—Si no empezamos a comer ya llegaré tarde al cine —dijo—. He quedado con Marthe dentro de una hora.

—¿Qué película vais a ver? —preguntó Andras en un intento de trabar conversación.

—No te interesaría —contestó Elisabet—. Es en francés.

—Yo hablo francés —repuso él.

Elisabet esbozó una sonrisa irónica.

—Juh-pargl-Fronsay —lo imitó.

Madame Morgenstern cerró los ojos.

—Elisabet —dijo.

—¿Qué? Solo quiero ir al cine —replicó Elisabet, y golpeó con fuerza la alfombra con los tacones. Después miró a Andras alzando la barbilla y añadió—: Una corbata muy bonita.

Andras miró hacia abajo. La corbata se le había vuelto al inclinarse para coger el vaso de té, de modo que ahora el forro de algodón quedaba a la vista de todos, mientras las perdices doradas volaban pegadas a la camisa. Rojo de vergüenza, la puso del derecho y clavó la mirada en su vaso de té.

—¡El almuerzo está servido! —dijo la rubicunda señora Apfel desde el umbral, al tiempo que se echaba hacia atrás el pañuelo que le cubría la cabeza—. A la mesa, antes de que se enfríe la col.

Tenían un comedor como Dios manda, con aparadores de madera abrillantada en los que se guardaba la porcelana, y un mantel blanco sobre la mesa: ecos de la casa de Benczúr utca, pensó Andras. Sin embargo, allí no había emparedados blanquísimos; la mesa estaba llena de fuentes de col rellena y de pollo y cuencos de *spaetzle*, como si fueran ocho comensales en lugar de tres. Madame Morgenstern se sentó a la cabecera, y Andras y Elisabet, uno frente al otro. La señora Apfel sirvió la col rellena y los *spaetzle*; Andras, agradecido por la distracción, se colocó la servilleta al cuello y se puso a comer. Elisabet miró su plato con el entrecejo fruncido. Apartó la col y empezó a comer los *spaetzle*, solo una bolita cada vez.

—Tengo entendido que te gustan las matemáticas —dijo Andras mirando la coronilla de Elisabet, que tenía la cabeza inclinada.

La joven alzó el rostro.

—¿Te lo ha dicho mi madre?

—No, me lo comentó madame Gérard. Me dijo que habías ganado un concurso.

—Cualquiera puede con las matemáticas que se enseñan en el instituto.

—¿Te gustaría estudiar matemáticas en la universidad?

Elisabet se encogió de hombros.

—Quién sabe si iré a la universidad.

—Cariño, no puedes vivir solo de *spaetzle* —dijo con voz queda madame Morgenstern, mirando el plato de Elisabet—. Siempre te había gustado la col rellena.

—Comer carne es una crueldad —afirmó Elisabet mirando a Andras a los ojos—. He visto cómo matan a las vacas. Les clavan un cuchillo en el cuello y lo van bajando, así, y sale la sangre a borbotones. En clase de biología hicimos una visita a un *shochet*. Es una brutalidad.

—En absoluto —repuso Andras—. Mis hermanos y yo conocíamos al carnicero *kosher* de nuestro pueblo. Era amigo de nuestro padre y trataba con delicadeza a los animales.

Elisabet lo miró de hito en hito.

—¿Puedes explicarme cómo se se sacrifica con delicadeza a una vaca? —preguntó—. ¿Cómo lo hacía? ¿Las mataba a caricias?

Andras respondió con un tono más brusco del que pretendía emplear.

—Utilizaba el método tradicional —explicó—. Un corte rápido en el cuello, así. No debían de sufrir más de un segundo.

Madame Morgenstern dejó los cubiertos de plata sobre la mesa y se llevó la servilleta a los labios como si se encontrara mal, y el rostro de Elisabet adoptó una expresión de taimado triunfo. La señora Apfel permanecía de

pie en el umbral con una jarra de agua en la mano, esperando a ver qué sucedía a continuación.

—Sigue —dijo Elisabet—. ¿Qué hacía después, una vez efectuado el corte?

—Creo que deberíamos cambiar de tema —dijo Andras.

—No, por favor. Me gustaría oír el resto, ya que has empezado.

—Elisabet, ya está bien —terció madame Morgenstern.

—Ahora que la conversación se pone interesante…

—He dicho que ya está bien.

Elisabet hizo un burujo con la servilleta y la arrojó sobre la mesa.

—He terminado —dijo—. Quédate aquí con tu invitado comiendo carne. Yo me voy al cine con Marthe.

Empujó la silla hacia atrás, y al ponerse en pie casi hizo caer a la señora Apfel con la jarra de agua. Salió al pasillo y unos instantes después se oyó un portazo. Al cabo de unos minutos sus ruidosos pasos resonaron en la escalera. La puerta del estudio de danza se cerró de golpe y el cristal de la ventana con parteluz vibró.

En el comedor, madame Morgenstern inclinó la cabeza y apoyó la frente sobre la palma de la mano.

—Le pido disculpas, monsieur Lévi —dijo.

—No, por favor. No pasa nada. —En realidad a Andras no le importaba en absoluto haberse quedado a solas con madame Morgenstern—. No se preocupe por mí —agregó—. Ha sido un tema de conversación horrible. Soy yo quien le pide disculpas.

—No es necesario —repuso madame Morgenstern—. A veces Elisabet se pone imposible. No puedo hacer nada cuando le da por enfadarse.

—¿Por qué debería enfadarse con usted?

La mujer esbozó una media sonrisa y se encogió de hombros.

—La situación es complicada, me temo. Tiene dieciséis años. Soy su madre. No quiere que me inmiscuya en sus asuntos. Y tampoco puedo recordarle que somos húngaras. Considera que los húngaros son un pueblo inculto.

—A veces yo mismo lo pienso —admitió Andras—. Me está costando mucho dominar el francés.

—Lo habla muy bien, no debe preocuparse.

—No, lo hablo fatal, y me temo que no he hecho nada para que su hija deje de pensar que los magiares somos unos bárbaros.

Madame Morgenstern ocultó su sonrisa con la mano.

—Ha sido muy rápido al sacar a colación al carnicero —apuntó.

—Lo siento —repuso Andras, pero se echó a reír—. Creo que nunca había hablado de eso durante un almuerzo.

—De modo que conocía al carnicero de su pueblo.

—Sí. Y le veía trabajar. Me temo que Elisabet tenía razón. ¡Era horrible!

—¿Dónde se crió usted? ¿En qué pueblo?

—En Konyár —respondió Andras—. Cerca de Debrecen.

—¿En Konyár? No está ni a veinte kilómetros de Kaba, donde nació mi madre. —El rostro de madame Morgenstern se ensombreció durante un segundo.

—¿Ya no vive allí su madre? —preguntó él.

—No —contestó madame Morgenstern—. Vive en Budapest. —Calló un momento, y luego desvió la conversación—. Así que también es un *hajdú*, un chico de las llanuras.

—En efecto —confirmó Andras—. Mi padre tiene un almacén de madera en Konyár.

Estaba claro que madame Morgenstern no quería hablar de su familia. Él había estado a punto de mencionar la carta, de decir «conozco a su madre», pero el momento ya había pasado y le producía cierto alivio hablar de Konyár. Desde que había llegado a París y aprendido suficiente francés para responder a preguntas sobre sus orígenes, decía a todo el mundo que era de Budapest. ¿Qué podían saber de Konyár? Y para quienes sí lo conocían, como József Hász o Pierre Vago, Konyár era una localidad pequeña y atrasada, un pueblo del que había tenido la suerte de escapar. Konyár. Incluso el nombre resultaba ridículo, el remate de un chiste subido de tono, el sonido de un muñeco de resorte al salir de la caja. Pero lo cierto era que había nacido en Konyár, en aquella casa con el suelo de tierra junto a las vías del tren.

—A decir verdad, mi padre es una especie de celebridad en el pueblo —explicó Andras.

—¡No me diga! ¿Por qué es famoso?

—Por su mala suerte —respondió él. Y, envalentonado de pronto, añadió—: ¿Quiere que le cuente su historia, tal como la cuentan en el pueblo?

—Por supuesto —dijo ella, y cruzó las manos en actitud expectante.

Así pues, Andras le contó la historia tal como la había oído siempre. Antes de ser dueño del almacén de madera, su padre había sufrido una serie de desgracias que le valieron el apodo de Béla el Afortunado. Su padre había enfermado mientras él estudiaba en la escuela rabínica de Praga, y falleció poco después de que él regresara a casa. La viña que heredó sucumbió a una plaga. Su primera esposa murió de parto, junto con el bebé, una niña; poco después su casa ardió hasta los cimientos. Sus tres hermanos perecieron en la Gran Guerra y su madre, presa del dolor, se suicidó arrojándose al Tisza.

A los treinta años era un hombre arruinado, sin un céntimo, con toda la familia fallecida. Vivió un tiempo de la caridad de los judíos de Konyár, durmiendo en la *shul* ortodoxa y comiendo lo que le daban. Al final de un verano en que hubo una gran sequía, un famoso rabino ucraniano que obraba milagros llegó del otro lado de la frontera y se instaló por un tiempo en la *shul*. Mientras estuvo allí estudió la Torá con los hombres del pueblo, resolvió disputas, celebró bodas, concedió divorcios, rezó para pedir que lloviera y bailó en el patio con sus discípulos. Una mañana, al amanecer, vio al padre de Andras dormido en el santuario. Había oído hablar de aquel hombre desgraciado, del que todo el pueblo decía que debía de ser víctima de una maldición; parecían mirarlo con una especie de gratitud, como si les hubiera librado de cualquier maleficio al atraerlos todos hacia su persona. El rabino lo despertó con una bendición y Béla lo miró enmudecido por el miedo. El rabino era un hombre enjuto, con una barba blanca como el hielo; sus cejas sobresalían de la frente como alas alzadas y tenía los ojos oscuros y acuosos.

—Escúchame, Béla Lévi —susurró el rabino en la penumbra del santuario —. No hay nada malo en ti. Dios exige más a aquellos a los que más ama. Debes ayunar dos días y acudir al baño ritual; después aceptarás la primera oferta de trabajo que recibas.

Aunque Béla el Afortunado hubiera creído en los milagros, sus desgracias debían de haberle vuelto escéptico.

—Tengo demasiada hambre para ayunar —dijo.

—Estar habituado al hambre hace más fácil el ayuno —afirmó el rabino.

—¿Cómo sabes que no ha caído sobre mí una maldición?

—No me preocupa cómo lo sé. Hay ciertas cosas que sencillamente sé.

Y el rabino bendijo otra vez a Béla y lo dejó solo en el santuario.

¿Qué más podía perder Béla el Afortunado? Ayunó durante dos días y se bañó en el río por la noche. La tercera mañana, mientras caminaba hacia las vías del tren, debilitado por el hambre, cogió una manzana de un árbol

raquítico que crecía junto a una casita blanca de ladrillo. El propietario del almacén de madera, un judío ortodoxo, salió de la casita y le preguntó qué estaba haciendo.

—Tenía una viña —explicó Béla—. Cuando tenía la viña le hubiera dejado coger uvas. Cuando tenía una casa le hubiera recibido en ella. Mi esposa le hubiera dado algo de comer. Ahora no tengo uvas ni casa. No tengo esposa. No tengo comida. Pero puedo trabajar.

—Aquí no hay trabajo para ti —dijo el hombre con tono amable—, pero entra y come algo.

El hombre se llamaba Zindel Kohn. Gitta, su esposa, ofreció pan y queso a Béla el Afortunado. Béla el Afortunado comió con Zindel, Gitta y sus cinco hijos pequeños; mientras comía, se permitió pensar por primera vez que el resto de su vida tal vez no estuviera marcado por las desgracias del pasado. Nunca habría imaginado que esa casa acabaría siendo suya, que sus hijos comerían pan y queso en aquella misma mesa. Al caer la tarde ya tenía un empleo: el chico que manejaba la sierra mecánica en el almacén de madera de Zindel Kohn había decidido convertirse en discípulo del rabino ucraniano. Se había marchado por la mañana sin avisar.

Seis años después, cuando Zindel Kohn y su familia se mudaron a Debrecen, Béla el Afortunado se quedó a cargo del almacén de madera. Se casó con una muchacha morena llamada Flóra, que le dio tres hijos, y cuando el mayor cumplió diez años Béla había ahorrado dinero suficiente para comprar el almacén. El negocio fue bien; los vecinos de Konyár necesitaban material de construcción y leña durante todo el año. Poco después, nadie recordaba en Konyár que le habían puesto el apodo de Béla el Afortunado con ironía. La historia tal vez se hubiera olvidado por completo de no ser por el regreso del rabino, que llegó en plena depresión mundial, poco antes de la festividad hebrea más importante.

El rabino pasó una velada en casa de Béla el Afortunado y le pidió permiso para contar su historia en la sinagoga. Dijo que eso podría ayudar a los judíos de Konyár, que les recordaría lo que podía hacer Dios por sus hijos si se negaban a rendirse a la desesperación. Béla el Afortunado consintió. El rabino contó la historia y los judíos de Konyár le escucharon. Por mucho

que Béla insistió en que su buena suerte se debía enteramente a la generosidad de los demás, la gente empezó a verlo como una especie de figura sagrada. Tocaban su casa al pasar para tener buena suerte y le pedían que fuera el padrino de sus hijos. Todos creían que tenía una relación con lo divino.

—De pequeño usted también lo pensaría —dijo madame Morgenstern.

—¡Ya lo creo! A mis ojos era un ser invencible, en mayor medida incluso de lo que acostumbran a serlo los padres para sus hijos —afirmó Andras—. A veces me gustaría no haber perdido esa ilusión.

—Ah, sí —dijo ella—. Le comprendo.

—Mis padres se están haciendo mayores —dijo Andras—. Me duele pensar que están solos en Konyár. Mi padre tuvo una neumonía el año pasado y durante un mes no pudo trabajar. —No había hablado de esto con nadie en París—. Mi hermano pequeño va a la escuela, que está a pocas horas de distancia, pero tiene su propia vida. Y ahora mi hermano mayor se marcha. Se va a estudiar medicina en Italia.

La cara de madame Morgenstern se ensombreció otra vez, como si hubiera experimentando una punzada de dolor.

—Mi madre también se está haciendo mayor —dijo—. Hace mucho, mucho tiempo que no la veo. —Calló y desvió la mirada hacia las ventanas orientadas al oeste. La luz de últimos de otoño caía en diagonal sobre su rostro e iluminaba la curva de su boca—. Discúlpeme —dijo intentando sonreír.

Andras le ofreció su pañuelo y ella se secó los ojos.

El joven tuvo que reprimir el impulso de tocarla, de dibujar con el dedo una línea desde su nuca y a lo largo de la espalda.

—Creo que llevo aquí demasiado tiempo —dijo.

—No, por favor —repuso ella—. Ni siquiera ha tomado el postre.

Como si estuviera escuchando detrás de la puerta del comedor, la señora Apfel entró en aquel momento para servir el *strudel* de nueces. Andras descubrió que volvía a tener apetito. De hecho, tenía un hambre feroz. Devoró tres porciones de *strudel* y tomó café con nata. Mientras tanto habló a madame Morgenstern de sus estudios, del profesor Vago, de la excursión a Boulogne-Billancourt. Le resultaba más fácil conversar con ella que con madame Gérard. La mujer tenía la costumbre de pararse a reflexionar antes de contestar; apretaba los labios en actitud pensativa, y cuando hablaba su voz era grave y alentadora. Después de almorzar volvieron al salón y ella le enseñó su álbum de postales. Sus amigas bailarinas habían viajado a lugares tan lejanos como Chicago y El Cairo. Incluso tenía una postal pintada a mano de África: tres animales que parecían ciervos, pero eran más delicados y gráciles, con cuernos curvos y ojos almendrados. Su nombre en francés era *gazelle*.

—*Gazelle* —repitió Andras—. Intentaré recordarlo.

—Sí, inténtelo —dijo ella sonriendo—. El próximo día se lo preguntaré.

Cuando la luz de la tarde empezó a menguar, la mujer se levantó y acompañó a Andras al pasillo, donde su abrigo y su sombrero colgaban de un perchero. Le entregó las prendas y le devolvió el pañuelo. Mientras bajaban por la escalera le indicó las fotografías de la pared, imágenes de alumnas de años anteriores; niñas con nubes etéreas de tul o envueltas en seda como sílfides, jóvenes bailarinas bajo el hechizo pasajero de los trajes, el maquillaje y los focos del escenario. La expresión de sus rostros era seria; sus brazos, pálidos y desnudos como las ramas de los árboles en invierno.

Andras habría querido detenerse a contemplarlas. Se preguntó si alguna de las fotografías sería de madame Morgenstern de niña.

—Gracias por todo —dijo cuando llegaron al pie de la escalera.

—Por favor. —Madame Morgenstern le puso en el brazo una mano esbelta —. Soy yo quien debería darle las gracias. Ha sido muy amable al quedarse.

Andras se ruborizó tanto con el contacto de su mano que sintió cómo le palpitaba la sangre en las sienes. Abrió la puerta y salió al frío de la tarde. No fue capaz de mirarla al decirle adiós. «El próximo día se lo preguntaré.» Sin embargo, ella le había devuelto el pañuelo, como si fuera poco probable que sus caminos volvieran a cruzarse. Se despidió mirando al suelo, a los zapatos beige de la mujer, saboreando la sal de sus lágrimas.

OceanofPDF.com

8

Gare d’Orsay

Aquella noche Andras no logró conciliar el sueño. No podía dejar de evocar todos los detalles de la tarde que había pasado en casa de las Morgenstern. El bochornoso ramo, y lo doblemente bochornoso que le había resultado cuando ella entró en el salón con el jarrón azul. El momento en que se dio cuenta de que la mujer debía de ser hija de la anciana señora Hász y lo nervioso que se había puesto al descubrirlo…, cómo había dicho «El placer es mío al conocerla» y «Gracias por la invitación a mí». La espalda recta de ella, como si siempre estuviera bailando, hasta que Elisabet se levantó de la mesa; entonces la encorvó, mostrando las perlas unidas de su columna, y él deseó tocarla. La atención con que lo había escuchado mientras le contaba la historia de su padre. El calor de su hombro cuando estaban sentados en el sofá del salón hojeando el álbum de postales. El momento en que, junto a la puerta, le puso la mano en el brazo. Intentó evocar su rostro —el cabello moreno sobre la frente; los ojos grises, que parecían demasiado grandes para su cara; la línea bien definida de la mandíbula; los labios apretados mientras reflexionaba sobre lo que él había dicho—, pero no logró que los distintos elementos formaran una imagen de la mujer. Recordó la forma en que había vuelto la cabeza para sonreírle, con una expresión infantil y prudente al mismo tiempo. Pero ¿en qué estaba pensando? ¿En qué podía estar pensando? Qué estupidez pensar de esa manera en una mujer como Claire Morgenstern… Él, Andras, un estudiante de veintidós años que vivía en una habitación sin calefacción y bebía té en un bote de mermelada porque no podía comprar ni café ni taza. Sin embargo, ella no lo había rechazado, había seguido hablando con él, se había reído, había aceptado su pañuelo, le había tocado el brazo de una forma que denotaba confianza y familiaridad. Estuvo toda la noche dando vueltas en la cama, intentando apartarla de su pensamiento. Cuando al otro lado de la ventana el cielo se llenó de una luz azul grisácea, tenía ganas de llorar. Había pasado en vela toda la noche y pronto tendría que levantarse para ir a clase y luego al teatro, donde madame Gérard querría que le hablara de su visita. Era lunes, comenzaba una nueva semana. La noche había terminado. Lo único que podía hacer era levantarse de la cama y escribir la carta que debía escribir y

echarla al correo antes de ir a la École Spéciale. Cogió un pedazo de papel de dibujo y empezó un borrador:

Querida Mme. Morgenstern:
Gracias por

¿Por qué? ¿Por una tarde tan agradable? Qué soso sonaba, como si hubiera sido una tarde cualquiera, cuando estaba claro que no había sido precisamente eso. ¿Qué podía escribir? Deseaba expresar su agradecimiento por la hospitalidad de madame Morgenstern, desde luego, pero en el fondo lo que quería era mandar un mensaje en clave, comunicar lo que había sentido y lo que sentía ahora: que se había establecido entre ellos una especie de corriente eléctrica que seguía existiendo; que le había tomado la palabra cuando insinuó que podían volver a verse. Tachó los dos renglones que había escrito y empezó de nuevo.

Querida madame Morgenstern:

Por absurdo que parezca, no he dejado de pensar en usted desde que nos despedimos. Deseo tomarla entre mis brazos, decirle un millón de cosas, hacerle un millón de preguntas. Deseo acariciarle la garganta y desabrocharle el botón de perla del cuello.

¿Y entonces qué? ¿Qué haría si se le ofreciera la oportunidad? En un momento de delirio recordó aquellas fotografías antiguas que mostraban complicadas posturas sexuales, las estampas plateadas de parejas entrelazadas que solo resultaban visibles cuando las tarjetas se colocaban en un determinado ángulo bajo la luz. Se recordó a sí mismo en el vestuario, cerca del gimnasio, con cuatro chicos más, todos encorvados y con una tarjeta en la mano, los pantalones cortos de deporte en los tobillos, cada uno sumido en un tormento solitario mientras las parejas plateadas aparecían y desaparecían de la vista. La suya mostraba a una mujer tendida en un sofá con las piernas levantadas formando una uve. Llevaba una bata de estilo victoriano que le dejaba al aire los brazos y los hombros, y que había resbalado dejando desnudas las piernas alzadas hacia el techo. Un hombre estaba inclinabo sobre ella, haciendo lo que incluso los victorianos hacían.

Ruborizado por la vergüenza y el deseo, tachó las líneas otra vez para empezar un nuevo borrador. Mojó la pluma y la sacudió para eliminar el exceso de tinta.

Querida madame Morgenstern:

Gracias por su hospitalidad y por el placer de su compañía. Mi alojamiento es demasiado pobre para que pueda devolverle la invitación, pero tal vez pueda serle útil de algún otro modo. Si es así, espero que no dude en llamarme. Mientras tanto, abrigo la esperanza de que volvamos a vernos.

Atentamente,

ANDRAS LÉVI

Leyó y releyó el borrador, preguntándose si debía tratar de escribir la carta en francés en lugar de húngaro, pero al final decidió que en francés podía cometer algún error tonto. Copió el texto en una hoja fina de papel blanco que dobló por la mitad y metió en un sobre antes de que pudiera volver a examinar cada línea. Después lo introdujo en el mismo buzón en el que había echado la carta de la madre de la señora Morgenstern.

Aquella semana agradeció la distracción del trabajo pesado y minucioso que suponía la elaboración de la maqueta. En el taller cortó un rectángulo de cartón grueso que le serviría de base y dibujó la planta del edificio con una fina línea de lápiz. En otro pedazo de cartón trazó la forma de los cuatro alzados de la estación, trabajando meticulosamente a partir del dibujo con todas las medidas que había realizado. Su útil favorito era una regla de celuloide casi transparente que le permitía ver las líneas a lápiz que se cruzaban; esa regla, con su estricta división en milímetros, era una isla de exactitud en el mar de tareas que debía completar, una franja de certidumbre en medio de la incertidumbre.

En la clase de estática reinaba el orden claro y puro de las matemáticas: la ecuación de tres variables para calcular el número y el grosor de las barras de acero por metro cúbico de hormigón; la cantidad de kilogramos que

podría soportar una columna; la distribución precisa de la presión a lo largo de la corona de un arco. En la cabecera del aula, abriéndose camino con la tiza en un laberinto de operaciones matemáticas sobre la pizarra de bordes descascarillados, se situaba el desaliñado Victor le Bourgeois, profesor de estática, arquitecto e ingeniero en ejercicio, del que se decía que, al igual que Vago, era buen amigo de Pingusson. Su despreocupación se manifestaba en unos pantalones desgarrados en la rodilla, una chaqueta siempre grisácea por el polvo de la tiza, un halo de greñas rojizas y una tendencia a olvidar dónde dejaba el borrador de la pizarra. Sin embargo, cuando empezaba a establecer la relación entre las abstracciones matemáticas y los materiales de construcción tangibles, todo el caos de su persona se esfumaba. Andras le seguía con gusto por los vericuetos del cálculo, donde el problema de madame Morgenstern no podía existir porque no podía describirse con una ecuación.

En el teatro encontraba el alivio de poder pronunciar el nombre de la dama en voz alta ante madame Gérard. Durante el intermedio de la función del martes, llevó a la actriz una taza de café fuerte y esperó junto a la puerta del camerino a que se la bebiera. Ella lo miró desde debajo del elegante arco de sus cejas; su porte era majestuoso incluso con el delantal manchado de hollín y el pañuelo en la cabeza del personaje de la madre.

—No he sabido nada de madame Morgenstern —dijo—. ¿Cómo fue el almuerzo?

—Muy agradecido —respondió Andras, y se ruborizó—. Perdón, agradable.

—Muy agradable, dices.

—Sí —confirmó Andras—. Muchos. —Su vocabulario francés parecía haberle abandonado.

—Ya —dijo madame Gérard, como si le comprendiera perfectamente.

Andras se sonrojó aún más. Sabía que la actriz debía de pensar que había sucedido algo entre él y Elisabet. Había sucedido algo, en efecto, pero no lo que ella imaginaba.

—Madame Morgenstern es muy amable —dijo Andras.

—¿Y mademoiselle?

—Mademoiselle es muy… —Andras tragó saliva y miró la hilera de bombillas sobre el espejo de madame Gérard—. Mademoiselle es muy alta.

Madame Gérard echó la cabeza atrás y rió.

—¡Muy alta! —exclamó—. Ya lo creo. Y con mucho carácter. La conozco desde que era una niña y jugaba con muñecas; les hablaba con un tono tan autoritario que yo pensaba que se pondrían a llorar. De todas formas, no debes temer a Elisabet. Es inofensiva, te lo aseguro.

Antes de que Andras pudiera afirmar que no temía en absoluto a Elisabet, sonaron los dos timbrazos que señalaban el inminente final del intermedio. Madame Gérard tenía que cambiarse de traje y Andras debía marcharse para terminar sus tareas antes de que empezara el tercer acto. En cuanto los actores volvieron a salir al escenario, el tiempo se escurrió con la lentitud del goteo de un témpano polar. No podía pensar en nada más que en la carta que había escrito y en cuándo recibiría la respuesta. Era posible que hubieran entregado su misiva con el correo de la tarde y que madame Morgenstern ya hubiera mandado su respuesta, de modo que la nota podía llegar a sus manos al día siguiente. No era descabellado pensar que ella pudiera invitarle de nuevo a almorzar aquel fin de semana.

La noche siguiente, cuando la función acabó por fin y Andras hubo terminado sus tareas, corrió a la rue des Écoles. Imaginaba el sobre resplandeciendo en la oscuridad del portal, el papel de color crema, la letra clara y regular de madame Morgenstern, la misma con que había escrito los pies en las postales de su álbum. «De Marie en Marruecos.» «De Marcel en Roma.» Andras se preguntó quién era Marcel y qué habría escrito desde Roma.

Mientras abría la alta puerta roja con su llave maestra, distinguió un sobre encima de la consola. Dejó que la puerta se cerrara tras él y fue a cogerlo. Pero no era el sobre de color crema con olor a lilas que esperaba; era un sobre marrón y arrugado, con la dirección de puño y letra de su hermano

Mátyás. A diferencia de Tibor, Mátyás casi nunca escribía; cuando lo hacía, sus cartas eran breves y de carácter informativo. Esta era gruesa, y había exigido el doble del franqueo habitual. Lo primero que pensó fue que algo les había sucedido a sus padres —su padre estaba herido, su madre había contraído la gripe—, y a continuación se dijo que había sido ridículo esperar una carta de madame Morgenstern.

Una vez en su habitación, encendió una de sus preciadas velas y se sentó a la mesa. Abrió con cuidado el sobre marrón con una navaja. Contenía un fajo de papeles arrugados, cinco en total, la carta más larga que le había escrito Mátyás. La letra era grande y descuidada, y estaba salpicada de manchas de tinta. Andras leyó rápidamente las primeras líneas buscando malas noticias sobre sus padres, pero no las había. Pensó que de haber ocurrido algo Tibor le habría mandado un telegrama. La carta versaba sobre el propio Mátyás. Se había enterado de que Andras había conseguido que Tibor entrara en la facultad de medicina en enero. Felicidades a los dos, a Andras por haber aprovechado sus encumbradas relaciones, y a Tibor porque por fin se marcharía de Hungría. Así pues, Mátyás tendría que quedarse solo, heredero, a falta de los hermanos mayores, de un almacén de madera rural. ¿Acaso creía Andras que resultaba agradable oír a sus padres hablar de lo interesantes que eran los estudios de Andras, de lo bien que le iban las clases, de lo maravilloso que era que Tibor pudiera estudiar medicina, de lo buenos hijos que eran los dos? ¿Había olvidado Andras que también Mátyás albergaba la esperanza de estudiar en el extranjero? ¿Había olvidado todo cuanto Mátyás había dicho sobre el tema? ¿Creía Andras que Mátyás iba a renunciar a sus planes? De ser así, más valía que se lo quitara de la cabeza. Mátyás estaba ahorrando. Si lograba reunir la cantidad suficiente antes de graduarse, no terminaría el bachillerato. Se marcharía a Estados Unidos, a Nueva York, y se dedicaría al espectáculo. Saldría adelante. En Estados Unidos solo se necesitaban determinación y ganas de trabajar. Y, cuando se marchara de Hungría, ya se encargarían Andras y Tibor del almacén de madera y de sus padres, porque él, Mátyás, no pensaba regresar.

Al final de la última página, con mano más serena —como si Mátyás hubiera interrumpido la escritura de la carta y la hubiera reanudado una vez superada la ira—, su hermano había añadido un contrito «Espero que estés

bien». Andras soltó una risotada breve, sin fuerzas. ¡Espero que estés bien! Podría haber escrito «Espero que te mueras».

Andras cogió una hoja de papel de la mesa y escribió:

Querido Mátyás, si eso te hace sentir mejor, te diré que desde que estoy aquí me he sentido desdichado cientos de veces. Ahora mismo soy desdichado. Créeme cuando te digo que no todo ha sido maravilloso. En cuanto a ti, tengo la certeza de que terminarás el bachillerato y te irás a Estados Unidos, si así lo deseas (aunque yo preferiría que vinieras a París). No espero que ocupes el puesto de apa, y tampoco lo espera él. Él quiere que termines tus estudios.

No obstante, Mátyás tenía razón al plantear el problema, tenía derecho a enfadarse, porque la solución no era fácil. Recordó lo que había dicho Claire Morgenstern al hablar de su madre: «Hace mucho, mucho tiempo que no la veo». Su semblante se había ensombrecido, sus ojos habían reflejado una aflicción que parecía reproducir la que él había visto en el rostro de la madre. ¿Qué las había separado, qué había mantenido a madame Morgenstern lejos de su madre? Con un esfuerzo volvió a centrar sus pensamientos en la carta.

Espero que no estés mucho tiempo enfadado conmigo, Mátyáska, pero tu enfado te honra: demuestra lo buen hijo que eres. Cuando acabe mis estudios volveré a Hungría, y espero que Dios dé salud a anya y a apa el tiempo suficiente para que pueda cuidar de ellos.

Mientras tanto se preocuparía por ambos en la misma medida que sus hermanos.

Mientras tanto espero que todo lo que hagas sea genial e intrépido, ¡como siempre! Con cariño, tu hermano

ANDRAS

Echó la carta al buzón a la mañana siguiente, esperando tener noticias de madame Morgenstern aquel día. Pero no había ningún sobre en la mesa del vestíbulo cuando volvió del trabajo aquella noche. ¿Por qué había confiado en que ella le respondería? Su intercambio social había concluido. Él había aceptado la hospitalidad de madame Morgenstern y le había dado las gracias. Se había equivocado al pensar que existía una relación entre ellos. En todo caso, se suponía que debía relacionarse con su hija, no con madame Morgenstern. Pasó la noche en vela, tiritando, pensando en ella y maldiciéndose por sus estúpidas esperanzas. Por la mañana encontró una fina capa de hielo en la palangana de agua; la rompió y se lavó la cara con el agua helada. Cuando salió, el viento gélido arrancaba tablillas sueltas de los tejados y las estampaba contra la calle. En la panadería la mujer le dio las barras de pan recién salidas del horno y le cobró como si fueran del día anterior. «Va a ser un invierno muy frío», le dijo. Andras sabía que necesitaría un abrigo más grueso y una bufanda de lana, así como cambiar las suelas de sus botas, pero no tenía dinero para eso.

Durante la semana la temperatura no cesó de bajar. Los radiadores de la escuela emitían un débil calor seco; los alumnos de quinto se sentaban cerca de ellos, mientras los de primero se helaban junto a las ventanas. Andras pasó muchas horas de desesperación trabajando en su maqueta de la Gare d’Orsay, una estación de ferrocarril que ya empezaba a caer en desuso. Aunque continuaba siendo la terminal de los trenes procedentes del sudoeste de Francia, sus andenes eran demasiado cortos para los trenes largos que se utilizaban ahora. La última vez que había ido a tomar medidas, la estación le había parecido decrépita y en mal estado de mantenimiento; algunas de las ventanas altas estaban rotas y una capa de moho oscurecía la hilera de arcos. No le animó pensar que estaba preservando su recuerdo en cartón; su maqueta era un endeble homenaje a una reliquia desastrada. El viernes volvió solo a casa, demasiado desanimado para ir con los demás a la Paloma Azul, y sobre la mesa del vestíbulo vio un sobre blanco a su nombre, la respuesta que llevaba toda la semana esperando. La abrió de inmediato.

Andras, siempre será bien recibido. Venga a visitarnos algún día. Saludos.

C. MORGENSTERN

Nada más. Nada seguro. «Ven a visitarnos algún día»; ¿qué significaba eso? Se sentó en la escalera y apoyó la frente sobre las rodillas. ¡Llevaba toda la semana esperando eso! «Saludos.» El corazón le latía con fuerza en el pecho, como si todavía estuviera a punto de suceder algo maravilloso. Sentía la vergüenza como un fragmento ardiente de metal en la lengua.

Aquella noche, después del trabajo, le resultó insoportable la idea de volver a su diminuta habitación, de echarse en la cama donde había pasado ya cinco noches en vela pensando en Claire Morgenstern. Por eso fue a pasear por el Marais, arrebujado en el fino abrigo.

En la rue de Rosiers un hombre y una mujer se besaban sin el menor recato ante uno de esos carteles, con las manos hundidas dentro del abrigo del otro. Andras se acordó de un juego al que jugaban los niños de Konyár: detrás de la panadería había una pared de piedra blanca que siempre estaba caliente porque el horno de la tahona se hallaba al otro lado, y en invierno los críos se reunían allí después de la escuela para besar a la hija del panadero. La muchacha tenía la nariz sembrada de pecas claras como semillas de sésamo. Por diez filler te apretaba contra la pared y te besaba hasta que te quedabas sin aliento. Por cinco filler podías mirar cómo besaba a otro. Estaba ahorrando para comprarse unos patines. Respondía al nombre de Orsolya, pero nunca la llamaban así, sino Korcsolya, que significaba «patines de hielo». Andras la había besado una vez, había sentido cómo su lengua exploraba la suya mientras lo apretaba contra la pared caliente. No debía de tener más de ocho años; Orsolya tendría unos diez. Tres de sus amigos de la escuela los miraban, animándolo. En mitad del beso había abierto los ojos. Orsolya también tenía los suyos abiertos, pero ausentes, su mente estaba en otra parte; quizá estuviera pensando en los patines. Andras no había olvidado el día que salió de casa para ir a verla patinar en el estanque; el centelleo plateado de las cuchillas de los patines era como un guiño burlón, un acerado adiós para siempre a los besos cobrados. Aquel invierno estuvo a punto de morir de frío porque patinaba hiciera el tiempo que hiciera. «A esa niña se la tragará el hielo», había vaticinado la madre de Andras al ver a Orsolya hacer piruetas bajo una lluvia de marzo. Pero el

hielo no se la tragó. Había sobrevivido a aquel invierno en la represa del molino, y al invierno siguiente volvía a estar allí, y al siguiente había abandonado el pueblo para asistir a la escuela secundaria. A Andras le pareció verla: una figura con una falda roja entre una niebla gris, intocable y solitaria.

Continuó caminando por el laberinto de calles medievales hacia la rue de Sévigné, hacia la casa de madame Morgenstern. No había decidido ir allí, pero allí estaba; se quedó en la acera de enfrente y se balanceó sobre los talones. Era casi medianoche y no había ninguna luz encendida en la planta superior. Aun así cruzó la calle y miró por encima de las medias cortinas hacia el estudio a oscuras. Vio la bocina en forma de flor de ipomea del fonógrafo, reluciente y llamativo en un rincón; el piano con su sonrisa plana y dentada. Andras se estremeció bajo el abrigo e imaginó las formas vestidas de rosa de las niñas moviéndose por el suelo claro del estudio. El frío era glacial, implacable. ¿Qué estaba haciendo en la calle a medianoche? Solo había una explicación para su comportamiento: se había vuelto loco. La tensión de su vida en París, de su única oportunidad de convertirse en un hombre y un artista, había acabado siendo demasiado para él. Apoyó la cabeza contra la pared de la entrada intentando apaciguar su respiración. Al cabo de un rato se dijo que debía sacudirse esa locura y volver a casa. Al levantar la cabeza vio lo que no sabía que estaba buscando: en la entrada había una caja fina de cristal como las que se utilizan para colocar las cartas de los restaurantes a la puerta; en lugar de una carta, esta tenía unas tarjetas blancas rectangulares donde se leía «Horaire des classes».

El horario, el programa de la vida de madame Morgenstern. Allí estaba, escrito con su letra clara. Las mañanas estaban dedicadas a las clases particulares; las primeras horas de la tarde, a las clases para principiantes, y las últimas de la tarde a los niveles intermedio y avanzado. Los miércoles y viernes tenía las mañanas libres, y los domingos, las tardes. Ahora por lo menos sabía cuándo podría mirar por esa ventana y verla. Tendría que esperar al día siguiente.

Al día siguiente trató de no pensar en ella. Fue al estudio, donde todos se reunían los sábados para trabajar; se dedicó a construir su maqueta, bromeó

con Rosen, oyó los comentarios sobre la fascinación que sentía Ben Yakov por la bella Lucia, compartió su pan rústico con Polaner. A mediodía ya no podía esperar más. Subió al metro en Raspail y se apeó en Châtelet. Desde allí corrió hasta la rue de Sévigné; cuando llegó estaba acalorado y jadeante, a pesar del frío invernal. Miró por encima de las medias cortinas del estudio. Un grupo de niñas con traje de baile guardaba sus zapatillas de ballet en las bolsas de lona y, con los zapatos de calle en la mano, se colocaban en fila delante de la puerta. En la entrada cubierta del estudio se apiñaban madres e institutrices; las primeras con pieles, las segundas con abrigos de lana. Algunas niñas atravesaron la masa de mujeres y corrieron hacia una tienda de caramelos. Andras esperó a que se dispersara el gentío y entonces la vio al otro lado del umbral: madame Morgenstern, con una falda negra, un jersey gris ajustado y el cabello recogido en la nuca en un moño flojo. Cuando solo quedaba una alumna, madame Morgenstern cruzó la entrada con la niña de la mano. Salió a la acera pisando suavemente con las zapatillas de ballet, como si no quisiera que las losas del pavimento le estropearan las suelas. Andras sintió el deseo repentino de huir.

Pero la niña había reparado en él. Se soltó de la mano de madame Morgenstern y corrió hacia él, con los ojos entrecerrados como si quisiera verlo bien. Cuando estuvo lo bastante cerca para tocarle el brazo, se detuvo en seco y se volvió. Sus hombros subían y bajaban bajo la lana azul del abrigo.

—No es papá —dijo.

Madame Morgenstern levantó la cabeza para disculparse con el hombre que no era papá. Al ver que era Andras sonrió y tiró hacia abajo del borde de su jersey, un gesto tan infantil y tímido que Andras sintió una oleada de calor en el pecho. Caminó por la acera en dirección a ella. No se atrevió a darle la mano para saludarla, apenas la miró a los ojos. Con la vista baja, hundió las manos en los bolsillos, donde descubrió una moneda de diez céntimos que le había sobrado al comprar de pan de la mañana.

—Mira qué he encontrado —dijo arrodillándose para dársela a la niña.

Esta la cogió y le dio la vuelta.

—¿Se la ha encontrado? —preguntó—. A lo mejor se le ha caído a alguien.

—La he encontrado en el bolsillo —dijo Andras—. Es para ti. Cuando vayas a la tienda con tu madre cómprate un caramelo o una cinta para el pelo.

La niña suspiró y se guardó la moneda en un bolsillo lateral de la bolsa.

—Una cinta para el pelo —dijo—. No me dejan comer caramelos. Son malos para los dientes.

Madame Morgenstern le puso una mano en el hombro y la condujo hacia la puerta.

—Esperaremos dentro, junto a la estufa —dijo—. Estaremos más calientes.

Se volvió para mirar a Andras, dándole a entender que lo incluía en la invitación. Él la siguió al interior, hacia la compacta estufa de hierro que había en un rincón del estudio. Tras la ventanilla de mica ardía un fuego y la niña se arrodilló para mirar las llamas.

—Esto sí es una sorpresa —dijo madame Morgenstern mirando a Andras a los ojos.

—He salido a dar un paseo —repuso Andras apresuradamente—. A estudiar el barrio.

—Monsieur Lévi es estudiante de arquitectura —explicó madame Morgenstern a la niña—. Algún día diseñará edificios magníficos.

—Mi padre es médico —afirmó la niña, distraída, sin mirarlos.

Andras se acercó a madame Morgenstern para calentarse las manos junto a la estufa, con los dedos a pocos centímetros de los de ella. Miró las uñas de la mujer, sus dedos finos, la línea de huesos delicados bajo la piel.

Madame Morgenstern lo pilló mirándola, y él apartó la vista. Se calentaron las manos en silencio mientras esperaban al padre de la niña, que hizo acto

de presencia pocos minutos después: un hombre bajo con bigote y monóculo, cargado con un maletín de médico.

—Sophie, ¿dónde tienes las gafas? —preguntó arrugando los labios.

La niña sacó de la bolsa unas gafas de montura dorada.

—Si es posible, madame —dijo el hombre—, le ruego que se asegure de que se las pone.

—Lo intentaré —repuso madame Morgenstern, y esbozó una sonrisa.

—Se me caen cuando bailo —protestó la niña.

—Despídete, Sophie —le indicó el médico—. Llegaremos tarde a cenar.

En la puerta, Sophie se volvió y se despidió con la mano. Después se marchó con su padre, y Andras se quedó solo en el estudio con madame Morgenstern. Esta se apartó de la estufa para recoger algunas cosas que se habían dejado las niñas: un guante, una horquilla, una bufanda roja. Lo guardó todo en una cesta que depositó junto al piano. *Objets trouvés*.

—Quería darle las gracias de nuevo —dijo Andras cuando el silencio entre ellos se alargó más de lo tolerable. Las palabras salieron con cierta brusquedad, y en húngaro, como un gruñido. Se aclaró la garganta y repitió la frase en francés.

—Por favor, Andras —dijo ella en húngaro, entre risas—. Me escribió una nota preciosa. Y no había necesidad de dar las gracias. Estoy convencida de que no fue una tarde muy agradable para usted. ¿Por qué no viene a vernos mañana? Elisabet ha invitado a una amiga a almorzar y después pensábamos ir a patinar al Bois de Vincennes.

—No tengo patines —comentó Andras con voz casi inaudible.

—Yo tampoco —repuso ella—. Siempre los alquilamos. Es muy bonito. Se divertirá.

«Es muy bonito, se divertirá», como si fuera a suceder. Y entonces dijo que sí, y sucedió.

OceanofPDF.com

9

Bois de Vincennes

Esta vez, cuando fue a almorzar a la rue de Sévigné, no se puso una corbata del vestuario del teatro ni llevó una arroba de flores mustias, sino que eligió su camisa favorita y compró una botella de vino y una tarta de pera en la panadería que había junto a su casa. También en esta ocasión la señora Apfel había preparado un banquete: *rakott krumpli* con capas de huevo y patata, sopa de zanahoria, picadillo de col roja y manzanas con alcaravea, pan moreno y tres clases de queso. Madame Morgenstern estaba muy callada ese día; parecía agradecer la presencia de la amiga de Elisabet, una chica robusta, de cejas pobladas, con un vestido marrón de lana. Era la tal Marthe con quien Elisabet había ido al cine la semana anterior. Ambas se dedicaron a hablar de cotilleos de la escuela: quién había hecho el ridículo en clase de geografía; quién había conseguido el solo en el coro, y quién iría a esquiar a Suiza durante las vacaciones de invierno. De vez en cuando Elisabet lanzaba una mirada a Andras, como si deseara hacerle saber que quedaba excluido de la conversación. Fuera había empezado a nevar. Andras se moría de ganas de salir de la casa. Fue un alivio cuando cortaron la tarta de pera, la comieron y se pusieron los abrigos para marcharse.

A las dos y media cogieron el metro para ir al Bois. Cuando salieron de la estación, Elisabet y Marthe echaron a correr, cogidas del brazo, mientras madame Morgenstern caminaba con Andras. Le habló de sus alumnas, de las inminentes fiestas invernales y de la reciente ola de frío. Llevaba bien calado un sombrero rojo de lana en forma de campana, por cuyos bordes escapaban algunos mechones de cabello rizado y los copos de nieve se posaban en la copa.

En el nevado Bois, entre los olmos y robles sin hojas y los pinos helados, los senderos estaban llenos de hombres y mujeres cargados con patines.

Andras subió al hielo y trazó una serie de arcos para probar el filo y el equilibrio de las cuchillas. Tibor le había enseñado a patinar cuando tenía cinco años; de pequeños patinaban todos los días en la represa del molino

de Konyár, con cuchillas que su padre había fabricado con un trozo de madera forrada con alambre grueso. Cuando iban a la escuela de Decebren patinaban en una pista al aire libre de Piac utca, un óvalo artificial perfecto, que enfriaban unas tuberías subterráneas y cuyos cuidadores mantenían liso como el cristal. Andras era ágil y diestro en los patines, más rápido que sus hermanos y amigos. Incluso ahora, con aquellos pesados patines de alquiler, se sentía ligero y veloz. Sorteaba a los demás patinadores envueltos en abrigos de lana oscura, con la chaqueta ondeante y la gorra a punto de salir disparada de su cabeza. Si se hubiera parado a mirar, habría observado cómo los jóvenes lo miraban con envidia al verlo pasar a toda velocidad; habría reparado en las miradas curiosas de las muchachas, en las muecas de desaprobación de los patinadores de mayor edad. Pero él solo pensaba en la emoción de volar sobre el hielo, en el rápido intercambio de calor entre las cuchillas y el lago helado. Tras rodear una islita se acercó por detrás a las mujeres a toda velocidad y se deslizó entre madame Morgenstern y Elisabet tan limpiamente que las dos se pararon y contuvieron el aliento.

—¿Te importaría mirar por dónde vas? —le espetó Elisabet en su impertinente francés—. Podrías hacerle daño a alguien. —Cogió a Marthe del brazo y ambas se adelantaron.

Andras se quedó patinando con madame Morgenstern a través de un tul fluctuante de nieve.

—Es usted rápido —dijo ella, y le dedicó una sonrisa fugaz por debajo de la campana de su sombrero.

—Puede que sobre el hielo —repuso Andras, ruborizado—. Nunca se me han dado bien los deportes.

—Pues parecía que supiera un poco de danza.

—Eso tampoco se me da bien.

Ella rió y se adelantó. En la luz gris de la tarde, el lago evocó a Andras las pinturas japonesas que había visto en la Exposición Internacional; las coníferas extendían sus hojas oscuras contra un cielo blanco y las colinas eran como palomas apiñadas para protegerse del frío. Madame Morgenstern

se movía con facilidad sobre el hielo, con la espalda muy erguida, los brazos arqueados, como si fuera otra forma de ballet. No tropezó con Andras ni se apoyó en él mientras daban vueltas en el lago, ni siquiera cuando pasó por encima de una ramita de conífera y perdió el equilibrio; saltó sobre la otra cuchilla sin mirar al joven. Cuando avanzaban por segunda vez por un extremo de la pista, se deslizó a su lado.

—Mi hermano y yo solíamos patinar en Budapest —dijo—. Íbamos al Városliget, que no estaba lejos de casa. ¿Conoce ese lago tan hermoso, el que está junto al castillo de Vajdahunyad?

—Oh, sí.

Andras nunca había podido permitirse pagar la entrada cuando vivía en Budapest, pero había ido muchas veces con Tibor a ver a los patinadores de noche. El castillo, una amalgama de estilos arquitectónicos, había sido construido hacía cuarenta años para una celebración milenaria. Elementos románicos, góticos, renacentistas y barrocos se mezclaban en toda la longitud del edificio; caminar junto a la extraña fachada era como pasar a través de los siglos. El castillo estaba iluminado desde abajo y siempre había música. Andras imaginó a dos niños, madame Morgenstern y su hermano —¿el padre de József Hász?—, cuyas sombras oscuras se proyectaban sobre la sombra más clara del castillo.

—¿Era buen patinador su hermano? —preguntó.

Madame Morgenstern se rió y negó con la cabeza.

—Ninguno de los dos era muy bueno, pero lo pasábamos de maravilla. A veces yo invitaba a mis amigas. Nos cogíamos de la mano y mi hermano tiraba de nosotras como si fuéramos una fila de patos de madera. Era diez años mayor, y tenía mucha más paciencia de la que habría tenido yo.

Mientras patinaba, apretaba los labios y escondía las manos dentro de las mangas. A su lado, Andras observaba su perfil por debajo del ala baja del sombrero.

—Si lo desea, puedo enseñarle a bailar el vals —dijo Andras.

—Oh, no. No hago piruetas patinando.

—No son piruetas —dijo él, y se adelantó para enseñarle unos pasos.

Era un vals sencillo que había aprendido en Debrecen cuando tenía diez años: tres pasos hacia delante, un arco largo y un giro; tres pasos hacia atrás, otro arco y otro giro. Ella repitió los pasos mientras él los ejecutaba sobre el hielo. Después Andras se volvió. Conteniendo el aliento, le puso una mano en la cintura. Ella le rodeó con el brazo y posó una mano enguantada sobre la suya. El joven canturreó unos compases de «Brin de Muguet» y la guió. Al principio ella dudaba, sobre todo en los giros, pero enseguida empezó a moverse con la ligereza que él había imaginado, la mano firme sobre la suya. Andras sabía que Rosen, Polaner y Ben Yakov se habrían reído de haberlo visto bailar así delante de todos, pero no le importaba. Durante unos minutos, lo que duró la canción en su cabeza, tuvo a aquella mujer ágil con su sombrero en forma de campana apretada contra él, su mano dentro de la suya. Rozó con la boca el ala de su sombrero y saboreó un velo frío y húmedo de copos de nieve. Sentía el aliento de ella en el cuello. Madame Morgenstern lo miró y sus ojos se encontraron un instante antes de que él apartara la vista. Se recordó que cualquier sentimiento que ella le inspirara era inútil; era una mujer adulta con una vida complicada, una profesión, una hija en el instituto. El vals terminó y se apagó en su cabeza. Dejó que sus brazos se separaran del cuerpo de la mujer, que se apartó y se deslizó a su lado. Dieron dos vueltas antes de que ella volviera a hablar.

—Ha hecho que sienta añoranza de Hungría —dijo—. Hace más de dieciséis años que no voy allí. Los que tiene Elisabet.

Recorrió el lago con la vista y Andras siguió su mirada. A lo lejos se distinguían los abrigos verde y marrón de Elisabet y Marthe. Elisabet señaló hacia la orilla, donde la forma negra de un perro corría dando brincos tras una silueta más menuda y veloz.

—A veces pienso que tal vez vuelva —añadió madame Morgenstern en un susurro—, aunque más a menudo pienso que no volveré nunca.

—Volverá —dijo Andras, sorprendido de que su voz sonara tan firme.

La tomó del brazo y ella no se apartó, sino que sacó una mano de la manga del abrigo y la apoyó sobre su brazo. Andras se estremeció, aunque ya no sentía el frío. Patinaron así, en silencio. De pronto oyeron una voz al otro lado del lago, resonante y conocida: era madame Gérard, que los llamaba a gritos. «Andráska. Klárika . » Los diminutivos húngaros, como si todavía estuvieran en Budapest. Madame Gérard se acercó a ellos patinando, con un abrigo de cuello de piel y un sombrero nuevos, seguida de otros tres actores del teatro. Ella y madame Morgenstern se abrazaron, rieron, comentaron la belleza de la nieve y la cantidad de gente que había en el lago helado.

—Klárika, cariño, me alegro mucho de verte. Y Andráska también está aquí. Y veo a Elisabet allí delante.

Esbozó una sonrisa pícara y guiñó un ojo a Andras; a continuación llamó a Elisabet y a Marthe. Cuando estas se quejaron del frío, invitó a todos a chocolate caliente en el café. Se sentaron a una mesa larga de madera y tomaron chocolate en tazas de loza, y a Andras le resultó fácil dejar que los demás hablaran. La sensación exultante que había experimentado antes de que llegara madame Gérard ya había empezado a disiparse; madame Morgenstern volvía a parecer tremendamente lejana.

Cuando hubieron terminado de tomar el chocolate, fue a recoger los zapatos de todos al mostrador y después enfilaron el sendero que conducía hacia la salida del Bois. Andras buscaba la oportunidad de tocar a madame Morgenstern en el codo, de dejar que los demás les adelantaran para que los dos caminaran solos. Sin embargo, fue Marthe quien acabó a su lado.

La expresión de su rostro era seria y denotaba determinación.

—Es inútil —dijo—. No quiere saber nada de ti.

—¿Quién? —preguntó Andras, alarmado al pensar que había sido tan transparente.

—¡Elisabet! Quiere que dejes de mirarla todo el rato. ¿Crees que le gusta que la mire un húngaro lastimoso?

Andras suspiró y miró a Elisabet, que caminaba junto a madame Gérard; el abrigo verde ondeaba sobre sus piernas. La muchacha se inclinó para decir algo a madame, que echó la cabeza hacia atrás y rió.

—No le interesas —prosiguió Marthe—. Ya tiene novio. Así pues, no hace falta que vuelvas a su casa. Y tampoco hace falta que pierdas el tiempo tratando de conquistar a su madre.

Andras se aclaró la garganta.

—De acuerdo —dijo—. Gracias por decírmelo.

Marthe inclinó la cabeza con semblante muy serio.

—Es mi deber como amiga de Elisabet.

Cuando llegaron a la salida del parque, madame Morgenstern volvía a estar a su lado, rozándole la manga con la suya. Se pararon a la entrada del metro, donde se oía el rugido de los trenes.

—¿No viene con nosotras? —preguntó ella.

—No, ven con nosotros —dijo madame Gérard—. Vamos a coger un taxi. Te dejaremos en casa.

Hacía frío y estaba oscureciendo, pero Andras no quería ir en el metro atestado con Elisabet, Marthe y madame Morgenstern. Tampoco le apetecía subir a un taxi con madame Gérard y los demás. Deseaba estar solo, buscar el camino de vuelta a su barrio y encerrarse en su habitación.

—Creo que iré a pie —dijo.

—Venga a almorzar con nosotras el domingo que viene —dijo madame Morgenstern, mirándolo desde debajo del ala de su sombrero, con la piel encendida por el ejercicio—. De hecho, esperamos que se convierta en una costumbre.

—Iré.

OceanofPDF.com

10

Rue de Sévigné

Así pues, Andras se convirtió en un habitual de los almuerzos del domingo en la rue de Sévigné. Enseguida crearon una rutina: Andras llegaba e intercambiaba los cumplidos de rigor con madame Morgenstern; Elisabet lo miraba con el entrecejo fruncido, o bien se burlaba de su ropa o su acento; si no conseguía provocarlo como en la primera visita del joven, se aburría y salía con Marthe, que había cultivado su propio desdén altivo hacia Andras. En cuanto Elisabet se marchaba, Andras y madame Morgenstern se sentaban a escuchar discos en el fonógrafo, o a mirar revistas de arte y postales, o a leer un libro de poesía para que él practicara el francés, o a hablar de la familia y la infancia de Andras. A veces este intentaba sacar el tema del pasado de la mujer: el hermano al que no veía desde hacía años, los misteriosos sucesos previos al nacimiento de Elisabet que habían llevado a madame Morgenstern a París. Sin embargo, ella siempre lograba soslayar esa línea de conversación, esquivando sus prudentes preguntas como las manos de un compañero de baile no deseado. Y si Andras se ruborizaba cuando ella se sentaba muy cerca de él, o tartamudeaba al responder a un cumplido que ella le había hecho, no parecía darse cuenta.

Poco tiempo después Andras sabía con precisión qué forma tenían sus uñas, el corte y la tela de todos sus vestidos, cómo era el borde de puntilla de sus pañuelos. Sabía que le gustaba echar pimienta a los huevos, que no toleraba la leche, que la punta del pan era su parte favorita. Sabía que había estado en Bruselas y en Florencia, aunque no con quién; sabía que le dolían los huesos del pie derecho cuando el tiempo era húmedo. Sus estados de ánimo eran variables, pero atenuaba los más sombríos tomándole el pelo, poniendo en el fonógrafo canciones norteamericanas frívolas y enseñándole fotos divertidas de sus alumnas más jóvenes con sus trajes de baile. Andras sabía que su ballet favorito era *Apolo* y el que menos le gustaba, *La sílfide*, porque se había representado en exceso y rara vez con originalidad. Él se consideraba un ignorante en el tema, de lo que se avergonzaba, pero a madame Morgenstern no parecía importarle; oían en el fonógrafo composiciones para ballet y le contaba lo que sucedía en el escenario

mientras la música se intensificaba o decaía, y a veces enrollaba la alfombra de la sala y reproducía la coreografía para él, con la piel encendida de placer al bailar. A cambio Andras la llevaba a pasear por el Marais, narrándole la historia arquitectónica de los edificios entre los que transcurría la vida de la mujer. Ella se maravillaba en voz alta de no haberse fijado antes en ciertos detalles. Decía que Andras había descorrido un velo para revelarle una dimensión de su barrio que de otro modo jamás habría descubierto.

A pesar de la tranquilidad que le proporcionaba la invitación de los domingos, Andras vivía con el temor de encontrar un día en casa de madame Morgenstern a un hombre sentado a la mesa, un capitán con bigote, un médico con traje de tweed o un brillante coreógrafo moscovita; un hombre cultivado de cuarenta años con un bagaje cultural que él jamás podría igualar y un conocimiento de todo cuanto debía saber un caballero: vinos, música y la forma de hacer reír a las mujeres. Pero el temido rival no apareció nunca, al menos los domingos por la tarde; esa parte de la semana de las Morgenstern parecían pertenecer solo a Andras.

Fuera de la casa de la rue Sévigné todo seguía como de costumbre, o lo que había llegado a ser costumbre, en el contexto de su vida de estudiante de arquitectura en París. Su maqueta estaba casi terminada; ya tenía las paredes cortadas en cartón blanco rígido y a punto para ensamblarlas. A pesar de que tenía el tamaño de la caja de un abrigo, había empezado a llevarla a casa todos los días. Tomó esta decisión a raíz de un reciente brote de vandalismo dirigido al parecer solo contra los estudiantes judíos de la École Spéciale. Un alumno de tercero llamado Jean Isenberg había encontrado manchados de tinta un conjunto de planos muy elaborados; a Anne Laure Bauer, de cuarto, le habían robado sus caros manuales de estática la semana anterior al examen. Andras y sus amigos se habían librado de momento, pero Rosen creía que era solo cuestión de tiempo que se convirtieran en objetivos de los ataques. El profesorado convocó una asamblea general y habló con severidad a los estudiantes; prometieron consecuencias graves para los responsables y suplicaron que se presentaran todos cuantos tuvieran alguna prueba, pero nadie ofreció ninguna información. En la Paloma Azul, Rosen expuso su propia teoría. Se sabía que varios estudiantes pertenecían al Frente de la Juventud y a un grupo

denominado El Gran Occidente, cuyo declarado nacionalismo era una endeble tapadera de su antisemitismo.

—Ese zorro de Lemarque es una marioneta del Frente de la Juventud —dijo Rosen sentado a la mesa con su galleta de almendra y un café—. Apuesto a que está detrás de esto.

—No puede ser Lemarque —repuso Polaner.

—¿Por qué no?

Polaner se ruborizó ligeramente y cruzó sus manos blancas y esbeltas sobre las rodillas.

—Me ayudó con un proyecto.

—¿Ah, sí? —dijo Rosen—. Bueno, creo que más vale que te mantengas alerta. Ese pequeño *salopard* es capaz de cortarte el cuello mientras te dice *bonjour.*

— No vas a hacer amigos si te pones en contra de todos —intervino el diplomático Ben Yakov, cuya principal preocupación parecía ser que lo admirara el máximo número de personas, fueran hombres o mujeres.

—¿Qué más da? —preguntó Rosen—. No estamos hablando de quedar para tomar el té.

Aunque no dijo nada, Andras estaba de acuerdo con Rosen. Recelaba de Lemarque desde el incidente con Polaner al principio del curso. Desde entonces observaba a Lemarque, y le había sido imposible pasar por alto la forma en que miraba a Polaner: como si hubiera en él algo que le atrajera y repeliera al mismo tiempo, o como si la repugnancia que le producía Polaner le proporcionara una especie de placer. Lemarque tenía la costumbre de situarse cerca de Polaner, de buscar excusas para hablar con él en clase: ¿le importaba prestarle el pantógrafo? ¿Sabía la solución de aquel problema de estática tan difícil? ¿Era suya la bufanda que había encontrado en el patio? Polaner parecía dispuesto a aceptar que las intenciones de Lemarque eran amigables, pero Andras no confiaba en él, y tampoco en los

estudiantes con los ojos entornados que se sentaban a su lado en la cantina de estudiantes, jóvenes que fumaban una marca alemana de cigarrillos, llevaban la camisa abotonada hasta el cuello y chaquetas militares, como si desearan estar preparados para combatir si los llamaban. A diferencia de los demás alumnos, llevaban el cabello muy corto y las botas bien lustradas. Andras había oído a algunos referirse a ellos despectivamente como *la garde*. Y luego estaban los que lucían signos más discretos de sus ideas políticas: los que parecían mirar a Andras, Rosen, Polaner y Ben Yakov como si no los conocieran de nada, a pesar de que se cruzaban con ellos todos los días en los pasillos o en el patio.

—Lo que deberíamos hacer es infiltrarnos en esos grupos —propuso Rosen —. El Frente de la Juventud. El Gran Occidente. Asistir a sus reuniones, averiguar qué planean.

—Qué buena idea —dijo Ben Yakov—. Nos descubrirán y nos partirán el cuello.

—¿Qué crees que planean? —preguntó Polaner, que empezaba a irritarse—. No van a organizar un pogromo en París.

—¿Por qué no? —dijo Rosen—. ¿Acaso crees que no lo han pensado ya?

—¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? —pidió Ben Yakov.

Rosen apartó su taza de café.

—Oh, sí —dijo—. ¿Por qué no nos hablas de tu última conquista?

¿Qué podría ser más importante o más urgente?

Ben Yakov se tomó a broma el desaire de Rosen, lo que aún enfureció más a este. Se levantó y arrojó unas monedas sobre la mesa, tras lo cual se echó el abrigo sobre el hombro y se encaminó hacia la puerta. Andras cogió su sombrero y lo siguió; no soportaba ver que un amigo se iba enfadado. Alcanzó a Rosen en la esquina de Saint-Germain y Saint-Jacques, y esperaron juntos a que cambiara el semáforo.

—Tú no crees que lo que digo son tonterías, ¿verdad? —dijo Rosen con las manos hundidas en los bolsillos y los ojos fijos en Andras.

—No. —Andras trató de encontrar las palabras en francés—. Intentas adivinar los movimientos del contrario en una partida de ajedrez.

—Oh —exclamó Rosen más animado—. ¿Juegas al ajedrez?

—Antes jugaba con mis hermanos. No era muy bueno. Mi hermano mayor se sabía de memoria un libro de defensas de un campeón ruso. No tenía nada que hacer contra él.

—¿Por qué no leías el libro tú también? —preguntó Rosen con una sonrisa.

—Lo habría hecho si él no lo hubiera escondido tan bien.

—Supongo que eso es lo que hago yo. Tratar de encontrar el libro.

—No tendrás que buscar mucho —repuso Andras—. Hay carteles de las reuniones del Frente de la Juventud por todo el Quartier Latin.

Habían llegado al Petit Pont, al pie de la rue Saint-Jacques, y lo cruzaron juntos a la luz del atardecer.

—¿Sabes lo que quiero hacer cuando sea mayor? —dijo Rosen.

—No, ¿qué? —preguntó Andras.

—Irme a vivir a Palestina. Construir un templo con piedra de Jerusalén.

Guardó silencio y miró a Andras como si lo retara a reírse, pero su amigo no se rió. Estaba recordando algunas fotografías de Jerusalén que se habían publicado en *Pasado y Futuro*. Los edificios poseían una especie de permanencia geológica, como si no estuvieran hechos por manos humanas. Incluso en las fotos en blanco y negro sus piedras parecían irradiar una luz dorada.

—Quiero construir una ciudad en el desierto —prosiguió Rosen—.

Una ciudad nueva allí donde había una antigua. Con la forma de la ciudad antigua, pero llena de edificios nuevos. El hormigón armado de Perret es perfecto para Palestina. Barato y ligero, fresco con el calor, capaz de adoptar cualquier forma. —Mientras hablaba parecía ver a lo lejos una ciudad levantada sobre dunas ondulantes.

—Así que eres un soñador —observó Andras—. Jamás lo habría dicho.

Rosen sonrió con suficiencia.

—¿Por qué no vamos a una de esas reuniones del Frente de la Juventud? Así sabremos qué están tramando.

Andras dudó. Se preguntó qué pensaría madame Morgenstern de algo así, de una infiltración. Se imaginó contándoselo en uno de sus almuerzos dominicales: su osadía, su valor. ¿Su estupidez?

—¿Y si alguien nos reconoce? —preguntó.

—No nos reconocerán —afirmó Rosen—. No nos buscarán entre ellos.

—¿Dónde quedamos?

—Así me gusta, Lévi —dijo Rosen.

Decidieron acudir a una sesión de captación de El Gran Occidente al considerar que estaría llena de desconocidos. Se celebraría aquel sábado en una sala de reuniones de la rue de l’Université, en Saint-Germain-des-Prés, pero los esperaba la evaluación de final de trimestre. Andras había terminado por fin su Gare d’Orsay, para lo cual había tenido que pasar dos noches en vela; el viernes por la mañana la estación se alzaba blanca e inmaculada sobre su base de cartón. Sabía que era un buen trabajo, el producto de un largo estudio, de muchas horas de mediciones minuciosas y construcción. Rosen, Ben Yakov y Polaner también habían acabado sus maquetas, y en sus mesas del taller descansaban sus versiones blancas de la École Militaire, la Rotonde de la Villette y el Théâtre de l’Odéon. Primero los evaluarían sus compañeros de curso, después los de segundo, tercero y cuarto, el supervisor de estudio de quinto, Médard y, por último, Vago.

Andras creía estar curtido por las críticas implacables pero amistosas del director de *Pasado y Futuro.* En otoño había recibido algunas críticas, pero ninguna tan mala como las que le dedicaba habitualmente su director.

Sin embargo, cuando empezó la evaluación de su Gare d'Orsay los comentarios adquirieron casi enseguida un cariz despiadado. Las líneas eran imprecisas y los métodos de construcción, propios de un aficionado; no había intentado reproducir la extensión frontal de vidrio ni captar lo más impresionante del diseño: la forma en que el Sena, que discurría delante de la estación, proyectaba luz sobre la fachada alta y espejeante. Había construido una maqueta muerta, afirmó un alumno de cuarto. Una caja de zapatos. Un ataúd. Incluso Vago, que sabía mejor que nadie cuánto había trabajado Andras, criticó la falta de vida de la maqueta. Con su camisa de trabajo manchada de pintura y su incongruente chaleco elegante, se quedó mirando la maqueta sin disimular su decepción. Sacó un lápiz de mina del bolsillo y se dio unos golpecitos en los labios con su punta metálica.

—Una reproducción fiel —dijo—. Como una polonesa de Chopin interpretada en un recital de estudiantes. Has tocado todas las notas, no cabe duda, pero sin el menor sentido artístico.

Eso fue todo. Se volvió y avanzó hacia la siguiente maqueta, y Andras se sumió en un pozo de humillación y tristeza. Vago tenía razón: había reproducido el edificio sin la menor inspiración. ¿Cómo no se había dado cuenta? Le proporcionó poco consuelo ver que los demás alumnos de primero lo habían hecho igual de mal. No podía creer que se hubiera sentido tan seguro una hora antes, convencido de que todos proclamarían su obra como la prueba de que algún día sería un magnífico arquitecto.

Sabía que en la escuela las evaluaciones de final de trimestre eran tradicionalmente duras, que pocos estudiantes de primero las superaban con el orgullo intacto. Era la versión universitaria de un rito de iniciación, una forma de curtir y preparar a los alumnos para las humillaciones más profundas y sutiles que sufrirían cuando la obra evaluada fuera un diseño propio.

Aun así, la crítica había sido más dura de lo que había imaginado, y lo peor de todo era que los comentarios estaban justificados. Había trabajado lo

mejor que había podido y eso no había bastado, ni mucho menos. Y su humillación estaba ligada, de una forma que no era capaz de expresar, con madame Morgenstern y su relación con ella, como si presentando una buena reproducción de la Gare d'Orsay hubiera tenido derecho a reclamar su afecto. Ahora no podría ofrecerle un relato veraz de los sucesos del día sin poner en evidencia que había sido un idiota arrogante. Salió de la École Spéciale de muy mal humor, un estado de ánimo lo bastante persistente para acompañarlo toda la noche y la mañana siguiente. Seguía con él cuando se reunió con Rosen para asistir a la asamblea.

La sala de reuniones se hallaba al lado del espléndido edificio de la Beaux-Arts, unas manzanas al este de la Gare d'Orsay.

Dado que la reunión a la que iban a asistir tenía como única finalidad captar nuevos miembros, no era necesario que se colaran a hurtadillas o se disfrazaran. Entraron en la sala con el resto de asistentes, que en su mayoría parecían estudiantes. En el podio, colocado sobre un escenario en la parte delantera del recinto, un hombre delgado como un látigo y ataviado con un traje que le quedaba grande se presentó como monsieur Dupuis, «secretario del mismísimo presidente Pemjean», y dio unas palmadas para pedir silencio. Los reunidos callaron. Los voluntarios empezaron a recorrer los pasillos repartiendo suplementos especiales de un periódico titulado *Le Grand Occident*. El secretario del presidente Pemjean anunció que en dicho suplemento se exponía el ideario de la organización, que los miembros de la junta procederían a leer en voz alta para la asamblea. Media docena de muchachos de semblante adusto subió al escenario, cada uno con un ejemplar del suplemento en la mano. De uno en uno fueron leyendo el texto: los judíos debían ser expulsados de los puestos de influencia de Francia y dejar de ejercer su autoridad sobre los franceses; las organizaciones judías de Francia debían disolverse porque, aunque se disfrazaran desvergonzadamente de asociaciones de ayuda judía, trabajaban en pos de la dominación mundial; había que retirar a los judíos los derechos a la ciudadanía francesa y, en consecuencia, considerarlos extranjeros —incluso a aquellos cuyas familias vivían en Francia desde hacía generaciones—, y todos los bienes y pertenencias de los judíos debían pasar a ser propiedad del Estado.

Cada vez que se leía uno de estos principios, se oía un breve estallido de aplausos. Algunos de los reunidos lanzaban gritos de aprobación; otros levantaban el puño. No obstante, otros parecían discrepar, y unos pocos se pusieron a discutir con los simpatizantes.

—¿Y los judíos cuyos hermanos y padres murieron por Francia en la Gran Guerra? —gritó alguien desde la galería.

—Esos sionistas murieron por su propia gloria, no por la de Francia

—contestó el secretario del presidente—. No se puede confiar en que los israelitas sirvan a Francia. Debemos prohibirles que lleven armas.

—¿Por qué no dejarlos morir si tiene que morir alguien? —exclamó otro hombre.

Rosen se agarró al asiento de delante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Andras no sabía qué haría si su amigo empezaba a gritar.

—Estáis aquí porque creéis en la necesidad de una Francia pura, de la Francia que construyeron nuestros padres y abuelos —siguió el secretario del presidente—. Estáis aquí para poner vuestra fuerza al servicio de la limpieza de Francia. Si no habéis venido para eso, es mejor que os marchéis.

Solo queremos a los más patriotas, a los más leales.

El secretario se interrumpió. Hubo un leve alboroto entre los asistentes. Uno de los seis jóvenes que habían leído los principios vociferó:

— *Vive la France!*

—Formaréis parte de una alianza internacional —continuó el secretario, cuyas palabras quedaron ahogadas por un estruendo repentino, un repiqueteo de madera que impidió oír lo que decía. Enseguida, tan súbitamente como había comenzado, el ruido cesó. El secretario se aclaró la garganta, se alisó las solapas y repitió—: Formaréis parte de…

Esta vez el ruido fue incluso más fuerte que antes. Algunos miembros del público, repartidos por toda la sala, se habían puesto en pie y hacían girar unas matracas. Como antes, tras un momento de gran estrépito, pa raron.

—Agradezco su entusiasmo, caballeros —siguió el secretario—, pero, si son tan amables, esperen a que…

El ruido volvió a empezar, y en esta ocasión no cesó. Los hombres con las matracas —unos veinte o treinta repartidos por toda la sala— se abrieron paso hasta los pasillos haciéndolas girar con toda la fuerza y rapidez que podían. Andras vio que eran matracas *purim*, como las que se utilizaban en la sinagoga durante la lectura de la historia de Ester cada vez que aparecía en el texto el nombre del malvado Haman. Miró a Rosen, que también había comprendido qué sucedía. El secretario golpeó el podio con el pie. Los seis hombres de semblante adusto que se hallaban en el escenario se pusieron firmes, como si esperaran órdenes del secretario. Más hombres salieron de las filas de asientos hacia los pasillos portando grandes pancartas que desenrollaron y mantuvieron en alto para que las viera todo el público. «Liga Internacional contra el Antisemitismo», rezaba una. «Detengamos a los hitlerianos franceses», se leía en otra. «Liberté, Égalité, Fraternité», decía una tercera. Los hombres que las sostenían lanzaron un vítor, y un rugido furioso se elevó del público. El flaco secretario del presidente se puso como la grana. Rosen soltó un alarido y empujó a Andras hacia el pasillo, donde ambos ayudaron a sostener una de las pancartas. Un miembro de la Liga, alto y ancho de espaldas, con un pañuelo tricolor al cuello, sacó un megáfono y empezó a vociferar:

—¡Hombres libres de Francia! ¡No dejéis que estos fanáticos os envenenen la mente!

El secretario dio una orden a los seis jóvenes de expresión adusta y un momento después el caos reinaba en la sala de reuniones. Los asientos se vaciaron. Algunos asistentes tiraron de las pancartas, otros persiguieron a los hombres de las matracas. Los seis que habían leído el ideario de la organización fueron tras el hombre del megáfono, pero otros lo protegieron formando un círculo mientras él seguía gritando: «Fraternité! Égalité!». El secretario desapareció tras la cortina que había al fondo del escenario. A Andras lo empujaron por detrás, le propinaron puntapiés en las rodillas y

codazos en el pecho. No soltó la pancarta. Levantó más el palo y exclamó: «Detengamos a los hitlerianos franceses». Rosen ya no estaba a su lado; Andras no lo veía entre la multitud. Alguien intentó coger la pancarta y Andras forcejeó con él; otra persona lo agarró por el cuello de la camisa y le asestó un puñetazo en la mandíbula. Cayó contra una columna y escupió sangre. Alrededor de él los hombres gritaban y se peleaban. Se abrió paso a empujones hasta la puerta, pasándose la lengua por los dientes y preguntándose si tendría que ir al dentista. En el vestíbulo encontró a Rosen enzarzado con un hombretón calvo que vestía un mono de trabajo. Como si él también quisiera pelear con Rosen, Andras lo agarró por la cintura y, tirando de él, lo mandó contra la pared. El hombre del mono, al encontrarse con las manos vacías, volvió a la refriega del auditorio. Andras y Rosen salieron dando tumbos del edificio, por cuyas escaleras subían grupos de policías para detener la pelea. Cuando se alejaron un poco, tomaron la rue de Solférino hasta el quai d'Orsay, donde se sentaron en un banco, jadeando.

—¡No éramos los únicos! —dijo Rosen palpándose las costillas con la punta de los dedos.

Andras se tocó el interior del labio con la lengua. La mejilla todavía le sangraba donde se la había mordido, pero tenía los dientes intactos.
Oyó pasos rápidos y levantó la cabeza. Vio a tres miembros de la Liga que corrían calle abajo enarbolando las pancartas. Los perseguían otros hombres, a los que a su vez perseguían unos agentes de policía.

—Me encantaría volver a ver la cara de ese secretario —dijo Rosen.

—¿Te refieres al secretario del mismísimo presidente?

Rosen apoyó las manos en las rodillas y se echó a reír. En ese momento pasó una ambulancia en dirección a la sala de reuniones, y pocos momentos después la siguió otra. Al cabo de unos minutos vieron a más miembros de la Liga; estaban pálidos y abatidos, arrastraban las pancartas por la acera y llevaban el sombrero en la mano. Andras y Rosen los observaron en silencio. Había sucedido algo grave: algún miembro de la Liga había resultado herido. Andras se quitó el sombrero y lo dejó sobre las rodillas, y la adrenalina empezó a dar paso a una angustia difusa. El Gran Occidente

no era el único grupo de esa clase; en ese mismo momento se estaban celebrando docenas de reuniones parecidas en París. Y si esas reuniones tenían lugar en París, ¿qué estaría sucediendo en ciudades menos ilustradas de Europa? Andras se apretó la chaqueta contra el cuerpo, pues de pronto empezó a sentir frío de nuevo. Rosen se puso en pie; él también estaba de pronto muy serio.

—Aquí van a pasar cosas mucho peores —dijo—. Espera y verás.

Al día siguiente, en la rue de Sévigné, Andras explicó a madame Morgenstern y Elisabet lo acaecido en las últimas cuarenta y ocho horas. Les habló de la evaluación, de que su trabajo no había estado a la altura de lo que él esperaba. A continuación les contó lo sucedido en la reunión. Sacó un recorte de *L'Oeuvre* de la mañana y leyó el texto en voz alta. El artículo describía la desbaratada sesión de captación y el tumulto que siguió. Ambos grupos se acusaban mutuamente de haber iniciado la pelea.

—¡Podrían haberte matado! —exclamó Elisabet. Su tono era ácido como siempre, pero por un instante lo miró con una expresión que parecía de sincera preocupación—. ¿En qué estabas pensando? ¿Creías que podrías con todos esos brutos a la vez? ¿Treinta contra doscientos?

—Nosotros no formábamos parte del plan —dijo Andras—. No sabíamos que los de la Liga estarían allí. Cuando empezaron a armar alboroto, nos apuntamos.

—Sois unos idiotas, todos —dijo Elisabet.

Madame Morgenstern fijó sus ojos grises en Andras.

—Procure no tener problemas con la policía —dijo—. Recuerde que en Francia es un invitado. No querrá que lo deporten por un incidente como este.

—No me deportarían —repuso Andras— por servir a los ideales de Francia.

—Por supuesto que sí —afirmó madame Morgenstern—. Y eso sería el final de sus estudios. Haga lo que haga, debe cuidar su situación aquí.

Su presencia en Francia es ya de por sí una declaración política.

—De todos modos no se quedará mucho tiempo aquí —intervino Elisabet, una vez superado el momento de preocupación—. Suspenderá y dejará la escuela antes de que acabe el curso. Sus profesores creen que no tiene talento. ¿No estabas escuchando?

Se levantó de la silla de terciopelo y se encaminó cabizbaja hacia su habitación, donde la oyeron armar ruido mientras se preparaba para salir.

Poco después apareció con un vestido verde oliva y un gorro negro de lana.

Se había trenzado los cabellos y frotado las mejillas hasta dejarlas enrojecidas. Con un cuaderno en una mano y los guantes en la otra, se detuvo en el umbral del salón.

—No me esperes levantada —dijo a su madre. A continuación, como si se le acabara de ocurrir, lanzó una mirada desdeñosa a Andras—. No hace falta que vengas la semana que viene, defensor de Francia —añadió—. Estaré esquiando con Marthe en Chamonix. De hecho, preferiría que no volvieras más.

Se colgó el bolso del hombro y corrió escaleras abajo. Enseguida oyeron el portazo y el sonido de la campanilla.

Madame Morgenstern apoyó la frente en la mano.

—¿Hasta cuándo se comportará así? Usted no era así a los dieciséis, ¿verdad?

—Era peor —respondió Andras, y sonrió—. Pero no vivía en casa, de modo que mi madre no tenía que soportarme.

—He amenazado con mandarla a un internado, pero sabe que no tengo valor para hacerlo y tampoco dinero.

—Bueno —dijo Andras—. Chamonix. ¿Cuánto tiempo estará allí?

—Diez días —contestó ella—. Nunca ha estado fuera tanto tiempo.

—Entonces supongo que no la veré hasta enero —afirmó Andras. Se oyó decir *maga*, el pronombre singular en húngaro, pero ya era demasiado tarde, y en cualquier caso madame Morgenstern no pareció reparar en el desliz. Con la excusa de que debía ir a trabajar, se levantó para recoger del perchero el abrigo y el sombrero, pero ella le detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Olvida el espectáculo de invierno —señaló—. Vendrá, ¿verdad?

La función de invierno de sus alumnas. Andras sabía que tendría lugar el jueves de la semana siguiente en el Sarah-Bernhardt; él mismo había diseñado los carteles. Pero no esperaba tener ningún motivo para asistir. Esa noche no debía trabajar en el teatro porque *La madre* no se representaría durante las vacaciones. Madame Morgenstern lo miraba con expectación, y su mano le quemaba a través de la tela del abrigo. La boca de Andras era un desierto, tenía las manos heladas por el sudor. Se dijo que la invitación no significaba nada, que entraba dentro de la normalidad de su relación: como amigo de la familia, como posible pretendiente de Elisabet, madame Morgenstern podía invitarle a asistir. Respondió que sí, que sería un honor, y acto seguido ejecutaron su rito semanal de despedida: el perchero, su sombrero y su abrigo, la escalera, un casto adiós. Pero en la puerta ella le sostuvo la mirada unos segundos más de lo habitual. Juntó las cejas y su boca adoptó un mohín pensativo. Cuando parecía a punto de hablar, dos niñas con chaquetas rojas aparecieron corriendo por la acera detrás de un perrito, y ambos tuvieron que apartarse, y el momento pasó. Madame Morgenstern levantó una mano a modo de despedida, entró y cerró la puerta.

OceanofPDF.com

11

Vacaciones de invierno

Ese año, en su estudio de la rue de Sévigné, Claire Morgenstern había enseñado a noventa y cinco niñas de entre ocho y catorce años, y tres de las mayores pronto se marcharían para formarse con el Ballet Ruso de Montecarlo. Llevaba dos meses preparando a las niñas para el espectáculo de invierno: los trajes estaban listos, las jóvenes bailarinas, preparadas para ser copos de nieve, confites y cisnes, y el escenario del jardín de invierno, a punto. Aquella semana el cartel de Andras había aparecido por toda la ciudad: la silueta de una niña copo de nieve recortada contra un cielo invernal estrellado, con una pierna extendida en un arabesco y la mano derecha levantada, por la que trepaban las palabras « Espectáculo de invierno» como la cola de una cometa. Cada vez que Andras lo veía —camino de la facultad, en la pared frente a la Paloma Azul, en la panadería —le parecía oír a madame Morgenstern decir: «Vendrá, ¿verdad?».

El miércoles por la tarde, cuando se había programado el ensayo general, Andras se moría de ganas de ver a madame Morgenstern. Llegó al Sarah-Bernhardt a la hora habitual, cargado con un gran pastel de ciruelas para la mesa de los cafés. Los pasillos estaban atestados de niñas vestidas de tul blanco y plateado; revoloteaban en torno a él como una ventisca cuando se encaminó hacia el rincón del bastidor donde estaba dispuesta la mesa de café. Cortó el pastel de ciruelas en porciones pequeñas con su navaja.

Un grupo de muchachitas vestidas de copo de nieve se apiñaban a un lado del telón esperando a salir al escenario. Al pasar de puntillas, lanzaban miradas ávidas a la mesa de café y el pastel de ciruelas. Andras oyó al director de escena llamar al siguiente grupo de bailarinas. No se veía a madame Morgenstern —Klara, como la había llamado madame Gérard— por ninguna parte.

Observó desde bastidores cómo las niñas ejecutaban la danza de copos de nieve. La cría cuyo padre había llegado tarde estaba en ese grupo, y cuando salió del escenario llamó a Andras y le mostró que llevaba unas gafas

nuevas, estas con varillas metálicas flexibles que se curvaban detrás de las orejas.

No se le caían cuando bailaba, le explicó. Mientras hacía una pirueta para demostrárselo, Andras oyó la risa de madame Morgenstern a su espalda.

—Ah —dijo ella—, las gafas nuevas.

Andras se permitió echarle una rápida ojeada. La mujer llevaba ropa de ensayo y el cabello enrollado alrededor de la cabeza.

—Ingenioso —dijo él intentando mantener la voz firme—. No se caen.

—Me las quito cuando quiero —afirmó la niña—. Me las quito por la noche.

—Por supuesto —repuso Andras—. No pretendía decir que las llevaras siempre.

La niña alzó la vista al cielo, miró a madame Morgenstern y echó a correr hacia la mesa, donde los otros copos de nieve estaban devorando el pastel de ciruelas.

—Qué sorpresa —dijo madame Morgenstern—. No esperaba verlo hasta el fin de semana.

—Trabajo aquí, por si lo había olvidado —señaló Andras, y cruzó los brazos—. Soy responsable de que los actores estén cómodos y contentos.

—Ese pastel es cosa suya, supongo.

—Las niñas no protestan.

—Yo sí protesto. No permito dulces entre bastidores. —No obstante, le guiñó un ojo y se acercó a la mesa para coger un pedazo de pastel. El bizcocho era compacto y dorado, con la parte superior tachonada de ciruelas pasas—. Oh —dijo—, qué bueno. No debería haberlo comprado. Al menos tome un trozo.

—Me temo que no sería profesional.

Madame Morgenstern rió.

—Me ha pillado en muy mal momento, lo siento. Debo sacar al siguiente grupo de niñas al escenario. —Sacudió las manos produciendo una nevada de migas doradas y Andras se imaginó el sabor de las pasas en sus dedos.

—Lamento haberla entretenido —dijo. Estaba a punto de decir «Ya me voy», dispuesto a dejar que prosiguiera con el ensayo, pero de pronto pensó en su habitación vacía, en las largas horas que mediaban entre esa noche y la siguiente, en la yerma extensión de tiempo que se desplegaría ante él a partir del jueves, cuando ya no tendría ninguna excusa para verla.

La miró a los ojos—. Tomemos una copa juntos esta noche.

Ella dio un respingo.

—Oh, no —susurró—. No puedo.

—Por favor, Klara. No podré soportarlo si me dice que no.

Ella se frotó los antebrazos como si le hubiera entrado frío.

—Andras…

Él propuso un café y una hora. Y antes de que ella pudiera decir no otra vez dio media vuelta, echó a andar por el pasillo de detrás del escenario y salió a la noche blanca de diciembre.

El Café Bédouin era un lugar oscuro, con la tapicería de piel agrietada, las cortinas de terciopelo azul desteñidas por el tiempo. Detrás de la barra había hileras de botellas de cristal tallado cubiertas de polvo, reliquias de una época anterior. Andras llegó una hora antes de la que había propuesto, consumido por la impaciencia, incapaz de creer lo que había hecho. ¿De verdad le había pedido que tomara algo con él? ¿Había utilizado su nombre de pila, en su forma húngara, que sonaba más íntima? ¿Había hablado con ella como si sus sentimientos pudieran ser aceptables, como si pudieran ser incluso correspondidos? ¿Qué esperaba que sucediera? Si ella acudía, sería

solo para confirmarle que había actuado de forma inapropiada, y quizá para decirle que no podía volver a recibirlo en su casa los domingos. Al mismo tiempo Andras estaba seguro de que ella conocía sus sentimientos desde hacía semanas, tenía que conocerlos desde el día que fueron a patinar al Bois de Vincennes. Había llegado la hora de ser sinceros; quizá había llegado la hora de confesarle que había traído de Hungría una carta de su madre. Miró fijamente la puerta como si deseara arrancarla de sus bisagras. Cada vez que entraba una mujer, Andras se levantaba de un salto de la silla. Agitó el reloj de bolsillo de su padre para comprobar que no tenía nada suelto, le dio cuerda otra vez para asegurarse de que no se paraba. Transcurrió media hora, y otra más. Madame Morgenstern se retrasaba. Andras miró su vaso de whisky vacío y se preguntó cuánto tiempo podría seguir sentado en ese bar sin pedir nada más. El camarero pasó a su lado lanzando miradas solícitas en su dirección. Pidió otro whisky y se lo tomó. Nunca se había sentido tan desesperado o tan idiota. Luego la puerta volvió a abrirse y por fin apareció, con su sombrero rojo y su abrigo gris ceñido, sin aliento, como si hubiera ido hasta allí corriendo desde el teatro. Andras se levantó de un salto.

—Creía que ya no le encontraría —dijo ella, y soltó un suspiro de alivio. Se quitó el sombrero y se sentó en el banco, frente a él. Llevaba una chaqueta de gabardina ajustada, con el cuello cerrado con un broche de plata sencillo en forma de arpa.

—Es tarde —observó Andras, que sentía el whisky en su cabeza como un enjambre de abejas.

—¡El ensayo terminó hace diez minutos! Se marchó usted tan deprisa que no tuve ocasión de decirle a qué hora podía venir.

—Temía que dijera que no quería verme.

—Tiene razón. No debería estar aquí.

—Entonces, ¿por qué ha venido? —Andras le cogió la mano. Ella tenía los dedos helados, pero no permitió que se los calentara. Apartó la mano y se ruborizó hasta el cuello de la chaqueta.

El camarero se acercó para preguntarles qué querían tomar, esperando que el joven gastara más ahora que había llegado su amiga.

—Estoy tomando whisky —dijo Andras—. Tómese uno conmigo. Es la bebida de las estrellas de cine americanas.

—No me apetece —repuso ella. Pidió un Brunelle y un vaso de agua—.

No puedo quedarme —añadió en cuanto el camarero se mar chó—. Una copa y me voy.

—Quería decirle algo —dijo Andras—. Por eso le he pedido que viniera.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—En Budapest, antes de partir, conocí a una mujer llamada Elza Hász.

Madame Morgenstern palideció.

—¿Sí?

—Fui a su casa, en Benczúr utca. Me había visto cambiar pengos por francos en el banco y quería mandar un paquete a París, a su hijo. Allí había otra mujer, mayor, que me pidió que me llevara otra cosa. Una carta dirigida a C. Morgenstern, en la rue de Sévigné, sobre quien no debía preguntar.

Madame Morgenstern estaba tan pálida que Andras temió que se desmayara. Cuando poco después llegó el camarero con las bebidas, cogió su Brunelle y vació medio vaso.

—Creo que usted es Klara Hász —prosiguió el joven bajando la voz—. O lo era. Y la mujer que conocí era su madre.

Madame Morgenstern miró hacia la puerta. Los labios le temblaban. Por un momento pareció que iba a huir del local. Luego se recostó en el banco y apoyó la frente en la mano.

—De acuerdo —dijo—. Dígame qué sabe y lo que quiere. —Su voz se había convertido en un susurro; más que nada parecía asustada.

—No sé nada —repuso él cogiéndole la mano otra vez—. No quiero nada. Solo quería explicarle lo que sucedió. Que fue una extraña coincidencia. Y quería que supiera que había conocido a su madre. Sé que hace años que no la ve.

—¿Y trajo una caja para mi sobrino József? —preguntó ella—. ¿Le ha hablado de esto a él? ¿De mí?

—No, ni una palabra.

—Gracias a Dios. No debe decirle nada, ¿lo entiende?

—No —contestó Andras—. No lo entiendo. No sé qué significa todo esto. Su madre me suplicó que no mencionara a nadie la carta, y no lo he hecho. Nadie sabe nada. O casi nadie; se la enseñé a mi hermano al salir de casa de su madre. Creyó que era una carta de amor.

Klara soltó una risita triste.

—¡Una carta de amor! En cierto modo quizá lo era.

—Me gustaría que me contara qué pasa.

—Es un asunto privado. Lamento que se haya visto involucrado. No puedo ponerme en contacto directamente con mi familia en Budapest, y ellos no pueden mandarme nada directamente a mí. József no debe saber que estoy aquí. ¿Está seguro de que no ha dicho nada a nadie?

—Nada de nada —respondió Andras—. Su madre fue muy clara al respecto.

—Lamento hacer un drama de esto, pero es muy importante que lo entienda. Cuando era niña sucedieron cosas terribles en Budapest. Aquí estoy a salvo, pero solo mientras nadie sepa que vivo en París, ni quién era antes de venir.

Andras repitió su promesa. Si su silencio la protegía, guardaría silencio. Ella terminó su bebida sin hablar, sin mirarle a los ojos. Andras observó cómo temblaba el arpa de plata en su garganta.

—¿Cómo estaba mi madre? —preguntó madame Morgenstern por fin—. ¿Ha encanecido su cabello?

—Está salpicado de canas —respondió Andras—. Llevaba un vestido negro. Es una mujer menuda, como usted.

Le refirió algunos detalles de su visita: cómo era la casa, qué había dicho su cuñada. No le habló de la aflicción de su madre, de la expresión de profundo duelo que él había recordado todo este tiempo. ¿De qué habría servido? En cambio le contó algunas cosas de József Hász: que le había permitido dormir en su casa cuando llegó a la ciudad y le había dado consejos sobre la vida en el Quartier Latin.

—¿Y György? —preguntó ella—. El padre de József.

—Su hermano.

—En efecto —musitó ella—. ¿También lo vio?

—No —contestó Andras—. Solo estuve allí una hora más o menos, a mediodía. Él debía de estar trabajando. Pero, por el aspecto de la casa, diría que le va muy bien.

Klara se llevó una mano a la sien.

—Resulta difícil asimilar todo esto. Creo que por ahora es suficiente

—dijo—. Será mejor que me vaya. Al levantarse para ponerse el abrigo se tambaleó y tuvo que agarrarse al borde de la mesa.

—No ha comido nada, ¿verdad?

—Necesito ir a algún sitio tranquilo.

—Hay un restaurante…

—No, un restaurante no.

—Vivo a pocas manzanas de aquí. Venga a tomar una taza de té. Después la acompañaré a casa.

Así pues, fueron a su buhardilla. Subieron por la escalera de madera hasta el último piso del número 34 de la rue des Écoles, hasta su fría y vacía habitación. Le ofreció la silla del escritorio, pero ella no quería sentarse; se quedó junto a la ventana y miró hacia el Collège de France, al otro lado de la calle, en cuyos escalones solían sentarse los vagabundos por la noche, incluso con el tiempo más frío. Uno estaba tocando la armónica; la música evocó a Andras las vastas praderas que había visto en las películas norteamericanas en el minúsculo cine de Konyár. Mientras Klara escuchaba la melodía, encendió un fuego en la chimenea, cortó un par de rebanadas de pan y calentó agua para el té. Solo tenía un vaso, el bote de mermelada que utilizaba desde su primera mañana allí, pero tenía algunos terrones de azúcar, hurtados del azucarero de la Paloma Azul. Tendió el vaso a Klara, que removió el té para disolver el azúcar con la única cucharilla de Andras. El joven deseaba que hablara, que le revelara el terrible secreto de su pasado. No podía ni imaginar los detalles de su historia, aunque sospechaba que tenía algo que ver con Elisabet: un embarazo no deseado, un amante celoso, unos familiares furiosos, una deshonra terrible.

Entraba aire por las ventanas mal ajustadas; Klara se estremeció. Tendió el vaso de té a Andras.

—Toma un poco. Antes de que se enfríe.

A Andras se le cerró la garganta de emoción. Por primera vez se había dirigido a él con el *te* familiar en lugar del *maga* formal.

—No —dijo—. Lo he hecho para ti.

Para ti: *te*. Le devolvió el vaso y ella cerró las manos sobre las suyas. El té tembló. Klara dejó el vaso en el alféizar de la ventana. Después se acercó a Andras, le rodeó la cintura con los brazos y hundió la cabeza bajo su barbilla. Andras levantó una mano para acariciarle la espalda, incapaz de creer en su suerte, preocupado porque esa proximidad hubiera nacido de una forma innoble y fuera tan solo el producto de su revelación y de las emociones que había desatado en ella. Pero al sentir cómo se estremecía

contra su cuerpo dejó de importarle qué los había llevado a aquel momento. Deslizó la mano por la curva de la espalda de Klara, se permitió seguir la arquitectura de su columna vertebral. La tenía tan cerca que notaba cómo se levantaba su caja torácica cuando respiraba hondo. Un instante después se apartó de él negando con la cabeza.

Él alzó las manos en señal de rendición, pero ella ya estaba cogiendo su abrigo del perchero, anudándose la bufanda al cuello, calándose el sombrero en forma de campana.

—Lo siento —dijo—. Debo irme. Lo siento.

Al día siguiente, a las siete de la tarde, Andras fue a ver el espectáculo de invierno. El Sarah-Bernhardt estaba lleno de familiares de las bailarinas, una multitud bulliciosa e inquieta. Los padres habían llevado ramos de rosas atados con cintas para sus hijas. Los pasillos estaban adornados con guirnaldas hechas de rama de abeto, y el teatro olía a rosa y a pino. La fragancia logró que Andras saliera del aturdimiento en que había vivido desde la noche anterior. Klara estaba detrás del escenario; al cabo de dos horas la vería.

Los violines empezaron a tocar en el foso de la orquesta, y al alzarse el telón aparecieron en el escenario seis niñas vestidas con mallas blancas y tul con el borde recortado formando puntas. Parecían levitar sobre el suelo de madera plateada, sus movimientos eran graciles y precisos, de ensueño. Andras pensó que así era como se movía Klara. Esta había destilado su agilidad, su fluidez en aquellas niñas, en las vasijas en formación de sus cuerpos. Se sintió como si se hallara en medio de un extraño sueño; algo parecía haberse roto en él la noche anterior. No tenía ni idea de cómo debía comportarse en una situación como esa. Nada en su vida lo había preparado para eso. Tampoco lograba imaginar qué habría estado pensando ella, qué pensaría ahora de él, después de que la hubiera acariciado de aquella forma. Habría deseado correr detrás del escenario en ese mismo instante y acabar de una vez, pasara lo que pasase.

Sin embargo, en el intermedio, cuando podría haber ido detrás del escenario, lo asaltó un pánico tan intenso y frío que apenas podía respirar. Bajó al servicio de caballeros, donde se encerró en un escusado e

intentó calmar su pulso acelerado. Apoyó la frente contra el frío mármol de la pared. Las voces de los demás hombres ejercieron un efecto balsámico sobre él; eran padres, hablaban como padres. Por un momento casi imaginó que al salir encontraría a su padre. Béla el Afortunado, aunque parco en palabras de consejo, le diría qué debía hacer. Pero cuando salió no lo esperaba nadie conocido; estaba solo en París y Klara se hallaba arriba.

Las luces parpadearon para señalar el final del intermedio. Andras subió y volvió a sentarse justo en el momento en que la sala quedó a oscuras. Tras un momento de susurros se encendieron las lucecitas azules que bordeaban la pasarela; del foso de la orquesta surgió una serie de notas agudas de instrumentos de viento, y salieron los copos de nieve para iniciar su danza. Andras sabía que Klara estaba detrás del telón, a la izquierda del escenario. Era ella quien había dado la señal a los músicos para que empezaran. Las niñas bailaron de maravilla y fueron sustituidas por otras más altas, y a las que a su vez reemplazaron otras aún más altas, como si las muchachitas fueran creciendo entre bastidores durante los minutos en que las luces se apagaban. Al final de la función salieron todas a saludar y pidieron a su profesora que se uniera a ellas en el escenario.

Klara apareció con un vestido negro sencillo y una dalia de un rojo anaranjado tras la oreja, como una muchacha de un cuadro de Mucha. Primero hizo una reverencia a las jóvenes bailarinas, después al público. Señaló a los músicos y al director, tras lo cual desapareció de nuevo para que las niñas cosecharan la gloria de los aplausos.

Andras sintió que regresaba el pánico, oía acercarse sus pasos de milpiés. Antes de que se apoderara de nuevo de él, salió de su fila y corrió detrás del escenario, donde Klara estaba rodeada de una masa de niñas con falda de tul y colorete en las mejillas. Era imposible aproximarse a ella. No obstante, la mujer parecía buscarlo, o buscar a alguien: paseaba la mirada por encima de las cabezas de las niñas en dirección a los rincones más oscuros de bastidores. Sus ojos pasaron de largo sobre Andras y volvieron atrás para posarse en él un instante. El joven no estaba seguro de si la sonrisa de Klara se había ensombrecido justo en ese momento o si era fruto de su imaginación; en cualquier caso, ella lo había visto. Se quitó el sombrero y retorció el ala hasta que la multitud que la rodeaba empezó a disminuir. Al

ver que los padres entraban para entregar ramos a sus hijas, se maldijo por no haber pensado en comprar flores. Vio que muchos padres ofrecían rosas no solo a sus hijas, sino también a Klara; tendría que llevar a casa un buen cargamento de ramos, y ninguno sería de Andras. El padre de la pequeña Sophie, que llevaba puestas sus gafas, había comprado un ramo especialmente grande para madame. Andras vio que eran rosas rojas. Vio que ella rechazaba con cordialidad innumerables invitaciones a cenas para celebrar el éxito de la función. Decía que estaba agotada y necesitaba descansar.

Transcurrió casi una hora antes de que las niñas se marcharan a casa con sus familias y Klara y Andras se quedaran solos. Entonces él había deformado por completo el sombrero de tanto retorcerlo. Ella tenía los brazos cargados de flores; no podía abrazarla, ni siquiera cogerle las manos.

—No tenías por qué esperar —dijo ella con una sonrisa de leve reproche.

—Te han regalado muchas rosas —fue lo único que acertó a decir Andras.

—¿Has cenado?

No, Andras no había cenado. En la sala de los elementos de atrezo encontró un cesto para las flores. Lo llenó y lo tapó con un trapo para proteger las rosas del frío. Mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, Pély, el conserje, que ya había empezado a barrer la nevada de lentejuelas y pétalos de rosas de la tarde, le lanzó una mirada de extrañeza. Andras levantó su sombrero a modo de despedida y salió con Klara por la puerta de los artistas.

Ella lo tomó del brazo mientras caminaban y dejó que la llevara a un café pintado de blanco que había cerca de la Bastilla. Era un local ante el que Andras había pasado muchas veces en sus paseos por París: se llamaba Aux Marocains. En las mesas bajas había cuencos verdes con granos de cardamomo, y en las paredes, estantes de madera con cerámica marroquí.

Todo parecía construido a pequeña escala, como si lo hubieran hecho para Klara. Podía permitirse invitarla a cenar allí, aunque a duras penas; la semana anterior monsieur Novak le había entregado su paga de Navidad.

Un camarero tocado con un fez los condujo a una mesa de un rincón, donde hubieron de sentarse uno al lado del otro. Había pan ácimo y vino de miel, pescado a la plancha y un estofado de verduras en una cazuela de barro. Mientras comían hablaron de la función, de Elisabet, que se había marchado con Marthe a Chamonix; del trabajo de Andras, de sus exámenes, en los que había obtenido excelentes notas. Sin embargo, en todo momento él solo pensaba en el calor de la mujer y sus movimientos, en su brazo rozando el suyo. Cuando ella bebía, observaba cómo sus labios tocaban el borde del vaso. No podía dejar de mirar la curva de sus pechos en el vestido ajustado.

Después de cenar tomaron un café cargado y unos diminutos dulces rosados. Ninguno de los dos había mencionado de momento lo sucedido la noche anterior: la conversación sobre la familia de Klara, lo que había pasado luego entre los dos. En un par de ocasiones Andras creyó ver que una sombra cruzaba el rostro de Klara y esperó que le hiciera algún reproche, que le dijera que habría preferido que no le contara nunca que había conocido a su madre y a su cuñada, o que no había querido darle una impresión equivocada. Como no lo hizo, empezó a preguntarse si pretendía actuar como si nada hubiera sucedido. Al terminar la cena pagó la cuenta, a pesar de las protestas de Klara. La ayudó a ponerse el abrigo y se encaminaron hacia la rue de Sévigné. Él cargaba con el pesado cesto de flores, pensando en el ridículo ramo que había llevado el primer domingo que fue a almorzar a su casa. Qué poco podía imaginar aquel día lo que estaba a punto de ocurrirle, qué poco podía esperar lo que había experimentado desde entonces: la sorpresa de la atracción, el tormento de tenerla tan cerca los domingos por la tarde, los remordimientos por el placer que le proporcionaba la creciente familiaridad entre ambos, y luego aquel momento impensable de la noche anterior en que ella había puesto las manos sobre las suyas y él le había rodeado la cintura con los brazos. ¿Y qué sucedería ahora? La noche casi había terminado. Casi habían llegado a la casa. Cuando doblaron la esquina de la calle de Klara, empezaron a caer finos copos de nieve.

Junto a la entrada los ojos de ella se ensombrecieron de nuevo. Se apoyó contra la puerta y suspiró mirando las rosas.

—Es curioso —dijo—. Desde hace años celebramos la función de invierno cada diciembre, pero siempre me siento así después. Como si ya no hubiera nada que esperar con ilusión. Como si todo hubiera acabado.

—Sonrió—. Es un poco dramático, ¿no?

Andras dejó escapar un suspiro.

—Lamento si… anoche… —empezó.

Ella lo interrumpió negando con la cabeza y le dijo que no tenía por qué disculparse.

—No debería haberte preguntado por tu familia —prosiguió Andras—. De haber querido hablar de eso, lo habrías hecho.

—Probablemente no —repuso Klara—. Guardar secretos se ha convertido en un hábito para mí. —Negó de nuevo con la cabeza y Andras evocó un recuerdo de su primera infancia: una noche que pasó escondido en el huerto mientras su hermano Mátyás yacía en cama con fiebre, gravemente enfermo. Habían llamado a un médico, le habían aplicado cataplasmas, le habían dado medicamentos, todo sin resultado alguno; la fiebre seguía subiendo y todos parecían creer que Mátyás moriría. Mientras tanto Andras permanecía oculto entre las ramas de un manzano con su terrible secreto: él le había contagiado la fiebre; había jugado con Mátyás aun cuando su madre le había advertido que se mantuviera apartado de él a toda costa. Si su hermano moría, sería culpa suya. Jamás en la vida se había sentido tan solo. Tocó el hombro de Klara y notó cómo se estremecía.

—Tienes frío —dijo.

Ella negó con la cabeza. A continuación sacó la llave de su bolsito y dio media vuelta para abrir la puerta, pero la mano empezó a temblarle y se volvió hacia él. Alzó el rostro hacia Andras, que se inclinó y le rozó la comisura de la boca con los labios.

—Pasa —dijo Klara—. Solo un momento.

Andras sintió que le palpitaban las sienes cuando entró tras ella. Le puso una mano en la cintura y la atrajo hacia sí. Ella lo miró, con los ojos húmedos, y él la levantó entre sus brazos y la besó. Estrechó a Klara. Volvió a besarla. Se quitó su fina chaqueta, le desabrochó los brillantes botones negros del abrigo y lo apartó de sus hombros. Se quedaron en el vestíbulo y él la besó y la besó, primero en la boca, después en el cuello y los bordes del vestido, luego en el hueco entre los pechos. Desató la cinta negra de seda que le ceñía la cintura; el vestido cayó a los pies de ella formando un charco oscuro y Klara quedó con una combinación de color rosa y medias, y la dalia roja anaranjada en el cabello. Andras enterró las manos entre sus rizos morenos y la atrajo hacia sí. Ella lo besó otra vez y deslizó las manos bajo su camisa. El joven se oyó pronunciar su nombre, y de nuevo acarició la fila de perlas de su columna, la curva de las caderas.

Ella se puso de puntillas. No podía ser verdad; era verdad.

Subieron al dormitorio. Andras lo recordaría mientras viviera: cómo cruzaron a trompicones el umbral, su persistente certeza de que ella cambiaría de opinión, su incredulidad cuando se quitó la combinación rosa.

La rapidez con que lo despojó de las vergonzosas ligas de los calcetines, mal zurcidos, los calzoncillos transparentes de tan usados. Las suaves curvas de su cuerpo de bailarina, el bonito pliegue de su ombligo, la sombra entre sus piernas. El frío abrazo de la cama, la cama de Klara. La tersura de su piel. Sus pechos. Su certeza de que todo terminaría en un embarazoso abrir y cerrar de ojos en cuanto ella lo tocara; su frenética concentración para pensar en otra cosa mientras ella lo acariciaba. La palabra *baiser* en su cabeza. La insoportable excitación de poder tocarla. La sorpresa del calor dentro de ella. Todo podría haber terminado en aquel instante —la ciudad de París, el mundo, el universo— y no le habría importado, habría muerto feliz, no podría haber hallado paraíso más vasto ni más luminoso.

Después permanecieron tendidos en la cama, Andras con la vista fija en el techo, con sus formas de flores y hojas. Ella se volvió de lado y le puso una mano en el pecho. Una somnolencia aterciopelada lo mantenía clavado al colchón, con la cabeza sobre la almohada de Klara. Tenía el aroma de esta en el cabello, en las manos, en todas partes.

—Klara —dijo—, ¿estoy muerto? ¿Sigues aquí?

—Sigo aquí —respondió ella—. No estás muerto.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—Nada. Quedarnos tumbados un rato más.

—De acuerdo —dijo él, y siguió tumbado.

A los pocos minutos ella retiró la mano de su pecho, se apartó de él, se levantó de la cama y salió al pasillo. Un momento después Andras oyó el sonido de agua corriente y el rugido sordo de un calentador de gas. Cuando Klara reapareció en la puerta del dormitorio, llevaba puesta una bata.

—Ven a bañarte —dijo.

No tuvo que insistir. La siguió al cuarto de baño de azulejos blancos, cuya bañera de porcelana se iba llenando de agua humeante. Klara dejó caer la bata y se sumergió en ella mientras él la contemplaba sin habla. Podría haberse quedado allí toda la noche mientras ella se bañaba. Su imagen se le grabó a fuego en las retinas: los pechos pequeños y firmes; la curva de sus caderas; el plano liso de su estómago. Ahora, a la luz eléctrica del cuarto de baño, vio algo en lo que no había reparado antes: una cicatriz en forma de media luna con unas marcas de puntos casi imperceptibles sobre el triángulo oscuro del pubis. Se adelantó para tocarla. Deslizó la mano por su vientre, hacia la cicatriz, y la acarició con los dedos.

—Fue un parto difícil —dijo Klara—. Al final, una cesárea. Ya entonces Elisabet era demasiado para mí.

Andras tuvo una visión inesperada de Klara a los quince años, tendida boca arriba sobre una mesa metálica, empujando. La imagen lo embistió como un tren. Las rodillas parecieron licuársele, y tuvo que apoyarse contra la pared.

—Ven —dijo ella tendiéndole la mano.

Andras se sumergió en el agua. Klara cogió la esponja y lo frotó con ella de la cabeza a los pies; se echó jabón en las manos y se lo aplicó al cabello con

un masaje. Hicieron el amor otra vez, lentamente, en la bañera, y ella le indicó cómo debía acariciarla, y él concluyó que su vida había terminado, que nunca más querría hacer otra cosa. Después la frotó con la esponja como ella lo había frotado a él, centímetro a centímetro, y por último volvieron tambaleándose a la cama.

Nada en la vida lo había preparado para imaginar que unos cuantos días pudieran pasarse como ellos pasaron los diez siguientes. Tiempo después, en los momentos más sombríos de los años posteriores, evocaría una y otra vez aquellos días diciéndose que si moría, y si la muerte lo conducía al silencio informe en lugar de otra vida mejor, al menos habría vivido aquellos días con Klara Morgenstern.

La obra de Brecht no se representaba durante las vacaciones; Elisabet estaría en Chamonix hasta el 2 de enero. El estudio de la escuela estaba cerrado; las clases no se reanudarían hasta pasado Año Nuevo; los amigos de Andras habían vuelto a casa durante las vacaciones. La señora Apfel se había marchado a la casita de su nuera. Incluso los carteles que anunciaban reuniones de organizaciones antijudías habían dejado de aparecer. A todas horas las calles estaban llenas de gente que había salido de compras o se dirigía a alguna fiesta. Klara tenía media docena de invitaciones, pero anuló todos sus compromisos. Andras fue a su buhardilla fría a buscar algunas prendas de ropa y sus cuadernos de dibujo, cerró la puerta con llave y regresó a la rue de Sévigné.

Salieron juntos en busca de provisiones: patatas para hacer tortitas, pollo asado, pan, queso, vino, un pastel con pasas. En una tienda de música de la rue Montmartre compraron discos a un franco la pieza, operetas cómicas, jazz americano y música para ballets. Con las manos llenas y los bolsillos vacíos, volvieron a la casa de Klara. Aquella noche empezaba el Januká. Prepararon tortitas de patata en la cocina, que se impregnó del olor fragante del aceite caliente, y encendieron velas. Hicieron el amor allí y en el dormitorio y una vez, con bastante incomodidad, en la escalera. Al día siguiente fueron a patinar al otro estanque helado, el del Bois de Boulogne, donde era poco probable que encontraran algún conocido. Los patinadores vestían ropas de colores alegres, en contraste con el gris de la tarde; en el centro había marcada una pequeña parcela donde los más

diestros ejecutaban sus piruetas. Andras y Klara patinaron hasta que los labios se les amorataron de frío.

Por la noche se bañaban juntos, por la mañana, al despertar, hacían el amor. Andras recibió una asombrosa educación sobre las formas en que un ser humano puede experimentar placer. Cuando se despertaba en mitad de la noche y pensaba en Klara, le maravillaba saber que podía darse la vuelta y acurrucarse a su lado. La sorprendió con sus conocimientos culinarios, que había adquirido observando a su madre. Sabía preparar *palacsinta*, tortitas finas de huevo rellenas de chocolate, confitura o manzana; sabía preparar *paprikás burgonya* y *spaetzle* y col roja con semillas de alcaravea. Por la tarde dormían largas y gloriosas siestas. Hacían el amor en pleno día en la cama blanca de Klara mientras fuera caía una lluvia helada. Hacían el amor por la noche en el estudio de danza, sobre alfombras que bajaban de la planta superior. Una vez, volviendo a casa de un café, hicieron el amor contra la pared de un callejón.

Celebraron la noche de Fin de Año en la Bastilla, con miles de parisinos más. Después se tomaron una botella de champán en el salón y se dieron un banquete: paté frío, pan y queso con pepinillos. Ninguno de los dos quería dormir, pues sabían que el día siguiente sería el último de aquella sucesión de días increíbles. Cuando amaneció, en lugar de acostarse, se pusieron el abrigo y el sombrero y fueron a pasear a orillas del río. El sol arrojaba su luz dorada sobre los contrafuertes de Notre-Dame; las calles estaban llenas de taxis que llevaban a adormilados juerguistas a sus casas. En el jardín mortecino del extremo oriental de la Île Saint-Louis se sentaron en un banco y se besaron las manos heladas, y Andras rescató de la memoria un poema de Marot que había aprendido con el profesor Vago.

D’ANNE QUI LUY JECTA DE LA NEIGE

Anne (par jeu) me jecta de la neige
que je cuidoys froide certainement;
mais c’estoit feu, l’experience en ay je;
car embrasé je fuz soubdainement.

Puis que le feu loge secretement
dedans la neige, où trouveray je place

pour n’ardre point? Anne, ta seule grace
estaindre peult le feu que je sens bien,
non point par eau, par neige, ne par glace,
mais par sentir une feu pareil au mien.

Y cuando ella protestó por aquel francés del siglo XV tras pasar la noche en vela bebiendo, él le susurró al oído otra versión, una traducción espontánea al húngaro de ese ardiente diálogo entre el poeta Marot y su amiga: Anne, jugando, le lanzó nieve, que estaba fría, por supuesto. Pero lo que él sintió fue calor, porque de repente ella lo abrazó. Si el fuego habitaba secretamente en la nieve, ¿cómo podía evitar arder? Solo la misericordia de Anne podía controlar la llama. No con agua, ni con nieve, ni con hielo, solo con un fuego como el que ardía en él.

Cuando Andras se despertó aquella tarde, Klara dormía profundamente a su lado, con los cabellos revueltos sobre la almohada. Se levantó, se puso los pantalones y se lavó la cara. Le dolía la cabeza. Recogió del salón los restos del piscolabis de la noche anterior, preparó café en la cocina, tomó una taza con calma y se frotó las sienes. Deseaba que Klara se despertara, que estuviera con él, pero no quería sacarla de su sueño. Así que fregó la taza y empezó a dar vueltas por la casa. Cruzó el comedor, donde había almorzado con ella la primera vez que fue allí; cruzó el salón, donde la había visto por primera vez. Contempló durante largo rato el cuarto de baño, con su milagroso calentador, donde habían pasado horas bañándose. En el pasillo se detuvo ante la puerta del dormitorio de Elisabet. Sus paseos por las habitaciones nunca lo habían llevado allí, pero esta vez Andras abrió la puerta. Le sorprendió el orden que reinaba en el dormitorio: los vestidos de Elisabet colgaban en fila dentro del armario abierto. Debajo había dos pares de zapatos marrones: unos más claros a la izquierda, otros más oscuros a la derecha. Sobre la cómoda había una caja de música con tulipanes pintados en la tapa de madera, un peine de plata colocado entre las púas de un cepillo de plata y un frasco de perfume vacío de color verde y amarillo.

Abrió el cajón superior: bragas de algodón grisáceas y sujetadores de algodón grisáceos. Unos cuantos pañuelos. Algunas cintas de pelo

deshilachadas. Una regla rota. Un tubo de epoxi enrollado hasta la punta. Seis cigarrillos envueltos en un pedazo de papel.

Andras cerró el cajón y se sentó en una sillita de madera junto a la cama. Miró la colcha amarilla, la muñeca de trapo que vigilaba la silenciosa habitación, y pensó en lo furiosa que estaría Elisabet si supiera lo que había sucedido en su ausencia. Aunque experimentó cierta sensación de triunfo, también sintió un poco de miedo; si la muchacha se enteraba, Andras sabía que no lo toleraría. No ignoraba qué efecto tendría su ira sobre la madre, pero sabía que los lazos de Klara con Elisabet eran mucho más fuertes que los tenues lazos que lo unían a él. La cicatriz de su vientre se lo recordaba cada vez que hacían el amor.

Salió de la habitación y volvió con Klara, que seguía durmiendo en la cama deshecha. Se había abrazado a la almohada que él había utilizado. Estaba desnuda, con el edredón enredado en las piernas. A la plateada luz septentrional de la tarde invernal se veían sus finas patas de gallo, los leves indicios de su edad. La amaba, la deseaba, se sentía excitado solo de verla.

Sabía que estaría dispuesto a dar la vida para protegerla. Quería llevarla a Budapest y reparar cualquier terrible mal que hubiera tenido lugar allí, verla entrar en la sala de estar de la casa de Benczúr utca y poner las manos de Klara en las de su madre. Los ojos se le humedecieron al pensar que solo era un estudiante de veintidós años, incapaz de hacer nada importante por ella. La vida que habían llevado en los últimos diez días no era su vida real.

No habían trabajado, no habían pensado en nada más que en sí mismos, no habían necesitado mucho dinero. Sin embargo, para él el dinero era una preocupación continua. Tardaría varios años en tener unos ingresos regulares. Si sus estudios iban según los planes, transcurrirían cuatro años y medio antes de que fuera arquitecto. Y ya había vivido lo suficiente y afrontado bastantes dificultades para saber que las cosas rara vez salían de acuerdo con los planes.

Le tocó el hombro. Ella abrió sus ojos grises y lo miró.

—¿Qué pasa? —preguntó. Se sentó y se tapó con el edredón.

—Nada —respondió Andras sentándose a su lado—. Estaba pensando en lo que pasará a partir de ahora.

—Oh, Andras —dijo ella con una sonrisa soñolienta—. Esto no. En este momento es lo último de lo que me apetece hablar.

Eso era lo que había ocurrido cada vez que uno de los dos sacaba el tema durante la última semana: lo dejaban a un lado, lo apartaban mientras se sumergían en una nueva serie de placeres. Resultaba fácil; su vida real había empezado a parecer menos real que la que llevaban juntos en la rue de Sévigné. Sin embargo ahora su tiempo casi había terminado. No podían seguir evitando el tema.

—Disponemos de seis horas —le recordó Andras—. Después nuestras vidas volverán a empezar.

Klara lo rodeó con los brazos.

—Lo sé.

—Quiero tenerlo todo contigo —dijo él—. Una vida de verdad. Quiero que estés a mi lado por la noche, todas las noches. Quiero tener un hijo contigo.

Nunca había dicho esas cosas en voz alta y sintió cómo la sangre se le aceleraba en las venas.

Klara guardó silencio durante largo rato. Apartó los brazos de él, se recostó contra las almohadas, le cogió la mano.

—Ya tengo una hija —dijo.

—Elisabet ya no es una niña.

Pero estaban esos zapatos en el suelo del armario. La caja pintada sobre la cómoda. Los cigarrillos escondidos.

—Es mi hija —repuso Klara—. Es por lo que he vivido durante estos últimos dieciséis años. No puedo empezar otra vida.

—Lo sé. Pero yo tampoco puedo dejar de verte.

—Sin embargo, quizá sería lo mejor —señaló Klara, y apartó la mirada. Hablaba casi en un susurro—. Quizá sería mejor dejarlo ahora, quedarnos con lo que tenemos. Nuestra vida podría estropearlo.

Pero ¿qué sería su vida sin ella, ahora que sabía lo que era a su lado?

Andras quería llorar, o cogerla por los hombros y zarandearla.

—¿Era eso lo que pensabas durante todo este tiempo? —preguntó—.

¿Que lo nuestro era solo una aventura? ¿Que cuando nuestras vidas empezaran de nuevo se acabaría?

—No pensaba en lo que sucedería —respondió ella—. No quería.

Pero ahora tenemos que hacerlo.

Andras se levantó de la cama y cogió sus pantalones de una silla. No podía mirarla.

—¿Para qué? —replicó—. Ya has decidido que es imposible.

—Por favor, no te vayas —suplicó ella.

—¿Para qué voy a quedarme?

—No te enfades conmigo —pidió Klara—. No te marches así.

—No estoy enfadado —dijo Andras.

No obstante, acabó de vestirse, sacó su maleta de debajo de la cama y empezó a meter en ella las pocas prendas de ropa que había llevado de la rue des Écoles.

—Hay cosas de mí que ignoras —afirmó Klara—. Cosas que podrían asustarte o hacer que cambiaran tus sentimientos.

—De acuerdo —repuso él—. Y hay muchas cosas de mí que tú ignoras. Pero ahora qué más da.

—No seas cruel conmigo —suplicó Klara—. Estoy tan triste como tú.

Andras quería creerla, pero le resultaba imposible. Se había abierto a ella y ella se había apartado de él. Acabó de hacer la maleta y la cerró, salió al pasillo y cogió su abrigo del perchero. Ella lo siguió y se detuvo en lo alto de las escaleras, descalza, con los hombros desnudos, envuelta en la sábana como si fuera una escultura griega. Andras se abotonó el abrigo. Le costaba creer que fuera a bajar por la escalera y salir de la casa sin saber cuándo volvería a verla. Le puso una mano en el brazo. Le acarició el hombro. Tiró de una punta de la sábana, que cayó al suelo. En la tenue luz del rellano la tuvo desnuda ante sí. Se sintió incapaz de mirarla, incapaz de tocarla o besarla. Así que hizo lo que un momento antes se le había antojado inimaginable: descendió por la escalera, bajo la mirada de aquellas niñas bailarinas vestidas con trajes etéreos, abrió la puerta y dejó a Klara.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

Cristales rotos

OceanofPDF.com

12

El estudio

Las clases se reanudaron el primer lunes de enero con dos jornadas intensivas. En un plazo de cuarenta y ocho horas los alumnos tendrían que diseñar un espacio habitable independiente de cincuenta metros cuadrados, con una pared móvil, dos ventanas, un baño y una cocina americana. Debían presentar un alzado frontal del edificio, un plano de planta y una maqueta. Cuarenta y ocho horas, durante las cuales aquellos que desearan realizar un buen proyecto no dormirían, no come rían como es debido ni saldrían del estudio. Andras se tomó el proyecto como una droga del olvido y sintió el apremio del tiempo en las venas. Inclinado sobre su mesa de trabajo, convirtió el plano en el paisaje de su mente. La evaluación de la Gare d'Orsay había hecho mella en él; juró que no volverían a humillarlo ante el resto de la clase, ante el pedante de Lemarque, ante los alumnos de clase alta. Cuando llevaba treinta horas en vela, observó su diseño y vio que lo que había dibujado era la casa de sus padres en Konyár, con algunos detalles cambiados. Un dormitorio, no dos. Un baño dentro, en lugar de la bañera de aluminio y el retrete fuera. Una cocina moderna. Una pared exterior se había convertido en pared móvil, que podía abrirse en verano para que la casa se comunicara con el jardín. La fachada era lisa y blanca, con una ventana con varias hojas. Durante la segunda noche que pasó en vela dibujó la pared móvil como una curva; cuando estuviera abierta ofrecería un hueco sombreado. Dibujó un banco de piedra en el jardín, un estanque circular que reflejaba la luz. La casa de sus padres convertida en un refugio en el campo. Temía que fuera una idea absurda, que todos lo vieran como lo que era: el diseño de un chico *hajdú*, basto y primitivo. Entregó el proyecto en el último minuto y, para su sorpresa, recibió un gesto apreciativo y un párrafo elogioso escrito con la apretada letra de Vago, e incluso la aprobación reticente de los alumnos de quinto más severos.

En el Bernhardt retiraron los decorados de *La madre* y empezaron las pruebas de selección de actores para *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega. A pesar de las súplicas de Zoltán Novak, madame Gérard no interpretaría ningún papel en la nueva obra. Ya le habían ofrecido el de lady Macbeth en

el Théâtre des Ambassadeurs, donde cobraría más de lo que Novak podía pagarle. Andras se alegró de su partida. No podía mirarla sin pensar en Klara, sin preguntarse si sabía lo que había sucedido entre ambos. La víspera de su marcha al Ambassadeurs la ayudó a guardar en cajas todo cuanto tenía en el camerino: la bata china, el servicio del té, los artículos de maquillaje, un millar de cartas, postales y pequeños regalos de sus admiradores. Mientras tanto ella le hablaba de los miembros de la compañía a la que iba a unirse; dos de ellos habían aparecido en películas norteamericanas, y uno había actuado con Helen Hayes en *El pecado de Madelon Claudet*. A Andras le costaba prestar atención. Deseaba contarle lo que había pasado. No había mencionado a nadie su relación con Klara, ni siquiera a sus amigos de la facultad, porque eso la habría degradado en cierto sentido, la habría convertido en una aventura pasajera y superficial. En cambio, madame Gérard conocía a Klara; comprendería lo que significaba. Tal vez incluso le brindara alguna esperanza. Así pues, finalmente cerró la puerta del camerino y se lo confesó todo, omitiendo solo lo relativo a la carta.

Madame Gérard lo escuchó con semblante serio y, cuando Andras terminó, se puso en pie y se paseó por la alfombra ante el espejo del tocador como si se dispusiera a recitar un monólogo. Por fin se volvió y apoyó las manos en el respaldo de la silla.

—Lo sabía —afirmó—. Lo sabía y debería haber dicho algo. Cuando os vi en el Bois de Vincennes, lo adiviné. A ti no te interesaba la chica. Solo tenías ojos para Klara. Reconozco que, no obstante mi edad —añadió con una risita de pesar, apartando la vista de Andras—, me puse un poco celosa. Sin embargo, nunca pensé que actuarías de acuerdo con tus sentimientos.

Andras se frotó los muslos con la palma de las manos.

—No debería haberlo hecho —admitió.

—Es mejor que Klara haya puesto fin a vuestra relación —aseguró madame Gérard—. Sabe que no estaba bien. Te invitó a su casa pensando que podrías trabar amistad con su hija. Deberías haber dejado de visitarlas en cuanto te diste cuenta de que Elisabet no te gustaba.

—Pero entonces era demasiado tarde —repuso Andras—. No podía dejarla.

—No conoces a Klara —dijo madame Gérard—. No puedes conocerla después de solo unos cuantos almuerzos y una relación de una semana.

Nunca ha hecho feliz a ningún hombre. Ha tenido muchas oportunidades de enamorarse, y, perdona que te lo diga, de hombres adultos, no de estudiantes de primero de arquitectura. Ha tenido numerosos pretendientes.

Si algún día se toma en serio a algún hombre, será porque desea casarse, es decir, porque quiere tener a alguien que le haga la vida más fácil y cuide de ella. Algo que tú, cariño, no estás en condiciones de hacer.

—No es necesario que me lo recuerde.

—Pues, por lo visto, alguien debe hacerlo.

—Pero ¿ahora qué? —preguntó él—. No puedo actuar como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros.

—¿Por qué no? Lo vuestro ha terminado. Tú mismo lo has dicho.

—No para mí. No puedo quitármela de la cabeza.

—Te aconsejo que lo intentes —dijo madame Gérard—. Klara no te conviene.

—¿Eso es todo? ¿Debo olvidarla?

—Sería lo mejor.

—Imposible —aseguró Andras.

—Pobrecillo. Lo siento. De todas formas, lo superarás. Los hombres jóvenes siempre superan los desengaños. —Madame Gérard se puso de nuevo manos a la obra. Empezó a colocar las barras doradas y plateadas de maquillaje en una caja con docenas de cajoncitos. Sonrió para sí; hizo girar un tubo de colorete entre los dedos y se volvió hacia Andras—. Ahora que

Klara te ha dejado, has entrado a formar parte de un club ilustre, por si no lo sabías. La mayoría de los hombres no han llegado tan lejos.

—Por favor —dijo él—. No me gusta que hable así de ella.

—El padre de la chica… Creo que todavía está enamorada de él.

—¿El padre de Elisabet? ¿Vive en París? ¿Sigue viéndolo?

—Oh, no. Murió hace años, según tengo entendido, pero eso no es obstáculo para el amor, como descubrirás algún día.

—¿Quién era?

—Me temo que no lo sé. Klara mantiene esa historia en secreto.

—Entonces no hay esperanza. Debo abandonar porque está enamorada de un muerto.

—Tómalo como lo que ha sido: un episodio bonito. La satisfacción de una curiosidad mutua.

—Para mí no ha sido solo eso.

La actriz ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa resabiada.

—Supongo que soy la persona menos adecuada para dar consejos sobre el amor. A menos que desees que te desengañe de tus ideas románticas.

—Entonces me disculpará si no la ayudo a terminar de recoger.

—Mi querido amigo, no tienes por qué disculparte.

Madame Gérard se levantó, lo besó en ambas mejillas y lo acompañó al pasillo. Andras no tuvo más remedio que volver a su trabajo. Realizó sus tareas con callada consternación, arrepentido de haberse confiado a ella.

Hubo un gran motivo de alivio, una noticia asombrosa que llegó en un telegrama procedente de Budapest: Tibor iba a visitarlo. Comenzaría las

clases en Módena a finales de enero, pero antes de ir a Italia pasaría una semana en París. Cuando recibió el telegrama, Andras vociferó la noticia en la escalera del edificio, de tal modo que la portera salió y le riñó por molestar a los demás inquilinos. La acalló besándola en la frente y enseñándole el telegrama: ¡Tibor venía! Tibor, su hermano mayor. La portera manifestó que esperaba que su hermano mayor tuviera mejores modales que él y lo dejó en el rellano para que disfrutara solo de su alegría. Andras no había mencionado a Klara en sus cartas a Tibor, pero le parecía que este lo sabía todo, como si hubiera intuido que él estaba sufriendo y hubiese decidido ir por ese motivo.

La ilusión por la visita —solo faltaban tres semanas, después dos, después una— lo acompañaba de casa a la facultad y de la facultad al trabajo.

Ahora que *La madre* había terminado y madame Gérard se había marchado, las tardes en el Sarah-Bernhardt pasaban con una lentitud desesperante. Andras lo había organizado todo tan bien detrás del escenario que tenía poco que hacer mientras los actores ensayaban. Se paseaba por detrás del telón, cada vez más temeroso de que monsieur Novak descubriera cuán superflua era su presencia. Una tarde, tras supervisar la entrega de un cargamento de madera para el decorado de *Fuenteovejuna*, se acercó al jefe de carpinteros y se ofreció para ayudar a montar del escenario. El hombre lo puso a trabajar. A partir de entonces Andras clavaba tablones por la tarde y estudiaba el diseño de los nuevos escenarios por la noche. Esta era otra clase de arquitectura, pura ilusión y efecto: había que aplanar la perspectiva a fin de que los espacios parecieran más profundos, ocultar las puertas por las que los actores podrían materializarse o desaparecer, concebir piezas que se pudieran desplazar o girar para crear nuevos decorados. Empezó a reflexionar sobre eso en la cama por las noches, en un intento de no pensar en Klara. Las falsas fachadas podían ponerse sobre ruedas y girarse, pensó; la parte posterior podía pintarse para representar el interior de las casas. Hizo varios esbozos que mostraban cómo podría conseguirse, y más tarde los dibujó como planos. En su segunda semana como ayudante de tramoyista fue a hablar con el jefe de carpinteros y le enseñó su trabajo. El carpintero le preguntó si creía que tenía un presupuesto de un millón de francos. Andras le dijo que costaría menos que construir las parejas de

bastidores necesarias para crear exteriores e interiores por separado. El jefe de carpinteros se rascó la cabeza y dijo que consultaría con el escenógrafo.

Este, un individuo alto de hombros redondeados, con un bigote mal recortado y un monóculo, examinó los planos y preguntó a Andras por qué seguía trabajando de recadero. ¿Quería un empleo con el que cobraría tres veces más de lo que le pagaban ahora? El escenógrafo tenía un taller independiente en la rue des Lombards y normalmente contaba con un ayudante, pero el último acababa de terminar sus estudios en la Beaux-Arts y había aceptado un empleo fuera de la capital.

Andras quería el trabajo. Sin embargo, Zoltán Novak le había salvado la vida; no podía marcharse sin más del Sarah-Bernhardt. Aceptó la tarjeta de visita del escenógrafo y estuvo mirándola toda la noche, preguntándose qué debía hacer.

La tarde siguiente fue al despacho de Novak para plantearle la situación. Llamó y, tras un largo silencio, oyó voces masculinas discutiendo. La puerta se abrió de golpe y Andras vio a dos hombres con traje de raya diplomática, un maletín en la mano y el rostro encendido, como si Novak les hubiera insultado con los términos más difamatorios. Se calaron el sombrero en la cabeza y pasaron junto a Andras sin saludarlo ni mirarlo. Novak, de pie junto a su escritorio, con las manos sobre el papel secante, observó cómo los hombres salían al pasillo. Cuando desaparecieron, se apartó del escritorio y se sirvió una copa de whisky de una botella del aparador. Se volvió hacia Andras y señaló otra copa. El joven levantó una mano y negó con la cabeza.

—Por favor —dijo Novak—. Insisto. —Sirvió un whisky y le añadió agua.

Andras no lo había visto nunca beber antes del anochecer. Aceptó la copa y se sentó en uno de los decrépitos sillones de piel.

— *Egéségedre* —dijo Novak. Levantó la copa, bebió un buen trago y lo dejó sobre el secante— ¿Sabes quiénes eran los que acaban de marcharse?

—No —respondió Andras—, pero parecían bastante cabreados.

—Son nuestros promotores. Los que siempre se las han arreglado para convencer al ayuntamiento de que el teatro debía seguir abierto.

—¿Y?

Novak se recostó en su sillón y unió las manos formando un triángulo.

—Cincuenta y siete personas —dijo—. Son las que tengo que despedir hoy, según esos hombres. Incluidos tú y yo mismo.

—Pero son todos los trabajadores —señaló Andras.

—En efecto. Cierran el teatro. Hemos terminado hasta la próxima temporada, como mínimo. No pueden seguir subvencionándonos, a pesar de que hemos obtenido beneficios durante todo el otoño. Como sabes, *La madre* tuvo más éxito que ninguna otra función de París, pero no ha sido suficiente. Este teatro es un pozo sin fondo. ¿Sabes cuánto cuesta la calefacción de cinco pisos?

Andras tomó un sorbo de whisky y sintió su falsa calidez en el pecho.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó.

—¿Qué piensas hacer tú? —inquirió Novak a su vez—. ¿Qué van a hacer los actores? ¿Y madame Courbet? ¿Y Claudel, Pély y todos los demás?

Es un desastre. Aunque no somos los únicos. Van a cerrar cuatro teatros.

—Se reclinó y se acarició el bigote con un dedo mientras miraba la estantería—. La verdad es que no sé qué voy a hacer. Madame Novak está delicada, por decirlo de algún modo. Añora a sus padres. Seguro que considera que esto es una señal de que deberíamos volver a Budapest.

—Pero usted preferirá quedarse —aventuró Andras.

Novak soltó un suspiro que brotó de las profundidades de su amplio pecho.

—Comprendo a Edith. Este no es nuestro país. Hemos logrado hacernos un rinconcito, pero nada de esto nos pertenece. Somos húngaros, al fin y al

cabo, no franceses.

—Cuando le conocí en Viena, pensé que no podía parecer más parisino.

—Pues ya ves lo inocente que eras —repuso Novak con una sonrisa triste —. Pero ¿qué vas a hacer tú? Sé que tienes que costearte los estudios.

Andras le habló de la oferta de empleo como ayudante del escenógrafo, monsieur Forestier, y le dijo que precisamente había ido allí para pedirle consejo.

Novak juntó las manos para dar una única palmada.

—Habría sido una pena perderte —aseguró—. Es una oportunidad excelente, y llega en el mejor momento. Por supuesto que debes aceptar.

—No sé cómo darle las gracias por lo que ha hecho por mí —dijo Andras.

—Eres un buen muchacho. Has trabajado de firme aquí. Nunca me he arrepentido de haberte contratado. —Apuró su bebida y deslizó la copa vacía sobre la mesa—. Sírveme otro whisky, por favor. Tengo que dar la mala noticia a los demás. Espero que vengas mañana a trabajar. Habrá mucho que hacer para cerrar el teatro. Tendrás que decirle a Forestier que no puedo dejarte marchar hasta finales de mes.

—Nos veremos mañana, a la hora de siempre —dijo Andras.

Esa noche se encaminó hacia su casa con una aterradora sensación de vacío en el pecho. Adiós al Sarah-Bernhardt. Adiós a monsieur Novak.

Adiós a Claudel, a Pély; adiós a Marcelle Gérard. Y adiós a Klara, adiós a Klara. La concha blanca y dura de su vida se había pinchado y vaciado.

Ahora era una concha vacía, hueca, endeble. Caminó con paso cansino bajo el viento de enero. En el 34 de la rue des Écoles subió tramos y tramos de escaleras —¿cuántos cientos habría?— sintiendo que no tenía energía para mirar sus libros aquella noche, ni siquiera para lavarse la cara y ponerse el pijama. Solo quería tumbarse en la cama con los pantalones, los zapatos y el abrigo, taparse con el edredón hasta la cabeza y dejar que pasaran las horas

hasta el amanecer. Sin embargo, al llegar arriba vio que por debajo de su puerta se filtraba una línea de luz, y cuando puso una mano en el pomo la encontró abierta. La empujó y dejó que rebotara. Fuego en la chimenea, pan y vino sobre la mesa, y en la única silla, con un libro en las manos, Klara.

— *Te* —dijo—. Tú.

—Y tú —dijo ella.

—¿Cómo has entrado?

—Le he dicho a la portera que era tu cumpleaños y que quería darte una sorpresa.

—Y a tu hija ¿qué le has dicho?

Ella bajó la vista y la posó en la cubierta del libro.

—Le he dicho que iba a ver a un amigo.

—Lástima que no fuera verdad.

Klara se levantó, se aproximó a él y le puso las manos sobre los brazos.

—Por favor, Andras, no me hables así.

El joven se apartó y se quitó el abrigo y la bufanda. Durante un rato que le pareció muy largo no pudo decir nada más. Se acercó a la chimenea y, cruzando los brazos, se quedó mirando la pirámide vacilante de brasas.

—Era terrible no saber si volvería a verte o no —dijo—. Me repetía que habíamos terminado, pero no lograba convencerme de que fuera cierto. Finalmente me confié a Marcelle. Tuvo la amabilidad de revelarme que no estaba solo en mi desgracia. Me dijo que pertenecía a un club ilustre de hombres a los que habías abandonado.

Los ojos de Klara se ensombrecieron.

—¿Abandonarte? ¿Crees que es eso lo que he hecho?

—Abandonarme, echarme, mandarme a paseo. No creo que importe cómo lo llames.

—Decidimos que era imposible.

—Lo decidiste tú.

Ella se acercó y deslizó las manos por sus brazos. Cuando la miró a la cara, Andras vio que tenía lágrimas en los ojos. Horrorizado, se dio cuenta de que él también estaba a punto de llorar. Ahí estaba Klara, cuyo nombre había llevado consigo desde Budapest; Klara, cuya voz oía en sus sueños.

—¿Qué quieres? —preguntó mirándole el cabello—. ¿Qué debo hacer?

—He estado muy deprimida —dijo ella—. No puedo dejarte marchar.

Quiero conocerte, Andras.

—Y yo quiero conocerte a ti —afirmó él—. No me gustan los secretos.

Sin embargo, al decirlo sabía que lo que ocultaba la hacía más atractiva. Había algo de tormento en su inaccesibilidad, en las salas que estaban más allá de aquellas en que lo recibía.

—Deberás tener paciencia conmigo. Deberás dejar que confíe en ti.

—Sabré ser paciente —aseguró Andras. La tenía tan cerca que notaba las crestas afiladas de sus caderas contra los muslos. Habría querido introducirse en su cuerpo y cogerla por los huesos—. Claire Morgenstern. Klárika.

Pensó que Klara sería su perdición. Pero no podía dejarla marchar, del mismo modo que no podía prescindir de la geometría en la arquitectura, del frío de enero ni del cielo invernal que se veía al otro lado de la ventana.Se inclinó y la besó. Después, por primera vez, la poseyó en su propia cama.

Cuando salió de casa al día siguiente, el mundo era un lugar transformado. La opacidad de las semanas que había pasado sin ella se había desvanecido.

Volvía a ser humano, había recuperado su carne y su sangre, y las de ella. Todo resplandecía con mayor intensidad bajo el sol invernal; todos los detalles de la calle le llamaban la atención como si los viera por primera vez. ¿Cómo no se había fijado nunca en la forma en que la luz del cielo incidía sobre las ramas desnudas del tilo que se alzaba junto a su casa, la forma en que se rompía y esparcía sobre las piedras mojadas del suelo y creaba agujas blancas en los pomos de bronce de las puertas de la calle? Saboreó el sonido vigoroso de sus suelas sobre la acera, se enamoró de la cascada de hielo en la fuente helada del Luxembourg. Deseaba dar las gracias en voz alta por el elegante y largo pasillo del boulevard Raspail, que le conducía a diario entre su hilera de edificios de la era Haussmann hasta las puertas azules de la École Spéciale. Admiró el patio solitario bañado por la fría luz del sol, sus bancos verdes vacíos, la hierba helada, los caminos mojados por la nieve derretida.

Subió corriendo al estudio y buscó entre los dibujos la serie de planos en que había trabajado con Polaner. Pensaba que podía dedicarles unos minutos antes de acudir al despacho de Vago para su clase matinal de francés.

Pero los planos no estaban; Polaner debía de habérselos llevado a casa. Cogió el libro de vocabulario de arquitectura que estudiaría aquella mañana con Vago y bajó a la carrera para pasar por el servicio. Abrió la puerta de golpe y en el oscuro interior palpó la pared en busca del interruptor de la luz. Desde el otro rincón llegó a sus oídos un gemido jadeante.

Encendió la luz. En el suelo de cemento, arrimado a la pared del fondo, más allá de los urinarios y los lavabos, vio a alguien ovillado en una Gapretada. Una forma pequeña, la de un hombre, con una chaqueta de terciopelo. A su lado, varios planos arrugados y pisoteados.

—¿Polaner?

Aquel sonido otra vez. Un resuello que se transformaba en un gemido. Y después, su nombre.

Andras se acercó y se arrodilló a su lado. Polaner no quiso mirarlo, o no pudo. Tenía la cara llena de magulladuras, la nariz rota, los ojos ocultos por

pliegues morados. Mantenía las rodillas apretadas contra el pecho.

—Dios mío —exclamó Andras—, ¿qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Ninguna respuesta.

—No te muevas —le indicó Andras, y se puso en pie. Salió corriendo del servicio, cruzó el patio, subió por la escalera hasta el despacho de Vago y abrió la puerta sin llamar.

—Lévi, ¿qué demonios sucede?

—A Eli Polaner le han dado una paliza brutal. Está en el servicio, en la planta baja.

Bajaron corriendo. Vago intentó examinar a Polaner, pero este se resistía. Andras le suplicó. Cuando Polaner dejó caer los brazos y su rostro quedó al descubierto, Vago respiró hondo. Polaner se echó a llorar. Había perdido un diente inferior y escupió sangre en el suelo.

—Quedaos aquí los dos —ordenó Vago—. Llamaré a una ambulancia.

—No —pidió Polaner—. Una ambulancia no.

Pero Vago ya había salido dando un portazo y cruzaba el patio a la carrera.

Polaner se tendió de espaldas, con los brazos flácidos a los costados. Bajo la chaqueta de terciopelo, tenía la camisa desgarrada y algo escrito con tinta negra en el pecho.

Feygele. Judío marica.

Andras tocó la camisa rota y la palabra. Polaner se estremeció.

—¿Quién ha sido? —preguntó Andras.

—Lemarque —contestó Polaner. A continuación murmuró algo más, una frase que Andras oyó solo a medias y no supo traducir: *J’étais coin.…*

— *Tu étais quoi?*

— *J'étais coincé* —dijo Polaner, y lo repitió hasta que Andras lo entendió. Le habían tendido una trampa. Lo habían engañado. En un susurro añadió —: Me pidió que quedáramos aquí anoche. Y se presentó con tres más.

—¿Que quedarais aquí de noche? —preguntó Andras—. ¿Para trabajar en los planos?

—No. —Polaner apartó sus ojos amoratados e hinchados—. No era para trabajar.

Feygele.

Andras tardó un momento en comprender. Encontrarse de noche: una cita. Así que era eso, y no la muchacha que Polaner había dejado en Polonia, la supuesta prometida que le había escrito aquellas cartas, lo que le había impedido mostrar interés por las mujeres en París.

—Oh, Dios mío —dijo Andras—. Yo lo mato. Haré que se trague sus propios dientes.

Vago entró en el servicio de caballeros con un botiquín de primeros auxilios. Un grupito de alumnos se apiñó en la puerta.

—Marchaos —gritó volviendo la cabeza, pero los alumnos no se movieron. Las cejas de Vago se unieron formando una tensa uve—. ¡Que os larguéis! —vociferó, y los estudiantes se retiraron murmurando entre sí. La puerta se cerró de golpe.

Vago se arrodilló junto a Andras y puso una mano en el hombro de Polaner.

—Ya viene una ambulancia —dijo—. Te pondrás bien.

Polaner tosió y escupió sangre. Intentó cerrarse la camisa con una mano, pero el esfuerzo fue demasiado para él y el brazo cayó sobre el suelo de cemento.

—Cuéntaselo —le indicó Andras.

—¿Contarme qué? —preguntó Vago.

—Quién le ha hecho esto.

—¿Un estudiante? —inquirió Vago—. Lo llevaremos ante el consejo disciplinario. Será expulsado. Presentaremos una denuncia.

—No, no —suplicó Polaner—. Si mis padres se enteran…

Entonces Vago vio la palabra escrita a tinta en el pecho de Polaner. Todavía acuclillado, se echó hacia atrás y se tapó la boca con una mano. Estuvo un buen rato sin hablar ni moverse.

—Está bien —dijo por fin—. Está bien.

Apartó los jirones de la camisa de Polaner para ver mejor las heridas.

El pecho y el abdomen del joven estaban negros de magulladuras. Andras apenas podía mirar. Le entraron náuseas y tuvo que apoyar la cabeza contra uno de los lavabos de porcelana. Vago se quitó la chaqueta y la extendió sobre el pecho de Polaner.

—Está bien —repitió—. Irás al hospital y te curarán. Ya hablaremos del resto más tarde.

—Nuestros planos —dijo Polaner tocando las hojas arrugadas de papel de dibujo.

—No te preocupes por eso —dijo Vago—. Los arreglaremos.

Recogió los planos y se los entregó con cuidado a Andras, como si hubiera alguna posibilidad de aprovecharlos. Entonces se oyó la ambulancia y salió corriendo para ir a buscar a los enfermeros y llevarlos hasta el servicio de caballeros. Dos hombres con uniformes blancos entraron portando una camilla. Cuando levantaron a Polaner para tenderlo encima, este se desmayó a causa del dolor. Andras mantuvo la puerta abierta para que lo sacaran al patio, donde se había reunido un grupo de mirones. Se había corrido la voz entre los estudiantes que llegaban para las clases de la mañana.

Los enfermeros tuvieron que abrirse camino entre ellos para transportar a Polaner por el camino de losas.

—No hay nada que ver —exclamó Vago—. Todos a sus clases.

Pero todavía no había clases, eran solo las ocho menos cuarto. Ni un solo alumno se marchó hasta que los enfermeros hubieron subido a Polaner a la ambulancia. Andras se quedó en el patio, con los planos de su amigo en la mano como si fueran el cuerpo sin vida de un animal. Vago le dio una palmada en el hombro.

—Ven a mi despacho —dijo.

Andras lo siguió. Sabía que aquel era el mismo patio que había cruzado al llegar, con la misma hierba helada, los mismos bancos verdes, los mismos senderos húmedos, brillantes bajo el sol. Lo sabía, pero ahora no era capaz de ver lo que había visto antes. Le asombró pensar que el mundo pudiera trocar aquella belleza por esta fealdad en apenas un cuarto de hora.

Una vez en su despacho, Vago le habló de otros casos. En febrero del año anterior alguien había estarcido en alemán las palabras «escoria» y «cerdo» en los proyectos finales de un grupo de alumnos judíos de quinto, y en primavera un estudiante de Costa de Marfil había sido sascado a rastras del taller por la noche y apaleado en el cementerio que había detrás de la facultad. A aquel estudiante también le habían pintado un insulto en el pecho, un epíteto racista. Sin embargo, no se había identificado a los responsables. Si Andras disponía de alguna información, estaría ayudando a todos.

Andras dudó. Estaba sentado en su silla de siempre, acariciando con el pulgar el reloj de su padre en el bolsillo.

—¿Qué pasará si los cogen?

—Se les interrogará. Tomaremos medidas disciplinarias y emprenderemos acciones legales.

—Y entonces sus amigos harán algo peor. Sabrán que Polaner los ha denunciado.

—¿Y si no hacemos nada? —preguntó Vago.

Andras dejó caer el reloj en el bolsillo.

—Polaner ha mencionado a Lemarque —reconoció. Lo dijo en un susurro, y a continuación repitió el nombre en voz más alta—. Lemarque y otros. No sé quiénes son.

—¿Fernand Lemarque?

—Eso ha dicho Polaner. —Y contó a Vago todo lo que sabía.

—Entendido —dijo el profesor—. Hablaré con Perret. Mientras tanto… —añadió abriendo el libro de vocabulario de arquitectura por la página que describía la estructura interna de los tejados, con sus *poinçons* verticales, los *contre-fiches* de apoyo, los *arbalétriers* en forma de costilla—, quédate aquí y estudia. Y dejó a Andras solo en el despacho.

Como es lógico, Andras no podía estudiar. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Polaner. Lo veía una y otra vez tendido en el suelo, con la palabra escrita con tinta negra en el pecho y los planos arrugados al lado.

Andras comprendía la desesperación y la soledad; sabía qué era estar a miles de kilómetros de casa; sabía qué era guardar un secreto. Pero ¿hasta qué grado de angustia había tenido que llegar Polaner para imaginar a Lemarque como amante, como una persona con quien podría compartir un momento de intimidad, de noche, en el servicio de caballeros?

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando Rosen irrumpió en el despacho de Vago, con la gorra en la mano. Ben Yakov apareció tras él, avergonzado, como si hubiera intentado en vano impedir que su amigo subiera en tromba.

—¿Dónde está ese cabrón? —gritó Rosen—. ¿Dónde está esa comadreja? Si lo tienen escondido aquí, ¡juro por Dios que los mataré a todos!

Vago salió del despacho de Perret y se acercó corriendo.

—Baja la voz —ordenó—. Esto no es una cervecería. ¿Dónde está quién?

—Ya sabe a quién me refiero —contestó Rosen—. Fernand Lemarque.

Es él quien cuchichea *sale juif*. Es él quien puso los carteles del Frente de la Juventud. Ya los vio; «Venid y uníos, jóvenes de Francia», y todas esas estupideces, en la Salle des Sociétés Savantes, nada menos. Están en contra del Parlamento, en contra de los judíos, en contra de todo. Él es uno de sus esbirros. Son muchos. Alumnos de tercero, de quinto. Aquí, en la Beaux-Arts, en otras facultades de la ciudad. Lo sé. He asistido a sus reuniones.

He oído lo que quieren hacernos.

—De acuerdo —dijo Vago—. ¿Por qué no me lo cuentas después de las clases?

—¡Después de las clases! —Rosen escupió en el suelo—. ¡Ahora mismo! Quiero que venga la policía.

—Ya la hemos llamado.

—¡Mentira! No han llamado a nadie. No quieren un escándalo.

En aquel momento el mismísimo Perret se acercó por el pasillo, con su capa gris ondeando tras él.

—Ya es suficiente —dijo—. Nosotros nos encargaremos de esto. Vayan a sus clases.

—No pienso ir —replicó Rosen—. Yo mismo encontraré a ese cabrón.

—Joven —dijo Perret—, hay elementos de esta situación que usted no entiende. No es un vaquero. Esto no es el salvaje Oeste. Este país tiene un sistema judicial, que ya está en marcha. Si no baja la voz y se comporta como un caballero, me veré obligado a expulsarle de esta facultad.

Rosen se volvió y bajó por la escalera maldiciendo para sí. Andras y Ben Yakov lo siguieron hasta el aula, donde Vago apareció diez minutos después. A las nueve reanudaron la lección del día anterior, como si diseñar la *maison particulier* perfecta fuera lo más importante del mundo.

Aquella tarde Andras, Rosen y Ben Yakov fueron al hospital y encontraron a Polaner en una sala estrecha y larga en la que entraba la luz invernal. Yacía en una cama alta, con las piernas apoyadas sobre almohadas, la nariz enyesada y los ojos completamente morados. Tres costillas fracturadas. La nariz rota. Numerosas contusiones en el torso y las piernas. Señales de hemorragia interna: hinchazón abdominal, pulso inestable y fiebre, coágulos de sangre bajo la piel. Síntomas de crisis nerviosa. Secuelas de hipotermia.

Eso fue lo que les dijo el médico. A los pies de la cama, una gráfica mostraba la evolución de la temperatura, el pulso y la tensión arterial, tomados cada cuarto de hora. Cuando se situaron alrededor del lecho, abrió los ojos hinchados, les llamó por unos nombres polacos desconocidos y perdió el conocimiento. Llegó una enfermera con dos bolsas de agua caliente, que colocó debajo de los pies de Polaner. Le tomó el pulso, la tensión y la temperatura, y apuntó las cifras en la gráfica.

—¿Cómo está? —preguntó Rosen levantándose de la silla.

—Aún no lo sabemos —respondió la enfermera.

—¿No lo saben? ¿Esto es un hospital? ¿Es usted enfermera? ¿Su trabajo no es saberlo?

—Ya está bien, Rosen —terció Ben Yakov—. Ella no tiene la culpa.

—Quiero hablar de nuevo con el médico —exigió Rosen.

—En este momento está haciendo su ronda.

—Por Dios —exclamó Rosen—. Es nuestro amigo. Solo quiero saber en qué estado se encuentra.

—Ojalá pudiera decírselo yo misma —repuso la enfermera.

Rosen volvió a sentarse y apoyó la cabeza en las manos. Esperó a que se alejara la enfermera.

—Lo juro por Dios —masculló—. Juro por Dios que si cojo a esos cabrones no me importará lo que pueda pasarme. Me da igual que me expulsen de la facultad. Iré a la cárcel si es necesario. Quiero que se arrepientan de haber nacido. —Miró a Andras y a Ben Yakov—. Me ayudaréis a encontrarlos, ¿verdad?

—¿Para qué? —preguntó Ben Yakov—. ¿Para romperles la cabeza?

—Ah, perdona —dijo Rosen—. Supongo que no quieres arriesgarte a que te rompan tu bonita nariz.

Ben Yakov se puso en pie y lo cogió por la camisa.

—¿Crees que me gusta verlo así? —dijo—. ¿Crees que no deseo matarlos yo también?

Rosen se zafó de las manos de Ben Yakov.

—No se trata solo de él. Quienes le han hecho esto no dudarían en hacérnoslo también a nosotros. —Cogió su abrigo y se lo echó sobre el brazo—. Me da igual que vengáis conmigo o no. Voy a buscarlos, y cuando los encuentre responderán de lo que han hecho. —Se caló la gorra y salió de la sala.

Ben Yakov se llevó una mano a la nuca y se quedó de pie mirando a Polaner. Después suspiró y se sentó al lado de Andras.

—Fíjate cómo está. Dios mío, ¿por qué se le ocurriría quedar con Lemarque por la noche? ¿En qué estaría pensando? No puede ser cierto lo que dicen de él.

Andras vio que el pecho de Polaner subía y bajaba, un mínimo movimiento bajo las sábanas.

—¿Y qué, si es cierto? —preguntó.

Ben Yakov negó con la cabeza.

—¿Tú lo crees?

—No es imposible.

Ben Yakov apoyó el mentón en el puño y se quedó mirando los pies de la cama. Ahora no se parecía a Pierre Fresnay; tenía los ojos tristes y húmedos, los labios apretados.

—Una vez… —dijo lentamente—, un día que habíamos quedado contigo y con Rosen en el café, Polaner comentó algo sobre Lemarque.

Dijo que no creía que fuera antisemita, sino que se odiaba a sí mismo, no a los judíos; que tenía que hacer toda esa comedia para que la gente no lo viera como en realidad era.

—¿Qué dijiste tú?

—Que, por mí, Lemarque podía irse a tomar por saco.

—Eso habría dicho yo.

—No —repuso Ben Yakov—. Tú le habrías escuchado. A ti se te habría ocurrido algo inteligente que decir. Habrías preguntado por qué pensaba eso.

—Polaner es muy reservado —apuntó Andras—. Posiblemente no te habría dicho nada si le hubieras preguntado.

—Pero yo sabía que le pasaba algo —afirmó Ben Yakov—. Tú también debiste de notarlo. Trabajabas con él en el proyecto. Se veía a la legua que no dormía bien, y cuando Lemarque estaba cerca se quedaba muy callado, más que de costumbre.

Andras no supo qué decir. Había estado ocupado pensando en Klara, ilusionado con la visita de Tibor, con su propio trabajo. Veía a Polaner

como una presencia constante en su vida; sabía que era prudente y circunspecto, incluso sabía que a veces se ponía melancólico, pero nunca había pensado que las tragedias personales de su amigo fueran mayores que las suyas. Si la relación con Klara había sido difícil, ¿cómo habría sido para Polaner sentirse secretamente atraído por Lemarque? No había dedicado mucho tiempo a imaginar cómo debía de sentirse un hombre al que le gustaran los hombres. En París había muchos hombres afeminados y mujeres masculinas, por supuesto, y todos conocían los famosos clubes en los que se reunían: el Magic City, el Monocle, el Bal de la Montagne-Sainte-Ge -

ne viè ve, pero ese mundo parecía muy alejado de su vida. ¿Qué indicios había tenido de él? En el *gimnázium* pasaban cosas; algunos niños mantenían amistades que parecían románticas por sus intrigas y traiciones; en ocasiones él y sus compañeros de clase se ponían en fila, con los pantalones cortos en los tobillos, y se tocaban a sí mismos en la penumbra; había un alumno del que todos decían que le gustaban los chicos, un tal Willi Mandl, un chiquillo rubio y desgarbado que tocaba el piano y llevaba calcetines blancos bordados, y al que una tarde habían visto en una tienda de artículos de segunda mano acariciando con expresión soñadora un bolso de seda azul. Pero todo eso formaba parte de la nebulosa de la infancia, no parecía guardar relación con su vida actual.

Polaner abrió los ojos y miró a Andras. Este tocó el brazo de Ben Yakov.

—Polaner —dijo—, ¿me oyes?

—¿Estáis aquí? —preguntó Polaner de forma casi ininteligible.

—Estamos aquí —respondió Andras—. Duérmete. No te dejaremos solo.

OceanofPDF.com

13

El visitante

Andras no pisaba la Gare du Nord desde que había llegado de Budapest en septiembre. Ahora, a finales de enero, mientras esperaba en el andén el tren de Tibor, se maravilló al pensar en la magnitud de la ignorancia que había arrastrado consigo a París meses atrás. En aquel entonces no sabía apenas nada de arquitectura. Nada de la ciudad.

Menos que nada del amor. No había acariciado nunca el cuerpo desnudo de una mujer. No sabía francés. Los rótulos de SORTIE que había sobre las puertas podrían haber dicho ¡IDIOTA! Los sucesos de los últimos días le habían servido para recordar lo poco que aún sabía del mundo. Tenía la impresión de que apenas empezaba a percibir el alcance de su inexperiencia, de su ignorancia; a duras penas comenzaba a disiparla. Al llegar había abrigado la esperanza de que cuando volviera a ver a su hermano se sentiría más hombre, una persona versada en el mundo. Pero ya no podía hacer nada al respecto. Tibor tendría que conformarse con él tal como era.

A las cinco y cuarto el Western Europe Express entró en la estación y el chirrido de sus frenos resonó en la caverna de cristal y hierro. Los mozos desplegaron las escalerillas y bajaron; empezaron a salir los pasajeros, hombres y mujeres demacrados por el viaje nocturno. Jóvenes de su edad, con cara de no haber dormido y expresión insegura a la luz fría de la estación, miraban los rótulos con los ojos entrecerrados y buscaban su equipaje. Andras observó a los pasajeros. Pasaron muchos sin que viera a Tibor, y por un momento temió que su hermano hubiera decidido no ir a París. Entonces alguien le puso una mano en el hombro. Andras se volvió y allí estaba Tibor Lévi, en el andén de la Gare du Nord.

Una alegría efervescente ascendió por el pecho de Andras, una sensación deliciosa de alivio. Apartó un poco a su hermano. Tibor lo miró de la cabeza a los pies y se fijó en sus zapatos gastados.

—Tienes suerte de que tu hermano trabaje en una zapatería —dijo—.

O trabajara. Estos zapatos no te habrían durado ni una semana más.

Recogieron el equipaje de Tibor y tomaron un taxi para ir al Quartier Latin, un trayecto que a Andras le pareció sorprendentemente corto y directo. Se dio cuenta de cómo lo había timado su primer taxista parisino. El Quartier Latin estaba envuelto en la bruma de una fina llovizna y las aceras se hallaban repletas de paraguas. Sacaron el equipaje de Tibor bajo la lluvia y subieron por las escaleras. Cuando llegaron a la buhardilla de Andras, Tibor se detuvo en el umbral y se echó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Andras. Estaba orgulloso de su mísera habitación.

—Es exactamente como me la había imaginado —afirmó Tibor—.

Hasta el último detalle.

Mientras su hermano miraba su habitación de París, Andras tuvo la impresión de que tomaba posesión de ella por primera vez, como si al verla Tibor se hubiera convertido en una continuación de los lugares donde había vivido antes, de la existencia que había llevado antes de subir al tren en la estación Nyugati en septiembre.

—Pasa —dijo—. Quítate el abrigo. Encenderé la chimenea.

Tibor se quitó el abrigo, pero no permitió que Andras encendiera la lumbre. No podía haber importado menos que ese fuera el piso de Andras, y que Tibor hubiera pasado tres días viajando. Así era como había sido siempre entre ellos: el mayor cuidaba del pequeño. Si hubiera sido el piso de Mátyás y Andras hubiera ido a visitarlo, habría sido este quien hubiese partido las ramitas e introducido papel bajo los troncos. Al cabo de unos minutos Tibor había logrado encender un buen fuego. Entonces se quitó los zapatos y se echó en la cama de Andras.

—¡Menudo descanso! —exclamó—. Hace tres días que no duermo tumbado. —Se tapó con el edredón y en un instante se quedó dormido.

Andras se sentó a la mesa con sus libros e intentó estudiar, pero no podía concentrarse. Quería saber de Mátyás y sus padres. Y quería saber de Budapest, no de la política ni los problemas de la ciudad, que cualquiera podía leer en los periódicos húngaros, sino del barrio donde habían vivido, de las personas que conocían, de los innumerables pequeños cambios que marcan el fluir de la vida. También deseaba contarle a Tibor lo que le había ocurrido a Polaner, al que había visitado aquella mañana. Polaner parecía incluso peor que antes, estaba hinchado y pálido, tenía fiebre y la garganta le dolía al respirar; las enfermeras le habían cambiado las vendas de las heridas y administrado más dosis de líquidos para que le subiera la tensión. Un equipo de médicos se había reunido a los pies de su cama y había comentado los riesgos y los beneficios de la cirugía. Persistían las señales de hemorragia interna, pero los médicos no se ponían de acuerdo sobre la necesidad de operar o dejar que la hemorragia se detuviera por sí sola. Andras intentó descodificar su jerga médica, componer el rompecabezas de términos anatómicos en francés, pero no entendió nada y el miedo le impidió hacer preguntas. Era horrible pensar que abrirían a Polaner, y peor aún pensar que la hemorragia continuaba extendiéndose dentro de su cuerpo.

Andras se quedó en la sala hasta que llegó el profesor Vago para relevarle; no quería que Polaner despertara y se encontrara solo. Aquella mañana Ben Yakov no había aparecido, y nadie sabía nada de Rosen desde que había salido del hospital en busca de Lemarque.

Se obligó a concentrarse en el libro de texto: una lista de problemas de estática que se arremolinaban como una masa borrosa de hormigas. Se esforzó por encontrar un orden inteligible a los números y las letras, escribió meticulosas columnas de cifras en una hoja de papel cuadriculado. Calculó los vectores de fuerza que actuaban sobre doscientos cincuenta y un metros de acero en un muro de carga de hormigón armado, localizó los puntos de mayor tensión en los contrafuertes de una catedral, calculó la oscilación que producía el viento en una hipotética estructura de acero dos veces más alta que la torre Eiffel. Cada edificio poseía sus mudas matemáticas internas, los números flotaban dentro de las estructuras. Pasó una hora resolviendo la lista de problemas. Por fin Tibor gimió y se incorporó en la cama.

—¡Uf! —exclamó—. ¿Sigo en París?

—Eso creo —respondió Andras.

Tibor insistió en invitarlo a cenar. Fueron a un restaurante vasco donde se decía que servían una sopa de rabo de buey muy buena. El camarero era un hombretón ancho de espaldas que dejaba los platos sobre la mesa de cualquier manera y lanzaba improperios en dirección a la cocina. La sopa era clara y la carne estaba demasiado hecha, pero la cerveza vasca que tomaron hizo que Andras se pusiera rojo y sentimental. Su hermano había llegado por fin, estaban otra vez juntos, cenando en una ciudad extranjera como los hombres adultos en que se habían convertido. Su madre se habría reído con ganas al verlos juntos en aquel restaurante tan masculino, con sus jarras de cerveza.

—Dime la verdad: ¿cómo está *anya*? —preguntó Andras—. Sus cartas son muy animadas. Me temo que si algo fuera mal no me lo diría.

—Estuve en Konyár el fin de semana antes de marcharme —explicó

Tibor—. Mátyás también estaba en casa. *Anya* intenta convencer a *apa* de que pasen el invierno en Debrecen. Quiere que esté cerca de un buen médico por si vuelve a tener una neumonía. Él se niega, claro está. Insiste en que no se pondrá enfermo, como si dependiera de él. Cuando apoyé a *anya*, me preguntó quién creía yo que era para decirle lo que tenía que hacer. «Todavía no eres médico, Tibi», dijo, apuntándome con el dedo.

Andras rió, aunque sabía que era un asunto serio; ambos sabían lo enfermo que había estado Béla el Afortunado y cuánto dependía de él su madre.

—¿Qué van a hacer?

—Quedarse en Konyár, por ahora.

—¿Y Mátyás?

Tibor negó con la cabeza.

—La víspera de mi partida sucedió algo raro. Por la noche Mátyás y yo fuimos paseando hasta el puente del ferrocarril que cruza el riachuelo, allí donde íbamos a pescar pececillos en verano.

—Sé dónde dices —dijo Andras.

—Hacía demasiado frío para salir a caminar. El puente estaba helado.

No deberíamos haber ido. Estuvimos un rato observando las estrellas y luego nos pusimos a hablar de *anya* y *apa*, de lo que haría Mátyás si les sucedía algo; estaba enfadado conmigo, ya te lo imaginas, porque le dejaba solo con todo el fregado, dijo. Intenté hacerle comprender que no pasaría nada y que, si llegaba a ocurrir algo, tú y yo volveríamos a casa, y él dijo que no volveríamos nunca, que tú te habías ido para siempre y que yo haría lo mismo. Estábamos discutiendo sobre el riachuelo helado cuando oímos que se acercaba un tren.

—No sé si quiero oír cómo termina esto.

—Entonces Mátyás dijo: «Quedémonos en el puente. Pongámonos junto a las vías, sobre el travesaño del pretil. A ver si podemos mantener el equilibrio cuando pase el tren. ¿Crees que podrás? ¿No te da miedo?».

El tren se acercaba a toda velocidad. Ya conoces el puente, Andras. Los travesaños están más o menos a un metro de las vías, y a unos veinte metros sobre el río. Mátyás se encaramó a uno de un salto y se quedó de pie de cara al tren, que ya estaba muy cerca. La luz del faro lo iluminaba. Yo le grité que se apartara, pero él se quedó quieto. «No tengo miedo», dijo.

«Deja que venga.» Corrí hacia él y me lo eché al hombro como un saco de serrín, y te juro por Dios que el puente estaba tan helado que por poco me caigo y nos matamos los dos. Lo aparté y lo tiré sobre la nieve. El tren pasó un segundo después. Se puso en pie riendo como un loco y yo me levanté y le pegué un puñetazo en la mandíbula. Quería partirle el cuello al muy idiota.

—¡Yo se lo habría partido!

—Créeme, también yo tenía ganas.

—No quería que te marcharas. Ahora está solo.

—No exactamente —repuso Tibor—. Se ha buscado la vida en Debrecen. No es como cuando tú y yo íbamos al colegio. Al día siguiente hicimos las paces y fui con él allí de camino a Budapest. Tendrías que ver lo que hace en el club donde trabaja. Debería salir en el cine. Es como Fred Astaire, pero haciendo volteretas y saltos mortales. ¡Y le pagan por eso! Me alegraría por él si no pensara que ha perdido el juicio. Han estado a punto de expulsarle de la escuela, por si no lo sabías. Ha suspendido latín e historia, y ha aprobado las otras asignaturas por los pelos. Estoy seguro de que dejará los estudios en cuanto haya ahorrado lo suficiente para salir de Hungría. *Anya* y *apa* también lo saben.

—¿No les habrás contado lo del puente?

—¿Crees que estoy loco?

Con una seña indicaron al camarero que les sirviera otra ronda. Mientras esperaban, Andras preguntó por Budapest, por la Harsfa utca donde habían vivido y por el barrio judío.

—Todo sigue más o menos igual —respondió Tibor—, aunque a la gente le preocupa cada vez más la posibilidad de que Hitler arrastre a Europa a otra guerra.

—Si lo hace, echarán la culpa a los judíos. Al menos aquí, en Francia.

El camarero dejó las jarras en la mesa y Tibor bebió, pensativo, un trago largo de cerveza vasca.

—¿No hay tanta *fraternité* y *égalité* como creías?

Andras le habló de la reunión de El Gran Occidente y de lo que le había sucedido a Polaner. Tibor se quitó las gafas, limpió los cristales con el pañuelo y se las calzó de nuevo.

—En el tren estuve hablando con un hombre que acababa de partir de Munich —explicó—, un periodista húngaro al que mandaron allí para informar de un mitin. Vio cómo mataban a palos a tres hombres por haber destruido ejemplares de un periódico antijudío subvencionado por el Estado. Insurgentes, según la prensa alemana. Uno de ellos era un oficial condecorado de la Gran Guerra.

Andras suspiró y se frotó el puente de la nariz.

—En el caso de Polaner se trata de algo personal —dijo—. Existen ciertas dudas sobre su relación con uno de los hombres que lo apalizaron.

—No, es siempre el mismo odio mezquino —dijo Tibor—. Es horrible, lo mires por donde lo mires.

—Fui un necio al pensar que aquí sería diferente.

—Europa está cambiando —afirmó Tibor—. El panorama es cada día más sombrío en todas partes. Pero espero que para ti no haya sido todo tan lúgubre.

—No lo ha sido. —Andras miró a su hermano y sonrió.

—¿De qué se trata, Andráska?

—Nada.

—¿Ahora guardas secretos? ¿Estás metido en algún lío?

—Tendrás que invitarme a algo más fuerte —señaló Andras.

En un bar cercano pidieron sendos whiskies, y Andras le contó todo a Tibor. Le habló de la invitación a casa de las Morgenstern y de cómo había reconocido el apellido y la dirección de la carta; de que se había enamorado de Klara y no de Elisabet; de que no había conseguido controlar la atracción que sentía por ella. Le dijo que Klara no le había contado qué la había llevado a París ni por qué debía mantener en secreto su identidad.

Cuando terminó, Tibor cogió su copa y lo miró.

—¿Cuántos años te lleva?

No había forma de suavizarlo.

—Nueve.

—¡Dios santo! —exclamó Tibor—. Estás enamorado de una mujer hecha y derecha. Esto es serio, Andras, ¿lo comprendes?

—Muy serio.

—Suelta la copa. Te estoy hablando.

—Te escucho.

—Tiene treinta y un años —dijo Tibor—. No es una jovencita. ¿Cuáles son tus intenciones?

A Andras se le hizo un nudo en la garganta.

—Quiero casarme con ella —respondió.

—Por supuesto. ¿Y de qué vivirás?

—He pensado en eso, creéme.

—Cuatro años y medio más —dijo Tibor—. Es lo que tardarás en sacarte el título. Ella tendrá entonces treinta y seis. Cuando tengas su edad de ahora, ella tendrá casi cuarenta. Y cuando tengas cuarenta, ella tendrá…

—Para —le pidió Andras—. Sé calcular.

—Sí, pero ¿lo has hecho?

—¿Y qué? ¿Qué más da si tiene cuarenta y nueve y yo cuarenta?

—¿Qué pasará cuando tengas cuarenta años y una mujer de treinta se fije en ti? ¿Crees que serás fiel a tu esposa?

—Tibi, ¿es necesario que hagas esto?

—¿Y su hija? ¿Sabe lo que hay entre tú y su madre?

Andras negó con la cabeza.

—Elisabet me detesta y se porta fatal con Klara. Dudo que se lo tomara bien.

—¿Y József Hász? ¿Sabe que te has enamorado de su tía?

—No. Desconoce el paradero de su tía. Su familia no confía en él lo bastante para darle esa información, aunque no sé por qué.

Tibor enlazó los dedos.

—Por Dios, Andras, no te envidio.

—Esperaba que me dijeras lo que debía hacer.

—Sé lo que haría yo. Rompería con ella lo antes posible.

—Ni siquiera la conoces.

—¿Y eso qué más da?

—No lo sé. Esperaba que quisieras conocerla. ¿No sientes curiosidad?

—Muchísima —contestó Tibor—, pero no quiero participar en tu perdición. Ni siquiera como espectador. —Llamó al camarero para pedir la cuenta y cambió de tema.

Por la mañana Andras llevó a Tibor a la École Spéciale, y una vez allí se dirigieron al despacho de Vago. Cuando entraron, el profesor estaba sentado a su mesa hablando por teléfono a su modo particular: sujetaba el auricular entre la mejilla y el hombro y gesticulaba con ambas manos. Dibujó en el aire la forma de un edificio defectuoso, y enseguida lo borró de un manotazo, esbozó otro edificio, este con un tejado que «parecía plano» pero no era «plano», a fin de permitir el desagüe. Cuando colgó el auricular,

Andras le presentó por fin a Tibor, en la habitación donde este había sido tema de tantas conversaciones matinales, como si esas charlas lo hubieran hecho materializarse.

—A Módena —exclamó Vago—. Te envidio. Te encantará Italia. No querrás volver a Budapest.

—Le agradezco mucho su ayuda —dijo Tibor—. No habría sido posible sin ella.

Vago hizo un gesto con la mano.

—Algo tenía que hacer para complacer a tu hermano. No me dejaba en paz.

—Si alguna vez puedo devolverle el favor… —dijo Tibor.

—Serás médico —afirmó Vago—. Si tengo suerte, no necesitaré tus favores.

A continuación pasó a explicar las novedades del hospital: Polaner permanecía estable; los médicos habían decidido no operarle todavía. De Lemarque no se sabía nada. El día anterior Rosen había derribado a patadas la puerta de su habitación, pero no lo había encontrado dentro.

Tibor asistió con Andras a las clases de la mañana. Le oyó presentar su solución al problema de estática de los contrafuertes de la catedral, y después su hermano le enseñó sus dibujos en el estudio. Conoció a Ben Yakov y a Rosen, que enseguida agotaron las pocas palabras de húngaro que les había enseñado Andras. Tibor bromeó con ellos en su limitado pero desenvuelto francés. A mediodía, mientras almorzaban en la cafetería de la facultad, Rosen les habló de su incursión en la pensión de Lemarque. De pronto parecía abatido; su cara había perdido el color de la ira y las pecas rojizas parecían flotar sobre la superficie de su piel.

—Menuda ratonera —dijo—. Cien habitaciones pequeñas y oscuras, llenas de hombres malolientes. Era peor que una cárcel. Casi me dio pena el cabrón por tener que vivir en un sitio así.

Se interrumpió para soltar un sonoro bostezo. Había pasado la noche en vela en el hospital.

—¿Y nada? —preguntó Ben Yakov—. ¿Ni rastro de él?

Rosen negó con la cabeza.

—Registré el edificio desde el sótano al desván. Nadie lo había visto, o al menos eso me dijeron.

—¿Y si lo hubieras encontrado? —preguntó Tibor.

—¿Quieres saber qué habría hecho? En ese momento le habría estrangulado con mis propias manos. Pero habría sido una idiotez. Necesitamos averiguar quiénes son sus cómplices.

La cafetería empezó a vaciarse. Se oían puertas que se abrían y cerraban por todo el atrio a medida que los alumnos volvían a sus clases. Tibor observó cómo se marchaban, con los ojos serios tras las gafas de montura plateada.

—¿En qué piensas? —le preguntó Andras en húngaro.

—En Béla el Afortunado —contestó Tibor—. Ember embernek farkasa.

—Hablad francés, húngaros —pidió Rosen—. ¿Qué estabais diciendo?

—Algo que solía decir nuestro padre —respondió Andras, y repitió la frase.

—¿Y eso qué significa en el lenguaje del resto del mundo?

—«El hombre es un lobo para el hombre.»

Esa noche estaban invitados a una fiesta en casa de József Hász, en el boulevard Saint-Jacques. Sería la primera vez que Andras iba allí desde el inicio de su idilio con Klara. La idea lo puso nervioso, pero József le había invitado personalmente hacía una semana; algunas de sus pinturas se mostrarían en una exposición de estudiantes en la Beaux-Arts, a la que Andras no pensaba ir porque estaba seguro de que sería un aburrimiento, pero después de la inauguración habría bebidas y comida en casa de József.

Andras había declinado la invitación argumentando que Tibor estaría en la ciudad y que no deseaba molestar a József con otro invitado, pero eso solo había servido para que el joven insistiera aún más: si Tibor estaba en París por primera vez, no podía perderse una fiesta en casa de József Hász.

Cuando llegaron, la concurrencia ya estaba borracha. De pie sobre el sofá, un trío de poetas declamaba a voz en grito versos en su mayoría cacofónicos, mientras una chica con un maillot verde se contorsionaba sobre la alfombra oriental. József presidía la reunión, sentado a la mesa de juego, donde ganaba al póquer, mientras los otros jugadores fruncían el entrecejo al ver cómo disminuían sus pilas de dinero.

—¡Han llegado los húngaros! —exclamó József al verlos—. Ahora sí podemos empezar a jugar. ¡Coged una silla, chicos! ¡Venid a jugar!

—No podemos —repuso Andras—. Estamos sin blanca.

József empezó a repartir los naipes a una velocidad vertiginosa.

—Pues comed algo —dijo—. Si estáis sin blanca, tendréis hambre.

¿No tenéis hambre? —No levantó la cabeza de sus cartas—. Id al bufet.

En la mesa del comedor había una pila de baguettes, tres quesos enteros, pepinillos, manzanas, higos, una tarta de chocolate, seis botellas de vino.

—Esto sí alegra la vista —dijo Tibor—. Cena gratis.

Después de prepararse unos bocadillos de higos y queso regresaron al espacioso salón, donde observaron cómo la contorsionista se convertía en un círculo, una campana, un nudo español. Luego adoptó una pose erótica con otra chica, mientras una tercera les hacía fotos con una cámara viejísima.

Tibor las miraba sumido en un trance hipnótico.

—¿Hász da fiestas como esta a menudo? —preguntó observando cómo las chicas adoptaban una nueva pose.

—Más a menudo de lo que imaginas —respondió Andras.

—¿Cuántas personas viven en este piso?

—Solo él.

Tibor soltó un silbido.

—Tiene agua caliente en el baño.

—No exageres.

—No exagero. Y una bañera de porcelana con patas de león. Ven a verlo.

Andras guió a Tibor por el pasillo hacia el fondo del piso y se detuvo delante de la puerta del cuarto de baño, que estaba entreabierta, lo justo para ver una franja de porcelana blanca. Del interior salía un resplandor de velas. Andras abrió la puerta. Dentro, cegada por la luz del pasillo, había una pareja apoyada contra la pared, la chica despeinada y con los dos botones superiores de la blusa desabrochados. Era Elisabet Morgenstern, que levantó una mano para protegerse de la luz.

—Discúlpenos, caballeros —dijo el hombre en francés con acento norteamericano, arrastrando las palabras con la languidez del exceso de alcohol.

Elisabet había reconocido a Andras inmediatamente.

—¡Deja de mirarme, húngaro estúpido!

Andras retrocedió un paso y tiró de Tibor hacia el pasillo. El hombre les dirigió un guiño de ebrio triunfo y cerró la puerta de una patada.

—Vaya —dijo Tibor—. Será mejor que examinemos la fontanería más tarde.

—Sí, será lo mejor.

—¿Y quién era esa encantadora muchacha? Parece que te conoce.

—Esa muchacha encantadora es Elisabet Morgenstern.

—¿Elisabet? ¿La hija de Klara?

—La misma.

—Y el hombre ¿quién era?

—Alguien muy valiente, eso seguro.

—¿József conoce a Elisabet? —preguntó Tibor—. ¿Crees que están al corriente del secreto?

Andras negó con la cabeza.

—Ni idea. Elisabet parece vivir su vida fuera de la casa. De todos modos, József nunca ha mencionado a una prima secreta, y seguro que lo habría hecho, porque le encanta cotillear.

Empezaron a palpitarle las sienes al pensar en lo que acababa de descubrir y cómo se lo explicaría a Klara.

Volvieron al sofá y se sentaron para ver jugar a las adivinanzas a los invitados. Una chica se apropió del abrigo de Andras y, tras ponérselo en la cabeza a modo de capucha, se agachó para recoger unas flores invisibles.

Los demás gritaron títulos de películas que Andras no había visto. Necesitaba otra copa de vino, y estaba a punto de levantarse para ir en busca de una cuando entró en el salón el amante de Elisabet. El hombre, rubio y ancho de espaldas, con una chaqueta de lana que parecía cara, se remetió la camisa en los pantalones y se alisó el cabello. Saludó alzando una mano y se sentó en el sofá entre Andras y Tibor.

—¿Cómo están, caballeros? —dijo en su lánguido francés—. Por lo visto no se lo están pasando ni la mitad de bien que yo. —Hablaba como las estrellas de Hollywood que hacían anuncios para Radio France—. Esa chica es la bomba. La conocí esquiando durante las vacaciones de Navidad y creo que me he hecho adicto a ella.

—Ya nos íbamos —dijo Andras—. Estábamos a punto de marcharnos.

—¡Ni hablar! —farfulló el norteamericano rubio. Puso una mano en el pecho de Andras—. ¡De aquí no se va nadie! ¡Nos quedamos toda la noche!

Por el pasillo venía Elisabet, sacudiéndose gotas de agua de las manos. Se había peinado apresuradamente y llevaba mal abrochada la blusa. Cuando llegó al salón, hizo señas a Andras con un gesto apremiante de la mano. Este se levantó del sofá, se disculpó con una inclinación de la cabeza y la siguió por el pasillo. Elisabet lo condujo hasta el dormitorio de József, donde había un montón de abrigos sobre la cama y tirados por el suelo.

—A ver —dijo cruzando los brazos—, dime qué has visto.

—¡Nada! —exclamó Andras—. Nada de nada.

—Si le hablas de Paul a mi madre, te mato.

—¿Cuándo quieres que se lo diga, si me has prohibido ir a tu casa?

El rostro de Elisabet adoptó una expresión perspicaz.

—No te hagas el inocente conmigo —replicó—. Sé que no te has pasado los últimos dos meses esperando que me enamorara de ti. Sé lo que hay entre tú y mi madre. He visto cómo te miraba. No soy idiota, Andras. Puede que no me lo cuente todo, pero la conozco lo bastante bien para saber cuándo tiene un amante. Y tú eres su tipo. O uno de sus tipos, mejor dicho.

Andras se ruborizó: «He visto cómo te miraba». Y cómo debía de mirarla él. ¿Cómo podían no haberse dado cuenta los demás? Desvió la vista hacia la chimenea, donde una pitillera yacía entre la ceniza, con el monograma ennegrecido.

—Sabes que a tu madre no le gustaría que estuvieras aquí —dijo Andras—. ¿Está enterada de que conoces a József Hász?

—¿El idiota ese que vive aquí? ¿Por qué? ¿Es un criminal famoso o qué?

—No exactamente —contestó Andras—. Pero celebra fiestas bastante desenfrenadas.

—Lo he conocido esta noche. Es amigo de Paul, de la escuela.

—¿Y conociste a Paul en Chamonix?

—No creo que sea asunto tuyo. En serio, Andras, no le cuentes nada de esto a mi madre. Me encerraría en mi habitación de por vida. —Se alisó la blusa y al ver que se la había abrochado mal lanzó un juramento impropio de una dama.

—No se lo diré —prometió Andras—. Palabra de honor.

Elisabet lo miró con el entrecejo fruncido, como si dudara de su sinceridad, pero en su expresión severa se transparentaba un atisbo de vulnerabilidad, el reconocimiento de que él tenía la llave de algo que era importante para ella. Andras no estaba seguro de si Elisabet amaba a Paul o simplemente le gustaba la libertad de llevar una vida fuera del escrutinio de su madre, pero en cualquier caso lo entendía. Repitió su promesa. Los hombros tensos de Elisabet se relajaron un poco, y soltó un suspiro entrecortado. Después cogió dos abrigos del montón de la cama, pasó junto a Andras y volvió al salón, donde Paul y Tibor seguían observando cómo los demás jugaban a las adivinanzas.

—Es tarde, Paul —dijo Elisabet arrojándole el abrigo sobre el regazo—. Vámonos.

—¿Tan pronto? —exclamó Paul—. Siéntate y mira a esas chicas.

—No puedo. Tengo que volver a casa.

—Ven aquí, leona —dijo él, y la cogió por la muñeca.

—Si tengo que volver sola a casa, lo haré —afirmó ella soltándose.

Paul se levantó del sofá y la besó en los labios.

—Qué tozuda eres —dijo—. Espero que este caballero no haya sido grosero contigo. —Guiñó un ojo a Andras.

—Este caballero siente el máximo respeto por la señorita —aseguró Andras.

Elisabet puso los ojos en blanco.

—Bueno —dijo—, ya está bien.

Se puso el abrigo, lanzó una mirada de advertencia a Andras y se encaminó hacia la puerta. Paul hizo un saludo militar y la siguió.

—Bueno —dijo Tibor—, siéntate y cuéntame de qué iba todo esto.

—Me ha suplicado que no le cuente a su madre que la he visto con ese hombre.

—¿Y tú qué le has dicho?

—He jurado que no diría nada.

—Tampoco tendrás la oportunidad de hacerlo.

—Bueno —repuso Andras—, por lo visto Elisabet sospecha que hay algo entre su madre y yo.

—Ah. Así pues, no es un secreto.

—No parecía en absoluto sorprendida. Ha dicho que yo era el tipo de su madre, ya ves. Pero por lo visto no tiene ni idea de que József es su primo. —Suspiró—. Tibor, ¿en qué lío me he metido?

—Eso precisamente te preguntaba yo —dijo Tibor, y le rodeó los hombros con un brazo.

Poco después apareció József con tres copas de champán en la mano. Tendió una a cada uno y brindó a su salud.

—¿Os divertís? —preguntó—. Todo el mundo tiene que divertirse.

—Oh, sí —respondió Andras, agradecido por el champán.

—Veo que habéis conocido a Paul, mi amigo norteamericano —dijo József —. Su padre es un magnate de la industria. Neumáticos de automóvil o algo así. Esa novia que se ha echado es demasiado deslenguada para mi gusto, pero está loco por ella. Puede que crea que todas las francesas se comportan así.

—Si así es como se comportan las francesas, os compadezco —repuso Tibor.

—Por la compasión —dijo József, y los tres apuraron su copa de champán.

Al día siguiente Andras y Tibor recorrieron las largas salas del Louvre, empapándose de las sombras de un marrón aterciopelado de Rembrandt, de las frívolas florituras de Fragonard y de las curvas musculosas de los mármoles clásicos. Después pasearon por los muelles del puente de Iéna y se pararon bajo los arcos monumentales de la torre. Rodearon la Gare d'Orsay mientras Andras describía cómo había construido su maqueta. Por último regresaron al Luxembourg, donde el colmenar hibernaba en silencio.

Fueron al hospital para hacer compañía a Polaner, que dormía bajo los cuidados de las enfermeras; Polaner, cuya terrible historia Andras todavía no había contado a Klara. Durante una hora lo observaron mientras dormía. Andras deseaba que despertara, que no estuviera tan pálido y quieto. Las enfermeras aseguraron que estaba mejor ese día, pero Andras no notó ningún cambio. Después se encaminaron hacia el Sarah-Bernhardt, donde Tibor ayudó a su hermano a recoger. Guardaron el servicio de café y doblaron la mesa plegable, retiraron mensajes antiguos del casillero de los actores, llevaron elementos de atrezo desperdigados a la sala de utilería y los trajes al taller de vestuario, donde madame Courbet estaba doblando ropa y colocándola en los armarios rotulados. Claudel regaló a Andras una caja medio llena de puros —un elemento de atrezo— y se disculpó por haberle mandado tantas veces al infierno. Esperaba que Andras lo perdonara, ahora que ambos se veían a merced de los caprichos del destino.

El joven lo perdonó.

—Sé que no pretendía ofender —afirmó.

—Eres un buen chico —dijo Claudel, y lo besó en ambas mejillas—.

Es un buen chico —dijo a Tibor—. Un encanto.

Monsieur Novak se reunió con ellos en el vestíbulo cuando estaban a punto de marcharse. Los hizo entrar en su despacho, donde sacó tres copas de cristal tallado y sirvió su última botella de tokay. Brindaron por los estudios de Tibor en Italia y, a continuación, por la futura reapertura del Sarah-Bernhardt y los otros tres teatros que cerrarían aquella semana.

—Una ciudad sin teatro es como una fiesta sin conversación —sentenció Novak—. Por buenas que sean la comida y la bebida, la gente se aburrirá. Creo que fue Aristófanes quien lo dijo.

—Gracias por haber sacado a mi hermano del apuro —dijo Tibor.

—Oh, se las habría arreglado sin mí —aseguró Novak, y puso una mano en el hombro de Andras.

—Fue su paraguas lo que lo salvó —dijo Tibor—. Sin su ayuda, habría perdido el tren. Y entonces tal vez se hubiera arredrado.

—No, él no —repuso Novak—. El señor Lévi no. Habría salido adelante. Al igual que hará usted en Italia.

Estrechó la mano de Tibor y le deseó suerte.

Cuando se marcharon era casi de noche. Caminaron por el quai de Gesvres viendo titilar en el agua las luces de los puentes y las barcazas. El fuerte viento que soplaba sobre el río aplastaba el abrigo de Andras contra su espalda. Sabía que a aquella hora Klara estaba en su estudio, a punto de finalizar la última clase de la tarde. Sin decir a Tibor adónde se dirigían, tomó la rue François Miron en dirección a la rue de Sévigné. Recorrió el camino que hacía semanas que no pisaba. Y en la esquina, derramando su luz a la calle, estaba el estudio de danza con sus medias cortinas y el rótulo

con las palabras «Mme. Morgenstern, Maîtresse». Hasta ellos llegaba a través del cristal el débil sonido de la música del fonógrafo: la pieza lenta y majestuosa de Schumann que Klara usaba para las reverencias del final de la clase. Las alumnas eran de nivel intermedio, niñas esbeltas de diez años con la nuca vellosa y omóplatos como alitas afiladas bajo el algodón de sus maillots. En la parte delantera de la sala, Klara les indicaba cómo hacer una serie de profundas reverencias. Llevaba el cabello enrollado en la nuca y un vestido de ensayo de viscosa color ciruela ceñido en la cintura por una cinta negra. Sus brazos eran gráciles y fuertes, sus rasgos, apacibles. No necesitaba a nadie; se había construido una vida y ahí estaba: esas reverencias finales, su hija en la planta superior, la señora Apfel, las cálidas habitaciones de la casa que se había comprado. Sin embargo, parecía querer algo de él, de Andras Lévi, un alumno de veintidós años de la École Spéciale. El lujo de la vulnerabilidad, quizá; la aguda emoción de la incertidumbre. Mientras la observaba le pareció que el corazón se le paraba en el pecho.

—Ahí la tienes —dijo—. Klara Morgenstern.

—Vaya —exclamó Tibor—. Es preciosa, esto está claro.

—Vamos a preguntarle si quiere cenar con nosotros.

—No, Andras. No pienso hacerlo.

—¿Por qué no? Has venido a París a ver cómo vivía tu hermano, ¿no?

Pues bien, si no la conoces, no lo sabrás.

Tibor observó a Klara mientras esta levantaba los brazos; las niñas levantaron los brazos y se inclinaron en una reverencia.

—Es muy menuda —comentó Tibor—. Como una ninfa tallada en madera.

Andras intentó verla como la veía Tibor, intentó mirarla como si la viera por primera vez. Había cierta audacia, cierto rasgo infantil, en la forma en que movía el cuerpo, como si una parte de ella siguiera siendo una niña. En cambio sus ojos tenían la expresión de una mujer que había visto pasar toda

una vida. Era eso lo que la asemejaba a una ninfa, pensó Andras: la forma en que parecía personificar al mismo tiempo la atemporalidad y el irrevocable paso del tiempo. La música llegó a su fin y las niñas corrieron a recoger sus bolsas y abrigos. Tibor y Andras las vieron marchar.

Después se acercaron a Klara, que estaba a la puerta del estudio, temblando con su vestido de ensayo.

—Andras —dijo tendiéndole la mano.

Él se sintió aliviado al observar que parecía contenta de verlo; se había preguntado cómo reaccionaría ante su visita. Pero se dijo que no había nada malo en que pasara a verla mientras paseaba por el Marais. Era algo normal, algo que podría haber hecho cualquier conocido.

—Qué sorpresa —añadió Klara—. ¿Quién es este caballero?

—Es Tibor —respondió Andras—. Mi hermano.

Klara le estrechó la mano.

—¡Tibor Lévi! —exclamó—. Por fin. Llevo meses oyendo hablar de ti.

—Volvió la cabeza para mirar hacia la escalera—. ¿Qué hacéis aquí? Seguro que no habéis venido a que os dé clase.

—Ven a cenar con nosotros —propuso Andras.

Ella rió, un poco nerviosa.

—No estoy vestida para salir.

—Tomaremos algo mientras te esperamos.

Ella se llevó una mano a la boca y volvió de nuevo la cabeza. De la planta superior llegaron a sus oídos el sonido de pasos rápidos y un frotar de ropa de abrigo.

—Mi inescrutable hija cena fuera con unos amigos.

—Entonces ven con nosotros —insistió Andras—. Así no estarás sola.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Dónde estaréis?

Andras mencionó un local donde servían bullabesa con rebanadas de pan moreno. A los dos les encantaba; habían ido allí durante los diez días de diciembre que habían pasado juntos.

—Estaré allí en media hora —prometió Klara, y subió corriendo por la escalera.

El restaurante, que había sido antaño una herrería, olía ligeramente a ceniza y a hierro. Los hornos de fundición se habían convertido en hornos de cocción; había mesas de madera tosca, una carta llena de platos baratos y jarras de sidra. Se sentaron a una mesa y pidieron sendas copas.

—Así que esa es Klara —dijo Tibor, y negó la cabeza—. No puede ser la madre de la chica que conocí anoche en la fiesta.

—Pues lo es.

—¡Qué barbaridad! Debía de ser apenas una niña cuando la tuvo.

—Tenía quince años —confirmó Andras—. No sé nada del padre, excepto que murió hace tiempo. No le gusta hablar de eso.

Klara llegó justo cuando estaban pidiendo una segunda ronda. Tras colgar su sombrero rojo y su abrigo en un gancho que había junto a la mesa, se sentó y se recogió algunos mechones sueltos detrás de la oreja. Andras notó el calor de sus piernas y tocó los pliegues de su vestido por debajo de la mesa. Ella arqueó las cejas y le preguntó si sucedía algo. Evidentemente, él no podía decirle lo que sucedía: que Tibor se oponía a su relación, al menos en teoría. De modo que le contó lo que le había ocurrido a Polaner en la École Spéciale.

—Qué horror —dijo ella cuando Andras terminó de hablar, y apoyó la frente en las manos—. Pobre chico. ¿Y sus padres? ¿Alguien les ha escrito?

—Nos pidió que no lo hiciéramos. Está avergonzado.

—Claro. Dios mío.

Los tres guardaron silencio con la vista fija en sus jarras de sidra. Andras miró de reojo a Tibor y le pareció que su expresión se había suavizado; era como si, después de lo que le había sucedido a Polaner, fuera una estupidez, un lujo, juzgar lo adecuado o inadecuado del amor. Tibor preguntó a Klara por la clase que acababa de dar, y ella le preguntó qué le parecía París y si tendría tiempo de visitar Italia antes de que comenzara el curso.

—No tendré mucho tiempo para viajar —contestó Tibor—. Las clases empiezan la semana que viene.

—¿Y qué estudiarás primero?

—Anatomía.

—Te fascinará —afirmó ella—. A mí me fascinó.

—¿Has estudiado anatomía?

—Sí —respondió ella—. En Budapest, como parte de mi formación de bailarina. Tenía un maestro que juzgaba necesario enseñar la física y la mecánica del cuerpo humano. Nos hacía leer libros con ilustraciones anatómicas que repugnaban a casi todas las chicas, y a algunos chicos también, aunque procuraban disimularlo. Y un día nos llevó a la facultad de medicina de la Universidad de Budapest, donde los estudiantes estaban diseccionando cadáveres. Pidió a un profesor que nos enseñara los músculos, los tendones y los huesos de la pierna y el brazo. Después, los de la espalda y la columna. Recuerdo que dos de las chicas se desmayaron. Pero a mí me encantó.

Tibor la miró con admiración reticente.

—¿Y crees que eso mejoró tu forma de bailar?

—No lo sé. Creo que me ayuda en las clases. Me ayuda a explicar las cosas. —Se quedó un momento pensativa, tocando el dobladillo de la servilleta—.

Todavía tengo en casa esos libros de anatomía. Más de los que necesito. Me gustaría regalarte uno, si te queda algún hueco en la maleta.

—No puedo aceptarlo —repuso Tibor, pero la codicia se reflejó en sus ojos.

Había heredado la pasión de su padre por los libros antiguos. Andras y él habían pasado horas en las librerías de viejo de Budapest, donde Tibor solía coger un libro antiguo de anatomía tras otro y mostrar a su hermano las detalladas ilustraciones a color, la tímida curva del páncreas, los cúmulos de un pulmón. Suspiraba por aquellos preciosos tomos que no podía comprar, ni siquiera a los precios de las librerías de viejo.

—Insisto —dijo Klara—. Pasa por casa después de cenar y elige uno.

Así que, tras la bullabesa y otra ronda de sidra, fueron a la rue de Sévigné y subieron por la escalera al piso de Klara. Ahí estaba el salón donde Andras la había visto por primera vez; ahí estaban el platito en forma de nido con los huevos de caramelo, el sofá, el fonógrafo, las lámparas con pantalla color ámbar: el paisaje íntimo de la vida de Klara, que le había sido negado durante el último mes. La mujer sacó de un estante tres libros grandes de anatomía encuadernados en piel. Los dejó sobre el escritorio y abrió las tapas grabadas en oro. Tibor desplegó las hojas de ilustraciones que revelaban los misterios del cuerpo humano en tinta de cuatro colores. El más pesado y hermoso de los volúmenes era un ejemplar infolio del Corpus humanum, impreso en latín y dedicado a Klara con la letra angulosa de su profesor de ballet, Viktor Romankov: «Sine scientia ars nihil est.Budapest, 1925».

Klara cogió el volumen de las manos de Tibor y lo guardó en su caja de piel.

—Este es el que quería regalarte —dijo, y lo puso en los brazos del joven.

Tibor se ruborizó y negó con la cabeza.

—No podría…

—Quiero que lo tengas tú —afirmó ella—. Para tus estudios.

—Viajaré. No quiero estropearlo. —Tibor se lo tendió.

—No. Quédatelo. Te alegrarás de tenerlo. Yo me alegraré de saber que está en Módena. Es algo insignificante en comparación con lo que has tenido que hacer para llegar allí.

Tibor contempló el libro que tenía en las manos y a continuación alzó la vista hacia Andras. Este, sin embargo, no le miraba. Sabía que si lo hacía ese asunto se convertiría en la cuestión de si Tibor daba su aprobación a lo que había entre él y Klara. Así que siguió con la vista fija en la pantalla de la chimenea, con su escena desvaída de un caballo y un jinete en un bosque umbrío, y dejó que el deseo de Tibor de poseer aquel precioso infolio tomara la decisión por él. Tras un momento de vacilación, Tibor se deshizo en palabras de gratitud y permitió que Klara envolviera el libro en papel marrón.

El último día que Tibor pasó en París, Andras lo llevó en el atronador metro a Boulogne-Billancourt. La tarde era cálida para el mes de enero, sin viento y seca. Caminaron por las largas y tranquilas avenidas, pasando junto a panaderías, verdulerías y mercerías, en dirección al barrio donde el edificio blanco de Pingusson atravesaba el aire matinal como un transatlántico a punto de zarpar. Andras le habló de la partida de póquer en la que la derrota de Perret se había transformado en una asignación económica para sus estudios. Después llevó a su hermano por la rue Denfert-Rochereau, donde edificios de Le Corbusier, Mallet-Stevens, Raymond Fischer y Pierre Patout irradiaban su fuerza austera, sin adornos, hacia la luz de la mañana. En los meses transcurridos desde su primera visita a aquella zona, Andras había vuelto una y otra vez a aquellas calles donde los arquitectos vivos que admiraba habían construido pequeños santuarios a la simplicidad y la belleza. Una mañana, no hacía mucho, había ido hasta la Villa Gordin de Perret, una casa en forma de bloque, con un aire vagamente japonés, construida para una escultora, con una hilera de ventanas espejeantes a las que servían de contrapeso dos rectángulos de ladrillos dispuestos perpendicularmente. Perret podría haber construido lo que hubiera querido en cualquier otro solar de París, pero había decidido hacer eso: crear una obra de simplicidad espartana, un espacio a escala humana para una artista en una callecita donde una persona podía trabajar y estar aislada. El edificio

había acabado siendo el preferido de Andras en Boulogne-Billancourt. Se sentaron enfrente, en el bordillo de la acera, y Andras habló a su hermano de la escultora de origen letón que vivía allí, Dora Gordin, y del espacioso estudio que Perret había diseñado para ella en la parte trasera de la casa.

—¿Te acuerdas de las cabañas que construías en Konyár? —preguntó Tibor —. Tu negocio inmobiliario.

El negocio inmobiliario. El verano que cumplió nueve años, justo antes de empezar la escuela en Debrecen, Andras se había convertido en contratista de obras de los chicos del barrio. Tenía el monopolio de los pedazos de madera y podía construir un fuerte o un local social en medio día.

Mátyás, que contaba cuatro años, era su ayudante. Lo acompañaba siempre y, con semblante muy serio, le tendía los clavos mientras Andras daba martillazos a los tablones de madera. A cambio de sus servicios inmobiliarios, Andras cobraba lo que los chicos podían pagar: una fotografía del padre de alguien con uniforme militar, una flota de aviones de combate de hojalata, un cráneo de gato, una balsa, un ratón blanco en una jaula. Aquel verano había sido el niño más rico del pueblo.

—¿Te acuerdas de mi ratón? —preguntó Andras—. ¿Te acuerdas de cómo lo llamabas?

—Eliahu Hanaví.

—A anya no le gustaba. Le parecía un sacrilegio.

Andras sonrió y flexionó los dedos de los pies sobre la fría acera. Las sombras se alargaban, y el frío había penetrado las capas de ropa. Cuando estaba a punto de proponer que siguieran caminando, Tibor se echó hacia atrás, apoyándose en los codos, y miró el jardín de la azotea, con sus arbustos de hoja perenne.

—Ese año me enamoré por primera vez —dijo—. No te lo había dicho. Entonces eras demasiado pequeño para entenderlo, y cuando creciste ya estaba enamorado de otra, Zsuzsanna, aquella chica a la que llevaba a los bailes del gimnázium. Pero antes hubo una niña llamada Rozsa Geller.

Rózsika. Yo tenía trece años y ella dieciséis. Era la hija mayor de la familia con la que vivía en Debrecen. Los que se mudaron antes de que tú vinieras a la escuela.

Andras captó un tono desconocido en la voz de Tibor, casi un punto de amargura.

—Dieciséis —dijo, y soltó un silbido—. Una mujer mayor.

—La miraba cuando se bañaba. Tenía la costumbre de bañarse en la cocina, en una tina metálica, y mi cama estaba al otro lado de la cortina.

Aquella cortina estaba llena de agujeros. Tenía que saber que la miraba.

—Y tú lo veías todo.

—Todo. Se quedaba allí de pie, echándose agua por encima y canturreando «La marsellesa».

—¿Por qué «La marsellesa»?

—Estaba enamorada de un actor de cine francés. Salía en muchas películas bélicas.

—Pierre Fresnay.

—Eso es, así se llamaba el cabronazo. ¿Cómo lo sabes?

—Mi amigo Ben Yakov es clavadito a él.

—Vaya. Me alegro de no haberlo sabido cuando lo conocí.

—¿Y qué pasó?

—Un día su padre me pilló mirándola. Me dio una paliza. Me rompió un brazo.

—¡No te rompiste el brazo jugando a fútbol!

—Esa fue la versión oficial. Su padre me dijo que me entregaría a la policía si se lo contaba a alguien. Me echaron de la casa. No volví a verla.

—Vaya, Tibor. No tenía ni idea.

—De eso se trataba.

—¡Qué horror! Solo tenías trece años.

—Y ella dieciséis. Era más lista que yo. Seguro que sabía que me pillarían algún día. Quizá quería que me pillaran. —Se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones—. Ya ves, esta es mi experiencia con mujeres mayores.

Hubo un movimiento detrás de una de las ventanas de la casa: la sombra de una mujer cruzó un cuadrado de luz. Andras se puso en pie. Imaginó a la escultora acercándose a la ventana, viéndolos parados frente a su casa como si esperaran vislumbrarla un momento.

—Yo no tengo trece años —dijo Andras—, ni Klara dieciséis.

—Desde luego que no —repuso Tibor—. Sois adultos. Lo que significa que las consecuencias serán más graves si la situación se os va de las manos.

—Es demasiado tarde —afirmó Andras—. A mí ya se me ha ido de las manos. No sé qué pasará. Estoy a su merced.

—Pues espero que muestre compasión —señaló Tibor. Y utilizó la palabra yiddish, rachmones, la misma que había hecho reaccionar a Andras tres meses antes en el Jardin du Luxembourg.

A la mañana siguiente cargaron con las maletas de Tibor hasta la Gare de Lyon, del mismo modo que habían cargado con las de Andras hasta la estación de Nyugati cuando se marchó a París. Ahora era Tibor quien partía hacia una vida desconocida en una ciudad extranjera; era Tibor quien se marchaba a estudiar, trabajar y transitar los oscuros pasajes de un idioma extranjero. El viento rugía por los bulevares e intentaba arrancarles las maletas de las manos. El tiempo cálido del día anterior se había esfumado, como si solo lo hubieran soñado. París estaba tan gris como el día en que

había llegado Andras. Deseaba encontrar algún pretexto para que Tibor se quedara otro día, otra semana. Por supuesto, su hermano tenía razón. Había cometido una estupidez al iniciar un romance con Klara Morgenstern. Ya se había aventurado en terreno peligroso, caminaba por el borde de una senda estrecha hacia una roca oculta tras un recodo. No tenía los zapatos adecuados para eso, ni las provisiones, la ropa, la visión de futuro, la fortaleza mental y la experiencia necesarias. Lo único que tenía era una especie de esperanza temeraria…, algo, suponía, bastante parecido a la esperanza que había impulsado a los exploradores del siglo XV a aventurarse en regiones ignotas. Habiendo dejado claro lo mal equipado que estaba Andras, ¿cómo podía dejarlo solo Tibor? ¿Cómo podía subir a un tren y marcharse a Italia, aunque allí lo esperara la facultad de medicina? Su papel había sido siempre enseñar a Andras el camino cuando este estaba oscuro; a veces, en su infancia, su mano había sido literalmente la única guía de Andras en la oscuridad. Pero ahora habían llegado a la Gare de Lyon y allí estaba el tren, negro e impertérrito en las vías.

—Bueno —dijo Tibor—. Me voy.

«Quédate», deseaba decir Andras.

—Buena suerte.

—Escríbeme. Y no te metas en líos. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Nos veremos pronto.

«Mentiroso», quiso decir Andras.

Tibor le puso una mano en el antebrazo. Parecía que quisiera decir algo más, unas últimas palabras en húngaro antes de subir al tren lleno de italianos y franceses, pero permaneció en silencio mirando la vasta boca de la estación y la maraña de vías que se extendían más allá. Subió al tren y Andras le pasó su bolsa de piel. Las gafas de montura plateada le resbalaron por el puente de nariz y se las subió con el pulgar.

—Escríbeme en cuanto llegues —pidió Andras.

Tibor se tocó la gorra y desapareció en el vagón de tercera.

Cuando el tren salió de la estación, Andras atravesó las puertas con el letrero de SORTIE y caminó por la ciudad en la que ya no estaba su hermano. Le dolían los pies con los zapatos negros que Tibor le había traído de Hungría. Le daba igual con quién se cruzaba en la calle y adónde se dirigía. Si al descender del bordillo de la acera hubiera hallado un abismo en lugar de la alcantarilla, si se hubiera elevado por el vacío que se extendía sobre los coches y entre los edificios hasta ver los tejados con sus chimeneas de ladrillo rojo y su forma irregular y curva, y si hubiera continuado ascendiendo hasta caminar por el cenagal de nubes bajas del cielo invernal, no habría experimentado ni sorpresa ni alegría, ni maravilla ni asombro, solo la misma pesadez en las extremidades. Sus pasos lo alejaron aún más de su hermano, lo llevaron hacia el oeste de la ciudad por el boulevard Raspail, hasta la École Spéciale, donde cruzó las puertas azules del patio.

Este estaba lleno de estudiantes, todos sumidos en un silencio desacostumbrado, cabizbajos, en grupitos de tres o cuatro. En el ambiente se respiraba una pesada quietud; una presencia sombría y palpable, como una bandada de cuervos paralizados en pleno vuelo. En un banco astillado de un rincón estaba sentado Perret, con la cabeza entre las manos.

Esto era lo que había sucedido: a través del lento servicio de correos provincial, la noticia de las heridas de Polaner había llegado a Bayeux, adonde Lemarque había huido tras la agresión para refugiarse en casa de sus padres. En la carta, escrita por sus cómplices, se le informaba de que Polaner se hallaba en el hospital, al borde de la muerte, con una hemorragia interna: una noticia que pretendía dar ánimos a Lemarque, demostrare que todo aquello no había sido en vano, que la paliza había tenido consecuencias. Tras recibir la misiva, Lemarque redactó dos cartas: una dirigida a los directores de la facultad, en la que asumía la responsabilidad de lo ocurrido y daba el nombre de los tres estudiantes de tercero y cuarto que habían participado en la agresión. La segunda, dirigida a Polaner, era una breve confesión de remordimiento y amor. Más tarde, después de dejar ambas cartas sobre la mesa de la cocina, se había colgado de una viga en el

establo. Su padre había descubierto el cadáver al amanecer, frío y azul como la luz de un largo invierno.

OceanofPDF.com

14

Un corte de pelo

Se decidió, primero en una reunión celebrada en el despacho de Perret por la noche y, luego, más tarde aún, en la Paloma Azul, que Andras sería el encargado de comunicar a Polaner la noticia de la muerte de Lemarque. Perret creía que era responsabilidad suya como director de la escuela, pero Vago argumentó que la situación era delicada y exigía medidas especiales; en su opinión, sería más fácil si un amigo le daba la noticia. Andras, Rosen y Ben Yakov estuvieron de acuerdo y resolvieron que el primero entregaría la carta a Polaner. Esperarían, por supuesto, hasta que los médicos consideraran que estaba fuera de peligro, y había razones para creer que sería pronto. Tras la segunda semana en el hospital, los síntomas y las secuelas de la hemorragia habían empezado a remitir. Polaner ya no estaba desorientado, y los moratones y la hinchazón habían disminuido. Ya podía comer y beber por sí mismo. Todavía estaría débil durante un mes, según decían los médicos, mientras recuperaba la sangre perdida, pero coincidían en que lo peor ya había pasado. De hecho, aquel fin de semana parecía tan recuperado que Andras se atrevió a abordar a uno de los médicos para explicarle en su precario francés el asunto de Lemarque. El médico, un internista de cara alargada que había hecho del caso de Polaner un proyecto personal, manifestó su preocupación por los posibles efectos del impacto, pero, dado que no podían ocultárselo a Polaner para siempre, convino en que sería mejor decírselo mientras estaba en el hospital y se le podía vigilar de cerca.

Al día siguiente, mientras le hacía compañía sentado, como otras tantas veces, en la silla de acero junto a la cama, Andras sacó el tema de la École Spéciale por primera vez desde la agresión. Dijo que, en vista de que Polaner se había recuperado tan bien, el médico pensaba que podía retomar poco a poco el trabajo de la clase. Se ofreció a llevarle lo que necesitara del estudio: sus libros de estática, los útiles de dibujo, un cuaderno de bocetos…

Polaner lo miró con expresión apenada y cerró los ojos.

—No pienso volver a la facultad —afirmó—. Regreso a Cracovia.

Andras le puso una mano en el brazo.

—¿Es eso lo que quieres?

Polaner soltó un largo suspiro.

—Lo han decidido por mí —respondió—. Ellos lo decidieron.

—Nada está decidido. Puedes volver a la facultad si lo deseas.

—No puedo —repuso Polaner con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo voy a enfrentarme a Lemarque o a cualquiera de los otros? No puedo ir al estudio y sentarme a la mesa como si nada hubiera pasado.

Carecía de sentido esperar más. Andras sacó la carta del bolsillo y la puso en la mano de Polaner. Durante un buen rato este se quedó mirando el sobre con su nombre escrito con la letra picuda de Lemarque. Al cabo lo abrió y alisó sobre la cama la hoja que contenía. Leyó las seis líneas en las que Lemarque se confesaba y le suplicaba que lo perdonase, tanto por la agresión como por lo que creía que debía hacer. Cuando terminó de leer, dobló el papel y apoyó la cabeza sobre la almohada, con los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando bajo la sábana.

—Dios santo —susurró—. Es como si lo hubiera matado yo.

Hasta entonces Andras creía que su odio hacia Lemarque había alcanzado el límite, que con la muerte de este sus sentimientos habían pasado del odio a algo parecido a la compasión. Sin embargo, al ver la aflicción de Polaner, al ver las facciones de su amigo arrugarse bajo el peso de la noticia, se estremeció de furia. ¡Qué rabia que la muerte de Lemarque se hubiera producido con aquella confesión de remordimiento y amor! En adelante Polaner siempre pensaría en lo que había perdido, en lo que podría haber ocurrido si el mundo fuera diferente. Era una crueldad más, añadida a la agresión y a la muerte en sí, un pinchazo como el de algunas ortigas que crecían en la llanura de Hajdú: una vez clavada la espina, esta se hundía

más profundamente en la herida y descargaba su veneno durante días y semanas, mientras la víctima se moría de dolor.

Permaneció en el hospital con Polaner después de oscurecer, haciendo oídos sordos a los avisos de la enfermera sobre el horario de visita. Cuando ella insistió, Andras le dijo que tendría que llamar a la policía para echarle.

Finalmente el médico de la cara alargada intercedió por él, y le permitieron quedarse hasta la mañana siguiente. Mientras estaba sentado junto a la cama, su cabeza no dejaba de dar vueltas a lo que había dicho Polaner en la Paloma Azul en octubre: «Yo solo quiero pasar inadvertido. Quiero estudiar y sacarme el título». Pensó que si podía evitarlo no permitiría que la vergüenza y la aflicción obligaran a su amigo a regresar a Cracovia.

Pasó otra semana antes de que Polaner saliera del hospital. Cuando por fin lo abandonó, fue Andras quien lo acompañó a su habitación en el boulevard Saint-Germain. En los días posteriores se ocupó de examinar sus heridas, vigilar que comiera, llevar su ropa a la lavandería y encender la lumbre de la chimenea cuando se apagaba. Una mañana, al volver de la panadería, encontró a Polaner incorporado en la cama con una tabla de dibujo sobre las rodillas. La colcha estaba salpicada de virutas de lápiz y la silla que había al lado, llena de carboncillos. Andras no dijo ni una palabra mientras dejaba un par de baguettes sobre la mesa. Preparó pan con mermelada y té para Polaner y se lo sirvió en la cama, y después se sentó a la mesa. Y durante toda la mañana, mientras trabajaba, el ruido del lápiz de Polaner lo acompañó como música de fondo.

Más tarde, el chico se levantó, se miró al espejo de la cómoda y se pasó las manos por el mentón oscurecido por la barba.

—Parezco un criminal —dijo—. Parece que haya pasado meses en la cárcel.

—Pues estás mucho mejor que hace unas semanas.

—Resulta ridículo pensar en cortarme el cabello —susurró.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por todo. Para empezar, no sé si podré sentarme en la silla de un barbero y soportar su conversación.

Andras se situó al lado de Polaner y miró su reflejo en el espejo. También él presentaba mejor aspecto que en las semanas anteriores. Klara le había cortado el pelo la noche anterior, de modo que parecía casi un caballero, aunque a ella le gustaba con el cabello largo.

—Mira —dijo Andras—, ¿qué te parece si le pido a una amiga que venga y te corte el pelo? Así no tendrías que sentarte en la silla de un barbero y charlar con él.

—¿Una amiga? —preguntó Polaner mirando a Andras en el espejo.

—Una muy buena amiga.

Polaner se volvió para mirarlo directamente.

—¿Una novia?

— *Exactement.*

—¿Qué novia, Andras? ¿Qué ha pasado mientras yo estaba postrado en la cama?

—La verdad es que la relación empezó bastante antes. Hace un par de meses, de hecho.

Polaner le dedicó una sonrisa tímida y fugaz. En aquel momento, y por primera vez desde la noticia de la muerte de Lemarque, volvía a ser el mismo de antes.

—Supongo que no querrás contármelo —dijo.

—Ya que te lo he mencionado, lo considero una obligación.

Polaner señaló la silla.

—Cuenta —dijo.

La noche siguiente Polaner estaba sentado en esa misma silla, en el centro de la habitación, con una toalla sobre los hombros y el espejo colocado enfrente, mientras Klara Morgenstern, provista de tijeras y peine, le hablaba con su voz grave e hipnótica. La noche anterior, cuando Andras le comentó lo que sucedía, entendió de inmediato por qué debía hacer lo que le pedía. Había anulado una cena para ir allí. Aquella misma noche, de camino a casa de Polaner, había cogido la mano de Andras con una especie de fervor mudo mientras cruzaban el Sena, con la mirada baja al recordar —supuso Andras— una pena similar. Ahora él estaba sentado cerca de la lumbre, viendo caer los mechones, lleno de gratitud hacia aquella mujer que comprendía la necesidad de aquel gesto simple e íntimo, la importancia de realizar aquel acto de regeneración en una buhardilla del boulevard Saint-Germain.

OceanofPDF.com

15

En las Tullerías

Aquella primavera, cuando no estaba en clase, cuidando de Polaner o en compañía de Klara, Andras aprendía a diseñar y construir decorados bajo la dirección de Vincent Forestier. Monsieur Forestier tenía un taller en la rue des Gravilliers, donde realizaba los diseños y construía las maquetas. Desde hacía meses necesitaba un aprendiz que lo ayudara a copiar los planos y le echara una mano con el trabajo minucioso y pesado de montar las maquetas. Forestier era alto, corpulento y taciturno, con una perpetua sombra grisácea de barba incipiente y la costumbre de acompañar todas sus frases con encogimientos de sus anchos hombros, como si no otorgara mucho valor a lo que decía.

Resultó ser un genio del diseño. Con las limitaciones económicas más estrictas y los tiempos de producción más breves, era capaz de crear palacios, calles y valles umbríos con su estilo incomparable. A menudo un decorado se metamorfoseaba en otro: un cenador de cuento de hadas podía convertirse en el despacho de un comandante en un teatro situado en la otra punta de la ciudad, y después servir por tercera vez como compartimiento de tren, cabaña de un eremita o cama con dosel de un bajá. La idea de Andras de crear planos con los interiores pintados a un lado y los exteriores al otro era uno de los trucos más sencillos de Forestier. Los decorados que él creaba eran como rompecabezas: podían transformarse en tres o cuatros interiores según el orden en que se dispusieran los paneles; era un genio de la ilusión óptica. Conseguía que un actor pareciera crecer o encogerse al cruzar el escenario y mediante un cambio sutil de la iluminación convertía la habitación de juegos de un niño en una sala de los horrores.
La proyección de diapositivas coloreadas a mano evocaba ciudades o montañas distantes, presencias fantasmales, recuerdos de juventud de un personaje. Una linterna mágica que giraba con el calor de una vela lograba que bandadas de pájaros cruzaran el telón de fondo. Cualquier decorado podía esconder trampillas y paneles rotatorios; todas las superficies podían ocultar un interior misterioso que a su vez ocultaba otro interior, tras el cual se escondía un tercer interior que guardaba un parecido inquietante con el

exterior. De hecho, hasta monsieur Forestier tenía la costumbre de aparecer y desaparecer como un actor en un decorado diseñado por él mismo; entraba y asignaba una tarea a Andras, y cinco minutos después se había esfumado como si hubiera atravesado la pared, mientras Andras se rompía la cabeza con las dificultades del diseño. Tras el tumulto del Sarah-Bernhardt, a Andras le parecía un trabajo solitario. Pero por la noche, cuando volvía a su habitación, en ocasiones Klara lo estaba esperando allí.

Corría a su casa con la esperanza de encontrarla; casi siempre era su espíritu lo que abrazaba en la oscuridad, la sombra de su presencia que permanecía en la habitación cuando la Klara de carne y hueso estaba ausente. Se desesperaba cuando pasaban varios días sin que fuera a visitarlo. Sabía, aunque no quisiera recordarlo, que mientras él iba a la facultad, trabajaba y cuidaba de Polaner, Klara llevaba su propia vida: ofrecía cenas, iba al cine y al teatro, a clubes de jazz y a inauguraciones en galerías de arte. Andras imaginaba a las personas que conocía en las fiestas que daban sus amigos y a las que recibía en su casa —coreógrafos y bailarines llegados del extranjero, compositores, escritores y actores jóvenes, ricos mecenas del arte—, y tenía la certeza de que se olvidaría de él. Si no aparecía por la rue des Écoles durante tres días, pensaba: «Bueno, ya está», y pasaba el día siguiente en un estado de aturdida desesperación. Si paseaba solo, odiaba a todas las parejas con las que se cruzaba por la calle; si intentaba distraerse con una película, maldecía a la diosa cinematográfica de cabello azabache que salía a hurtadillas del compartimiento de tren de su marido para subir a la litera de su amante iluminada por la luna. Si al final de una de esas noches volvía a su casa en la rue des Écoles y veía luz en su ventana, subía por la escalera diciéndose que Klara solo había acudido para romper con él. Abría la puerta y la hallaba sentada junto a la lumbre, leyendo una novela o cosiendo el dobladillo de un vestido de ensayo, o bien preparando té; Klara se levantaba y le echaba los brazos al cuello, y Andras se avergonzaba de haber dudado de ella.

A mediados de mayo, Klara apareció un sábado por la noche con un sombrero nuevo de primavera, un tocado celeste con una cinta de un azul más oscuro. Un sombrero nuevo, una cosa tan sencilla: no era más que un retazo de moda, una señal del cambio de estación. Naturalmente, ella había lucido diversos sombreros después del rojo en forma de campana de sus

primeros abrazos de invierno; recordaba uno de color beige con una pluma negra, y un gorro verde con una especie de borla de piel. Pero ese sombrero tan primaveral, ese tocado azul claro, le recordó, a diferencia de los otros, que el tiempo pasaba para ambos, que él seguía en la facultad y ella seguía esperándolo, que lo que había entre ambos era una aventura, frágil y transitoria. Le quitó la aguja en forma de libélula y colgó el sombrero en el perchero junto a la puerta; después le tomó las manos y la llevó a la cama. Ella sonrió y le rodeó el cuello con los brazos, susurrándole su nombre al oído, pero él le cogió las manos de nuevo y se sentó.

—¿Qué pasa? —preguntó Klara.

Andras no podía hablar, se sentía incapaz de explicar a qué se debía la melancolía que lo había embargado. No encontraba la forma de decirle que su sombrero le había recordado que la vida era breve y que él no era más digno de ella que unos meses antes. Así que la tomó entre sus brazos y le hizo el amor, y se dijo que no le importaba si entre ellos no había nunca nada más que esos encuentros nocturnos, esa relación limitada.

Las horas pasaron veloces, y cuando abandonaron el calor de la cama y se vistieron eran casi las tres. Bajaron los cinco pisos hasta la calle y caminaron hasta el boulevard Saint-Michel para parar un taxi. Siempre se despedían en aquella esquina. Andras había acabado por odiar aquel pedazo de acera que se la llevaba noche tras noche. Durante el día, cuando su poder para arrebatársela se difuminaba en el fragor de la vida cotidiana ignorante del amor, parecía un lugar diferente; casi podía creer que era como cualquier otra esquina, un lugar sin un significado especial. Pero por la noche era su enemiga. No quería verla; no quería ver la librería que había enfrente, ni los tilos, ni la farmacia con su cruz verde iluminada: nada. En esta ocasión condujo a Klara por otra calle y caminaron hacia el Sena.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella sonriéndole.

—Te acompaño a casa.

—De acuerdo. La noche es muy agradable.

Y, en efecto, lo era. Una brisa de mayo se elevaba del cauce del Sena cuando cruzaban los puentes hacia el Marais. Las aceras seguían llenas de hombres y mujeres con traje de fiesta; nadie parecía dispuesto a renunciar a la noche. Mientras andaban, Andras acarició la imposible fantasía de que, cuando llegaran a casa de Klara, subirían juntos por la escalera y entrarían con sigilo en su habitación, donde ambos dormirían en su cama. Cuando llegaron al número 39 encontraron las luces encendidas. Al oír la llave en la cerradura la señora Apfel bajó corriendo y anunció a Klara que Elisabet todavía no había regresado.

A Klara le entró el pánico.

—¡Pero si son más de las tres!

—Lo sé —dijo la señora Apfel retorciendo su delantal—. No sé dónde encontrarla.

—Oh, Dios mío. ¿Qué puede haber pasado? Nunca llega tan tarde.

—He estado dando vueltas por el barrio, buscándola, madame.

—¡Y yo fuera a estas horas! Dios santo. ¡Son las tres! Me dijo que iba a bailar con Marthe.

Siguió una hora de terror, durante la cual Klara realizó una serie de llamadas y averiguó que Marthe no había visto a Elisabet en toda la noche, que en los hospitales no había ingresado nadie con el nombre de Elisabet Morgenstern, y que la policía no había recibido ningún informe de incidentes en que estuviera implicada una joven cuya descripción correspondiera con la de Elisabet. Después de colgar, Klara se paseó arriba y abajo por el salón, con las manos en la cabeza.

—La mato —dijo, y acto seguido se echó a llorar—. ¿Dónde se ha metido? ¡Son casi las cuatro!

A Andras se le había ocurrido que Elisabet podría estar con su rubio norteamericano, y que la razón de su ausencia con toda probabilidad era parecida a la razón por la que Klara había regresado tan tarde a casa. Había

jurado guardar el secreto y dudó en expresar en voz alta sus sospechas. Sin embargo, le dolía ver cómo sufría Klara. Además, dudar podía ser peligroso. Imaginó a Elisabet en peligro en alguna parte —aturdida por la bebida después de una de las fiestas de József, o sola en un barrio desconocido tras una noche en un salón de baile que había acabado mal— y supo que debía hablar.

—Tu hija tiene un amigo —dijo—. Una noche los vi juntos en una fiesta. Podríamos averiguar dónde vive y buscarla allí.

Klara lo miró con ojos escrutadores.

—¿Qué amigo? ¿Qué fiesta?

—Me suplicó que no te lo contara —explicó Andras—. Le prometí no decirte nada.

—¿Cuándo fue?

—Hace meses —respondió Andras—. En enero.

—¡En enero! —Klara apoyó una mano en el sofá, como si temiera perder el equilibrio—. Andras, no puede ser.

—Lo siento. Debería habértelo contado. No quería traicionar la confianza de Elisabet.

La expresión de Klara era de pura rabia.

—¿Cómo se llama esa persona?

—Solo conozco su nombre. No sé su apellido. Pero tu sobrino lo conoce. Podemos ir a su casa…, subiré yo; tú puedes esperar en el taxi.

Klara cogió su abrigo fino del sofá y un momento después ambos bajaban corriendo por la escalera. Cuando abrieron la puerta, encontraron a Elisabet en el umbral, con un par de zapatos de noche en una mano y un cucurucho de algodón de azúcar en la otra. Klara la miró largo rato; miró a la joven, sus zapatos, el cucurucho de algodón. Estaba claro que no había pasado una

velada inocente con Marthe. Elisabet, por su parte, lanzó una larga mirada a Andras. Este bajó la vista, y en aquel instante la joven pareció adivinar que la había traicionado. Lo miró con una expresión de asombro y ultraje, tras lo cual pasó entre él y su madre y subió por la escalera corriendo. Un momento después oyeron el portazo en su habitación.

—Ya hablaremos —dijo Klara, y dejó en el umbral a Andras, que se había ganado el furioso desprecio de ambas Morgenstern.

—Creo que deberías saber qué clase de mujer es mi madre —dijo Elisabet, sentada en un banco de las Tullerías.

Andras estaba de pie frente a ella. Habían pasado dos días desde la última vez que vio a Klara, y no había sabido nada de la rue de Sévigné. De repente, aquella tarde, Elisabet se había presentado por sorpresa en el patio de la École Spéciale, lo que llevó a Rosen y Ben Yakov a sospechar que ella era la misteriosa mujer con la que Andras salía, la mujer que no conocían, a la que había mencionado solo en los términos más vagos durante sus conversaciones en la Paloma Azul. Cuando salieron del estudio y vieron a Elisabet en el patio, con su mirada fría clavada en Andras, los brazos cruzados sobre el canesú de su vestido verde claro, Rosen soltó un silbido y Ben Yakov arqueó una ceja.

—Es una amazona —susurró—. ¿Qué puntuación le pones en la cama?

Solo Polaner sabía que esa no era la mujer a la que Andras amaba; solo Polaner, quien, gracias a los cuidados de Andras y Klara, y a la amistad inquebrantable de Rosen y Ben Yakov, había vuelto a la École Spéciale y retomado sus clases. Aunque no conocía a Elisabet, sabía tanto sobre la vida de Klara y su familia como el propio Andras. Así pues, cuando aquella chica alta y corpulenta apareció en el patio de la École Spéciale, lanzando una mirada eléctrica y gélida en dirección a Andras, adivinó al instante quién era. A fin de desviar la atención de Rosen y Ben Yakov, les propuso ir a tomar un té en la cafetería de estudiantes, pues no veía otra alternativa que abandonar a Andras a su suerte.

Una vez en las puertas de la École Spéciale, Elisabet se volvió y condujo a Andras por el boulevard Raspail sin pronunciar palabra. A lo largo de todo

el trayecto hasta las Tullerías se mantuvo dos pasos por delante de él. Llevaba el cabello recogido en una cola tirante que se balanceaba rítmicamente sobre su espalda al andar. Andras la siguió por el boulevard Raspail hasta Saint-Germain, donde cruzaron el río y entraron en las Tullerías. La joven lo condujo por senderos bañados en oro, lila y fucsia, por la profusión demasiado fragante de flores de mayo, hasta que llegaron al que debía de ser el único rincón deprimente del parque: un banco negro necesitado de una mano de pintura, un parterre sin flores. Detrás, el tráfico veloz de la rue de Rivoli. Elisabet se sentó, cruzó los brazos y miró a Andras con odio.

—No te entretendré —aseguró. Y entonces le dijo que debía saber qué

clase de mujer era su madre.

—Ya sé qué clase de mujer es —repuso Andras.

—Le contaste lo que hay entre Paul y yo. Ahora yo te contaré la verdad sobre ella.

Estaba enfadada, se recordó Andras. Haría lo que fuera para hacerle daño, le diría cualquier mentira que le conviniera. En cierto sentido, él tenía el deber de escucharla; al fin y al cabo había faltado a su palabra.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quieres contarme?

—Supongo que crees que eres el primer amante de mi madre después de mi padre.

—Sé que ha tenido una vida complicada —señaló Andras—. No es ninguna novedad.

Elisabet soltó una risita cruel.

—¡Complicada! Yo no diría eso. Es sencillo, una vez que descubres cómo funciona. Desde que tengo memoria, siempre he visto a hombres patéticos revolotear a su alrededor. Siempre ha sabido qué quería de ellos, y cuánto

valía ella. ¿Cómo crees que consiguió el piso y el estudio? ¿Bailando sin parar?

Andras tuvo que reprimir el deseo de abofetearla. Se clavó las uñas en la palma de las manos.

—Ya está bien —masculló—. No pienso escucharte.

—Alguien debe decirte la verdad.

—Tu madre no me toma por un imbécil, y tú tampoco deberías.

—Pero es que eres imbécil, ¡imbécil de remate! Está jugando contigo, te está utilizando para poner celoso a otro hombre. Un hombre hecho y derecho, un adulto, con trabajo y dinero. Lee esto.

Sacó un fajo de sobres de su cartera escolar. Una letra masculina; el nombre de Klara. Sacó otro fajo, y otro. Fajos y fajos de cartas. Eligió un sobre, extrajo la carta y empezó a leer.

—«Mi querida Odette…» Él la llama así, su Odette, por la princesa cisne del ballet. «Desde anoche no hago otra cosa que pensar en ti. Tu sabor sigue en mis labios. Mis manos están llenas de ti. Tu aroma está por toda la casa.»

Andras le arrancó la carta de la mano. Ahí estaban las frases que Elisabet acababa de leer, en una letra conocida. Volvió la hoja para ver la firma.

Una inicial: Z. El sobre llevaba un matasellos del año anterior.

—¿Quién crees que es? —preguntó Elisabet, con la vista clavada en sus ojos—. Es tu monsieur Novak. La Z corresponde a Zoltán. Son amantes desde hace once años. Y cuando la cosa se pone fea, como pasa de vez en cuando, mi madre coge a idiotas como tú para volverlo loco. Él siempre vuelve. Así es como funciona. Ahora ya lo sabes.

Una ola de agujas ardientes lo atravesó. Andras se sentía como si le hubieran pinchado los pulmones, como si no pudiera respirar.

—¿Has terminado? —preguntó.

Ella se levantó y se alisó el vestido verde pálido.

—Te parecerá duro de asimilar —dijo—, pero te aseguro que no es peor que lo que me está haciendo ella a mí, ahora que sabe lo de Paul.

Y lo dejó en las Tullerías con las cartas de Novak.

No fue a trabajar. Se quedó en el banco, en aquel rincón sucio del parque, y leyó las cartas. La más antigua estaba fechada en enero de 1927. Las leyó una tras otra: el primer encuentro de Klara y Novak tras una función de danza; los esfuerzos vanos de Novak por ser fiel a su esposa, y después su autoflagelación medio exultante tras la primera cita con Klara. Había alusiones crípticas a lugares donde debieron de hacer el amor —un palco de la ópera, la casita de un amigo en Montmartre, un dormitorio en una fiesta, el despacho de Novak en el Sarah-Bernhardt—; había notas en las que Novak le suplicaba que se vieran, y notas en las que le suplicaba que se negara a verlo la próxima vez que le pidiera una cita. Había referencias a discusiones sobre crisis de conciencia por ambas partes, y luego una interrupción de seis meses en el flujo regular de cartas, una temporada durante la cual debieron de separarse y ella debió de empezar a salir con otro, porque en las siguientes misivas había menciones airadas a un joven bailarín llamado Marcel. (¿Sería el Marcel que había mandado postales a Klara desde Roma?) Novak le exigía que pusiera fin a su relación con Marcel; era absurdo, escribía, pensar que los sentimientos de una salamandra joven pudieran igualar los suyos. Y ella debió de hacer lo que le pedía, porque las cartas de Novak recuperaron su ritmo regular y volvían a estar repletas de referencias afectuosas a los momentos pasados con Klara. Había cartas en las que escribía sobre el estudio de danza y el piso que había encontrado para ella, cartas aburridas con detalles técnicos de la transacción inmobiliaria; notas desesperadas en las que explicaba que pensaba dejar a su esposa e ir a vivir con ella a la rue de Sévigné —casarse con ella, adoptar a Elisabet—, y notas de tono más sensato sobre las razones por las que no podía hacerlo. Después otra ruptura, y más misivas con referencias a otro amante de Klara, esta vez un dramaturgo cuyas obras se habían representado en el Sarah-Bernhardt; una semana Novak juraba que aquello era la gota que colmaba el vaso, que había terminado con Klara para siempre, pero a la siguiente le suplicaba que volviera con él, y a la

siguiente estaba claro que ella había cedido —«qué dulce alivio estar contigo otra vez, ver satisfechas mis más locas esperanzas»—. Finalmente, a principios de 1937, al parecer la esposa de Novak se había enterado por su abogado de que tenían una propiedad de la que no sabía nada; habló con Novak y este confesó. Su esposa le pidió que eligiera. Fue entonces cuando él volvió a Hungría, para curarse de un brote leve de tuberculosis, según dijo a todos, pero en realidad para decidir si salvaba su matrimonio o se quedaba con su amante. Cuando Andras lo conoció en la estación de tren, debía de disponerse a regresar a París, adonde había vuelto lleno de remordimientos, avergonzado por haber fallado al mismo tiempo a Edith y a Klara. Rompió su relación con esta, y su esposa se quedó embarazada. Esa noticia se había sabido en diciembre. Pero la carta más reciente databa de solo dos semanas atrás y se refería a los rumores de que Klara estaba saliendo con alguien, no con cualquiera, sino con Andras Lévi, el joven húngaro al que Zoltán había contratado en el Sarah-Bernhardt el otoño anterior. Le exigía una explicación, y le suplicaba que se la diera personalmente en un determinado hotel, una tarde determinada; la estaría esperando.

Andras siguió sentado en el banco, con el montón de cartas al lado. Aquella tarde, de hacía dos semanas, ¿qué estaba haciendo él? ¿Estaba en el trabajo? ¿En la facultad? No se acordaba. ¿Habría anulado ella sus clases para reunirse con Novak? ¿Estaría con él en ese mismo instante? Le asaltó el deseo repentino de estrangular a alguien. Cualquiera le serviría: la señora con su vestido de brocado y su perro de lanas junto a la fuente; la chica de ojos tristes bajo los tilos; el policía de la esquina cuyo bigote se parecía grotescamente al de Novak. Se puso en pie, guardó las cartas en la bolsa y echó a andar hacia el río. Ya había oscurecido. Era una noche húmeda de primavera. Cruzó las calles sin mirar, entre los bocinazos ensordecedores de los coches, caminó por las aceras dando empujones a hombres y mujeres, atravesó grupos de vagabundos en los puentes. No sabía qué hora era ni le importaba. Estaba agotado. No había comido nada y no tenía hambre. Era demasiado tarde para presentarse en el taller de Forestier, pero tampoco le apetecía volver a casa. Cabía la posibilidad de que Klara apareciera para hablar con él, y le resultaba intolerable la mera idea de verla. No quería hablar de Novak con ella; le avergonzaba haber leído las cartas, haber permitido que Elisabet se las entregara. Dio media vuelta y se encaminó por

la rue des Écoles hacia la place de la Sorbonne, donde se sentó en el borde de una fuente y escuchó a un acordeonista con una sola pierna que tocaba las canciones de amor más tristes que nunca hubiera oído. Cuando ya no pudo soportarlo más, se dirigió al Jardin du Luxembourg, donde se sumió en un sueño agitado tendido sobre un banco al pie de un olmo.

Despertó más tarde, en un alba azul y húmeda, con el cuello dolorido por la postura en que había dormido. Recordó que algún desastre le había acaecido la noche anterior; notaba cómo volvía a colarse en su conciencia. Y allí estaba: Zoltán Novak, las cartas. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice y parpadeó. Delante de él, sobre la hierba, un par de conejos comían tréboles. La primera luz del día llegó a través de las delicadas endivias de sus orejas; estaban tan cerca que Andras oía el ruido de sus dientes al masticar. Por lo demás, en el parque reinaba el silencio, y él estaba solo con lo que sabía de Klara y no podía dejar de saber.

Tenía razón: Klara había estado en su piso la noche anterior. De hecho había estado buscándolo por toda la ciudad. Andras reconstruyó sus pasos a través de una serie de notas cada vez más apremiantes, que recibió en orden inverso. Primero la que Klara había dejado sobre la mesa de dibujo del estudio: «A., ¿dónde estás? Te he buscado por todas partes. Ven a verme en cuanto leas esto. K.». Después la que había entregado al buen monsieur Forestier, que estaba más preocupado que enfadado cuando Andras se presentó a trabajar con toda la pinta de haber dormido en un banco: «A., al ver que no aparecías por casa he venido aquí en tu busca. Voy a ver si estás en la facultad. K.». Y por último, al acabar el día más largo que Andras había vivido jamás, la nota que le había dejado en casa, sobre la mesa del vestíbulo: «A., he ido a buscarte al taller de Forestier. K.». Subió los cinco pisos hasta su buhardilla y abrió la puerta. En la oscuridad oyó caer una silla y las leves pisadas de Klara, que un momento después se hallaba a su lado. Andras encendió una lámpara y se quitó la chaqueta.

—Andras… Por Dios, ¿qué te ha pasado? ¿Dónde has estado?

—No tengo ganas de hablar —dijo—. Me voy a la cama.

No podía mirarla. Cada vez que lo hacía, veía las manos de Novak sobre ella, los labios del hombre sobre los labios de Klara. «Tu sabor.» Le entró

una oleada de náuseas y tuvo que arrodillarse junto a la cama. Cuando ella le puso una mano en el hombro, la apartó con un gesto brusco.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Mírame.

Andras no podía. Se quitó la camisa y los pantalones y se metió en la cama, de cara a la pared. La oyó moverse por la habitación.

—No puedes actuar así —dijo Klara—. Tenemos que hablar.

—Vete.

—Esto es ridículo. Te portas como un niño.

—Déjame en paz, Klara.

—No me iré hasta que hables conmigo.

Andras se incorporó en la cama, reprimiendo las lágrimas. No estaba dispuesto a llorar delante de ella. Sin decir palabra, se levantó, sacó las cartas de su bolsa y las arrojó sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Tú sabrás.

Klara cogió una carta.

—¿De dónde las has sacado?

—Tu hija tuvo la amabilidad de hacérmelas llegar. Fue su forma de agradecerme que te contara lo de Paul.

—¿Qué?

—Creyó que debía saber a quién más te estabas tirando.

—Oh, Dios mío —gritó ella—. Es increíble. ¿Elisabet ha hecho esto?

—«Tu sabor sigue en mis labios. Mis manos están llenas de ti. Tu aroma está por toda la casa.» —Andras buscó la misiva en el montón y se la lanzó —. O esta: «Si no fuera por ti, mi vida sería oscuridad». O esta: «Los recuerdos de anoche me han sustentado durante este horrible día. ¿Cuándo volverás conmigo?». Y esta, de hace dos semanas: «… el hotel St. Lazare, donde te esperaré».

—Andras, por favor.

—Vete al diablo, Klara, vete al diablo. ¡Sal de mi casa! ¡No puedo mirarte!

—Todo eso pertenece al pasado —afirmó ella—. No podía seguir con él. Nunca le quise.

—¡Estuviste once años con él! Dormías con él tres noches por semana.

Dejaste a dos amantes por él. Te compró el estudio y el piso. ¿Y nunca le quisiste? Si eso es verdad, ¿debería hacer que me sintiera mejor?

—Ya te lo dije —repuso ella, con la voz opaca por el dolor—. Te dije que no querrías saberlo todo de mí.

Andras no deseaba oír ni una palabra más. Estaba agotado, hambriento y sin fuerzas, su cabeza era como un cazo quemado cuyo contenido se hubiera consumido. Casi ni le importaba si seguía habiendo algo entre Klara y Novak, si su última ruptura era definitiva o solo una de sus muchas separaciones temporales. Le resultaba insoportable la mera idea de que Klara hubiera estado con aquel hombre —Zoltán Novak, con su odioso bigote—, que este hubiera tocado su cuerpo, sus marcas de nacimiento y cicatrices, el terreno que parecía pertenecer solo a Andras, pero que evidentemente solo pertenecía a Klara, quien podía hacer con él lo que le diera la gana. Y después estaban los otros —el bailarín, el dramaturgo—, y antes de ellos sin duda había habido otros.

De pronto fue como si todos se hicieran reales, las legiones de los antiguos amantes de Klara, los hombres que la habían conocido antes que él. Era como si atestaran la habitación. Los veía con sus ridículos trajes de ballet y sus caros abrigos y sus chaquetas militares llenas de condecoraciones, con

sus buenos cortes de pelo y sus malos cortes de pelo, sus zapatos sucios o bien lustrados, sus hombros orgullos o derrotados, su elegancia, su torpeza, sus gafas de todas clases, su olor colectivo a cuero, a jabón de afeitar, a gomina y a deseo masculino en estado puro. Klara Morgenstern: eso era lo que tenían en común. A pesar de lo que le había dicho madame Gérard, se había creído único en la vida de Klara, sin precedentes, pero en realidad no era más que un soldado de infantería en un ejército de amantes, y en cuanto él cayera vendrían otros a sustituirlo, y otros después de estos. Era demasiado. Se cubrió con el edredón y se tapó los ojos con la mano. Ella pronunció su nombre con su voz grave de siempre. Él permaneció en silencio, y Klara lo repitió. Andras no pensaba abrir la boca.

Al cabo de un rato la oyó levantarse y ponerse el abrigo. A continuación oyó que la puerta se abría y se cerraba. Al otro lado de la pared unos nuevos vecinos empezaron a hacer el amor ruidosamente. La mujer gritó con voz de contralto y el hombre gruñó con voz de bajo. Andras apretó la cara contra la almohada, consumido por el dolor, sin pensar en nada, deseando estar muerto.

OceanofPDF.com

16

La casita de piedra

A la mañana siguiente estaba aturdido y tenía fiebre. Todo él rezumaba calor y la cama estaba empapada; tiritaba a pesar de haberse echado encima todas las mantas que tenía, la chaqueta, el abrigo y sus tres jerséis de lana. No pudo comer nada, no pudo levantarse para ir a trabajar ni para ir a la facultad. Cuando le entró sed bebió los restos fríos de té directamente de la tetera. Cuando tuvo que hacer aguas menores utilizó el orinal que había debajo de la cama. La mañana del segundo día, cuando Polaner fue a buscarlo, no tuvo fuerzas para decirle que se marchara, a pesar de que deseaba estar solo. Esta vez fue Polaner quien asumió el papel de enfermero, función que desempeñó como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Obligó a Andras a levantarse de la cama y lavarse. Vació el orinal y cambió las sábanas de la cama. Hirvió agua y preparó un té fuerte; mandó a la portera a por sopa y obligó a Andras a tomársela. Cuando este estuvo limpio, vestido y exhausto sobre la cama recién hecha, Polaner hizo que le contara qué había sucedido. Lo escuchó con la máxima atención y sentenció que la situación era grave, pero no desesperada. Lo importante de momento era que Andras se recuperara. Había que terminar dos proyectos para el estudio. Si Andras no se levantaba y ponía manos a la obra, Polaner sufriría las consecuencias: eran proyectos en grupo y él y Andras trabajaban juntos. Además, tenían que preparar los exámenes: estática e historia de la arquitectura. Eran dentro de diez días. Si Andras suspendía, perdería la asignación del profesor Pingusson y tendría que volver a casa. También estaba el trabajo de Andras: hacía dos días que monsieur Forestier no sabía nada de él.

Polaner anunció que iría al estudio a buscar las cosas de ambos —Andras estaba demasiado agotado por la fiebre para desplazarse hasta el boulevard Raspail— y trabajarían todo el día en sus proyectos. Por la tarde iría al taller de monsieur Forestier con una nota de disculpa de Andras. Se ofrecería a realizar el trabajo de Andras aquella noche. Mientras tanto este trazaría un plan de estudio para los exámenes de estática e historia de la arquitectura.

Andras nunca había tenido un amigo como Polaner, y nunca tendría uno mejor mientras viviera. Al día siguiente su empleo estaba asegurado y sus proyectos finales, a punto de completarse. Debían dibujar los planos para un edificio con un único uso, una sala de conciertos moderna, y aún tenían que resolver algunos problemas de diseño: habían elegido una forma cilíndrica para el exterior, y tenían que diseñar un techo que hiciera que el sonido llegara al público sin ecos ni distorsiones. Cuando terminaran los planos, habría que construir la maqueta. Tardaron un día y una noche en montar las formas de cartón. Polaner no habló de ir a su casa; durmió en el suelo, y allí estaba cuando Andras despertó por la mañana.

A las diez y media, mientras Polaner se preparaba para volver a casa, oyeron pasos en la escalera. A Andras le pareció que alguien subía por su columna vertebral, hacia la negra y dolorosa caverna de su corazón. Oyeron una llave en la cerradura, y la puerta se abrió un poco; era Klara, con sus ojos oscuros bajo el ala del sombrero primaveral.

—Lo siento —dijo—. No sabía que tenías compañía.

—Monsieur Polaner ya se iba —dijo Polaner—. Monsieur Lévi ya está

harto de mí. Le he llenado el cerebro de arquitectura durante toda la noche, a pesar de que se estaba recuperando de la fiebre.

—¿Fiebre? —exclamó Klara—. ¿Le ha visto un médico?

—Polaner me ha estado cuidando —intervino Andras.

—He sido un mal médico —afirmó Polaner—. Parece que ha adelgazado. Me voy antes de causar más daño.

Se puso su sombrero primaveral, de una forma y un color tan de moda que nadie notaba el lugar donde había recosido el ala a la copa, y salió al rellano cerrando la puerta suavemente.

—Fiebre —dijo Klara—. ¿Ya te encuentras mejor?

Andras no respondió. Klara se sentó en la silla de madera y tocó las paredes de cartón de la sala de conciertos.

—Debería haberte hablado de Zoltán —añadió—. La manera en que te enteraste fue horrible. Y podría haber habido maneras peores. Trabajabais juntos. Marcelle lo sabía.

Andras no quería ni pensar que madame Gérard lo sabía todo, lo había visto todo.

—Fue una forma bastante desagradable de descubrirlo —repuso.

—Quiero que sepas que se ha acabado —anunció Klara—. No fui a verlo hace dos semanas, y no iré si vuelve a pedírmelo.

—Seguro que has dicho eso cada vez.

—Tienes que creerme, Andras.

—Todavía estás unida a él. Vives en la casa que te compró.

—Él abonó la entrada —dijo Klara—, pero yo pagué el resto. Elisabet no conoce los detalles de nuestras finanzas. Quizá prefiera no saber que gano dinero para mantenernos. Le resultaría más difícil justificar la forma como se comporta conmigo.

—Pero tú le amabas —le recordó Andras—. Todavía le amas. Te liaste conmigo para ponerle celoso, como hiciste con los otros. Con Marcel. Y con Édouard, el dramaturgo.

—Es verdad que cuando Zoltán me dejó no me quedé en casa llorando. Al menos no mucho tiempo. Cuando aseguró que seguía con su vida, yo seguí con la mía. Pero nunca quise a Marcel ni a Édouard como le quería a él, y por eso volví a su lado.

—Entonces es cierto —dijo Andras—. Le quieres.

Ella suspiró.

—No lo sé. Zoltán y yo estamos muy unidos, o lo estuvimos. Pero no nos entregamos el uno al otro. Él no podía, debido a lo que sentía por Edith, y yo tampoco lo hice por el mismo motivo. Al final decidí que no quería ser la amante de un hombre durante toda mi vida. Y él decidió que no podíamos continuar juntos si él y Edith iban a tener un hijo.

—¿Y ahora?

—No le he visto desde que tomamos esas decisiones. Desde noviembre.

—¿Le echas de menos?

—A veces —respondió ella, y cruzó las manos sobre el regazo—. Era un buen amigo, y ha sido una gran ayuda con Elisabet. Ella también le aprecia, o le apreciaba. Es lo más parecido a un padre que ha tenido. Cuando decidimos terminar, ella se sintió como si Zoltán nos hubiera dejado a las dos. Me echó la culpa a mí. Creo que albergaba la esperanza de que siguiera viéndolo las noches en que salía contigo.

—¿Y ahora qué? ¿Y si Zoltán te pide que reanudéis la relación? Estuvisteis juntos once años, casi un tercio de tu vida.

—Se acabó, Andras. Ahora estás tú.

—¿Ah, sí? —exclamó él—. Yo creía que habías terminado conmigo.

No sabía si podrías perdonarme por no haberte contado lo de Elisabet.

—No sé si puedo —repuso ella con una pizca de humor—. Elisabet no tenía derecho a ponerte en esa situación, pero, una vez que lo hizo, deberías haber hablado conmigo de inmediato. Ese hombre le saca cinco años, es un norteamericano rico, que estudia pintura en la Beaux-Arts para pasar el rato. No es la clase de persona de la que quepa esperar que la trate bien o se la tome en serio. Y, peor aún, conoce a mi sobrino.

—No creo que puedas esgrimir eso en su contra —apuntó Andras—.

Diría que tu sobrino conoce a todos los habitantes del Quartier Latin de entre dieciséis y treinta años.

—De todos modos, esa relación no debe continuar. No tengo intención de permitir que ese joven demuestre lo poco honorable que es.

—¿Y has pensado en lo que quiere Elisabet?

—Me temo que eso no cuenta.

—Pero a Elisabet no le parecerá bien. Si te opones, no harás más que reafirmar su decisión de seguir con él.

Klara negó con la cabeza.

—No me digas cómo debo educar a mi hija, Andras.

—No lo pretendo, pero sé cómo se piensa a los dieciséis.

—Me he dicho a mí misma que esa es la razón por la que guardaste su secreto —dijo Klara—. Sabía que en cierto modo la comprendías, y creo que es un detalle por tu parte. Pero también tienes que ponerte en mi lugar.

—Ya. Así que has puesto fin a la relación entre Elisabet y Paul.

—Eso espero —afirmó Klara—. Y la he castigado por haberte enseñado esas cartas. —En su frente se formó una serie de arrugas que él tan bien conocía—. Parecía bastante satisfecha de sí misma cuando vio lo enfadada que estaba por eso. Me dijo que era lo que me merecía. Le he impuesto una especie de arresto domiciliario. La señora Apfel la vigila mientras yo estoy fuera. Elisabet no saldrá hasta que te mande una carta de disculpa.

—Antes se hará vieja y morirá.

—Será decisión suya —repuso Klara.

Pero él sabía que Elisabet no aguantaría mucho tiempo el arresto domiciliario impuesto por Klara, la vigilara o no la señora Apfel. Pronto encontraría la forma de escapar, y temía que cuando lo hiciera no dejara ninguna dirección a la que enviarle el correo. Andras no quería ser responsable de eso.

—Deja que vaya mañana a hablar con ella —dijo.

—No creo que sirva de nada.

—Déjame intentarlo.

—No querrá verte. Está de un humor de perros.

—No puede ser peor que el mío.

—Ya sabes cómo es, Andras. Puede mostrarse muy cruel.

—Lo sé. Pero no deja de ser una niña.

Klara soltó un profundo suspiro.

—¿Y ahora qué? —preguntó mirándolo desde la silla—. ¿Qué vamos a hacer después de todo esto?

Andras se pasó una mano por la nuca. Él también se había hecho esa pregunta.

—No lo sé, Klara. No lo sé. Voy a incorporarme. Ven a sentarte en la cama si quieres. —Esperó a que ella estuviera a su lado para continuar —. Lamento la forma en que te hablé la otra noche —añadió—. Me comporté como si me hubieras sido infiel, pero no lo has sido, ¿verdad?

—No —dijo ella, y le puso una mano en la rodilla, ardiendo como un pájaro febril—. Dado lo que siento por ti, sería imposible. O al menos absurdo.

—¿Qué sientes por mí, Klara?

—Necesitaría cierto tiempo para contestar a esa pregunta —dijo ella con una sonrisa.

—No puedo ser lo que era él. No puedo darte un lugar donde vivir ni ser una especie de padre para Elisabet.

—Ya tengo un sitio para vivir. Y Elisabet, aunque sea una niña en muchos sentidos, pronto crecerá. Ahora no necesito lo que necesitaba en tonces.

—¿Qué necesitas ahora?

Klara apretó los labios en un gesto pensativo.

—No estoy segura. Pero no soporto estar lejos de ti. Ni siquiera cuando estoy lívida de rabia por tu causa.

—Hay muchas cosas que no sé de ti. —Andras le acarició la curva de la espalda, sintiendo las brasas ardientes de sus vértebras a través del jersey fino.

—Espero que tengamos tiempo para conocernos.

Andras la tendió sobre la cama y ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

El joven deslizó la mano por la oscura y cálida longitud de su cabello y enroscó las puntas en sus dedos.

—Déjame hablar con Elisabet —insistió—. Si vamos a seguir con esto, no puedo permitir que me odie. Y yo tampoco puedo odiarla.

—De acuerdo —accedió Klara—. Inténtalo. —Se tumbó de espaldas y se quedó mirando el techo inclinado, con las manchas de humedad en forma de peces y elefantes—. Yo también me portaba muy mal con mi madre —añadió—. Sería estúpido decir lo contrario.

—A los dieciséis años, todos nos portamos mal con nuestros padres.

—Tú no, estoy segura —afirmó ella con los párpados entornados—.

Quieres a tus padres. Eres un buen hijo.

—Estoy en París y ellos en Konyár.

—No es culpa tuya. Tus padres han trabajado para que puedas estudiar y deseaban que vinieras aquí. Les escribes cada semana. Saben que los

quieres.

Andras confiaba en que estuviera en lo cierto. Hacía nueve meses que no los veía. Aun así, tenía la impresión de que estaban unidos por una fina cuerda, un hilo delgado y luminoso que salía de su pecho y cruzaba el continente hasta hundirse en el de ellos. Nunca había tenido fiebre sin que su madre estuviera a su lado; cuando caía enfermo en Debrecen, ella tomaba el tren para ir a verlo. Nunca había acabado un curso sin saber que pronto regresaría a casa para trabajar en el almacén de madera con su padre y pasear por los campos con él al anochecer. Ahora había otro filamento, el que lo unía a Klara. Y el hogar de Klara era París, que se hallaba a miles de kilómetros del suyo. Sintió nacer en su interior un nuevo pesar, algo parecido a la añoranza, pero localizado en lo más hondo de su mente; era un pesar por el tiempo en que su corazón era una cosa más simple y satisfecha, pequeña como las manzanas verdes que crecían en el huerto de su padre.

Por primera vez fue a ver a József Hász a la escuela. La Beaux-Arts era un palacio amplio, un monumento al arte por el arte; a su lado, daba la impresión de que los humildes patios y aulas de la École Spéciale hubieran sido construidos a toda prisa por un puñado de niños en una parcela vacía. Andras entró por una historiada cancela de hierro forjado entre dos diosas severas talladas en piedra, y cruzó un jardín de esculturas lleno de magníficos ejemplares en mármol de koré y kurós, que parecían salidos directamente de sus libros de historia del arte y miraban a lo lejos con sus ojos almendrados y vacíos. Subió por la escalinata de mármol de un edificio románico de tres pisos y se encontró en un vestíbulo repleto de chicos y chicas, todos vestidos con estudiado desaliño. Vio el nombre de József en una lista de clases y un plano le indicó adónde debía dirigirse. Subió por la escalera hasta un aula con un techo de cristal inclinado hacia el norte. Entre filas de alumnos absortos en sus pinturas, József aplicaba barniz a una tela que a primera vista parecía representar tres abejas aplastadas a punto de caer en el abismo negro de un desagüe. Tras una inspección más atenta, las abejas se convertían en mujeres de cabellos morenos con vestidos amarillos de rayas negras.

József no pareció demasiado sorprendido al verlo en el taller de pintura. Arqueó una ceja y siguió aplicando barniz.

—¿Qué haces aquí, Lévi? —preguntó—. ¿No tienes que terminar unos proyectos? ¿Te has saltado las clases? ¿Has venido para hacerme beber en plena mañana?

—Estoy buscando al norteamericano —dijo Andras—. El que estaba en tu fiesta. Paul.

—¿Por qué? ¿Vas a desafiarlo a un duelo a causa de su escultural novia?

Dio un puntapié al caballete del alumno que tenía enfrente y este protestó.

—Eres imbécil, Hász —gritó Paul, que era el alumno en cuestión. Salió de detrás de la tela con un pincel lleno de ocre oscuro y sus rasgos alargados y equinos tensos en un gesto de enfado—. Por tu culpa le he puesto bigote a mi sacerdotisa.

—Seguro que ha mejorado.

—Otra vez Lévi —dijo Paul al ver a Andras—. ¿Estudias aquí?

—No. He venido a hablar contigo.

—Creo que quiere pelearse contigo por aquella chica robusta —apuntó József.

—Hász, eres la monda —replicó Paul—. Deberías ir de gira con tu espectáculo.

József le lanzó un beso y siguió aplicando barniz.

Paul cogió a Andras del brazo y lo condujo hacia la puerta del aula.

—A veces no aguanto a ese idiota —comentó mientras bajaban por la escalera—. Hoy en particular no lo soporto.

—Siento haberte interrumpido —dijo Andras—. No sabía en qué otro lugar podía encontrarte.

—Espero que hayas venido a decirme qué pasa —repuso Paul—. Hace días que no veo a Elisabet. Supongo que su madre no la deja salir después de esa noche que volvió tan tarde a casa. Pero quizá tengas más información. —Miró a Andras de soslayo—. Tengo entendido que hay algo entre tú y su madre.

—Sí —confirmó Andras—. Podría decirse que hay algo.

Habían llegado a la puerta del edificio y se sentaron en los escalones de mármol. Paul buscó un cigarrillo en su bolsillo y lo encendió con un mechero que llevaba unas iniciales grabadas.

—Bien, ¿qué noticias me traes?

—Elisabet está castigada —explicó Andras—. Su madre no la dejará

salir de su habitación hasta que se disculpe conmigo.

—¿Por qué?

—Da igual. Es complicado. La cuestión es que Elisabet no va a disculparse. Antes se morirá.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque desgraciadamente fui yo quien os delató. Cuando Elisabet llegó tarde la otra noche, su madre estaba fuera de sí. Tuve que decirle que tal vez Elisabet estuviera contigo. Ahora lo vuestro ha salido a la luz. Y su madre no se ha tomado bien que Elisabet tenga un amigo.

Paul dio una larga calada al cigarrillo y expelió una nube gris hacia el patio.

—La verdad es que me siento aliviado —dijo—. Tanto secreto empezaba a ponerme nervioso. Estoy loco por la chica y detesto… —se interrumpió para buscar la frase correcta en francés— hacer las cosas a escondidas. Me gusta ser el hombre del sombrero blanco de vaquero. ¿Me entiendes? ¿Te gustan las películas del Oeste americanas?

—He visto unas cuantas —respondió Andras—, dobladas al húngaro.

Paul rió.

—No sabía que hicieran eso.

—Pues lo hacen.

—¿Así que has venido en misión de paz? ¿Quieres ayudarnos, después de haberlo fastidiado todo?

—Algo así. Me gustaría hacer de intermediario. Para ganarme la confianza de Elisabet, por decirlo de algún modo. Si su madre y yo vamos a seguir viéndonos, no me conviene que me odie.

—¿Cuál es el plan?

—Tú no puedes ver a Elisabet, pero yo sí. Estoy seguro de que querrá saber de ti. He pensado que querrías mandarle una nota.

—¿Y si su madre se entera?

—Tengo pensado decírselo —respondió Andras—. Creo que acabará aceptándote.

Paul dio una larga calada a su cigarrillo americano, como si reflexionara sobre la propuesta.

—Escúchame, Lévi. Voy en serio con esa chica. No se parece a nadie que haya conocido. Espero que eso no empeore las cosas.

—Creo que de momento no pueden empeorar.

Paul apagó el cigarrillo en el escalón de mármol y de un puntapié mandó la colilla al suelo de tierra.

—De acuerdo —dijo—. Espera aquí. Le escribiré una nota.

Se puso en pie y tendió la mano a Andras para ayudarlo a levantarse. Mientras esperaba, Andras observó a un par de pinzones que picoteaban en una mata de lavanda en busca de semillas. Miró hacia atrás

para asegurarse de que no lo veía nadie, sacó la navaja del bolsillo y cortó unos tallos. Un trozo de cordón de algodón que se había roto del asa de su bolsa de lona le sirvió para atarlos. Un momento después, Paul bajó con un sobre de papel de embalaje en la mano.

—Hay una nota dentro —indicó al entregárselo—. Espero que tengamos buena suerte los dos.

— *Here goes nothing* —repuso Andras. «Ahí es nada», la única frase en inglés que conocía.

Al día siguiente, cuando se presentó en casa de Klara a mediodía, esta estaba dando una clase particular. Abrió la puerta la señora Apfel. Tenía el delantal blanco manchado de zumo morado y unas ojeras enormes, como si llevara días sin dormir. Miró a Andras con el entrecejo fruncido, como si no esperara de él más que quebraderos de cabeza.

—He venido a ver a Elisabet —dijo Andras.

La señora Apfel negó con la cabeza.

—Será mejor que se vaya a su casa.

—Me gustaría hablar con ella. Su madre sabe para qué he venido.

—Elisabet no quiere verlo. Se ha encerrado en su habitación. No quiere salir. No quiere comer.

—Déjeme intentarlo —pidió Andras—. Es importante.

La mujer juntó sus cejas rojizas.

—Créame, se arrepentirá de haberlo intentado.

—Deme una bandeja para ella. Se la llevaré.

—No tendrá más suerte que nosotras —repuso la señora Apfel, pero se volvió y subió por la escalera delante de él.

Andras la siguió hasta la cocina, donde la mujer había puesto a enfriar un pastel de arándanos sobre una rejilla metálica. Se acercó a olerlo. La señora Apfel preparó una tortilla para Elisabet, cortó un buen pedazo de pastel y lo puso en un plato con un trozo cuadrado de mantequilla.

—Lleva dos días sin comer —explicó—. Si sigue así tendremos que llamar al médico.

—A ver qué puedo hacer —dijo Andras.

Cogió la bandeja y se dirigió por el pasillo hacia la habitación de Elisabet, donde golpeó dos veces la puerta con una esquina de la bandeja.

Dentro solo respondió el silencio.

—Elisabet —dijo—. Soy Andras. Te he traído el almuerzo.

Silencio.

Dejó la bandeja en el suelo, sacó de su bolsa el sobre de Paul, lo alisó y lo deslizó por debajo de la puerta. Durante un buen rato no oyó nada. Después un ligero roce, como si Elisabet estuviera recogiendo el sobre. Esperó a oír el crujido del papel. Ahí estaba. Luego silencio. Por fin la joven abrió la puerta. Andras entró y dejó la bandeja sobre su mesita. Ella miró con cara de asco la comida, pero no miró a Andras. Tenía el cabello pardusco y enmarañado, la cara enrojecida y húmeda. Llevaba un camisón arrugado y calcetines rojos con agujeros en los dedos.

—Cierra la puerta —dijo.

Andras obedeció.

—¿Cómo has conseguido la carta?

—He ido a ver a Paul. Creí que estaría deseando saber qué te había pasado. Pensé que le gustaría mandarte una nota.

Elisabet soltó un suspiro trémulo y se sentó en la cama.

—¿Qué más da? —preguntó—. Mi madre no me dejará salir nunca más de casa. Todo ha terminado con Paul.

Cuando levantó la cabeza para mirar a Andras, tenía una expresión que este nunca había visto en su rostro: sombría, exhausta y derrotada.

Andras negó con la cabeza.

—Paul no cree que todo haya terminado. Quiere conocer a tu madre.

Los ojos de Elisabet se llenaron de lágrimas.

—Ella no querrá conocerle —dijo.

Tenía la edad de Mátyás, pensó Andras. Le habrían salido los dientes cuando a él, habría caminado al mismo tiempo, habría aprendido a escribir durante el mismo curso escolar. Pero no tenía hermanos. En aquella casa no había nadie de su edad, nadie a quien pudiera considerar un aliado. No tenía a nadie con quien compartir la intensidad del escrutinio y el amor de su madre.

—Quiere saber que estás bien —dijo—. Si le escribes, le haré llegar tu nota.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —preguntó ella—. ¡Me he portado fatal contigo!

Apoyó la cabeza sobre las rodillas y lloró, no de remordimiento, sino de puro agotamiento, le pareció a Andras, que se sentó en la silla del escritorio, junto a la cama, y miró por la ventana hacia la calle, donde una serie de carteles anunciaban el Jardin des Plantes y otros tantos el *Yo acuso*, de Abel Gance, que acababa de estrenarse en el Grand Rex. Esperaría todo el tiempo que quisiera llorar. Permaneció sentado a su lado en silencio hasta que terminó, hasta que se limpió la nariz con la manga y se echó hacia atrás el cabello con una mano mojada. Entonces Andras le preguntó, con la mayor amabilidad posible:

—¿No crees que deberías comer algo?

—No tengo hambre —respondió ella.

—Claro que tienes hambre.

Giró la bandeja en la mesa y untó de mantequilla el pastel de arándanos, cogió la servilleta, la colocó sobre las rodillas de Elisabet y le puso la bandeja delante, sobre la cama. Siguieron unos minutos de silencio; del estudio llegaba el ritmo de tres tempos de un vals, y la voz de Klara, que contaba los pasos para su alumna particular. Elisabet cogió el tenedor y no lo soltó hasta que hubo dado cuenta de todo lo que había en la bandeja. Después la dejó en el suelo y cogió una libreta de la mesa. Mientras Andras esperaba, escribió algo a lápiz en una página de su cuaderno escolar. Arrancó la hoja, la dobló por la mitad y se la tendió a Andras.

—Ahí va mi disculpa —dijo—. Me disculpo contigo, con mi madre y con la señora Apfel por haberme portado tan mal estos últimos días. Déjala sobre el escritorio de mi madre en el salón.

—¿Quieres mandarle una nota a Paul?

Ella mordió la punta del lápiz y arrancó otra hoja de papel. Un momento después miró a Andras con el entrecejo fruncido.

—No puedo escribir mientras me miras —dijo—. Ve a la otra habitación y espera hasta que te avise.

Andras cogió la bandeja con los platos vacíos y la llevó a la cocina, donde la señora Apfel lo miró muda de asombro. Dejó la nota de disculpa sobre el escritorio de Klara y por último fue al dormitorio de esta, donde puso el ramillete de lavanda en un vaso sobre la mesita de noche, con una breve nota de su puño y letra. Después se sentó en el salón, esperando a que Elisabet lo llamara y decidiendo qué iba a decirle a Klara.

En agosto monsieur Forestier cerró el taller de escenografía para tomarse tres semanas de vacaciones. Elisabet se fue a Aviñón con Marthe, cuya familia tenía una casa de veraneo allí; no regresarían hasta primeros de septiembre. La señora Apfel viajó otra vez a Aix para estar con su nuera. Y Klara escribió una nota a Andras a fin de pedirle que fuera a la rue de Sévigné con ropa suficiente para una estancia de doce días.

Andras llenó su bolsa, con el pecho henchido de alegría. La rue de Sévigné, aquellas habitaciones soleadas; la casa donde había vivido con Klara en diciembre volvería a ser suya durante casi dos semanas. Anhelaba estar con ella como entonces. Después de descubrir su relación con Novak, había pasado un mes entero sumido en un estado de temor casi constante; a pesar de las palabras tranquilizadoras de Klara, no podía sacudirse el miedo de que Novak la llamara y ella volviera a su lado. El temor disminuyó cuando julio concluyó sin que hubiera habido noticias de Novak ni la menor señal de que Klara quisiera abandonar a Andras por él. Al final empezó a confiar en ella, e incluso a imaginar un futuro con ella, aunque los detalles siguieran siendo oscuros. Volvía a pasar los domingos en su casa, y de forma más agradable que antes: su diplomacia con Elisabet le había granjeado su reticente gratitud, y la joven podía estar una hora con él sin insultarlo ni burlarse de su deficiente francés. Aunque Klara se había puesto furiosa cuando Andras le contó que había actuado de intermediario, no pudo sino quedar impresionada por el cambio de actitud de Elisabet. Él había intercedido por Paul con sólidos argumentos, y finalmente Klara había cedido y lo había invitado a almorzar. Pronto se estableció una delicada paz; Paul impresionó a Klara con sus conocimientos de arte contemporáneo, su buena educación y campechanía, y su inagotable paciencia con Elisabet.

Ahora se acercaba otro momento importante: Andras celebraría por primera vez un cumpleaños en París. A finales de agosto cumpliría veintitrés años. Mientras preparaba la maleta, se imaginó bebiendo champán con Klara en la rue de Sévigné, los dos solos; una repetición de su idilio invernal. Sin embargo, cuando llegó a la casa vio un Renault negro aparcado delante, con la capota bajada. Junto al coche había dos maletas pequeñas y sobre el asiento del conductor, un fular y unas gafas . Klara salió de casa con una mano sobre los ojos para protegerlos del sol. Llevaba un guardapolvo, botas de lona y guantes, y se había recogido el cabello en dos moños en la nuca.

—¿De qué va esto? —preguntó Andras.

—Deja tus cosas en el maletero —indicó Klara lanzándole las llaves—.

Nos vamos a Niza.

—¿A Niza? ¿Con este coche? ¿Vamos a conducir este coche?

—Sí, con este coche.

Andras soltó un grito, subió al vehículo y la abrazó.

—No puedo creer que hayas hecho esto —exclamó.

—Pues sí. Pronto será tu cumpleaños. Tenemos una casita junto al mar.

Aunque Andras sabía que era posible alquilar automóviles y casas, le resultaba casi inconcebible que Klara hubiera alquilado un coche y que, una vez en su posesión, sencillamente tuvieran que llenar el depósito de gasolina y marcharse a la casita de Niza. Sin arrastrar maletas en una estación de tren, sin vagones de tercera clase atestados que apestaban a tabaco, a bocadillos y a pasajeros sudados, sin buscar un taxi o una carreta tirada por un caballo al llegar al destino. Andras y Klara solos en su coche negro como un escarabajo. Y después una casa donde estarían solos. ¡Qué lujo, qué libertad! Apilaron las maletas en el automóvil y Klara se puso el fular y las gafas.

—¿Cómo es que sabes conducir? —preguntó Andras mientras se dirigían hacia la rue des Francs-Bourgeois—. ¿Sabes hacerlo todo?

—Casi todo —respondió ella—. No sé portugués ni japonés, no sé hacer brioche, y canto muy mal. Pero sé conducir. Mi padre me enseñó cuando era jovencita. Hacíamos prácticas en el campo, cerca de la casa de mi abuela en Kaba.

—Espero que hayas conducido alguna que otra vez desde entonces.

—No muy a menudo. ¿Por qué? ¿Estás asustado?

—No lo sé —contestó Andras—. ¿Debería?

—¡Pronto lo sabrás!

Al llegar a la rue du Pas de la Mule Klara giró hacia el boulevard Beaumarchais y lidió sin esfuerzo con el tráfico que rodeaba la Bastilla.

Tomaron el boulevard Bourdon, cruzaron el Sena por el puente de Austerlitz y se dirigieron hacia el sur. La gorra de Andras amenazaba con salir volando, y tuvo que sujetarla con una mano. Atravesaron las inacabables barriadas de la periferia de París, y después se adentraron en la neblina dorada y los ondulantes pastos verdes. Ovejas y cabras robustas pacían en la hierba ya mordisqueada. Junto a una granja, unos niños golpeaban el esqueleto oxidado de un Citroën con palos y palas. Una pandilla de niños corrió en tropel hacia la carretera y Klara tuvo que apartarlos con un bocinazo. Los altos y plumosos tilos se agitaban al paso del Renault, cada uno con su sonido particular. A la hora de almorzar pararon junto a un prado y comieron pollo frío, ensalada de espárragos y una tarta de melocotón que atrajo a las avispas. En Chantilly les pilló una tormenta y el coche se llenó de agua antes de que pudieran subir la capota. Cuando siguieron adelante, el parabrisas se cubrió de vaho, de modo que tuvieron que detenerse y esperar a que amainara la tormenta. El sol comenzaba a ponerse cuando, tras recorrer cincuenta kilómetros de olivares, alcanzaron la cumbre de una colina y empezaron a descender hacia el límite de la tierra. Eso fue lo que le pareció a Andras, que nunca había visto el mar. Cuando se acercaron, el agua se convirtió en una vasta llanura de metal líquido, una infinitud sobrecalentada de bronce fundido. Sin embargo, el aire se tornaba más frío a medida que se aproximaban, y las hierbas que crecían en los bordes de la carretera inclinaban sus vainas, azotadas por un viento cada vez más fuerte. Llegaron a una franja de arena justo cuando la roja pastilla del sol se disolvía en el horizonte. Klara paró el coche en una playa desierta y apagó el motor. En la orilla, un rugido ensordecedor y un cataclismo de espuma. Sin pronunciar palabra, bajaron del automóvil y caminaron hacia aquel borde blanco y rasgado.

Andras se remangó los pantalones y se metió en el agua. Cuando se retiró una ola, la arena se deslizó debajo de sus pies y tuvo que agarrarse del brazo de Klara para no caer. Conocía bien esa sensación, el ímpetu poderoso y aterrador de la marea: era Klara, la atracción que ejercía sobre él, la inevitabilidad de la mujer en su vida. Ella se rió y se arrodilló en el agua, dejando que las olas le mojaran el cuerpo y volvieran transparente su blusa; cuando se puso en pie, su falda estaba decorada con algas. Andras deseó tenderla sobre la arena fresca y poseerla allí mismo, pero ella echó a correr por la playa en dirección al coche, llamándolo.

Tras cruzar la ciudad con sus hoteles blancos y su parábola centelleante de mar, torcieron por un camino tan lleno de baches y rocas que temieron que el Renault se despanzurrara. Al final del camino, en medio de un jardín pequeño rodeado de tojos, había una casita de piedra medio desmoronada. La llave estaba en un nido, sobre la puerta. Entraron con las maletas y se echaron en la cama, demasiado cansados para pensar en hacer el amor, preparar la cena o hacer nada aparte de dormir. Cuando despertaron, los envolvía una oscuridad aterciopelada. Buscaron las lámparas de queroseno y comieron el queso y el pan que habían guardado para el de sayuno del día siguiente. Una niebla que se movía lentamente cubría las estrellas. Klara había olvidado su camisón. Andras descubrió que era alérgico a alguna planta del jardín; le escocían los ojos y no paraba de estornudar. Pasaron una mala noche, oyendo el golpeteo de la puerta contra la jamba, el susurro del viento que se filtraba entre el marco de la ventana y el alféizar, el incesante chirrido de los insectos. Cuando Andras despertó en la niebla grisácea de la mañana, lo primero que pensó fue que podían subir al coche y volver a París si lo deseaban. Pero ahí estaba Klara, a su lado, con granos de arena entre los finos cabellos de las sienes; estaban en Niza y él había visto el Mediterráneo. Salió y trazó un largo arco de orina con olor a espárragos en el jardín trasero. Una vez dentro, se acurrucó junto a Klara y durmió más profundamente que antes, y cuando despertó por segunda vez había una franja de ardiente luz del sol en la cama donde antes estaba ella. Qué hambre tenía. Parecía que llevara días sin comer. Fuera se oía el ruido de unas tijeras de podar. Sin molestarse en ponerse una camisa, unos pantalones o al menos unos calzoncillos, salió y encontró a Klara cortando unas flores altas que semejaban paños de ganchillo tupido.

—Zanahoria silvestre —dijo ella—. Esto es lo que te hacía estornudar anoche. —Llevaba un vestido rojo de algodón sin mangas y un sombrero de paja. Sus brazos brillaban dorados al sol. Se secó la frente con un pañuelo y se quedó mirando a Andras, que seguía en el umbral—. *Au naturel* —añadió.

Andras se tapó con la mano a modo de hoja de parra.

—Creo que he terminado de trabajar en el jardín —dijo ella, y sonrió.

Andras volvió a la cama, que estaba en una alcoba con ventana, por la que se veía un retazo del Mediterráneo. Pasaron siglos antes de que Klara volviera a entrar y se lavara las manos. Andras había olvidado lo hambriento que estaba al despertar. Lo había olvidado absolutamente todo. Ella se descalzó, subió a la cama y se inclinó hacia él. Su cabello todavía conservaba el calor del sol y su aliento era dulce: había comido fresas en el jardín. El velo rojo de su vestido cayó sobre los ojos de Andras.

Fuera, tres cabras enanas salieron de los tojos y devoraron las flores cortadas, unas cuantas lechugas a medio crecer, una caja de cerillas vacía y el pañuelo olvidado de Klara. Les gustaba visitar esa casita, en cuyo jardín a menudo aparecían cosas nuevas e intrigantes. Mientras olisqueaban los neumáticos del Renault, una explosión de sonido les hizo aguzar las orejas: dos voces gritaban dentro de la casa.

Muy por debajo de la casita, silenciosa en su atalaya, se extendía la ciudad de Niza con sus cegadoras playas blancas. En Niza se podía nadar en el mar ondulante, comer en un café junto a la playa, dormir sobre la arena o pasear por la columnata de un hotel. Por diez céntimos se podía ver una película proyectada en la pared de un almacén. Se podía comprar ramos de rosas y claveles en un mercado de flores cubierto. Se podía pasear por las ruinas romanas de los baños de Cemenelum y disfrutar a mediodía de un picnic en una colina desde la que se veía el puerto. Se podía comprar material de dibujo por la mitad de lo que costaba en París. Andras se compró un bloc de dibujo y doce buenos lápices con mina de distinto grosor. Por la tarde, mientras Klara practicaba ballet, él dibujaba. Primero dibujó la casita hasta que conoció todas las piedras y cada uno de los ángulos del tejado. Después derribó la casita mentalmente y empezó a planificar la casa que podrían construir en su lugar. El terreno formaba una suave pendiente; la casa tendría dos pisos, uno de los cuales quedaría oculto a la vista desde la parte delantera. La línea del tejado discurriría a ras de la ladera y estaría cubierta de tepe; en esa capa de tierra plantarían lavanda aromática. Construiría la casa con piedra caliza de formas irregulares. Abandonaría la severa geometría de los diseños de sus profesores y dejaría que la casa descansara sobre la ladera como un afloramiento rocoso revelado por el viento. En la cara orientada al mar, empotraría una puerta de cristal corrediza en la piedra caliza. Habría una sala de ensayo para Klara y un estudio para él. Habría

salones y habitaciones de invitados, y habitaciones para los niños que tendrían. Detrás de la casa habría una zona pavimentada con piedra donde cabrían una mesa de comedor y sillas. Habría un jardín en terrazas donde cultivarían pepinos, tomates y plantas aromáticas, calabacines y melones; habría una pérgola para las parras. No se atrevía a imaginar cuánto costaría una parcela como aquella o edificar la casa que había diseñado, o si el ayuntamiento de Niza le permitiría construirla. La casa no existía en una realidad que incluyera dinero o leyes de costa. Era una ilusión perfecta que se hacía más claramente visible cuanto más tiempo llevaban allí. De día, mientras paseaba a lo largo del perímetro espinoso del jardín, planificaba aquellas habitaciones iluminadas por el mar; de noche, despierto junto a Klara, pavimentaba el patio y creaba las terrazas en la ladera para el jardín. Pero no mostró sus dibujos a Klara, ni le dijo lo que hacía mientras ella ensayaba. Había algo en el proyecto que hacía que se sintiera cauto y perspicaz; quizá era el inmenso abismo entre la armoniosa permanencia en la que invitaba a pensar la casa y la complicada incertidumbre de la vida de ambos.

En la casita de piedra vivían por primera vez como marido y mujer. Klara compraba provisiones en el pueblo y cocinaban juntos; Andras le hablaba de sus planes para el año siguiente, de la posibilidad de que realizara prácticas en la firma de arquitectura donde trabajaba Pierre Vago. Ella le hablaba de sus planes de contratar a una profesora ayudante entre las jóvenes bailarinas del extranjero. Quería hacer por alguien lo que Novak y Forestier habían hecho por Andras. Charlaban mientras caminaban por el camino que llevaba a la ciudad; charlaban después del ocaso en el jardín a oscuras, sentados en sillas de madera que sacaban de la casa. Se bañaban en una tina pequeña en medio del salón. Dejaban verduras y pan para las cabras enanas y una de ellas les daba leche. Hablaban del nombre que pondrían a sus hijos: la niña se llamaría Adèle, el niño Tamás. Nadaban en el mar, comían helados de limón y hacían el amor. Y en los caminos de tierra que discurrían a lo largo de playas Klara enseñaba a Andras a conducir.

El primer día el Renault se caló una y otra vez hasta que Andras se puso rojo de rabia. Se bajó del coche y acusó a Klara de enseñarle mal, o de pretender que quedara como un idiota. Sin perder la calma, ella pasó al

asiento del conductor, le guiñó un ojo y se alejó mientras él echaba pestes en el camino. Después de caminar los tres kilómetros hasta la casita, Andras estaba quemado por el sol y contrito. Al día siguiente solo se le caló el coche en dos ocasiones, y al siguiente logró conducir sin que se le calara una sola vez. Siguieron el camino de la colina hacia la Promenade des Anglais y avanzaron junto al mar hasta Cannes. A Andras le encantó tomar las numerosas curvas, le encantó ver a Klara con su fular blanco ondeando. A la vuelta condujo más despacio, y contemplaron los barcos de vela que surcaban el mar como cometas. Logró ascender por el difícil camino hasta la casita sin que se le calara el motor. Cuando llegaron al jardín, Klara bajó del coche y vitoreó a Andras. Aquella noche, la víspera de su cumpleaños, él la llevó a la ciudad para tomar una copa en el hotel Taureau d'Or. Ella lucía un vestido verde mar con los hombros al aire y un pasador de pelo brillante en forma de estrella de mar. Su piel se había bronceado hasta adquirir un tono dorado oscuro. Lo más hermoso de todo eran sus pies, calzados con las sandalias españolas, que dejaban al descubierto los dedos, con su belleza morena y tímida, las uñas como pedacitos de nácar rosa. En la terraza del Taureau D'Or Andras le dijo que le encantaba ver sus pies desnudos en público.

—Es muy *risqué* —dijo—. Es como si estuvieras totalmente desnuda.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Deberías haberlos visto cuando estaba todo el día *en pointe*. Eran feí si mos. No te imaginas cómo acaban los pies con el ballet. —Hizo girar el vaso describiendo cuidadosos círculos sobre la mesa de madera—. No me habría puesto sandalias ni por un millón de pengos.

—Habría pagado dos millones por verte con ellas.

—No tenías dos millones. Eras un colegial en aquella época.

—Habría encontrado la manera de ganarlos.

Ella rió y le introdujo un dedo bajo el puño de la camisa para acariciarle la piel de la muñeca. Era una tortura estar todo el día a su lado. Cuanto más la tenía, más la deseaba. Lo peor de todo eran los momentos que pasaban en la

playa, donde se ponía un bañador negro y un gorro de baño con rayas blancas. Se daba la vuelta en su esterilla de rafia y él contemplaba los granos dorados de arena que salpicaban sus pechos, el suave montículo del pubis, la piel tersa de los muslos. Andras se pasaba la mayor parte del tiempo ocultando su erección a la vista de los demás con la ayuda de un libro o una toalla. La tarde anterior la había visto lanzarse al agua ejecutando saltos perfectos desde una torre de madera en aquella misma playa; ahora veía esa torre, fantasmal a la luz de la luna, como un esqueleto en el mar.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí para siempre —dijo—. Puedes dar clases de ballet en Niza. Yo terminaré mis estudios por correspondencia.

Un velo de melancolía cubrió los rasgos de Klara. Tomó un sorbo de su copa.

—Vas a cumplir veintitrés años —le recordó—, lo que significa que yo cumpliré treinta y dos pronto. Treinta y dos. Cuanto más lo pienso, más me parece una edad de mujer mayor.

—Qué tontería —repuso Andras—. La última campeona de natación húngara tenía treinta y tres cuando ganó la medalla de oro en Munich. Mi madre tenía treinta y cinco cuando nació Mátyás.

—Me siento como si ya hubiera vivido mucho tiempo —dijo ella—.

Aquella época en que no me habría puesto sandalias ni por un millón de pengos… —Hizo una pausa y sonrió, pero su mirada era triste y ausente—. ¡Hace tantos años! ¡Diecisiete!

Andras entendió que no era él quien despertaba aquellos pensamientos en Klara, sino su propia vida, la forma en que había cambiado todo cuando se quedó embarazada. Eso era lo que había hecho caer el velo. Cuando el camarero se acercó, Klara pidió absenta para los dos, una bebida que solo tomaba cuando estaba triste y quería animarse y olvidarse del mundo.

Sin embargo, a Andras la absenta no le producía el mismo efecto; más bien tendía a jugar malas pasadas a su mente. Se dijo que quizá sería diferente en

Niza, en aquel bar de hotel de ensueño con vistas al mar, pero no pasó mucho rato antes de que el ajenjo iniciara su venenosa labor. Una puerta se abrió de golpe y se infiltró la paranoia. Si Klara estaba melancólica, no era porque hubiera perdido su futuro en el ballet, sino porque había perdido al padre de Elisabet. Su único gran amor. El único y monumental secreto que ella nunca le había confiado. Lo que sentía por Andras era irrisorio en comparación. Ni siquiera su relación de once años con Novak había logrado romper el hechizo. Madame Gérard lo sabía; Elisabet lo sabía; incluso Tibor lo había adivinado en solo una hora, mientras que Andras había sido incapaz de reconocerlo durante meses. Qué estupidez haber pasado el verano angustiado por Novak, cuando la verdadera amenaza era un fantasma, el único hombre que siempre tendría el corazón de Klara. El hecho de que estuviera allí sentada con su vestido verde mar y sus sandalias, bebiendo absenta tranquilamente, fingiendo que algún día podría ser la esposa de Andras, y que se hubiera dejado llevar a donde fuera que se hubiera dejado llevar —con él, sin duda, con aquel hombre sin nombre ni cara al que amaba— hizo que le entraran ganas de cogerla por los hombros y zarandearla hasta que llorara.

—Por Dios, Andras —dijo ella por fin—. No me mires así.

—¿Cómo?

—Como si quisieras matarme.

Sus límpidos ojos grises. El brillo de la estrella de mar en su cabello. Sus manos de niña sobre la mesa. Tenía más miedo a Klara, a lo que pudiera hacerle, que a cualquier otra persona que hubiera conocido en su vida. Empujó la silla hacia atrás y se dirigió al bar, donde compró un paquete de Gauloises, y después fue a caminar por la playa. Le resultó reconfortante recoger conchas y lanzarlas a las olas, donde brincaban y desaparecían sin hacer ruido. Se sentó sobre las tablillas de madera de una tumbona y fumó tres cigarrillos, uno tras otro. Pensó que podría dormir en la playa aquella noche, con el sonido de las olas que rompían en la orilla oscura y la música de la orquesta del hotel, que llegaba a sus oídos desde la sala de baile *à plein air*. Pero pronto se le aclaró la cabeza y recordó que había dejado a Klara sola en la mesa. La puerta de la absenta se estaba cerrando. Su

paranoia se retiraba. Miró hacia atrás y vio la pincelada verde mar del vestido de Klara desaparecer en la luz anaranjada del hotel.

Corrió por la playa para alcanzarla, pero cuando llegó al hotel no la vio por ninguna parte. En el vestíbulo, el recepcionista negó haber visto pasar a una mujer vestida de verde; los porteros la habían visto marcharse, pero uno afirmaba que se había encaminado hacia la ciudad y el otro creía que había tomado la dirección contraria. El coche seguía aparcado donde lo habían dejado, en un rincón de un aparcamiento de tierra. Ya estaba muy oscuro. Andras no creía que hubiera ido a la ciudad en el estado de ánimo en que se hallaba. Subió al coche y condujo a paso de tortuga por la carretera de la playa. Poco después los faros iluminaron un destello verde mar en el arcén. Klara caminaba presurosa, levantando nubes de polvo con las sandalias. Se rodeaba el torso con los brazos; Andras distinguió la conocida y deliciosa columna de vértebras de su espalda, que el vestido dejaba al descubierto. Paró el coche y echó a correr detrás de ella. Klara volvió la cabeza para lanzarle una rápida mirada y siguió caminando.

—Klara —la llamó—. Klárika.

Por fin se detuvo, con los brazos caídos a los lados. Un descapotable dobló una curva y sus faros bañaron el cuerpo de Klara cuando pasó a toda velocidad en dirección al centro de la ciudad, con los pasajeros cantando a voz en grito. Cuando el coche desapareció, no quedó más que el sonido de las olas. Durante un buen rato ninguno de los dos habló. Klara ni siquiera lo miró.

—Lo siento —se disculpó Andras—. No sé por qué te he dejado sola.

—Vámonos a casa —pidió Klara—. No quiero hablar de esto en el arcén de la carretera.

—No te enfades.

—Es culpa mía. No debería haber hablado del pasado. Me deprimo al recordarlo, y por eso te has levantado y te has ido a la playa.

—Ha sido la absenta —dijo Andras—. Me trastorna.

—No ha sido la absenta.

—Klara, por favor.

—Tengo frío —dijo ella, y se rodeó de nuevo, con los brazos—. Quiero volver a la casa.

Condujo Andras, sin que su habilidad al volante le proporcionara ninguna satisfacción; cuando bajaron del coche, no recibió ninguna alabanza. Klara fue al jardín y se sentó en una de las sillas de madera que habían sacado. Andras se sentó a su lado.

—Lo siento —repitió—. He cometido una estupidez, he sido un egoísta dejándote sola en la mesa.

Ella no parecía oírle. Se había retirado a algún lugar distante, particular, demasiado pequeño para que cupiera él.

—Esto ha sido una tortura para ti, ¿no? —preguntó Klara.

—¿A qué te refieres?

—A todo. A nuestra relación. A mis medias verdades. A todo lo que no te he contado.

—No hables con esas generalizaciones exasperantes —pidió Andras—.

¿Qué medias verdades? ¿Te refieres a lo de Novak? Creía que era un tema zanjado, Klara. ¿Qué más quieres contarme?

Ella negó con la cabeza. Después se tapó los ojos con la mano y empezaron a temblarle los hombros.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él—. No he sido yo. No estás así

porque yo me haya ido a la playa para fumar un cigarrillo.

—No —dijo ella mirándolo con los ojos llenos de lágrimas—. Es solo que he comprendido algo mientras estábamos allí.

—¿De qué se trata? —preguntó Andras—. Si tiene un nombre, dímelo.

—Lo echo todo a perder. Soy un desastre. Cojo algo que es bueno y lo hago malo. Cojo algo malo y hago que sea aún peor. Me ha ocurrido con mi hija y con Zoltán, y ahora me está ocurriendo contigo. He visto lo infeliz que te sentías antes de levantarte de la mesa.

—Ah, claro. Todo es culpa tuya. Obligaste a Elisabet a tener los problemas que ha tenido. Obligaste a Novak a engañar a su mujer. Me obligaste a enamorarme de ti. Nosotros tres no tuvimos arte ni parte.

—No sabes ni la mitad de las cosas que he hecho.

—¡Pues cuéntamelas!

Klara negó con la cabeza.

—Y si no me lo cuentas, ¿qué? —añadió Andras. Se puso en pie y la cogió del brazo para atraerla hacia sí—. ¿Cómo vamos a poder continuar?

¿Me mantendrás en la ignorancia? ¿Me enteraré de la verdad algún día por tu hija?

—No —respondió Klara con voz apenas audible—. Elisabet no sabe nada.

—Si vamos a estar juntos, debo saberlo todo. Tienes que decidirte, Klara. Si quieres que lo nuestro continúe, debes sincerarte conmigo.

—Me estás haciendo daño en el brazo —dijo ella.

—¿Quién era? ¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—El hombre al que amabas. El padre de Elisabet.

Ella se soltó de un tirón. A la luz de la luna Andras vio cómo la tela de su vestido se tensaba sobre las costillas y volvía a aflojarse. Klara tenía los ojos bañados en lágrimas.

—No vuelvas a cogerme de esta manera —dijo, y empezó a sollozar—.

Quiero volver a casa. Por favor, Andras, lo siento. Quiero volver a París.

Se rodeó el cuerpo con los brazos, temblando como si hubiera enfermado en la fresca noche mediterránea. El pasador en forma de estrella de mar brillaba como un hermoso error, un retazo festivo arrancado de un baile en un transatlántico, llevado por el viento y caído por casualidad en las olas oscuras de su cabello.

Andras comprendió que Klara era presa de algo que parecía una enfermedad, algo que la hacía temblar y empalidecía su piel. Lo comprendió al ver cómo se acurrucaba bajo las mantas en la casita, cómo miraba la pared con expresión ausente. Estaba decidida a volver a casa, quería marcharse por la mañana. Durante una hora Andras estuvo tumbado con ella en la cama, despierto, hasta que oyó que su respiración adquiría el ritmo del sueño. No podía seguir enfadado con ella. Si Klara quería volver a casa, la llevaría a casa. Podía recoger sus cosas ahora y estar preparado al amanecer. Con cuidado de no despertarla, se levantó y empezó a hacer las maletas. Era agradable tener algo concreto y finito que hacer. Dobló la ropa de Klara —los vestidos de algodón, las medias, la ropa interior, el maillot negro— y guardó los collares y los pendientes en la bolsita de satén de donde la había visto cogerlos. Metió una zapatilla de ballet dentro de la otra y dobló las faldas y leotardos de ensayo. Después se puso una chaqueta y se sentó en el jardín. En las malas hierbas que crecían junto al camino los grillos entonaban una canción francesa; la que sus grillos cantaban en Konyár tenía unas notas más agudas, un ritmo diferente. Pero las estrellas eran las mismas. Ahí estaban la damisela tendida en su roca, y la Osa Menor y el Dragón. Se las había señalado a Klara unas noches antes y ella le había pedido que se las indicara todas las noches hasta que consiguió distinguirlas tan bien como él.

A la mañana siguiente regresaron a París. Él la había ayudado a levantarse y vestirse a la luz azul del amanecer. Ella lloró al ver las maletas preparadas.

—Te he estropeado las vacaciones —dijo—. Y hoy es tu cumpleaños.

—No importa —repuso Andras—. Volvamos a casa. Nos espera un largo viaje.

Mientras Klara aguardaba en el coche, cerró la casita y dejó la llave en el nido que había sobre la puerta. Recorrió por última vez la carretera sinuosa hacia Niza; el mar centelleaba mientras el sol empezaba a derramarse sobre su superficie dorada. La carretera no le daba miedo después de las lecciones que había recibido de Klara. Condujo hasta París mientras ella contemplaba en silencio los campos y las granjas. Cuando llegaron al laberinto de calles de las afueras de la ciudad, ella se había dormido y Andras intentó recordar qué camino habían tomado al salir. Las calles tenían ideas propias; perdió una hora tratando de orientarse en las barriadas periféricas hasta que un policía le indicó cómo llegar a la Porte d'Italie. Por fin cruzó el Sena y avanzó por los bulevares conocidos hacia la rue de Sévigné. Entonces el sol estaba bajo en el cielo; el estudio de danza, en sombras, y las escaleras, a oscuras. Klara se despertó y se frotó la cara con las manos. Él la ayudó a subir y le puso el camisón que había olvidado sobre la cama. Ella se tumbó y dejó que las lágrimas le resbalaran por la cara y mojaran la almohada.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Andras sentándose a su lado—. ¿Qué necesitas?

—Estar sola. Solo dormir un poco.

Su tono era monocorde. Esa mujer pálida con el camisón bordado era la hermana fantasmal de la Klara que conocía, la mujer que se había marchado una semana antes con un guardapolvo y unas gafas de conducir. A Andras le resultaba inconcebible regresar a su habitación. No pensaba abandonarla en aquel estado de confusión. Sacó del coche las maletas de Klara y las subió al dormitorio. Luego le preparó una taza de tila, que ella tomaba cuando le dolía la cabeza, y la dejó sobre la mesita. Klara se incorporó y le tendió una mano. Él se sentó a su lado en la cama. Klara lo miró a los ojos; un rubor rosado se había extendido por su pecho. Apoyó la cabeza sobre su hombro y le rodeó la cintura con los brazos. Andras notó cómo subía y bajaba el pecho de ella contra el suyo.

—Qué cumpleaños más triste —comentó Klara.

—En absoluto —dijo Andras acariciándole el cabello—. He estado contigo todo el día.

—Hay algo para ti en el estudio de danza. Un regalo de cumpleaños.

—No necesito ningún regalo.

—Tonterías.

—Ya me lo darás en otro momento.

—No —dijo ella—. Debes tenerlo el día de tu cumpleaños, ya que hemos vuelto. Bajaré contigo.

Se levantó de la cama y lo tomó de la mano. Descendieron juntos por la escalera y entraron en el estudio de danza. Apoyado contra una pared había un objeto del tamaño de un piano vertical, tapado con una sábana.

—Por Dios —exclamó Andras—. ¿Qué es?

—Echa un vistazo —dijo ella.

—No sé si me atrevo.

—Atrévete.

Andras levantó la sábana por una esquina y tiró de ella. Dejó al descubierto una mesa de dibujo hecha a mano, tan hermosa y profesional como la de Pierre Vago, con la superficie de madera pulida inclinada hacia la ventana y el nombre de un famoso ebanista grabado en la base de acero. En la parte inferior de la superficie de madera había una ranura perfecta para los lápices; a la derecha, un agujero hondo para el tintero. Bajo la mesa había un taburete, con el asiento y las ruedas de metal relucientes. A Andras se le formó un nudo en la garganta.

—No te gusta —dijo ella.

Andras esperó hasta estar seguro de que podía hablar.

—Es demasiado buena —dijo—. Es una mesa de arquitecto. No es para un estudiante.

—La usarás cuando seas arquitecto, pero quería que la tuvieras ya.

—Guárdamela —propuso él. Se volvió y le puso una mano en la mejilla—. Si decides que vamos a seguir juntos, me la llevaré a casa.

Los labios de Klara palidecieron. Cerró los ojos.

—Por favor —dijo—, quiero que te la lleves. Se desmonta en dos piezas. Llévatela en el coche.

—No puedo. Ahora no.

—Por favor, Andras.

—Guárdamela. En cuanto hayas tenido tiempo para reflexionar, me dirás si debo llevármela o no. Pero no me la llevaré como un recuerdo tuyo, ¿lo entiendes? No quiero tenerla sin ti.

Ella asintió, con la mirada gacha.

—Es el mejor regalo que he recibido jamás —aseguró Andras.

Y así terminaron sus vacaciones. Septiembre estaba a la vuelta de la esquina. Andras lo sintió mientras cruzaba el puente Marie, con una bolsa llena de ropa para doce días, camino de su casa. Septiembre mandaba los primeros vientos frescos a París, sus matices rojos. Su aroma impregnaba el aire sobre el Sena como el perfume de una muchacha en el umbral de un salón de fiesta. Su pie enfundado en un zapato de satén todavía no lo había cruzado, pero todos sabían que estaba allí. No tardaría en entrar. Todo París parecía contener el aliento, esperando.

OceanofPDF.com

17

La sinagoga de la Victoire

Habría dado cualquier cosa por pasar el Rosh Hashaná en Konyár aquel año: ir a la sinagoga con su padre y Mátyás, comer pastel de miel en la mesa de su madre, salir al huerto y apoyar una mano en el tronco de su manzano favorito, cuya copa había sido siempre su refugio cuando estaba asustado, se sentía solo o triste. Sin embargo, se hallaba en su buhardilla de la rue des Écoles, a punto de cumplir su primer año en París, esperando a que llegara Polaner para ir juntos a la sinagoga de la rue de la Victoire. Habían transcurrido cuatro semanas desde la última vez que hablara con Klara. Y mientras el año judío se aproximaba a su fin, toda Europa parecía pender de un hilo sobre un abismo.

En cuanto volvió a tomar conciencia de la realidad después de regresar de Niza, en cuanto leyó las cartas que le esperaban y echó un vistazo al habitual fajo de periódicos, recordó que en Europa pasaban cosas peores que la negativa de Klara Morgenstern a confiarle los secretos esenciales de su historia. Hitler, que había incumplido el Tratado de Versalles con su anexión de Austria la primavera anterior, ambicionaba ahora la región fronteriza de Checoslovaquia, la barrera montañosa de los Sudetes, con sus fortificaciones militares, sus fábricas de armamento, su industria textil y sus minas. «¿Qué opinas de la nueva locura del canciller? —había escrito Tibor desde Módena—. ¿De verdad cree que Gran Bretaña y Francia se quedarán de brazos cruzados mientras despoja la última democracia de Europa central de todas sus defensas? Será el fin de la Checoslovaquia libre, de eso podemos estar seguros.»

De Mátyás llegó una carta de indignación, una protesta de colegial contra el revisionismo geográfico de Hitler: «¿Cómo puede pedir el “retorno” de los Sudetes cuando nunca perteneció a Alemania? ¿A quién cree que está engañando? Cualquier alumno de secundaria sabe que Checoslovaquia pertenecía al Imperio austrohúngaro antes de la Gran Guerra». Andras le respondió por carta que el gobierno húngaro probablemente estaba involucrado en los planes de Hitler, ya que Hungría tendría la posibilidad de

recuperar su territorio perdido si Alemania se apoderaba de los Sudetes; la palabra «retorno» era una incitación para cualquiera que pensara que su país se había visto perjudicado en Versalles. «Pero al menos has prestado atención en la escuela —escribió—. Quizá al final consigas el título de bachiller .»

Los periódicos de París dieron más información a medida que se desarrollaban los acontecimientos: el 12 de septiembre, en su discurso de clausura en la asamblea del Partido Nazi en Nuremberg, Hitler amenazó con el puño levantado y exigió justicia para los millones de habitantes de origen alemán que vivían en la región de los Sudetes. Se negaba a permanecer de brazos cruzados viéndolos oprimidos por el presidente checo Beneˇs y su gobierno. Unos días después, Chamberlain, que nunca había subido a un avión, voló al refugio de Hitler en las montañas, en Berchtesgaden, para hablar de lo que ahora todos denominaban la crisis de los Sudetes.

—No debería haber ido —opinó Polaner en la Paloma Azul, con un vaso de whisky en la mano—. Es una humillación, ¿no te parece? Ese anciano, que no había subido nunca a un avión, se ha visto obligado a viajar al rincón más remoto de Alemania para hablar con el Führer. Es una demostración de fuerza por parte de Hitler. El hecho de que Chamberlain haya ido hasta allí significa que está asustado. Estoy seguro de que Hitler se dará cuenta de su ventaja y la aprovechará.

—Si alguien está haciendo una demostración de fuerza es Chamberlain —afirmó Andras—. Fue a Berchtesgaden para dejar una cosa clara: si Hitler ataca Checoslovaquia, Gran Bretaña y Francia no dudarán en pararle los pies. De eso se trataba.

Sin embargo, pronto quedó claro que Andras se equivocaba. Los periódicos informaron de que Chamberlain había salido de la reunión con una lista de exigencias de Hitler, y ahora se proponía convencer a su gobierno, y al de Francia, de que se aceptaran las condiciones del Führer en breve. Los editoriales franceses abogaban por el sacrificio de los Sudetes si eso representaba mantener la paz que se había logrado a un precio tan alto en la Gran Guerra; solo algunos comentaristas comunistas y socialistas parecían defender el punto de vista contrario. Pocos días después, enviados de los gobiernos francés y británico presentaron al presidente Beneˇs una

propuesta para despojar a la república de sus regiones fronterizas y exigieron que el gobierno checo la aceptara sin demora. Andras se pasaba el día leyendo los periódicos y escuchando la radio roja de baquelita del taller de Forestier, como si su atención constante pudiera cambiar el rumbo de los acontecimientos. Hasta Forestier dejaba sus útiles de dibujo y comentaba las noticias con él. En respuesta a la propuesta anglo-francesa, el presidente Beneˇs había presentado un memorando mesurado y erudito en el que recordaba a Francia su promesa de defender Checoslovaquia si se veía amenazada; unas horas después de que se transmitiera el memorando, los emisarios de Asuntos Exteriores británico y francés en Praga sacaron a Beneˇs de la cama para insistir en que aceptara la propuesta de inmediato. De lo contrario, tendría que enfrentarse solo a Alemania. Al día siguiente Andras y monsieur Forestier escucharon con incrédulo estupor cómo un locutor anunciaba la aceptación del plan anglo-francés por parte de Beneˇs. El gobierno checo en pleno había dimitido a modo de protesta. Chamberlain se reuniría con Hitler de nuevo el 22 de septiembre, esta vez en Godesberg, para ultimar el traspaso de la región de los Sudetes.

—¡Bueno, esto es el colmo! —exclamó Forestier con los anchos hombros hundidos—. La última democracia de la Europa central se arrodilla ante Hitler a instancias de Gran Bretaña y Francia. Son tiempos terribles, señor Lévi, amigo mío, tiempos terribles.

Andras dio por supuesto que la crisis estaba superada, que se había evitado una guerra, aunque a un precio terrible. Sin embargo, cuando llegó al taller de Forestier el 23 de septiembre se enteró de que la reunión de Godesberg había acabado con más exigencias: Hitler quería que sus tropas ocuparan los Sudetes y exigía que la población checa de la zona abandonara sus casas y granjas en el plazo de una semana, dejando atrás todo cuanto poseían. Chamberlain se llevó a su país la nueva lista de exigencias, que inmediatamente rechazaron tanto el gobierno francés como el británico. Una ocupación militar era impensable, lo mismo que entregar el resto de Checoslovaquia sin luchar. «La temida movilización ha llegado —escribió Andras a Tibor aquella mañana, la víspera del Rosh Hashaná—. Los militares checos han sido movilizados, y nuestro primer ministro, Daladier, ha ordenado una movilización parcial de los soldados franceses.» Andras lo había visto aquella mañana: por toda la ciudad, los reservistas

dejaban sus tiendas, sus taxis y sus mesas de café para dirigirse a los lugares en las afueras de París donde debían reunirse con sus batallones. Cuando Andras fue a echar la carta que había escrito a Tibor, encontró una multitud apiñada en torno al buzón; todos los soldados que se marchaban parecían tener una carta que mandar. Ahora estaba sentado en su cama, con la bolsa del *tallis* en la mano, esperando a Eli Polaner y pensando en sus padres y sus hermanos, en Klara y en la perspectiva de una guerra. A las seis y media llegó Polaner; fueron en el metro hasta Le Peletier, en el distrito nueve, y caminaron dos travesías hasta la sinagoga de la Victoire.

La sinagoga no se parecía en nada al templo ornamentado de estilo marroquí de Dohány utca, adonde Andras y Tibor iban en las festividades más importantes cuando vivían en Budapest. Tampoco era como el *shul* de Konyár, una única habitación con revestimiento oscuro y un biombo de madera que separaba la zona de los hombres y la de las mujeres. Este era un edificio alto de ladrillo amarillo y estilo románico, con un rosetón sobre los arcos de la fachada. En el interior, unas columnas esbeltas se alzaban hacia una bóveda de cañón; arriba, las ventanas del triforio inundaban el recinto de luz. Sobre la *bimah* ornamentada al estilo bizantino, una inscripción exhortaba: TU AIMERAS L'ETERNEL TON DIEU DE TOUT TON CŒUR. Cuando Andras y Polaner llegaron, el servicio ya había empezado. Tomaron asiento en un banco del fondo y desabotonaron las bolsas de terciopelo del *tallis*: el de Polaner era de seda amarillenta con rayas azules, el de Andras, de lana blanca fina. Juntos recitaron las bendiciones para ponerse los chales de plegaria; juntos se los echaron sobre los hombros. El cantor cantó en hebreo: «Qué gozo y que alegría cuando los hermanos se sientan juntos».

Para Andras, que había pasado las últimas cuatro semanas levantando un muro alrededor de la parte de sí mismo que concernía a Klara Morgenstern, la melodía tuvo el efecto de un terremoto. Empezó como un temblor pequeño, pero suficiente para hacer estremecer el muro —sí, era una alegría que los hermanos se sentaran juntos, pero hacía meses, meses, que no veía a los suyos—, y después sintió una sacudida de añoranza insoportable de Konyár, y una segunda sacudida de añoranza de la rue de Sévigné y del hogar más profundo e íntimo que representaba Klara.

En las últimas cuatro semanas se había sumergido en las noticias del mundo y la había apartado de sus pensamientos; por las noches, cuando ya no merecía la pena fingir que había conseguido quitársela de la cabeza, se decía que el silencio de Klara no tenía por qué significar que todo había terminado. No le había llamado, pero tampoco le había devuelto las cartas ni le había pedido que le entregara las cosas que había dejado en su piso. Todavía no le había dado motivos para abandonar toda esperanza. Sin embargo, cuando la población de París huía al campo en previsión de los bombardeos, cuando la posibilidad abstracta de la guerra se convertía en algo real y tangible, ¿qué podía deducir de su persistente silencio? ¿Se marcharía de París sin comunicárselo? ¿Se marcharía bajo la protección de Zoltán Novak, en un coche particular mandado por este? ¿Estaría llenando en ese mismo momento la misma maleta que Andras había hecho para ella solo unas semanas antes?

Se ciñó aún más el *tallis* e intentó calmar sus pensamientos; encontró cierto alivio en la repetición de las plegarias, cierto consuelo en la presencia de Polaner y de otros hombres y mujeres que se sabían las palabras de memoria. Recitó la oración que enumeraba los pecados cometidos por el pueblo de Israel, y aquella en la que pedía al Señor que librara a su boca del mal y a sus labios del engaño. Recitó la oración de agradecimiento a la Torá, y oyó a los demás cantar las palabras escritas en los rollos blancos. Y al final del servicio rezó para que lo incluyeran en el Libro de la Vida, como si todavía hubiera sitio para él en ese libro.

Tras el servicio él y Polaner cruzaron el río para ir al comedor de estudiantes, que se había vaciado en verano, se había vuelto a llenar para la reapertura de las facultades y se había vaciado de nuevo con la amenaza de guerra. El camarero colmó el plato de Andras de pan, ternera y patatas duras y aceitosas.

—En casa mi madre estará sirviendo sopa de fideos y falda de ternera —comentó Polaner mientras se dirigían con los platos a la mesa—. Nunca permitiría que unas patatas como estas entraran en su cocina.

—No la tomes con la patata —dijo Andras—. No es precisamente culpa de la patata.

—Siempre empieza con la patata —afirmó Polaner arqueando una ceja con expresión sombría.

Andras se echó a reír. Parecía un milagro que Polaner se sentara a la mesa con él después de lo sucedido en enero. A pesar de lo mal que iba el mundo, Eli Polaner se había recuperado de sus heridas y había tenido el valor suficiente para regresar a la École Spéciale e iniciar el segundo curso.

—Seguro que a tu madre no le gustó tener que dejarte marchar de Cracovia —apuntó Andras.

Polaner desdobló la servilleta y se la colocó sobre las rodillas.

—Nunca se alegra de verme marchar. Es mi madre.

Andras se lo quedó mirando.

—No les has contado a tus padres lo que te sucedió, ¿verdad?

—¿Creías que lo haría?

—No lo sé. Estuviste a punto de morir.

—No me habrían dejado volver —aseguró Polaner—. Me habrían mandado a un sanatorio freudiano para que siguiera un tratamiento y ahora estarías solo, *copain*.

—Entonces es una suerte para mí que no les hayas dicho nada —repuso Andras.

Había echado de menos a sus amigos, sobre todo a Polaner. Había imaginado que por esas fechas ya estarían todos cenando en el comedor de estudiantes otra vez, que pronto estarían juntos en clase, que después se reunirían en la Paloma Azul para tomar té y comer galletas de almendra. Se había imaginado contando sus hazañas a Klara, haciéndola reír sentados junto a la lumbre en la casa de la rue de Sévigné. Sin embargo, Rosen y Ben Yakov se hallaban en su país con su familia, y él y Polaner estaban solos en el comedor, y la École Spéciale había pospuesto el inicio del curso, como

las demás universidades de París. Y él ni siquiera tenía la oportunidad de contar nada a Klara.

Mientras transcurrían los días de arrepentimiento entre el Rosh Hashaná y el Yom Kipur, se dijo que pronto tendría noticias de Klara. La guerra parecía inevitable. Por la noche se hacían ensayos de oscurecimiento; las pocas farolas que quedaban encendidas se cubrían con capuchas negras de papel para dirigir la luz hacia abajo. Las familias que se marchaban de la ciudad atestaban los trenes y provocaban una barahúnda de bocinas de coche en las calles. Llamaron a filas a cien mil hombres más. Los que se quedaron en París se apresuraron a comprar máscaras antigás, comida en conserva y harina. Llegó un telegrama de los padres de Andras: SI SE DECLARA LA GUERRA VUELVE CASA PRIMER TREN. Andras se sentó en la cama con el telegrama en la mano, preguntándose si eso era el final de todo: sus estudios, su vida en París, todo. Era el 28 de septiembre, faltaban tres días para que Hitler cumpliera su amenaza de ocupar los Sudetes. En setenta y dos horas su vida podía desmoronarse. Era imposible seguir esperando. Iría enseguida a la rue de Sévigné y exigiría ver a Klara; insistiría en que le permitiera acompañarlas a ella y a Elisabet fuera de la ciudad en cuanto prepararan las maletas. Antes de que le fallara el valor, se puso una chaqueta y corrió todo el camino hasta la casa.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta la señora Apfel le negó la entrada. Madame Morgenstern no quería recibir a nadie, afirmó; ni siquiera a él. Y, que ella supiera, no tenía pensado abandonar la ciudad. En ese momento estaba en cama con jaqueca y había pedido expresamente que no la molestaran. De todos modos, ¿no se había enterado Andras? Al día siguiente iba a celebrarse una reunión en Munich, un último esfuerzo para negociar la paz. La señora Apfel estaba convencida de que aquellos idiotas entrarían en razón. Ya lo vería, dijo; ya vería como al final no habría guerra.

Andras no se había enterado. Corrió al taller de Forestier y pasó los dos días siguientes pendiente de la radio. El 30 de septiembre se anunció que Hitler había llegado a un acuerdo con Francia, Gran Bretaña e Italia: Alemania tendría los Sudetes en un plazo de diez días. Al final habría ocupación militar. Los checos de la región de los Sudetes deberían abandonar sus casas, tiendas y granjas sin llevarse un solo mueble, una sola prenda de ropa

o una mazorca, y no habría programa de compensación de los bienes perdidos. En las regiones ocupadas por las minorías polaca y húngara, los votos populares determinarían las nuevas fronteras; casi con toda seguridad Polonia y Hungría reclamarían aquellos territorios perdidos. El locutor radiofónico leyó el acuerdo en un francés rápido y Andras se esforzó por encontrarle sentido. ¿Cómo era posible que Gran Bretaña y Francia hubieran aceptado un plan casi idéntico al que habían rechazado de plano unos días antes? La emisora de radio transmitió el ruido de la celebración en Londres; Andras oía también los gritos de júbilo fuera del estudio de Forestier, donde cientos de parisinos festejaban la paz, aclamaban a Daladier y elogiaban a Chamberlain. Los hombres movilizados podían volver a casa. No cabía duda de que eso era bueno: serían muchos los que segui rían inscritos en el Libro de la Vida un año más. ¿Por qué entonces se sentía como parecía sentirse Forestier, que estaba sentado en un rincón, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos? En opinión de Andras, los acontecimientos recientes estaban manchados de ignominia. Se sentía como se habría sentido si, tras la agresión a Polaner, el profesor Perret hubiera mantenido la paz en la École Spéciale expulsando a la víctima.

La víspera del Yom Kipur Andras y Polaner fueron a escuchar la col nidré en la sinagoga de la Victoire. Con una ceremonia solemne y genuflexiones hasta rozar el suelo con la frente, el cantor y el rabino rezaron pidiendo *rachmones* para la feligresía y la casa de Israel. Anunciaron que los fieles estaban liberados de las promesas que habían hecho ese año a Dios y a sus compañeros. Dieron las gracias al Todopoderoso porque Europa hubiera evitado la guerra. Andras dio las gracias con una sensación persistente de temor y, mientras el servicio continuaba, su tristeza se encauzó en otra dirección. Aquella semana la amenaza de guerra había sido una distracción eficaz de su situación con Klara. Durante un tiempo se había engañado a sí mismo, se había permitido creer que todo un mes de silencio podía contener una promesa tácita, un indicio de que todavía estaba reflexionando sobre el problema que había acelerado su regreso de Niza. Pero no podía seguir engañándose. Ella no quería verlo. Habían terminado, estaba claro. Su silencio no podía interpretarse de otro modo.

Aquella noche fue a casa y guardó las cosas de Klara en una caja de madera: su peine y su cepillo, dos blusas, un pendiente suelto en forma de narciso, un pastillero verde de cristal, un libro de cuentos en húngaro, un libro de poesía francesa del siglo XVI del que le gustaba leer fragmentos a Andras. Se entretuvo un momento con el libro; se lo había regalado él porque contenía el poema de Marot sobre el fuego que habitaba secretamente en la nieve. Buscó el poema. Cuidadosamente, con la navaja, cortó la página del libro y la metió en el sobre que contenía sus cartas. Estas se las quedó, porque no podía soportar separarse de ellas. Le escribió una nota en una postal que había comprado hacía meses como recuerdo: una fotografía de la place Barye, un parque diminuto del extremo oriental de l'Île Saint-Louis, donde él le había recitado el poema de Marot al oído la noche de fin de año.

Querida Clara —escribió—, te mando algunas cosas que te dejaste en mi casa. Mis sentimientos hacia ti no han cambiado, pero no puedo seguir esperando sin saber la razón de tu silencio, o si lo romperás algún día. Así pues, debo romperlo yo. Te relevo de las promesas que me hiciste. Ya no tienes que serme fiel ni comportarte como si algún día fueras a ser mi esposa. Sin embargo, no puedo relevarme a mí mismo de cumplir lo que te prometí; tú hazlo, Klara, si así lo deseas. Por mi parte, si decidieras volver conmigo, verías que sigo siendo, como siempre, tuyo.

ANDRAS

Clavó la tapa de la caja y la alzó. Aquellos últimos vestigios de Klara en su vida apenas pesaban. En la oscuridad fue a casa de Klara por última vez y dejó la caja en la puerta, donde la encontraría por la mañana.

Al día siguiente rezó y ayunó. En el servicio nocturno estaba limpio, embotado y mareado por el ayuno. Sabía que se estaba deslizando hacia un abismo y que no tenía fuerzas para impedirlo. Por fin el servicio acabó con la penetrante espiral del toque del *shofar*. Él y Polaner irían a cenar a la rue Saint-Jacques; József los había invitado a romper el ayuno con sus amigos de la Beaux-Arts. Cruzaron el río en silencio, sumidos en las últimas fases del ayuno.

En casa de József había música y una enorme mesa con bebidas alcohólicas y comida. József les deseó un feliz Año Nuevo y les puso una copa de vino en la mano. Después, haciéndole una seña con el dedo, llevó aparte a Andras e inclinó la cabeza hacia él.

—He oído algo muy sorprendente sobre ti —susurró—. Mi amigo Paul me ha dicho que estás saliendo con la madre de esa chica alta, su revoltosa Elisabet.

Andras negó con la cabeza.

—Ya no —dijo.

Luego cogió una botella de whisky de la mesa y se encerró en el dormitorio de József, donde acabó borracho como una cuba, se maldijo mirándose al espejo, aterró a los peatones al asomarse peligrosamente sobre la barandilla del balcón, vomitó en la chimenea y, por último, se desmayó.

OceanofPDF.com

18

Café Bédouin

El judaísmo no ofrecía *shivah* por el amor perdido. No había ningún kadish que recitar, ninguna vela que encender, ni prohibiciones de afeitarse, escuchar música o trabajar. No podía vivir vestido con harapos, no podía pasar el día sentado sobre cenizas. Tampoco podía recurrir a métodos de consuelo más profanos; no podía permitirse beber para olvidar todas las noches o sufrir una crisis nerviosa. Tras levantarse del suelo de madera de József y caminar tambaleándose hasta su casa, Andras concluyó que había alcanzado el punto más bajo de su aflicción. La idea en sí ya era curativa. Si ese era el punto más bajo, las cosas tenían que mejorar. Había roto con Klara. Ahora debía seguir adelante sin ella. Pronto empezarían las clases en la École Spéciale; no podía fallar en su segundo curso por culpa de Klara. Tampoco le parecía admisible ahorcarse, arrojarse desde un puente o emular una tragedia griega. Debía seguir con su vida. Tales eran sus pensamientos mientras miraba la rue des Écoles desde la ventana de su buhardilla, todavía acariciando la loca e irrefrenable esperanza de verla doblar la esquina con el sombrero rojo, medio corriendo, con el faldón de su abrigo de otoño agitándose.

Cuando ya llevaba siete semanas sin saber nada de ella, incluso sus esperanzas más fantasiosas empezaron a apagarse. La vida, ajena a su dolor, continuaba. Rosen y Ben Yakov regresaron a París con el resto de estudiantes de la École Spéciale: Rosen en un estado continuo de ira por lo que había sucedido y seguía sucediendo en Checoslovaquia; Ben Yakov pálido de amor por una muchacha que había conocido aquel verano en Italia, hija de un rabino ortodoxo de Florencia. Había prometido llevar a la muchacha a París como su esposa; con este objetivo había aceptado un empleo en la Bibliothèque Nationale, colocando libros para ahorrar dinero. Rosen también tenía una nueva pasión: se había afiliado a la Liga Internacional contra el Antisemitismo, y estaba siempre ocupado con manifestaciones y asambleas. Andras, por su parte, gracias a la recomendación de Vago, empezó las prácticas de arquitectura que había solicitado en primavera. Tuvo que trabajar menos horas para Forestier, pero,

a fin de compensar la pérdida de ingresos, recibía un pequeño estipendio. Ahora pasaba tres tardes a la semana junto a un arquitecto llamado Georges Lemain, en el papel de aprendiz, archivando planos, borrando líneas a lápiz, preparando cafés y realizando cálculos. Lemain era un hombre delgado como una vara, con una cabeza lustrosa de cabellos canos y cortos. Hablaba un francés metálico y rápido y dibujaba con la precisión de una máquina. A menudo enfurecía a sus compañeros cantando arias de ópera mientras trabajaba. Por ese motivo lo habían confinado a un rincón del despacho, separado de sus compañeros por una estantería llena de ejemplares atrasados de *L'Architecture d'Aujourd'hui*. Sentado a su escritorio junto a la gran mesa de dibujo de Lemain, Andras fue aprendiendo las arias y acabó cantándolas él también. A cambio de su tolerancia y diligencia, Lemain empezó a ayudarlo en sus tareas de la facultad. Sus ángulos de cristal de inspiración naval y sus elegantes planos de piedra empezaron a infiltrarse en los dibujos de Andras. El arquitecto lo animó a tener una carpeta con los esbozos que creara al margen de los proyectos de la École Spéciale; lo instó a mostrarle las ideas que había desarrollado. Así pues, una tarde de finales de octubre, Andras le llevó los planos de la casa de veraneo de Niza. Lemain los extendió sobre su mesa de trabajo y se inclinó sobre los alzados.

—Una pared como esa no duraría ni cinco años en Niza —afirmó, acotando un segmento del dibujo de Andras—. Piensa en el salitre. Estas hendiduras le darían un punto de apoyo. —Colocó un papel de calco sobre el dibujo de Andras y esbozó una pared lisa—. No obstante, has encontrado una solución ingeniosa para aprovechar la pendiente del terreno. La orientación oblicua del patio y las terrazas se adapta bien a la topografía. —Colocó otra hoja de papel de calco sobre el alzado posterior y unió dos niveles de la terraza en una única pendiente—. No hay mucho desnivel. Conserva la forma de la colina. Puedes plantar romero para retener la tierra.

Mientras lo observaba, Andras realizaba más cambios mentalmente. Bajo la intensa luz del despacho, los planos no parecían tanto el proyecto de la vida que deseaba como la configuración de la casa de un cliente. Aquella habitación no tenía por qué ser un estudio de ballet, era simplemente un salón luminoso. Y los dos dormitorios pequeños de la planta principal no tenían por qué ser habitaciones para los niños; podían ser las *chambres deux y trois*, a las que el cliente podría dar el uso que deseara. La cocina no tenía

que contener los restos imaginados de una comida a medias; la *chambre principal* no tenía que acomodar a dos emigrantes húngaros, o a nadie en particular. Se pasó la tarde borrando y dibujando de nuevo los planos hasta que le pareció haber captado el espíritu del diseño.

Con los planos y las hojas de papel de calco de Lemain enrollados bajo el brazo, se dirigió a la rue des Écoles sobre un confeti de hojas secas, cuyo crujido sobre la acera le evocó un millar de tardes de otoño en Konyár, Debrecen y Budapest, el olor a quemado de las castañas que se asaban en el fogón de hierro del vendedor callejero, la lana gris y rígida de los uniformes escolares, los jarrones de las floristas de repente llenos de espigas de trigo y girasoles aterciopelados. Se detuvo ante el escaparate de un estudio de fotografía de la rue des Écoles, donde acababan de exponer una nueva serie de retratos: niños parisinos con rostro serio y ropas de campesino posaban ante un decorado pintado que representaba una cosecha. Todos llevaban zapatos y los zapatos relucían porque les habían sacado brillo. Se echó a reír al imaginar a Tibor, a Mátyás y a sí mismo posando delante de una carreta de heno de verdad, con la ropa que llevaban cuando eran pequeños: no aquellos guardapolvos y pantalones impecables, sino camisas marrones de trabajo confeccionadas por su madre, monos heredados, cinturones de cuerda, gorras hechas con tela de los abrigos destrozados por su padre. En los pies tendrían una fina capa de polvo marrón de Konyár. Sus bolsillos estarían llenos de manzanas pequeñas, les dolerían los brazos de tanto acarrear balas de heno para los granjeros vecinos. De la casa emanaría el intenso olor de la papriká de pollo; su padre habría vendido mucha madera para construir carretas de heno y cobertizos, así que podrían comer pollo todos los viernes hasta que llegara el invierno. Aquellos días cálidos de octubre de la siega del heno eran una buena época. El aire era aún suave y fragante, el estanque pronto se helaría como un brillante óvalo líquido en el que se reflejarían el molino y el cielo.

En el escaparate del fotógrafo, una silueta borrosa se deslizó ante los retratos de los niños: el atisbo de un abrigo de lana verde, el haz dorado de una trenza. El reflejo cruzó la calle en dirección a Andras. Al acercarse, sus rasgos adoptaron una forma que conocía: Elisabet Morgenstern. La joven le dio una buena palmada en el hombro y Andras se volvió.

—Elisabet, ¿qué estás haciendo en el Quartier Latin un jueves por la tarde? ¿Has quedado con Paul?

—No —respondió ella, y le miró con dureza—. He venido a verte.

—Sacó del bolso una cajita de pastillas y se echó una en la palma de la mano—. Te ofrecería una, pero casi no me quedan.

—¿Qué pasa? —preguntó Andras, con el corazón en un puño—. ¿Le ha ocurrido algo a tu madre?

Elisabet paseó la pastilla por la boca y después la masticó. Cuando habló, Andras percibió un leve olor a anís.

—No quiero hablar en medio de la calle —dijo ella—. ¿Podemos ir a alguna parte?

La Paloma Azul estaba cerca, pero Andras no quería encontrarse a sus amigos. Así que la llevó colina arriba, al Café Bédouin, donde había quedado con Klara para tomar algo hacía una eternidad. No había vuelto al local después de aquella noche. La misma hilera de botellas de licor detrás de la barra y las mismas cortinas de un lila descolorido en las ventanas. Se sentaron a la mesa en el banco acolchado y pidieron té.

—¿De qué se trata? —preguntó en cuanto el camarero se alejó.

—Sea lo que sea lo que le estás haciendo a mi madre, déjalo ya —le pidió Elisabet.

—No sé a qué te refieres. Hace semanas que no la veo.

—¡A eso precisamente me refiero! Para decirlo con franqueza, Andras, te estás comportando como un canalla. Mi madre está deprimida. Apenas come. No escucha música. Duerme todo el día. Y me regaña por cualquier tontería: porque mis notas no son lo bastante altas, porque no hago los deberes o porque le hablo en un tono que no le gusta.

—¿Y eso es culpa mía?

—¿De quién si no? —exclamó ella—. La has abandonado por completo. Ya no vienes a casa. Le has devuelto todas sus cosas.

En un instante la aflicción de Andras volvió como si nunca lo hubiera abandonado.

—¿Y qué querías que hiciera? —preguntó—. Aguanté todo lo que pude. Tu madre no me escribía ni venía a verme. Yo sí fui a verla. Fui después de Rosh Hashaná, cuando todo el mundo hablaba de una evacuación.

La señora Apfel me dijo que tu madre no deseaba recibir a nadie, y mucho menos a mí. Ni siquiera después de eso me mandó tu madre una nota.

Tuve que rendirme. Debía respetar sus deseos. Y también tenía que intentar no perder la cabeza.

—Así que te desentendiste de ella porque era más fácil.

—No me desentendí, Elisabet. Cuando le devolví sus cosas le mandé

una nota para explicarle que mis sentimientos no habían cambiado. No me respondió. Está claro que no desea volver a verme.

—Si eso es cierto, ¿por qué está tan triste? No se trata de que esté saliendo con otro. No sale nunca. Por la noche está siempre en casa. Los domingos por la tarde los pasa en la cama. —El camarero les sirvió el té y Elisabet vertió un poco de leche en su taza—. No puedo estar ni un momento a solas con Paul —añadió—. Tengo que salir a escondidas por la noche para verlo.

—De eso se trata, de que no puedes ver a Paul a solas.

Elisabet lo miró furiosa, con los labios apretados en un gesto de desprecio.

—Eres un imbécil, por si no lo sabías. Un auténtico imbécil. Pienses lo que pienses, me importa mi madre. Más que a ti, por lo visto.

—¡A mí también me importa! —gritó Andras inclinándose hacia ella—.

He estado a punto de volverme loco con esto. Pero no puedo hacer que cambie de opinión, Elisabet. No puedo hacer que sienta por mí lo que no siente. Si quiere que hablemos, tendrá que ser ella quien se ponga en contacto conmigo.

—No lo hará, ¿te enteras? Seguirá siendo una desgraciada. No le importa seguir así. Para ella es como un proyecto de vida. Y me hará desgraciada a mí también. —Se miró la mano, y Andras reparó en que llevaba un anillo en el dedo anular: un diamante con dos esmeraldas en forma de hoja. Mientras él lo miraba, ella hizo girar la sortija distraídamente—. Paul y yo estamos prometidos —dijo—. Quiere llevarme a Nueva York en junio, en cuanto termine la escuela.

Andras arqueó una ceja.

—¿Lo sabe tu madre?

—¡Por supuesto que no! Ya sabes lo que diría. Quiere que espere a tener treinta años para mirar a un hombre. Pero no creo que quiera que acabe como ella, sola.

—Claro que no quiere que acabes como ella. Esa es la cuestión. Era demasiado joven cuando te tuvo. No quiere que tú pases por lo mismo.

—Deja que te diga algo —repuso Elisabet lanzándole una mirada acerada —. Yo nunca acabaré como ella. Si me quedo embarazada de un hombre que no me ama, sé lo que debo hacer. Conozco a chicas que lo han hecho. Haré lo que debería haber hecho ella.

—¿Cómo puedes hablar así? —exclamó Andras—. Renunció a toda su vida para tenerte.

—Eso no es culpa mía —replicó Elisabet—. Y no significa que mi madre pueda decidir lo que debo hacer cuando cumpla dieciocho. Me casaré

con quien quiera. Iré a Nueva York con Paul.

—Eres una egoísta, Elisabet.

—¿Yo egoísta? —Elisabet entornó los ojos y apuntó a Andras con un dedo —. Eres tú quien la ha abandonado cuando estaba deprimida. ¡Una persona en ese estado no invita a nadie a almorzar ni manda notas de amor! Pero a ti probablemente nunca te ha importado mi madre. Querías ser su amante, pero en realidad no deseabas conocerla.

—¡Por supuesto que quería conocerla! —afirmó él—. Es ella quien me apartó de su lado.

Sin embargo, al decirlo experimentó una especie de cambio de presión, un impacto sordo que retumbó en sus oídos. Klara lo había apartado de su lado, lo había hecho más de una vez, pero él también la había apartado a ella. En Niza, en el hotel Taureau d'Or, cuando Klara parecía a punto de hablarle de su pasado, él la había dejado sola en la mesa en lugar de escuchar lo que iba a decirle. Y aquella misma noche, ya en la casita, cuando él le había pedido que se lo contara todo, lo había hecho con tal brusquedad que la había asustado. Después había preparado las maletas y la había llevado a París. Desde entonces había intentado verla solo una vez. Le había mandado una única postal y le había devuelto sus cosas, y luego se había empeñado en borrarla de su mente y de su vida. Su amor tendría un final tajante y triste: una caja de cosas devueltas, una nota sin respuesta. Nunca tendría que oír las revelaciones que podrían causarle dolor o cambiar lo que pensaba de ella. Había optado por conservar la idea que tenía de Klara: el recuerdo de su cuerpo fuerte y menudo, de su forma de escucharle y hablar, de las noches que habían pasado juntos en su habitación. Por más que se hubiera dicho que quería saberlo todo de ella, una parte de él se había acobardado ante tal posibilidad. Creía que la amaba, pero no lo amaba todo de ella; no era más que lo que habían sido aquellas imágenes plateadas de las tarjetas antiguas, o su nombre escrito en un sobre de color marfil.

—¿Crees que aceptará verme? —preguntó a Elisabet.

Ella se lo quedó mirando con un tenue centelleo de alivio en los fríos estanques azules de sus ojos.

—Pregúntaselo tú mismo —respondió.

OceanofPDF.com

19

Un callejón

En las nueve semanas que llevaba sin ver a Klara, el tiempo no se había detenido. La Tierra había seguido su curso alrededor del Sol, Alemania había invadido los Sudetes y en la órbita de su vida se habían producido cambios. Andras sentía el viento en la nuca; se había cortado el pelo, que se había dejado crecer a petición de Klara. Sus clases matinales con Vago habían terminado y los licenciados en aquel año ya se habían marchado. Los novatos de primero escucharon con atención la evaluación que él y sus compañeros de clase hicieron de sus proyectos. Había empezado sus prácticas en el estudio de arquitectura, su primer trabajo en la especialidad que había elegido. Y había que elaborar nuevos decorados en el taller de Forestier: para *Lisístrata*, un Partenón de dimensiones reducidas y un bosque de falos como columnas; para *El jardín de los cerezos*, una sala de estar cuyas paredes, hechas de una tela de malla muy fina y bordeada de luces ocultas, se volvían más transparentes a medida que avanzaba la obra, hasta que desaparecían para dejar a la vista las hileras de árboles que se alzaban detrás.

También su habitación en la rue des Écoles era distinta. Andras había empujado la mesa hacia la parte de la buhardilla, donde el techo quedaba más bajo, para clavar en él sus planos. Había comprado una lámpara con pantalla verde para trabajar y colgado en las paredes dibujos de edificios: no los transatlánticos e icebergs que sus profesores diseñaban, ni la arquitectura monumental de París, sino las formas ovoides bien definidas de las cabañas de Ghana, las colmenas de viviendas en las paredes rocosas donde moraban los indios americanos y las paredes de piedra dorada de Palestina. Había copiado las imágenes de revistas y libros y las había pintado con las acuarelas compradas a buen precio en Niza. En el suelo había una gruesa alfombra roja que olía a humo de leña; en la cama, una colcha clara hecha con un telón de teatro roto. Y al lado de la chimenea descansaba un sillón blando de terciopelo rojizo descolorido que alguien había tirado delante de su edificio y él había recogido una mañana. Cuando lo encontró el sillón estaba boca abajo, en una postura de abyecta

indignidad, como si hubiera intentado en vano regresar a casa tras una noche de juerga. Tenía un gracioso compañero, un reposapiés deshilachado y con flecos que parecía un perrito greñudo.

En ese sillón estaba sentada Klara. Andras le había escrito, le había dicho que quería verla, le había pedido su compañía solo por una noche. Aunque se había dicho a sí mismo que no debía esperar respuesta, confiaba en que Elisabet la convenciera de que le escribiera. Esa noche, al volver del taller de Forestier, la había encontrado sentada en el sillón, con los zapatitos al lado como un par de notas negras. Andras se detuvo en el umbral y se la quedó mirando, temiendo que se tratara de una aparición; ella se levantó y le quitó la bolsa del hombro, deslizó las manos por debajo de su abrigo y lo apretó contra su pecho. Andras percibió su olor a lavanda y miel, el aroma a pan de su piel. Al reconocerlos estuvo a punto de romper a llorar. Puso un pulgar en el hueco de su garganta, tocó el botón ámbar de su blusa.

—Te has cortado el pelo —comentó Klara.

Él asintió, incapaz de hablar.

—Y estás más delgado —añadió ella—. No debes de comer mucho.

—¿Y tú? —preguntó él mirándole atentamente la cara.

Las manchas bajo sus ojos eran violáceas; su piel había perdido el dorado de playa para adquirir un tono marfileño. Parecía casi transparente, como si un viento la hubiera dejado vacía por dentro. Por su postura parecía que le doliera todo el cuerpo.

—Voy a prepararte un té —dijo.

—No te preocupes.

—No es ninguna molestia, Klara.

Puso agua a hervir y preparó té para los dos. Después encendió la chimenea y se sentó en el reposapiés con flecos. Le subió la falda por encima de la rodilla, sacó las presillas metálicas de las ligas de los topes de goma, le

quitó las medias. No le acarició las piernas, aunque lo deseaba; no enterró la cara en sus muslos. Le cogió los pies y siguió el puente de ambos con los pulgares.

Ella soltó un gritito, un suspiro.

—¿Por qué insistes en seguir viéndome? —preguntó—. ¿Qué quieres?

Andras negó con la cabeza.

—No lo sé, Klara. Puede que solo esto.

—He estado muy desanimada desde que volvimos de Niza —dijo ella—. No tenía ganas ni de levantarme de la cama. No podía comer. No podía escribir una carta ni remendar un vestido. Cuando todo apuntaba a que Francia entraría en guerra, tuve la espantosa idea de que te presentarías voluntario. —Se interrumpió y negó con la cabeza—. Pasé dos días sin dormir intentando armarme de valor para venir a verte, y tuve de resultas una jaqueca tan fuerte que no pude levantarme de la cama. No podía dar clases. En quince años nunca había estado tan enferma como para no dar clase. La señora Apfel tuvo que colgar un cartel para informar de que estaba indispuesta.

—Le dijiste que no me dejara entrar si iba a verte.

—Creía que no vendrías salvo para anunciarme que te marchabas a la guerra. Pensé que no podría sobrevivir a la noticia. Y después me devolviste mis cosas. ¡Andras, por Dios! Leí tu nota cien veces. Escribí cien borradores de respuesta y los tiré. Todo lo que escribía me parecía mal o fruto de la cobardía.

—Al final Francia no entró en guerra.

—No. Y yo fui tan egoísta que me alegré, créeme, aunque sabía lo que eso representaba para Checoslovaquia.

Andras esbozó una sonrisa triste.

—No te he devuelto todas tus cosas. Conservo el poema sobre *Anne qui luy jecta de la neige*.

—De Marot.

—Sí. Arranqué la hoja de tu libro.

—¡Has destrozado mi libro!

—Me temo que sí.

Klara negó con la cabeza y descansó la frente sobre la palma de la mano, con el codo apoyado en el brazo del sillón.

—Cuando llegó tu carta esta semana, mi hija me dijo que dejaría de tenerme el menor respeto si no venía a verte inmediatamente. —Se interrumpió y le dirigió una sonrisa irónica—. De entrada me quedé estupefacta al saber que aún me tenía algún respeto. Después decidí que sería mejor venir.

—Klara —dijo Andras, acercándose más para cogerle las manos—, lo siento, pero tengo que hacerte preguntas difíciles. Necesito saber en qué estabas pensando cuando volvimos de Niza. Tienes que hablarme de…, no sé ni cómo se llama. El padre de Elisabet. Tienes que contarme por qué viniste a Francia.

Ella suspiró y se quedó mirando el fuego, donde el calor corría como un líquido volátil entre los pedazos de carbón. Sus ojos parecieron beber su luz rojiza.

—El padre de Elisabet —repitió, y deslizó la mano por el brazo del sillón —. Ese hombre.

Y entonces, aunque ya era más de medianoche, le contó su historia.

En la segunda década de aquel siglo, los mejores alumnos de ballet de Budapest habían recibido clases de Viktor Vasiliévich Romankov, el terco y excéntrico tercer hijo de una familia de aristócratas rusos arruinados. En San Petersburgo, cuando todavía era San Petersburgo, Romankov se había

formado en la Escuela de Ballet Imperial y había bailado en la famosa compañía de ballet del teatro Mariinski; a los treinta y cinco años la abandonó para abrir su propia escuela, donde enseñó a cientos de bailarines, entre ellos la gran Olga Spesivtzeva y Alexandra Danilova. De joven se había esforzado por destilar la precisión en su técnica de baile; sus intentos de desmitificar la fisiología del baile, así como la paciencia que había desarrollado durante su formación, lo habían convertido en un profesor insólitamente eficaz. Su fama se extendió hacia occidente y cruzó el Atlántico. Cuando su familia perdió los últimos restos de su antaño inmensa fortuna en los primeros tiempos de la revolución, huyó de San Petersburgo con la intención de emigrar a París siguiendo los pasos de su héroe Diáguilev, fundador de los Ballets Rusos. Sin embargo, cuando llegó a Budapest estaba exhausto y sin blanca. Se enamoró inesperadamente de aquella ciudad de puentes y parques, edificios ornados con azulejos y bulevares arbolados. No pasaron muchos días antes de que investigara la situación del Ballet Nacional de Hungría. Se enteró así de que la academia tenía un sistema de formación muy anticuado y hacía largo tiempo que necesitaba un cambio. La directora artística de la escuela había oído hablar de él: Romankov era justo la clase de persona que la escuela deseaba contratar. Se alegró muchísimo de que se uniera a la plantilla de profesores. Así fue como Romankov se estableció en Budapest.

Klara fue una de sus primeras alumnas. Empezó a dar clases con él a los nueve años. Romankov se había fijado en ella un día que, paseando por el barrio judío, la vio en clase de ballet al curiosear por la ventana. Entró sin más en el estudio, la tomó de la mano y dijo a la profesora que era un amigo de la familia y que en casa se había presentado un asunto urgente. Una vez fuera, explicó a Klara que era un profesor de ballet de San Petersburgo, que había reparado en su talento y quería verla bailar. Después la llevó a la escuela del Ballet Nacional, en un tercer piso de Andrássy út, un laberinto de salas de ensayo mucho más destartaladas que la escuela de la que había sacado a Klara. Los suelos estaban grises de tan gastados, los pianos tenían arañazos, de las paredes no colgaba ni una triste reproducción de Degas, el ambiente olía a pies, a satén de zapatilla y a colofonia. Aquel día no había clases; en los estudios desiertos se oía la extraña resonancia de un zumbido que flotaba en las salas cuyo estado natural era estar llenas de música y bailarines. Romankov condujo a Klara a un estudio pequeño y se sentó al

piano. Mientras él tocaba un minueto, ella bailó la pieza de la mariposa que había interpretado en la función del año anterior. La música no era la adecuada, pero el tempo era correcto; mientras bailaba, Klara intuyó que estaba ocurriendo algo trascendental. Cuando terminó, Romankov aplaudió y le pidió que hiciera una reverencia. Era espléndida para su edad, dijo, y no demasiado mayor para que él no pudiera corregir los errores que había advertido en su técnica. Debía empezar su formación de inmediato; en esa escuela se convertiría en una bailarina. Romankov debía hablar con sus padres aquel mismo día.

A sus nueve años Klara se sintió halagada por el futuro que el hombre le prometía y lo llevó a la villa de Benczúr utca. En el salón de los sofás color salmón, Romankov anunció a la estupefacta madre de Klara que su hija estaba perdiendo el tiempo en el estudio de Wesselényi utca y debía matricularse en la escuela del Ballet Nacional enseguida. Klara podía tener un gran futuro en el ballet, pero él debía reparar el daño que había causado su actual profesora. Mostró a la señora Hász el amaneramiento con que Klara doblaba la mano, la exagerada inexpresividad de su quinta posición, la exactitud vacilante de su port de bras; después le estiró las manos para que se curvaran de un modo infantil, la hizo colocarse en una quinta posición más suelta, la tomó por las muñecas e hizo que sus brazos flotaran como si se movieran por el agua. Así debía ser una bailarina, así debía moverse Klara. Él le enseñaría a hacerlo, y si Klara destacaba tendría una plaza en el Ballet Nacional.

La madre, que por un capricho del destino y el amor había abandonado la olvidada y rural Kaba para establecerse en el centro del círculo social judío más animado de Budapest, nunca habría imaginado que la niña pudiera ser algún día bailarina profesional. Se proponía ofrecer una vida holgada y llena de comodidades a sus hijos. Por supuesto que Klara estudiaba ballet, porque la gracilidad era un atributo necesario para las damas jóvenes de su posición social. Sin embargo, una carrera como bailarina era impensable. Agradeció a Romankov su interés y le deseó suerte en su nuevo puesto en la escuela del Ballet Nacional. Hablaría con el padre de Klara esa noche.

En cuanto Romankov se hubo marchado, subió con Klara a la habitación de los niños y le explicó por qué no podía estudiar ballet con aquel ruso tan

simpático. La danza era un pasatiempo agradable para una niña, no algo que se hacía ante un público a cambio de dinero. La vida de las bailarinas profesionales se caracterizaba por la pobreza, las privaciones y la explotación. Rara vez se casaban, y si lo hacían sus matrimonios acababan mal. Cuando Klara fuera mayor sería esposa y madre. Si deseaba bailar, podía dar fiestas para sus amigos, como hacían su anya y su apa.

Klara asintió y lo aceptó porque quería a su madre. No obstante, a los nueve años ya sabía que sería bailarina. Lo sabía desde que su hermano la había llevado a ver La Cenicienta en la Operaház cuando tenía cinco años. La siguiente vez que su niñera la dejó en la escuela de danza de Wesselényi utca, corrió las siete travesías que la separaban de Andrássy út y en la escuela del Ballet preguntó a una de las bailarinas dónde podía encontrar al caballero alto de la barba rojiza. La chica la llevó a un estudio del final del pasillo, donde Romankov se preparaba para empezar una clase de principiantes. No pareció sorprenderse al verla; le hizo sitio en la barra de ejercicios entre dos alumnos y con su voz de barítono y su acento ruso les fue indicando cómo realizar una serie de ejercicios difíciles. Al final de la clase Klara volvió a la otra escuela de ballet a tiempo de encontrarse con su niñera, a quien no mencionó nada de su aventura. Transcurrieron tres semanas antes de que los padres de Klara descubrieran que había abandonado la escuela de Wesselényi utca. Entonces ya era demasiado tarde: Klara se había convertido en una admiradora entusiasta de Romankov y la escuela del Ballet Nacional. Su indulgente padre convenció a la madre de que no podía haber ningún peligro en que su hija saliera al escenario; aquella escuela era igual que la que la niña había frecuentado hasta entonces, solo que más rigurosa. Había investigado la historia profesional de Romankov y no había duda de que era un profesor con un talento excepcional. Que su hija estudiara con un profesor de ballet tan famoso era un honor que hinchaba el orgullo burgués de Tamás Hász y confirmaba lo que siempre había pensado de la niña.

La clase de principiantes de la escuela del Ballet Nacional se componía de veinte alumnos: diecisiete niñas y tres niños. Uno de los niños era alto y moreno; se llamaba Sándor Goldstein, era hijo de un carpintero y olía siempre a madera recién cortada. Romankov no lo había descubierto en una clase de danza, sino en una piscina del balneario Palatinus, donde Goldstein

practicaba saltos acrobáticos con un grupo de amigos. A los once años sabía hacer el pino en el borde del trampolín y lanzarse de espaldas para zambullirse en el agua de cabeza. En su escuela había ganado la medalla de gimnasia tres años consecutivos. Cuando Romankov le propuso convertirlo en su alumno, Goldstein replicó que el ballet era cosa de chicas. Romankov pidió entonces a un bailarín del Ballet Nacional de Hungría que se acercara a Goldstein a la salida de la escuela, lo levantara por encima de su cabeza como si fuera una pesa y corriera por la calle con él a cuestas hasta que le suplicara que lo bajara. Al día siguiente Goldstein se matriculó en la clase de principiantes de Romankov, y cuando tenía doce años y Klara diez, los dos representaban papeles infantiles en el Ballet Nacional.

Sándor era un hermano, un amigo y un compinche para Klara. Él le enseñó a sacar a Romankov de sus casillas bailando medio compás por detrás de la música. También le hizo probar nuevos manjares: la sabrosa punta seca de una salchicha de Debrecen; los restos cristalinos de las garrapiñadas, que se podían comprar por medio filler a última hora de la tarde; las diminutas manzanas amargas con que se preparaba mermelada, pero que podían comerse siempre y cuando no se abusara. Y en el gran mercado de Vámház körut le enseñó a robar. Mientras Klara hacía piruetas ante el vendedor de caramelos, Sándor birlaba un puñado de dulces de melocotón para ambos. Se metía pequeñas muñecas rusas bajo la gorra, se enroscaba pañuelos bordados en el meñique o hurtaba pasteles de los cestos de las mujeres que estaban distraídas regateando el precio de frutas y verduras. Un día Klara lo invitó a almorzar en su casa, donde enseguida se convirtió en un habitual. El padre de Klara le hablaba como si fuera un caballero hecho y derecho, su madre le daba bombones cubiertos de glaseado rosa y su hermano le vestía con chaquetas militares y le enseñaba a disparar contra serbios imaginarios.

Cuando Klara y Sándor llegaron a la adolescencia, Romankov los convirtió en pareja de baile. Enseñó a Sándor a levantar a Klara como si no le costara el menor esfuerzo, como si fuera ligera como un junco. Les enseñó a ser un solo bailarín con dos cuerpos, a escuchar el ritmo de la respiración del otro, el latido de la sangre en las venas del otro. Les hizo estudiar juntos manuales de anatomía y puso a prueba su musculatura y su estructura ósea. Los llevó a ver disecciones en la facultad de medicina. Cinco veces a la semana bailaban con el Ballet Nacional. A los trece años Klara ya había

sido una polilla, una sílfide, un confite, un miembro de la corte de cisnes, una dama de honor, un riachuelo de montaña, un rayo de luna, una cierva. Sus padres se habían resignado a verla en el escenario y su creciente fama les había aportado cierto prestigio entre sus amigos. Cuando Klara cumplió los catorce y Sándor los dieciséis, empezaron a interpretar papeles principales y poco a poco desbancaron a bailarines que les llevaban cuatro o cinco años. Iban a verlos grandes maestros de ballet de París, Petrogrado y Londres. Bailaban para la realeza destronada de Europa y para los herederos de fortunas francesas y norteamericanas. Y entre el sinfín de ensayos, pruebas de vestuario y funciones sucedió lo inevitable: se enamoraron.

Un año después, en la primavera de 1922, llegó a oídos del almirante Miklós Horthy que las estrellas del baile de su reino sin rey eran dos niños judíos a los que había enseñado a bailar un hombre emigrado de la Rusia blanca. Por supuesto, no había ninguna ley que prohibiera a los judíos ser bailarines; en el Ballet Nacional no había ninguna cuota que fuera el equivalente al númerus clausus que mantenía la cifra de judíos en universidades y cargos públicos en un razonable seis por ciento. No obstante, la noticia ofendió al sentimiento nacionalista de Horthy. Tal vez los judíos húngaros se hubieran «magiarizado», pero no eran verdaderos húngaros. Tal vez participaran en la vida económica y civil del país, pero no era bueno que destacaran como brillantes ejemplos de la excelencia magiar en los escenarios mundiales. Sin embargo, era eso lo que se había pedido a los dos chicos y por dicho motivo el ministro de Cultura había planteado el tema a Horthy. Les habían invitado a actuar en diecisiete ciudades aquella primavera, razón por la cual habían solicitado los visados necesarios.

Horthy no podía entretenerse con el asunto, aparte de dar su opinión de que era preciso hacer algo. Así que dijo al ministro de Cultura que lo solucionara como creyera conveniente. El hombre encomendó el problema a un subsecretario, que era famoso por su ambición y sus sentimientos ambiguos hacia los judíos. Ese hombre, un tal Madarász, se apresuró a cumplir con el encargo. En primer lugar ordenó a la oficina de visados que no se concediera el permiso de salida a los dos bailarines. A continuación asignó a dos agentes de policía, conocidos miembros del partido de derechas de las Cruces Flechadas, la misión de vigilar las idas y venidas de

los chicos. Klara y Sándor jamás llegaron a sospechar que los policías que veían todas las noches en la calle guardaran alguna relación con los problemas que estaban teniendo en la oficina de visados. Los hombres apenas parecían fijarse en ellos; normalmente estaban discutiendo e iban siempre borrachos; tenían una cantimplora del ejército que se iban pasando. Por muy tarde que salieran Klara y Sándor de la Operaház —a veces se quedaban allí hasta las doce y media o la una, porque el teatro era el único lugar donde podían estar solos—, los hombres siempre estaban allí. Tras una semana de oír sus discusiones, Sándor se aprendió sus nombres: Lajos era el alto de la mandíbula cuadrada; Gáspár, el que parecía un bulldog. Sándor tomó la costumbre de saludarlos cuando él y Klara pasaban a su lado. Los policías nunca le devolvían saludo, por supuesto; se limitaban a dirigirles una mirada glacial.

Transcurrió un mes y los hombres seguían allí. Su presencia resultaba tan misteriosa como siempre, pero se habían convertido ya en parte del mobiliario del barrio, del tejido de la vida cotidiana de Sándor y Klara. La situación podría haberse prolongado indefinidamente, o al menos hasta que el Ministerio de Cultura perdiera el interés, de no haber sido porque los policías se cansaron de su interminable vigilancia. El aburrimiento y la bebida hacían opresivo su silencio. Empezaron a gritar cosas a Klara y a Sándor. «Eh, parejita. Eh, tortolitos. ¿A qué sabe la chica? ¿Podemos probarla? ¿Los bailarines tiene algo ahí abajo? Eh, bombón, ¿sabe tu novio qué hacer con ello?» Sándor tomaba a Klara del brazo y la obligaba a apretar el paso, y ella sentía cómo temblaba de rabia mientras los hombres los seguían por la calle profiriendo obscenidades.

Una noche el tal Gáspár se acercó a ellos apestando a tabaco y a alcohol. Klara recordaba que pensó que la correa de cuero que le cruzaba el torso era como el cinto que los maestros usaban para azotar a los niños en la escuela. El hombre sacó la porra de la funda y comenzó a darse golpecitos en la pierna.

—¿A qué esperas? —le animó el hombre llamado Lajos.

Gáspár metió la porra por debajo del dobladillo del vestido de Klara y con un movimiento rápido le levantó la falda hasta la cabeza, dejando su cuerpo al descubierto hasta la cintura por un instante.

—Ya está —gritó Gáspár a Lajos—. Ya lo has visto.

Antes de que Klara pudiera reaccionar Sándor se adelantó y, cogiendo el extremo de la porra, intentó arrancársela al agente, que la agarró con fuerza por el otro extremo. Sándor le propinó un pintapié en la rodilla que le hizo aullar de dolor. El agente echó el brazo hacia atrás y descargó la porra sobre la cabeza de Sándor, que cayó de rodillas y levantó los brazos. El policía empezó a darle patadas en el estómago. Por un momento el horror paralizó a Klara, que no entendía qué estaba pasando ni por qué. Gritó al hombre que parara, trató de apartarlo de Sándor, pero el otro agente, el llamado Lajos, la cogió del brazo y tiró de ella. La arrastró hasta un recoveco del callejón, donde la obligó a tumbarse sobre los adoquines y le alzó la falda hasta la cintura. Le metió un pañuelo en la boca, le puso la pistola bajo la barbilla y le hizo lo que le hizo.

El dolor tuvo el efecto de despejar la mente de Klara, que palpó el suelo con los dedos en busca de lo que sabía que había allí: la porra, fría y lisa sobre los adoquines. Se le había caído al hombre al desabrocharse los pantalones. Klara la cogió y golpeó al agente en la sien. Cuando este gritó y se llevó una mano a la cabeza, le pateó en el pecho lo más fuerte que pudo. El hombre cayó de espaldas contra la pared opuesta, se golpeó la cabeza contra ella y se quedó inmóvil. En aquel momento, del lugar donde Sándor y el agente estaban peleando, llegó un estallido seco y resonante. El sonido pareció penetrar en el cerebro de Klara y explotar. Siguió un silencio terrible.

Klara se puso de rodillas, salió a gatas del recoveco y se dirigió al lugar donde una forma masculina se inclinaba sobre otra. Sándor yacía boca arriba con los ojos abiertos. El agente de la cara de bulldog estaba arrodillado a su lado, con una mano sobre el pecho del joven. Llorando, ordenaba al chico que se levantara: «Maldita sea, levántate». Llamó al chico «criatura inmunda». Cuando apartó la mano del pecho de Sándor, la tenía empapada en sangre. Recogió el arma que se le había caído al suelo y se volvió hacia Klara; el cañón reflejó la luz y tembló en la oscura cueva del callejón. Klara retrocedió hacia el recoveco donde yacía el otro agente. Se arrodilló para buscar el revólver del hombre. Lo había oído caer al suelo cuando empujó al agente hacia atrás. Ahí estaba, frío y pesado. Lo recogió

y lo apoyó sobre la pierna para sostenerlo con firmeza. El agente que había matado a Sándor avanzaba hacia ella llorando. Si Klara no lo hubiera visto un momento antes con el arma en la mano, le habría parecido que se acercaba en actitud suplicante. Miró a Sándor, tendido en el suelo, y sintió el peso del arma, la misma que el agente llamado Lajos le había colocado en la garganta. La levantó y la sostuvo firmemente.

Se oyó una segunda explosión. El hombre se tambaleó y cayó de espaldas; después, una profunda quietud.

Fue el dolor del retroceso en el hombro lo que la hizo comprender qué acababa de suceder: había disparado el arma, había matado a un hombre. En Andrássy út se oyó gritar a una mujer. A lo lejos sonó el aullido de dos notas de una sirena. Klara salió de su escondite con el revólver en la mano y se acercó al agente al que había disparado. El hombre yacía de espaldas, con un brazo sobre la cabeza. Del otro lado llegaron a sus oídos un gemido y una palabra que no comprendió. El otro agente se había puesto a cuatro patas. Vio el revólver en la mano de Klara y al muerto en la calle. Tres días después él también moriría a causa de la herida en la cabeza, pero no antes de revelar la identidad del asesino. Las sirenas se acercaban; Klara soltó el arma y echó a correr.

Había matado a un agente y herido de muerte a otro. Esos eran los hechos. No podría demostrarse en un juicio que uno de los agentes la había violado. Todos los testigos estaban muertos, y al cabo de pocos días las magulladuras y heridas de Klara habían desaparecido. Entonces, a instancias del abogado de su padre, la habían trasladado al otro lado de la frontera con Austria, y de allí a Alemania, y de Alemania a Francia. La ciudad de París sería su refugio, y la famosa profesora de ballet Olga Nevitskaya, prima de Romankov, su protectora. Sería una situación temporal. Viviría con Nevitskaya mientras sus padres decidían a quién había que sobornar, o cómo podía garantizarse la seguridad de su hija.

Sin embargo, antes de que hubieran transcurrido dos semanas, se hizo evidente el peligro que corría Klara. La habían acusado de asesinato. Dada la gravedad del delito, la juzgarían como a una adulta. El abogado de su padre opinaba que argumentar que había actuado en defensa propia no garantizaba que la joven fuera a salir bien parada; la policía había

determinado que el hombre al que Klara había matado estaba desarmado cuando le disparó. Estaba armado, por supuesto; había disparado a Sándor apenas unos minutos antes, pero el otro agente, el que había sido testigo del tiroteo, había testificado que su compañero había soltado la pistola antes de acercarse a Klara. Su testimonio había sido confirmado con pruebas materiales: el arma se había hallado junto al cadáver de Sándor, a diez metros del agente caído.

Para empeorar aún más la situación, resultó que el hombre al que Klara había disparado era un héroe de guerra. Había salvado a quince miembros de su compañía en la batalla de Kovel y recibido una distinción oficial del emperador. Y por si eso no bastara para predisponer al juez en contra de Klara, salió a la luz —o eso dijo la policía— que los miembros de derechas del departamento habían recibido recientemente mensajes amenazadores de Gesher Zahav, una organización sionista a la que Klara y Sándor estaban vinculados. En el último mes se había visto en tres ocasiones a los bailarines entrar y salir de la sede de la organización en Dohány utca; no importaba que hubieran ido allí para asistir a los bailes que tenían lugar los domingos por la noche, y no a planear el asesinato de agentes de policía. Se consideró que el hecho de que Klara hubiera desaparecido confirmaba su culpabilidad, o su posición como instrumento de la conspiración de Gesher Zahav. La noticia corrió por la ciudad; todos los periódicos de Budapest publicaron artículos de primera plana sobre la joven bailarina judía que había asesinado a un héroe de guerra. Y eso acabó con las esperanzas que abrigaban los padres de Klara de tenerla de nuevo en casa. Había sido una suerte, escribió el abogado de su padre, que la hubieran sacado del país tan pronto. De haberse quedado, habría habido otro derramamiento de sangre.

Los primeros dos meses que pasó con madame Nevitskaya, Klara durmió en una habitación diminuta y oscura que daba a un conducto de ventilación. Cada mala noticia que llegaba de Budapest la iba hundiendo en un pozo de depresión. No podía dormir, no podía comer, no soportaba que nadie la tocara. Sándor estaba muerto. No volvería a ver a sus padres ni a su hermano. Ya nunca regresaría a su casa de Budapest. No volvería a vivir en un lugar donde todas las personas con que se cruzara por la calle hablaran húngaro. Nunca más patinaría en el Városliget ni bailaría en el escenario de la Operaház, no volvería a ver a sus amigos de la escuela ni comería dulces

de castaña mientras paseaba a orillas del Danubio en la isla Margarita. Nunca más vería las cosas bonitas que tenía en su habitación, sus diarios encuadernados en piel, los jarrones Herend y las almohadas bordadas, sus muñecas rusas, su pequeño zoo de animales de cristal. Había perdido incluso su nombre: no volvería a ser Klara Hász; sería para siempre Claire Morgenstern, un nombre elegido por un abogado. Todas las ma ñanas al despertar tenía que convencerse de que aquello realmente había sucedido, de que era una fugitiva en Francia, en casa de madame Nevitskaya. Eso parecía ponerla enferma: las primeras horas del día las pasaba en el baño, vomitando y con náuseas. Cada vez que se ponía en pie tenía la impresión de que iba a desmayarse. Una mañana madame Nevitskaya entró en su habitación y le planteó una serie de preguntas enigmáticas. ¿Le dolían los pechos? ¿El olor a comida le provocaba arcadas? ¿Cuándo había tenido la última regla? Aquel mismo día se presentó un médico que le realizó un examen doloroso y humillante, después del cual confirmó lo que madame Nevitskaya sospechaba: Klara estaba embarazada.

Klara se pasó tres días mirando el retazo de cielo que se veía desde la cama. Lo cruzaban algunas nubes; pasaban bandadas de pájaros pardos; al atardecer se oscurecía hasta adquirir un tono añil y después se cubría del negro salpicado de oro de la noche parisina. Lo miraba mientras la doncella de Nevitskaya, Masha, le hacía comer caldo de pollo y le humedecía la frente. Lo miraba mientras Nevitskaya le explicaba que no había ninguna necesidad de que soportara la tortura de tener un hijo de aquel hombre. El médico podía realizarle una operación sencilla tras la cual ya no estaría embarazada. Cuando Nevitskaya la dejó sola contemplando su destino, continuó mirando aquel retazo de cielo cambiante, apenas capaz de entender lo que acababa de descubrir. Embarazada. Una operación sencilla. Sin embargo madame Nevitskaya no conocía toda la historia; ella y Sándor habían sido amantes durante seis meses antes de que él muriera. Habían hecho el amor la misma noche de la agresión. Habían tomado precauciones, pero ella sabía que no siempre funcionaban. Si estaba encinta, era bastante probable que el hijo fuera de Sándor.

Esa posibilidad bastó para sacarla de la cama. Anunció a madame Nevitskaya que no se operaría y le explicó el porqué. Madame Nevitskaya, una mujer severa de cincuenta años y cabello lustroso, la abrazó y se echó a

llorar. La comprendía, aseguró, y no intentaría disuadirla. Los padres de Klara, informados de su embarazo y de sus planes, eran de otro parecer. Les resultaba intolerable que pudiera tener el hijo de aquel hombre. De hecho, su padre se oponía tan firmemente a la idea que amenazó con repudiarla si tenía el niño. ¿Qué iba a hacer Klara, sola en París? No podía bailar mientras estuviera embarazada, y tampoco cuando tuviera un bebé al que cuidar. ¿Cómo se mantendría? ¿No era ya su situación bastante difícil?

No obstante, estaba decidida. No se operaría, no se desharía del bebé que había concebido. En cuanto se planteó la posibilidad de que la criatura fuera de Sándor, la idea empezó a adquirir visos de certeza. No le importaba que su padre la repudiara. Trabajaría; sabía lo que podía hacer. Suplicó a madame Nevitskaya que le permitiera dar clases a alumnas principiantes. Podía hacerlo hasta que se le notara el embarazo, y reanudar la actividad en cuanto se hubiera recuperado del parto. Si Nevitskaya la aceptaba como profesora, les salvaría la vida a ella y al bebé.

Nevitskaya aceptó. Asignó a Klara una clase de niñas de siete años y le compró el vestido negro de ensayo que llevaban todas las profesoras de la escuela. Y pronto Klara volvió a vivir. Recuperó el apetito y los kilos perdidos. Los mareos desaparecieron. Empezó a dormir por las noches. El hijo de Sándor, pensaba; no del otro. Fue a una peluquería y se cortó el cabello. Se compró un vestido ancho de los que estaban de moda en aquella época a fin de poder usarlo hasta casi el final del embarazo. Se compró un diario encuadernado en piel. Todos los días iba a la escuela de ballet y daba su clase a las veinte niñas. Cuando ya no pudo seguir enseñando, suplicó a Masha que le permitiera ayudar en las tareas domésticas. Masha le enseñó a limpiar, a cocinar, a lavar; le enseñó a ir al mercado y a las tiendas. Cuando, estando de seis meses, Klara advirtió que los vendedores le miraban el vientre y la mano izquierda sin sortija, se compró una alianza de latón y se la puso en el dedo medio como si fuera un anillo de casada. Se lo compró para guardar las apariencias, pero al cabo de un tiempo empezó a verlo como si en verdad fuera su anillo de boda; empezó a sentirse como si estuviera casada con Sándor Goldstein.

Al acercarse el noveno mes de embarazo, comenzó a tener sueños muy vívidos en los que aparecía Sándor. No eran las pesadillas que la habían

acosado durante las primeras semanas en París —Sándor tendido en un callejón, con los ojos abiertos—, sino sueños en los que hacían juntos cosas normales: practicar un paso difícil, discutir sobre la solución de un problema aritmético o echar un pulso en el guardarropa de la Operaház. En un sueño Sándor tenía trece años y robaba con ella dulces en el mercado. En otro, Sándor era más joven aún, un niño de brazos delgados que le enseñaba a saltar a la piscina del Palatinus. Pensó en él cuando llegaron las primeras contracciones; pensó en él cuando rompió aguas. Fue a Sándor a quien llamó al ver que el dolor persistía y se intensificaba en su interior, un chorro blanco y ardiente de fuego que parecía que fuera a partirla en dos. Cuando despertó después de la cesárea, tendió los brazos para recibir al bebé de Sándor.

Pero no era el bebé de Sándor. Era Elisabet.

Cuando Klara terminó de hablar, se quedaron los dos en silencio junto a la lumbre; Andras sentado en el reposapiés, Klara en el sillón rojo con los pies ocultos bajo la falda. El té se había enfriado en las tazas. Fuera había empezado a soplar un viento fuerte que sacudía los árboles. Andras se levantó y se acercó a la ventana; miró la entrada del Collège de France, con su harapienta cenefa de vagabundos.

—Zoltán Novak lo sabe —soltó Andras.

—Sabe lo básico. Es el único en Francia que lo sabe. Madame Nevitskaya murió hace tiempo.

—Se lo contaste para que entendiera por qué no podías quererlo.

—Zoltán y yo estábamos muy unidos. Quería que lo supiera.

—Ni siquiera Elisabet lo sabe —continuó Andras deslizando el pulgar por el borde de la taza—. Cree que es hija de alguien a quien amaste.

—Sí. No la habría ayudado mucho saber la verdad.

—Y ahora me lo has contado a mí. Me lo has contado para que entienda lo que pasó en Niza. Te enamoraste una vez, de Sándor Goldstein, y no puedes

amar a nadie más. Madame Gérard lo sospechaba, me dijo hace mucho tiempo que estabas enamorada de un hombre que murió.

Klara soltó un suspiro quedo.

—Sí, amaba a Sándor —afirmó—. Le adoraba. Pero es una insensatez romántica pensar que lo que sentí por él me impedirá enamorarme otra vez.

—Entonces, ¿qué sucedió en Niza? —preguntó Andras—. ¿Por qué te apartaste de mí?

Ella negó con la cabeza y apoyó la mejilla en la mano.

—Supongo que estaba asustada. Vi cómo podía ser la vida contigo.

Por primera vez me pareció posible. Pero no podía dejar de pensar en los hechos terribles que no te había contado. No sabías que había matado a un hombre, que era una fugitiva de la justicia. No sabías que me habían violado. No sabías el daño que había sufrido.

—¿Crees que eso no habría hecho que me sintiera más unido a ti?

Klara se situó a su lado junto a la ventana, con el rostro encendido y húmedo, y una expresión sincera bajo la tenue luz.

—Eres joven —dijo—. Puedes amar a alguien con una vida más sencilla, ahorrarte todo esto. Estaba segura de que pensarías eso en cuanto te lo contara. Estaba segura de que yo te parecería una ruina como persona.

—Te equivocas, Klara —repuso Andras—. No cambiaría tu complejidad por la sencillez de otra mujer. ¿Lo entiendes?

Ella le miró a los ojos.

—Cuesta creerlo.

—Inténtalo —dijo, y la atrajo hacia sí para aspirar el aroma cálido de su cuero cabelludo, la oscuridad de su cabello. Tenía entre los brazos a la muchacha que había vivido cerca de Városliget, la joven bailarina que había

amado a Sándor Goldstein, la mujer que ahora le amaba a él. Casi podía ver dentro de Klara aquella cosa innombrable que había permanecido inalterada durante todo ese tiempo: su yo, su vida misma. Parecía algo minúsculo, un grano de mostaza con una raíz bien hundida en la tierra, fuerte y frágil al mismo tiempo. Pero era lo único que se necesitaba. Lo era todo. Se lo había entregado a él, y ahora Andras lo tenía en sus manos.

Pasaron la noche juntos en la rue des Écoles. Por la mañana se lavaron y vistieron en el frío azulado de la habitación de Andras, y después caminaron juntos hasta la rue de Sévigné. Era el 7 de noviembre, una mañana fría y gris espolvoreada de escarcha. Andras entró con ella en el estudio para encender la estufa de carbón. Hacía dos meses que no pisaba aquel lugar, el espacio de Klara. En la sala reinaba el silencio expectante de las aulas; olía a zapatillas de ballet y colofonia, como el estudio de Budapest que le había descrito ella. La mesa de dibujo que Klara le había regalado por su cumpleaños seguía en un rincón, cubierta por una sábana para protegerla del polvo. Klara se acercó y la destapó.

—La he guardado, como me pediste —dijo.

Andras cogió la sábana y envolvió a ambos con ella. Estrechó a Klara hasta notar los huesos de su cadera, su caja torácica contra la suya al respirar. Echó la punta de la sábana sobre sus cabezas, de modo que quedaron cubiertos, juntos en un rincón del estudio. En la blanca intimidad de aquella tienda levantó la barbilla de Klara con un dedo y la besó. Ella ciñó aún más la sábana.

—No salgamos nunca —dijo él—. Quedémonos aquí para siempre.

Andras se inclinó para besarla de nuevo, convencido de que nada lograría apartarlo de aquel lugar, ni el hambre, ni el cansancio, ni el dolor, ni el miedo, ni la guerra.

OceanofPDF.com

20

Un muerto

Andras se enteró de la noticia cuando se hallaba en el estudio. A pesar de estar medio muerto de cansancio después de la noche pasada con Klara, debía ir a la facultad, ya que aquel día tenía una evaluación. Era un proyecto de emulación: un espacio de un único uso diseñado al estilo de un arquitecto contemporáneo. Andras había diseñado un estudio de arquitectura a la manera de Pierre Charreau, tomando como modelo la casa de un médico de la rue Saint-Guillaume: un edificio de tres plantas de cristal y acero, que durante el día estaba inundado de una luz difusa y por la noche lanzaba a la calle el resplandor del interior. Todos habían llegado antes de la hora para colgar sus diseños en la pared; en cuanto Andras encontró un hueco para colocar sus dibujos, cogió el taburete de su mesa de trabajo y se sentó con otros alumnos alrededor de una radio manchada de pintura. Estaban escuchando las noticias, esperando la habitual retahíla de novedades inquietantes.

Rosen fue el primero en oírlo, y subió el volumen para que todos lo oyeran. Habían disparado al embajador alemán. No, no al embajador, a un funcionario de la embajada. Un secretario de la legación, que ninguno sabía muy bien qué era. Ernst Eduard vom Rath. Veintinueve años. Le había disparado un niño. ¿Un niño? No podía ser. Un joven. Un chico de diecisiete años. Un chico judío. Un chico judío alemán de origen polaco. Había disparado al funcionario para vengar la deportación de doce mil judíos de Alemania.

—Ay, Dios —exclamó Ben Yakov mesándose los cabellos engominados—. Es hombre muerto.

Todos se acercaron a escuchar. ¿El funcionario de la embajada había fallecido o seguía con vida? La respuesta llegó unos segundos después: le habían descerrajado cuatro tiros en el abdomen y en aquel momento lo estaban operando en el Alma Clinic de la rue de l’Université, a diez minutos escasos de la École Spéciale. Se rumoreaba que Hitler mandaría a

su médico personal de Berlín, junto con el director de la Clínica Quirúrgica de la Universidad de Munich. Habían arrestado al agresor, Gruenspan o Grinspun, cuyo paradero no se había revelado.

—¡Mandar a su médico personal! —dijo Rosen—. Seguro que sí. Lo mandará con una gran cápsula de arsénico para su hombre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó alguien.

—Vom Rath debe morir por Alemania —respondió Rosen—. En cuanto muera, harán lo que les plazca con los judíos.

—No matarían a uno de los suyos.

—Por supuesto que sí.

—No tendrán que hacerlo —aseguró otro alumno—. Ha recibido cuatro tiros.

Polaner se había apartado del grupo que escuchaba la radio para fumar un cigarrillo junto a la ventana. Andras se acercó a él y miró hacia el patio, donde dos alumnos de quinto colgaban de un árbol un complejo móvil de madera. Polaner abrió un poco la ventana y soltó una bocanada de humo hacia el aire gélido.

—Lo conozco —dijo—. No al judío. Al otro.

—¿A Vom Rath? —preguntó Andras—. ¿De qué?

Polaner lo miró y enseguida desvió la vista. Arrojó la ceniza del cigarrillo en el alféizar, donde rodó un momento antes de esparcirse.

—Lo conocí en un bar al que solía ir —contestó Polaner—. Él también lo frecuentaba.

Andras asintió en silencio.

—Le han disparado —añadió Polaner—. Un judío de diecisiete años le ha disparado. Precisamente a Vom Rath.

En aquel momento entró Vago y apagó la radio. Todos ocuparon sus asientos para oír la breve charla que pronunciaría antes de la evaluación. Sentado en el taburete de madera, Andras le escuchaba solo a medias mientras excavaba un cuadrado sobre la superficie de la mesa con el sujetador metálico del lápiz. Era demasiado…, lo que Klara le había contado la noche anterior y lo que había ocurrido en la embajada alemana. En su mente ambos hechos se convirtieron en uno: Klara y el adolescente germanopolaco, ambos violados, ambos empuñando armas con mano temblorosa, ambos disparando, ambos condenados. Médicos nazis que viajaban a París para salvar o matar a un hombre. Y el chico, encarcelado en algún lugar, esperando saber si era un asesino o no. El dibujo de Andras había perdido una chincheta y colgaba torcido de la pared. Lo miró y pensó: «Mejor así». En aquel momento todo parecía colgar torcido de una sola chincheta: no solo las casas, sino ciudades, países, pueblos enteros. Deseaba apaciguar el torbellino de su mente. Deseaba estar en la cama blanca y blanda de Klara, en su dormitorio blanco, en las sábanas que olían como su cuerpo. Pero ahí estaba Vago, cogiendo el dibujo de Andras por un extremo y clavándolo de nuevo a la pared. La clase se había reunido a su alrededor. Iban a evaluar su trabajo. Se obligó a levantarse de la mesa para situarse junto al dibujo mientras lo comentaban. Solo después, cuando todos le daban palmaditas en el hombro y le estrechaban la mano, se dio cuenta de que su proyecto había sido un éxito.

—Vom Rath no odiaba a los judíos —aseguró Polaner—. Estaba afiliado al partido, por supuesto, pero le repugnaba lo que está ocurriendo en Alemania. Por eso vino a Francia, para escapar. Al menos eso me dijo.

Habían pasado dos días. Ernst vom Rath había muerto aquella tarde en el Alma Clinic. Los médicos de Hitler habían llegado, pero habían delegado en los médicos franceses. Según las noticias de la noche, Vom Rath había fallecido a consecuencia de las complicaciones provocadas por la rotura del bazo. El sábado se oficiaría una ceremonia en la iglesia luterana alemana.

Andras y Polaner habían ido a tomar un whisky a la Paloma Azul, pero al llegar se dieron cuenta de que no tenían dinero. Era fin de mes, y ni reuniendo el contenido de los bolsillos de ambos podían pagar una sola copa. Así que le dijeron al camarero que pedirían al cabo de unos minutos y

se sentaron a hablar, con la esperanza de pasar media hora en un lugar caliente antes de que les indicaran que se marcharan. Al cabo de un rato se acercó el camarero con los habituales whiskies con agua. Cuando le informaron de que no podían pagar, el hombre se retorció un extremo del bigote y dijo:

—El próximo día os cobraré el doble.

—¿Cómo le conociste? —preguntó Andras a Polaner.

Polaner se encogió de hombros.

—Me lo presentaron. Me invitó a una copa. Charlamos. Era inteligente y muy culto. Me cayó bien.

—Pero cuando supiste quién era…

—¿Qué querías que hiciera? —exclamó Polaner—. ¿Largarme? ¿Te habría gustado que él me hubiera hecho eso a mí?

—¿Cómo pudiste quedarte hablando con un nazi? Más aún después de lo que te pasó el invierno pasado.

—No fue él quien me lo hizo. No lo habría hecho. Ya te lo he dicho.

—Al menos eso te dijo. Pero podría haber tenido otros motivos.

—Por el amor de Dios —dijo Polaner—, déjalo ya. Un hombre que conocía acaba de morir. Intento asimilarlo. ¿No es suficiente ya?

—Perdona —se disculpó Andras.

Polaner enlazó las manos sobre la mesa y apoyó en ellas la barbilla.

—Ben Yakov tiene razón —dijo—. Impondrán un castigo ejemplar a ese chico, Grynszpan. Lo extraditarán y le darán muerte de alguna forma espectacular.

—No pueden. Todo el mundo los observa.

—Tanto mejor, desde su punto de vista.

Klara estaba junto a la ventana con el periódico en la mano, mirando hacia la rue de Sévigné. Acababa de leer en voz alta un breve artículo sobre las acciones que emprendería el gobierno alemán contra el pueblo judío «en compensación de la catastrófica destrucción de propiedad alemana como consecuencia de la violencia del 9 de noviembre». Los periódicos lo llamaban la Noche de los Cristales Rotos. Andras caminaba arriba y abajo, con las manos hundidas en los bolsillos. Sentada al escritorio, Elisabet abrió un cuaderno de la escuela e hizo cálculos con un lápiz.

—Mil millones de reichsmarks —dijo—. A esto asciende la multa contra los judíos. Y en Alemania hay medio millón de judíos. Por lo tanto, cada persona debe pagar dos mil reichsmarks, niños incluidos.

La lógica era disparatada. Andras había intentado en vano comprenderla. Grynszpan había disparado a Vom Rath; Vom Rath había muerto; se suponía que los acontecimientos del 9 de noviembre, la Noche de los Cristales Rotos, habían sido la reacción natural del pueblo alemán al asesinato. Pero la responsabilidad de la destrucción de tiendas judías, el incendio de sinagogas y el saqueo de las casas —por no hablar de la muerte de noventa y un judíos y el arresto de otros treinta mil— parecía ser de los judíos, y por lo tanto los judíos debían pagar. Además del importe de las multas, todas las cantidades que abonaran las compañías de seguros irían a parar directamente al gobierno. Y ahora era ilegal que los judíos dirigieran empresas en Alemania. En París, Nueva York y Londres había habido protestas contra el pogromo y sus repercusiones, pero curiosamente el gobierno francés guardaba silencio. Según Rosen, eso se debía a que estaba previsto que Von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, visitara París en diciembre para firmar una declaración de amistad entre Alemania y Francia. Todo parecía una gran farsa repugnante.

De abajo llegó el ruido metálico de la tapa del buzón cuando el cartero deslizó en su interior el correo de la tarde. Elisabet se levantó tan rápidamente que tiró la silla y la mandó contra la pantalla de la chimenea, y bajó corriendo a buscar las cartas.

—Antes tenía que engatusarla con pan de jengibre para que fuera a recoger la correspondencia —comentó Klara mientras enderezaba la silla caída—. Ahora no espera ni un minuto.

Elisabet tardó mucho en volver a subir. Cuando reapareció, sin aliento y con las mejillas encendidas, se limitó a lanzar unos sobres encima del escritorio y salió corriendo hacia su habitación. Klara se sentó al escritorio y echó un vistazo a las cartas. Un sobre fino de color crema le llamó la atención. Cogió el abrecartas y lo abrió.

—Es de Zoltán —explicó, y echó una ojeada a la única página. Arrugó la frente y leyó con mayor atención—. Él y Edith se marchan dentro de tres semanas. Escribe para despedirse.

—¿Adónde van?

—A Budapest —respondió ella—. No es la primera noticia que tengo.

Marcelle me comentó que había oído el rumor de que se marchaban… Me lo dijo la semana pasada cuando nos encontramos en las Tullerías. Han ofrecido a Zoltán la dirección de la Ópera Nacional Húngara. Y madame Novak quiere que su hijo crezca cerca de su familia. —Apretó los labios y se llevó una mano a la boca.

—¿Tanto te entristece que se vaya, Klara?

Ella negó con la cabeza.

—No por lo que tú crees. Ya sabes lo que siento por Zoltán. Para mí es un buen amigo, un viejo amigo. Y un buen hombre. Al fin y al cabo te dio trabajo cuando el Bernhardt apenas podía permitirse contratar a nadie.

—Se sentó al lado de Andras en el sofá y le cogió la mano—. Pero no me entristece que se vaya. Me alegro por él.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Que tengo envidia. Mucha envidia. Él y Edith pueden subir a un tren y volver a su país. Pueden llevar el bebé a casa de la madre de Edith para que

crezca cerca de sus primos. —Se alisó la falda gris sobre las rodillas—. Ese pogromo en Alemania… ¿y si sucediera algo así en Hungría? ¿Y si arrestaran a mi hermano? ¿Qué sería de mi madre?

—Si ocurriera algo en Hungría, yo viajaría a Budapest y me ocuparía de tu madre.

—Pero yo no podría acompañarte.

—Tal vez encontráramos la forma de traer a tu madre a Francia.

—Aunque lo consiguiéramos, solo sería una solución temporal —afirmó ella—. A nuestro problema, me refiero.

—¿Qué problema?

—Ya sabes cuál. El problema de si podremos vivir juntos. A la larga, quiero decir. Sabes que no puedo regresar a Hungría, y tú no puedes quedarte aquí.

—¿Por qué no puedo?

—Por tu familia —contestó ella—. ¿Y si hay guerra? Querrás volver a casa para estar con ellos. Lo he pensado mil veces. Debes saber que di muchas vueltas al asunto en septiembre. Era una de las razones por las que no me animaba a escribirte. Me parecía un problema irresoluble. Sabía que si decidíamos estar juntos te estaría apartando de tu familia.

—Si me quedo será por decisión propia —dijo Andras—, pero si tengo que irme encontraré la forma de llevarte conmigo. Consultaremos a un abogado. ¿No existe un tiempo de prescripción?

Klara negó con la cabeza.

—Todavía pueden arrestarme y juzgarme por lo que hice. Por otro lado, aunque pudiera volver a casa, no podría dejar a Elisabet.

—Por supuesto que no —convino Andras—. Pero Elisabet tiene sus propios planes.

—Sí, eso me temo. Todavía es una niña, Andras. Lleva ese anillo de compromiso, pero en realidad no entiende lo que significa.

—Su prometido parece del todo sincero. Me consta que sus intenciones son buenas.

—En ese caso habría consultado a sus padres antes de empezar a llenarle la cabeza a Elisabet de ideas sobre el matrimonio y Estados Unidos. Todavía no les ha comunicado que se ha prometido. Por lo visto sus padres ya tienen una chica en mente para él, una heredera de Wisconsin. Él asegura que no tiene ningún compromiso con ella, pero ya veremos qué opinan ellos. Al menos podría haberme pedido permiso antes de regalar el anillo a Elisabet.

Andras sonrió.

—¿Así es como se hace? ¿Los chicos todavía piden permiso?

Ella le sonrió a su vez.

—Los buenos chicos sí —contestó.

Andras la atrajo hacia sí y le susurró al oído:

—Me gustaría pedir permiso a alguien, Klara. Me gustaría escribir una carta a tu madre.

—¿Y si dice que no? —murmuró ella.

—Entonces tendremos que fugarnos.

—¿Adónde, mi amor?

—Qué más da —dijo él mirando intensamente el paisaje gris de sus ojos—. Quiero estar contigo. Nada más. Sé que es poco práctico.

—No es nada práctico —repuso ella.

Le rodeó el cuello con los brazos y levantó la cara hacia él, y él le besó los ojos cerrados, paladeando su leve sabor a sal. En ese momento oyeron a

Elisabet en el pasillo. Apareció en el umbral del salón con el abrigo y el gorro de lana verdes. Andras y Klara se separaron y se levantaron.

—Perdonad que interrumpa vuestras cochinadas —dijo Elisabet—. Me voy al cine.

—Escucha, Elisabet —dijo Andras—. ¿Qué te parecería que me casara con tu madre?

—Por favor —intervino Klara levantando una mano a modo de advertencia —. Esta no es forma de plantear el tema.

Elisabet inclinó la cabeza hacia Andras.

—¿Qué has dicho?

—Casarme con ella —repitió Andras—. Convertirla en mi esposa.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Elisabet—. ¿Quieres casarte con ella?

—Sí.

—¿Y ella también quiere?

Pasó un largo momento durante el cual Andras experimentó una angustia horrible. Entonces Klara le cogió la mano y se la apretó, casi como si le atenazara un dolor.

—Él sabe lo que quiero —afirmó—. Queremos lo mismo.

Andras exhaló un suspiro. Una expresión de alivio suavizó los rasgos de Elisabet; su frente siempre fruncida se alisó. Cruzó la habitación para abrazar a Andras y a continuación besó a su madre.

—Es fantástico —exclamó con absoluta sinceridad.

Sin más palabras, se colgó el bolso al hombro y bajó por la escalera ruidosamente.

—¿Fantástico? —repitió Klara en el silencio resonante que siempre seguía a las salidas de Elisabet—. No sé muy bien qué esperaba, pero no esto.

—Cree que eso les allanará el camino a ella y a Paul.

Klara suspiró.

—Lo sé. Si me caso contigo, no tendrá que sentirse culpable por dejarme sola.

—Pues esperaremos, si crees que servirá de algo. Esperaremos a que acabe la escuela.

—Faltan siete meses.

—Siete meses —dijo Andras—. Pero después tendremos el resto de nuestra vida.

Ella asintió y le tomó la mano.

—Siete meses.

—Klara, Klara Morgenstern. ¿Querrás casarte conmigo?

—Sí —respondió ella—. Sí. Cuando Elisabet termine la escuela. Pero eso no significa que vaya a permitir que se marche a Estados Unidos con ese jovencito zalamero.

—Siete meses —repitió Andras.

—Tal vez entonces hayamos solucionado nuestro problema de desplazamientos.

Andras la sujetó por los hombros y la besó en los labios, los pómulos, los párpados.

—No nos preocupemos por eso ahora —dijo—. Prométeme que no pensarás en ello.

—No puedo prometerlo, Andras. Debemos tenerlo en cuenta si queremos encontrar una solución.

—Ya pensaremos en eso más adelante. Ahora quiero besarte. ¿Te parece bien?

A modo de respuesta ella le abrazó y él la besó, deseando no tener nada más que hacer en todo el día, todo el año, toda la vida. Después se apartó y dijo:

—No estaba preparado para esto. No tengo nada para ti. No tengo anillo.

—¡Un anillo! —exclamó ella—. No quiero un anillo.

—Pues tendrás uno. Yo me encargo. Y no hablaba por hablar cuando he dicho que quería escribirle a tu madre.

—Es un asunto delicado, ya lo sabes.

—Ojalá pudiéramos hablar con József —dijo Andras—. Él podría escribirle, o meter una carta mía en una de las suyas.

Klara apretó los labios.

—Por lo que me has contado de su vida, no me parece prudente que se involucre en nuestra situación.

—Si vamos a casarnos, tendrá que enterarse algún día. El Quartier Latin es muy pequeño.

Klara suspiró.

—Lo sé. Es bastante complicado. —Volvió al sofá y abrió el periódico—. Al menos tenemos tiempo para pensarlo. Siete meses. ¿Quién sabe lo que habrá pasado entonces? ¿No deberíamos casarnos inmediatamente? ¿No debería alegrarme de que mi hija tenga la oportunidad de cruzar el océano para vivir en Estados Unidos? Si estalla la guerra, estará más segura allí.

El esquivo fantasma: la seguridad. Había huido de Hungría, había huido de las aulas de la École Spéciale, había huido de Alemania mucho antes del 9

de noviembre. Cuando Andras se sentó al lado de Klara y miró el periódico que tenía sobre las rodillas, volvió a sentir una sacudida. Siguió la línea de la mano de Klara hasta la fotografía de la primera plana: un hombre y una mujer en ropa de dormir en medio de la calle; entre ellos, un niño abrazaba lo que parecía una muñeca de trapo con un gorro cónico, y, delante de los tres, arrojando su violenta luz sobre ellos, una casa ardía desde el umbral hasta el techo. En los lugares donde el fuego había consumido alfombras y suelo, papel pintado y yeso, Andras distinguió la estructura de la vivienda iluminada como los huesos pelados de un animal. Y vio lo que vería un arquitecto, lo que el hombre, la mujer y el niño no podían ver desde la calle en aquel momento: que los soportes principales ya se habían quemado y pronto la estructura se derrumbaría como una maqueta mal construida y las vigas se desmoronarían convertidas en ceniza.

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

Salidas y llegadas

OceanofPDF.com

21

Una cena

Aprincipios de diciembre madame Gérard ofreció una fiesta para celebrar su cumpleaños. Klara recibió una invitación en una tarjeta gruesa de color crema impresa con tinta dorada; Andras estaba invitado como acompañante. La noche de la fiesta se puso una camisa blanca inmaculada y una corbata de seda azul, humedeció y cepilló su mejor traje y sacó brillo a los zapatos que Tibor le había llevado el año anterior de Budapest. Se dijo que no había nada extraordinario en que Marcelle lo hubiera invitado. De todos modos, sería la primera vez que la veía desde que la actriz había abandonado el Théâtre Sarah-Bernhardt, y la primera vez que él aparecería en público como futuro marido de Klara, entre personas que podían considerarlo inferior. Lo que le asustaba no era lo que los amigos de Klara pensaran de él, sino lo que pensara ella al verlo por primera vez entre las personas de su círculo. Al lado de aquellos coreógrafos, bailarines y compositores que a veces le regalaban su música, ¿qué parecería él, sino un novato, un aspirante, un quizá-algún-día-pero-todavía-no? Se preguntó si sería eso lo que Marcelle pretendía. Sin embargo, Klara lo distrajo de sus preocupaciones. Cuando llegó a la rue de Sévigné aquella noche, estaba alegre y cariñosa. Caminaron por los fríos bulevares hacia el nuevo piso de Marcelle en el distrito once, por calles que olían a leña y al frío que se avecinaba. Costaba creer que estuvieran a principios de diciembre, que hubiera transcurrido un año desde que se habían conocido. Pronto los estanques de patinaje del Bois de Vincennes y el Bois de Boulogne estarían helados otra vez.

En casa de madame Gérard los recibió una muchacha con un delantal blanco almidonado que cogió sus abrigos y los acompañó a un salón con suelo de madera. El edificio pertenecía a la *belle époque*, pero madame Gérard había decorado el piso en estilo moderno: en el salón había sofás bajos de piel negra, máscaras africanas y jarrones de malaquita veteada en estantes de cristal. De las ventanas colgaban cortinas verdes y delante de los sofás había dos mesas de acero que semejaban galgos de patas esbeltas. Sobre estas descansaban sendas obras de Brancusi, dos

tensas llamas de mármol negro. Todo aquello era el fruto de sus recientes éxitos; había conquistado París con todos los papeles que había interpretado desde *La madre*, y acababa de recibir críticas entusiastas por su Antígona en el Théâtre des Ambassadeurs, donde Andras y Forestier habían instalado un elaborado decorado surrealista. Madame Gérard, ataviada con un vestido de noche de seda verde claro, cruzó la sala para dar la bienvenida a Andras y a Klara. Los besó y, después de intercambiar saludos, condujo a Andras hacia una consola negra lacada donde se servían las bebidas.

—Mira qué guapo estás —comentó, y le tocó la solapa—. Todo un caballero. Te sienta bien el traje. Voy a tener un ataque de celos esta noche.

—Ha sido muy amable al invitarme —dijo Andras. Notó la calma forzada de su voz y creyó ver un asomo de sonrisa en la comisura de los labios de madame Gérard.

—Y tú eres muy amable al celebrar conmigo mi cumpleaños —repuso ella. Y a continuación, con toda intención, añadió—: Creo que disfrutarás de la compañía. Nuestro amigo monsieur Novak está aquí con su esposa.

¿Sabías que tienen previsto regresar a Hungría? —Señaló con la cabeza un rincón de la sala, donde Novak y su esposa conversaban con un hombre de cabello plateado con un pañuelo al cuello—. Debo decir que ha mostrado cierta sorpresa al enterarse de que vendríais tú y Klara. Supongo que sabes todo…

—Sí, lo sé todo —la interrumpió Andras—, aunque imagino que usted habría preferido que no estuviera al corriente para poder explicármelo personalmente.

—Siempre he procurado tu bienestar —afirmó madame Gérard—. Te advertí que no te liaras con Klara. Debo decir que me quedé atónita al enterarme de que lo vuestro iba tan en serio. Estaba segura de que Klara te consideraba una especie de divertimiento.

Andras notó que se acaloraba.

—¿Y esta es la idea de diversión que tiene usted? —preguntó—. ¿Invitar a gente a su casa para después insultarla?

—Baja la voz, cariño —dijo madame Gérard—. Me consideras demasiado inteligente. ¿Cómo es posible estar al día de las intrigas románticas de todo el mundo? Si solo hubiera invitado a los amigos cuyas relaciones no fueran complicadas, ¡no habría podido invitar a nadie!

—La conozco —dijo Andras—. No creo que haga nada por casualidad.

—Vaya, veo que me tienes muy idealizada —repuso la actriz francamente complacida—. Eres un encanto.

—¿Y cuándo se marcha a Hungría monsieur Novak? —preguntó Andras.

Madame Gérard soltó una risotada grave y disonante.

—En enero —respondió—. Supongo que no te entristecerá su marcha, pero no estoy segura de cómo se lo tomará Klara. Eran muy íntimos, tú ya me entiendes. —Le tendió un vaso de whisky con hielo y se volvió para mirar a Klara, que se había sentado junto a Novak en un sofá—. Por cierto, no debes preocuparte por lo que diga la gente de vosotros dos, por vuestro compromiso, me refiero. Todos adoran las excentricidades de Klara. Hasta a mí me parece estupenda la situación. ¡Es como un cuento de hadas! Solo hay que verte. Klara ha convertido una rana en un prín cipe.

—Si ha terminado —dijo Andras—, le llevaré una copa a Klara.

—Sí, será mejor que vayas —aconsejó madame Gérard—. Si no, Novak se sentirá obligado a ir a buscarle una.

Dirigió de nuevo la mirada hacia el sofá negro, donde Novak explicaba algo a Klara con tono apremiante. Esta negaba con la cabeza con una sonrisa triste. Novak pareció insistir, y Klara bajó la vista.

Andras cogió una copa de vino y se abrió paso entre un grupo de invitados con traje de noche; pasó junto a Edith, la esposa de Novak, una mujer alta y morena con un vestido largo de terciopelo, que olía a perfume de jazmín. La

última vez que la había visto, hacía casi un año en el Sarah-Bernhardt, ella le había pedido que aguantara su bolso para buscar un pañuelo en los bolsillos. No le había prestado más atención que si hubiera sido un colgador de la pared. Ahora estaba muy erguida mientras otra mujer le cuchicheaba algo al oído; era evidente que le estaba describiendo la evolución del *tête-à-tête* de Novak y Klara. Cuando Andras llegó al sofá, monsieur Novak se puso en pie y le tendió una mano rojiza y húmeda. Tenía los ojos enrojecidos y su respiración era trabajosa. Tras las palabras de saludo, fue incapaz de sacar un tema de conversación.

—Tengo entendido que vuelve a Budapest —dijo Andras.

Novak sonrió haciendo un esfuerzo visible.

—Sí, en efecto. ¿Con quién voy a compartir el almuerzo esta vez? Madame Novak prefiere el vagón restaurante.

—Seguro que le alegrará la vida a algún joven tonto que vaya de París a Budapest.

—Tonto sin duda, si es joven y se va a Budapest.

—Budapest es una ciudad estupenda para un joven —afirmó Andras.

—Entonces tal vez deberías haberte quedado allí —repuso Novak, inclinándose demasiado hacia Andras.

Este se dio cuenta enseguida de que estaba borracho. Klara también se había percatado, por supuesto; se levantó y puso una mano en el brazo de Novak. En el pecho de Andras se encendió una chispa de resentimiento. Si Novak quería ponerse en evidencia, Klara no debería sentirse obligada a protegerlo. Sin embargo, ella le lanzó una mirada para pedirle paciencia y Andras se calmó. Por otro lado, no podía criticar a Novak. Al fin y al cabo, hacía solo tres meses él mismo se había emborrachado en el piso de József Hász.

—Monsieur Novak me estaba hablando de su nuevo empleo en la Ópera Nacional de Hungría —comentó Klara.

—Ah, sí. Son afortunados de tenerle —dijo Andras.

—Bueno, París no me echará de menos —comentó Novak con segunda intención mirando a Klara—. Es evidente.

Madame Gérard, que había cruzado la sala para unirse al grupo, tomó las manos de Novak.

—Todos te echaremos muchísimo de menos —aseguró—. Es una gran pérdida para todos. Una gran pérdida para mí. ¿Qué voy a hacer sin ti?

¿Quién presidirá mis cenas?

—Tú presidirás tus cenas, como siempre —contestó Novak.

—No «como siempre» —repuso ella—. Antes era demasiado tímida.

Tú solías conducir las conversaciones por mí. Pero quizá ya no te acuerdes. Quizá ya no te acuerdes de que tuviste que emborracharme con vino en tu despacho para convencerme de que sustituyera a madame Villareal-Bloch.

—Ah, sí, pobre Claudine —dijo Novak levantando la voz—. Era magnífica y lo echó todo por la borda por aquel muchacho. Aquel agregado de prensa de Brasil. Se marchó con él a São Paulo y él la dejó por una fulana joven. —Lanzó una mirada furiosa a Andras—. Y ella estaba convencida de que la quería. Pero el tipo la engañó. —Vació la copa de un trago, se acercó a la ventana y se quedó mirando la calle.

El silencio de Novak se contagió al resto de los invitados; las conversaciones empezaron a decaer de grupito en grupito. Era como si todos hubieran estado observando el intercambio de palabras entre Andras, Klara y Novak; era casi como si les hubieran avisado previamente de la situación para que prestaran especial atención. Al final una mujer mayor con un vestido de noche negro de Mainbocher se aclaró la garganta delicadamente y, tras infundirse ánimos con un sorbo de ginebra, anunció que acababa de enterarse de que los cuarenta mil ferroviarios despedidos por monsieur Reynaud iban a organizar una protesta, y que lo único positivo de eso era que retrasaría la partida de monsieur y madame Novak.

—Ah, sería terrible —dijo madame Novak—. Mi madre quiere ofrecernos una fiesta de bienvenida y ya ha mandado las invitaciones.

Madame Gérard rió.

—Nadie podrá acusarte nunca de populista, Edith —apuntó, y enseguida se reanudaron las conversaciones.

En la cena, Andras estaba sentado entre madame Novak y la mujer mayor del vestido de Mainbocher. El perfume de jazmín de la mujer era tan penetrante que impregnaba todos los platos que le servían; tomó sopa de tortuga al jazmín, sorbete de jazmín, faisán al jazmín. Klara estaba sentada junto a Novak más allá, a la derecha de Andras, de modo que le resultaba imposible verle la cara. Al principio la conversación giró en torno a madame Gérard: su profesión, el piso nuevo y su inalterable belleza. Marcelle escuchó con modestia mal fingida y una sonrisa de satisfacción en los labios. Cuando se cansó de oír alabanzas, cambió de tema y pasó a hablar de Budapest, su encanto y sus problemas, y cómo todo había cambiado con respecto a los tiempos en que los húngaros sentados a la mesa eran jóvenes y vivían en la ciudad. Comenzaba todas las frases con las palabras «Cuando teníamos la edad de monsieur Lévi». El capitán no sé qué, sentado frente a Andras, declaró que Europa no tardaría en entrar en guerra, que Hungría tendría que participar en la contienda y que Budapest sufriría profundos cambios antes de que finalizara aquella década. Madame Novak manifestó la esperanza de que al menos el parque donde jugaba de niña no cambiara; deseaba que su hijo también jugara allí.

—¿Verdad que sí? —preguntó a su marido, sentado enfrente—. Pediré a la niñera de János que lo lleve allí en cuanto lleguemos a la ciudad.

—¿Adónde, cariño?

—Al parque de Pozsonyi út, a orillas del río.

—Por supuesto —dijo Novak distraídamente, y se volvió de nuevo hacia Klara.

La cena concluyó con quesos y oporto, y los invitados se retiraron a una sala de paredes beige que tenía sofás de terciopelo y un fonógrafo Victrola. Madame Gérard propuso que bailaran. Apartaron los sofás, pusieron un disco en el Victrola y los invitados comenzaron a moverse al ritmo de la canción americana «They Can't Take That Away From Me». Monsieur Novak cogió a Klara por la cintura y la llevó al centro de la habitación. Bailaron torpemente, Klara con las manos sobre los brazos de Novak, que intentaba apoyar la cabeza en su hombro. Madame Novak, feliz en su ignorancia, bailaba con pasos espasmódicos con el capitán Von no sé qué, y Andras se encontró emparejado con la mujer mayor del vestido negro. *The way you wear your hat*, le cantaba ella al oído. *The way you sip your tea. The memory of all that, no, they can't take that away from me.*

—¡Habla de un amor perdido! —explicó la mujer cuando Andras le indicó que apenas sabía inglés. Parecía creer que debía gritarle al oído para hacerse oír por encima de la música y las conversaciones—. El hombre ya no está con la mujer, pero ¡no la olvidará nunca! ¡Ella aparece en todos sus sueños! ¡Le ha cambiado la vida!

A todos les encantaba la canción. Madame Gérard aseguró que era su favorita. La pusieron cuatro veces antes de que se cansaran de oírla. Andras bailó con madame Gérard, y con Edith Novak, y con la mujer mayor otra vez; pero Zoltán Novak no soltó a Klara. Pronto se marcharía de París para siempre; nada podría impedirlo: ni una huelga de trenes, ni la amenaza de guerra ni la fuerza del amor. Klara intentó zafarse de sus brazos, pero cada vez que se apartaba él protestaba tan ruidosamente que tenía que quedarse para evitar una escena. Por fin, demasiado borracho para tenerse en pie, Novak se dejó caer en un sofá y se secó la frente con un gran pañuelo blanco. Madame Gérard quitó el disco del fonógrafo y anunció que a continuación se serviría el pastel de cumpleaños. Klara indicó con una seña a Andras que saliera al pasillo.

—Vámonos —cuchicheó—. No deberíamos haber venido. Tendría que haber imaginado que Marcelle montaría algún espectáculo.

Andras estaba deseando marcharse. Recogieron los abrigos en el dormitorio rojo y se encaminaron a hurtadillas hacia el recibidor. Pero Novak había reparado en la ausencia de Klara y oyó bajar el ascensor, o quizá

simplemente no soportaba el calor que hacía en el salón. Cuando salieron a la calle, estaba en el balcón; llamó a Klara mientras esta y Andras caminaban cogidos del brazo. Andras, lejos de sentirse victorioso, se compadeció de él. Pensó que bien podría haber sido él quien se despidiera de Klara para siempre, quien se marchara a Hungría sin ella, y lo que sintió fue tan fuerte que tuvo que sentarse en un banco y apoyar la cabeza sobre las rodillas. Sentirla cerca, notar su mano enguantada en el hombro, lo hizo revivir. Permanecieron largo tiempo sentados en el frío banco, sin pronunciar una sola palabra.

OceanofPDF.com

22

Signorina Di Sabato

Un día de diciembre en que soplaba un viento cortante, la Liga Internacional contra el Antisemitismo organizó una protesta contra la visita del ministro alemán de Asuntos Exteriores a París. Andras, Polaner, Rosen y Ben Yakov se manifestaban con un grupo apretado de personas ante el palacio del Elíseo, gritando consignas contra los gobiernos francés y alemán, blandiendo pancartas —NINGUNA RELACIÓN CON LOS FASCISTAS; VON RIBBENTROP A TU PAÍS— y cantando canciones sionistas que habían aprendido en las reuniones de la Liga, a la que Rosen había insistido que se afiliaran tras el pogromo en Alemania. Aquella mañana los había despertado al alba para pintar las pancartas. No había excusa para la pasividad, dijo sacándolos a rastras de la cama, no había excusa para quedarse de brazos cruzados mientras Joachim von Ribbentrop se disponía a firmar un tratado de no agresión con Francia; Bonnet, el ministro francés de Asuntos Exteriores, que se había mostrado tan complaciente con la anexión de los Sudetes llevada a cabo por Hitler, lo había organizado todo. En casa de Rosen tomaron café turco y pintaron doce pancartas, mientras el anfitrión removía la pintura con una regla y los exhortaba a respirar los vapores de la revolución. Andras sabía que en gran medida Rosen actuaba así para impresionar a su nueva *copine*, una estudiante de enfermería sionista a la que había conocido aquel verano. La chica, llamada Shalhevet, se había unido a ellos esa mañana para pintar las pancartas. Era alta, de mirada vehemente y cabello moreno con un mechón blanco impresionante. Los guiños que de vez en cuando dirigía a Andras, Polaner y Ben Yakov daban a entender que sabía lo ridículo que en ocasiones era Rosen, pero lo miraba con una admiración que delataba sus auténticos sentimientos.

Aunque Andras había protestado cuando lo sacaron de la cama, se alegraba de que hubiera contado con él para hacer algo más útil que leer el periódico y lamentar su contenido. Mientras estaba ante el palacio del Elíseo con la pancarta bien alta, se acordó del joven Grynszpan, preso en la cárcel de Fresnes. ¿Qué estaría sintiendo en aquel momento? ¿Sabría que Francia

recibía aquel día al ministro alemán de Asuntos Exteriores? A mediodía la limusina negra de Von Ribbentrop se detuvo ante la cancela del palacio, que se abrió de inmediato para franquearle la entrada. Mientras la policía vigilaba atentamente y custodiaba las barricadas que rodeaban el palacio, se firmó la Declaración de Amistad. Los manifestantes no podían hacer nada para impedirlo, pero habían expresado lo que pensaban. Una vez que el ministro de Asuntos Exteriores alemán se hubo marchado, los miembros de la Liga avanzaron en dirección al río gritando y cantando. En el quai des Tuileries Andras y sus amigos se separaron de ellos para terminar la tarde en la Paloma Azul, donde no hablaron de política, sino de su otro tema preferido. Por lo visto Ben Yakov tenía un grave problema: a pesar de sus esfuerzos, solo había logrado ahorrar dos terceras partes del dinero que necesitaba para llevar a su novia florentina a París… o para que la joven se fugara con él, como decía Rosen. Y el tiempo era crucial, no podían esperar más. Al cabo de un mes la casarían con el viejo lascivo con quien sus padres la habían prometido.

Rosen dio un puñetazo en la mesa.

—A las armas, muchachos —exclamó—. Debemos salvar a las chicas de los hombres lascivos, cueste lo que cueste.

Shalhevet estaba de acuerdo.

—Sí, por favor —dijo—. Salvad a las chicas de los hombres lascivos.

—Os lo tomáis todo a broma —observó Ben Yakov.

—Lo mismo haces tú, me temo —repuso Polaner.

—Me encuentro en el momento más decisivo de mi vida —afirmó

Ben Yakov—. No quiero perder a Ilana. Me he matado a trabajar durante cuatro meses para traerla. De día y de noche, en la facultad y en aquella biblioteca, intentando ahorrar hasta el último céntimo. No he pensado en nada más que en ella. Le he escrito casi a diario. He sido célibe como un monje.

—Disculpa —lo interrumpió Rosen—, ¿qué me dices del club de baile Carousel de la semana pasada? ¿Qué estabas haciendo allí con Lucia si has sido célibe como un monje?

—¡Un desliz! —exclamó Ben Yakov alzando las manos al cielo—. Una despedida de la soltería.

Andras negó con la cabeza.

—Serás un mal marido —dijo—. Deberías esperar unos años hasta que se te enfríe la sangre.

Ben Yakov se quedó mirando el vaso vacío con el entrecejo fruncido.

—Estoy enamorado de Ilana —afirmó—. No podemos esperar más.
Y todavía me faltan mil francos. Con el dinero que tengo puedo comprar un billete de ida y vuelta para mí, pero no el de ella.

—¿Y tu hermano? —preguntó Polaner dirigiéndose a Andras—. ¿Podría ayudarlo?

Tibor tenía previsto viajar a París al cabo de tres semanas para pasar las vacaciones de invierno. Él y Andras llevaban meses ahorrando. Incluso Klara había hecho una aportación argumentando que, como prometida de Andras, estaba en su derecho.

—No permitiré que renuncie a su billete —contestó Andras—. Ni siquiera por la novia de Ben Yakov.

—No tiene por qué renunciar a él —repuso Rosen—. Ben Yakov puede pagar el billete de su prometida si no tiene que comprarse uno para él.

Tibor podría acompañarla. Solo tendría que pasar por Florencia.

Ben Yakov se levantó de la silla y se llevó las manos a la cabeza.

—Es una idea estupenda —exclamó—. Dios mío. No debe de ser muy caro viajar de Módena a Florencia.

—Espera un momento —le interrumpió Andras—. Tibor no ha aceptado, y yo tampoco. ¿Cómo piensas que va a hacerlo? Se planta en Florencia y se fuga con ella en tu lugar…

—Pueden quedar en la estación y marcharse juntos —terció Rosen—. ¿No te parece, Ben Yakov? Lo único que Tibor tendría que hacer es presentarse en Florencia.

—¿Y qué pasará cuando la chica llegue aquí? —preguntó Andras—. No va a casarse contigo nada más apearse del tren. ¿Dónde vivirá antes de la boda?

Ben Yakov lo miró fijamente.

—Se quedará en mi casa, claro está.

—Recuerda que es ortodoxa.

—Le dejaré mi habitación. Yo me instalaré con uno de vosotros.

—Conmigo no —dijo Rosen mirando de soslayo a Shalhevet.

—Si Shalhevet se va a vivir contigo —propuso Ben Yakov—, Ilana podría quedarse en casa de Shalhevet.

—No puedes dejarla sola en una habitación —dijo Shalhevet—. Lo pasará fatal.

—¿Qué queréis que haga, pues? —preguntó Ben Yakov.

—¿Y qué me decís de Klara? —preguntó Polaner—. ¿Podría quedarse Ilana con ella?

Andras apoyó la barbilla en la mano.

—No lo sé —respondió—. Está preparando la función de invierno. Es el momento del año en que tiene más trabajo. —Y, aunque no lo dijo en voz alta, Andras sabía que había aspectos de la situación que a Klara no le harían ninguna gracia. ¿Por qué se empeñaban en llevar a París una novia

para Ben Yakov, si todos sabían que era un sinvergüenza? La chica se fugaría de su casa para ir a París. Se había criado en una comunidad sefardí muy unida de Florencia y solo tenía diecinueve años. Una cosa era pedir un favor a Tibor y otra muy diferente pedir a Klara que fuera su cómplice.

Polaner miró a Andras con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No estoy seguro. De repente tengo muchas dudas sobre todo esto.

—Por favor —dijo Ben Yakov poniéndole una mano en el hombro—. Te lo suplico. Tú deberías entender mi situación mejor que nadie. Lo has pasado muy mal y ahora eres feliz. ¿No puedes ayudarme? Sé que no siempre me he comportado como un caballero, pero ya sabes con qué ahínco he trabajado desde que volví de Florencia. He hecho todo lo que estaba en mi mano para traer a la chica. Estoy en una situación desesperada.

Andras suspiró y puso la mano sobre la de Ben Yakov.

—Entendido —dijo—. Le escribiré a Tibor. Y hablaré con Klara.

Módena, Italia

12 de diciembre

Andráska:

Considero un honor que se me pida acompañar a la futura señora de Ben Yakov a París. Me alegro de poder ser útil a un amigo tuyo. ¡No obstante, me dan pena los padres de la muchacha! ¿Qué pensarán cuando descubran que se ha ido? Espero que Ben Yakov se reconcilie con ellos lo antes posible. Tiene encanto suficiente para conseguirlo. Pídele que me telegrafíe la información relativa al tren de la signorina Di Sabato y me reuniré con ella en la estación de Florencia.

En cuanto a mí, estoy más que dispuesto a pasar unas semanas de indolencia contigo en tu ciudad narcisista. Estoy agotado. Nadie advierte a los estudiantes de medicina de que el programa de estudios puede producir cualquiera de las enfermedades que debemos estudiar. Espero que el sueño, el vino y tu compañía me curen.

El libro de anatomía de madame Morgenstern sigue siéndome útil.

Siempre estaré en deuda con ella por este regalo, pero ¡haz el favor de decirle que no me haga más regalos de este estilo en el futuro! Cuando mis amigos ven que poseo un libro tan hermoso, creen que soy rico y esperan que los invite a cenar. A este paso pronto estaré arruinado.

Tuyo, tu hermano, cada vez más pobre,

TIBOR

Andras mostró la carta a Klara y le pidió su colaboración. Le acompañaba François Ben Yakov, que era la primera vez que veía a Klara. El muchacho se había vestido para la ocasión con una americana de excelente lana negra y una corbata roja estampada con flores de lis del tamaño de un grano de cebada. Mientras Ben Yakov tomaba las manos de Klara entre las suyas y suplicaba su comprensión mirándola con sus ojos oscuros de estrella de cine, Andras se preguntó si Klara sucumbiría al hechizo que Ben Yakov parecía ejercer en todas las mujeres que conocía. En todo caso, Klara quedó lo bastante encantada para prestarse a ayudar. Permitió a Ben Yakov que le besara la mano y la llamara «ángel». En cuanto Ben Yakov se marchó, Klara se echó a reír y dijo que entendía por qué el muchacho causaba estragos entre las jovencitas de su círculo.

—Espero que no te fugues con él antes de que llegue la novia —comentó Andras.

Acercó una silla a la chimenea para que Klara se sentara y los dos contemplaron la lumbre.

—Ni hablar —dijo ella con una sonrisa, pero enseguida adoptó una expresión seria y cruzó los brazos—. De todos modos, comparto las reservas de tu hermano. Ojalá la muchacha no tuviera que fugarse. ¿De veras le resultó imposible a Ben Yakov hablar con el padre?

—¿Permitirías que tu hija se casara con François Ben Yakov? Sobre todo si la hubieras criado como una judía practicante. Me temo que Ben Yakov acertó cuando llegó a la conclusión de que debía hacerse todo en secreto.

Klara suspiró.

—¿Qué pensará mi hija?

—Pensará que tiene una madre compasiva y comprensiva.

—No es que no lo entienda —dijo Klara—. Y Elisabet también lo entenderá. Probablemente esa chica florentina es una persona inquieta. Quiere huir del destino que sus padres han elegido para ella. De modo que se imagina que está enamorada de tu amigo. Debe de tener una voluntad de hierro si está dispuesta a dejar a su familia por él.

—Sin duda es decidida —convino Andras—. Y está enamorada. Por lo que él cuenta, desea venir aquí más que nada en el mundo. Y Ben Yakov también lo desea.

—¿Crees que la hará feliz?

Andras miró el fuego, el calor que se elevaba de los trozos de carbón.

—Lo intentará. Es un buen hombre.

—Espero que lo intente —dijo ella—. Espero que sea un buen hombre.

La noche de la llegada de Tibor e Ilana fueron todos a la estación. Klara, Andras, Polaner, Rosen y Shalhevet estaban juntos en el andén, mientras Ben Yakov paseaba arriba y abajo a cierta distancia. En una mano llevaba un ramillete de pensamientos para la signorina Di Sabato. Los pensamientos eran carísimos en invierno, pero él se había empeñado en comprarlos. Eran las flores que le había regalado cuando se conocieron.

Fue Shalhevet quien primero vio el tren, un punto luminoso a lo lejos. Oyeron las notas agudas y guturales del silbato y avanzaron unos pasos junto con los otros parisinos que habían ido a recibir a sus huéspedes. El tren entró, soltando una nube de vapor, y la multitud se apiñó aún más. Tras una larga y desesperante espera, las puertas se abrieron con el chasquido metálico habitual y los revisores con las charreteras doradas saltaron al andén. Todos retrocedieron medio paso y aguardaron.

Tibor estaba entre los primeros pasajeros que aparecieron. Andras lo vio en la puerta de un vagón de tercera; su expresión denotaba preocupación y cansancio. En la mano llevaba una sombrerera verde claro y un paraguas elegante de mujer. Se apartó para dejar paso a una jovencita con una larga trenza morena que se detuvo en el escalón superior para echar un vistazo a la multitud.

—Es ella —gritó Ben Yakov volviendo la cabeza hacia sus amigos—. ¡Es Ilana!

La llamó a voz en grito agitando el ramillete de pensamientos. Y la muchacha esbozó una sonrisa nerviosa tan encantadora que Andras casi se enamoró de ella. Bajó los escalones y corrió hacia Ben Yakov, luego hizo ademán de lanzarse a sus brazos pero se contuvo, y soltó una parrafada rápida y apremiante en italiano al tiempo que señalaba hacia el tren. Andras no entendía que Ben Yakov no la abrazara. Eso le preocupó, hasta que recordó que la práctica religiosa de la muchacha se lo prohibía. Ben Yakov no la tocaría hasta que en la ceremonia nupcial le pusiera el anillo en el dedo. De todas formas, ella le miraba a los ojos con una expresión más íntima que un beso y, cuando él le ofreció el ramillete de pensamientos, le lanzó de nuevo aquella sonrisa encantadora.

Tibor, que había cruzado el andén detrás de la signorina Di Sabato, dejó a sus pies la sombrerera, contra la que apoyó el paraguas. Ella le dijo algunas palabras con tono de agradecimiento y él le respondió brevemente sin mirarla a los ojos. Después rodeó a Andras con el brazo y le susurró al oído:

—Felicidades, hermanito.

—¡Felicita a Ben Yakov! —dijo Andras—. Es él quien va a casarse.

—Ahora sí —repuso Tibor—, pero tú serás el próximo. ¿Dónde está la novia? —Se acercó a Klara, la besó en ambas mejillas y la abrazó—. No tengo hermanas —dijo—. Tendrás que enseñarme a ser un buen hermano para ti.

—Has empezado muy bien —afirmó Klara—. Qué alegría que hayas podido venir.

—Me temo que esta noche no seré una buena compañía —dijo Tibor. Puso una mano en el brazo de Andras—. Tengo un dolor de cabeza espantoso. Creo que no estoy para celebraciones.

En verdad parecía agotado. Se quitó las gafas y se frotó los ojos con dos dedos antes de saludar a los demás. Estrechó la mano de Ben Yakov, dio una palmadita cariñosa a Polaner en el hombro y dijo a Rosen que se alegraba de verlo tan bien acompañado. Después llevó aparte a Andras.

—Me gustaría acostarme —dijo—. Estoy muerto. Puede que esté enfermo.

—Por supuesto —dijo Andras—. Recogemos tus cosas y nos vamos.

Había pensado acompañar a la signorina Di Sabato a casa de Klara y dejarla instalada, pero esta insistió en que podía arreglárselas sola. No había mucho que llevar: la signorina Di Sabato tenía un baúl pequeño y una caja de madera, además de la sombrerera y el paraguas elegante, y esas eran todas sus pertenencias. Trasladaron el equipaje a la acera y Ben Yakov paró un taxi. Abrió la portezuela y ayudó a entrar a la signorina Di Sabato. En aras de la decencia dejó que Klara se sentara a su lado. Finalmente se despidió de todos, subió al taxi y cerró la puerta.

Rosen y Shalhevet se quedaron en la acera con Andras y su hermano.

—¿Venís a tomar algo? —preguntó Rosen.

Tibor se disculpó en su francés limitado pero desenvuelto, y Shalhevet y Rosen le aseguraron que lo comprendían. Andras paró otro taxi. Tenía pensado ir andando a casa, pero le pareció que su hermano podía desfallecer en cualquier momento. Tibor estuvo callado durante el trayecto hasta la rue

des Écoles. Del viaje solo le contó que había sido largo y que se alegraba de haber llegado.

Se bajaron del taxi y entraron en el edificio con las bolsas de Tibor. Cuando llegaron a la buhardilla, Tibor respiraba con dificultad y tuvo que apoyarse en la pared. Andras se apresuró a abrir la puerta. Tibor entró y se echó en la cama, sin molestarse en descalzarse ni quitarse el abrigo, y se tapó los ojos con un brazo.

—Tibi —dijo Andras—, ¿qué puedo hacer? ¿Quieres que vaya a la farmacia? ¿Quieres beber algo?

Tibor se liberó de los zapatos y los dejó caer en el suelo. Se volvió de lado y se acurrucó con las rodillas pegadas al pecho. Andras se acercó a la cama y se inclinó hacia él. Le tocó la frente; la tenía seca y caliente. Tibor se arropó con el edredón y empezó a temblar.

—Estás enfermo —dijo Andras con la mano apoyada en el hombro de su hermano.

—Un virus común. Durante toda la semana lo he visto venir. Necesito dormir. Ya se me pasará.

En un segundo Tibor se había dormido. No se despertó cuando Andras le quitó el abrigo, lo desnudó y le puso un trapo frío en la frente. Hacia medianoche la fiebre subió y Tibor apartó el edredón; pero poco después estaba temblando otra vez. Se despertó y pidió a Andras que sacara una caja de aspirinas de su maleta. Andras se la entregó y tapó a Tibor con todas las mantas y abrigos que tenía. Finalmente Tibor se volvió de lado y durmió. Andras desenrolló el colchón que le había prestado la portera y lo extendió en el suelo, junto al fuego, pero fue incapaz de conciliar el sueño. Se paseó por la habitación, comprobando cada media hora cómo estaba Tibor, hasta que notó que tenía la frente más fría y la respiración más regular. Entonces se tumbó vestido en el colchón prestado; no quería quitarle ninguna manta a su hermano.

Por la mañana fue Tibor quien se despertó primero. Cuando Andras abrió los ojos, ya había preparado té y tostado unas rebanadas de pan. En algún

momento de la noche había tapado a Andras con una manta. Ahora estaba sentado en el sillón de terciopelo rojo, aseado y recién afeitado, con la bata de su hermano y zampándose una tostada con mermelada. De vez en cuando se sonaba la nariz ruidosamente.

—Vaya —dijo Andras desde el colchón tendido en el suelo—. Estás vivo.

—Pero es mejor que no te acerques mucho. Todavía tengo fiebre.

—Demasiado tarde. Te he cuidado toda la noche. —Se incorporó y se pasó las manos por el cabello hasta dejarlo de punta.

Tibor sonrió.

—Ese peinado te sienta de miedo.

—Gracias, hermano. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor?

—Mejor de lo que me encontraba en el tren. —Miró la taza—. Seguro que la signorina Di Sabato pensó que era una compañía muy aburrida.

—Cuando llegasteis me pareció que estaba muy animada.

—Tuvo algún momento bajo cuando salimos de Florencia, pero en conjunto fue muy valiente.

—El valor que da el amor —sentenció Andras.

Tibor asintió e hizo girar la taza sobre el plato.

—Dime, ¿qué clase de persona es Ben Yakov? —preguntó.

—Ya le conoces —respondió Andras encogiéndose de hombros—. Es un buen hombre.

—¿Es lo mejor que puedes decir de él?

En realidad no. Andras recordó la conversación que habían tenido junto a la cama de Polaner después de la agresión. Fue Ben Yakov quien hizo que

ambos se avergonzaran al poner de manifiesto lo poco que conocían a su amigo, y lo poco probable que era que él les hubiera elegido para confiarse.

—Es un buen amigo —añadió Andras—. Y un buen estudiante. Atraea las mujeres. No siempre ha sido sincero con ellas, pero sí lo ha sido con Ilana.

—Ella me contó cómo se conocieron —dijo Tibor—. Fue en el mercado, adonde había ido con una amiga. Acababa de comprar dos pollos vivos, pero rompieron la jaula y se escaparon. Se fueron por un callejón y se metieron en un patio. Ben Yakov los cazó. Los devolvió a la jaula y la cerró con alambre. Después insistió en llevárselos a casa.

—La fuga de los pollos —comentó Andras—. Un comienzo muy romántico.

—Y él empezó a visitarla en secreto —explicó Tibor.

—Sí, por supuesto. Siempre ha tenido un don para lo dramático.

—Además, estaba el problema de los planes que tenía la familia para ella. De todos modos, el proceder de Ben Yakov parece poco honorable. Podría haber manifestado sus sentimientos al padre de la joven e intentado convencerlo.

Andras soltó una risotada.

—Eso mismo dijo Klara.

Tibor frunció el ceño y dejó la taza en la mesa. Enlazó los dedos sobre el pecho y miró por la ventana el cielo gris y los penachos del humo de las chimeneas que se desvanecían en las alturas.

—La muchacha tiene diecinueve años —dijo Tibor—. He visto su pasaporte. Los cumplió la semana pasada. ¿Y sabes qué? Tiene en el cuello una marca de nacimiento en forma de ave.

—¿Qué clase de ave? —preguntó Andras—. ¿Un pollo?

Tibor soltó una carcajada que le produjo un ataque de tos. Se inclinó hacia delante tapándose la boca con el pañuelo. Cuando se recostó en el respaldo del sillón tuvo que secarse los ojos con la manga y beberse el resto del té antes de poder hablar.

—¿Por qué me molesto en charlar contigo? —preguntó.

—Supongo que es una costumbre adquirida hace años que nunca perderás.

—En fin, tenemos cosas más importantes de que hablar. De tu compromiso con madame Morgenstern, para empezar.

—Ah, sí. Por no sé qué milagro, Klara Morgenstern ha aceptado ser mi esposa.

—Así que serás el primero de los tres hermanos en casarse.

—A menos que el mundo se acabe antes del verano.

—Es una posibilidad, tal como están las cosas —apuntó Tibor.

—Pero si eso no ocurre, Klara será madame Lévi.

—¿Y qué hay de esa historia secreta suya?

Andras se había negado a contárselo por carta, pero le había dicho que hablarían de eso cuando Tibor fuera a París. Recordaba la cautela de la anciana señora Hász y decidió que no sería prudente ponerlo por escrito y mandar la carta por correo. Se sentó con Tibor a la mesita y le narró la historia de Klara de principio a fin, con el permiso de ella. Cuando terminó, Tibor se quedó mirándolo en silencio, con expresión atónita.

—Qué horror —exclamó—. Y ahora está exiliada.

—Y ahí reside el problema —dijo Andras—. Al parecer irresoluble.

—¿No les habrás comentado nada a *anya* y *apa*? ¿No les habrás mencionado tu compromiso ni nada de esto?

—No he sabido cómo hacerlo. Supongo que tengo la esperanza de que la situación de Klara cambie.

—Ya me dirás cómo, si el delito no prescribe.

—No sé cómo, lo reconozco. Hasta que las cosas cambien, compartiré su exilio.

—Ay, Andráska —exclamó Tibor—. Mi hermanito.

—Me lo advertiste —le recordó Andras.

—Y tú evidentemente no me hiciste caso. —Se inclinó para toser llevándose el puño a la boca—. No debería estar levantado. Tendría que meterme en la cama. Y no soy el más indicado para dar consejos sobre el amor. Esto es lo que sé del corazón: es un órgano de cuatro cámaras cuyo objetivo es bombear sangre. Ventrículo izquierdo, ventrículo derecho, aurí cu la izquierda, aurícula derecha, y las válvulas: tricúspide, mitral, pulmonar y aorta. —Volvió a toser—. Ah, llévame a la cama y déjame dormir. Y cuando me despierte no me des más malas noticias.

Al día siguiente, ya recuperado, Tibor propuso visitar a la signorina Di Sabato para asegurarse de que estaba bien instalada y devolverle un libro que le había prestado en el tren: una hermosa edición antigua de la *Divina Comedia*, encuadernada en cuero repujado. Cuando Andras se mostró sorprendido de que la signorina Di Sabato leyera a Dante, Tibor aseguró que era la chica más culta que conocía. Desde los doce años sacaba en secreto libros de la biblioteca del barrio judío. La *Divina Comedia* pertenecía a aquella biblioteca; Tibor mostró a Andras el sello en el lomo. La joven no pretendía robarlo, pero mientras preparaba las maletas pensó que si lo dejaba en casa sus padres se enterarían de que había estado sacando libros en secreto. Se lo había contado a Tibor en el tren, riéndose tristemente de sí misma: estaba huyendo a París para casarse y lo que le preocupaba era que sus padres se escandalizaran porque leía libros profanos sacados en préstamo de la biblioteca.

En casa de Klara encontraron a la signorina Di Sabato cosiendo el dobladillo del vestido de seda color marfil que luciría en su boda. Sentada a

su lado en el sofá, Klara cosía un fino festón de encaje en el borde de un velo. Elisabet, que por lo general no mostraba el menor interés por lo que hacían los demás, estaba enfrascada en la lectura de un libro de recetas de pasteles. Miró a Tibor con cierta curiosidad y le saludó con la mano desde su sillón. En cambio Ilana di Sabato se puso en pie en cuanto lo vio, dejando caer el vestido al suelo.

—¡Oh, Tibor! —exclamó, y añadió unas palabras en italiano. Señaló la librería con un gesto y le dedicó una sonrisa de gratitud.

—Le has traído el libro —comentó Klara—. Me dijo que te lo había prestado. O eso entendí. Con mi escaso italiano y lo poco que sabe ella de francés nos vamos apañando.

—¿Y qué opina la signorina Di Sabato de París? —preguntó Andras.

—Le gusta mucho —respondió Klara—. Esta mañana hemos dado un paseo por las Tullerías.

—Seguro que no le gusta nada —apuntó Elisabet sin levantar la vista del libro de recetas—. Es una ciudad fría y lúgubre. Estará deseando volver a Florencia.

La signorina Di Sabato la miró con gesto interrogativo. Cuando Tibor le tradujo las palabras de Elisabet, negó con la cabeza y dijo algo con tono vehemente.

—Le gusta, y mucho —afirmó Tibor.

—Pronto dejará de gustarle —dijo Elisabet—. En diciembre es deprimente.

Klara soltó el velo de novia y comentó que le apetecía tomar un té.

—¿Me ayudas a preparar la bandeja? —preguntó a Andras.

Él la siguió a la cocina, sobre cuya mesa había varios libros de recetas abiertos.

Andras tocó una página en la que había un dibujo de un pescado entero adornado con rodajas finas de limón.

—¿Y cuándo será la boda? —preguntó.

—El domingo que viene —contestó Klara—. Ben Yakov ya ha quedado con el rabino. Sus padres vendrán en tren de Ruán. Después de la ceremonia almorzaremos aquí.

—Klárika —dijo Andras tomándola por la cintura para volverla de cara a él —. Nadie pretendía que celebraras el banquete de boda en casa.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Han de tener una fiesta.

—Pero esto es demasiado. Tienes que preparar la función.

—Me apetece hacerlo. Tal vez me precipité al juzgar la situación cuando me contaste sus planes. Tu amigo parece tener algunas ideas claras sobre el amor, al fin y al cabo. Y creo que yo esperaba que la signorina Di Sabato fuera diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

—Menos segura de sí misma, quizá. Menos madura. Quizá incluso menos inteligente, lo que indica que me he vuelto una persona cargada de prejuicios. Me considero judía, aunque practique solo de vez en cuando, pero creo que los judíos practicantes son anticuados y estrechos de miras. Es una muestra de mi ignorancia.

—¿Y Ben Yakov? ¿Ha venido?

—Pasó casi todo el sabbat con nosotras —contestó Klara—. Ha sido muy amable y respetuoso, aunque se le nota un poco nervioso. Esta mañana ha traído al rabino para que conociera a la novia y han hecho planes para la boda. Luego, en privado, me ha suplicado que le dijera si la signorina Di Sabato parecía triste.

—¿Y tú qué le has dicho?

Klara colocó las tazas y los platos en la bandeja azul.

—Le he dicho que me parecía que estaba bien, dadas las circunstancias. Sé que echa de menos a sus padres. Me enseñó una fotografía de ellos y lloró. Pero no creo que se arrepienta del paso que ha dado. —Echó el té en el filtro y lo introdujo en la tetera—. Por supuesto, Elisabet está intratable. Tiene celos. Me da miedo que decida marcharse para casarse con el norteamericano. No obstante, esta mañana me ha dicho que quería preparar la tarta, lo que ya es algo. —Negó con la cabeza y esbozó una media sonrisa irónica—. ¿Y qué tal tu hermano? ¿Se encuentra bien? Ayer me preocupé al ver que no veníais.

Andras deslizó la mano por el borde de la bandeja del té antes de contestar.

—Está agotado por el exceso de trabajo. Y ha estado enfermo, pero nada grave. Ha dormido casi todo el tiempo, y no para de sonarse y toser.

—Levantó la cabeza para mirar a Klara—. Le preocupa nuestra situación. Ayer se lo conté todo.

Klara bajó la vista.

—¿Lamenta que estemos comprometidos?

—Oh, no. Lamenta lo que te sucedió. Y lamenta que no puedas volver a casa con tu familia. —Tocó el asa de una de las delicadas tazas y por primera vez se fijó en que el dibujo de la porcelana era casi igual que el del juego de té de su madre—. Como es lógico, le preocupa cómo reaccionarán nuestros padres cuando les dé la noticia, pero no se opone al compromiso. Sabe lo que siento por ti.

Ella le abrazó y suspiró.

—No quería causarte toda esta infelicidad.

—No vuelvas a decir eso —le pidió Andras, y le besó los párpados.

Cuando volvieron al salón, Elisabet estaba sentada al escritorio de su madre, elaborando una lista de ingredientes para la tarta, mientras Tibor y la signorina Di Sabato hablaban en italiano sentados en el sofá. Él estaba inclinado hacia la joven, con los ojos fijos en ella, las manos temblorosas sobre las rodillas. La signorina Di Sabato negó con la cabeza, después volvió a negar con mayor vehemencia y se inclinó hacia su costura. A continuación clavó la aguja en la seda color marfil y miró a Tibor con una expresión que parecía de consternación.

— *Mi dispiace* —dijo—. *Mi dispiace molto*.

Tibor se reclinó en el sofá y se frotó la cara con ambas manos. Miró la bandeja del té, el reloj de la chimenea y, por último, a Andras.

—¿A qué hora has de llegar al estudio de la École? —preguntó.

Andras no tenía que llegar a ninguna hora concreta, y Tibor lo sabía. Era domingo; simplemente había decidido ir allí porque necesitaba trabajar. Sin embargo su hermano lo miraba con tanta concentración que supo que debía dar una respuesta concreta sobre el tiempo que se quedarían en casa de Klara.

—Dentro de media hora —contestó—. He quedado con Polaner.

—¡Media hora! —exclamó Klara—. Deberías habérmelo dicho. No tendréis tiempo ni de tomar el té.

—Sí, deberíamos ponernos en camino —dijo Tibor.

Dio las gracias a Klara por su amabilidad y expresó su deseo de volver a verla pronto. Mientras se ponían los abrigos, Andras se preguntó si la signorina Di Sabato no tenía intención de despedirse de ellos. Cuando se disponían a bajar por la escalera, apareció en el pasillo con una mano sobre el pecho, como si intentara acallar los latidos de su corazón. Habló con Tibor en italiano, con un tono tan cálido y vehemente que Andras pensó que estaba a punto de echarse a llorar. Tibor le dijo algo que Andras no entendió y los dos hermanos bajaron por la escalera.

—¿Qué pasa? —preguntó Andras en cuanto salieron a la calle—. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dado las gracias por devolverle el libro —respondió Tibor, y no pronunció ni una palabra más hasta que llegaron a la École Spéciale.

Ben Yakov se casó con su novia florentina el día más frío del año. Caía una llovizna helada; la signorina Di Sabato, con su traje blanco de seda y su velo de encaje, parecía fundirse con el aire invernal. Por suerte dentro de la sinagoga de la Victoire hacía calor, y Andras creyó sentir la calidez que emanaba el cuerpo de la novia cuando entró en el palio nupcial. Las capas del velo ocultaban su rostro, pero advirtió que le temblaban las manos mientras daba siete vueltas alrededor de Ben Yakov. Andras miró a Rosen, que sostenía una vara del palio nupcial, y a Polaner, que sostenía otra. El cuarto portador del palio era Tibor. Ben Yakov estaba magnífico con su capa de novio; al igual que el *tallis*, el *kittel* era de un blanco inmaculado a fin de servir de recordatorio de la muerte. La capa se utilizaría algún día como su sudario. Después de que el rabino bendijera el vino, Ben Yakov puso un anillo en el dedo de Ilana y declaró que la joven estaba consagrada a él según las leyes de Moisés e Israel. Siguiendo la tradición, la novia permaneció en silencio detrás del velo; no daría el anillo a Ben Yakov hasta que hubiera concluido la ceremonia. Se pidió a los tíos y los abuelos de Ben Yakov que subieran al palio nupcial para recitar las siete bendiciones. Andras percibió que la tensión aumentaba en el santuario mientras hablaban, lo percibió como una subida de la presión atmosférica. Notó que en la solemnidad de las palabras hebreas subyacía algo: todos los presentes sabían que aquello era un acto de rebeldía por parte de la novia, que el matrimonio se celebraba sin el consentimiento de sus padres. Y notó algo más, una expectación más oscura. Ante ellos había una virgen que pronto dejaría de serlo.

Cuando los tíos y abuelos terminaron de hablar y se bendijo de nuevo el vino, Ben Yakov rompió la copa matrimonial con el tacón. La novia se levantó el velo por fin, como si el ruido del cristal la hubiera sobresaltado, y el grupito de invitados cantó *siman tov und mazal tov*. Y luego fueron todos a la rue de Sévigné para el banquete nupcial.

En el comedor había salmón asado, *challah* nupcial, platos humeantes de patatas rojas y fideos dulces; caros espárragos blancos de Marruecos, un cuenco de naranjas españolas y, en una mesita auxiliar, la magnífica tarta que Elisabet había preparado: un espléndido pastel de tres pisos decorado con perlas de azúcar y hojas de caramelo plateadas. En el dormitorio, al otro lado de la pared del salón, madame y monsieur Ben Yakov pasaban su primera media hora de retiro ritual. Algunos invitados escuchaban la música que interpretaban un violinista y un clarinetista, mientras otros bebían vino blanco y admiraban los platos del almuerzo.

En la cocina, Tibor curaba a una niña que había resbalado en el hielo de la acera. Andras le ayudaba a vendar la rodilla herida y a limpiar las escoriaciones de la palma de las manos. Era una prima de Ben Yakov, de ojos oscuros y expresión seria, y lucía un vestido de tafetán azul. Parecía disfrutar de la atención que le prestaban aquellos dos jóvenes tan bien vestidos, y cuando terminaron de curarla les ordenó que se quedaran con ella hasta que se encontrara mejor. Empezó a jugar con Tibor: señalaba un objeto de la cocina y decía el nombre en francés, a lo que Tibor respondía con la correspondiente palabra húngara. A la niña todas las palabras húngaras le parecían hilarantes. Andras agradeció la distracción. Había empezado a sospechar que algo trascendental e inconfesable había sucedido entre Tibor y la signorina Di Sabato en el tren de Florencia. Durante la última semana su hermano y él habían realizado lo que deberían haber sido actividades divertidas —habían ido al cine y a un concierto de jazz en Montmartre; habían salido de copas una noche con Rosen, Polaner y Ben Yakov para festejar el fin de la soltería del novio; habían acompañado a Ben Yakov al sastre para recoger su traje de boda, y habían ayudado a trasladar cosas al piso de la pareja—, pero Tibor había estado distante y abstraído, y a menudo se sumía en el silencio cuando el nombre de Ilana surgía en la conversación. Ese día en particular estaba de un humor de perros: había maldecido cuando se le rompió un cordón de los zapatos, había despotricado porque el agua de la jofaina estaba muy fría, y casi había gritado a Andras cuando le instó a apresurarse para ir a casa de Klara después de la ceremonia. Sin embargo, atendiendo a la niña se había calmado y, enfrascado en el juego que ella se había inventado, volvía a ser el de siempre.

— *Passoire* —dijo la niña señalando un colador.

— *Sz´úró edény* —repuso Tibor en húngaro.

—¡ Ja! ¿Qué me dices de *spatule*?

— *Spachtli.*

— *Spachtli!* ¿Y *couteau*? —La cría cogió de la mesa un cuchillo de trinchar de aspecto imponente y lo tendió a Tibor para que se pronunciara.

— *Kés* —dijo él—. Pero será mejor que me lo des.

Se lo quitó de la mano y se volvió para guardarlo; junto en ese momento apareció en el umbral madame Ben Yakov, con las mejillas sonrosadas y una neblina de rizos morenos que habían escapado de las trenzas enrolladas. El cuchillo quedó a unos centímetros de los botones marfileños de su vestido. De haber entrado corriendo, la habría atravesado.

—¡Ah! —gritó, y retrocedió un paso.

Los dos se miraron y se echaron a reír.

—No mates a la novia, hermano —dijo Andras.

Tibor dejó el cuchillo sobre la encimera, lentamente, como si no fuera de fiar.

La niña, notando que pasaba algo raro, miró a todos con franca curiosidad. Como nadie decía nada, decidió hablar.

—Me he hecho daño en la rodilla —explicó a la novia señalando el vendaje —. Este hombre me ha curado.

Madame Ben Yakov asintió y se inclinó para examinar el vendaje. La niña movió la rodilla y, en cuanto la joven acabó la inspección, bajó de la silla y se alisó la falda. Salió de la cocina cojeando de modo exagerado.

Madame Ben Yakov dirigió a Tibor una sonrisa fugaz.

— *Che buon dottore siete* —dijo.

Pasó a su lado y abrió el grifo del fregadero de porcelana, donde realizó el ritual del lavatorio de las manos. Tibor observó todos los pasos: cómo llenaba la copa, cómo se quitaba el anillo de boda, cómo se echaba el agua tres veces sobre la mano derecha y otras tantas sobre la izquierda.

Después del almuerzo se celebró un baile en el estudio. Respetando la tradición ortodoxa, los hombres bailaron en un lado de la sala y las mujeres en el otro, separados por un biombo plegable. De vez en cuando los hombres vislumbraban el vuelo de una falda o una cinta de pelo; de vez en cuando un zapato femenino de satén resbalaba por el suelo hasta la pared y los hombres imaginaban un pie descalzo de mujer. Las mujeres reían detrás del biombo mientras golpeaban rápida y rítmicamente el suelo con los pies descalzos. En cambio los hombres no estaban cómodos. No les apetecía bailar. Hasta que Rosen sacó del bolsillo una petaca de whisky, cuyo fuego dio un par de vueltas al círculo, no empezaron a moverse al ritmo de la música. Ben Yakov y Rosen se agarraron por los brazos y se empujaron el uno al otro hacia la derecha y hacia la izquierda. Se tomaron de las manos y empezaron a girar hasta tambalearse. Rosen cogió a Andras por el hombro, Andras cogió a Polaner, Polaner a Ben Yakov, Ben Yakov a su padre, y enseguida todos los hombres corrían en un torpe corro. Ben Yakov y su padre se situaron en el centro del círculo y apoyando las manos en los hombros del otro, taconearon y taconearon levantando tanto los pies que los faldones de las chaquetas volaron libremente y sus cabellos engominados se deshicieron en ondas. Solo Tibor se quedó apoyado en la barra de ejercicios, observando a los demás.

Por fin llegó el momento de alzar a madame y monsieur Ben Yakov en sus sillas y pasearlos por la habitación. Las mujeres salieron de detrás del biombo para presenciar la escena; Andras se quedó sin aliento al ver a Klara, cuyos cabellos se habían soltado del moño y con el vestido ligeramente húmedo en el esternón. Por un momento le pareció injusto que esa fuera la boda de otra pareja, no la suya. Ella lo miró y sonrió, como si hubiera adivinado lo que estaba pensando, y sus ojos transmitían tal seguridad y tantas promesas que no pudo envidiar a Ben Yakov su felicidad.

Tras la boda, Tibor permanecería solo tres días más en París. Su estado de ánimo mejoró; acompañó a Andras a la facultad y al trabajo, y se granjeó la admiración de todos allí adonde iba. Monsieur Forestier le regaló entradas para espectáculos cuyo decorado había diseñado, entre ellos la *Antígona* de madame Gérard, que Tibor encontró admirable en todos los aspectos, exceptuando la interpretación de la primera actriz. En el despacho de arquitectura, Georges Lemain quedó maravillado al ver que Tibor identificaba cualquier ópera con solo oírle tararear unos compases.
Los invitó a una función de tarde de *La Traviata*, y después los llevó a una *maison particulier* en construcción, en el distrito diecisiete, una casa que Lemain había diseñado para un químico laureado con el premio Nobel y su familia. Mostró a Tibor el laboratorio orientado al norte, la biblioteca con sus estanterías de ébano, los dormitorios de altos techos que daban a un jardín bien diseñado. Tibor lo elogió todo en francés, entusiasmado, y Lemain prometió que diseñaría una casa semejante para él cuando fuera un médico famoso. Durante aquellos tres días, mientras los dos hermanos iban de un lugar a otro, de un compromiso a otro, Andras buscó la manera de hablar con Tibor de la signorina Di Sabato, pero nunca encontraba el momento de abordar el tema. Por las noches, cuando podrían haberse quedado levantados hasta tarde bebiendo y charlando, Tibor decía que estaba cansado. Andras, despierto en el colchón extendido en el suelo, se preguntaba cómo podría romper la frágil pared que parecía separarlo de su hermano. Tenía la sensación de que Tibor se ocultaba detrás de una membrana tráslucida, como si tuviera miedo de que lo vieran bajo una luz intensa.

El tren de Tibor salía la noche en que las alumnas de Klara ofrecían el espectáculo de invierno. Andras lo acompañaría a la estación y después se reuniría con Klara en el Théâtre Deux Anges. La perspectiva de la despedida hizo que permanecieran callados en el metro. Mientras viajaban por debajo de la ciudad, Andras pensó en la larga lista de temas de los que no habían hablado durante los días que habían pasado juntos. Pronto se separarían de nuevo sin saber cuándo volverían a verse. Salieron del metro con el equipaje de Tibor y entraron en la estación. En cuanto se deshicieron de las maletas, se sentaron en un banco de respaldo alto y bebieron café de un termo. Al otro lado del andén estaba la locomotora que tiraría del tren de

Tibor hasta Italia: un insecto gigantesco de reluciente acero negro, con los pistones de las ruedas doblados como las patas de un saltamontes.

—Oye, hermano —dijo Tibor, con los ojos oscuros fijos en el tren—, espero que perdones mi comportamiento en la boda. Fue abominable. Me conduje de forma deshonrosa.

Ahí estaba, por fin, media hora antes de la salida del tren.

—¿Qué fue abominable?

—Ya sabes a qué me refiero. No me obligues a decirlo.

—No te vi hacer nada deshonroso aquel día.

—No podía alegrarme por los novios. No podía comer aquella estupenda tarta. No tenía ánimos para bailar. —Respiró hondo—. Hice algo abominable, Andras. No en la boda, sino antes.

—¿De qué estás hablando?

—En el tren hice algo imperdonable. —Tibor cruzó los brazos y bajó la vista—. Me da vergüenza decirlo. Mi comportamiento fue impropio de un caballero. Peor aún. Actué como un sinvergüenza.

Y entonces reconoció que estaba enamorado de Ilana di Sabato, que se había enamorado de ella nada más verla en el andén de Florencia con su paraguas y su sombrerera verde claro. La acompañaba un niño, su hermano, para ayudarla con las maletas. El crío se sentía importante, explicó Tibor, importante y cómplice de un secreto. Sin embargo Tibor advirtió que el chico comenzaba a comprender que aquello no era un juego, que en verdad su hermana iba a subir a un tren con destino a París. En un momento la cara del niño se descompuso. Dejó la maleta en el suelo, se sentó en ella y rompió a llorar. E Ilana di Sabato se sentó a su lado y le dijo que todo se arreglaría, que algún día iría a visitarla, que ella llevaría a su flamante marido a casa para presentárselo a él y al resto de la familia. Pero no debía decir nada a nadie, al menos por un tiempo.

—Tendrías que haber visto cómo hizo que comprendiera la situación —dijo Tibor. Me dije que era natural que me inspirara ternura —prosiguió—. La habían dejado a mi cargo, estaba indefensa, salía al mundo por primera vez. Todo era nuevo para ella. O no del todo nuevo, porque había leído muchísimos libros; para ella comenzaba a hacerse realidad un mundo que había imaginado pero nunca había visto, y yo fui testigo de eso. Fue a mí a quien miró cuando cruzamos la frontera italiana. Fue como ver nacer a una persona. Y también vi el dolor. Vi cómo se hacía a la idea de que había dejado a sus padres, a su familia. Cuando lloró después de cruzar la frontera, la abracé. Lo hice casi sin pensar. —Se interrumpió y se quitó las gafas, frotándose los ojos con el pulgar y el índice—. Y entonces me miró, Andras, y ya habrás adivinado qué pasó. La besé. No fue un beso inocente, no. Ni breve. Así que, ya ves, pequé contra tu amigo. Y pequé contra Ilana. Y no solo entonces. —Se interrumpió de nuevo—. Quiero contarte esto porque me está pesando desde que sucedió. Le dije algo aquí, en esta estación, antes de bajar del tren.

—¿Qué le dijiste?

—Le recordé que todavía podía elegir —contestó Tibor—. Le dije que estaría encantado de acompañarla de vuelta a Italia si cambiaba de opinión. —Negó con la cabeza y se puso las gafas—. Y me sinceré con ella, Andras. Días más tarde. La mañana que la visitamos en casa de Klara. Cuando fuimos a devolverle el libro de la biblioteca.

Andras recordó los cuchicheos, las manos temblorosas de Tibor, la consternación de Ilana.

—Oh, Tibor. Así pues, era eso lo que estaba sucediendo cuando volví de la cocina.

—En efecto —repuso su hermano—. Por un momento creí que dudaba. Me engañé pensando que tal vez sentiría algo por mí. —Negó con la cabeza—. Si hubiera vuelto a visitarla, podría haber arruinado la felicidad de tu amigo.

—Pero no lo hiciste —le recordó Andras—. Todo salió como estaba planeado. Y en la boda ambos parecían muy felices.

En verdad lo creía mientras lo decía, pero un momento después se preguntó si era cierto. ¿No parecía Ilana turbada aquella mañana con Tibor? ¿El día de la boda no había habido un extraño intercambio de energía entre ellos? ¿Estaría ahora la joven en el piso de Ben Yakov pensando en Tibor?

—Están casados —dijo Tibor—. Todo ha acabado. Ahora mis sentimientos por ella son mi castigo.

Andras le comprendió. Le rodeó los hombros con el brazo y miró la forma de insecto de la locomotora.

—Me he sentido muy solo en Módena —añadió Tibor—. A ti debió de ocurrirte lo mismo al llegar aquí. Pero conociste a Klara.

—Sí. Y en ocasiones eso también fue terrible.

—Ahora entiendo lo que hay entre vosotros —afirmó Tibor—. Durante esta semana he sentido envidia muchas veces.

Deslizó las manos entre las rodillas. Por la ventana de la locomotora vieron discutir al maquinista y un revisor como si debatieran si debían efectuar el viaje a Italia o no.

—No vuelvas —dijo Andras—. Quédate a vivir conmigo si quieres.

Tibor negó con la cabeza.

—Debo ir a la facultad. Debo terminar mis estudios. De todos modos, no creo que pudiera soportar estar tan cerca de ella.

Andras miró a su hermano.

—Es hermosa —dijo.

Los rasgos de Tibor experimentaron un cambio casi imperceptible, las líneas alrededor de la boca parecieron suavizarse.

—Sí, lo es —repuso—. La recuerdo con ese vestido y el velo. Por Dios, Andras, ¿crees que será feliz?

—Eso espero.

Tibor dio un golpecito en la bolsa de piel con la punta de su zapato bien lustrado.

—Creo que deberías escribir a *anya* y *apa* —dijo—. Diles lo que hay entre tú y Klara. Cuéntales lo que puedas sobre la situación de ella. Yo también les escribiré. Les diré que la he conocido y que no considero que estés loco por querer casarte con ella.

—Estoy loco, esa es la verdad.

—No más que cualquier hombre enamorado —aseguró Tibor.

El revisor hizo sonar el silbato. Tibor se puso en pie y dio un abrazo rápido a Andras.

—Pórtate bien, hermanito —dijo.

— *Bon voyage* —le deseó Andras—. Que pases una buena primavera. Estudia mucho y cúrate.

Un momento después de que Tibor subiera a un vagón con la bolsa colgada al hombro, el tren soltó un gemido largo y metálico, y con una serie de gruñidos y chirridos empezó a deslizarse fuera de la estación. Las piernas de saltamontes del motor se doblaron y flexionaron. Andras esperaba que Tibor hubiera encontrado un asiento de ventana, donde tendría el consuelo de observar cómo la ciudad quedaba atrás a medida que se adentraban en la oscuridad de los campos invernales. Esperaba que Tibor fuera capaz de dormir. Esperaba que llegara a casa pronto y que, una vez allí, olvidara la existencia de una muchacha llamada Ilana di Sabato.

Aquel año, el espectáculo de invierno fue una celebración discreta y humilde. El Théâtre Deux Anges era pequeño, decadente, y estaba mal caldeado, el terciopelo azul de las butacas se había vuelto gris de tan descolorido, y en la oscuridad las últimas filas parecían llenas de fantasmas. Las niñas se perseguían por el escenario con trajes de satén azul y blanco, y una nieve plateada caía de una nube fría. Un grupo de niñas de doce años

con vestido de tul rosa evocó a Andras el amanecer del día de Año Nuevo. Recordó a Klara en la place Barye: el rubor de su frente bajo el gorro rojo de lana, el rocío cristalino en sus pestañas, la niebla de su aliento en el aire frío. Apenas podía creer que estaría esperándolo detrás del escenario después del recital…, la misma mujer que lo había besado en aquel parque helado hacía casi un año. Parecía un milagro que un hombre que amaba a una mujer pudiera ser correspondido. Se frotó las manos entumecidas por el frío y esperó a que las luces violeta se apagaran.

OceanofPDF.com

23

Club Deportivo Saint-Germain

En primavera los estudiantes de la École Spéciale competían por el Prix du Amphithéâtre, cuyo ganador recibía una medalla de oro valorada en cien francos, la admiración de los demás alumnos y cierto prestigio para el currículum vitae. La hermosa Lucia había conseguido el premio del año anterior con su diseño de un edificio de apartamentos de hormigón armado. Ese año los alumnos tendrían que concebir un gimnasio urbano para deportes olímpicos: natación, salto de trampolín, gimnasia, levantamiento de pesas, atletismo, esgrima. A Andras la idea de diseñar un gimnasio cuando Europa estaba al borde de una guerra le parecía absurda. En Francia no cesaban de entrar refugiados de la España desmembrada; el Marais se había inundado de personas que solicitaban asilo. Cientos de miles más habían sido detenidos en la frontera y enviados a campos de internamiento en las estribaciones de los Pirineos. Todos los días llegaban malas noticias, y las peores siempre eran las procedentes de Checoslovaquia. Hitler había adiestrado al ministro de Asuntos Exteriores checo para que la nación abordara de un modo más enérgico el problema judío; una semana después, el gobierno checo expulsó a hombres y mujeres judíos de las cátedras universitarias, del funcionariado y de la sanidad pública. En Hungría, y siguiendo su ejemplo, Horthy exigió un nuevo gabinete que apoyara una alianza más estrecha con los gobiernos del Eje. Los columnistas de los periódicos conjeturaban que el Parlamento húngaro no tardaría en aprobar leyes contra los judíos.

Ante estas noticias, ¿cómo podía Andras diseñar una piscina, un vestuario o un espacio para practicar esgrima? Aquella noche se sentó en el estudio con una carta abierta sobre la mesa y los útiles de dibujo todavía en el estuche. La carta era de su hermano Mátyás y había llegado aquel mismo día.

12 de febrero de 1939

Budapest

Andráska:

Anya y apa acaban de contarme la magnífica noticia. Mazel tov! Debo conocer a la futura madame Lévi cuanto antes. Como parece que te quedarás en Francia en un futuro próximo, tendré que ir a verte. Ya estoy ahorrando. Supongo que sabrás por nuestros padres que he dejado el instituto.

Estoy viviendo en Budapest y trabajo como escaparatista. ¡Es un buen trabajo! Gano 20 pengos a la semana. Mi mejor cliente es la tienda de ropa de caballero de Molnár utca. Me enteré por un amigo de que su escaparatista se había marchado, así que al día siguiente fui a ofrecer mis servicios.

Me pidieron que arreglara el escaparate como prueba. Elegí el tema de la caza: dos trajes de montar, una capa, cuatro corbatas, una manta de caza, una gorra, un cuerno. Lo terminé en una hora, y al cabo de otra hora habían vendido todo lo del escaparate. Hasta el cuerno.

Budapest es maravillosa. Tengo muchos amigos aquí y quizá una novia. También un fabuloso profesor de baile, un negro norteamericano que se hace llamar Kid Sneeks. Hace un mes lo vi en el Gold Hat con su grupo de claqué, los Five Hot Shots. Después del espectáculo me quedé para conocer a la estrella. Con la ayuda de mi novia, que habla un poco de inglés, le dije que era bailarín y le pedí que me tomara como alumno. Me dijo que quería ver qué sabía hacer. Se lo enseñé. Allí mismo me puso el apodo inglés de Lightning, o sea rayo, y aceptó darme clases mientras estuviera en Budapest. ¡Y su espectáculo tiene tanto éxito que se van a quedar un mes más!

Sé que me regañarás por haber dejado el instituto, pero te aseguro que ahora soy más feliz. No lo soportaba. Los profesores me castigaban por mi mala actitud. Los otros chicos eran idiotas. ¡Y Debrecen! Qué asco de sitio. Ni pueblo ni ciudad, ni moderno ni pintoresco, ni mi hogar ni un lugar que me gustaría convertir en mi hogar. En Budapest hay un instituto judío mejor. Si puedo, trasladaré mi expediente y terminaré aquí mis estudios. Después iré a París y me subiré a un escenario. Si te portas bien conmigo, te enseñaré a bailar claqué.

No te preocupes por mí, estoy bien. Me alegro de que tú también lo estés. No te cases antes de que llegue yo. Quiero besar a la novia el día de la boda.

Con cariño,

MÁTYÁS

Andras leyó y releyó la carta. «Terminaré los estudios. Después iré a París y me subiré a un escenario.» ¿Cómo esperaba Mátyás realizar todos esos proyectos si Europa entraba en guerra? ¿Es que no leía los periódicos? ¿Esperaba que los problemas mundiales se solucionaran gracias al claqué? ¿Qué podía contestarle Andras?

Oyó pasos en el pasillo; alguien se acercaba. Era de noche y no había quedado con nadie. Sin pensarlo, abrió el estuche de los lápices y sacó la navaja afilada. Entonces los pasos adoptaron un ritmo conocido, y vio al profesor Vago apoyado en la jamba de la puerta, con un traje de etiqueta.

—Son las tres de la madrugada —dijo el profesor—. Si querías leer tu correo, ¿no podías hacerlo en casa?

Andras se encogió de hombros y sonrió.

—Aquí se está más calentito —respondió. Arqueó una ceja mirando el traje de Vago—. Un buen esmoquin.

Vago se alisó las solapas.

—Este es el último traje que tengo sin manchas de tinta o carboncillo.

—Así que ha venido a echarse un poco de tinta encima.

—Algo por el estilo.

—¿De dónde viene? ¿De la ópera?

Vago se quitó la rosa del ojal y la miró con expresión reflexiva.

—He ido a bailar con madame Vago, por si te interesa. A ella le gusta.

Pero se cansa antes del amanecer, mientras que a mí me cuesta dormir después de bailar. —Se acercó a la mesa de trabajo y se inclinó para mirar los dibujos de Andras—. ¿Son para el concurso?

—Sí. Polaner los ha empezado. A mí me toca terminarlos.

—Hiciste bien formando equipo con él. Es uno de los mejores.

—Él no hizo tan bien —respuso Andras—. Me eligió a mí.

—¿Me permites? —preguntó Vago. Cogió el cuaderno de Andras y miró los esbozos, deteniéndose en los dibujos de la piscina con techo replegable. Pasó la página para examinar el dibujo de la piscina con el techo abierto, y luego volvió al dibujo de la misma habitación con el techo cubierto.

—El funcionamiento es hidráulico —explicó Andras señalando el armario que ocultaría la maquinaria—. Los paneles son curvos y se superponen en el punto de unión, aquí, para que no entren ni el frío ni el calor.

—Se interrumpió y mordió la punta del lápiz, deseoso de conocer la opinión de Vago. Era un diseño inspirado tanto en los camaleónicos decorados de Forestier como en los elegantes edificios públicos de Lemain.

—Es un buen trabajo —afirmó Vago—. Has aprovechado las enseñanzas de tus mentores. Pero ¿qué haces aquí mirando a las musarañas en plena noche? Si vienes a la facultad a las tres de la madrugada, al menos que sea para trabajar.

—No logro concentrarme —dijo Andras—. Todo se está desmoronando. Mire.

Sacó un periódico de la cartera y lo deslizó sobre la mesa hacia Vago. En la primera página, una fotografía mostraba a un grupo de estudiantes judíos apretujados ante la verja de una universidad de Praga. Las autoridades

habían anulado sus matrículas de un día para otro y no se les permitía entrar. Vago cogió el periódico y examinó la fotografía; después volvió a dejarlo sobre la mesa.

—Tú todavía estás en la facultad —dijo—. ¿Vas a hacer tu trabajo?

—Es lo que quiero —contestó Andras.

—Pues hazlo.

—Pero creo que debo hacer algo más que dibujar edificios. Quiero ir a Praga y manifestarme en la calle.

Vago cogió un taburete y se sentó. Se quitó el largo fular de seda y lo dobló sobre sus rodillas.

—Que se vayan al diablo esos cabrones de Berlín —dijo—. En París no pueden echar a nadie de la facultad. Eres un artista y tienes que prepararte.

—Pero un gimnasio… —dijo Andras—. En un momento como este.

—En un momento como este, todo es político —afirmó Vago—.

Nuestros compatriotas magiares no permitieron participar a los nadadores judíos en el treinta y seis, a pesar de que sus marcas eran mejores que las de los medallistas. Pero tú estás aquí, eres judío, estudiante de arquitectura, y estás diseñando un club deportivo que podría construirse en un país donde los judíos todavía pueden participar en los Juegos Olímpicos.

—Al menos por ahora.

—¿Por qué «por ahora»?

—No me ha pasado por alto que Daladier trajo aquí a Von Ribbentrop para firmar un pacto de amistad. ¿Y sabe que solo los ministros arios del gabinete estaban invitados al banquete que Bonnet ofreció después? ¿Sabe a quién no invitaron? A Jean Zay, a Georges Mandel. Ambos judíos.

—He oído hablar de esa cena, y sé quién asistió y quién no. No es tan sencillo como lo planteas. Más de uno declinó la invitación como protesta.

—Pero no invitaron a Zay ni a Mandel. Esa es la cuestión. —Abrió el estuche y sacó un lápiz y el sacapuntas—. Con el debido respeto —añadió —, para usted es fácil hablar de esto en abstracto. Los que están ante la verja de esa universidad no son de los suyos.

—Son personas —repuso Vago—. Eso basta. Ese odio a los judíos disfrazado de nacionalismo es una mancha para la humanidad. Es una enfermedad. He pensado en ello a diario desde que aquellos cobardes fascistas agredieron a Polaner.

—¿Y esta es la conclusión a la que ha llegado? —preguntó Andras—.

¿Que debemos agachar la cabeza y seguir trabajando?

—Polaner lo hizo —contestó Vago—. Tú deberías hacer lo mismo.

18 de marzo de 1939

Konyár

Querido Andras:

Ya te imaginarás cómo nos sentimos tu madre y yo ante el destino de Checoslovaquia. El expolio de los Sudetes ya fue bastante ignominioso, pero ¡ver a Hitler apoderarse de Eslovaquia y después entrar en Praga sin que nadie se lo impidiera! En esas calles pasé mi época de estudiante, ¡y ahora están llenas de soldados nazis! Quizá fui un ingenuo al creer que podía ser de otro modo. Sin Eslovaquia, el país que Gran Bretaña y Francia aceptaron proteger había dejado de existir. Pero cabe pensar que estos continuos ultrajes no pueden seguir indefinidamente. Deben parar, o alguien tiene que pararlos.

Aquí la derecha está muy jubilosa pensando en el retorno de Rutenia a Hungría. Lo que nos robaron vuelve a ser nuestro, y todo eso. Sabes que

combatí en la Gran Guerra y no carezco del sentimiento de orgullo nacional. Pero ahora sabemos qué se esconde bajo el deseo de compensación de quienes ondean la bandera.

A pesar de las malas noticias, tu madre y yo estamos de acuerdo con el profesor Vago. No debes permitir que los sucesos recientes te distraigan de tus estudios. Debes seguir en la facultad. Si vas a casarte has de tener una profesión. Por ahora lo has hecho muy bien y serás un arquitecto estupendo. Y quizá Francia sea para ti un lugar más seguro que Hungría. En cualquier caso, me enfadaré mucho si no aprovechas todo lo que se te ha dado. Una posibilidad como esta solo se tiene una vez en la vida.

Qué severo parezco. Sabes que te mando todo mi cariño. Adjunto una carta de tu madre.

APA

Querido Andráska:

¡Haz caso a tu apa! Y abrígate bien. Siempre has sido propenso a las fiebres de marzo. Mándame una fotografía de tu Klara. Me hiciste una promesa. Te la recordaré.

Besos,

ANYA

Cada carta contenía una carga provechosa de noticias y amor, cada una le recordaba que sus padres podían morir. El hecho de que hubieran superado otros dos inviernos en Konyár sanos y salvos a duras penas aliviaba su preocupación; cada invierno acarreaba mayores peligros. Pensaba en ellos a todas horas a medida que llegaban nuevas noticias, un auténtico diluvio durante la primavera. A finales de marzo el sangriento horror de la guerra civil española concluyó; el ejército republicano se rindió la mañana del 29 y

las tropas de Franco entraron en la capital. Era el comienzo de la dictadura prevista por Hitler y Mussolini, la auténtica razón por la que habían alimentado con armas y soldados aquel alto horno que era la contienda.

Andras se preguntaba si aquellas dos victorias —el desgarro de Checoslovaquia y el triunfo de Franco en España— eran lo que había infundido a Hitler el valor para desafiar al presidente estadounidense en abril. Todos los periódicos informaban de la noticia: el día 15 Roosevelt había mandado un telegrama a Hitler para exigirle garantías de que al menos durante diez años Alemania no atacaría ni invadiría ninguno de los treinta y un estados independientes que enumeraba, entre ellos Polonia, donde Hitler había propuesto construir una autovía y un corredor ferroviario que uniera Alemania con Prusia Oriental. Tras dos semanas de evasivas, Hitler respondió. En un discurso pronunciado en el Reichstag condenó el acuerdo naval de Alemania con Inglaterra, rompió el Tratado de No Agresión germano-polaco y ridiculizó el telegrama de Roosevelt. Acabó acusando al presidente estadounidense de inmiscuirse en asuntos internacionales mientras él, Hitler, se preocupaba solo del destino de su propia nación, a la que había salvado de la ignominia y la ruina de 1919.

En las aulas de la École Spéciale se desató el debate. Rosen no era el único que creía que Europa entraría en guerra. Ben Yakov no era el único que argumentaba que la guerra todavía podía evitarse. Había opiniones para todos los gustos. Andras estaba de acuerdo con Rosen, no veía otra manera de sacar a Europa de la telaraña en la que había caído. Mientras trabajaba en los planos con Polaner, recordaba lo que su padre le había contado sobre la Gran Guerra: el hedor y el derramamiento de sangre de los combates, la pesadilla de los aviones que lanzaban balas y fuego a los soldados de infantería, la confusión, el hambre y la suciedad de las trincheras, la sorpresa de haber logrado escapar con vida. Si estallaba la guerra, combatiría. No por su país, pues Hungría lucharía junto a Alemania, su aliada, que no solo le había entregado Rutenia sino también las Tierras Altas, que había perdido en el Tratado de Trianon. No, si estallaba la guerra Andras se enrolaría en la Legión Extranjera y lucharía por Francia. Se imaginaba presentándose ante Klara todo ufano con el uniforme, una espada al cinto, los botones de la guerrera deslumbrantes. Ella le suplicaría

que no fuera a la guerra, y él insistiría en que debía ir; debía proteger los ideales de Francia, la ciudad de París y a la propia Klara.

En mayo, sin embargo, dos sucesos inesperados hicieron que prestara menos atención al conflicto en ciernes. El primero fue una tragedia: la esposa de Ben Yakov perdió al bebé que durante cinco meses había llevado en su vientre. Fue Klara quien acudió al piso de Ben Yakov para cuidar a Ilana, quien llamó al médico cuando la encontró sangrando y delirando a causa de la fiebre. En el hospital, en un largo pasillo con el suelo de linóleo y las paredes decoradas con litografías de médicos franceses, Klara y Andras esperaron con Ben Yakov mientras un cirujano vaciaba la matriz de Ilana. Ben Yakov estaba aturdido y muy callado, todavía vestido con la camisa del pijama. Andras sabía que su amigo se culpaba de lo sucedido. Él no quería un hijo. Lo había confesado una semana antes en el estudio, una noche en que intentaban resolver un problema para la clase de estática.

«No estoy preparado —había afirmado tras dejar el lápiz hexagonal en la ranura de la mesa—. No puedo ser padre. No puedo mantener un hijo. No tenemos dinero. Y el mundo se está desmoronando. ¿Y si tengo que ir a la guerra?»

Andras había pensado entonces en la matriz de Klara, ese espacio sagrado que ambos habían procurado por todos los medios mantener vacío. Se obligó a pronunciar unas palabras de comprensión, cuando lo que habría querido era preguntar a Ben Yakov por qué se había casado con Ilana di Sabato si no deseaba tener hijos. Ahora el tema parecía planear en el ambiente aséptico del pasillo: Ben Yakov había deseado que el niño no existiera, y el niño ya no existía.

Por las ventanas del hospital se veía el cielo de levante, que se había teñido de azul con la llegada del alba. Andras sabía que Klara estaba agotada: la columna, que normalmente mantenía bien erguida, había empezado a encorvarse a causa del cansancio. Le pidió que se fuera a casa, le prometió que pasaría a verla en cuanto hablaran con el médico. Insistió: tenía que dar una clase a las nueve de la mañana. Ella protestó. Dijo que estaba dispuesta a quedarse todo el tiempo que hiciera falta, pero al final se avino a ir a casa para dormir un poco. Se despidió de Ben Yakov, quien le dio las gracias por

lo que había hecho. Ambos jóvenes la observaron mientras se alejaba por el pasillo, acompañada del repiqueteo rítmico de los tacones sobre el linóleo.

—Lo sabe —dijo Ben Yakov en cuanto Klara dobló la esquina.

—¿Qué sabe?

—Sabe lo que pensaba yo acerca de tener un hijo.

—¿Por qué crees eso?

—Porque apenas me ha mirado.

—Eso son imaginaciones tuyas —dijo Andras—. Sé que tiene muy buena opinión de ti.

—Pues no debería. —Ben Yakov se apretó las sienes con los dedos.

—Esto no es culpa tuya —afirmó Andras—. Nadie lo piensa.

—¿Y si yo creo que sí?

—Aun así no lo es.

—¿Y si ella, Ilana, cree que sí?

—Sigue sin ser culpa tuya. Además, ella no piensa eso.

Cuando el médico terminó, un par de camilleros trasladaron a Ilana a una sala, donde la acomodaron en una cama. Andras y Ben Yakov se acercaron y observaron a la joven dormida. Tenía la piel blanca como la cera por la pérdida de sangre y cabello oscuro echado hacia atrás.

—Creo que me voy a desmayar —dijo Ben Yakov.

—Siéntate —le aconsejó Andras—. ¿Quieres un poco de agua?

—No quiero sentarme. Llevo horas sentado.

—Pues ve a dar un paseo. A respirar aire fresco.

— No voy muy bien vestido.

—Anda, ve. Te sentará bien.

—De acuerdo. ¿Te quedas tú con ella?

Andras prometió no moverse de allí.

—No tardaré —dijo Ben Yakov.

Se remetió la camisa del pijama en los pantalones y se alejó por la larga avenida de camas. Justo cuando desaparecía por la puerta de la sala, Ilana soltó un gemido de dolor y movió las caderas debajo de la sábana.

Andras buscó una enfermera con la mirada. Tres camas más allá, una mujer de cabello cano con una cofia almidonada atendía a otra muchacha que estaba pálida como un muerto.

— *S'il vous plaît* —dijo Andras.

La enfermera acudió a examinar a Ilana. Le tomó el pulso y echó un vistazo a la gráfica colgada a los pies de la cama.

—Un momento —dijo, y salió corriendo de la sala.

Volvió un minuto después con una jeringuilla y un vial. Ilana abrió los ojos y miró alrededor, aturdida por el dolor. Parecía buscar algo. Cuando vio a Andras, fijó la mirada y las arrugas desaparecieron de su frente. Sus labios adquirieron un poco de color.

—Eres tú —dijo en italiano—. Has venido de Módena.

—Soy Andras. Te pondrás bien.

La enfermera destapó el hombro de Ilana y lo frotó con algodón empapado en alcohol.

—Voy a administrarle morfina para el dolor —explicó—. Enseguida se encontrará mejor.

Ilana contuvo el aliento cuando le clavó la aguja.

—Tibor —dijo volviendo la vista hacia Andras. Entonces la morfina surtió efecto y sus párpados aletearon y se cerraron.

—Váyase a casa —indicó la enfermera—. Yo cuidaré de su esposa. Necesita descansar. Podrá visitarla esta tarde.

—No es mi esposa —repuso Andras—. Es una amiga. Le he dicho a su marido que me quedaría hasta que él volviera.

La enfermera arqueó una ceja, como si lo que Andras había dicho no fuera creíble, y volvió con la otra paciente.

Al otro lado de las ventanas el cielo seguía su lenta transición hacia el azul. El silencio de la sala pareció acentuarse mientras Andras miraba a Ilana, cuyo pecho subía y bajaba bajo la sábana. El fármaco la había encerrado en una cápsula transparente de sueño, como la princesa del cuento, Hófehérke —en francés debía de ser Blanche-Neige—, la princesa dormida en su ataúd de cristal en una colina, a la que cuidaban unos enanitos, los *törpék*. Recordó una vez más el poema de Marot que había arrancado del libro de Klara. *Puis que le feu loge secretement dedans la neige, où trouveray je place pour n'ardre point?* «¿Si el fuego habita secretamente en la nieve, cómo encontraré un lugar donde no arda?» Se alegraba de que Ben Yakov estuviera ausente cuando Ilana había hablado, se alegraba de que no hubiera visto cómo sus labios recuperaban el color al creer que era Tibor quien estaba junto a su cama.

Ben Yakov volvió cuarenta minutos después. Olía a hierba recién cortada y tenía húmeda la espalda de la camisa del pijama. Se quitó la gorra y se alisó el cabello.

—¿Cómo está?

—Bien —respondió Andras—. La enfermera le ha puesto una inyección de morfina.

—Vete a casa —dijo Ben Yakov—. Yo me quedaré con ella hasta que se despierte.

—Deberíamos irnos los dos. La enfermera dice que Ilana debe descansar. Regresaremos por la tarde.

Ben Yakov no protestó. Tocó la frente pálida de Ilana y salió con Andras de la sala. Caminaron en silencio hasta el Quartier Latin, con las manos en los bolsillos. Parecía una mañana especialmente cruel para perder un hijo, pensó Andras: de las jardineras de las ventanas y de los parterres de flores recién plantadas del parque emanaba un olor a abono mojado; las ramas de los castaños estaban repletas de hojitas húmedas. Acompañó a Ben Yakov hasta la puerta de su casa y se quedaron un momento en la acera.

—Eres un buen amigo —dijo Ben Yakov.

Andras se encogió de hombros y bajó la vista.

—No he hecho nada.

—Por supuesto que sí. Tú y Klara, los dos.

—Tú habrías hecho lo mismo por nosotros.

—No, soy un mal amigo —afirmó Ben Yakov—. Y peor marido.

—No digas eso.

—A las personas como yo no deberían permitirles casarse. —Incluso tras una noche en el hospital y una hora de sueño en un banco, seguía siendo elegante, con su rostro anguloso de estrella de cine. Torció la boca en una mueca de autodesprecio—. No la cuido —añadió—. Y, para ser sincero, le soy infiel.

Andras empujó el felpudo de la entrada con la punta del pie. No quería oír nada más. Quería darse la vuelta y caminar hasta la rue des Écoles, meterse

en la cama y dormir. Pero no podía fingir que no había oído lo que acababa de decir Ben Yakov.

—Infiel —repitió—. ¿Cuándo?

—Siempre. Cada vez que nos vemos. Es Lucia, por supuesto. De la facultad. —La voz de Ben Yakov era casi un susurro—. Nunca he tenido el valor de romper con ella. Incluso esta mañana ha venido; ha estado conmigo en el parque mientras tú hacías compañía a mi esposa. Estoy enamorado de ella, creo, o algo horrible por el estilo. Lo he estado desde que la conocí.

Andras se sintió indignado al pensar en la muchacha que yacía en la cama del hospital.

—Si estabas enamorado de ella, ¿por qué trajiste a Ilana?

—Pensé que ella me curaría —respondió Ben Yakov—. Cuando la conocí en Florencia, me hizo olvidar a Lucia. Me cautivó. Y, aunque me avergüenza decirlo, me excitó su inocencia. Creí que podía ser una persona diferente, y durante un tiempo lo fui. —Bajó la vista—. Me entusiasmaba la idea de casarme con ella. Sabía que no podía casarme con Lucia. Para empezar, no quiere casarse. Desea ser arquitecto y viajar por todo el mundo. Por otro lado, es negra. Mis padres…, bueno. No podría.

Andras pensó en el compañero de clase que había sido agredido en el cementerio, el muchacho de Costa de Marfil. Se suponía que esa clase de racismo correspondía al otro bando, pero no era así, por supuesto. ¿Acaso él mismo no había tenido miedo de hablar con Lucia debido a su raza y, al mismo tiempo, no se había sentido inexplicablemente excitado por ella? ¿Y si se hubiera enamorado de la joven? ¿Se habría casado con ella? ¿Se la habría presentado a sus padres? Puso una mano en el hombro de Ben Yakov.

—Lo siento —dijo—. En serio.

—Es culpa mía —afirmó Ben Yakov—. No debería haberme casado con Ilana.

—Debes dormir un poco —le aconsejó Andras—. Esta tarde tienes que volver a su lado.

Un destello de miedo apareció por un instante en los ojos de Ben Yakov. Andras reconoció la expresión; la había visto miles de veces en la cara de su hermano pequeño a la hora de acostarse, justo antes de que él apagara la vela. Era el pánico de un niño temeroso de quedarse solo en la oscuridad. Miles de veces Andras se había tumbado al lado de Mátyás y había oído su respiración hasta que se dormía. Pero él y Ben Yakov eran adultos; el consuelo que podían esperar el uno del otro era limitado. Ben Yakov le dio las gracias de nuevo y se volvió para abrir la puerta.

Lo segundo que ocurrió aquel mes —el segundo hecho lo bastante importante para desviar la atención de Andras de los titulares cada vez más desalentadores— fue que el concurso de arquitectura se acercaba a su final. Tras una semana de noches en vela durante las cuales experimentó náuseas, alucinaciones y el cosquilleo vertiginoso de la inspiración de última hora, él y Polaner estaban en el anfiteatro, lleno a rebosar, a la espera de defender su proyecto. El profesor Vago había invitado a monsieur Lemain a presidir el tribunal, compuesto por tres jueces. Los otros dos, cuya identidad se había mantenido en secreto hasta el día de la concesión del premio, resultaron ser ni más ni menos que Le Corbusier y Georges-Henri Pingusson. Le Corbusier apareció vestido como si acabara de salir de una obra; los pantalones salpicados de yeso y la camisa con manchas de sudor parecían un mudo reproche dirigido a Lemain, que lucía un impecable traje negro, y a Pingusson, ataviado con una chaqueta gris perla de raya diplomática. Perret, que presidía el acto, se había encerado las guías del bigote y se había puesto su capa militar más espectacular. Los jueces recorrieron la sala examinando las maquetas expuestas en las mesas y los planos clavados en paneles de corcho, y los estudiantes los siguieron como una respetuosa manada.

Enseguida quedaron de manifiesto las profundas diferencias de opinión entre Le Corbusier y Pingusson. Lo que uno decía, el otro lo calificaba de total disparate. En cierto momento Le Corbusier llegó a golpear con el lápiz el pecho de Pingusson, quien en respuesta se puso a gritar a pocos centímetros de la cara enrojecida de aquel. El motivo de discusión era un

par de cariátides parecidas a la diosa Diana que ornamentaban la entrada de un club deportivo femenino diseñado por dos alumnas de cuarto curso. Le Corbusier tachó de kitsch neoclásico a las cariátides, y Pingusson aseguró que le parecían muy elegantes.

—¡Elegantes! —exclamó Le Corbusier—. ¡Tal vez habría dicho lo mismo de la monstruosidad de Speer en la Exposición Universal! Allí había basura neoclásica para todos los gustos.

—Disculpe —replicó Pingusson—, ¿acaso propone que olvidemos por completo a griegos y romanos solo porque los nazis se han apropiado de ellos? Los han corrompido, mejor dicho.

—Todo debe verse en su contexto —afirmó Le Corbusier—. En el momento político actual, esta opción parece indefendible. Aunque quizá debamos dejárselo pasar a las señoritas, porque al fin y al cabo son solo mujeres. —Fueron estas tres últimas palabras las que recalcó con unos golpecitos en el pecho de Pingusson.

—¡Tonterías! —gritó este—. ¿Cómo se atreve a calificarme de machista? Al rechazar esta opción por considerarla kitsch, ¿no está usted renunciando categóricamente a la tradición del poder femenino en la mitología clásica?

—Un punto de vista interesante —terció Lemain—. Y ya que son ustedes tan progresistas, caballeros, ¿por qué no dejan que las mujeres defiendan su opción?

La alumna más alta, Marie-Laure, empezó a explicar en un francés claro y conciso que no se trataba de unas cariátides cualquiera; estaban inspiradas en Suzanne Lenglen, la campeona de tenis francesa recientemente fallecida. Defendió a continuación otros aspectos del diseño, pero Andras perdió el hilo. Él y Polaner serían los siguientes en ser evaluados, y estaba demasiado nervioso para concentrarse en nada más. A su lado, Polaner estrujaba un pañuelo convertido ya en una bola; al otro lado de Andras se hallaba Rosen, cuyo rostro denotaba indiferencia y vago interés. No tenía por qué preocuparse: él no participaba en el concurso. Había estado demasiado ocupado con las reuniones de la Liga Internacional contra el Antisemitismo, de la que recientemente había sido elegido secretario.

La evaluación del club deportivo femenino concluyó, demasiado pronto para el gusto de Andras, y los jueces pasaron al siguiente proyecto. Los estudiantes se agruparon detrás de ellos alrededor de la mesa donde se exponía la maqueta de Andras y Polaner.

—Presenten su proyecto, caballeros —indicó Perret con un gesto de la mano.

Polaner fue el primero en hablar. Tiró del dobladillo de la americana y, en su francés con acento polaco, empezó a explicar la necesidad de un club deportivo integrador, que fuera un símbolo de los principios fundamentales de la República. El diseño estaría orientado hacia el futuro; los materiales principales del edificio serían el hormigón armado, el cristal y el acero, con paneles de madera oscura sobre puertas y ventanas.

Cuando acabó su exposición miró a Andras, que debía hablar a continuación. Andras abrió la boca y descubrió que había olvidado por completo el francés. En su lugar solo había un vacío pasmoso, un libro desprovisto de texto.

—¿Qué sucede, joven? —preguntó Le Corbusier—. ¿No sabe hablar?

Andras, que llevaba tres días sin dormir, sufría un bloqueo temporal.

El tiempo discurría con la lentitud de una tortuga. Observó el pestañeo de Le Corbusier, que le pareció eterno, tras los cristales salpicados de yeso de sus gafas. Al fondo de la sala alguien tosió con estruendo.

Quizá no habría recuperado el habla si Pierre Vago, maestro de ceremonias, no hubiera acudido rápidamente al rescate. Era él quien le había enseñado la lengua que debía emplear ahora; conocía las palabras que podían tranquilizarlo.

—¿Por qué no empiezas por la *piste*? —preguntó. *Piste*: el circuito de carreras, *pálya* en húngaro.

Habían hablado de eso dos días atrás en el estudio: cómo se decía «pista de atletismo» en francés, y en qué se diferenciaba de «camino», «sendero» y

«vía». Andras podía hablar de la *piste*; era el elemento más insólito del diseño, producto de una inspiración de última hora.

— *La piste* —empezó— *est construite d'acier galvanisé*…

Y estaría suspendida del tejado del edificio, como un halo, por unos cables de acero sujetos a vigas reforzadas. Las palabras habían vuelto a él; habló, y Le Corbusier, Lemain y Pingusson le escucharon, tomando notas en sus libretas amarillas. De ese modo la *piste* podía ser más larga que si la albergara el edificio. El club deportivo se construiría a mayor altura que los edificios circundantes, y la pista quedaría por encima de sus azoteas. El tejado del edificio era también el de la piscina; Andras se inclinó sobre la maqueta y demostró cómo podía retirarse en los meses de buen tiempo. Ambos elementos del diseño, la *piste* exterior y el tejado replegable, reflejaban los principios de integración y libertad del club deportivo.

Cuando terminó, hubo murmullos en la sala. Andras miró agradecido al profesor Vago, que se negó a reconocer que lo había ayudado. Entonces empezaron las preguntas de los jueces: ¿cómo se impediría que la pista suspendida rebotara con el peso de los corredores? ¿Qué sucedería cuando hiciera viento? ¿Con qué rapidez podía cubrirse la piscina en caso de tormenta? ¿Cómo pensaban solucionar el problema que entrañaba instalar un sistema hidráulico en el espacio abierto de la piscina?

Ahora las palabras le salían a Andras con más rapidez. Eran problemas de los que él y Polaner habían hablado y discutido durante horas en el estudio por las noches. Los cables de sujeción estarían envueltos en bandas finas de acero para dotarlos de rigidez sin eliminar por completo su elasticidad; cierto grado de elasticidad amortiguaría las pisadas de los corredores. La pista estaría asegurada al edificio con puntales de apoyo para impedir el balanceo. Y el sistema hidráulico quedaría oculto dentro de un recinto parecido a un armario. Después de responder a todas las preguntas, tuvo la impresión de que Pingusson, Lemain y Le Corbusier tardaban horas en inspeccionar los materiales y tomar sus notas. Hasta Perret insistió en mirarlo con mayor detenimiento, murmurando para sí mientras examinaba la sección transversal de una pared exterior.

—¿Y usted quién es, señor Lévi? —preguntó por fin Le Corbusier, al tiempo que se colocaba el lápiz detrás de la oreja.

—Soy húngaro, de Konyár —respondió Andras.

—Ah. Usted es el joven al que descubrieron en la exposición de arte.

Tengo entendido que le admitieron en la escuela gracias a unos grabados en linóleo.

—Sí —confirmó Andras, y se aclaró la garganta, cohibido.

—¿Y usted, señor Polaner? —preguntó Pingusson—. ¿De Cracovia?

Me han dicho que le atrae la ingeniería.

—Así es —contestó Polaner.

—Bien, creo que el diseño es soberbio, pero poco práctico —opinó Le Corbusier—. El problema es el emplazamiento. No lograrán jamás que los parisinos cuelguen una pista de atletismo del exterior de un edificio. Se parece un poco a eso que llevaban las damas debajo del vestido en el siglo dieciocho. Aquellos como se llamen. Una martingala, un nosequé.

—Más bien parece un sombrero extravagante —apuntó Pingusson—. En cualquier caso, es una forma increíblemente ingeniosa de utilizar el espacio urbano.

—Más bien extravagante —dijo Lemain—. No obstante, el edificio está bien diseñado. Y la ornamentación en madera es un elemento interesante. Recuerda al parquet del gimnasio.

Entonces los jueces se dirigieron al siguiente conjunto de diseños. Se había acabado. Andras y Polaner intercambiaron una mirada de cansancio y satisfacción: su proyecto, aunque fuera imperfecto, al menos había merecido elogios. Mientras los demás alumnos pasaban a su lado, Rosen cogió a ambos por el hombro y les estampó un beso en la mejilla.

—Enhorabuena, chicos —dijo—. Habéis creado el primer nosequé arquitectónico de todos los tiempos. Si no estuviera tan arruinado, os invitaría a una copa.

A la mañana siguiente, cuando Andras cruzó las puertas azules del patio, fue recibido con vítores. En el patio los estudiantes aplaudieron y corearon su nombre. En una silla de madera astillada colocada en un rincón, estaba sentado Polaner en loor de multitudes: rodeado de alumnos y con una medalla de oro colgada del cuello. Alguien le había echado una bandera tricolor sobre los hombros. Un fotógrafo inclinado hacia una cámara sacaba fotos. Cuando Rosen oyó la nueva ronda de vítores, corrió hacia Andras y lo tomó del brazo.

—¿Dónde estabas? —preguntó—. ¡Todo el mundo te estaba esperando! Has ganado, tonto. Tú y tu adorable compañero. Habéis ganado el Grand Prix. Vuestra medalla está expuesta en el anfiteatro.

Andras corrió al anfiteatro, donde comprobó que era cierto: sobre su Club Deportivo Saint-Germain había un certificado con un sello dorado, y al lado, una cinta tricolor con una medalla. En el certificado constaban las firmas de los jueces: Le Corbusier, Lemain y Pingusson. Se quedó un buen rato allí solo, intentando asimilarlo; cogió la medalla y le dio la vuelta en la mano. Era pesada y brillante, con un retrato de Émile Trélat en bajorrelieve. «Grand Prix du Amphithéâtre», decía; al dorso estaban grabados los nombres de Andras y Polaner, y el año, 1939. Se puso la cinta tricolor y notó cómo el peso de la medalla la tensaba sobre su cuello. Necesitaba ver a Polaner y al profesor Vago.

—Lévi —dijo alguien, y él se volvió.

Eran dos alumnos de tercero que habían participado en el concurso.

Andras los había visto en la École Spéciale, pero no los conocía; ninguno de los dos había estado en su grupo de estudio ni entre sus mentores de tercer curso. El alto con el cabello oscuro se llamaba Frédéric algo; el del torso ancho con las gafas de montura de concha se hacía llamar Noirlac. El alto cogió la medalla de Andras y le dio un tirón.

—Bonita baratija —dijo—. Es una vergüenza que hayas tenido que hacer trampas para ganarla.

—¿Cómo dices? —preguntó Andras. No estaba seguro de haber entendido el francés del hombre.

—He dicho que es una vergüenza que hayas tenido que hacer trampas para ganarla.

Andras miró a Frédéric con los ojos entornados.

—¿De qué va esto?

—Todos sabemos que os la han concedido por lástima —afirmó el tal Noirlac—. Les daba pena tu amiguito, ese al que sodomizaron y apalearon.

No bastaba con que Lemarque se hubiera ahorcado por eso. Tenían que hacer una declaración pública.

—Todos sabemos que trabajas para Lemain —añadió el otro—. Y no creas que no estamos enterados de lo de Pingusson y la asignación económica. Sabemos que estaba amañado. Vamos, reconócelo. Jamás habríais ganado con un engendro como este sin haber tenido un padrino.

Del patio llegó un rumor de vítores. Andras solo distinguió la voz de Rosen, que estaba pronunciando un discurso laudatorio.

—Si le hacéis algo a Polaner, os mato —dijo Andras—. A ambos.

El alto se rió.

—¿Defendiendo a tu amante?

—¿Qué sucede, caballeros? —Era Vago, que acababa de entrar en el anfiteatro con un fajo de planos bajo el brazo—. Están felicitando al ganador, imagino.

—Por supuesto —repuso Frédéric, e hizo ademán de estrechar la mano de Andras, que de inmediato la apartó.

Vago reparó en la expresión de Andras y en las sonrisas burlonas de los dos alumnos de tercero.

—Me gustaría hablar con monsieur Lévi —dijo.

—Por supuesto, profesor —dijo Noirlac, e inclinó la cabeza ante Vago.

Cogió a su amigo del brazo y se dirigieron hacia la puerta del anfiteatro, donde se volvieron para despedirse de Andras con la mano.

—Canallas —dijo Andras.

Vago puso los brazos en jarras y suspiró.

—Conozco a esos dos—dijo—. Los mataría yo mismo si supiera que no iba a perder mi empleo.

—Por favor, dígamelo. ¿Es cierto? ¿Nos han concedido el premio para mandar un mensaje?

—¿Qué mensaje?

—Sobre Polaner.

—Por supuesto —dijo Vago—. El mensaje de que es un diseñador y un dibujante excelente. Como tú. La entrada del edificio no es perfecta, claro que no, pero era con diferencia el proyecto más innovador y mejor desarrollado de los presentados al concurso. La decisión fue unánime. Por una vez todos los jueces estuvieron de acuerdo. Pingusson fue vuestro mayor defensor. Dijo que todo el dinero invertido en ti merecía la pena. De hecho, prometió aumentar la asignación para tu educación. Quiere que puedas dedicar más tiempo al estudio.

—Pero el diseño —dijo Andras deslizando un dedo por la pista colgante— es absurdo, ¿no? Le Corbusier tenía razón al afirmar que nunca podría construirse algo así.

—En París puede que no —respuso Vago—, y tampoco en los próximos diez años, pero Le Corbusier ha estado tomando notas y realizando esbozos

para un proyecto en la India, y dice que le gustaría intercambiar ideas contigo y con Polaner.

Andras lo miró con expresión incrédula.

—¿Quiere intercambiar ideas con nosotros?

—¿Por qué no? A menudo las mejores ideas surgen en las aulas. Al fin y al cabo, vosotros no os habéis pasado años tratando con comisiones de urbanismo, juntas de distrito y asociaciones de vecinos. Es más probable que imaginéis algo imposible, que es como se conciben los edificios más interesantes.

Andras dio la vuelta a la medalla. Todavía recordaba los insultos de los alumnos de tercero, todavía le palpitaban las sienes por el exceso de adrenalina.

—Siempre habrá envidiosos que querrán hundirte —añadió Vago—.

Es la condición humana.

—Pues sí que estamos bien —dijo Andras.

—En efecto. No tenemos remedio. Algún día nos destruiremos. Pero mientras tanto necesitamos guarecernos, de modo que los arquitectos debemos seguir trabajando.

En aquel momento Rosen apareció en la puerta del anfiteatro.

—¿Qué pasa? —preguntó—. El fotógrafo está esperando.

Vago puso una mano en el hombro de Andras y lo acompañó al patio, donde se había formado un grupo en un rincón. Los jueces habían acudido para fotografiarse con los premiados. Polaner estaba de pie entre Le Corbusier y Pingusson, con una expresión solemne en su pálido rostro infantil; Lemain se hallaba al lado, orgulloso y serio. El fotógrafo situó a Andras junto a Le Corbusier, y a Vago al otro lado. Andras se colocó bien la medalla colgada al cuello e irguió los hombros. Mientras miraba hacia el objetivo de la cámara, todavía intentando sacudirse de encima la rabia, vio que Noirlac y

Frédéric lo observaban, con los brazos cruzados, recordándole lo que parecía ser una de las certezas absolutas de su vida: que todo momento de felicidad contiene una reminiscencia de amargura o tragedia. Y este sería el motivo por el que, aunque aquella fuera la única fotografía suya en la École Spéciale, nunca la colgaría de la pared. Cuando la mirara solo vería su propia rabia y a quienes la habían causado observándolo entre la multitud.

Aquel verano, el tema de conversación fue el destino de la ciudad libre de Danzig. Los periódicos informaban de que Alemania estaba introduciendo clandestinamente armamento y tropas por la frontera; se afirmaba que oficiales del Reich estaban entrenando a lugareños nazis en maniobras de guerra. Mientras Gran Bretaña y Francia no acababan de decidirse a firmar un acuerdo de ayuda militar con Rusia, la radio se hacía eco de los rumores que anunciaban una mayor cooperación entre Berlín y Moscú. A primeros de julio Chamberlain prometió a Polonia la ayuda de Gran Bretaña si Danzig se veía amenazada, y el 14 de Julio los Campos Elíseos estaban llenos de tanques franceses y británicos, coches blindados y artillería. Dos días después apareció misteriosamente la bandera polaca ondeando sobre las oficinas del Reich en Breslau. No era fácil imaginar cómo se había realizado tal acto de desafío; el edificio estaba repleto de guardias. Polaner, que aquel verano había recibido de sus padres un sinfín de cartas inquietantes, estaba desesperado por tener alguna buena noticia y aquella, por pequeña que fuera, lo animó a proponer que fueran todos a la Paloma Azul y le permitieran invitar. Era una tarde calurosa de julio y las calles estaban llenas de basura de la celebración de la fiesta nacional; las aceras estaban inundadas de bolsas grasientas, botellas de cerveza vacías y banderitas francesas y británicas. Cuando llegaron a la Paloma Azul encontraron a Ben Yakov sentado a una mesa con una botella de whisky delante. En su rostro había una expresión de resignación serena inducida por el alcohol.

—Buenas tardes, chicos —dijo—. Tomad una copa conmigo.

—Hoy invito yo —anunció Polaner—. ¿Te has enterado de lo de la bandera polaca?

—He oído decir que van a sustituirla —contestó Ben Yakov—, que se han decidido por algo blanco y negro con un fondo rojo. Bastante feo, a mi

parecer. —Vació la copa de un trago y volvió a llenarla—. Felicitadme, chicos. He quedado con el rabino.

Nunca habían visto a Ben Yakov borracho en público. Su atractiva boca parecía desdibujada en las comisuras, como si alguien hubiera intentado borrarla.

—¿Has quedado con el rabino? —preguntó Rosen—. ¿Por qué íbamos a felicitarte por eso?

—Porque después seré un hombre libre. Me van a conceder el divorcio.

—¿Qué?

—Un divorcio judío a la antigua. Puedo hacerlo porque tengo un certificado médico que dice que Ilana es estéril. Eso significa que podemos divorciarnos. Caballeroso, ¿no? Como no puede tener hijos, se me permite repudiarla. —Se inclinó hacia su copa y se frotó los ojos—. ¿No vais a tomar nada?

Andras ya estaba al corriente. Desde hacía un mes Ilana vivía de nuevo bajo el techo de Klara, que compartía con ella su cama. Klara se había ofrecido a cuidarla mientras se recuperaba; Ilana había ido a la rue de Sévigné al salir del hospital y no había regresado a casa. Le dijo a Klara que era desgraciada; había comprendido que Ben Yakov no la amaba, al menos no como antes. Comprendía que él se sentía atado por aquel matrimonio. Hacía tiempo que sospechaba que veía a otra. Cuando Ben Yakov la visitaba en casa de Klara, se sentaban en el salón y apenas cruzaban una palabra. ¿Qué podían decir? A menudo la joven era presa de una pena inconsolable por la pérdida del bebé, un dolor que Ben Yakov, para su sorpresa, compartía; él también sufría, según Klara, por la pérdida de una determinada idea de sí mismo. Y después estaba la pregunta sin respuesta de qué sería de Ilana. Tras su recuperación había una página en blanco. Ya nada la retenía en París, pero ignoraba cómo la recibirían sus padres si volvía a casa. No habían respondido a sus cartas.

Andras no había mencionado la situación de Ilana en sus cartas a Tibor. No quería preocupar a su hermano, y tampoco alimentar sus esperanzas. Una

semana antes Ben Yakov e Ilana se habían visto en casa de Klara para hablar de cómo podían poner fin a su matrimonio. Ilana explicó a Ben Yakov que les concederían el divorcio si el médico aseguraba que ya no podía tener hijos. No estaba claro que eso fuera cierto, pero podían convencer al médico de que lo certificara. Ben Yakov aceptó intentarlo. Una vez tomada la decisión, los dos experimentaron cierto alivio. La salud de Ilana mejoró y Ben Yakov volvió al estudio para compensar el trabajo que no había realizado en primavera. Sin embargo, ahora que se acercaba la primera entrevista con el rabino, Ben Yakov se había desmoronado. La posibilidad del divorcio pronto sería una realidad, una confirmación del desastre en que había convertido la vida de Ilana y la suya propia.

Mientras los cuatro bebían, Ben Yakov se sinceró. No solo su matrimonio con Ilana se había ido a pique, sino que además la hermosa Lucia, cansada de esperar, también le había dejado. Estaba pasando el verano bajo la tutela de un gran arquitecto de Nueva York, y corrían rumores de que este se había enamorado de ella y la joven abandonaría la École Spéciale para entrar en una escuela de diseño de Rhode Island. Los rumores habían llegado a través de una serie de amigos comunes. Lucia ni siquiera había escrito a Ben Yakov desde su marcha de París.

Al final de la velada salieron de la Paloma Azul y Andras se ofreció a acompañar a Ben Yakov a casa. En la puerta, Ben Yakov tardó un rato en dar con la llave y, mientras la buscaba, estuvo a punto de echarse a llorar. Al final la encontró en el bolsillo de la camisa y Andras lo ayudó a subir. El piso estaba tal cual Andras lo imaginaba: como si la persona responsable de hacerlo habitable se hubiera marchado semanas atrás. El fregadero estaba lleno a rebosar de platos, los geranios del alféizar de la ventana se habían muerto, había periódicos y libros tirados por todas partes, y sobre la cama deshecha había restos de cruasanes y montones de ropa sucia. Andras sentó a Ben Yakov en una silla, retiró las sábanas de la cama y puso otras limpias. Luego ayudó al amigo a quitarse la camisa manchada. Fue lo máximo que pudo hacer: aquel lugar lo entristecía y desanimaba. Lo peor era la mesita con las tazas vacías y las migas de pan: Andras reconoció el mantel con un ribete de nomeolvides bordados, regalo de boda de Klara para la novia.

Ben Yakov se metió en la cama y apagó la luz, y Andras se dirigió a tientas hacia la puerta. El cerrojo antiguo lo confundió. Se inclinó y palpó un pasador oxidado.

—Lévi —dijo Ben Yakov—, ¿sigues ahí?

—Sí —respondió Andras.

—Oye, escribe a tu hermano.

Andras se detuvo, con la mano en el pomo.

—No soy imbécil —añadió Ben Yakov—. Sé lo que pasó entre ellos. Sé lo que pasó en el tren.

—¿A qué te refieres? —preguntó Andras.

—Venga, no intentes protegerme o lo que sea que estés haciendo. Es ofensivo.

—¿Cómo sabes qué sucedió en el tren?

—Lo sé. Me di cuenta de que pasaba algo en cuanto llegaron. Y ella me lo confesó una noche en que peleamos. Pero ya era evidente. Lo intentó, intentó olvidarlo. Es una buena chica. Pero se enamoró de él. Es así. Yo no soy como él, Andras, tú deberías saberlo. —Se interrumpió—. Oh, Dios… —Sacó el orinal de debajo de la cama y vomitó. Fue dando tumbos al baño del rellano y volvió secándose la cara con una toalla—. Escríbele —repitió —. Dile que venga a verla. Pero no me cuentes nada, ¿entendido? No quiero saberlo. Y prefiero no verte durante una temporada. Lo siento, en serio. Sé que no es culpa tuya. —Se metió en la cama y se volvió de cara a la pared—. Vete a casa, Lévi. —La almohada amortiguaba el sonido de su voz—. Gracias por cuidarme. Yo habría hecho lo mismo por ti.

—Sí, lo sé —dijo Andras.

Volvió a toquetear el impertinente pestillo y esta vez la puerta se abrió. Andras se fue a la rue des Écoles, cogió una libreta y escribió una carta a su hermano.

OceanofPDF.com

24

El «Île-de-France»

La fuga de Elisabet no fue en sentido estricto una fuga. Cuando sucedió, Klara ya hacía meses que estaba al tanto de su partida. Paul Camden iba a almorzar prácticamente todos los domingos para ganarse su confianza y su favor. Con su lento francés lleno de vocales alargadas, hablaba a Klara de la casa de su familia en Connecticut, donde su madre criaba y entrenaba caballos de exhibición; del trabajo de su padre como vicepresidente de una empresa del sector energético en Nueva York; de sus hermanas, que estudiaban en Radcliffe y estarían encantadas con Elisabet. Sin embargo, el problema seguía siendo qué opinarían el *père* y la *mère* Camden de que el joven regresara a casa con una judía sin dinero e hija de padre desconocido. La mejor solución, pensaba Paul, era que la boda se celebrara antes de que se marcharan a Nueva York. Sería más fácil viajar como marido y mujer; una vez en Estados Unidos, el *fait accompli* de su boda no dejaría opción a sus padres, por más que protestaran. Paul creía que recibirían bien a Elisabet en cuanto la conocieran. Klara, por su parte, suplicaba que esperaran a llegar a Estados Unidos para contraer matrimonio, de modo que Paul pudiera hablar con sus padres y tuviera la oportunidad de convencerlos. Si se casaba con Elisabet sin consultarles, estaba segura de que lo desheredarían. En previsión de tal posibilidad, Paul había empezado a ahorrar la mitad de la asombrosa suma que el contable de su padre le enviaba todos los meses. Se mudó a un piso más pequeño y empezó a comer en un comedor para estudiantes, en lugar de pedir que le mandaran la comida de un restaurante. Dejó de comprarse ropa y adquiría libros de segunda mano para las clases. Había aprendido estas economías de Andras, que le había encontrado profundamente ignorante de los principios más básicos de la frugalidad. No sabía que se podía comprar pan del día anterior, por ejemplo, y nunca se había limpiado él mismo los zapatos ni lavado las camisas. Se quedó pasmado al enterarse de que se podía volver a dar forma a un sombrero en lugar de comprar uno nuevo.

—Entonces todos sabrán que es tu sombrero viejo —protestó, y repitió las dos últimas palabras en inglés—: *old hat*. En Estados Unidos es peyorativo.

Se dice cuando algo es previsible o trillado.

—Solo tienes que cambiarle la cinta —explicó Andras—. Nadie sabrá que es tu *ohld het*. Si crees que la gente está tan pendiente de lo que llevas puesto, te equivocas.

Paul rió.

—Supongo que tienes razón, amigo —dijo, y pidió a Andras que le mostrara la tienda donde arreglaban sombreros.

Los domingos que Paul almorzaba con ellos, a menudo Andras veía que Klara permanecía en silencio y se limitaba a observar. Sabía que estaba observando al pretendiente de su hija, evaluándolo, fijándose en cómo trataba a Elisabet, en cómo respondía a las preguntas de Andras sobre su trabajo, en cómo hablaba a la señora Apfel cuando esta servía el *káposzta*. Pero también observaba a Elisabet. En este caso su observación tenía algo de apremiante, como si debiera grabar en su memoria todos los matices de la existencia de su hija. Parecía muy consciente de que aquellos eran los últimos días que Elisabet viviría bajo su mismo techo. Klara no podía hacer nada para impedirlo; desde hacía años Elisabet se preparaba para marcharse, y ahora se iría para siempre: cruzaría el océano, recién casada con un hombre no judío cuyos padres tal vez no la aceptaran. Para empeorar el asunto, a la misma mesa se sentaba Ilana di Sabato, recién divorciada: la prueba de que el matrimonio de dos personas muy jóvenes podía salir mal. Ilana, sola y desesperanzada, apenas probaba la comida; al casarse con Ben Yakov se había cortado su hermosa trenza morena, y ahora llevaba el cabello pegado tristemente a la cabeza como aquellos gorros ceñidos que habían estado de moda hacía diez años. *Old hat*, pensaba Andras. Daba lástima verla así. Él no había recibido todavía respuesta a su carta, y no quería hablarle de Tibor hasta tener noticias de él.

Elisabet partiría a principios de agosto, y había que preparar muchas cosas para el viaje. Su ropa era de colegiala; tenía que reunir un guardarropa de mujer casada. Paul insistió en colaborar y regaló a Elisabet artículos carísimos que siempre había considerado imprescindibles: un traje de tenis de lino con un par de zapatillas de suela de goma; un collar de perlas con cierre de platino; un juego de maletas de piel beige con las iniciales

grabadas en oro. Cada compra acababa con los ahorros que había reunido poniendo en práctica las pequeñas economías que Andras le había enseñado. Al final Klara propuso, con el mayor tacto posible, que Paul le consultara antes de gastar el dinero. Elisabet necesitaba ropa interior de algodón, camisones y zapatos de calle. Tenía que ponerse un empaste. Quería cortarse el cabello en un estilo más moderno. Todo eso costaba dinero y llevaba tiempo. Cuando Andras se marchaba por la noche, Klara sacaba siempre el cesto de la costura, y él se la imaginaba como una especie de Penélope por poderes, deshaciendo al final de la jornada el trabajo que había realizado a fin de que Elisabet no se casara. Le explicó que la aterraba pensar que Elisabet iba a cruzar el océano cuando Europa estaba al borde de la guerra. No era infrecuente que se torpedearan barcos de pasajeros. ¿No podía esperar Elisabet al menos unos meses, hasta que se calmara la situación en Polonia y se hubieran resuelto los problemas que entrañaba el Acuerdo de Asistencia Mutua anglo-francés con Rusia? ¿De verdad tenían que zarpar Paul y Elisabet en agosto, ese mes en el que tradicionalmente empezaban las guerras? Sin embargo, Elisabet había insistido en que si esperaba Francia tal vez acabara entrando en guerra y entonces el viaje sería imposible. El tema había dado pie a discusiones que habían llevado a Klara y a Elisabet al borde de una crisis. Andras tenía la sensación de que esta era la última gran oportunidad que ambas tenían de demostrarse cuánto se querían de la forma que más habían practicado: mediante una pelea en la que ninguna de las dos partes cedería ni podía ganar, un conflicto cuyo tema no era aquel del que se discutía, sino la complicada naturaleza de la relación entre madre e hija.

Durante aquellas semanas, en las pocas noches que pasó en la buhardilla de Andras, Klara le hizo el amor con una pasión que no parecía tener nada que ver con él. Andras nunca habría imaginado que podría sentirse tan solo entre sus brazos; quería que su mirada perdida se fijara en él. En una ocasión la obligó a detenerse y le dijo: «Mírame». Klara se apartó y se echó a llorar. Después se disculpó y él la abrazó, incapaz de reprimir el deseo egoísta de que aquella situación terminara pronto. La otra cara de la partida de Elisabet era el cumplimiento de la promesa que ambos habían hecho en otoño: ellos también se casarían y vivirían por fin juntos. En su aflicción por la pérdida de su hija, Klara había dejado de hablar de lo que harían cuando Elisabet se marchara.

21 de julio de 1939

Módena

Querido Andras:

Me apena mucho, muchísimo, saber que el matrimonio de Ilana y Ben Yakov ha terminado de una forma tan triste. Me aflige pensar en el papel que puedo haber tenido en su infelicidad. Si el arrepentimiento pudiera enmendar ese error, estaría enmendado hace tiempo.

Cuando recibí tu carta, pensé que no debía ir a París. ¿Cómo podía ver a Ilana, me preguntaba, sabiendo el mal que le había causado? El amor se obstina en manifestarse; nos dice que es bueno por la sencilla razón de que es amor. Sin embargo, somos seres humanos y debemos decidir lo que está bien. Mis sentimientos hacia Ilana eran tan intensos que no fui capaz de dominarlos. No merezco una segunda oportunidad de demostrar que soy su amigo; menos aún de defender mi posición como enamorado.

Aun así, Andráska —y quizá me considerarás un sinvergüenza por decirlo —, sé que mis sentimientos hacia ella no han cambiado. ¡No imaginas cómo se me aceleró el pulso al saber que había preguntado por mí!

¡Cómo me conmovió saber que había hablado de mí con ternura! Me conoces demasiado bien para haber mencionado esas cosas a la ligera; sin duda eras consciente de lo que significarían para mí.

Así pues, al final he decidido ir a París. Estoy avergonzado, pero iré.

Al menos no tendrás nunca motivos para dudar de mi constancia; tampoco los tendrá Ilana, espero. Cuando recibas esta carta ya habré llegado a París. Tomaré una habitación en el hotel Saint-Jacques, donde podrás encontrarme el viernes.

Con cariño,

TIBOR

Andras leyó la carta de su hermano el sábado por la mañana. Había pasado la noche en el despacho de arquitectura, ayudando a Lemain a terminar una serie de dibujos para un cliente. La carta de Tibor estaba sobre la mesa de la portería, junto a una nota de su puño y letra: «Andras: He pasado a verte esta mañana. He esperado hasta las 9. ¡No aguantaba más! Debo verla. Ve a casa de Klara. T.».

Llamó a la portería. Tras un largo silencio oyó unas palabrotas ininteligibles en francés y pasos que se acercaban. Salió la portera con un delantal manchado, unos guantes de trabajo sucios de hollín y una franja de grasa en la frente.

—¡Vaya! —exclamó—. Ha venido una visita a una hora intempestiva armando un gran alboroto. Y menuda sorpresa: era un pariente suyo.

—¿Cuándo se ha marchado mi hermano?

—No hará ni tres minutos. Estaba limpiando el horno, como puede ver.

—¡Tres minutos!

—No hace falta que grite, joven.

—Disculpe —dijo Andras.

Se guardó la nota en el bolsillo y salió corriendo a la calle. Dio un portazo y oyó a la portera blasfemar. Se dirigió a la carrera hacia el Marais. Era una mañana soleada y cálida; las calles ya estaban llenas de turistas con las cámaras, familias que habían salido a pasear, enamorados cogidos del brazo. En el puente Louis-Philippe, vislumbró el sombrero de su hermano entre el gentío. Lo llamó a voz en gritó y Tibor se volvió.

Se encontraron en el centro del puente. Tibor parecía haber adelgazado desde la última vez que se habían visto; los ángulos de sus pómulos eran más pronunciados, las ojeras, más oscuras. Cuando se abrazaron, parecía hecho de una sustancia más ligera que la carne.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Andras mirándolo atentamente.

—No he dormido desde que recibí tu carta.

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche. Fui a tu casa, pero no estabas.

—He estado trabajando toda la noche. Acabo de leer tu nota.

—Entonces, ¿no has hablado con ella? ¿No sabe que estoy en París?

—No. Ni siquiera sabe que te escribí.

—¿Cómo está, Andras?

—Igual que antes. Muy triste. Pero creo que pronto dejará de estarlo.

Tibor sonrió a su hermano con cara de desconcierto.

—Si estás tan seguro de que se alegrará de verme, ¿por qué has corrido tras de mí?

—¡Supongo que porque quería verte primero! —exclamó Andras, y se echó a reír.

—¿Y bien? —Tibor abrió los brazos.

—Espantoso, como siempre. ¿Y yo?

—Los cordones de los zapatos desatados. Manchas de tinta en la camisa. Y no te has afeitado.

—Perfecto. Vamos, pues. —Cogió a Tibor del brazo y tiró de él hacia la rue de Sévigné. Pero su hermano no se movió. Apoyó una mano en la baranda del puente y miró hacia el Sena.

—No sé si seré capaz —dijo—. Estoy muy asustado.

—Es normal —afirmó Andras—. Pero ahora estás aquí y debes ir adelante. —Ladeó la cabeza hacia el Marais—. Vamos.

Echaron a andar, ambos un poco aturdidos por la falta de sueño; por el camino Tibor compró un ramo de peonías en una floristería. Al llegar a la esquina de la casa de Klara, Andras se había contagiado de los temores de su hermano. Le preocupaba no haber anunciado su visita. Miró por las ventanas la quietud del estudio, todavía vacío antes de la primera clase, y lamentó tener que irrumpir en casa de las Morgenstern, perturbar la tranquilidad de una mañana de sábado.

Pero allí reinaba el caos. La puerta se abrió al empujarla Andras; los sonidos procedentes del primer piso hacían pensar en un desastre: la voz de Klara presa del pánico, los gritos de la señora Apfel. Por un instante Andras pensó que habían llegado tarde: desesperada, Ilana di Sabato se había quitado la vida y Klara acababa de descubrir el cadáver. Puso la mano en la barandilla y corrió escaleras arriba, seguido por Tibor.

No vieron a Ilana. Fue la señora Apfel quien los recibió en el rellano.

—¡Se ha ido! —exclamó—. La muy desvergonzada se ha fugado.

—¿Quién? —preguntó Andras—. ¿Qué ha pasado?

—¡Se ha marchado a América con su monsieur Camden! Ha dejado una nota a su madre. Estrangularía a esa niñata. ¡Le retorcería el pescuezo!

Se oyó el estruendo de algo pesado y rígido que caía al suelo. Andras fue a la habitación de Klara y vio que acababa de bajar una maleta de lo alto de un armario. La arrojó sobre la cama sin hacer, la abrió de golpe y de una bolsa de papel marrón sacó el guardapolvo que se ponía para con ducir.

—¿Qué haces? —preguntó Andras.

Ella lo miró. Sus adorables rasgos estaban estragados por la angustia.

—Voy a ir tras ella —respondió, y le puso una nota en las manos.

Con su letra redonda e infantil, Elisabet explicaba que debía irse, que no podía esperar más, que temía que la situación en Polonia empujara a Francia a entrar en guerra antes de que ella y Paul pudieran zarpar. Se habían marchado de París en tren aquella mañana; partirían hacia Nueva York al día siguiente en el vapor *Île-de-France*, cuyo capitán los casaría a bordo. Se disculpaba, y tras unas palabras borrosas lo siguiente que Andras pudo leer fue «será más fácil para todos si yo»; después otra línea ilegible. «Escribiré en cuanto llegue —acababa la nota—. Gracias por el ajuar y todo lo demás. Besos y cariño.»

—¿Cuándo la has encontrado?

—Esta mañana. Se ha llevado todas sus cosas.

—¿Te propones alcanzarla?

—Puedo seguirla hasta Le Havre. Si vamos en coche llegaremos esta tarde.

Andras suspiró. Sería difícil romper el vínculo que unía a Klara y Elisabet; entendía por qué esta había querido cortar por lo sano. No obstante, se enfureció al imaginarla sacando sus cosas sigilosamente por la noche, todas esas cajas de ropa y sábanas que Klara había reunido para ella.

—¿Has alquilado un coche? —preguntó.

—La señora Apfel se ha encargado de eso. Llegará en cualquier momento.

—Klara…

—Sí, lo sé. —Klara se sentó en la cama, con el guardapolvo sobre las rodillas—. Ya es mayor. Se marchará de todos modos. Debo dejarla partir y hacer lo que desea.

—¿Intentarás detenerla? ¿Crees que puedes convencerla de que no se vaya?

—No —contestó Klara tras suspirar—. Pero, ya que está decidida a marcharse, me gustaría verla partir. Quiero despedirme de mi hija.

Andras lo comprendía, por supuesto. La guerra de independencia de Elisabet había acabado; lo que Klara quería ahora era que ambas negociaran la paz en persona, no separadas por el Atlántico. Y si quedaba un resto de beligerancia en su capitulación, Andras también lo entendía; llevaba años librando esa batalla y no era tan fácil abandonar una costumbre.

—Te acompañaré —dijo—. A menos que prefieras que no vaya.

—Quiero que vengas. Ven, por favor.

—Antes debo decirte algo, Klara. Tibor está aquí —anunció Andras.

—¿Tibor? ¿Tu hermano está aquí?

—Sí. Aquí, en tu casa.

—¡No me habías dicho que te había escrito!

—He recibido la carta esta misma mañana.

—Ilana —dijo Klara, y salieron al pasillo para darle la noticia.

Pero Ilana y Tibor ya estaban juntos, sentados en el sofá del salón; ella, con una expresión de alegría e incredulidad, él, de alivio y agotamiento. No les entristeció saber que Andras y Klara se iban a Le Havre y ellos tendrían que pasar el día solos.

—Llamadnos cuando lleguéis a Le Havre —pidió Tibor— para decirnos si la habéis encontrado.

Se oyeron dos bocinazos en la calle. La agencia de alquiler acababa de entregar el coche y debían marcharse. La señora Apfel les dio una cesta con cosas que había preparado para el viaje. Minutos después se hallaban en camino, circulando por las calles de París, Andras con los puños apretados, Klara con expresión seria y decidida al volante. Cuando salieron de la ciudad, la frente de Klara se había alisado; la luz matinal inundaba los ondulantes campos de lavanda, el olor de la gasolina suponía un contrapunto estimulante a aquella dulzura. No hablaban debido al ruido del

viento y el motor, pero cuando llegaron a una recta larga ella le tomó la mano.

Los planes de Paul y Elisabet no eran secretos. Se alojaban en el hotel que habían elegido un mes antes, cuando decidieron embarcar en Le Havre. Andras y Klara entraron en el vestíbulo blanco de techo alto y preguntaron en recepción. Les pidieron que esperaran y después les indicaron que siguieran a un botones. La pareja estaba sentada en una galería con vistas al puerto, donde se distinguía el transatlántico *Île-de-France* con sus chimeneas granates ribeteadas de negro. Klara corrió por la galería, llamando a Elisabet, que se levantó de la silla con una expresión de sorpresa y alivio. Andras no la había visto nunca tan feliz de ver a su madre. Y entonces hizo algo increíble: se arrojó a los brazos de Klara y se echó a llorar.

—¡Perdóname! —exclamó entre sollozos—. ¡No debería haberme ido de ese modo! ¡Es que no sabía qué hacer! —Y siguió llorando con la cabeza apoyada en el hombro de su madre.

Paul observaba la escena con evidente turbación. Saludó tímidamente a Andras con una inclinación de la cabeza y pidió bebidas para todos.

—¿En qué pensabas? —preguntó Klara cuando se sentaron los cuatro, mientras acariciaba la cara de Elisabet—. ¿No querías ni concederme siquiera el consuelo de una despedida? ¿Creías que iba a encerrarte en tu habitación para que no te marcharas?

—No lo sé —respondió Elisabet sin dejar de llorar—. Lo siento. —Se retorcía las puntas de sus cabellos cortos, cohibida. Sin la larga trenza rubia, su cabeza parecía pequeña y desnuda. El corte a lo *garçon* desviaba la atención hacia sus labios pálidos—. Es que estaba asustada. Creía que no podría soportar la despedida.

—Y tú —exclamó Klara volviéndose hacia Paul—, ¿es así como dejaste a tu madre cuando viniste a Francia?

—Pues… no, madame.

—Pues no, claro que no. En el futuro me gustaría que me trataras con el mismo respeto que a tu madre, si no te importa.

—Discúlpeme, madame.

Paul parecía sinceramente arrepentido. Andras se preguntó si su madre le habría hablado alguna vez en ese tono. Intentó imaginarse a la madre de Paul, pero solo logró evocar la imagen de una mujer con pantalones de montar que se parecía a la baronesa Kaczynska, una aristócrata del siglo XVI con una historia y un linaje complicados que había estudiado en la escuela de Debrecen.

—¿En serio quieres que te case un capitán de barco? —preguntó Klara a su hija—. ¿Es eso lo que deseas?

—Es lo que hemos decidido —contestó Elisabet—. Me parece emocionante.

—Entonces no podré ver cómo te casas.

—Me verás después de casada. Cuando volvamos de visita.

—¿Y cuándo crees que será eso? —preguntó Klara—. ¿Cuándo crees que tendréis dinero para pagar los pasajes? Sobre todo si los padres de tu marido no aceptan vuestra unión.

—Pensábamos que quizá le gustaría vivir con nosotros en Estados Unidos —intervino Paul—. Para estar cerca de los niños y todo eso, cuando tengamos hijos.

—¿Y mis hijos? —preguntó Klara—. Puede que no me resulte fácil cruzar el océano.

—¿Qué hijos?

Klara miró a Andras y le cogió la mano.

—Nuestros hijos.

— *Maman!* —exclamó Elisabet—. No me dirás que piensas tener hijos con… —Señaló a Andras con el pulgar.

—Tal vez. Hemos hablado de eso.

—¡Pero si tú eres *une femme d'un certain âge!*

Klara se echó a reír.

—Todos tenemos cierta edad, ¿no te parece? Tú, por ejemplo, tienes una edad en la que es imposible entender que a los treinta y dos se pueda pensar en iniciar una vida, en lugar de terminarla.

—Pero yo soy tu hija —exclamó Elisabet, que parecía a punto de romper a llorar otra vez.

—Por supuesto —repuso Klara, y le colocó un mechón rubio detrás de la oreja—. Por eso he venido. No podía dejar que cruzaras el océano sin despedirme de ti como es debido.

— *Mesdames* —dijo Andras—, disculpadme. Creo que el señor Camden y yo iremos a dar una vuelta y os dejaremos solas.

—Bien pensado —convino Paul—. Vamos a echar un vistazo al barco.

La escena comenzaba a resultar un tanto incómoda. Había habido demasiado llanto para el gusto de Paul, y a Andras le había aturdido un poco oír hablar de los hijos que tendría con Klara. Fue un alivio para ambos despedirse de las mujeres y marcharse solos.

De camino al muelle pasaron por un mercado al aire libre y observaron a los hombres que vendían caballa, lenguado y langostinos, los sacos llenos de calabacines, las cajas de higos, las pequeñas ciruelas amarillas. Familias de vacaciones paseaban por la calle, y eran tantos los niños vestidos de marinero que podrían haber formado una armada infantil. Cohibidos, como si la efusión emocional de la que habían sido testigos hubiera puesto en peligro su masculinidad, Andras y Paul hablaron de barcos, de deporte y, al pasar junto a un barco de la Marina británica atracado en uno de los

enormes amarraderos, de la posibilidad de que estallara la guerra. Todos habían albergado la esperanza de que la declaración de apoyo a Polonia efectuada por Chamberlain condujera a unas semanas de calma respecto a la cuestión de Danzig, y quizá incluso a un acuerdo pacífico, pero Hitler acababa de entrevistarse en Berchtesgaden con el líder del Partido Nazi en Danzig y había mandado un buque de guerra al puerto de la ciudad libre.

Si Alemania reclamaba Danzig, Gran Bretaña y Francia le declara rían la guerra. Esa semana, la aviación francesa había llevado a cabo un simulacro de ataque a Londres para probar la eficacia del sistema de defensa aéreo inglés. Algunos londinenses creyeron que ya había estallado la guerra y tres personas fallecieron en su precipitación por llegar a los refugios antiaéreos.

—¿Qué crees que hará Estados Unidos? —preguntó Andras.

Paul se encogió de hombros.

—Supongo que Roosevelt dará un ultimátum.

—Hitler no teme a Roosevelt. Ya ves lo que sucedió en abril.

—Bueno, reconozco que no estoy muy al corriente de los hechos —dijo Paul, levantando las manos—. Solo soy pintor. Muchos días ni siquiera leo las noticias.

—Tu prometida es judía —le recordó Andras—. Su familia vive aquí.

La guerra la afectará, tanto si Estados Unidos participa como si no.

Permanecieron un buen rato en silencio, mirando la nave con su armamento.

—Si tuvieras que combatir, ¿qué ejército elegirías? —preguntó Paul.

—La Marina no, eso seguro —respondió Andras—. La primera vez que vi el mar fue hace un año. Y nada de meterme en una zanja. Nada de trincheras. Podría aprender a pilotar un avión, eso sí. Es lo que me gustaría hacer.

Paul sonrió.

—A mí también —dijo—. Siempre he pensado que debe de ser fantástico pilotar aviones.

—Pero no me gustaría tener que matar a nadie —señaló Andras.

—Claro —convino Paul—. Ese es el problema. De todos modos, no me importaría ser un héroe. Me gustaría ganar medallas.

—A mí también —dijo Andras. Era agradable reconocerlo, aunque le diera un poco de vergüenza.

—Entonces nos vemos en el aire —dijo Paul, y rió, pero de un modo un tanto forzado, como si de repente la posibilidad de una guerra y de participar en ella se hubiera materializado para él.

Habían llegado al transatlántico *Île-de-France*, una mole que se alzaba ante ellos como la punta de un glaciar. El casco, recién pintado, relucía, y cada letra de su nombre era tan alta y ancha como un hombre. El agua del mar que salpicaba al amarradero olía a peces muertos, a petróleo, a algas y a algo salobre y calcificado que seguramente era el olor del mar. El barco se elevaba quince pisos sobre la línea del agua. Desde donde estaban, podían contar cinco niveles. Las cubiertas estaban llenas de estibadores, marineros y camareras que llevaban en los brazos pilas de ropa de cama: cientos de personas que ultimaban los preparativos para que un pasaje equivalente a la población de una ciudad pequeña realizara una travesía de diecisiete días. Habría mil quinientos pasajeros a bordo, explicó Paul; el barco contaba con cinco salas de baile, un cine, un puesto de tiro al plato, un espacioso gimnasio, cien botes salvavidas. Medía doscientos cuarenta y cuatro metros de eslora y viajaría a veinticuatro nudos. Y a bordo habría una sorpresa para Elisabet, un último dispendio: dispondrían de un camarote de lujo con balcón, y Paul había mandado que entregaran a la joven tres docenas de rosas blancas y una caja de champán.

—Menos mal que llevaste a arreglar el sombrero —comentó Andras—.

Piensa en lo que te habría costado uno nuevo.

Aquella noche cenaron los cuatro en la terraza de un restaurante desde la que se veía el mar. Comieron almejas en salsa de tomate y pescado asado con limones y aceitunas, bebieron dos botellas de vino, hablaron de sus fantasías infantiles y de los lugares exóticos que les gustaría visitar antes de morir: la India, Japón, Marruecos. Fue casi como una fiesta. Klara estaba mucho más animada que en las semanas anteriores, como si al haber encontrado a Elisabet todavía pudiera evitar la tan temida separación. Sin embargo, los planes de Elisabet y Paul seguían en pie: partirían por la mañana. Poco a poco Andras empezó a percibir una tensión interior que conocía bien, una espiral que se había ido enrollando más estrechamente a lo largo del día: era el temor a que, una vez que Elisabet se hubiera marchado, Klara también desapareciera, como si la tirantez entre ellas fuera lo que las mantenía ancladas en tierra.

Después de cenar en el hotel se despidió de Klara hasta la mañana siguiente. Ella dormiría en la suite de Elisabet, y Paul y Andras comparti rían una habitación sencilla en la buhardilla. Cuando Klara le dijo *Bonne nuit*, le puso una mano en la mejilla a modo de promesa; aquella noche él se durmió con la esperanza de que la vida que llevaran juntos fuera un bálsamo para la pena de Klara. Sin embargo, cuando bajó al amanecer, la encontró sentada sola en la galería, con el abrigo sobre los hombros, contemplando cómo la luz rosada ascendía por las chimeneas del *Île-de-France*. Andras permaneció un buen rato junto a las puertas de cristal, sin acercarse a ella. La marea estaba subiendo. Su hija se marchaba. Él nunca podría hacer nada para reemplazar lo que le estaban arrebatando.

A las ocho fueron al puerto para despedir a Paul y Elisabet. El barco partía a mediodía y los pasajeros debían embarcar a las nueve. Habían comprado un ramillete de violetas para Elisabet, así como una docena de dulces y serpentinas para que las lanzara cuando el barco zarpara. La joven llevaba un sombrero de paja con una cinta roja, y sus ojos azules destellaban ante la perspectiva del viaje.

Paul estaba impaciente por subir a bordo, impaciente por enseñarle la sorpresa que le había preparado, pero ella insistió en que el fotógrafo del barco sacara una fotografía de los cuatro juntos en el muelle, con la mole imponente del *Île-de-France* al fondo. Después se produjo un revuelo en

torno a los baúles, hubo que sacar algunas prendas de ropa en el último momento. Por fin, a la hora prevista, en lo alto del barco sonó el estruendo volcánico de la sirena y los pasajeros que todavía no habían embarcado empezaron a apiñarse ante la pasarela.

Había llegado el momento. Klara llevó a Paul aparte para hablar con él, y Andras y Elisabet se quedaron solos mirándose. Él no había pensado qué palabras de despedida le diría. Le sorprendió sentirse tan triste por su partida; durante la cena de la noche anterior había empezado a ver cómo sería Elisabet de mayor, y se había dado cuenta de que había heredado más cosas de su madre de lo que imaginaba.

—Supongo que no te apena mucho verme marchar —dijo ella. Pero lo miraba con una expresión risueña en los ojos, y le había hablado en húngaro.

—Claro que no —repuso Andras, y le cogió la mano—. A ver si desapareces de una vez.

Ella sonrió.

—Convence a mi madre de que venga a vernos, ¿de acuerdo?

—Lo haré —dijo Andras—. Quiero ver Nueva York.

—Te mandaré una postal.

—Muy bien.

—Todavía no me he hecho a la idea de que vayas a casarte con ella —admitió Elisabet—. Serás mi…

—No lo digas, por favor.

—Entendido. Pero si me entero de que le has hecho daño, volveré para matarte.

—Y si yo me entero de que has hecho daño a ese robusto marido tuyo… —empezó Andras, pero Elisabet le dio un golpecito en el hombro, pues había

llegado el momento de que se despidiera de Klara.

Permanecieron unos segundos abrazadas. Elisabet con la frente apoyada en la cabeza de su madre. Andras se volvió y estrechó la mano de Paul.

—Te veré en los tebeos —dijo Paul en inglés—. Es lo que se dice en Estados Unidos. —Se lo tradujo a Andras—: *Je te verrais dans les bandes dessinées.*

—Suena mejor en francés —apuntó Andras, y Paul tuvo que reconocer que era cierto.

La sirena del barco sonó de nuevo. Klara besó por última vez a Elisabet, que a continuación subió con Paul por la pasarela y desapareció entre el resto de pasajeros. Klara cogió a Andras del brazo, callada y sin llorar, hasta que Elisabet apareció en la barandilla del barco. Horas antes de que el barco se alejara del muelle, Elisabet ya estaba tan lejos que solo se la reconocía por la cinta roja que se agitaba en el ala de su sombrero y por la mancha morada que formaba el ramillete de violetas que tenía en la mano. La figura borrosa de color azul que había a su lado era Paul con su chaqueta de estilo marinero. Klara apretó la mano de Andras. Su rostro fino estaba pálido entre el cabello moreno y revuelto por el viento. Con las prisas por llegar a Le Havre había olvidado coger un sombrero.

Tres horas después contemplaron cómo el *Île-de-France* se alejaba hacia la distancia plana y azul del mar abierto y el cielo. Qué asombroso, pensó Andras, que un buque de esas dimensiones empequeñeciera hasta adquirir el tamaño de una casita, y después de un coche, una mesa, un libro, un zapato, una nuez, un grano de arroz, un grano de arena. Qué asombroso que la cosa más voluminosa que había visto en su vida no lograra vencer el efecto reductor de la distancia, del olvido, quizá.

OceanofPDF.com

25

El consulado húngaro

Durante la estancia de Andras y Klara en Le Havre, Tibor e Ilana habían estado juntos en el piso de la rue de Sévigné. Tibor le contó a Andras lo sucedido al día siguiente, mientras caminaban a orillas del Sena, contemplando las largas barcazas que pasaban bajo los puentes. De vez en cuando llegaban a sus oídos algunas notas de música gitana y Andras se sentía como si estuvieran en Budapest, como si al levantar la cabeza fuera a ver la cúpula dorada del Parlamento en la orilla derecha y la colina del castillo en la izquierda. La tarde era húmeda y olía a pavimento mojado y a agua de río. Bajo la luz oblicua, Tibor estaba demacrado y exultante de alegría. Explicó a Andras que Ilana se había dado cuenta en el tren de que iba a cometer un error, pero que se sintió incapaz de detener el curso de los acontecimientos. Había culpabilidad por todas partes, una noria incesante de sentimientos de culpa: el suyo, el de Ben Yakov y el de Tibor. Todos habían traicionado a todos, todos se sentían traicionados por los demás. Era un milagro que hubieran salido de aquel desgarrador remolino con las facultades intactas. Pero a Tibor lo había protegido la distancia física de París, a Ilana la había cuidado Klara como si fuera su propia hija, y Ben Yakov había hablado con Andras en su habitación aquella noche.

—Volverá a Italia conmigo —dijo Tibor—. La llevaré a Florencia y me quedaré allí el resto del verano. Le pediría que se casara conmigo hoy mismo si pudiera, pero prefiero que sus padres no me consideren su enemigo. Me gustaría pedirles permiso.

—Es muy valiente por tu parte. ¿Y si no te lo dan?

—Me arriesgaré. Nunca se sabe. Puede que les caiga bien.

Habían cruzado la Île de la Cité y el Petit Pont para entrar en el Quartier Latin, donde se encontraron caminando por la rue Saint-Jacques. La casa de József estaba más allá. Andras había estado allí por última vez la noche siguiente al ayuno del Yom Kipur. Desde entonces había coincidido con József en algunas ocasiones, pero hacía meses que no cruzaba el umbral de

su casa. Pronto Klara y él tendrían que volver a plantearse la posibilidad de ponerlo al corriente de la situación. Al acercarse a la finca, Andras vio en la entrada dos maletas que mantenían la puerta abierta; eran de piel brillante, estaban cubiertas de pegatinas y llevaban el nombre y la dirección de József escritos a ambos lados. Casi enseguida apareció el joven ataviado con un traje estival de viaje.

—¡Lévi! —exclamó. Miró de arriba abajo a Andras, quien se sintió evaluado de una forma simpática y fraternal—. Chico, estás fantástico. Y este es el otro Lévi, el futuro médico, si no me equivoco. Qué lástima, tengo que marcharme ahora mismo. Podríamos haber tomado algo juntos. Por otro lado, es una suerte para mí que nos hayamos encontrado. Podéis ayudarme a parar un taxi.

—¿Te vas de vacaciones? —preguntó Tibor.

—Ya me gustaría —respondió József, en cuyo rostro apareció una expresión infrecuente en él, una mueca que Andras solo podía describir como de disgusto—. Había quedado con unos amigos en Saint-Tropez, pero tengo que volver a nuestra amada Budapest.

—¿Por qué? —preguntó Andras—. ¿Ha sucedido algo?

József levantó un brazo al ver un taxi.

—¿Por qué no me acompañáis a la estación? Tengo que ir a la Gare du Nord y con este tráfico tardaré media hora en llegar. Si no tenéis nada mejor que hacer.

—¿Mejor que un largo trayecto en hora punta? —preguntó Andras—. De ninguna manera.

Subieron al taxi, que avanzó por la rue Saint-Jacques en la dirección por la que Andras y Tibor acababan de llegar. József apoyó un brazo en el respaldo del asiento y se volvió hacia Andras.

—Mira, Lévi, es una locura, pero creo que debo decírtelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Andras.

—¿Has renovado tu visado de estudiante?

—Todavía no. ¿Por qué?

—Que no te extrañe si tienes problemas en el consulado húngaro.

Andras miró a József de hito en hito. La luz sesgada de las cinco de la tarde que entraba por las ventanillas del taxi le permitió ver lo que antes no había advertido: la sombra de preocupación bajo sus ojos, las señales de la falta de sueño.

—¿Qué problemas? —preguntó.

—Fui a renovar el visado. Creía que todavía me quedaban unas semanas. Creía que no tendría ningún problema. Pero me dijeron que no podía renovarlo aquí, en Francia.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —intervino Tibor—. Para eso están los consulados.

—Por lo visto, ya no.

—Si no te renuevan el visado en Francia, ¿dónde van a hacerlo?

—En nuestro país —respondió József—. Por eso voy allí.

—¿No podría solucionarlo tu padre por ti? —inquirió Andras—. ¿No podría utilizar su influencia para que alguien hiciera algo?

—Parece lógico —contestó József—, pero por lo visto no lo es. Mi padre ya no tiene la misma influencia que antes. Ya no es presidente del banco. Sigue en la misma oficina, pero ahora tiene otro cargo. Secretario consultor o alguna tontería por el estilo.

—¿Porque es judío?

—Por supuesto. ¿Por qué si no?

—E imagino que solo los judíos debemos volver a Hungría para renovar el visado.

—¿Te sorprende, amigo?

Andras sacó sus documentos del bolsillo de la chaqueta.

—Mi visado expira dentro de tres semanas.

—Yo creía que el mío también. Pero no es válido si no asistes a los cursos de verano. Por lo visto el trimestre que viene ya no cuenta. Te aconsejo que pases por el consulado antes de que alguien te pida tus documentos. Por lo que respecta a las autoridades, ahora estás aquí ilegalmente.

—No es posible. No tiene sentido.

József se encogió de hombros.

—Ojalá pudiera darte una explicación.

—Ahora no puedo ir a Budapest —exclamó Andras.

—Si os soy sincero, a mí casi me apetece —dijo József—. Me daré un chapuzón en Szécsenyi; tomaré un café en el Gerbeaud, veré a algunos compañeros del instituto. Quizá pase unos días en la casa del lago Balatón. Después haré lo que tenga que hacer en la oficina de pasaportes y volveré a tiempo para empezar el trimestre de otoño. Si hay trimestre de otoño, claro, porque en parte depende de los caprichos de herr Hitler.

Andras se hundió en el asiento del taxi, intentando asimilar lo que acababa de oír. En otras circunstancias le habría encantado tener una excusa para pasar unas semanas en casa. Al fin y al cabo, hacía dos años que no veía a sus padres ni a Mátyás. Pero tenía que casarse; tenía que hacerlo mientras Tibor estuviera en París. Tenía que mudarse a la rue de Sévigné. Y, por otro lado, estaba el problema de Hitler y Danzig. No era un buen momento para subir a un tren con destino a Budapest, para cruzar el continente, para tener un visado que no estaba en regla. De todos modos, ¿cómo iba a pagarse el viaje? El billete de ida y vuelta consumiría todo el dinero que había

reservado para comprar un anillo a Klara y pagar la matrícula en otoño. No tenía los ahorros de Tibor. No había trabajado durante seis años antes de entrar en la universidad. De repente se encontró fatal y tuvo que bajar la ventanilla del taxi para que el aire le diera en la cara.

—Debería haberte avisado —dijo József—. Podríamos haber viajado juntos.

—Es culpa mía —repuso Andras—. No me apetecía mucho verte desde que me emborraché hasta caer redondo en tu dormitorio.

—No hay que avergonzarse nunca —aseguró József—. Conmigo no.

Y menos por ese motivo. —Se volvió hacia Tibor—. ¿Y a ti cómo te va? —preguntó—. ¿Cómo es la facultad de medicina? ¿Estabas en Suiza?

—En Italia.

—Ah, sí. Conque prácticamente eres médico.

—Ni mucho menos.

—¿Y qué te ha traído aquí?

—Es una historia muy larga —respondió Tibor—. En pocas palabras, estoy cortejando a una mujer que hasta hace poco estaba casada con un amigo de Andras. Y me alegro de que te vayas de la ciudad antes de que puedas sacarme algo más sobre esto.

József se echó a reír.

—Es magnífico —dijo—. Ojalá tuviera tiempo para oír toda la historia.

Habían llegado a la estación, y el taxista empezó a desatar las maletas sujetas a la baca del vehículo. József abrió la cartera y sacó el dinero. Andras y Tibor le ayudaron a cargar con el equipaje.

—Es mejor que te vayas —dijo Andras en cuanto entregaron las maletas a un mozo—. Vas a perder el tren.

—Oye —dijo József—, si vas a Budapest, búscame. Tomaremos algo. Te presentaré algunas chicas que conozco.

—Monsieur Hász, el playboy —señaló Tibor.

—No lo olvides —dijo József con un guiño. Se echó al hombro la bolsa de piel marrón y se adentró en la concurrida estación.

Una semana después Andras se vería obligado a volver a la Gare du Nord con sus propias maletas y su bolsa, pero mientras caminaba con Tibor hacia la rue de Sévigné aquella tarde lo único que sabía era que tenía que ir al consulado y explicar que debían garantizarle la situación de visitante legal. Solo hasta fin de mes, solo el tiempo que tardara en conseguir una licencia matrimonial y casarse. En cuanto se celebrara la boda, ¿no tendría derecho a pedir la nacionalidad francesa? ¿No podría entonces ir y venir a su an tojo?

En casa de Klara todas las luces estaban encendidas y las mujeres encerradas en el dormitorio. Ilana salió para decir a Andras que no podía entrar: la modista estaba dentro y tras la puerta de Klara se estaban haciendo preparativos secretos para el vestido de novia.

Andras soltó un bufido de consternación. Él y Tibor fueron al salón y cada uno se sentó en un extremo del sofá, donde Tibor sacó unos documentos de un bolsillo del pantalón y examinó su visado.

—El mío es válido hasta enero —dijo—. Y estoy matriculado en un curso de verano, aunque no creo que lo apruebe habiéndolo abandonado.

—Pero estás matriculado. No deberías tener ningún problema.

—Pero ¿y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Iré al consulado —respondió Andras—. Después iré al ayuntamiento. Haré lo que tenga que hacer. Debo tener los documentos en regla antes de pedir la licencia matrimonial.

Del dormitorio salieron tres exclamaciones, seguidas de muchas risas.

Tibor dobló los documentos, y los dejó sobre la mesa.

—¿Qué le dirás a Klara?

—Todavía nada —contestó Andras—. No quiero que se preocupe.

—Mañana iremos al consulado —dijo Tibor—. Si les explicas tu problema quizá te concedan una prórroga. Y si te ponen problemas, que se preparen. —Levantó los puños en un gesto amenazador, pero sus manos eran elegantes como las de un pianista, largas y flacas; sus nudillos eran lisos como guijarros, y los tendones se desplegaban como los delicados huesos de las alas de un pájaro.

—Que Dios nos ayude —dijo Andras, y se esforzó por sonreír.

El consulado húngaro no estaba muy lejos de la embajada alemana, donde Ernst vom Rath había tropezado con su asesino. A primera vista el edificio podría hacer que un expatriado añorara su país. La fachada estaba revestida de mosaicos que representaban escenas de Budapest y del campo. Sin embargo, el artista tenía una curiosa preferencia por la fealdad: sus figuras humanas parecían sufrir anemia o hinchazón, sus paisajes adolecían de una falta de perspectiva tan evidente que su contemplación casi provocaba náuseas. De todos modos, Andras no había tenido apetito en el desayuno; apenas había pegado ojo en toda la noche. El día anterior se había abstenido de mencionar su situación a Klara, quien no obstante había sospechado que algo andaba mal. Después de cenar, mientras Andras y Tibor se preparaban para volver al Quartier Latin, ella le había detenido en el pasillo para preguntarle si tenía dudas acerca de la boda.

—Ni hablar —respondió Andras—. Justo lo contrario. Estoy deseando que llegue el día.

—Yo también —dijo ella, y le abrazó en el pasillo en sombras.

Él la había besado, pero tenía la cabeza en otra parte. Estaba pensando en lo que le tenía preocupado desde el trayecto en taxi la tarde anterior: no la perspectiva de hallar resistencia en el consulado, ni el problema de cómo pagaría el billete de tren, sino el hecho de que el joven que corría a la

estación era nada más y nada menos que József Hász, quien siempre había parecido milagrosamente exento de las dificultades de la vida cotidiana: József Hász se marchaba a Budapest para que le estamparan un sello en un documento.

Al día siguiente en el consulado una mujer pelirroja con acento de Hadjú dijo que su visado había expirado al terminar las clases, a principios de verano, y que desde hacía un mes y medio se hallaba en Francia ilegalmente. Debía abandonar el país de inmediato si no quería ser arrestado. Le entregaron una copia de una carta donde se solicitaba que se le permitiera la entrada en Hungría. Eso parecía innecesario; al fin y al cabo era ciudadano húngaro. Sin embargo, Andras estaba demasiado angustiado para darle muchas vueltas. Tenía que pensar en lo que haría cuando llegara a Budapest, en cómo se las apañaría para volver a París lo más pronto posible. Tibor, que le había acompañado tal como había prometido, mantuvo las manos metidas en los bolsillos e hizo preguntas educadas cuando lo que Andras quería era gritar y protestar. Gracias a las amables preguntas de Tibor, averiguaron que si Andras llevaba una carta de la facultad donde se afirmara que era un estudiante matriculado, y que en otoño se le renovaría la asignación, podría conseguir otro visado de dos años en Budapest. Cualquier docente de la facultad podía escribir la carta, que sería válida siempre y cuando llevara el membrete y el sello oficial de la facultad. Tibor se deshizo en palabras de agradecimiento, y la mujer pelirroja llegó a decir que lamentaba las molestias. Sin embargo, sus ojillos acuosos eran tan impasibles como el rojo ÉRVÉNYTELEN estampado en el visado de Andras. Caducado. No válido. Debía marcharse inmediatamente. Carecía de sentido ir al ayuntamiento a solicitar una licencia matrimonial; podían arrestarlo si mostraba sus documentos caducados. El billete de tren le dejaría sin ahorros, pero no tenía alternativa. Empezaría a ahorrar de nuevo en cuanto volviera.

Tibor y él se dirigieron a la École Spéciale para conseguir la carta oficial, pero al llegar encontraron cerrada la puerta principal. En efecto, la facultad estaba cerrada hasta finales de agosto. Todos, incluido el personal de las oficinas, estaban de vacaciones y no regresarían hasta principios de septiembre. Andras soltó una blasfemia en húngaro alzando la vista al cielo lechoso.

—¿Dónde podemos encontrar papel de carta con membrete? —preguntó Tibor—. ¿Dónde podemos conseguir un sello oficial?

Andras profirió otra maldición, pero enseguida tuvo una idea. Si había algo que conocía bien, era la arquitectura de la École Spéciale. Era uno de los primeros diseños que habían estudiado en clase. Habían realizado un análisis exhaustivo de todos los aspectos del edificio, desde la piedra angular del vestíbulo neoclásico hasta la cubierta piramidal de cristal del anfiteatro. Conocía todas las puertas, todas las ventanas, incluso las portillas por donde se metía el carbón y la red de tubos neumáticos por los que se mandaban mensajes desde la oficina central a los estudios de los profesores. Por ejemplo, sabía que en el muro trasero de la facultad, que lindaba con el cementerio de Montparnasse, había una puerta detrás de una cascada de hiedra, una puerta tan oculta que nunca estaba cerrada. Comunicaba con el patio, desde donde se accedía a la oficina a través de unas ventanas que tenían las bisagras bastante sueltas. Por ese itinerario Andras y Tibor se introdujeron en el sanctasanctórum de la facultad, silencioso en vacaciones. Vieron una caja de material de papelería que contenía hojas con membrete y sobres, y Tibor encontró el sello oficial en el cajón de la mesa de una secretaria. Ni él ni Andras se manejaban bien con las máquinas de escribir; después de ocho intentos lograron mecanografiar una carta que declaraba que Andras estaba matriculado en la École Spéciale y seguiría recibiendo su asignación en el trimestre de otoño. Pusieron a Pierre Vago como autor de la carta, y Tibor falsificó su firma, con una rúbrica tan magnífica que el profesor la habría envidiado. A continuación metieron la carta en un sobre oficial de la facultad.

Antes de marcharse Andras mostró a Tibor la placa donde se indicaba que había ganado el Prix du Amphithéâtre. Su hermano la contempló un buen rato, con los brazos cruzados. Finalmente volvió a la oficina, donde cogió dos hojas con membrete y un lápiz. Colocó el papel sobre la placa y pasó el lápiz hasta calcar la inscripción.

—Una para nuestros padres —dijo—. Otra para mí.

Tenían que pasar por la oficina de telégrafos para mandar un telegrama a Mátyás a fin de avisarle de la llegada de Andras. No se lo notificarían a sus padres hasta que Andras estuviera en Budapest. Un telegrama solo los

alarmaría, y si les enviaban una carta lo más probable era que no la recibieran hasta que Andras estuviera ya de vuelta en París. En la oficina, hombres y mujeres con expresión preocupada escribían tarjetas inclinados sobre los mostradores, componiendo sin saberlo haikus elegantes que tenían como tema el nacimiento y el amor, el dinero y la muerte. El suelo estaba sembrado de mensajes a medio escribir: MAMAN HE RECIBIDO… MATHILDE: SIENTO INFORMAR… Mientras Tibor consultaba el horario de los trenes, que estaba expuesto en la oficina de telégrafos, Andras se acercó a una ventanilla en busca de una tarjeta y un lápiz. El empleado con visera verde le indicó un mostrador. Andras se dirigió hacia allí y esperó a su hermano, que le informó de que el Danubio Express salía a la mañana siguiente a las siete treinta y tres y llegaba a Budapest setenta y dos horas más tarde.

—¿Qué le ponemos? —preguntó Andras—. Hay tanto que decir…

—A ver qué te parece esto —propuso Tibor, y lamió la punta del lápiz—. MÁTYÁS: LLEGO BUDAPEST JUEVES MAÑANA. BÁÑATE. ABRAZO ANDRAS.

—¿Báñate?

—Lo más probable es que tengas que dormir con él.

—Bien pensado. Qué suerte que estés aquí.

Pagaron y el empleado colocó el telegrama en la cola. A Andras solo lequedaba ir a la rue de Sévigné para contar sus planes a Klara. Le aterraba la conversación, las noticias que tendría que comunicarle: sus planes de boda desbaratados, su visado caducado. La confirmación de que ella no se había equivocado al intuir que algo andaba mal. En un momento en que el destino de Europa era tan incierto, ¿cómo podría convencerla de que el de ellos no lo era tanto? Cuando llegaron al piso, descubrieron que Klara e Ilana habían salido en una misteriosa misión, y la señora Apfel no quiso decirles adónde había ido. Eran las cuatro; en un día normal, Klara habría estado dando clase. Pero el estudio de ballet también interrumpía su actividad en agosto. De no haber sido por el divorcio de Ilana y la marcha de Elisabet, ella y Andras tal vez habrían ido a alguna parte, quizá otra vez

a la casita de piedra de Niza. En cambio, estaban todos en París, con las tiendas y los restaurante cerrados, la ciudad dormida en una niebla dorada. Andras se preguntó adónde habrían ido Klara e Ilana tan en secreto. Ambas llegaron a casa un cuarto de hora después, con el cabello mojado, la piel sonrosada y luminosa, absolutamente radiantes; habían estado en los baños turcos del distrito seis. Andras no pudo evitar seguir a Klara a su dormitorio para contemplarla mientras se cambiaba para la cena. Ella volvió la cabeza y le sonrió al tiempo que dejaba caer al suelo el vestido de verano; su cuerpo era fresco y pálido, su piel aterciopelada como una hoja de salvia. Era imposible pensar en subir a un tren que lo alejara de ella, aunque solo fuera por un día.

—Klárika —dijo.

Ella se volvió a mirarlo. Su cabello, ya seco, formaba delicados zarcillos alrededor del cuello y la frente. Andras la deseaba tanto que casi quería morderla.

—¿Qué pasa? —preguntó Klara poniéndole una mano en el brazo.

—Ha sucedido algo —respondió él—. Tengo que ir a Budapest.

Ella parpadeó sorprendida.

—Andras…, por Dios, ¿es que ha muerto alguien?

—No, no. Mi visado ha caducado.

—¿No puedes ir al consulado?

—Han cambiado la normativa. Me lo dijo József. Él también ha tenido que marcharse. Lo vi cuando se dirigía a la Gare du Nord. Ahora estoy aquí ilegalmente, según el gobierno. Debo partir enseguida. Mañana a primera hora sale un tren.

Klara cogió una bata de seda blanca, se la puso y se sentó en la silla del tocador, con el rostro desmudado.

—Budapest —dijo.

—Serán solo unos días.

—¿Y si tienes problemas? ¿Y si no te renuevan el visado? ¿Y si se declara la guerra mientras estás fuera? —Lentamente, con expresión pensativa, desató la cinta verde que le sujetaba el cabello en la nuca y se quedó un buen rato mirándola. Cuando habló de nuevo, su voz había perdido su estudiada serenidad—. Teníamos previsto casarnos la semana que viene. Y ahora te vas a Hungría, el único lugar al que no puedo acompañarte.

—Estaré fuera lo justo para arreglar lo del visado y ver a mis padres.

—Si sucediera algo no podría soportarlo.

—¿Crees que quiero ir sin ti? —preguntó Andras, y se puso en pie —. ¿Crees que me apetece? Dos semanas sin ti, mientras Europa está al borde de la guerra. ¿Crees que es eso lo que quiero?

—¿Y si fuera contigo?

Andras negó con la cabeza.

—Ambos sabemos que es imposible. Ya hemos hablado de eso. Es demasiado peligroso, sobre todo ahora.

—Cuando Elisabet estaba aquí, no se me habría pasado por la cabeza, pero ahora no necesito protegerme por ella. Andras, ahora sé cuánto debió de sufrir mi madre cuando tuve que marcharme. Se está haciendo mayor. ¿Quién sabe cuándo tendré ocasión de verla? Han pasado más de dieciocho años. Quizá podría verla en secreto, nadie se enteraría. Si nos quedamos poco tiempo, no correremos ningún peligro. Soy Claire Morgenstern desde hace casi dos décadas. Tengo pasaporte francés. ¿Por qué iba alguien a sospechar? Por favor, Andras. Déjame ir.

—No puedo. Si te descubrieran y te arrestaran, no me lo perdonaría nunca.

—¿Sería eso peor que estar lejos de ti?

—Solo son dos semanas, Klara.

—¡Dos semanas durante las cuales puede suceder cualquier cosa!

—Si Europa entra en guerra, estarás más segura aquí.

—¡Mi seguridad! —exclamó ella—. ¿Crees que me importa?

—Piensa en lo que significa para mí —repuso Andras—. No merece la pena hablar de esto. No puedo. Y tendré que volver pronto a casa para recoger mis cosas. El tren sale mañana a las siete y media. Ahora tienes que pensar. Tienes que calmarte y pensar qué te gustaría mandar a Budapest. Puedo llevar cartas.

—¡Menudo consuelo!

—Piensa en el consuelo que proporcionará una carta a tu madre.

—Con las manos temblorosas le acarició el cabello y los hombros—. Hablaré con ella, Klara. Le pediré permiso para casarme contigo.

Ella asintió y le cogió la mano, pero ya no lo miraba. Parecía haberse retirado a un refugio remoto en busca de protección. Cuando fueron al salón para que Klara escribiera las cartas, Andras se quedó junto a la ventana abierta y observó los castaños jóvenes, que mostraban el envés pálido de sus hojas. El aire olía a tormenta. Andras sabía que velaba por la seguridad de Klara, que se comportaba como un marido. Sabía que actuaba como debía. Klara terminaría pronto de escribir sus cartas y entonces se despedirían.

¿Cómo podía saber que aquella sería su última noche como residente en París? De haberlo sabido, ¿qué habría hecho? ¿Cómo habría pasado aquellas últimas horas? ¿Habría paseado toda la noche para grabar en su memoria los ángulos imprevisibles de las calles, sus olores, sus cambios de luz? ¿Habría ido al piso de Rosen y lo habría despertado para desearle suerte en su lucha política y con Shalhevet? ¿Habría ido al desnudo apartamento de Ben Yakov para ver a su compañero por última vez? ¿Habría ido a ver a Polaner y se habría acuclillado a su lado para decirle lo que pensaba: que nunca había querido a ningún amigo tanto como a él, que le debía la vida y la felicidad, que nunca se había sentido tan exultante

como cuando trabajaban juntos en el estudio por las noches, creando algo que les parecía atrevido y bueno? ¿Habría dado un último paseo hasta el Sarah-Bernhardt, aquella gran dama dormida, con sus butacas de terciopelo rojo salpicadas de polvo, los pasillos vacíos y silenciosos, los camerinos, que todavía olerían a maquillaje? ¿Se habría colado en el taller de Forestier para memorizar su catálogo de maravillosas trampas? ¿Habría vuelto a entrar por la puerta secreta que conocía en el cementerio de Montparnasse para ir a su aula de la facultad y deslizar las manos por la superficie lisa de su mesa de dibujo, el hueco para dejar los lapiceros, los lápices estilográficos, con la franja rayada para apoyar los dedos, la mina dura y lisa, el agradable clic que significaba que una unidad se había terminado y empezaba otra? ¿Habría regresado a la rue de Sévigné, su primer y último hogar de verdad en París, donde había visto por primera vez a Klara Morgenstern con un jarrón azul en las manos, donde habían hecho el amor por primera vez, se habían peleado y habían hablado de tener hijos?

Pero no lo sabía. Solo sabía que hacía bien negándose a que Klara lo acompañara. Viajaría a Budapest y después volvería a su lado. Ninguna guerra, ninguna ley, ni ninguna norma, lo mantendrían apartado de ella. Se arropó con las mantas que había compartido con Klara y pensó en ella toda la noche. En el suelo, Tibor dormía en un colchón prestado. El conocido ritmo de su respiración lo tranquilizaba. Era casi como si estuvieran de nuevo en la casita de Konyár, de regreso de la escuela para pasar el fin de semana, con los padres dormidos al otro lado de la pared y Mátyás soñando en su camita.

Solo llevaba una maleta de cartón y la bolsa de piel. Con tan poco equipaje no hacía falta tomar un taxi, así que él y Tibor fueron caminando a la estación, igual que cuando Andras se había marchado de Budapest hacía dos años. Al cruzar el puente de Change estuvo tentado de pasar una vez más por casa de Klara, pero no había tiempo; el tren saldría al cabo de una hora. Paró solo en una panadería para comprar pan para el viaje. En el escaparate del estanco contiguo, los periódicos informaban de que el conde Csaky, el ministro de Asuntos Exteriores húngaro, había partido hacia Roma en misión diplomática secreta; lo había mandado el gobierno alemán, y había ido directamente del aeropuerto a una reunión con Mussolini. El gobierno húngaro se negaba a comentar el propósito de la visita y solo

declaraba que Hungría estaba encantada de facilitar la comunicación entre sus aliados.

La estación estaba repleta de viajeros de verano, y el suelo era un laberinto de mochilas y baúles, cajas y maletas. Pronto Tibor también subiría a un tren y se iría a Italia con Ilana. En la cola de la taquilla Andras le tocó el brazo y dijo:

—Ojalá pudiera ir para asistir a tu boda.

Tibor sonrió.

—A mí también me gustaría que vinieras.

—Nunca habría imaginado que acabarías con ella.

—Yo no me atrevía ni a desearlo —afirmó Tibor.

—Eres un canalla con suerte —dijo Andras.

—Supongo que viene de familia.

Tibor desvió la mirada hacia el principio de la cola, donde una mujer morena había abierto el monedero y contaba billetes. Andras sintió una punzada: la mujer llevaba el cabello recogido en un moño flojo en la nuca, como Klara. Su abrigo de verano tenía el mismo corte que el de Klara; su pose era elegante y erguido. Qué crueldad que el destino se lo mostrara en aquel momento.

Cuando la mujer se volvió para guardar el monedero en el bolso, a Andras casi se le paró el corazón: era Klara. Ella le miró con sus ojos grises y levantó una mano para enseñarle un billete. Se marchaba con él. Nada de lo que dijera la disuadiría.

OceanofPDF.com

CUARTA PARTE

El puente invisible

OceanofPDF.com

26

Subcarpacia

En enero de 1940 la Compañía del Servicio del Trabajo 112/30 del ejército húngaro estaba apostada en la Rutenia carpática, en algún lugar entre las ciudades de Jalová y Stakˇcin, no muy lejos del río Cirocha. Este era el territorio de Checoslovaquia que Hungría se había anexionado después de que Alemania recuperara los Sudetes. Era un terreno escarpado y agreste, de picos cubiertos de matorrales y laderas boscosas, valles nevados y riachuelos helados llenos de piedras. Cuando Andras se había enterado de la anexión de Rutenia por los periódicos de París y cuando había visto sus montañas boscosas en los noticiarios de los cines, para él el país no era más que una abstracción, un peón en una partida de ajedrez de Hitler. Ahora vivía en un bosque de la Rutenia carpática y era miembro de una cuadrilla del Servicio de Trabajo húngaro que construía carreteras.

En cuanto llegó a Budapest, todas las esperanzas de que le renovaran el visado se evaporaron. El empleado de la oficina de visados, cuyo aliento apestaba a cebolla y a pimientos, recibió la solicitud de Andras con una carcajada y señaló que este no solo era judío, sino que además estaba en edad de cumplir el servicio militar. Las posibilidades de que le concedieran otro visado de dos años eran comparables a las que tenía él, Márkus Kovács, de pasar las siguientes vacaciones en Corfú con Lily Pons, ja, ja, ja. Su superior, un hombre más serio, pero igual de maloliente —apestaba a cigarros, salchichas y sudor—, examinó la carta de la École Spéciale y declaró, con una mirada patriótica de reojo a la bandera húngara, que no sabía francés. Cuando Andras le tradujo la carta, el superior afirmó que, si en la facultad le tenían tanto cariño, sin duda estarían dispuestos a recibirlo en cuanto terminara sus dos años de servicio militar. Andras había insistido, presentándose en la oficina día tras día, cada vez más frustrado y angustiado. Agosto estaba llegando a su fin. Debían volver a París. La situación de Klara era peligrosa y, cuanto más tiempo permanecieran allí, mayor riesgo correría. Luego, la primera semana de septiembre, Europa entró en guerra.

Con el más endeble de los pretextos, Hitler ordenó que un millón y medio de soldados y dos mil tanques atravesaran la frontera polaca. El diario de Budapest publicó fotografías de jinetes polacos enfrentándose con espadas y lanzas a carros de combate alemanes. El periódico del día siguiente mostraba un campo de batalla salpicado de caballos desmembrados y restos de armaduras antiguas, y a unos risueños soldados de la división motorizada que se ponían grebas y petos. El periódico informaba de que las armaduras se expondrían en el Museo de la Conquista que se estaba construyendo en Berlín. Unas semanas después, mientras Alemania y Rusia negociaban la división del territorio conquistado, Andras fue llamado a filas. Pasarían dieciocho meses más antes de que Hungría entrara en guerra, pero el reclutamiento de los judíos había empezado en julio. Andras se presentó en las oficinas del batallón en Soroksári út, donde se enteró de que su compañía, la 112/30, se desplegaría en Rutenia. Debía partir al cabo de tres semanas.

Fue a la lencería de Váci utca para dar la noticia a Mátyás, que estaba montando un nuevo escaparate. Un grupo de damas de mediana edad bien vestidas observaba desde la acera cómo Mátyás cubría una hilera de maniquíes de sastre con una serie de prendas de ropa interior femenina cada vez más pequeñas, una casta parodia detenida en el tiempo. Cuando Andras golpeó el cristal con los nudillos, su hermano levantó un dedo para indicarle que esperara. Terminó de prender con alfileres una combinación lila y desapareció por una puertecilla del tamaño de un duende que había en el escaparate. Un momento después apareció en la puerta de la tienda, con una cinta métrica en los hombros y la solapa acribillada de alfileres. Había cambiado en los últimos dos años: ya no era un chico esquelético, sino un joven esbelto y fuerte. Se movía por el ballet mundano de sus días con la desenvuelta elegancia de un bailarín. En su mandíbula había siempre una sombra de barba, y en la garganta había aparecido la forma de una nuez de Adán. Tenía el cabello espeso y moreno y los pómulos altos y marcados como su madre.

—Me falta vestir aún a un par de chicas de alambre —dijo—. ¿Por qué no vienes conmigo? Puedes hablar mientras yo voy poniendo los alfileres.

Entraron en la tienda y se metieron en el escaparate a través de la puertecilla de duende.

—¿Qué te parece? —dijo Mátyás mirando un maniquí con la cintura muy estrecha—. ¿El camisón rosa o el azul?

Tenía la costumbre de arreglar los escaparates en horario de atención al público porque había descubierto que atraía a muchos clientes, personas que decidían comprar los artículos que estaba colocando.

—El azul —respondió Andras—: ¿A que no sabes dónde estaré dentro de tres semanas?

—En París no, supongo.

—En Rutenia, con mi compañía de trabajo.

Mátyás negó con la cabeza.

—Yo de ti me largaría ahora mismo. Sube a un tren con destino a París y solicita asilo político. Diles que te niegas a hacer el servicio militar en un país que acepta tierras de los nazis. —Clavó un alfiler en el tirante del camisón.

—No quiero ser un fugitivo. Estoy prometido. Además, las fronteras francesas están ahora cerradas.

—Pues vete a otro país. A Bélgica. A Suiza. Tú mismo has dicho que Klara no está segura aquí. Llévala contigo.

—¿Echarnos a la carretera como vagabundos? ¿Los dos?

—¿Por qué no? Es mucho mejor eso que acabar en Rutenia. —De pronto se irguió y se quedó mirando a Andras, con expresión sombría—. No tienes más remedio que ir, ¿verdad?

—No veo otra salida. El primer despliegue dura solo seis meses.

—Y entonces te darán un miserable permiso y luego te mandarán allí otros seis meses. Y vendrás de nuevo y volverás a irte. —Mátyás cruzó los brazos —. Sigo pensando que deberías largarte.

—Ojalá pudiera, créeme.

—Klara no estará muy contenta cuando se entere.

—Lo sé. Ahora iba a verla. Me espera en casa de su madre.

Mátyás le deseó suerte dándole una palmada en el hombro y abrió la puertecilla para que pasara. Andras salió de la tienda y se despidió de Mátyás con la mano al pasar junto a las mujeres que se habían detenido a observar. Apenas podía creer que pronto sería octubre y no volvería a la facultad. En los últimos días había leído obsesivamente el *Diario de Pest* en busca de noticias de París. El periódico de ese día informaba de las aglomeraciones en las estaciones de ferrocarril desde las que se evacuaba a dieciséis mil niños al campo. Si él y Klara se hubieran quedado en Francia, tal vez también habrían abandonado la ciudad, o quizá habrían decidido permanecer en París, dispuestos a afrontar lo que fuera. Sin embargo, ahí estaba, en Budapest, caminando por Andrássy út en dirección a Városliget, hacia las avenidas arboladas de la infancia de Klara.

Pasar la tarde en la casa de Benczúr utca ya era casi algo normal, aunque solo llevaban un mes en Budapest. Cuando llegaron la situación de Klara les pareció tan precaria que no se atrevieron a presentarse allí; tomaron una habitación a nombre de Andras en un hotel pequeño y discreto de Cukor utca, y decidieron que lo mejor era avisar a la madre de Klara de la presencia de su hija en Budapest antes de que esta fuera a visitarlas. La tarde siguiente Andras fue a Benczúr utca y se presentó a la criada como amigo de József. La criada lo condujo a la misma sala de estar con tapicería rosa y dorada donde había pasado una hora embarazosa el día de su partida a París. Las dos señoras Hász estaban jugando a las cartas en una mesa dorada junto a la ventana. József estaba acomodado en un sillón de color salmón con un libro en el regazo. Cuando vio a Andras en la puerta, se levantó de un salto y lo saludó con la alegría que era de esperar y pronunció las obligadas palabras de pesar porque Andras también se hubiera visto forzado a volver a Budapest. La señora Hász joven le saludó educadamente

con una inclinación de la cabeza, y la mayor le dedicó una sonrisa de bienvenida que indicaba que lo había reconocido. Sin embargo, algo en la expresión de Andras debió de llamar la atención a la madre de Klara, porque un momento después dejó los naipes sobre la mesa y se puso en pie.

—Señor Lévi —dijo—, ¿se encuentra bien? Está un poco pálido.

Cruzó la habitación para tomarle la mano, con expresión estoica, como si se preparara para recibir malas noticias.

—Estoy bien —respondió él—. Y Klara también.

La mujer lo miró con franca sorpresa, y la madre de József también se levantó.

—Señor Lévi… —dijo, y se interrumpió, como si no supiera cómo advertir a Andras sin revelar demasiado a su hijo.

—¿Quién es Klara? —preguntó József—. Supongo que no te referirás a Klara Hász.

—Pues sí —contestó Andras. Y explicó que hacía dos años había llevado a Klara una carta de su madre y más tarde la había conocido—. Ahora utiliza el apellido Morgenstern —añadió—. Conoces a su hija. Elisabet.

József se sentó lentamente en el sillón adamascado, como si Andras acabara de asestarle un puñetazo.

—¿Elisabet? —repitió—. ¿Me estás diciendo que Elisabet Morgenstern es la hija de Klara? ¿Klara, mi tía perdida? —De pronto debió de recordar los rumores sobre la relación entre Andras y la madre de Elisabet Morgenstern, porque palideció y miró al joven como si lo viera por primera vez.

—¿Por qué ha venido? —preguntó la señora Hász joven—. ¿Qué quiere decirnos?

Entonces Andras les dio la noticia: Klara no solo estaba bien, sino que se hallaba en Budapest y deseaba ver a su madre. En cuanto hubo acabado, los ojos de la madre de Klara se llenaron de lágrimas, y a continuación su

rostro quedó ensombrecido por una expresión de terror. Preguntó por qué Klara había corrido un riesgo tan grande.

—Me temo que soy culpable en parte —respondió Andras—. Yo debía volver a Budapest. Klara y yo estamos prometidos.

Tras estas palabras se produjo cierto revuelo en el salón. La madre de József perdió por completo la compostura; con una voz de soprano teñida de pánico exigió saber cómo había podido suceder tal cosa, y acto seguido declaró que no quería saberlo, que era ridículo e impensable. Llamó a la criada y le pidió su medicamento para el corazón, tras lo cual ordenó a József que fuera enseguida a buscar a su padre al banco. Un momento después se retractó con el argumento de que una salida apresurada de György despertaría sospechas innecesarias. Mientras tanto la anciana señora Hász imploraba a Andras que le dijera dónde se hallaba Klara, si estaba a salvo y cómo podía verla. Andras, en el centro de aquel torbellino, empezó a preguntarse si cuando saliera de ahí seguiría prometido con Klara, o si su hermano y su cuñada ejercerían algún poder esotérico que anularía cualquier vínculo entre un miembro de la clase de Klara y uno de la suya. József Hász lo miraba ahora con una expresión desconocida, tal vez un poco hostil: de confusión, traición y, lo más angustioso para Andras, desconfianza.

Pronto quedó claro que nada impediría a la señora Hász ir a ver a Klara enseguida. Ya había avisado al chófer. Quería que Andras la acompañara. El coche los dejaría a cierta distancia del hotelito de Cukor utca y harían a pie el resto del camino. Sin despedirse de Andras, József se llevó a su madre arriba para calmarla. La madre de Klara dirigió a Andras una mirada que daba a entender lo ridículo que le parecía el comportamiento de su nuera. Se puso un abrigo y salieron para subir al coche, que ya los estaba esperando. Durante el trayecto suplicó al joven que le dijera si Klara estaba bien, cómo era ahora y, por último, si ella deseaba verla.

—Más que nada en el mundo —contestó Andras—. Usted ya lo sabe.

—¡Dieciocho años! —susurró ella, y guardó silencio, conmovida.

Mucho después el coche los dejó al principio de Andrassy út y Andras tomó del codo a la señora Hász. Mientras caminaban presurosos por las calles, a la anciana se le soltaron algunos cabellos del moño y el fular anudado apresuradamente se deslizó de su cuello. Andras cogió el cuadrado de seda violeta con los dedos al entrar en el estrecho vestíbulo del hotel. Al pie de la escalera de hierro forjado, la madre de Klara parecía presa de una muda inquietud. Subió los escalones con lentitud deliberada, como si necesitara tiempo para recordar algunas de las miles de imágenes de aquel momento con que tanto había fantaseado. Cuando Andras le indicó que habían llegado a la planta, lo siguió por el pasillo sin pronunciar palabra y lo miró con semblante serio mientras él sacaba la llave del bolsillo. Andras abrió la puerta.

Klara estaba junto a la ventana con su vestido beige. La luz de la mañana le daba en la cara y apretaba un pañuelo en la mano. Su madre se acercó a ella como una sonámbula, tomó sus manos, le acarició la cara, pronunció su nombre. Klara, temblorosa, apoyó la cabeza en el hombro de su madre y lloró. Ambas permanecieron en un silencio estremecedor mientras Andras las observaba. Esa escena era el reverso de la que había presenciado unas semanas atrás, cuando Elisabet partió: el regreso de una hija desaparecida, la materialización de lo intangible. Era consciente de que el reencuentro tenía lugar en la habitación diminuta de un hotel destartalado situado en una calle fea de Budapest, pero tenía la impresión de que la distancia entre la vida pasada de Klara y su presente se diluía. Ya no parecía impensable que Andras y ella pudieran iniciar una vida juntos. En aquel momento aún no habían empezado sus problemas en la oficina de visados de Budapest. La frontera francesa todavía estaba abierta. Todo parecía posible.

Al cabo de cuatro semanas, lo único que sabía con certeza era que no volvería a París como esperaba. Peor aún: pronto estaría lejos de Klara, en un bosque remoto y desconocido. Cuando esa tarde llegó a Benczúr utca con la noticia que acababa de comunicar a su hermano —que al cabo de tres semanas lo enviarían a la Rutenia carpática—, vio con alivio que no lo esperaba nadie más que Klara. Esta había pedido que les sirvieran el té en su habitación favorita, un precioso saloncito del primer piso con un asiento junto a la ventana que daba al jardín. Cuando era niña, explicó a Andras, era ahí donde se refugiaba siempre que quería estar sola. La llamaba la Sala del

Conejo por el hermoso grabado de Durero que estaba colgado sobre la repisa de la chimenea. Cuando él le contó lo que le habían dicho en la oficina del batallón, los dos se quedaron en silencio mirando la bandeja de *strudel* de nueces y semillas de amapola.

—Debes volver a París en cuanto abran la frontera francesa —dijo Andras por fin—. Me aterra pensar en el peligro que corres.

—París no será más seguro —repuso ella—. Pueden bombardearlo en cualquier momento.

—Podrías ir al campo con la señora Apfel. Podrías ir a Niza.

Ella negó con la cabeza.

—No te dejaré aquí. Nos casaremos.

—Es una locura que te quedes. Tarde o temprano descubrirán quién eres.

—Ya no tengo nada en París. Elisabet se ha marchado. Tú estás aquí.

Mi madre y György están aquí. No puedo volver, Andras.

—¿Y tus amigos? ¿Y tus alumnas? ¿Y el resto de tu vida?

Ella negó con la cabeza.

—Francia está en guerra. Mis alumnas se han marchado al campo. De todos modos tendría que cerrar la escuela, al menos por una temporada. Puede que la guerra sea corta. Con un poco de suerte terminará antes de que hayas acabado el servicio militar. Entonces te darán otro visado y regresaremos juntos a París.

—¿Y tú te quedarás aquí todo ese tiempo, en peligro?

—Viviré discretamente con tu apellido. Nadie tiene motivos para venir a buscarme. Alquilaré el piso y el estudio de París y buscaré alojamiento en el barrio judío. Puede que dé clases particulares.

Andras suspiró y se pasó las manos por la cara.

—Eso me matará —dijo—. Saber que vives en Budapest, fuera de la ley.

—Ya vivía fuera de la ley en París.

—¡Pero la ley estaba mucho más lejos!

—No te dejaré solo en Hungría —insistió Klara—. No hay más que hablar.

Andras nunca se habría atrevido a imaginar que él y Klara se casarían en la sinagoga de la calle Dohány, ni que sus padres y Mátyás estarían allí para verlo; sin duda nunca había soñado que también estaría la familia de Klara: su madre, que había cambiado su atuendo de viuda por un vestido de seda rosa, llorando de alegría; la señora Hász joven, con los labios apretados y muy erguida, ataviada con un vestido largo drapeado de Vionnet; György, cuyo afecto por su hermana Klara había vencido todos los recelos que pudiera haber albergado sobre Andras, ufano y nervioso como si fuera el padre de la novia, y József Hász, que lo observaba todo con muda indiferencia. El palio nupcial fue el chal de plegaria de Béla el Afortunado, y el anillo de boda de Klara, la sencilla alianza de oro que había pertenecido a la madre de Béla. Se casaron una tarde de octubre en el patio de la sinagoga. Una ceremonia magnífica en el santuario estaba fuera de lugar. Su unión no podía ser del dominio público, con excepción de los documentos en los que el nombre de la novia se alejaría aún más de la Klara Hász que antaño había sido. Klara no podía adquirir la ciudadanía húngara, debido a una ley antisemita aprobada en mayo, pero sí adoptar el apellido de Andras y solicitar un permiso de residencia. El padre de Andras leyó en voz alta el contrato matrimonial, pues su formación en la escuela rabínica de Aramaic lo había preparado para ejercer tal papel. Y la madre de Andras, cohibida ante los pocos invitados reunidos, presentó la copa que el novio había de romper con el pie.

Lo que nadie mencionó —ni durante la boda ni durante el banquete celebrado acto seguido en Benczúr utca— fue la inminente partida de Andras a la Rutenia carpática, pero en todos los acontecimientos del día la certeza de su marcha latió como una elegía. József se había salvado de un destino parecido; la familia Hász había conseguido que se le eximiera del

servicio militar sobornando a un funcionario. El precio de la exención había sido proporcional a la riqueza de los Hász: habían tenido que regalar al funcionario su chalet a orillas del lago Balatón, donde Klara pasaba los veranos de niña. József había logrado que le renovaran el visado de estudiante y tenía previsto volver a Francia en cuanto se reabriera la frontera, aunque nadie sabía cuándo ocurriría eso, ni si Francia aceptaría la entrada de ciudadanos de países aliados de Alemania.

Los padres de Andras no estaban en condiciones de comprarle una exención. El almacén de madera apenas cubría sus necesidades. Klara había insinuado que su hermano podía echarle una mano, pero Andras se negó a hablar de tal posibilidad. Para empezar, corrían el riesgo de que las autoridades relacionaran a Andras con la familia Hász; además, no deseaba ser una carga económica para György. Desesperada, Klara propuso vender el piso y el estudio de París, pero Andras tampoco quiso oír hablar de eso. La casa de la rue de Sévigné era el hogar de Klara. Si su situación en Hungría se volvía más precaria, tendría que regresar allí como fuera. Y había otro elemento menos práctico para tomar esta decisión: mientras Klara poseyera el piso y el estudio, era posible imaginar que algún día volverían a París. Andras soportaría los dos años de servicio militar y, como había dicho Klara, cuando lo hubiera terminado tal vez la guerra habría acabado y podrían regresar a Francia.

En el banquete de boda celebrado en Benczúr utca, Andras consiguió olvidar su inminente partida durante unas pocas horas de felicidad. En una galería espaciosa de la que habían retirado los muebles, lo alzaron en una silla junto a la novia mientras los músicos tocaban música cíngara. Después bailó con Mátyás y sus padres, cogidos de los brazos, girando hasta tambalearse. József Hász, que no podía resistirse a adoptar el papel de anfitrión ni siquiera en una boda que parecía desaprobar, se encargó de mantener siempre llenas las copas de champán. Y puesto que la tradición dictaba que había que hacer reír a los novios, Mátyás bailó claqué imitando a Chaplin, con un bastón que se doblaba y una chistera que no cesaba de brincar. Klara lloró de risa. La tez pálida de su frente había adquirido un matiz sonrosado y se le habían soltado algunos rizos morenos del moño.

De todos modos su alegría no podría haber sido completa. Andras no podía pasar por alto la frialdad de la señora Hász joven ni todos los detalles que le recordaban que de joven Klara había tenido una vida muy distinta de la suya. Advertía que su madre, elegante con un vestido largo gris, parecía temerosa al coger las delicadas copas de champán de los Hász; su padre tenía poco que decir al hermano de Klara, y menos aún a József. De haber estado allí, Tibor habría encontrado la forma de tender un puente entre ambas familias, pensó Andras. Pero Tibor no estaba, evidentemente, y tampoco otras tres personas cuya ausencia hacía que los acontecimientos del día parecieran irreales: Polaner y Rosen, que habían mandado telegramas de felicitación, y Ben Yakov, de quien no tenía noticias. Sabía que Klara también experimentaba cierto pesar en medio de la felicidad: debía de estar pensando en su padre, y en Elisabet, que se hallaba a miles de kilómetros de distancia.

Se habló de la guerra y de la posible participación de Hungría. Ahora que había caído Polonia, afirmó György Hász, Gran Bretaña y Francia tal vez presionaran a Alemania para que declarara un cese de las hostilidades antes de que Hungría se viera obligada a acudir en ayuda de su aliado. A Andras le parecía poco probable, pero el día exigía un punto de vista optimista. Estaban a mediados de octubre, era una de las últimas tardes cálidas del año. La luz vespertina bañaba los árboles y una neblina dorada inundaba el jardín como un mar de miel. Mientras el sol descendía hacia el muro del jardín, Klara cogió a Andras de la mano y salió con él. Lo condujo hasta un rincón del jardín detrás de un seto, donde había un banco de mármol junto a una cascada de hiedra. Andras tomó asiento y sentó a Klara sobre sus rodillas. Percibió en su cuello, cálido y húmedo, el perfume de rosas mezclado con el olor salobre y ligeramente mineral del sudor. Klara inclinó la cabeza, y cuando él la besó sabía a pastel de boda.

Ese fue el momento que revivió una y otra vez durante las noches que pasó en las estribaciones de los Cárpatos. Ese momento y los que vinieron después en la suite del hotel Gellért. Su luna de miel había sido breve: solo tres días. Ahora esos días lo sustentaban como si fueran pan: el momento en que se registraron en el hotel como marido y mujer; la expresión de alivio de ella cuando por fin estuvieron solos en su habitación; su sorprendente timidez en la cama nupcial; la curva de su espalda desnuda entre las sábanas

arrugadas cuando se despertaron por la mañana; el anillo de boda, cuyo peso le sorprendía como una novedad. Parecía un lujo incongruente llevarlo ahora mientras trabajaba, no solo por el contraste del oro con la tierra y la grisura de todo cuanto lo rodeaba, sino porque parecía parte de su intimidad con Klara, algo maravillosamente privado. *Ani l'dodi ve dodi li*, había dicho ella en hebreo al entregárselo, un verso del Cantar de los Cantares: «Soy de mi amado y mi amado es mío». Él era de ella y ella de él, incluso en la Rutenia carpática.

Él y sus compañeros de trabajo vivían en una granja en una aldea abandonada, cerca de una cantera que hacía mucho tiempo que había dado todo el granito que le habían podido arrancar. Andras ignoraba cuánto tiempo llevaba desocupada la granja; en el establo apenas se percibía el olor de los animales. En el establo dormían cincuenta hombres —veinte en lo que antes era el gallinero y treinta en las cuadras—, y otros cincuenta en unos barracones de reciente construcción. Los capitanes de sección, el comandante de la compañía, el médico y los capataces dormían en la granja, donde diponían de camas e instalaciones sanitarias. En el establo, cada hombre tenía un catre y un colchón relleno de heno. Al pie de cada catre había una caja de madera con el número de identificación del propietario. La comida no faltaba, aunque era escasa: café y pan por la mañana, sopa de patatas o alubias a mediodía, más sopa y pan por la noche. Tenían ropa suficiente para mantenerse abrigados: gabanes y uniformes de invierno, ropa interior de lana, calcetines y botas negras de piel rígida. Sus gabanes, camisas y pantalones eran prácticamente idénticos a los del uniforme del resto del ejército húngaro. La única diferencia era la M verde cosida en la solapa, inicial de Munkaszolgálat, servicio de trabajo. Pero nadie decía nunca Munkaszolgálat; lo llamaban Musz, una sola sílaba llena de resentimiento. En el Musz, decían sus compañeros, eran como cualquier otro miembro del ejército; la diferencia era que su vida no valía nada. En el Musz, decían, les pagaban lo mismo que a cualquier recluta: lo suficiente para que sus familias se murieran de hambre. En el Musz no pretendían matarlos, solo utilizarlos hasta que desearan suicidarse. Había además otra diferencia: todos los de su compañía del servicio de trabajo eran judíos. El Ministerio de Defensa húngaro consideraba peligroso que los judíos empuñaran armas. Los militares no se fiaban de ellos y los mandaban a talar

árboles, construir carreteras y puentes, levantar barracones del ejército para las tropas que estarían apostadas en Rutenia.

Había ciertos privilegios que Andras no había previsto. Por estar casado recibía una paga extra y un pequeño subsidio de vivienda. Tenía un libro de pagos con el sello real húngaro y dos veces al mes le entregaban cheques del gobierno. Se le permitía mandar y recibir cartas y paquetes, aunque todo estuviera sometido a inspección. Y gracias a su título de bachiller le dieron el puesto de oficial del servicio de trabajo. Era el jefe de un pelotón de veinte hombres. Tenía una gorra de oficial y una insignia con dos galones en el bolsillo, y los demás miembros del pelotón debían saludarlo y llamarlo «señor». Tenía que pasar lista y organizar los turnos de guardia nocturna. Sus veinte hombres debían dirigirse a él con sus peticiones especiales o problemas; él decidía en casos de desacuerdo. Dos veces por semana debía informar al comandante de la compañía sobre la situación de su pelotón.

La 112/30 tenía asignada la tarea de despejar un camino en el bosque donde se construiría una carretera en primavera. Todos los días se levantaban aún de noche y se lavaban con agua de nieve fundida; luego se vestían y se calzaban las botas endurecidas por el frío. A la tenue luz rojiza de la estufa de leña tomaban café amargo y comían su ración de pan. Seguía entonces una sesión de gimnasia: flexiones, estiramientos y saltos en cuclillas. Después, a una orden del comandante, formaban en el patio, con las hachas al hombro a modo de fusiles, y marchaban en la oscuridad hacia el lugar de trabajo.

La única sorpresa que aquel lugar deparó a Andras fue la identidad de uno de sus compañeros de trabajo. Era nada más y nada menos que Mendel Horovitz, que durante seis años había asistido con él al instituto de Debrecen, y que había batido el récord húngaro de cien metros lisos y salto de longitud en las pruebas de selección para los Juegos Olímpicos de 1936. Durante diez minutos Mendel había sido miembro del equipo olímpico húngaro. Tras su último salto, alguien le había puesto una chaqueta oficial sobre los hombros y le había llevado a la mesa de inscripción, donde el secretario del equipo tomaba nota de los datos personales de todos los atletas que se habían clasificado. La tercera pregunta, después de «nombre» y «ciudad de origen», había sido «religión», y era ahí donde Mendel había

fallado. Evidentemente, sabía de antemano que los judíos tenían prohibido participar en las pruebas, pero se había presentado como forma de protesta y con la esperanza vana de que hicieran una excepción con él. No la habían hecho, por supuesto, decisión que más tarde lamentarían los jefes del equipo: el récord de Mendel en los cien metros era una décima de segundo inferior a la marca que le valió a Jesse Owens la medalla de oro.

Cuando Mendel y Andras se encontraron en la cochera de trenes del servicio de trabajo en Budapest, se dieron tantos abrazos y lanzaron tantas exclamaciones que los dos empezaron su estancia en el Munkaszolgálat con una falta por mal comportamiento. Mendel era un joven de cara hosca, con una boca de expresión irónica en forma de uve y unas cejas parecidas a las antenas vellosas de una polilla. Nacido en Zalaszabar, había estudiado en el *gimnázium* de Debrecen gracias a la generosidad de un tío materno que estaba empeñado en que su protegido fuera matemático. Sin embargo, Mendel no sentía ninguna inclinación por la abstracción matemática, y tampoco aspiraba a ser atleta, a pesar de su valía. Lo que deseaba era ser periodista. Tras la decepción del equipo olímpico, entró a trabajar de corrector en el *Correo Vespertino de Budapest*. Pronto empezó a escribir sus propias columnas, piezas satíricas breves y deliciosas que dejaba en el buzón del director con un seudónimo y que de vez en cuando veía publicadas. Cuando lo llamaron a filas llevaba un año trabajando en el *Correo Vespertino*, tras haberse librado de la ola de despidos que siguió al establecimiento de la cuota de judíos entre los miembros de prensa en un seis por ciento. A Andras le parecía que se tomaba con notable optimismo el hecho de que le hubieran mandado a Subcarpacia. Le gustaban las montañas, decía, estar al aire libre y trabajar con las manos. Ni siquiera le importaba tener que dedicarse a la agotadora tarea de talar árboles.

Mendel y él formaban un buen equipo. Se contaban entre los más rápidos del grupo y se habían ganado la admiración del capataz. Sin embargo, poca satisfacción podía proporcionarle esa tarea en aquellas circunstancias; le habían arrebatado la vida, le habían separado no solo de Klara, sino también de todo cuanto había considerado importante en los últimos dos años. En octubre, cuando debería haber estado comentando con Le Corbusier los planos para construir un club deportivo en la India, estaba talando árboles. En noviembre, cuando debería haber estado realizando proyectos

para la exposición, estaba talando árboles. Y en diciembre, cuando tenían lugar los exámenes de mitad de curso, estaba talando árboles. Sabía que debido a la guerra se habían interrumpido temporalmente las clases, pero era probable que ya se hubieran reanudado; Polaner, Rosen y Ben Yakov —y, peor aún, aquellos idiotas que le habían insultado cuando obtuvo el Prix du Amphithéâtre— estarían trabajando para conseguir la licenciatura, convirtiendo edificios imaginados en líneas negras sobre papel de dibujo. Sus amigos todavía se reunirían por las noches en la Paloma Azul para tomar una copa, continuarían viviendo en el Quartier Latin, seguirían con su vida.

O eso suponía, hasta que Klara le mandó un fajo de cartas que contenía misivas de París. Así se enteró de que Polaner se había incorporado a la Legión Extranjera.

Ojalá te hubieras alistado conmigo —escribía—. Ahora estoy haciendo la instrucción en la École Militaire. Esta semana he aprendido a disparar un fusil. Por primera vez en mi vida ardo en deseos de utilizar armas de fuego. Los periódicos están llenos de horrores: Einsatzgruppen de las SS que pillan a profesores, artistas y boy scouts, y los ejecutan en la plaza del pueblo; trenes cargados de judíos polacos a los que trasladan a marismas miserables en los alrededores de Lublin. Mis padres siguen en Cracovia, pero mi padre ha perdido su fábrica. Lucharé contra el Reich y moriré si es necesario.

Por su parte Rosen pensaba emigrar a Palestina con Shalhevet.

La ciudad es un verdadero aburrimiento sin ti —escribía con su letra desgarbada—. Además, ya no tengo paciencia para los estudios. Con Europa en guerra, la facultad parece inútil. Pero no pienso ponerme delante de los tanques como Polaner. Prefiero seguir vivo y trabajar. Shalhevet cree que podemos crear una fundación benéfica para ayudar a los judíos a salir de Europa. Buscar norteamericanos ricos que la subvencionen. Es una chica lista. A lo mejor lo consigue. Si todo va bien, nos marcharemos en mayo. A partir de ahora solo te escribiré en hebreo.

Ben Yakov, exhausto mentalmente por los sucesos del año anterior, había pedido permiso para ausentarse de la facultad e ir a casa de sus padres en Ruán. Andras no se enteró de la noticia por él, sino a través de Rosen, que le anunció que Ben Yakov se pondría pronto en contacto con él. En el mismo paquete de cartas había un telegrama enviado a la dirección de Klara en Budapest: ANDRAS: SIN RESENTIMIENTOS ENTRE NOSOTROS. A PESAR DE TODO, SIEMPRE TU AMIGO. QUE DIOS TE PROTEJA. BEN YAKOV.

Klara le escribía todas las semanas. Había conseguido el permiso de residencia; para el gobierno húngaro era Claire Lévi, esposa de origen francés de un recluta del servicio de trabajo. Había alquilado el piso de la rue de Sévigné a un compositor polaco que había huido a París; el compositor conocía a una profesora de ballet que necesitaba un estudio nuevo, así que también tenía arrendado el local. Klara vivía en un piso de Király utca y había encontrado un estudio, tal como deseaba. Había aceptado algunas alumnas y pronto empezaría a dar clase. Llevaba una vida tranquila y solitaria, veía a su madre a diario, paseaba por el parque con su hermano los domingos por la tarde; habían ido juntos a visitar la tumba de su profesor, Viktor Romankov, que había muerto de una embolia tras veinte años de enseñanza en la escuela del Ballet Nacional. Budapest estaba preñada de recuerdos, explicaba Klara. A veces olvidaba por completo que era una adulta y se descubría caminando hacia la casa de Benczúr utca, esperando encontrar vivo a su padre, a su hermano como un jovencito alto que estudiaba en el *gimnázium*, su habitación de la infancia intacta. A veces se sentía melancólica, y sobre todo echaba de menos a Andras. Pero Andras no debía temer por ella. Estaba bien. Parecía a salvo.

En primavera el bosque se llenó del aroma de la tierra negra y la algarabía de los pájaros que cantaban desde el alba hasta el ocaso. De la noche a la mañana aparecieron cortinas nuevas en las ventanas de las casas vacías que encontraban camino del lugar de trabajo. Había niños en los campos y ciclistas en los caminos, y de los hostales de carretera salía el olor a salchichas asadas. El permiso prometido se había pospuesto hasta finales de

verano; había demasiado trabajo, les dijo el comandante, para que la compañía se tomara un descanso.

En el mismo anillo de estribaciones montañosas donde Andras y sus compañeros habían aguantado interminables meses de trabajo, ahora se reunían los húngaros para tomar el fresco, comer frutos silvestres con nata y bañarse en los gélidos lagos. Pero para los reclutas obreros el trabajo continuaba. Ahora que el suelo se había descongelado y ablandado, ahora que se habían talado los árboles para despejar una franja de bosque, la Compañía de Trabajo 112/30 tenía que arrancar los gigantescos tocones para aplanar el terreno y extender la grava para construir la carretera. Los meses de verano aparecían en el horizonte con su promesa de días calurosos entre asfalto y alquitrán. Parecía que nada iba a cambiar. En junio llegó otro paquete de cartas de Klara, y con él, noticias de Tibor y de Francia.

Tibor e Ilana se habían casado en mayo, tras un largo noviazgo y un período de reconciliación con los padres de la joven. Un rabino llamado Di Samuele había intercedido por la pareja. Había sido tan buen intermediario que los padres de Ilana habían invitado por fin a Tibor a cenar un sabbat.

Aun así —escribía Tibor—, creí que su padre iba a pegarme un puñetazo en el ojo. El malo era yo, no Ben Yakov; yo era el hombre que había acompañado a su hija en el tren. Cada vez que me atrevía a hacer un comentario sobre algún punto de interpretación bíblica, su padre se reía como si mi ignorancia le hiciera mucha gracia. La madre de Ilana olvidaba deliberadamente pasarme la comida. En mitad de la cena, el Todopoderoso realizó una intervención arriesgada: el padre de Ilana cayó de la silla, medio muerto a causa de un infarto. Lo mantuve vivo con un masaje cardíaco hasta que llegó un médico de verdad. Al final sobrevivió y yo fui el héroe de la noche. El signor y la signora Di Sabato cambiaron de opinión. Ilana y yo nos casamos al cabo de un mes. Volvimos a Hungría cuando expiró mi visado y desde entonces vivimos en Budapest, no muy lejos de tu encantadora esposa, tratando de hacerle compañía y de poner mis papeles en regla para regresar a Italia. He llevado a Ilana a conocer a anya y apa. Les gustó, ellos le gustaron a ella, y nuestro padre se achispó y al final de la velada nos animó a darle pronto nietos. En cuanto a tu hermano menor, campa a sus anchas. Este mes debuta en el Pineapple Club, donde la gente

pagará una buena cantidad para verle bailar claqué sobre un piano blanco. No sé cómo, pero también ha conseguido aprobar los exámenes de bachillerato. Sigue decorando escaparates y tiene más clientes de los que puede atender. Sin embargo, su novia le ha dejado por un sinvergüenza. Te manda recuerdos y una foto.

En la foto se veía a Mátyás con chistera, corbata blanca y frac, un bastón en la mano, y un pie inclinado sobre el otro mostrando el destello de la tapa metálica de la suela.

Pienso siempre en ti —escribía Tibor—. Espero que no llegues a necesitar las medicinas que te mando, pero por si acaso he intentado reunir un hospital de campo en miniatura. Temiendo por tu seguridad y convencido de tu fortaleza, tu hermano que te quiere,

TIBOR

La siguiente carta era de Mátyás, fechada el 29 de mayo y escrita con unos garabatos furiosos.

Me han reclutado —informaba a Andras—. Menudos cabrones. No me obligarán a trabajar para ellos. Horthy dice que protegerá a los judíos. ¡Mentiroso! Gyula Kohn, mi amigo del gimnázium, murió en el servicio de trabajo el mes pasado. Le dolía el costado y tenía fiebre, pero la mandaron a trabajar de todos modos. Era apendicitis. Murió tres días después. Tenía mi edad, diecinueve años.

La última carta era de Klara, con un recorte de periódico en el que se veía al Decimoctavo Ejército Alemán marchar por las calles de París, y una bandera nazi enorme colgada del ayuntamiento. Andras se sentó en su catre y miró las fotografías. Recordó su breve paso por Alemania, que parecía haber tenido lugar hacía siglos: la parada en Stuttgart, donde intentó comprar pan en una tahona que no servía a judíos. Era allí donde había visto la bandera roja colgada de la fachada de la estación de tren, una

exhibición de fervor nacionalsocialista de cinco pisos de altura. Se negaba a creer lo que contaba el texto que acompañaba a la foto: que esa misma bandera ondeaba en todos los edificios oficiales de París; que Paul Reynaud, sucesor de Daladier, había dimitido; que el nuevo primer ministro, Philippe Pétain, había declarado que Francia colaboraría con Hitler en la formación de la nueva Europa. Incluso el *Liberté, Égalité, Fraternité* se había sustituido por un nuevo eslogan: *Travail, Famille, Patrie*. Corría el rumor de que todos los judíos que se habían alistado voluntarios en el ejército francés serían apartados de sus batallones y encerrados en campos de concentración, desde donde los deportarían al Este.

Polaner. Pronunció el nombre en voz alta en el aire húmedo con olor a heno. Reprimió las lágrimas. Estaba a miles de kilómetros de distancia, no podía hacer nada; nadie podía hacer nada. Hitler ya tenía lo que quería de Polonia. Tenía Luxemburgo, Bélgica y Holanda, tenía Checoslovaquia y Yugoslavia, tenía a Italia como miembro del Pacto Tripartito; tenía a Hungría como aliada, y ahora tenía a Francia. Ganaría la guerra, ¿y qué sería de los judíos de los países conquistados? ¿Los obligarían a emigrar, los deportarían a marismas del centro saqueado de Polonia? Era imposible concebir lo que podía pasar.

Salió al patio iluminado por la luna para leer la carta de Klara. Era una noche húmeda; una neblina cubría el campo de reunión, donde había crecido la hierba con las lluvias de junio. El soldado apostado junto a la puerta del establo se llevó la mano a la gorra al ver a Andras. A esas alturas todos se conocían bien y nadie creía que alguno fuera a desertar. De todos modos allí, en la Rutenia carpática, no había ningún lugar adonde ir.

Pronto recibirían todos su primer permiso, con transporte gratuito a Budapest. Andras eligió una de las piedras grandes que bordeaban el campo de reunión, iluminado por la luz clara y blanca de la luna que traspasaba unos pocos pañuelos arrugados de nubes.

Mi querido Andráska:

Francia ha caído. Apenas puedo creerlo mientras escribo estas líneas. Es una tragedia, un horror. El mundo ha perdido la cabeza. La señora Apfel

ha escrito diciendo que todo París ha huido hacia el sur. Tengo suerte de estar en Hungría, no en Francia bajo la bandera nazi.

Me alegró recibir tu carta del 15 de mayo. Qué alivio saber que estás bien y que has sobrevivido al invierno. Faltan pocos meses para que vengas. Mientras tanto quiero que sepas que estoy bien, tan bien como puedo estar sin ti. Ya tengo veinticinco alumnas. Todas muy bien preparadas y todas judías. ¿Qué será de ellas, Andras? No les hablo de mis temores, por supuesto; practicamos y ellas aprenden.

Mi madre sigue bien. György y Elza están bien. Tus hermanos están bien. ¡Todos estamos bien! Es lo que hay que poner en las cartas. Pero ya sabes cómo estamos, amor mío: muertos de miedo. Nuestras vidas están ensombrecidas por la incertidumbre. Te llevo siempre en mis pensamientos: al menos esto es cierto. Deseo que los días pasen deprisa hasta que vuelva a verte.

Con amor,

K.

OceanofPDF.com

27

«El Ganso Azul»

Andras resistió todo el verano pensando que pronto estaría con Klara, lo bastante cerca para tocarla, olerla y saborearla, libre para pasar el día en la cama con ella si le apetecía, para contarle todo cuanto le había sucedido durante aquellos largos meses y para escuchar qué le había pasado a ella por la cabeza durante su ausencia. Pensaba que vería a sus padres, que llevaría a Klara a su casa de Konyár por primera vez, que pasearía con sus padres y su esposa por los manzanales y las praderas. Pensaba que también vería a Tibor, que no había logrado que le renovaran el visado de estudiante y permanecía en Hungría con Ilana. Sin embargo en agosto, cuando debían concederle el pospuesto permiso, Alemania regaló a Hungría el norte de Transilvania. Los Cárpatos: esa blanca cordillera de granito entre el Occidente civilizado y el bárbaro Oriente, la barrera natural de Europa contra el gigantesco vecino comunista. Horthy los quería, aunque fuera al precio de estrechar su amistad con Alemania; Hitler los entregó, y poco después la amistad se formalizó con la entrada de Hungría en el Pacto Tripartito. La 112/30, tras completar su misión de construcción de la carretera en Subcarpacia antes de lo previsto, fue enviada en un vagón de tren a Transilvania. Allí, en el bosque virgen entre Mármaros-Sziget y Borsa, se embarcaron en el proyecto de tala de árboles y excavación de zanjas que duraría el resto del otoño y todo el invierno.

Cuando la temperatura empezó a bajar otra vez, Andras cayó en la cuenta de que llevaba un año, todo un año, sin ver a Klara. Solo habían vivido una semana juntos como marido y mujer. Todas las noches en los barracones los hombres lloraban o maldecían la pérdida de sus novias, prometidas, esposas, mujeres que los habían amado pero se habían cansado de esperar. ¿Qué seguridad tenía él de que Klara no se cansaría de su soledad? Siempre había estado rodeada de gente; en París su círculo social estaba formado por actores y bailarines, escritores y compositores, personas que le ofrecían un estímulo constante. ¿Qué le impediría crear esa clase de lazos en Budapest? Y en cuanto lo hiciera, ¿qué le impediría acudir a uno de sus nuevos amigos en busca de un consuelo más tangible? El espectro de Zoltán Novak se le

apareció una noche en un sueño: caminaba descalzo por Wesselényi utca con su esmoquin, hacia la sinagoga de la calle Dohány, donde una mujer que podría haber sido Klara lo esperaba en el patio en sombras. Sin duda Novak se habría enterado del regreso de Klara; sin duda intentaría verla. Quizá ya lo había hecho. Quizá en ese momento estaban juntos, en una habitación que él había alquilado para sus citas románticas.

A veces Andras tenía la sensación de que el servicio de trabajo lo estaba trastornando, de que sus pensamientos volaban sin rumbo como las cenizas de una hoguera. ¿Qué quedaría de él, se preguntaba, cuando volviera a Budapest? Llevaba meses batallando para aguzar la mente mientras trabajaba, intentando diseñar edificios y puentes en la pizarra de su cerebro cuando no podía dibujarlos en papel, recitando para sí los nombres en francés de elementos arquitectónicos para mantenerse despierto mientras levantaba barro con la pala o cortaba ramas con el hacha. *Porte*, *fenêtre*, *corniche*, *balcon*, palabras mágicas contra el deterioro mental. Ahora que la perspectiva de un permiso se alejaba, sus pensamientos comenzaron a atormentarlo. Imaginaba a Klara con Novak o entregada al recuerdo de Sándor Goldstein; pensaba en el lúgubre avance de la guerra, que ya duraba más de un año. Por una serie de recortes de periódico que le mandó su padre se enteró del brutal bombardeo de Londres, el ataque de los aviones de la Luftwaffe durante cincuenta y siete noches. Y mientras la guerra arrasaba Inglaterra, él y sus compañeros libraban una guerra menor contra los estragos del Munkaszolgálat. La 112/30 se desmoronaba poco a poco, hombre tras hombre: uno se rompió la pierna y hubo que mandarlo a casa, otro sufrió un ataque de diabetes y murió, otro se pegó un tiro con el arma de un oficial al enterarse de que su prometida había dado a luz el hijo de otro hombre. Mátyás también estaba en el servicio de trabajo, y Tibor acababa de ser llamado a filas. Andras había oído que enviaban a algunas compañías del servicio de trabajo a limpiar campos de minas en Ucrania. Imaginaba a Mátyás en un campo al amanecer, avanzando entre la niebla, con una vara en la mano, una rama partida, con la que tentar el terreno en busca de minas.

En diciembre, cuando una serie de ventiscas azotaron las montañas y los trabajadores hubieron de permanecer a menudo en los barracones, Andras cayó en una depresión paralizante. En lugar de leer, escribir cartas o dibujar

en su cuaderno húmedo e hinchado, se quedaba en la cama y se regodeaba en las misteriosas heridas que habían empezado a aparecer bajo su piel. Él era el jefe; teóricamente seguía siendo el capitán del pelotón, todavía debía conducir a los hombres al campo de reunión y supervisar la limpieza de los barracones, el mantenimiento de la estufa de leña y todos los pequeños detalles de su vida de estrecheces, pero cada vez más a menudo tenía la sensación de que ellos lo conducían y él los seguía lentamente, con las botas llenas de nieve. Apenas se enteró cuando, una tarde de domingo, durante una terrible ventisca, Mendel Horovitz decidió crear un periódico del Munkaszolgálat. Después de anotar algunas ideas en un cuaderno, Mendel pidió un fajo de papel y una máquina de escribir a un oficial para que el periódico pareciera más serio. No era un mecanógrafo rápido; tardó tres noches en escribir dos páginas. Mecanografiaba a todas horas. Sus compañeros le lanzaban botas para que parara, pero su deseo de terminar el diario superaba su miedo a los objetos voladores. Durante una semana trabajó todos los días siempre que tenía la oportunidad.

Cuando por fin acabó, se sentó en el borde del catre de Andras y le mostró las páginas. Fuera, el ulular del viento semejaba aullidos de zorros; era el tercer día consecutivo de la peor tormenta de la estación hasta la fecha, y la nieve alcanzaba las ventanas más altas del barracón. Aquel día estaban dispensados de trabajar. Mientras los demás se remendaban el uniforme, fumaban cigarrillos húmedos o charlaban junto a la estufa, Andras yacía en la cama, mirando al techo y pasándose la lengua por los dientes. Estaba asustado porque notaba los dientes sueltos y las encías blandas. Aquel mismo día había tenido una hemorragia nasal que le había durado horas. No estaba de humor para charlar. No le importaba lo que había escrito Mendel en las páginas que le mostraba. Se tapó la cabeza con la manta y se dio la vuelta.

—Venga, Parisi —dijo Mendel, apartando la manta—. Ya está bien de compadecerse.

Parisi: así le llamaba Mendel; envidiaba a su amigo por el tiempo que había vivido en Francia y le habría gustado conocer todos los detalles, en especial sobre las veladas en casa de József, los dramas en los camerinos del Sarah-Bernhardt y las conquistas amorosas de los amigos de Andras.

—Déjame en paz —dijo Andras.

—No puedo. Necesito tu ayuda.

Andras se sentó en la cama.

—Mírame —dijo extendiendo los brazos. Bajo su piel habían aparecido ramitos de violetas de color sangre—. Estoy enfermo. No sé qué me pasa. ¿Parezco una persona capaz de ayudar a alguien?

—Eres el capitán del pelotón —le recordó Mendel—. Es tu obligación.

—Ya no quiero ser el capitán del pelotón.

—No creo que te corresponda a ti decidirlo, Parisi.

Andras suspiró.

—A ver, ¿qué quieres de mí?

—Quiero que ilustres el periódico. —Mendel dejó las hojas mecanografiadas sobre las rodillas de Andras—. Nada fantasioso. No quiero una de tus tonterías artísticas. Solo unos dibujos realistas. He dejado espacio para las ilustraciones en los artículos. —Depositó un modesto alijo de lapiceros en la mano de Andras, algunos de colores.

Andras no recordaba la última vez que había visto lápices de colores. Estaban afilados, limpios y enteros, una pequeña sorpresa en la oscuridad del barracón lleno de humo.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó.

—Los he robado de la oficina.

Andras se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Cómo vas a llamar a este periodicucho tuyo?

— *El Ganso Azul*.

—De acuerdo. Le echaré un vistazo. Ahora déjame en paz.

Además de noticias sobre la guerra, *El Ganso Azul* llevaba el parte meteorológico («Lunes: Nieve. Martes: Nieve. Miércoles: Nieve»); una columna de moda («Crónica de un desfile de moda al amanecer: Los adormilados trabajadores formaron una fila con sus elegantes trajes de manta basta, la tela más en boga este invierno. Mangold Béla Kolos, el maestro de la moda en Budapest, predice que este estilo pintoresco se extenderá por toda Hungría en poco tiempo»); una página de deportes («La Radiante Juventud de Transilvania ama los deportes. Ayer, a las cinco de la madrugada, el bosque estaba repleto de jóvenes que se ejercitaban en los deportes más populares del momento: carrera con carretilla, retirada de nieve y tala de árboles»); un consultorio sentimental («Querida señorita Coco: Soy una mujer de veinte años. ¿Mancillaría mi reputación si pasara la noche en los aposentos de los oficiales? Con cariño, Virgen. Querida Virgen: Tu pregunta es demasiado general. Por favor, descríbeme tus planes con detalle para que pueda responderte como es debido. Con afecto, señorita Coco»); anuncios de viajes («¿Se aburre? ¿Desea un cambio de aires? ¡Pruebe nuestro tour de lujo por la Ucrania rural!»), y, en honor a Andras, un artículo sobre una gesta arquitectónica («¡Maravilla de la ingeniería! Andras Lévi, ingeniero y arquitecto formado en París, ha diseñado un puente invisible. Los materiales poseen una ligereza insólita y puede construirse en un abrir y cerrar de ojos. Es indetectable para las fuerzas enemigas. Las pruebas indican que el diseño del puente necesita algunos retoques; un batallón del ejército húngaro se precipitó bruscamente en el abismo mientras lo cruzaba. Por otro lado, algunos aseguran que el puente ha alcanzado ya su forma perfecta»). Y a continuación venía el plato fuerte, la *pièce de résistance*, los diez mandamientos al estilo del Munkaszolgálat:

1. SI COMETES UN ERROR GRAVE, NO SE LO CONTARÁS A NADIE. DEJA QUE OTROS CARGUEN CON LA CULPA.
2. NO AFILARÁS LA SIERRA. DEJA QUE LA AFILE EL SIGUIENTE QUELA USE.
3. NO TE MOLESTARÁS EN LAVARTE. DE TODOS MODOS TUS COMPAÑEROS APESTAN.

4. CUANDO ESTÉS EN LA COLA PARA COMER, TE ABRIRÁS PASO A CODAZOS HASTA LA PRIMERA POSICIÓN. DE LO CONTRARIO, NO CONSEGUIRÁS UNA SOLA PATATA EN LA SOPA.
5. CUANDO VAYAS A TRABAJAR, PROCURARÁS DESAPARECER. EL CAPATAZ ENCONTRARÁ A ALGUIEN PARA REEMPLAZARTE.
6. SI DESEAS LAS COSAS DE TU VECINO, NO DIRÁS NADA. DE LO CONTRARIO TAL VEZ LAS COSAS DE TU VECINO DESAPAREZCAN ANTES DE QUE TENGAS LA OPORTUNIDAD DE ROBARLAS.
7. SI TU COMPAÑERO DE TRABAJO ES UN INGENUO, LE PEDIRÁS PRESTADO TODO LO QUE QUIERAS Y TE OLVIDARÁS DE DEVOLVÉRSELO.
8. CUANDO VUELVAS DE UNA GUARDIA NOCTURNA, ARMARÁS MUCHO JALEO. ¿POR QUÉ DEBERÍAS DEJAR DORMIR A LOS DEMÁS CUANDO TÚ ESTÁS DESPIERTO?
9. SI ENFERMARAS, TE QUEDARÁS EN LA CAMA TODO EL TIEMPO QUE PUEDAS. SI POR ELLO TUS COMPAÑEROS DEBEN TRABAJAR MÁS, TAL VEZ SE GANEN TAMBIÉN EL PRIVILEGIO DE ESTAR ENFERMOS.
10. SIGUE ESTAS REGLAS, QUE MERECEN TODA TU ATENCIÓN.

Al principio de mala gana, cada vez más animado después, Andras ilustró *El Ganso Azul*. Para el parte meteorológico dibujó una serie de cajas, cada una más llena de copos de nieve que la anterior. Para la columna de moda dibujó un retrato de Mendel, con el cabello de punta y el torso envuelto con una manta gris raída como si fuera una toga. En la página de deportes, tres miembros del servicio de trabajo arrastraban vagonetas cargadas de grava por una colina empinada. En el consultorio sentimental realizó un esbozo de Coco, una mujer provocativa, con gafas, las piernas largas al aire y un lápiz entre los dientes. El anuncio del viaje por Ucrania mostraba una sombrilla de playa clavada en la nieve. El artículo de arquitectura exigía una imagen del arquitecto señalando con orgullo un barranco vacío. Y los diez mandamientos solo requerían el dibujo de dos tablas de piedra. Cuando terminó, miró su obra a cierta distancia con los ojos entornados. Eran

caricaturas de mala calidad, realizadas a toda prisa por un artista tendido en la cama. Pero Mendel estaba en lo cierto: eran idóneas para *El Ganso Azul*.

Aquel único ejemplar del periódico pasó por las manos de doscientos hombres, a los que pronto se oyó citar el cuarto mandamiento en la cola de la sopa o hacer comentarios ingeniosos sobre unas vacaciones en Ucrania. Andras no pudo por menos de sentir cierta satisfacción, una sensación que no experimentaba desde hacía meses. En cuanto se supo que el ilustrador que firmaba como Parisi era en realidad el capitán de pelotón Lévi, los hombres empezaron a acudir a él para pedirle dibujos. La petición más habitual era una imagen de Coco desnuda. La dibujó en la tapa del baúl de madera de un compañero, en el forro de la gorra de otro, y en una carta dirigida a un hermano menor, con un cartel entre las manos donde se leía: «¡Hola, cariño!». La caricatura de Mendel desencadenó otra moda: la de los retratos. Los hombres hacían cola para que Andras los dibujara. No era un gran retratista, pero a nadie parecía importarle. La tosquedad de las líneas y la sombra de carboncillo alrededor de los ojos o en la barbilla reflejaban la incertidumbre esencial que caracterizaba su vida en el Munkaszolgálat. Mendel Horovitz también empezó a recibir peticiones: se convirtió en una especie de escritor de cartas profesional. Redactaba cartas de amor, de pesar y de añoranza que se deslizaban en el flujo turbulento del servicio postal militar y podían o no llegar a las esposas, hermanos e hijos a los que iban dirigidas.

Cuando se desintegró el primer ejemplar de *El Ganso Azul*, Mendel escribió otro y Andras lo ilustró. Animados por la popularidad de la primera edición, llevaron el periódico directamente a la oficina, donde había un mimeógrafo. Ofrecieron al secretario de la compañía veinte pengos a modo de soborno. A riesgo de ser castigado y perder su puesto, el secretario de la compañía imprimió diez ejemplares, que enseguida se distribuyeron entre las filas de la 112/30. Siguió un tercer número con treinta ejemplares. Mientras los hombres leían el periódico y se reían, Andras empezó a sentirse como si acabara de despertar de un largo sueño inducido por alguna droga. Le sorprendió haber sido tan débil, haber permitido que su mente se llenara de pensamientos deprimentes y luego se vaciara hasta no contener nada. Ahora dibujaba todos los días. Eran pequeños esbozos ridículos, sin duda, pero le oxigenaban, hacían que mereciera la pena el esfuerzo de respirar.

Un día frío y lluvioso de marzo el comandante de la compañía llamó a Andras y Mendel a su despacho. Les transmitió la orden el primer teniente del comandante Kálozi, un hombre ceñudo con cara de jabalí que respondía al desafortunado nombre de Grimasz, «mueca». A la hora de la cena se acercó a Andras y a Mendel en el campo de reunión y de un golpe les arrancó los platos de campaña de las manos. Alzó un ejemplar arrugado del último número de *El Ganso Azul*, que contenía un poema de amor de un tal teniente G. dirigido a un tal comandante K. y vertía otras insinuaciones sobre la clase de relación que mantenían. El teniente Grimasz tenía la cara roja; su cuello parecía el doble de hinchado de lo normal. Estrujó el periódico en su manaza. Los otros hombres se apartaron de Andras y Mendel, que se quedaron solos ante la intensidad de la mirada furiosa de Grimasz.

—Kálozi quiere veros en su despacho —rugió.

—Enseguida, mi teniente —dijo Mendel, y se atrevió a guiñar un ojo a Andras.

Grimasz reparó en el tono y el guiño. Levantó la mano para asestar un puñetazo a Mendel, pero este esquivó el golpe. Los hombres soltaron un vítor sofocado. Grimasz agarró a Mendel por el cuello de la camisa y medio lo empujó, medio lo arrastró a la oficina, mientras Andras los seguía a la carrera.

El comandante János Kálozi no era un hombre cruel, pero sí ambicioso. Hijo de una gitana y un afilador de cuchillos ambulante, había ascendido en el Munkaszolgálat y abrigaba la esperanza de que lo trasladaran al cuerpo de artillería. Le habían asignado aquella misión debido a sus conocimientos forestales; había trabajado en los bosques de Transilvania antes de emigrar a Hungría en los años veinte. Nunca había llamado a Andras a su despacho, que se hallaba en el único barracón que tenía un porche y su propio escusado exterior. Por supuesto, Kálozi se había apropiado de la habitación con la ventana más grande. Esto había sido un error. La ventana, arrancada de la pared meridional de una granja incendiada, tenía muchas divisiones, olía a carbón y dejaba entrar el frío. Kálozi se había visto obligado a taparla con mantas del ejército como las que se reproducían en la columna de moda, de manera que el despacho estaba oscuro como un sótano. No solo

olía a carbón, sino también a caballo, pues las mantas que cubrían la ventana procedían del establo. En medio de aquella penumbra pestilente, Kálozi estaba sentado detrás de una enorme mesa de metal. Un brasero de carbón mantenía la habitación lo bastante caldeada para recordar que existían habitaciones caldeadas y que esta no era una de ellas.

Andras y Mendel se pusieron firmes mientras Kálozi hojeaba una colección casi completa de números de *El Ganso Azul*, desde el de diciembre de 1940 hasta la edición de aquella semana, fechada el 7 de marzo de 1941. Solo faltaba el primer número, que había acabado desmenuzado. El comandante había envejecido a ojos vista desde que dirigía la 112/30. Los cabellos de sus sienes habían encanecido y en su ancha nariz se había formado una telaraña de venitas rojizas. Miró a Andras y a Mendel con la expresión hastiada de un director de escuela.

—Diversión y juego —dijo mientras se quitaba las gafas—. Capitán de pelotón Lévi, explíquese, por favor. ¿O debo llamarle Parisi?

—Ha sido cosa mía, señor —intervino Mendel. Tenía la gorra del Munkaszolgálat en las manos y frotaba con el pulgar el botón de latón de la visera—. Escribí el primer número y pedí al capitán de pelotón que lo ilustrara. Y después seguimos.

—Ya lo veo —repuso Kálozi—. Se las apañaron para utilizar el mi meógrafo e imprimieron docenas de copias.

—Como capitán de pelotón, asumo toda la responsabilidad —afirmó Andras.

—Me temo que no puedo atribuirle todo el mérito, Parisi. Nuestro Horovitz es un hombre con mucho talento y no debemos dejar de reconocer sus méritos. —Kálozi pasó las hojas de un ejemplar hasta una página que había señalado con un lápiz mordisqueado—. «Cambio de liderazgo en el campamento de Erdei» —leyó en voz alta—. «El veterano potentado comandante Jánika Kálozi el Bizco, a instancias del mismísimo regente Miklós Horthy, fue depuesto de su cargo militar esta semana debido a su flagrante ineptitud y un comportamiento deshonroso. En una ceremonia en la plaza de armas fue sustituido por un jefe considerado más valioso, un

babuino macho llamado Nalgas Rosadas. El comandante salió escoltado de la plaza de armas entre un coro ensordecedor de flatulencias y aplausos.»

—Dio la vuelta al periódico para mostrar el dibujo que Andras había hecho del comandante: un hombre bizco, con la chaqueta del uniforme y ropa interior femenina, que caminaba con afectación sobre unos altos tacones junto al primer teniente, un hombre con cabeza de jabalí, mientras al fondo un mono de trasero colorado saludaba a los miembros del servicio de trabajo reunidos.

Andras trató de reprimir una sonrisa. Le gustaba especialmente aquel dibujo.

—¿Qué le hace gracia, capitán?

—Nada, señor —respondió Andras. Conocía a Kálozi desde hacía un año y medio y sabía que era un hombre blando. De hecho, parecía enorgullecerse de su reticencia a aplicar castigos duros. Andras había esperado que Kálozi no viera aquel número de *El Ganso Azul*, pero no se había sentido especialmente inquieto al dibujarlo.

—No me importa que se haga alguna broma de vez en cuando —dijo Kálozi—, pero no puedo permitir que los hombres me ridiculicen. Esta compañía se sumirá en el caos.

—Lo comprendo, señor —repuso Andras—. No pretendíamos ofender a nadie.

—¿Qué sabrán ustedes de ofender? —exclamó Kálozi al tiempo que se levantaba de la silla. Una vena había empezado a latirle en la sien. Por primera vez desde que habían entrado en el despacho, Andras sintió una punzada de temor—. Cuando combatí en la Gran Guerra, un oficial habría despellejado a cualquier hombre que dibujara algo así.

—Siempre se ha portado bien con nosotros —dijo Andras.

—Así es. He mimado a unos judíos roñosos. Los he vestido y alimentado, los he dejado gandulear en la cama los días de frío y no los he hecho

trabajar tanto como debería. Y a cambio ustedes sacan esta porquería y la reparten por toda la compañía.

—Solo para divertirnos, señor —señaló Mendel.

—Ya no —dijo el comandante—. No a mi costa.

Andras apretó sus inestables dientes con la lengua. Sintió un fuerte dolor en las encías y tuvo que reprimir el deseo de salir corriendo. Se mantuvo bien erguido y miró a Kálozi a los ojos.

—Le pido disculpas —dijo.

—¿Disculpas? ¿Por qué? —exclamó Kálozi—. En cierto sentido han hecho un gran favor al Munkaszolgálat. Al parecer algunos están propagando bulos sobre el maltrato que reciben los reclutas del servicio de trabajo en las fuerzas armadas nacionales. Un periodicucho como este será una importante prueba de lo contrario. —Enrolló un ejemplar de *El Ganso Azul* y lo metió dentro de un tubo rígido—. El servicio de trabajo fomenta la camaradería y el humor, etcétera. Las condiciones son tan humanas que los hombres son libres de bromear, reír e ironizar sobre su situación. Incluso tienen máquinas de escribir, útiles de dibujo y mimeógrafos a su disposición. Libertad de expresión. Prácticamente como en Francia.

—Sonrió, porque todos sabían qué había sido de la libertad de expresión en Francia.

»No obstante, he de pedirles algo —siguió Kálozi—. Creo que les parecerá justo, dada la situación. Puesto que me han humillado públicamente, creo que es de rigor que sean castigados públicamente.

Andras tragó saliva. Mendel palideció. Ambos habían oído rumores sobre lo que sucedía en otras compañías del servicio de trabajo, y no eran tan ingenuos como para pensar que esas cosas no podían suceder en la 112/30. El caso más aterrador era el del hermano de uno de sus compañeros, que había formado parte del batallón de trabajo de Debrecen. Como castigo por haber robado una barra de pan de la despensa de los oficiales, lo habían desnudado y enterrado en barro hasta las rodillas; lo habían tenido así tres

días, mientras las temperaturas iban bajando, hasta que la tercera noche murió por congelación.

—Le estoy hablando, capitán de pelotón Lévi —dijo Kálozi—. Míreme. No baje la cabeza como un perro.

Andras lo miró. El comandante no pestañeó.

—He reflexionado mucho sobre cuál sería el castigo adecuado —añadió—. El caso es que les tengo bastante aprecio. Ambos han demostrado ser buenos trabajadores. Pero me han humillado. Me han humillado ante mis hombres. Así pues Lévi y Horovitz… —Kálozi hizo una pausa teatral y dio unos golpecitos en la mesa con el tubo que contenía el ejemplar de *El Ganso Azul*—, me temo que tendrán que comerse sus palabras.

Así fue como Andras y Mendel se encontraron en ropa interior, con las manos esposadas a la espalda, arrodillados ante toda la 112/30 a las seis de una mañana fría de marzo. Tenían delante diez números de *El Ganso Azul*. Mientras sus compañeros observaban la escena, el teniente Grimasz rompió el periódico a tiras, las arrugó, las sumergió en agua y las metió en la boca de los editores Lévi y Horovitz. Durante dos horas les obligaron a comer veinte páginas de *El Ganso Azul*. Mientras apretaba los dientes para impedir que las manos de Grimasz le embutieran el papel, Andras empezó a entender por primera vez que, en cierto modo, había llevado una vida confortable y protegida en el Munkaszolgálat. Hasta entonces nunca le habían esposado las manos a la espalda ni le habían obligado a permanecer varias horas arrodillado en la nieve sin abrigo ni pantalones; de hecho le habían alimentado, vestido y dado alojamiento, y sus penalidades quedaban aligeradas por la certeza de que todos los hombres de la compañía 112/30 sufrían parecidas penalidades. Ahora conocía otra clase de infierno, un infierno que apenas se atrevía a imaginar. Sabía que, dentro de la amplia variedad de castigos, lo que estaba sucediendo allí podía calificarse de relativamente humano, y que al otro lado de ese túnel había castigos que podían hacer que un hombre deseara la muerte. Se forzó a masticar y tragar, masticar y tragar, diciéndose que era la única forma de acabar con aquella tortura que le estaban infligiendo. Cuando ya había engullido más de quince páginas notó el sabor de la sangre en la boca y escupió una muela. De sus encías, blandas por el escorbuto, empezaban a desprenderse los dientes.

Cerró los ojos y comió papel y comió y comió hasta que por fin perdió el conocimiento y se desplomó en la fría y húmeda nieve.

Lo llevaron a la enfermería, donde quedó al cuidado del único médico de la compañía, Báruch Imber, cuyo único propósito en la vida era salvar a los trabajadores forzados de los estragos del servicio de trabajo. Imber atendió a Andras y a Mendel durante cinco días y, cuando se recuperaron de la hipotermia y de la ingestión forzada de papel, diagnosticó a ambos escorbuto y anemia en estado avanzado y los mandó a Budapest para que recibieran tratamiento en el hospital militar, tras lo cual disfrutarían de un permiso de dos semanas.

OceanofPDF.com

28

El permiso

Tras un viaje en tren de una semana, durante el cual sus cabellos quedaron infestados de piojos y la piel empezó a caer y sangrar, los trasladaron a una furgoneta ambulancia en cuyo interior había otros reclutas enfermos o moribundos. El suelo estaba cubierto de heno, pero los hombres temblaban bajo las ásperas mantas de lana. Había ocho hombres en la furgoneta, la mayoría de ellos en peor estado que Andras y Mendel. Un hombre con tuberculosis tenía un enorme tumor en la cadera, otro había quedado ciego al explotarle una estufa, otro tenía la boca llena de abscesos. Andras se asomó por la ventana posterior cuando entraban en Budapest. Al ver la vida normal de la ciudad —los tranvías y las pastelerías, los chicos y las chicas que habían salido a pasear, los anuncios de los cines con sus grandes letras negras— le invadió una furia irracional, como si todos se burlaran del tiempo que había pasado en el Munkaszolgálat.

La furgoneta se detuvo en el hospital militar y los pacientes caminaron o fueron transportados hasta la recepción, donde Andras y Mendel esperaron toda la noche en un frío banco mientras se anotaban el nombre y número de cientos de trabajadores y soldados en un libro oficial. De madrugada inscribieron a Mendel en el libro del hospital y se lo llevaron para bañarlo y tratarlo. Tardaron dos horas más en ir a buscar a Andras, pero por fin, desfallecido de agotamiento, siguió a un enfermero hasta unas duchas, donde el hombre le quitó la ropa sucia, le afeitó la cabeza, lo roció con un fuerte desinfectante y lo duchó con agua caliente. Le lavó la piel lacerada con una especie de ternura impersonal, con la paciencia de quien conoce la debilidad del cuerpo humano. Por último lo secó y lo condujo a una larga sala calentada por radiadores. Señaló una cama estrecha de metal, y por primera vez en un año y medio Andras durmió en un colchón de verdad, con sábanas de verdad. Cuando despertó, al cabo de solo unos minutos, según le pareció, Klara estaba junto a su lecho, con los ojos enrojecidos e hinchados. Andras se incorporó, le cogió las manos y pidió que le diera las malas noticias: ¿quién había muerto? ¿Qué nueva tragedia los había golpeado?

—Andráska —dijo Klara, con la voz rota por la compasión, y Andras comprendió que la tragedia era él, que lloraba por lo que había sido de él.

No sabía cuánto había adelgazado durante su estancia en el servicio de trabajo alimentándose a base de café, sopa y pan duro, solo que había tenido que ceñirse cada vez más el cinturón para sujetar los pantalones y que los huesos se le marcaban en la piel. Con el trabajo constante se le habían desarrollado los músculos de los brazos y las piernas; ni siquiera durante la depresión que había sufrido el invierno anterior se había sentido débil. No obstante, veía lo poco que abultaba su cuerpo bajo la manta que lo cubría. Solo podía imaginar lo esquelético y raro que debía de estar con aquel pijama de hospital, con los brazos llenos de manchas rojas y la cabeza afeitada. Casi deseó que Klara no hubiera ido a verlo hasta que hubiera vuelto a parecer un hombre. Bajó la mirada y colocó los brazos en una postura de autoprotección. Vio que Klara juntaba las manos sobre el regazo y se fijó en el destello dorado de la alianza. Seguía estando lisa y brillante, y sus manos tan blancas como la última vez que las había visto. En cambio su anillo había perdido el lustre, y sus manos estaban bronceadas y agrietadas por el trabajo.

—Ha pasado el médico —dijo Klara—. Dice que te pondrás bien. Pero tienes que tomar vitamina C y hierro, y descansar mucho.

—No necesito descansar —aseguró Andras, y decidió que su esposa debía verlo en pie. No estaba herido ni lisiado, al fin y al cabo. Sacó las piernas de la cama y plantó los pies sobre el frío linóleo. Pero de inmediato se mareó y se llevó una mano a la cabeza.

—Tienes que comer —afirmó Klara—. Has dormido veinte horas seguidas.

—¿En serio?

—Voy a darte unas pastillas de vitaminas y un poco de caldo, y después pan.

—Oh, Klara —dijo él, y apoyó la cabeza en las manos—. Déjame solo. Estoy horrible.

Ella se sentó en la cama y lo abrazó. Su olor era un tanto diferente; Andras detectó un rastro de jabón o champú de lilas, algo que le recordó a Éva Kereny, su primer amor en Debrecen. Klara le besó los labios resecos y le rodeó la cintura. Él dejó que lo estrechara, pues estaba demasiado agotado para resistirse.

—Un poco de respeto, capitán de pelotón —dijo alguien. Era Mendel, tendido en una cama limpia. A él también le habían afeitado la cabeza.

Andras levantó una mano para saludarle.

—Disculpe, recluta —dijo.

Le produjo una especie de vértigo estar en un hospital militar con Mendel Horovitz y tener al mismo tiempo a Klara al lado. Le dolía la cabeza. Se recostó en la almohada y dejó que Klara le diera las vitaminas y el caldo. Su esposa. Klara Lévi. Abrió los ojos para mirarla, para contemplar los cabellos que le caían sobre la frente, la fuerza de sus esbeltos brazos, la forma en que apretaba los labios, los ojos grises posados en él, en él, por fin.

No tardó en entender que el permiso era otra forma de tortura, una lección que había que aprender a fin de prepararse para una prueba más difícil. Cuando lo habían llamado a filas, solo tenía una vaga idea de lo que significaría estar separado de Klara. Ahora lo sabía. Ante aquella desdicha, dos semanas parecían un período de tiempo muy breve.

Su permiso empezó oficialmente cuando le dieron el alta en el hospital militar, tres días después de haber ingresado. Klara había mandado lavar y remendar su uniforme, y el día de su marcha le llevó un regalo extraordinario: un par de botas nuevas. Tenía ropa interior nueva, calcetines nuevos, una gorra de plato nueva con un botón de latón reluciente delante. Se sintió muy avergonzado al presentarse ante Mendel Horovitz con la ropa tan limpia. Mendel no tenía a nadie que lo cuidara. Estaba soltero y su madre había muerto cuando él era niño. Su padre vivía en Zalaszabar. Mientras estaba con Andras y Klara junto a la verja del hospital esperando el tranvía, Andras le preguntó qué pensaba hacer durante el permiso.

Mendel se encogió de hombros.

—Un antiguo compañero de piso sigue viviendo en Budapest. Me quedaré con él.

Klara tocó a Andras en el brazo y ambos intercambiaron una mirada. Era una cuestión difícil de decidir sin hablarlo, pues hacía mucho tiempo que no estaban solos. Sin embargo Mendel era un viejo amigo y en la 112/30 había sido para Andras como de la familia. Ambos sabían que Andras debía invitarlo.

—Nosotros vamos a casa de mis padres en el campo —dijo An dras—.

Si quieres venir, hay sitio suficiente. Es un lugar humilde, pero estoy seguro de que mi madre te cuidará bien.

Las sombras bajo los ojos de Mendel se acentuaron cuando su rostro adoptó una expresión de gratitud.

—Eres muy amable, Parisi —dijo.

Así que aquella mañana subieron los tres al tren que iba a Konyár. Pasaron por Maglód, Tápiogyörgy y Újszász en dirección a las llanuras del Hajdú, compartiendo un termo de café y comiendo *strudel* de cerezas. La dulzura ácida de la fruta hizo que a Andras casi se le saltaran las lágrimas. Cogió la mano de Klara y la apretó entre las suyas; ella lo miró y él supo que le comprendía. Ella sabía qué era una crisis nerviosa, qué era salir de un estado de desesperación. Andras se preguntó cómo había tolerado Klara su ignorancia durante tanto tiempo.

Era la primera semana de abril. Los campos estaban todavía yermos y fríos, pero en los arbustos que crecían cerca de las granjas había empezado a aparecer una neblina verde; las ramas desnudas de los sauces del río habían adquirido un amarillo intenso. Andras sabía que la belleza de la granja todavía estaría oculta, que el jardín estaría lleno de barro, los manzanos podados sin fruta, los parterres vacíos. Lamentó no poder enseñársela a Klara en verano. Sin embargo, cuando llegaron por fin, cuando bajaron en la conocida estación de tren y vieron la casa baja encalada con su techo

de paja oscura, el granero y el molino con la represa donde él, Mátyás y Tibor hacían navegar barcos de madera, pensó que nunca había visto un lugar más hermoso. Salía humo de la chimenea de piedra, se oía el chirrido de una sierra eléctrica en el granero. En el patio había pilas de madera recién cortada. En el huerto, los manzanos alzaban sus ramas desnudas hacia el cielo de abril. Soltó el petate del ejército en el patio y cogiendo a Klara de la mano corrió hacia la puerta. Golpeó con los nudillos el cristal y esperó a que apareciera su madre.

Una joven rubia abrió la puerta. En la cadera llevaba un bebé rubicundo con un *zwieback* macerado en la mano. Al ver a Andras y Mendel con sus abrigos militares la mujer alzó las cejas, asustada.

—¡Jenó! —gritó—. ¡Ven enseguida!

Un hombre robusto vestido con un mono salió corriendo del granero.

—¿Qué ocurre? —exclamó. Cuando llegó junto a ellos preguntó—: ¿Qué les trae aquí?

Andras pestañeó. El sol acababa de salir de detrás de una nube y le costaba ver la cara del hombre.

—Soy el capitán Lévi —dijo—. Esta es la casa de mis padres.

—Lo era —dijo el hombre con una pizca de orgullo. Miró a Andras entornando los ojos—. No parece un oficial del ejército.

—Capitán de pelotón Lévi de la compañía ciento doce treinta —dijo Andras, pero el hombre ya no lo miraba a él, sino a Mendel, cuyo uniforme estaba desprovisto de galones. Luego volvió la vista hasta Klara y la miró de arriba abajo con gesto apreciativo.

—Y usted no parece una campesina —dijo.

Andras sintió que se le encendía la cara.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó.

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó el hombre—. Ustedes siempre van de acá para allá.

—No seas idiota, Jen´ó —dijo la mujer, y a continuación se volvió hacia Andras—. Están en Debrecen. Nos vendieron la finca hace un mes. ¿No le han escrito?

Un mes. El tiempo que tardaba en llegarle una carta a la frontera. Probablemente ya estaba allí, humedeciéndose en la sala del correo, si no la habían utilizado para encender la estufa. Quiso mirar detrás de la mujer, hacia la cocina; la vieja mesa, cuyas muescas y arañazos se sabía de memoria, seguía allí. El niño volvió la cabeza para ver qué había interesado a Andras y luego continuó chupando su *zwieback*.

—Oiga —dijo la mujer—, ¿no tiene familia en Debrecen? ¿No hay nadie que pueda decirle dónde viven sus padres?

—Hace años que no voy allí —respondió Andras—. No lo sé.

—Bueno, tengo trabajo —apuntó el hombre—. Creo que ya ha terminado de hablar con mi esposa.

—Y yo creo que usted ya ha terminado de mirar a la mía.

En ese momento el hombre estiró la mano y pellizcó en la cintura a Klara, que soltó un grito ahogado. Sin pensarlo, Andras le dio un puñetazo en el estómago. El hombre se quedó sin respiración y se tambaleó hacia atrás. Su tacón chocó contra una roca y se desplomó de espaldas sobre el barro del jardín. Cuando intentó levantarse, resbaló y cayó de bruces. Pero entonces Andras, Klara y Mendel ya corrían de vuelta a la estación, con las bolsas en la mano. Hasta ese momento Andras nunca había apreciado la ventaja de vivir tan cerca de la estación. A continuación hizo algo que había visto hacer a Mátyás mil veces: corrió detrás de un vagón abierto y, después de lanzar dentro su petate, ayudó a Klara a subir. Él y Mendel saltaron al interior, justo cuando el tren empezaba a salir de la estación hacia Debrecen. Tuvieron tiempo de ver cómo el nuevo dueño del almacén de madera salía corriendo de la casa con una escopeta en la mano y gritaba a su mujer que buscara los malditos cartuchos.

En la fría tarde de abril partieron hacia Debrecen en aquel vagón abierto, intentando recuperar el aliento. Andras suponía que Klara estaría horrorizada, pero se estaba riendo. Tenía los zapatos y el dobladillo del vestido negros de barro.

—Nunca olvidaré la cara que ha puesto —comentó—. No se lo esperaba.

—Yo tampoco —dijo Andras.

—Se merecía algo peor —apuntó Mendel—. Me habría gustado machacarlo yo mismo.

—No te recomiendo que vuelvas para intentarlo —repuso Klara.

Andras apoyó la espalda contra la pared del vagón y rodeó a Klara con un brazo, y Mendel sacó un cigarrillo del bolsillo de su abrigo y se echó de costado, fumando y riendo. La brisa era tan estimulante, el sol tan brillante, que Andras experimentó algo parecido a una sensación de triunfo. Solo cuando volvió a mirar a Klara, que se había quedado seria, como si comprendiera la trascendencia de lo que había tenido lugar en aquel jardín embarrado, fue consciente de que había visto por última vez el hogar de su niñez.

No les costó mucho encontrar el piso de sus padres en Debrecen. Entraron en una panadería *kosher* cerca de la sinagoga, cuyo propietario informó a Andras de que su madre acababa de pasar a comprar *matzoh.* Pésaj, la Pascua, empezaba el viernes.

Pésaj. Las fiestas del año anterior habían llegado y pasado muy rápidamente: unos judíos ortodoxos habían celebrado un *seder* en el barracón, habían recitado las bendiciones como si tuvieran delante vino, verduras, *charoset*, *matzoh* y hierbas amargas, aunque lo único que tenían fuera sopa de patatas. Recordó vagamente que había rechazado el pan de la cena unas cuantas veces, pero que se sintió tan débil que tuvo que volver a comerlo. No se había molestado en imaginar que celebraría con sus padres la siguiente Pascua. Sin embargo, ahí estaba, caminando con Klara y Mendel por la avenida que llevaba a Simonffy utca, donde había dicho el panadero que vivían sus padres. En un edificio antiguo con dos cabras

blancas en el patio y una parra todavía sin hojas que colgaba de balcón en balcón, encontraron a su madre fregando las baldosas de la galería del segundo piso. A su lado había un cubo de agua humeante; llevaba un pañuelo azul estampado en la cabeza y tenía los antebrazos enrojecidos. Cuando vio a Andras, Klara y Mendel, se puso en pie y bajó corriendo.

Su madre. Cruzó el patio en un instante, todavía ágil, y abrazó a Andras. Sus ojos oscuros lo miraron de arriba abajo; lo apretó contra su pecho. Al cabo de un buen rato lo soltó y estrechó a Klara, a la que llamó *kislányom*, «mi hija». Por último abrazó a Mendel, que miró de soslayo a Andras con expresión divertida. Ella lo conocía de cuando Andras iba a la escuela y siempre lo había tratado como si fuera un hijo más.

—Pobrecitos —exclamó—. ¡Cómo os han hecho trabajar!

—Nos pondremos bien, *anya*. Tenemos un permiso de dos semanas.

—¡Dos semanas! —La mujer negó con la cabeza—. Después de un año y medio, dos semanas. Pero al menos estaréis aquí para la Pésaj.

—¿Y quién es esa babosa que vive en nuestra casa de Konyár?

Su madre se llevó una mano a la boca.

—Espero que no hayas discutido con él.

—¿Discutir con él? —repitió Andras—. ¡No! Es un hombre encantador. Le besé la mano. Nos hemos hecho amigos.

—Ay, Dios.

—Nos persiguió con una escopeta —dijo Mendel.

—¡Señor, qué hombre más malo! Me duele pensar que vive en nuestra casa.

—Espero que al menos hayáis obtenido un buen precio por la casa —dijo Andras.

—Tu padre se encargó de todo —repuso su madre, y suspiró—. Dijo que éramos afortunados de sacar lo que sacamos. Aquí estamos bien. No hay tanto trabajo. Y todavía tengo a Kicsi y a Noni. —Señaló con la cabeza las dos cabras lecheras que estaban en un espacio cercado en el patio.

—Deberíais haberme llamado —dijo Klara—. Os habría ayudado con la mudanza.

La madre de Andras bajó la vista.

—No queríamos molestarte. Sabíamos que estabas ocupada con tus clases.

—Sois mi familia.

—Eres un encanto —dijo la madre de Andras, pero en su voz se percibía cierta reserva, casi una pizca de deferencia. Un instante después Andras se preguntó si lo había imaginado, porque su madre cogió a Klara del brazo y la condujo hacia el edificio.

El piso era pequeño y luminoso, unas tres piezas con puertas vidrieras que daban a la galería. Su madre había plantado col rizada en macetas. Hirvió una para el almuerzo y la sirvió con patatas, huevos y pimientos rojos. Andras y Mendel tomaron sus vitaminas y comieron algunas manzanas que Klara había llevado, cada una envuelta en papel verde. Mientras comían, su madre les habló de Mátyás y Tibor. Mátyás estaba destinado cerca de Abaszéplak, donde su compañía de trabajo estaba construyendo un puente sobre el río Torysa. Pero eso no era todo: antes de que lo llamaran a filas había causado tal sensación en el Pineapple Club, bailando sobre el piano con su corbata blanca y su frac, que el director le había ofrecido un contrato de dos años. En sus cartas contaba que estaba siempre practicando, ideando pasos mentalmente mientras él y sus compañeros construían el puente de Torysa, y por las noches no les dejaba dormir porque ensayaba los pasos que había imaginado durante el día. Cuando volviera a casa, decía, bailaría claqué a tal velocidad que tendrían que inventar una música nueva para seguir su ritmo.

Según contó la madre de Andras, Tibor se había unido en noviembre a un destacamento de su batallón del servicio de trabajo en Transilvania. Gracias

a los estudios que había cursado en Módena le habían dado el puesto de médico de la compañía. Sus cartas no contenían muchas noticias sobre su trabajo —la madre de Andras sospechaba que no quería horrorizarla—, pero siempre le decía lo que estaba leyendo. Ahora leía a Miklós Radnóti, un joven poeta judío de Budapest que se había incorporado al servicio de trabajo en otoño. Como Andras, Radnóti había vivido un tiempo en París. Algunos de sus poemas —uno sobre una vez en que el autor estuvo sentado con un médico japonés en la terraza de la Rotonda, otro sobre las tardes indolentes en el Jardin du Luxembourg— recordaban a Tibor los días que había pasado en la ciudad. Se rumoreaba que el batallón de Radnóti no se hallaba muy lejos del suyo, y este pensamiento le había ayudado a soportar el invierno.

A Andras le parecía un lujo terrible y surrealista estar sentado en la cocina de ese piso limpio y soleado mientras su madre hablaba de Mátyás y Tibor y de lo que hacían en el servicio de trabajo. ¿Cómo podía relajarse en aquella silla tan conocida? ¿Cómo podía comer manzanas con Klara y Mendel y escuchar el balido de las cabras blancas en el patio, mientras sus hermanos construían puentes y trataban a enfermos en Rutenia y en Transilvania? Era horrible sentir aquella agradable somnolencia, horrible pensar en echarse la siesta en la cama de su infancia, si es que habían traído su cama de la infancia desde Konyár. Incluso la mesa que tenía delante —la pequeña mesa amarilla de la cocina de verano— le producía una punzada de melancolía, como si se hubiera convertido en el conducto de la añoranza de sus hermanos. Su padre había hecho aquella mesita antes de que él naciera. Andras se recordó sentado debajo de la mesa una tarde calurosa mientras su madre desgranaba guisantes para la cena. Él comía un puñado de guisantes y observaba cómo una lombriz trepaba por una de las patas de la mesa. Incluso ahora recordaba claramente la lombriz, aquella tira verde y elástica con sus patitas romas, encogiéndose y estirándose para llegar a lo alto de la mesa, en una misión cuyo objetivo era un misterio. Supervivencia, nada más, ahora lo comprendía. Esa contracción y ese estiramiento, el nerviosismo con que alzaba la cabeza para mirar alrededor: no era más que la necesidad imperiosa de seguir con vida.

—¿En qué estás pensando? —preguntó su madre, y le apretó la mano.

—En la cocina de verano.

Ella rió.

—Has reconocido la mesa —dijo.

—Por supuesto.

—Andras me hacía compañía mientras yo horneaba el pan —explicó su madre a Klara—. Hacía dibujos en la tierra con una ramita. Yo barría la cocina todos los días, procurando dejar intactos sus dibujos.

Se oyó una ruidosa respiración. Era Mendel, que no había esperado a encontrar un lugar cómodo para echar la siesta. Se había dormido sobre la mesa de la cocina, con la cabeza apoyada en los brazos. Andras lo trasladó al sofá y lo tapó con un edredón. Mendel no se despertó cuando lo llevó allí, y tampoco cuando le colocó las piernas sobre el sofá. Era una de sus habilidades. A veces dormía mientras marchaba con el resto de la compañía hasta el lugar de trabajo.

—¿Tú también te echarás la siesta? —preguntó Klara a Andras—. Yo ayudaré a tu madre.

Pero el sabor fuerte de las manzanas había desvelado a Andras. Ya no le apetecía dormir. Lo que quería, lo que no podía posponer ni un momento más, era encontrar a su padre.

Era una ironía muy húngara que su padre estuviera empleado en el aserradero, y que parte de los árboles que allí llegaban tal vez fueran los que Andras había talado en los bosques de Transilvania y Subcarpacia. Aserraderos Unidos de Debrecen no se parecía en nada al almacén de madera que Béla el Afortunado había vendido al joven odioso de Konyár. Era una empresa a gran escala, subvencionada por el Estado, que procesaba cientos de árboles a diario para que su madera se utilizara en la construcción de barracones del ejército, almacenes y estaciones de ferrocarril. Hacía meses que Hungría se preparaba para la guerra ante la posibilidad de que se viera obligada a entrar en el conflicto como aliada de Alemania. En tal caso, se necesitarían cantidades ingentes de madera para

facilitar el avance del ejército. Si Béla hubiera podido elegir, por supuesto habría preferido trabajar para una empresa maderera más pequeña cuyos productos se utilizaran con fines pacíficos. No obstante, sabía que debía considerarse afortunado por tener un trabajo cuando había tantos judíos desempleados. Y si Hungría entraba en guerra, incluso los aserraderos más pequeños se verían obligados a trabajar para el gobierno. Así que aceptó el empleo de segundo ayudante del capataz cuando el anterior había muerto de neumonía el invierno anterior. El primer ayudante del capataz, amigo de Béla desde la escuela, le había ofrecido el empleo como algo temporal, para que pudiera superar la época de vacas flacas del invierno. Durante dos meses Béla había vivido en Debrecen y vuelto a casa los fines de semana, dejando a su capataz al cuidado del almacén de madera. Cuando su amigo le propuso que pasara a ser trabajador fijo en la empresa, Béla y Flóra decidieron que había llegado la hora de vender su pequeño negocio. Se hacían mayores. Les resultaba cada vez más difícil realizar las tareas, las deudas aumentaban. Con el dinero de la venta podrían pagar a los acreedores y alquilar un pisito en Debrecen.

Tuvieron la mala suerte de que el único interesado en comprar fuera un miembro del partido nacionalsocialista húngaro, las Cruces Flechadas, y que el hombre les ofreciera la mitad del precio real del aserradero. Béla no tuvo más remedio que vender. Había sido un invierno duro. Apenas habían tenido suficiente para comer, y durante un mes entero no había pasado ni un tren por Konyár. Se había producido una avería en las vías que al parecer nadie tenía intención de reparar. Algunas operaciones normales —la entrega del correo, el abastecimiento de provisiones, el transporte de la madera— habían cesado por completo. En cambio en Debrecen no había escasez de alimentos ni faltaba trabajo. Le pagarían el doble de lo que ganaba en su aserradero. Fue una pena tener que vender a ese precio, pero el cambio les había sentado bien. Flóra había recuperado los kilos perdidos durante el invierno de escasez, y la tos y el reumatismo de Béla habían remitido. Su voz y sus andares eran vigorosos mientras caminaba con Andras por el aserradero contándole todo.

—Lo que tú y yo necesitamos —dijo al final, mientras colgaba el casco en el vestuario de los capataces— es una buena jarra de cerveza.

—No te lo discutiré —repuso Andras.

Se encaminaron hacia la cervecería preferida de su padre, un establecimiento que parecía una caverna, no muy lejos de Rózsa utca, con cabezas de lobo disecadas, cornamentas de ciervo colgadas de las paredes y un viejo barril de cerveza enorme en un pedestal de madera. Los parroquianos sentados a las mesas fumaban cigarrillos Fox y discutían sobre el destino de Europa. El camarero era un hombretón con bigote que parecía subsistir a base de rosquillas fritas y cerveza.

—¿Cómo está hoy la cerveza, Rudolf? —preguntó su padre.

Rudolf le dedicó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes pequeños.

—Se sube a la cabeza —respondió.

Por lo visto siempre se saludaban de ese modo. El camarero llenó dos jarras y se sirvió un vasito de whisky, tras lo cual brindaron a la salud de los tres.

—¿Quién es este chico esmirriado? —preguntó.

—Mi hijo mediano, el arquitecto.

—Arquitecto, ¿eh? —Rudolf arqueó una ceja—. ¿Has construido algo por aquí?

—Todavía no —contestó Andras.

—¿El servicio militar?

—En el Munkaszolgálat.

—¿Son esos los que te han matado de hambre?

—Sí, señor.

—Fui un *huszár* en la Gran Guerra, como tu padre. En el frente serbio. Estuve a punto de perder una pierna en Varaždin. Pero el servicio de trabajo es otra historia. Todo el día cavando en el barro, sin gloria, y encima medio

muerto de hambre. —Negó con la cabeza—. No es un trabajo para un chico listo como tú. ¿Cuánto te falta?

—Seis meses —respondió Andras.

—¡Seis meses! No es mucho. Y con buen tiempo. Saldrás adelante. Pero, por si acaso, te invito a otra ronda. A tu salud. ¡Que engañemos a la muerte mil veces!

Bebieron los tres. Después Andras y su padre se sentaron a una mesa en un rincón oscuro, bajo una cabeza de lobo con la boca abierta en un aullido. Al verla Andras sintió un escalofrío; aquel invierno en Transilvania había oído aullar a los lobos por la noche y había imaginado sus dientes amarillos y su pelaje plateado. Había habido momentos en los que se había sentido tan desesperado que había querido entregarse a ellos. Para recordarse que estaba en casa de permiso, metió la mano en el bolsillo y tocó el reloj de su padre. Se lo había entregado a Klara antes de irse al Munkaszolgálat. Ahora lo sacó para enseñárselo a su padre.

—Es un buen reloj —dijo Béla, mientras le daba vueltas entre los dedos—. Es un magnífico reloj.

—En París, siempre que estaba en apuros, lo sacaba y pensaba en lo que habrías hecho tú —explicó Andras.

Su padre esbozó una sonrisa triste.

—Seguro que no siempre hiciste lo que habría hecho yo.

—No siempre —admitió Andras.

—Eres un buen chico —afirmó su padre—. Un chico considerado. En las cartas que nos envías desde el Musz intentas no preocupar a tu madre, pero sé que es más duro de lo que das a entender. No hay más que verte. Casi acaban contigo.

—No es tan malo —repuso Andras, convencido de que lo que decía era verdad. No era más que un trabajo, al fin y al cabo; había trabajado toda su

vida—. Nos dan de comer —añadió—. Nos dan ropa y botas. Tenemos un techo donde cobijarnos.

—Pero has tenido que dejar los estudios. No hay día que no lo piense.

—Volveré —dijo Andras.

—¿Adónde? Francia ya no existe, no para los judíos. Y este país…

—Negó con la cabeza en un gesto de desánimo e indignación—. Pero encontrarás la manera de acabarlos. Debes hacerlo. No quiero que abandones tus estudios.

Andras sabía en qué estaba pensando.

—Tú no abandonaste los estudios —le recordó—. Te marchaste de Praga porque no tuviste otro remedio.

—Pero no volví.

—No tenías muchas opciones.

Andras no vio la necesidad de seguir hablando de eso. No podía hacer nada para reanudar sus estudios, y su padre lo sabía tan bien como él. Al pensar que hacía casi dos años que había dejado la École Spéciale se sintió aplastado por un peso grande e inamovible. Miró a un grupo de hombres que leían la página de deportes de la *Gaceta de Pest* y hablaban de qué luchador ganaría el torneo del Club Deportivo Nacional aquella noche. Nunca había oído el nombre de los luchadores que mencionaban.

—Seguro que te alegras de ver a Klara —dijo su padre—. Es muy duro estar separado de la esposa durante tanto tiempo. Klara es una buena chica.

No obstante, Andras advirtió en su rostro una expresión parecida a la que había visto antes en su madre, una sombra de duda, cierta reserva.

—Deberíais haberle escrito para decirle que os mudabais —dijo Andras—. Habría venido a echaros una mano.

—Nos ayudó la asistenta de tu madre. Se alegró de tener un trabajo extra.

—Klara es de la familia, *apa*.

Su padre hizo un mohín y se encogió de hombros.

—¿Para qué molestarla con nuestros problemas?

Andras no quería decir lo que había pensado mientras su padre le contaba su historia: que le habría gustado que Klara hubiera podido negociar la venta del aserradero, que estaba seguro de que habría exigido un precio mejor y lo habría conseguido. Pero esa negociación, que podría haberse realizado en París sin que nadie se escandalizara, habría sido impensable en Konyár; en las llanuras del Hajdú las mujeres no regateaban con los hombres por ventas inmobiliarias.

—A Klara no le asusta el trabajo —dijo Andras—. Se gana la vida desde los dieciséis años. Además, para ella tú y *anya* sois como sus padres.

—Eso sí es curioso —repuso Béla negando con la cabeza—. No olvides, hijo mío, que celebramos vuestra boda en casa de su madre. Conocí a la señora Hász. Conocí al hermano de Klara. No creo que Klara pueda confundirnos nunca con su familia.

—No me refería a eso. No quieres entenderme.

—Puede que en París tú y Klara fuerais solo dos húngaros que se hacían compañía —dijo Béla—. Aquí las cosas son diferentes. Echa un vistazo. Los ricos no se sientan con los pobres.

—Ella no es «los ricos», *apa*. Es mi mujer.

—Su familia pagó para que su sobrino se librara del servicio militar. Él no ha tenido que deslomarse en el servicio de trabajo. No hicieron lo mismo por ti.

—Le dije al hermano que Klara que no quería ni oír hablar de eso.

—Y a él le pareció bien, claro está.

Andras sintió que se acaloraba, que la ira lo invadía.

—No es justo que eches la culpa a Klara —dijo.

—Lo que no es justo es que unos tengan que trabajar y otros no.

—No he venido a discutir contigo.

—Pues no discutamos.

Pero era demasiado tarde, Andras estaba furioso. No quería continuar junto a su padre ni un momento más. Dejó dinero sobre la mesa para pagar las cervezas, pero su padre lo rechazó.

—Voy a dar un paseo —añadió Andras tras ponerse en pie—. Necesito tomar el aire.

—Bien, deja que tu anciano padre pasee contigo.

Andras no supo cómo negarse. Salieron del bar y caminaron en la luz azulada del atardecer. Las farolas amarillas de la avenida se habían encendido para iluminar los edificios con el yeso descascarillado y la pintura descolorida. No se dirigía a ningún lugar en particular, solo deseaba apretar el paso, perder a su padre en la oscuridad, pero estaba agotado, anémico, y necesitaba dormir. Pasó por delante del hotel Aranybika, una anciana dama engalanada con blanco encaje de madera; pasó junto a las dos torres de la iglesia luterana con sus impasibles agujas. Siguió caminando, cabizbajo, hasta el parque que se extendía delante del museo Déri, un edificio barroco achaparrado de estuco amarillo. El agradable atardecer de abril le recordó miles de atardeceres que había pasado allí siendo colegial, con sus amigos o solo, repasando sus problemas de adolescente como las páginas de sus libros preferidos. En aquella época se consolaba con los recuerdos de su casa, el pedazo de tierra de Konyár con su huerto y su granero, el almacén de madera y la represa del molino. Ahora la casa de Konyár no volvería a ser su hogar. Le habían arrebatado su pasado, su primera infancia. Y también le habían arrebatado su futuro, la vida que había imaginado cuando estudiaba allí. Se sentó en un banco y apoyó la

cabeza en las manos; el dolor y la desorientación que había sufrido durante dieciocho meses lo invadieron de golpe y prorrumpió en sollozos.

Béla miró a su hijo, ese chico cuyas preocupaciones siempre le habían conmovido de un modo especial. Él nunca había sido propenso al llanto, ni lo había fomentado en sus vástagos. Les había enseñado a convertir el sufrimiento en trabajo. Al fin y al cabo, era lo que le había salvado la vida. Nunca había dado a sus hijos demasiadas muestras físicas de afecto; ese había sido el dominio de la madre, no el suyo. Pero mientras miraba a su hijo, aquel joven enfermo y apaleado que sollozaba inclinado sobre las rodillas, supo lo que tenía que hacer: se sentó al lado de Andras en el banco y le abrazó. Eso fue lo que hizo.

Se quedaron una semana en Debrecen. Su madre lo alimentaba, le curaba los pies destrozados y le preparaba baños calientes en la cocina. Se reía con las anécdotas que Mendel contaba de los compañeros del servicio y limpiaba la casa para la Pascua con la ayuda de Klara. La nueva asistenta, una solterona mayor llamada Márika, se encariñó muchísimo con Mendel, de quien decía que era la viva imagen de su hermano fallecido en la Gran Guerra. Le dejaba regalos a escondidas, como zuecos y ropa interior, que debían de costarle buena parte de su sueldo. Cuando él decía que eran regalos demasiado buenos, fingía no saber nada de ellos.

Para Andras la estancia en Debrecen, un lugar que conocía tan bien, fue una especie de bálsamo. Durante los primeros días se sintió sumamente tímido con Klara. No soportaba que viera su cuerpo en aquel estado de debilidad y no creía estar en condiciones de hacer el amor. Pero tenía veinticinco años y ella era la mujer que amaba; no tardó en acercarse a ella por la noche, en el fino colchón que compartían en la diminuta habitación que su madre utilizaba para coser. Estaban rodeados de prendas que su madre estaba remendando o confeccionando para Andras, o para mandar a sus hermanos a la compañía del servicio de trabajo en que se encontraban. La habitación olía a algodón lavado y a la dulce socarrina de la ropa planchada. Allí, en su segunda cama matrimonial, él la buscó y ella se acercó a sus brazos. Apenas podía creer que su ser físico siguiera existiendo, que pudiera explorar de nuevo las partes de ella que había llevado en la memoria como talismanes durante aquellos dieciocho meses: sus pequeños pechos, la blanca cicatriz

del vientre, los dos picos de las caderas. Cuando hicieron el amor, ella mantuvo los ojos abiertos y fijos en él. Andras no distinguía su color a la débil luz que se filtraba por la ventana tapada, pero advertía la aguda pasión que reconocía y amaba. En algún momento pareció que luchaban como viejos enemigos; una parte de él casi quería castigarla por la añoranza que le había hecho sentir; ella pareció entenderlo y respondió con su propia rabia. Cuando por fin Andras se derrumbó sobre Klara y su corazón latió sobre el pecho de ella, supo que lograrían salvar la distancia que la larga separación había impuesto entre ellos.

Al final de su semana en Debrecen, entre la madre de Andras y Klara se había producido un cambio sutil. Durante las comidas intercambiaban miradas de complicidad; su madre insistía en que Klara la acompañara cuando iba al mercado, y le pidió que preparara las albóndigas *matzo* para el *seder* de Pésaj. La receta de su madre estaba escrita en tinta negra, con una letra de trazo muy fino, en una hoja de aspecto sagrado de lo que parecía pergamino. Había sido propiedad de Rifka, la bisabuela de Flóra, y esta la había recibido el día de su boda dentro de una cajita de plata con la palabra yiddish *Knaidlach* grabada.

Una tarde, cuando Andras volvía de pasear con Mendel, encontró a su madre y a Klara en la cocina, con la caja de plata abierta sobre la mesa. Klara tenía en las manos la valiosa receta; llevaba el cabello recogido con un pañuelo y un delantal con fresas bordadas, y la piel le brillaba debido al calor de la cocina. Miró con atención la letra fina y luego los ingredientes que la madre de Andras había dispuesto sobre la mesa.

—¿Cuánto debo poner de cada ingrediente? —preguntó a Flóra—. ¿Dónde están las cantidades?

—No te preocupes —respondió la madre de Andras—. Hazlo a ojo.

Klara sonrió a Andras con expresión de pánico.

—¿Os ayudo? —preguntó Andras.

—Sí, cariño —contestó Flóra—. Ve a buscar a tu padre. Le conozco bien y sé que habrá olvidado que hoy tiene que volver a casa pronto.

—De acuerdo —dijo Andras—. Pero primero me gustaría hablar con mi mujer.

Cogió la receta y la depositó con cuidado en la caja de plata, tomó a Klara de la mano y la llevó al cuarto de costura. Cerró la puerta. Klara se tapó la cara con las manos y rió.

—¡Oh, Dios! —dijo—. No puedo hacer esas albóndigas *matzo*.

—Puedes claudicar, ya lo sabes.

—¡Qué receta, por Dios! ¡Ni que estuviera escrita en clave!

—A lo mejor es mágica. Puede que las cantidades no importen.

—Ojalá estuviera aquí la señora Apfel. O Elisabet. —Una sombra de aflicción oscureció su semblante, como siempre que mencionaba el nombre de Elisabet últimamente.

Sus temores se habían cumplido: los padres de Paul, que vivían en una finca en Connecticut, no habían querido saber nada de Elisabet y habían desheredado a su hijo. Paul y Elisabet no se habían acobardado; habían alquilado un piso en Manhattan y se habían puesto a trabajar, él de artista gráfico, ella de aprendiz de pastelera. Elisabet había destacado en su trabajo y la habían ascendido a ayudante del pastelero jefe; ser francesa le daba cierto prestigio, y unos meses antes había contado por carta a su madre que un pastel decorado por ella había sido la atracción principal de una boda celebrada en el salón de baile del hotel Waldorf-Astoria. Algunas madres de señoritas ricas habían acudido a ella con encargos. Pero ahora esperaba un hijo. Klara se había enterado de la noticia por la última carta, recibida hacía solo unas semanas.

—Klara —dijo Andras acariciándole la mano—, Elisabet está bien, lo sabes.

Ella suspiró.

—Es un consuelo estar aquí —dijo—. Contigo. Y pasar tanto tiempo con tu madre. Quiere a sus hijos como yo quiero a la mía.

—Ya me contarás qué has hecho. La has embrujado.

—¿De qué hablas?

—Mi madre se ha encariñado contigo.

Klara se apoyó en la pared y cruzó sus esbeltos tobillos.

—Le he hecho confidencias —repuso.

—¿A qué te refieres?

—Le he contado la verdad. Todo. Quería que supiera lo que me ocurrió cuando era una adolescente, y cómo he vivido desde entonces. Estaba segura de que cambiaría de opinión sobre mí.

—Y así ha sido.

—Sí.

—Bien, ahora tienes que preparar albóndigas *matzo*.

—Creo que es una especie de prueba final —comentó Klara con una sonrisa.

—Espero que la pases.

—No pareces muy seguro.

—Por supuesto que sí.

—Ve a buscar a tu padre —dijo Klara, y lo empujó hacia la puerta.

Cuando Andras y Mendel volvieron con Béla el Afortunado, las albóndigas *matzo* hervían en una cazuela.

Béla el Afortunado se quedó de pie detrás de su silla a la cabecera de la mesa, silencioso y preocupado por la noticia que había oído justo antes de que los muchachos fueran a buscarlo al trabajo. Se había enterado por la radio, en la sala de capataces: Horthy había decidido permitir que Hitler invadiera Yugoslavia desde territorio húngaro… Yugoslavia, país con el que Hungría había firmado un tratado de paz y amistad hacía un año.

Las tropas nazis se habían agrupado en Barcs y habían cruzado el río Drava mientras los bombarderos de la Luftwaffe diezmaban Belgrado. Béla sabía por qué ocurría eso: Hitler estaba castigando al país por el golpe militar y el levantamiento popular que se había producido tras la entrada de Yugoslavia en el Pacto Tripartito. No hacía ni una semana, Alemania se había comprometido a responder de la integridad de las fronteras de Yugoslavia durante mil años; ahora Hitler enviaba allí a su ejército. La invasión había empezado aquella tarde. Al final de la semana mandarían soldados húngaros a Belgrado para apoyar al ejército alemán. Sería la primera acción militar húngara en el conflicto europeo.

A Béla le parecía evidente que eso solo era el comienzo, que Hungría se vería irremediablemente arrastrada a la guerra. Miles de muchachos perderían la vida. Enviarían a sus hijos a luchar en primera línea. Había oído la noticia y había dejado que le calara hasta los huesos, pero cuando Andras y Mendel llegaron no les contó nada. Tampoco diría nada ahora, ante aquella mesa sagrada. No quería que la noticia echara a perder lo que su esposa y la esposa de su hijo habían creado. Dirigió el *seder* como siempre, pero no podía impedir que su familia se enterara de la noticia. En el patio se oyó el ruido crepitante de la emisora de radio nacional; alguien había sacado una radio para que todos la oyeran. Un hombre pronunciaba un discurso con voz grave y aristocrática: era Miklós Horthy, el regente, que movilizaba al país para su glorioso destino dentro de la nueva Europa.

Por la expresión de su esposa y su hijo, Béla advirtió que entendían lo que estaba sucediendo. Hungría entraba en la guerra, de forma irrevocable. Cuando salieron todos a la galería para escuchar la radio, Béla abrió la puerta unos centímetros más. *Eliahu Hamaví,* cantó con un hilo de voz. *Eliahu Hatishbi.* Se quedó con una mano apoyada en el marco de la

puerta, entonando el nombre del profeta. Todavía no había perdido la esperanza de que la profecía fuera otra.

OceanofPDF.com

29

El campamento de Bánhida

Cuando Andras y Mendel se presentaron en la oficina del batallón al finalizar su permiso, ya sabían que no volverían a Transilvania con la 112/30. Según les dijo el secretario del batallón, el comandante Kálozi no quería saber nada de ellos. Los enviarían a Bánhida, ochenta kilómetros al noroeste de Budapest, donde se unirían a la compañía 101/18, que trabajaba en una mina de carbón y una central eléctrica.

¡A ochenta kilómetros de Budapest! Tal vez pudiera ver a Klara con un permiso de fin de semana. Y el correo no tardaría un mes en llegar. Ordenaron a Andras y a Mendel que esperaran el regreso de algunos miembros de la nueva compañía en la estación de ferrocarril, donde les di vi di rían en grupos de trabajo y les asignarían un vagón de pasajeros. Los hombres que volvían a Bánhida parecían haber pasado un invierno más llevadero que Andras y Mendel. Su ropa estaba intacta, sus cuerpos parecían fuertes. Hablaban entre sí con tono jovial, como si fueran colegiales que regresaban al *gimnázium* después de unas vacaciones.

Mientras el tren cruzaba las verdes colinas ondulantes de Buda, y después los bosques y campos cultivados, el vagón de pasajeros se llenó del olor de la primavera. Sin embargo la conversación entre los trabajadores se fue apagando a medida que se acercaban a Bánhida. La expresión de sus ojos se tornó más sombría, sus hombros parecían cargar con un peso invisible. El follaje empezó a desaparecer al otro lado de la ventanilla, sustituido primero por las viviendas bajas y lúgubres que suelen preceder la llegada de un tren a una ciudad; luego por la propia ciudad, con su red de calles sinuosas y las casas de tejado rojo, y por último, al dejar atrás la estación de ferrocarril en dirección a la central eléctrica, por una perspectiva cada vez más fea de caminos de tierra, almacenes y talleres. Por fin vieron la central, un acorazado con tres chimeneas que lanzaban humo rojizo al cielo azul de primavera. El tren chirrió antes de detenerse en un apeadero repleto de cientos de furgones de mercancías oxidados. Al otro lado de un campo yermo había hileras de barracones de bloques de hormigón tras una

alambrada. Más allá, unos hombres empujaban vagonetas de carbón hacia la central eléctrica. Ni un solo árbol o matorral crecía en la amplia extensión de barro pisoteado. A lo lejos, como una mofa de voz melodiosa, se alzaban las verdes montañas de las cordilleras de Gerecse y Vertes.

Los guardias abrieron las puertas de los vagones y a gritos ordenaron a los hombres que bajaran del tren. En el campo yermo separaron a los nuevos de los veteranos; a estos los mandaron a trabajar inmediatamente. Ordenaron a los demás que dejaran los petates en los barracones que se les había asignado y después se presentaran en el campo de reunión, que se hallaba en el centro del recinto. Los barracones de hormigón de Bánhida parecían construidos sin otra consideración que la economía; los materiales eran baratos, y las pocas ventanas, altas y pequeñas. Al entrar, Andras tuvo la sensación de que lo sepultaban bajo tierra. Mendel y él tomaron dos literas del final de una hilera, pues la pared les proporcionaría cierta intimidad. Después se encaminaron con sus compañeros hacia el campo de reunión, un inmenso cuadrilátero alfombrado de barro.

Aquel día habían llegado cincuenta hombres nuevos al campamento de Bánhida. Dos sargentos los colocaron en filas de diez. Les ordenaron que esperaran en posición de firmes al comandante Barna, el jefe de la compañía. Después los dividirían en grupos de trabajo y empezaría su nuevo servicio. Permanecieron casi una hora en el barro, callados, oyendo a lo lejos las órdenes de los capataces, la vibración eléctrica de la central y el sonido de ruedas metálicas sobre raíles. Por fin el comandante salió de un edificio de oficinas. Lucía una gorra adornada con un cordón dorado y un par de botas relucientes. Caminó entre las filas con paso enérgico, examinando la cara de los hombres. A Andras le recordó un retrato de Napoleón que había visto en un libro de texto; era un hombre de constitución recia, cabello moreno, espalda erguida y expresión imperiosa. La segunda vez que pasó por la fila de Andras, se paró ante él y le pidió que se identificara.

Andras saludó.

—Capitán de pelotón, señor.

—¿Cómo ha dicho?

—Capitán de pelotón —repitió Andras en voz más alta. A veces los jefes querían que respondieran a gritos, como si estuvieran en un ejército de verdad, en lugar del servicio de trabajo. A Andras le deprimían profundamente esos episodios. El comandante Barna le ordenó que saliera de la fila y marchara, de frente.

Odiaba que le ordenaran marchar. Lo odiaba todo. Unas pocas semanas en casa habían refrescado en él la peligrosa conciencia de que era un ser humano. Se cuadró al detenerse frente a la formación, y tembló mientras el comandante Barna lo miraba de arriba abajo. El hombre parecía observarlo con una mezcla de fascinación y repugnancia, como si Andras fuera un monstruo de feria. A continuación sacó una navaja con mango de nácar y la acercó a la nariz de Andras. Este sorbió por la nariz. Creyó que iba a estornudar. Olía el metal de la hoja. No sabía qué se proponía Barna. En sus ojillos negros percibió una chispa de malicia, como si ambos fueran a ser conspiradores de lo que iba a suceder. Hizo un guiño y apartó la navaja de la cara de Andras, deslizó la punta bajo la insignia de oficial del abrigo de Andras y con unos rápidos movimientos la arrancó de su torso. La insignia cayó en el barro; Barna la pisoteó con la bota hasta que desapareció. Después puso una mano en la cabeza de Andras, sobre la gorra que Klara le había comprado. Unos movimientos más de la navaja y arrancó también de la gorra la insignia de oficial.

—¿Cuál es su rango ahora, soldado? —preguntó el comandante Barna en voz alta para que lo oyeran los hombres que tenía detrás.

Andras no sabía que aquello fuera posible. Ignoraba que pudieran despojarle de su rango sin que hubiera cometido ningún delito. En un arranque de osadía se irguió en toda su altura —sacaba más de diez centímetros a Barna— y gritó:

—Capitán de pelotón, señor.

El comandante hizo un gesto brusco y Andras sintió un fuerte dolor en la cabeza. Cayó de bruces en el barro.

—En Bánhida no —vociferó el comandante Barna. En su mano temblorosa sostenía un bastón de haya con sangre de Andras.

A pesar del dolor, Andras casi soltó una risotada. Todo parecía absurdo. ¿No acababa de estar sentado en la cocina de su madre, comiendo manzanas? ¿No acababa de hacer el amor con su mujer? Se llevó una mano a la cabeza: sangre caliente, un chichón doloroso.

—Póngase en pie, soldado —ordenó el comandante—. Vuelva a su fila.

No tenía opción. Sin pronunciar palabra, obedeció.

Su recibimiento en Bánhida fue solo una muestra de lo que le esperaba. Algo había cambiado en el breve período que Andras había estado fuera del Munkaszolgálat, o quizá las cosas eran diferentes en la 101/18. No había oficiales judíos; no había médicos, ingenieros ni capataces judíos. Los guardias eran más crueles e irascibles, los oficiales enseguida aplicaban castigos. Bánhida era un lugar feo y desagradable. Todo parecía concebido para el malestar o la infelicidad de sus habitantes. Día y noche la central eléctrica soltaba sus tres columnas de humo de carbón; el aire apestaba a azufre, y todo estaba envuelto en una película de fino polvo marrón anaranjado que se convertía en una pasta caliza con la lluvia. Los barracones olían a moho, por las ventanas entraba el calor, pero poca luz o aire, y los techos tenían goteras que mojaban las camas. Parecía que los caminos y las carreteras se hubieran trazado en las partes más húmedas del campamento. Todas las tardes, a las tres en punto, caía un chaparrón que transformaba el lugar en un peligroso pantano de barro. Una brisa húmeda y cálida esparcía el olor de las letrinas por el campamento y los hombres se asfixiaban con aquella pestilencia mientras trabajaban. En los charcos proliferaban los insectos, que atacaban a los hombres apiñándose en sus frentes, cuellos y brazos. Los mosquitos eran lo peor de todo; sus picaduras dejaban unos verdugones rojos y tiernos que tardaban en curar.

A Andras y Mendel les habían asignado la tarea de llenar de carbón lasvagonetas con la pala y después empujarlas por los raíles oxidados hasta la central eléctrica. Los raíles estaban tendidos sobre el suelo pero no sujetos, y pronto supieron por qué: cuando las lluvias aumentaron, hubo que levantarlos para colocarlos fuera de los charcos, que eran como pequeños estanques. Cuando ya no hubo forma de esquivar los charcos, hizo falta poner troncos y, encima de estos, los raíles. Las vagonetas pesaban cientos

de kilos con toda su carga. Los hombres tiraban de ellas, las empujaban y sacudían, y cuando ni aun así se movían, blasfemaban y las golpeaban con la pala. Cada vagoneta llevaba estampada en blanco la sigla KMOF, de Közér-dek´ú Munkaszolgálat Országoz Felügyel´óje, es decir, Administración Nacional del Sistema del Servicio de Trabajo, pero Mendel insistía en que las letras significaban Királyi Marhák Ostobasági Földbirtoka: Granja de la Estupidez de los Reales Idiotas.

Aun así, debían sentirse agradecidos. Habría sido peor si los hubieran puesto a trabajar en la central eléctrica, donde el polvo del carbón y los vapores de los productos químicos convertían el aire en un caldo denso e irrespirable. Habría sido peor si los hubieran mandado a las minas. Habría sido peor si no hubieran tenido la compañía del otro. Y habría sido peor estar a cientos de kilómetros de Budapest, como cuando los habían enviado a Rutenia y Transilvania. El correo llegaba a Bánhida con rapidez; las cartas de sus padres tardaban dos semanas, y las de Klara, una. En una ocasión Klara adjuntó una misiva de Rosen, mandada desde Palestina, cinco páginas de letra desgarbada, en las que explicaba que él y Shalhevet habían huido de Francia justo antes de que se cerraran las fronteras a los judíos que deseaban emigrar, y se habían casado en Jerusalén, donde los dos trabajaban para la Comunidad Judía de Palestina: Rosen en el departamento de planificación de los asentamientos, y Shalhevet en la oficina de apoyo a la inmigración. Esperaban un hijo, que nacería en noviembre. Andras recibió incluso cartas de sus hermanos: Tibor, de vuelta a Budapest de permiso, había llevado a Ilana a lo alto de la colina del castillo por primera vez; en una fotografía posaban ambos ante el parapeto, Ilana con una sonrisa radiante, cogida de la mano de Tibor. Mátyás, todavía atrapado en su compañía de servicio pero atacado por la fiebre primaveral, había hecho una escapada a una ciudad vecina, donde había bebido cerveza, tonteado con las chicas de la taberna y bailado claqué sobre la barra de cinc con sus botas, tras lo cual había vuelto a su batallón sin que lo pillaran.

Dadas las penalidades que vivían en Bánhida, Mendel concibió una nueva publicación titulada *La Mosca Cargante*. Aunque al principio a Andras le pareció una audacia rayana en la estupidez recuperar la idea de sacar un periódico después de lo sucedido en la 112/30, Mendel argumentó que debían hacer algo para no volverse locos. Dijo que la nueva publicación

tendría un tono de protesta sin ridiculizar directamente a las autoridades del campamento. Si los pillaban, no habría nada que su jefe pudiera tomarse como un ataque personal. Evidentemente comportaba cierto riesgo, pero la alternativa era dejar que el Munkaszolgálat los silenciara. Tras la humillación que Andras había sufrido en el campo de reunión, ¿cómo podía negarse a levantar la voz para protestar?

Al final Andras aceptó ser coeditor. En la 112/30 había visto cómo *El Ganso Azul* se convertía en un emblema de la lucha de los hombres. Les había proporcionado cierto alivio ver documentadas sus miserias diarias, verlas reconocidas como ultrajes que exigían la publicación de un periódico clandestino, aunque fuera tan absurdo como *El Ganso Azul.* Al menos en Bánhida sería más fácil conseguir material de dibujo, pues en el mercado negro podía obtenerse toda clase de cosas. Además de salchichas de Debrecen, cigarrillos Fox, calendarios de Hedy Lamarr y Rita Hayworth, latas de guisantes, calcetines de lana, pasta dentífrica y vodka, se podían comprar papel y lápices. Y había muchos temas para ilustrar. El primer número de *La Mosca Cargante* contenía un glosario en el que se definían términos como formación matinal («popular juego de salón en el que se suceden el aburrimiento, los ejercicios de gimnasia y la humillación»), aguador («un trabajador con un cubo vacío y una boca llena») y dormir («un infrecuente fenómeno natural sobre el cual poco se sabe»). Había un horóscopo que prometía desgracias a todos los signos del zodiaco. Había un anuncio de un detective privado que se ofrecía a descubrir si la esposa o la novia había sido infiel, y que declinaba toda responsabilidad si entre él y la persona investigada llegaba a surgir una relación imprevista. Había una sección de anuncios por palabras («Se busca: arsénico. Se paga a plazos») y una novela de aventuras por entregas sobre una expedición al Polo Norte, que se hizo más popular a medida que el calor arreciaba. Con la ayuda de un administrativo judío de la oficina de suministros, el periódico se publicaba en ediciones semanales de cincuenta ejemplares. Pronto Andras y Mendel disfrutaron de una discreta fama periodística entre los habitantes del campamento.

Pero lo que no podía ofrecer *La Mosca Cargante* era lo único que todos querían ver en un diario: noticias de Budapest y del resto del mundo. Para eso contaban con los pocos periódicos manoseados que les mandaban sus

familias o tiraban los guardias. Pasaban de mano en mano hasta que quedaban ilegibles y las noticias que contenían hacía mucho que habían perdido actualidad. Pero hubo sucesos de tal importancia que los hombres se enteraron de ellos poco después de que ocurrieran. En la tercera semana de junio, apenas un año después de que Francia hubiera caído, las tropas de Hitler invadieron la Unión Soviética en un frente de mil doscientos kilómetros que iba desde el Báltico al mar Negro. El Kremlin parecía tan conmocionado por aquel giro de los acontecimientos como los hombres del campamento de Bánhida. Por lo visto Moscú había creído que Alemania respetaría el pacto de no agresión con la Unión Soviética. Sin embargo, Hitler debía de llevar meses planeando el ataque, observó Mendel. Si no, ¿cómo había logrado reunir tantos cientos de miles de soldados, tantos aviones, tantas divisiones de tanques?

Apenas una semana después Andras y Mendel se enteraron por el jefe de la oficina de correos de que aviones soviéticos —o lo que en principio parecían aviones soviéticos, pero bien podían ser aviones alemanes camuflados— habían bombardeado la ciudad fronteriza magiar de Kassa. El mensaje era claro: Hungría no tenía más remedio que mandar su ejército a Rusia. Si el primer ministro Bárdossy se negaba, Hungría perdería todos los territorios que Alemania le había devuelto. De hecho Bárdossy, que se oponía desde hacía tiempo a la entrada de Hungría en la contienda, ahora parecía considerarla inevitable. Pronto los titulares de los periódicos se hicieron eco de la declaración de guerra contra la Unión Soviética y unidades del ejército húngaro se pusieron en camino para unirse a las fuerzas invasoras del Eje. Los hombres de la 101/18 sabían lo que eso significaba: por cada unidad húngara enviada al frente, se enviaría una unidad del servicio de trabajo para apoyarla.

Nadie sabía cuánto duraría la guerra ni qué tendrían que hacer los soldados del servicio de trabajo. En los barracones se rumoreaba que los utilizarían como escudos humanos o los mandarían cruzar las líneas los primeros para recibir el fuego enemigo. Sin embargo, en Bánhida no hubo ningún cambio inmediato: se extraía el carbón, los hombres lo cargaban en vagonetas, la central eléctrica lo quemaba, el aire se llenaba de polvo sulfuroso. En julio, cuando el barro se secó y los insectos de primavera murieron de sed, el ritmo de trabajo aumentó, como si se necesitara más potencia para abastecer

la maquinaria de la guerra. El calor era tan intenso que a mediodía los hombres ya trabajaban en calzoncillos. No había árboles que ofrecieran refugio del sol ni una charca donde refrescar la piel abrasada. Andras sabía que había agua de seltz fría con sabor a frambuesa no muy lejos de allí, en la ciudad por la que habían pasado camino del campamento, y en los días más tórridos se decía que podía abandonar la vagoneta —sin importarle lo que pasara— y caminar hasta el fresco bosque que formaban las sombrillas de la terraza de algún café. Empezó a ver espejismos: agua reluciente junto a los raíles… A veces todo el campamento flotaba sobre un mar de un negro plateado centelleante. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía el mar? Lo veía más allá de la alambrada mientras empujaba las vagonetas de carbón: el Mediterráneo, cobre azul batido, se extendía hacia las inimaginables costas de África. Y allí estaba Klara, con su traje de baño negro y su gorro blanco de rayas, entrando en la espuma que se formaba en la orilla. Klara sumergida hasta los muslos, con las piernas en zig-zag por la distorsión del agua. Klara en el trampolín de madera. Klara ejecutando el salto del cisne al estilo de Odette. Y de repente el capataz aparecía al lado de Andras vociferando órdenes. Había que cargar el carbón, había que empujar las vagonetas, porque en algún lugar del este se estaba librando una guerra.

La noticia más asombrosa de su vida le llegó a Andras un atardecer caluroso de julio, un mes después de que Hungría entrara en guerra, en la hora muerta entre el trabajo y la cena, en los escalones del barracón 21. Él y dos de sus compañeros de barracón, unos gemelos larguiruchos y pelirrojos de Sopron, habían ido a la oficina de correos tras la jornada de trabajo a recoger sus cartas y paquetes. Los hombres tenían el cuerpo lleno de ampollas producidas por el sol y aún estaban deslumbrados por la luz; el sudor había formado sobre su piel una fina pasta que al secarse se había agrietado. Como siempre, había una cola interminable en la estafeta. La correspondencia estaba sometida a la inspección del jefe de correos y sus empleados, lo que significaba que abrían todos los paquetes, examinaban su contenido y sustraían la comida, los cigarrillos o el dinero que pudiera haber antes de entregarlos a su destinatario. Los gemelos de Sopron se reían leyendo un ejemplar reciente de La Mosca Cargante mientras esperaban. Andras tenía la cabeza embotada por el calor; apenas recordaba haber ilustrado aquel número. Abrió su cantimplora y bebió las últimas gotas de agua. Si habían de aguardar mucho rato más en la cola, no tendría tiempo

de lavarse antes de cenar. ¿Había pedido a Klara que le mandara jabón de afeitar? Imaginó una pastilla limpia, envuelta en papel de cera blanco con el dibujo de una chica en un traje de baño antiguo. O quizá habría otra cosa, algo menos necesario pero igual de bueno: una caja de pastillas de violeta, por ejemplo, o una fotografía de Klara.

Cuando por fin llegaron a la ventanilla, el empleado puso en las manos de los gemelos dos paquetes idénticos; los habían abierto e inspeccionado, como de costumbre, y habían dejado en su interior los envoltorios de cuatro tabletas de chocolate, como una burla. No obstante, aquel día debía de haber mucha comida en el correo, pues todavía contenían latas de rugelach de canela. Miku y Samu eran generosos y admiraban a Andras por su papel en la creación de La Mosca Cargante. Lo esperaron mientras retiraba un sobre fino de Klara y al volver al barracón compartieron con él su botín. A pesar de ese consuelo, Andras no pudo evitar sentirse decepcionado con su fino sobre. No tenía jabón de afeitar ni vitaminas ni cientos de otras cosas. Su esposa debería de haber pensado en sus necesidades. Podría haberle mandado al menos un paquete pequeño. Mientras los gemelos entraban en el barracón con los suyos, se sentó en los escalones y rasgó el sobre con la navaja.

Al otro lado del cuadrilátero, Mendel Horovitz vio a Andras sentado en los escalones del barracón con una carta en la mano. Se apresuró a cruzar el patio, para alcanzar a su amigo antes de que fuera a los lavabos para asearse y luego cenar. Mendel acababa de salir de la oficina de suministros, donde el empleado le había permitido utilizar la máquina de escribir; en solo cuarenta y cinco minutos había mecanografiado las seis páginas del nuevo ejemplar de La Mosca Cargante. Creía que Andras tendría tiempo de ocuparse de las ilustraciones aquella noche. Silbó una melodía de Tin Pan Alley, la película que había visto durante su permiso en Budapest. Sin embargo, cuando llegó a los escalones del barracón se detuvo y dejó de silbar. Andras había levantado la cabeza y lo miraba con la carta temblándole en la mano.

—¿Qué pasa, Parisi? —preguntó Mendel.

Andras había enmudecido; creyó que no podría volver a hablar nunca más. Quizá no lo había entendido bien. Pero miró de nuevo la carta y ahí estaban

las palabras, escritas con la letra inclinada de Klara.

Estaba embarazada. Él, Andras Lévi, iba a ser padre.

A cincuenta kilómetros, en Budapest, Klara estaba embarazada de su hijo. Lo único importante era que él sobreviviera los meses que faltaban hasta la fecha que ella había mencionado en su carta: el 29 de diciembre. Entonces ya habría cumplido los dos años de servicio militar. Tal vez incluso la guerra habría terminado, dependiendo del resultado de la campaña de Hitler en Rusia. Quién sabía cómo sería entonces la vida en Hungría para los judíos, pero si Horthy seguía siendo el regente no sería imposible vivir allí. O quizá emigraran a Estados Unidos, a la sucia y espléndida ciudad de Nueva York. El día que recibió la carta de Klara dibujó un calendario en la contraportada de un ejemplar de La Mosca Cargante. Al final de cada jornada de trabajo tachaba un cuadrado, y poco a poco los días empezaron a ser una larga sucesión de cruces. Las cartas volaban entre Budapest y Bánhida: Klara seguía dando clases, continuaría haciéndolo mientras pudiera bailar delante de las alumnas. Estaba ahorrando para alquilar un piso más grande cuando Andras volviera a casa. Un amigo de su madre era propietario de un edificio en Nefelejcs utca; el barrio no era nada del otro mundo, pero la finca quedaba cerca de la casa de Benczúr utca y a unas pocas travesías del parque municipal. Nefelejcs era el nombre de la florecilla azul que crecía en el bosque, la que tenía un pequeñísimo anillo amarillo en el centro: nomeolvides. Él nunca la olvidaría, por supuesto, ni un instante; su vida parecía mantenerse en equilibrio, lista para un cambio inimaginable.

En septiembre se produjo un milagro: Andras recibió un permiso de tres días. No había ninguna razón para aquel golpe de suerte, que él supiera. En Bánhida los permisos parecían concederse al azar, salvo en el caso de una muerte en la familia. Se enteró de la noticia un jueves, le entregaron los papeles el viernes y subió a un tren con destino a Budapest el sábado por la mañana. Era un día soleado, el aire conservaba aún el último calor radiante del verano. El cielo, de un azul claro, estaba despejado, y al alejarse de Bánhida el olor a azufre desapareció para dar paso al dulce aroma de la hierba cortada.

Klara le esperaba en la estación de Keleti. Andras no había visto a una mujer tan hermosa en su vida: llevaba un jersey de lana rosa que marcaba la curva de su vientre y un sombrero ajustado de lana color canela. Ajena como siempre a la moda, tenía el cabello largo y liso y se lo había recogido en un moño en la nuca. La estrechó entre sus brazos, aspirando el olor de su piel. Le daba miedo apretarla con toda la fuerza que habría deseado. La apartó un poco para mirarla.

—¿Es verdad? —preguntó.

—Sí, como puedes ver.

—¿Verdad de la buena?

—Creo que lo sabremos dentro de unos meses.

Le cogió del brazo, y tras salir de la estación se encaminaron hacia el Városliget. Andras apenas podía creer que fuera posible pasear con Klara en una tarde de septiembre, sus herramientas de trabajo lejos, en Bánhida, sin otra perspectiva que el placer y el descanso. Cuando torcieron en István út y se dio cuenta de que se dirigían a la casa de la familia de Klara, se preparó para la necesidad de saludar al hermano y la cuñada de Klara, y tal vez incluso a József, que había alquilado un taller en Buda con la intención de volver a pintar. Debería explicar la ausencia de su insignia de oficial, todos comentarían y lamentarían su aspecto demacrado, y mientras tanto él debería contemplar el rostro complaciente y saludable de los parientes de Klara y percibir la dolorosa diferencia entre la situación de estos y la suya.

Sin embargo, cuando llegaron a la esquina de István y Nefelejcs, Klara se detuvo ante la puerta de un edificio de piedra gris y sacó un llavero del bolsillo. Levantó una gran llave ornamentada para que Andras la viera. Después la introdujo en la cerradura y la puerta se abrió hacia dentro.

—¿Dónde estamos? —preguntó Andras.

—Ahora lo verás.

El patio estaba lleno de bicicletas, macetas con helechos y tomateras en cajas de madera. En el centro había una fuente cubierta de musgo con hojas de nenúfar y peces de colores; una muchacha morena estaba sentada en el borde, moviendo la mano dentro del agua. Miró a Andras y a Klara con ojos serios, se secó la mano en la falda y corrió hacia uno de los pisos de la planta baja. Klara guió a Andras hasta una escalera cuya barandilla tenía hojas de parra dibujadas, y subieron tres tramos de peldaños bajos. Utilizó otra llave para abrir una puerta doble y le hizo entrar en un piso que daba a la calle. Olía a pollo asado y a patatas fritas. Junto a la puerta había cuatro ganchos de bronce; de uno colgaba un viejo sombrero de fieltro de Andras, y de otro, el abrigo gris de Klara.

—Este no puede ser nuestro piso —exclamó él.

—¿De quién si no?

—Es imposible. Es demasiado bonito.

—Si ni siquiera lo has visto. No lo juzgues con tanta rapidez. Tal vez no sea de tu gusto.

Pero por supuesto era de su gusto. Ella sabía perfectamente lo que le gustaba. Había una cocina de azulejos rojos, un dormitorio para Andras y Klara y otro muy pequeño que podría ser la habitación del niño, y un cuarto de baño con una bañera esmaltada. El salón estaba forrado de estantes, que Klara había empezado a llenar con libros de ballet, música y arquitectura. Había una mesa de dibujo de madera —una prima lejana húngara de la que Klara había regalado a Andras en París— en un rincón, y en otro, un fonógrafo sobre un taburete de patas finas. En el otro extremo del salón había una mesa de marquetería ante un sofá bajo. Dos sillones de rayas color marfil flanqueaban los altos ventanales, desde los que se veía el edificio amarillo que se alzaba al otro lado de la calle.

—Es nuestro hogar —dijo Andras—. Has creado un hogar para nosotros. —Y la tomó en sus brazos.

Lo que más deseaba Andras durante su breve permiso era atender las necesidades de su mujer embarazada. Al principio ella se resistió

argumentando que él no tenía a nadie que lo cuidara en Bánhida, pero Andras aseguró que prodigarle cuidados era un lujo mucho mayor para él que recibirlos. Así que aquella primera noche, después de comer el pollo asado y las patatas, ella le dejó hacer café y leer en voz alta el periódico, y después prepararle un baño y frotarla con una gran esponja amarilla. Para Andras, el cuerpo de su esposa embarazada era algo milagroso. Su piel pálida había adquirido un tono rosado, y su cabellera parecía más abundante y lustrosa. Él mismo la lavó y después la echó hacia delante hasta cubrirle los pechos. Los pezones eran ahora más grandes y oscuros, y entre el ombligo y el triángulo del pubis se había formado una línea pardusca que quedaba cortada por la cicatriz plateada del anterior embarazo. Los huesos ya no se le marcaban tanto. Lo más destacable era la compleja expresión que había aparecido en sus ojos, una mezcla tal de tristeza y esperanza que era casi un alivio verlos cerrados. Mientras ella se refrescaba en la bañera esmaltada, Andras cayó en la cuenta de que en Bánhida su vida se había reducido a las necesidades y emociones más simples: la esperanza de encontrar un trozo de zanahoria en la sopa, el temor a la ira del capataz, el deseo de dormir quince minutos más. Klara, que había vivido con mayor seguridad en Budapest, tenía la posibilidad de abrigar pensamientos más complejos. Era lo que estaba sucediendo mientras la observaba, mientras la frotaba con la esponja amarilla.

—¿En qué estás pensando? —preguntó—. No puedo adivinarlo.

Ella abrió los ojos y lo miró.

—En lo raro que me resulta todo esto —respondió—. Estar embarazada ahora que estamos en guerra. Si Hitler llega a controlar toda Europa, y quizá también Rusia, ¿qué será de este niño? Es absurdo pensar que Horthy nos protegerá.

—¿Crees que deberíamos emigrar?

Ella suspiró.

—Me lo he planteado. Incluso he escrito a Elisabet. Pero la situación está tal como esperaba. Ahora es casi imposible conseguir un visado. Y aunque lo consiguiéramos, no estoy segura de querer marcharme. Nuestras familias

están aquí. Me resulta inconcebible separarme de mi madre, sobre todo ahora. Y cuesta imaginar que podamos empezar una vida en un país extranjero.

—Además está el viaje —señaló Andras mientras le acariciaba los hombros mojados—. No es seguro cruzar el océano durante una guerra.

Klara se abrazó las piernas.

—No he pensado solo en la guerra —dijo—. He tenido toda clase de dudas.

—¿Qué dudas?

—Sobre qué clase de madre seré para este niño. Sobre las mil ocasiones en que he fallado a Elisabet.

—No has fallado a Elisabet. Se ha convertido en una mujer fuerte y preciosa. Y tu situación era diferente entonces. Estabas sola y no eras más que una cría.

—Y ahora soy prácticamente una anciana.

—No digas tonterías, Klara.

—En serio. —Frunció el entrecejo—. Tengo treinta y cuatro años. El parto anterior fue un desastre. El tocólogo dice que puede que tenga mal la matriz. Mi madre me acompañó en la última visita y ojalá no lo hubiera hecho. Desde entonces se muere de preocupación.

—¿Por qué, Klara? ¿Es que corre peligro el niño? —Le levantó la barbilla y la obligó a mirarlo—. ¿Corres tú peligro?

—Todos los días hay mujeres que dan a luz —repuso ella, e intentó sonreír.

—¿Qué te dijo el médico?

—Puede que se presenten complicaciones. Quiere que tenga el niño en el hospital.

—Claro que lo tendrás en el hospital —afirmó Andras—. No me importa lo que cueste. Encontraremos la forma de pagarlo.

—Mi hermano nos ayudará.

—Encontraré trabajo —dijo Andras—. Conseguiremos el dinero como sea.

—György estaría encantado de echarnos una mano —aseguró Klara—. Lo mismo que tus hermanos.

Andras no quería discutir durante los pocos días que iban a pasar juntos.

—Sé que nos ayudaría si fuera necesario —repuso—. Esperemos que no tengamos que pedírselo.

—Mi madre quiere que me mude a la casa de Benczúr utca —explicó

Klara, que había empezado a enrollarse el cabello mojado—. No comprende por qué me empeño en que tú y yo tengamos un piso. Cree que es un gasto innecesario. Y no le gusta que esté sola. ¿Y si pasara algo?, dice.

Como si no hubiera estado sola todos esos años en París.

—Precisamente por eso quiere protegerte más —dijo él—. Debió de sufrir por no estar contigo cuando estabas embarazada de Elisabet.

—Claro que lo comprendo, pero ya no tengo quince años.

—De todos modos, tal vez tenga razón. Si existe algún riesgo, ¿no sería mejor que estuvieras en casa?

—¡No, Andráska, no me vengas tú también con eso!

—No me gusta que estés sola.

—No estoy sola. Ilana viene casi a diario. Y la casa de mi madre está a solo seis minutos a pie. No puedo volver allí, y no solo porque esté

acostumbrada a vivir por mi cuenta. ¿Y si las autoridades descubrieran quién soy? Si viviera en casa de mi familia, podrían incriminarlos.

Se levantó de la bañera y el agua resbaló por su piel como una cortina reluciente. Él pasó las manos por las nuevas curvas de su cuerpo.

Aquella noche, incapaz de dormir, Andras se levantó de la cama y fue al salón, a la mesa de dibujo que Klara le había comprado. Deslizó las manos por la superficie dura y lisa, vacía de papeles y lápices. En otros tiempos hallaba consuelo trabajando, aunque solo fuera en un proyecto personal. La absoluta concentración que requería trazar una serie de líneas negras ininterrumpidas apartaba de su mente, al menos durante unos minutos, los problemas más graves. Sin embargo, nunca había tenido que preocuparse por la suerte de su esposa embarazada, su futuro hijo y todo el mundo occidental. En cualquier caso, ahora no se le ocurría ningún proyecto en el que pudiera enfrascarse. Cuando pensaba en el estudio y la práctica de la arquitectura, encontraba su mente tan vacía y lisa como la superficie de trabajo que tenía delante. El trabajo que había realizado en los dos últimos años, cuando no estaba talando árboles, construyendo carreteras o recogiendo carbón con una pala —garabatos en un bloc, monigotes en los márgenes de los periódicos de Mendel— le había mantenido alejado de la ociosidad, quizá incluso había impedido que se volviera loco. Pero también le había ayudado a no pensar en que su vida como estudiante de arquitectura quedaba cada vez más lejos, que sus manos habían olvidado cómo trazar una línea perfecta, que su mente perdía la capacidad de resolver problemas de forma y función.

Le habría gustado poder hablar con Tibor. Él sabría qué debía hacer, cómo podía proteger a Klara y empezar a vivir otra vez. Pero Tibor estaba a trescientos kilómetros, en los Cárpatos. Andras ignoraba cuándo podrían sentarse juntos para tratar de comprender quiénes eran ahora, o al menos consolarse compartiendo su incertidumbre.

Fue su hermano menor —el que solía causar problemas más que aliviarlos — quien apareció en Budapest durante el permiso de Andras. Mátyás llegó a la estación de Nyugati con el resto de su compañía, que había sido destinada cerca de la capital a la espera de un traslado, y saltó del tren para disfrutar de un permiso que él mismo se había concedido. Su compañía

estaba al mando de un joven oficial poco estricto que permitía que sus hombres pagaran cierta cantidad para obtener de vez en cuando una exención temporal del trabajo. Mátyás, que había ahorrado dinero cuando trabajaba de escaparatista, acababa de conseguir unos días libres para ver a una dependienta que había conocido en uno de sus empleos. Ignoraba que Andras gozaba de un permiso también, así que fue por pura casualidad que, un lunes por la tarde, se encontró de frente a su hermano al saltar a la cola de un tranvía. Mátyás se quedó tan sorprendido que habría resbalado del vehículo si Andras no lo hubiera sujetado por el brazo.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Mátyás—. ¿No te tenían esclavizado en una mina?

—¿Y tú qué? ¿Qué haces aquí?

—Construir puentes. ¡Pero hoy no! Hoy voy a ver a una amiga llamada Serafina.

Una mujer mayor con la cabeza tapada con un pañuelo les lanzó una mirada de desaprobación, como si estuviera mal mantener una conversación tan animada y en voz tan alta en un tranvía. Andras acercó la cara de Mátyás a la suya y dijo a la mujer:

—Es mi hermano, ¿lo ve? ¡Mi hermano!

—Pues vuestros padres deben de ser unos zopencos —espetó la mujer.

—Mil perdones, su señoría —dijo Mátyás.

Se tocó el sombrero y, ejecutando una perfecta voltereta hacia atrás, saltó de la barandilla del tranvía a la calle, con tal ligereza que la mujer soltó un grito. Mientras los pasajeros lo observaban atónitos, bailó claqué sobre los adoquines con su calzado de suela blanda y avanzó velozmente hacia la acera, apartando a los peatones; efectuó dos giros, se quitó el sombrero e hizo una inclinación a una mujer joven con un abrigo azul de sarga. Todos cuantos lo habían visto lo ovacionaron. Andras saltó del tranvía y esperó a que su hermano terminara de recibir los aplausos.

—Una locura innecesaria —comentó en cuanto los aplausos se apa garon.

—Debería estamparlo en una bandera y llevarla a todas partes.

—Harías bien. Así estarían todos avisados.

—¿Adónde vas con una bolsa de patatas? —preguntó Mátyás.

—A mi piso, donde me espera mi mujer.

—¿Tu piso? ¿Qué piso?

—Nefelejcs utca, número treinta y nueve, tercer piso, apartamento B.

—¿Desde cuándo vives ahí? ¿Y hasta cuándo?

—Desde anoche. Me quedaré un día y medio más, hasta que tenga que volver a Bánhida.

Mátyás rió.

—Entonces supongo que te he pillado por los pelos.

—O yo te he pillado a ti. ¿Por qué no vienes a cenar?

—Puede que tenga otros planes.

—¿Y si la tal Serafina te ve como el loco informal que eres?

—En ese caso acudiré corriendo. —Mátyás besó a Andras en ambas mejillas y subió de un salto al siguiente tranvía, que se había detenido ante ellos.

Mientras caminaba hacia su casa Andras tuvo al principio la tentación de bailar claqué. A veces la suerte le sonreía: le había regalado un permiso inesperado, y ahora le regalaba a Mátyás. Pero ni siquiera esa agradable sorpresa logró distraerlo de su nueva obsesión. El periódico que había comprado aquella tarde ofrecía un panorama desalentador de lo que sucedía en el este: Kiev había caído en manos de los alemanes y los ejércitos de

Hitler se hallaban a ciento sesenta kilómetros de Leningrado y Moscú. Aquella misma semana, en un discurso radiado, el Führer había anunciado la inminente capitulación de la Unión Soviética. Andras temía que los británicos, que habían resistido ferozmente en el Mediterráneo, perdieran la esperanza; si sus defensas se desmoronaban, Hitler gobernaría toda Europa.

Recordó lo que había dicho Rosen en la Paloma Azul tres años antes: que Hitler quería hacer de todo el mundo una Alemania. Ni siquiera Rosen podría haber previsto hasta qué punto su predicción se haría realidad. Andras deseaba creer que Hungría seguiría siendo un refugio en medio de la tormenta; era fácil creerlo estando en Budapest, lejos del calor y el hedor del campamento de Bánhida. Pero si la Unión Soviética caía ningún país europeo sería seguro, sobre todo para los judíos; desde luego no lo sería Hungría, donde el Partido de las Cruces Flechadas había ido obteniendo cada vez más votos en las elecciones. En esta incertidumbre nacería el hijo de Andras y Klara.

Al llegar a casa encontró a su mujer y a su cuñada sentadas en la cocina. Ilana tenía cogidas las manos de Klara y ambas se reían cómplices. Era evidente que la relación entre ellas se había fortalecido durante la ausencia de Andras. En sus cartas Klara había mencionado a menudo cuánto agradecía la compañía de Ilana, y él se había sentido aliviado sabiendo que vivían a pocas manzanas de distancia y se veían a menudo. Si Klara había sido la confidente y protectora de Ilana en París, ahora parecía haberse convertido más bien en una especie de hermana mayor. Klara le había contado que poco después de que Ilana llegara a Budapest, habían adquirido la costumbre de ir al mercado juntas todos los lunes y jueves por la mañana. Cuando Tibor se incorporó al Munkaszolgálat, Klara procuró que Ilana no estuviera sola; cocinaban juntas, pasaban las tardes juntas oyendo los discos de Klara o leyendo los libros de Ilana, paseaban por las avenidas y los parques los domingos a mediodía. Aquella noche, justo antes de que Andras llegara, Ilana se había presentado con un pastel y una noticia sorprendente: estaba embarazada. Se lo comunicó a Andras en su húngaro vacilante. Había ocurrido durante el último de permiso de Tibor. Si todo iba bien, los niños nacerían con dos meses de diferencia.

Sin embargo, ese otoño de 1941 no había felicidad que no estuviera teñida de preocupación. Andras lo veía en las finas arrugas que se habían formado en la frente de Ilana. Sabía lo que aquel embarazo debía de significar para ella después del aborto, y lo aterrada que se sentiría por la seguridad del bebé aun cuando no estuvieran en plena guerra. La habría abrazado si las creencias de ella no lo hubieran prohibido. Así que se conformó con felicitarla y expresar su ferviente deseo de que todo saliera bien. Después les contó cómo había tropezado con Mátyás en el tranvía.

—Vaya —dijo Klara—, menos mal que he comprado pasteles de más para el postre. Ese renacuajo nos habría dejado sin nada.

Mátyás llegó justo cuando Klara servía los pasteles en el salón después de la cena. La besó en la mejilla y cogió de la bandeja de plata uno de hojaldre relleno de nata. Dedicó a Ilana una profunda reverencia y se quitó el sombrero con un gesto teatral.

—Parece que tu cita amorosa ha ido bien —observó Andras—. Tienes las mejillas rojas de carmín.

—No es carmín —dijo Mátyás—. Es la mancha de la inocencia perdida. Serafina es una mujer de mucho mundo para mí. Todavía estoy ruborizado por lo que me ha dicho antes de despedirse.

—No te preguntaremos qué te ha dicho —comentó Klara.

—Tampoco os lo diría —aseguró él con un guiño. Echó un vistazo al mobiliario del salón—. No está mal —añadió—. ¡Todo esto solo para vosotros dos!

—Para nosotros tres, pronto —dijo Klara.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Andras será papá.

—Y Tibor también —anunció Ilana.

—¡Dios santo! —exclamó Mátyás—. ¿En serio? ¿Los dos?

—En serio —respondió Ilana, y bromeando señaló a Mátyás con un dedo —. Ahora tu anya y tu apa querrán que te cases tú también, para completar el cuadro.

—Ni hablar —dijo Mátyás, y guiñó de nuevo un ojo. A continuación ejecutó una serie de pasos rápidos sobre el suelo de madera, se dejó caer chistosamente sobre el respaldo del sofá y acabó de pie junto a la mesita—.

¿No diréis que no soy bueno? —agregó, y se arrodilló ante Klara con los brazos abiertos—. Tú deberías saberlo, profesora de danza.

—En mi mundo no llamamos danza a eso —dijo Klara con una sonrisa.

—A ver qué te parece esto, pues.

Mátyás se puso en pie y ejecutó dos piruetas con los brazos alzados, pero al final perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a la repisa de la chimenea. Se quedó un momento jadeando, sacudiendo la cabeza como si así fuera a lograr que dejara de darle vueltas, y por primera vez Andras se fijó en lo agotado y famélico que parecía. Le puso una mano en el hombro y lo llevó a uno de los sillones de rayas color marfil.

—Siéntate —dijo—. Te encontrarás mejor cuando te levantes.

—¿No te gusta como bailo?

—Ahora mismo no, hermano.

Klara colocó en un plato varios pastelitos para Mátyás y Andras le sirvió un vaso de slivovitz. Durante un rato charlaron como si no hubiera guerra, ni preocupaciones ni servicio de trabajo. Andras se ocupó de mantener llenos los platos y las tazas de café. Ilana se ruborizó por las atenciones y declaró que no le parecía bien que el hermano de su marido le sirviera. Andras pensó que nunca la había visto tan hermosa. Su piel, como la de Klara, parecía iluminada desde dentro. Su cabello quedaba oculto por el pañuelo que llevaban las mujeres casadas practicantes, pero había elegido uno de seda lila con toques plateados. Cuando reía con los chistes de Mátyás, sus ojos parecían refulgir con una luz de inteligencia. Costaba creer que fuera la

misma chica que yacía pálida y aterrada en una cama de hospital en París, con los labios blancos de dolor al despertar de la anestesia.

Después del café, Andras y Mátyás salieron a dar una vuelta en la agradable noche de septiembre. Recorrieron las pocas manzanas que separaban Nefelejcs del parque municipal, donde se encontraban los focos que bañaban el castillo de Vajdahunyad en una luz dorada. Los caminos estaban llenos de gente incluso a esa hora; en los oscuros rincones de los muros del castillo veían a hombres y mujeres besándose en una imperfecta intimidad. La exaltación de Mátyás se había aplacado ahora que estaban los dos solos. Cruzó los brazos sobre el pecho como si la brisa cálida le diera frío. De algún modo su estancia en el Munkaszolgálat había afilado su rostro. Sus rasgos se habían endurecido. La frente despejada y los pómulos prominentes, tan parecidos a los de su madre, le daban una seriedad que parecía en contradicción con su carácter bromista.

—Mis hermanos tienen mujeres hermosas —comentó—. Mentiría si dijera que no estoy celoso.

—Me desilusionaría que no lo estuvieras.

—¿De verdad vas a ser padre?

—Eso parece.

Mátyás soltó un silbido.

—¿Estás emocionado?

—Aterrado.

—Tonterías. Serás un padre fantástico. Y Klara ya tiene experiencia.

—Su hija no nació durante una guerra —señaló Andras.

—No, pero entonces Klara no tenía un marido.

—No parece que lo necesitara mucho. Consiguió un trabajo. Crió a su hija. Quizá Elisabet habría sido una chica más agradable si hubiera tenido otra

clase de familia, hermanos con los que jugar, un padre que le prohibiera portarse mal con su madre. Pero al final salió bien, a pesar de todo. No soy un marido demasiado útil. Por ahora no he sido más que una carga para Klara.

—Te llamaron a filas —le recordó Mátyás—. Tenías que hacer el servicio. No tenías muchas opciones.

—No he terminado los estudios. No puedo regresar a casa y ponerme a trabajar de arquitecto.

—Pues volverás a la facultad.

—Si puedo entrar en alguna. Y no olvidemos la cuestión del tiempo y los gastos.

—Tú lo que necesitas es un trabajo bien pagado que no te lleve todo el día —afirmó Mátyás—. ¿Por qué no trabajas conmigo?

—¿De qué? ¿De bailarín de claqué? ¿Te imaginas a los dos bailando? Los Asombrosos Hermanos Lévi.

—No, idiota. Trabajaríamos como escaparatistas. Juntos haríamos el trabajo el doble de rápido. Yo sería el diseñador y tú, mi esclavo. conseguiríamos el doble de clientes.

—No sé si me gustaría recibir órdenes de ti —dijo Andras—. Me matarías a trabajar.

—¿Qué vas a hacer para ganar dinero, pues? ¿Dibujar caricaturas en la calle?

—He estado pensando —respondió Andras—. Mi amigo Mendel Horovitz trabajaba en el Correo Vespertino antes de entrar en el servicio de trabajo. Dice que siempre están buscando maquetistas e ilustradores. Y no pagan mal.

—Uf. Entonces serás esclavo de otro.

—Si he de ser un esclavo, prefiero serlo en un campo en el que tengo experiencia.

—¿Qué experiencia?

—Bueno, aparte de mi antiguo empleo en Pasado y Futuro, están los periódicos que Mendel y yo hemos estado sacando, de los que te hablé por carta. Te habría traído un ejemplar de haber sabido que te vería.

—Comprendo —dijo Mátyás—. Arreglar escaparates no es un buen trabajo para ti después de haber estudiado en París.

Lo había dicho en broma, pero su expresión denotaba cierta decepción.

—Perdóname —dijo—. No pretendía insinuar que tu trabajo no sea una forma de arte. Es más artístico que la ilustración de periódicos, eso seguro.

La expresión de Mátyás se suavizó. Puso una mano en el brazo de su hermano.

—No te preocupes —repuso—. Yo también me consideraría demasiado elegante para arreglar escaparates si Le Corbusier y Auguste Perret hubieran tomado copas conmigo.

—Nunca he tomado ninguna copa con ellos —dijo Andras.

—No te hagas el humilde.

—Ah, bueno. Éramos íntimos. Salíamos de copas continuamente.

Andras se quedó callado pensando en sus amigos de verdad, que estaban esparcidos por todo Occidente en aquel momento. Esos hombres también eran sus hermanos. No sabía nada de Ben Yakov desde aquel telegrama de reconciliación, ni de Polaner desde que se había alistado en la Legión Extranjera. Se preguntó qué habría sido de la fotografía que habían tomado cuando él y Polaner ganaron el Prix du Amphithéâtre. Le resultó extraño pensar que aún se conservaba en alguna parte un recuerdo de una vida desaparecida.

—Te has puesto triste, hermano —observó Mátyás—. ¿Necesitas un trago de vino?

—No me vendría mal —respondió Andras.

Así que fueron a un café con vistas al lago artificial que servía como pista de patinaje en invierno, se sentaron a una mesa de la terraza y pidieron una botella de tokay. Con la guerra el vino se había encarecido, pero Mátyás insistió en que se dieran el lujo, e insistió aún más en pagar, ya que no tenía esposa ni un hijo en camino a los que mantener. Prometió que dejaría que Andras lo invitara la próxima vez, cuando ya hubiera encontrado empleo en un periódico, aunque por supuesto ninguno de los dos sabía cuándo lo encontraría ni cuándo volverían a estar juntos.

—Dime, ¿quién es esa Serafina? —preguntó Andras mirando a su hermano a través de la lente ámbar de su vaso de tokay—. ¿Cuándo la conoceremos?

—Trabaja de costurera en una tienda de ropa de Váci utca.

—¿Y?

—La conocí cuando estaba arreglando el escaparate de la tienda. Llevaba un vestido blanco con cerezas bordadas. Le pedí que se lo quitara para ponerlo en el escaparate.

—¿Le pediste que se quitara el vestido?

—¿Ves como puede ser un trabajo interesante?

—¿Y volvió a su máquina de coser desnuda?

—No. Por desgracia, la modista tenía otro vestido para ella.

—Qué pena.

—Sí. Desde entonces me quedó como un prurito. Por eso decidí perseguirla. Quería ver qué me había perdido cuando se escondió detrás de la cortina del probador.

—Parece que has visto suficiente para creer que la persecución ha valido la pena.

—Más que suficiente. Es como a mí me gusta. Un poco más alta que yo. Morena, con el cabello corto. Y una peca en la mejilla como una mancha de tinta marrón.

—Vaya, me muero de ganas de conocerla.

De nuevo la chispa de alegría desapareció de los ojos de Mátyás; sus ojeras parecieron acentuarse mientras miraba el vaso de vino.

—Mañana me incorporo a la compañía —dijo—. Esta vez va en serio.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a Belgorod, a Rusia. Al frente.

Andras sintió un fuerte dolor en el pecho, como si un martillo de hierro le hubiera golpeado la caja torácica.

—Oh, Mátyás. No.

—Sí. —Mátyás lo miró y sonrió, pero su expresión era de temor—.

Así que, ya ves, ha sido una suerte que nos encontráramos.

—¿No puedes pedir un traslado? ¿Lo has intentado?

—Se necesita dinero, y yo solo tengo para pequeños sobornos.

—¿Cuánto costaría?

—No lo sé. En este momento, cientos. Puede que miles.

Andras pensó una vez más en György Hász, que seguramente estaría sentado ante la chimenea de la casa de Benczúr utca con una bata de cachemir, leyendo un periódico de economía. Le habría gustado coger a Hász, ponerlo boca abajo y sacudirlo hasta que cayeran monedas de oro

como de una hucha rota. Se dijo que sería un idiota, peor que un idiota, si permitía que su orgullo le impidiera pedir ayuda a György. Ahora no se trataba de si él podía o no mantener a Klara y al hijo que esperaba; era la vida de Mátyás lo que estaba en juego.

—Iré a ver a Hász —dijo Andras—. Seguro que tienen un cofre lleno de coronas escondido en alguna parte, o algo que puedan vender.

Mátyás asintió.

—Imagino que József Hász no tiene que ir al frente.

—Por supuesto que no. József Hász tiene un bonito taller en Buda.

—Qué oportuno —dijo Mátyás—. La destrucción del mundo occidental debe de ser un tema interesante.

—Sí, pero, por raro que parezca, no he sentido la necesidad de visitarlo para ver cómo va su trabajo.

—Sí que es raro.

—Ahora en serio, dudo que el patriarca de los Hász tenga mucho dinero. Creo que solo tiene para mantener la casa de Benczúr utca, las pieles de madame y el palco de la ópera. Tuvieron que vender el coche para conseguir la exención de József la segunda vez que lo llamaron a filas.

—Al menos conservan el palco de la ópera —comentó Mátyás—. La música puede ser un gran consuelo cuando otras personas están muriendo.

—Guiñó un ojo a Andras, levantó su vaso y bebió.

Al día siguiente, después de despedirse de su hermano en la estación de Nyugati, Andras fue a ver a György Hász. Sabía que todos los días almorzaba en casa con su esposa y su madre, y que luego solía dedicar media hora a la lectura del periódico antes de volver a la oficina. Incluso en una época tan incierta seguía siendo un hombre de costumbres. A modo de desafío frente a los cambios que había experimentado su situación profesional, continuaba teniendo el mismo horario de trabajo que cuando

era director de banco; sus servicios eran demasiado valiosos para que el nuevo presidente le impidiera tomarse esas libertades. Tal como esperaba, Andras encontró a su cuñado en la biblioteca de la casa de Benczúr utca, con las gafas de leer y el periódico abierto en las manos. Cuando el criado anunció la llegada de Andras, Hász soltó el diario y se puso en pie.

—¿Klara está bien? —preguntó.

—Está bien —respondió Andras—. Los dos estamos bien.

Las arrugas de la frente desaparecieron de Hász, que soltó un sonoro suspiro.

—Perdóname —dijo—. Es que no esperaba verte. No sabía que estuvieras en casa.

—Tengo unos días de permiso. Regreso mañana.

—Siéntate, por favor —indicó Hász. Se volvió hacia el hombre que había acompañado a Andras y le ordenó—: Dile a Kati que nos traiga té.

—El criado se marchó y György Hász sometió a Andras a un examen lento y concienzudo. Andras había decidido ponerse aquel día el uniforme del Munkaszolgálat, con la M verde en el bolsillo del pecho y los remiendos donde el comandante Barna le había arrancado los distintivos de su rango. Hász miró el uniforme y se llevó una mano a la corbata, de seda azul con una raya estrecha de color marfil—. Bueno —añadió—, solo te quedan tres meses de servicio, si no me equivoco.

—Así es —confirmó Andras—. Y entonces nacerá el bebé.

—¿Y tú estás bien? Tienes buen aspecto.

—Todo lo bien que cabe esperar.

Hász asintió y volvió a sentarse en el sillón, con las manos cruzadas sobre el chaleco. Además de la corbata azul de seda, llevaba una camisa italiana de popelín y un traje de lana gris oscuro. Sus manos eran las de un hombre que siempre había trabajado en un despacho, las uñas eran rosadas y

parejas. Miraba a Andras con una preocupación tan sincera que era imposible sentir antipatía por él. Cuando llegó el té, sirvió él mismo una taza a Andras y se la tendió por encima de la mesa.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

—A mi hermano Mátyás lo han destinado al frente oriental —explicó Andras—. Su compañía se ha marchado este mediodía para reunirse con el resto del batallón en Debrecen, y de allí partirán hacia Belgorod.

Hász dejó su taza y miró a Andras.

—Belgorod —repitió—. Los campos de minas.

—Sí —dijo Andras—. Despejarán el camino para el ejército húngaro.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Hász—. ¿Cómo puedo ayudarlo?

—Sé que ya nos has ayudado mucho —dijo Andras—. Has cuidado de Klara durante mi ausencia. Es el mejor favor que podías hacerme. Créeme, no te pediría nada más si no estuviera convencido de que se trata de una cuestión de vida o muerte. Pero he pensado que tal vez sería posible hacer por Mátyás algo como lo que hiciste por József. Si no una exención, al menos que lo trasladaran a otra compañía. Una que no esté tan cerca de los combates. Todavía le quedan once meses.

György Hász arqueó una ceja y se recostó en el sillón.

—Quieres que compre su libertad —dijo.

—Al menos la posibilidad de no trabajar en el frente.

—Comprendo. —György unió las manos y miró a Andras.

—Sé que el precio no es el mismo para todos —prosiguió Andras.

Dejó la taza en el plato y la hizo girar con cuidado—. Supongo que por mi hermano habrá que pagar mucho menos de lo que pagaste por tu hijo. Tengo el nombre del jefe de batallón de Mátyás. Si consiguiéramos que le llegara

cierta suma a través de un intermediario, quizá un abogado de tu confianza, podríamos lograrlo sin que las autoridades se enteraran de la relación entre mi familia y la tuya. Es decir, sin comprometer la seguridad de Klara. Estoy convencido de que podríamos comprar la libertad de mi hermano por una cantidad que a ti te parecería irrisoria.

Hász apretó los labios y se llevó las manos juntas a la boca; después tamborileó con los dedos mientras contemplaba el fuego. Andras esperó su respuesta como si György fuera un magistrado y Mátyás estuviera sentado en el banquillo de los acusados frente a él. Pero Mátyás no estaba allí, sino en un tren que se dirigía al frente oriental. De repente le pareció una locura haber imaginado que György Hász tuviera el poder de detener lo que ya se había puesto en movimiento.

—¿Sabe Klara que has venido a verme? —preguntó Hász.

—No —respondió Andras—. Aunque no habría tratado de disuadirme. Cuenta con tu ayuda para todo. Es a mí a quien generalmente el orgullo me impide pedir favores.

György Hász se levantó del sillón de piel y fue a atizar el fuego. El agradable calor del día anterior se había esfumado durante la noche. Un viento cortante hacía vibrar los marcos de las ventanas. Movió los troncos con el atizador y una columna de chispas se elevó hacia el cañón de la chimenea. Dejó la herramienta y se volvió para mirar a Andras.

—Debo disculparme antes de que sigamos hablando —dijo—. Espero que comprendas las decisiones que he tomado.

—¿Disculparte por qué? —preguntó Andras—. ¿Qué decisiones?

—Desde hace tiempo llevo sobre los hombros una carga económica y emocional muy grande. No tiene nada que ver con la situación de mi hijo, y me temo que seguirá así durante un tiempo. De hecho, no sé cómo acabará. Nunca te lo he mencionado porque sabía que sería otro motivo de preocupación cuando tu mayor objetivo debía ser sobrevivir. Pero ahora te lo contaré. Lo que has venido a pedirme es importante y me resulta imposible darte una respuesta sin hacerte entender mi situación. Nuestra

situación, debería decir. —Se sentó de nuevo frente a Andras y acercó más el sillón a la mesa—. Afecta a una persona querida para ambos —añadió—. Se trata de Klara, por supuesto. Sus problemas. Lo que le sucedió cuando era una niña.

A Andras se le heló la sangre de golpe.

—¿A qué te refieres?

—Poco después de que te fueras al Munkaszolgálat, una mujer se presentó ante las autoridades e informó de que la Claire Morgenstern que había entrado recientemente en el país era la misma Klara Hász que había huido diecisiete años antes.

Andras quedó tan conmocionado que le zumbaron los oídos.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Qué mujer?

—Una tal madame Novak, que también había regresado de París hacía poco.

—Madame Novak —repitió Andras.

En su cabeza apareció tal como la había visto aquella noche en la fiesta de Marcelle Gérard, silenciosamente triunfal con su traje de terciopelo y su perfume de jazmín…, a punto de interponer una distancia de mil doscientos kilómetros entre su marido y la mujer a la que amaba, la mujer que había sido su amante durante once años.

—Veo que entiendes la situación y sabes qué pudo llevarla a hacer algo así.

—Sé lo que ocurrió en París —repuso Andras—. Sé por qué tiene razones para odiar a Klara, o por qué las tenía, en todo caso.

—Por lo visto es un odio persistente —afirmó György.

—Me estás diciendo que las autoridades lo saben. Saben que está aquí y quién es. Me estás diciendo que hace meses que lo saben.

—Me temo que sí. Han recopilado mucha información sobre su caso. Lo saben todo de su huida de Budapest y lo que ha hecho desde entonces. Saben que está casada contigo, y lo saben todo de tu familia: dónde viven tus padres, dónde trabaja tu padre, qué hacían tus hermanos antes de entrar en el ejército y dónde están destinados ahora. Me temo que es imposible conseguir una exención para tu hermano a un precio normal. Nuestras familias están emparentadas, y los que tienen el poder en estas cuestiones conocen esa relación. Aunque lográramos convencer al jefe de batallón de tu hermano de que pusiera un precio, lo que resulta dudoso, dado lo antisemitas que son muchos de esos hombres, sería imposible encontrar el dinero. He tenido que llegar a un acuerdo económico para garantizar la libertad de Klara. El magistrado que preside el tribunal encargado de su caso es un conocido mío, y además está al tanto de mi situación económica, debida a mi destitución como presidente del banco y a mis intentos de protestar. Cuando surgió la información sobre Klara, fue él quien ofreció una especie de solución, o lo que podría considerarse una solución, cuando no había ninguna esperanza. Una suerte de transacción, tal como me lo planteó. Yo le pagaría cierto porcentaje de mis bienes todos los meses a perpetuidad, y el Ministerio de Justicia dejaría en paz a Klara.

Andras respiró hondo para que el aire llegara a los apretados conductos de sus pulmones.

—Eso es lo que has hecho —dijo—. Es ahí adonde va a parar el dinero.

—Me temo que sí.

—¿Y ella no sabe nada?

—Nada. Quiero que viva con la ilusión de que está a salvo. Creo que es mejor no decirle nada a menos que la situación experimente un cambio significativo para mejor o para peor. Si lo supiera, estoy seguro de que intentaría impedirme que pagara. No sé cómo lo haría ni cuáles serían las consecuencias. Mi esposa sí está al corriente, por supuesto. Tuve que explicarle por qué era necesario vender tantos bienes, y está de acuerdo en que es mejor que Klara no sepa nada por ahora. Mi madre discrepa, pero por el momento he conseguido que comprenda mi punto de vista.

—Pero ¿hasta cuándo podrás aguantar? —preguntó Andras—. Te chuparán toda la sangre.

—Ese parece ser su plan. He tenido que hipotecar la casa por segunda vez, y hace poco pedí a mi esposa que se desprendiera de parte de sus joyas. Hemos vendido el coche, el piano y algunas pinturas valiosas. Aún quedan algunas cosas por vender, pero no muchas más. Y a medida que mis bienes disminuyen, el porcentaje aumenta: es la forma que tienen el magistrado y sus compinches del Ministerio de Justicia de conseguir que el acuerdo les resulte lucrativo. Pronto tendremos que vender la casa y alquilar un piso más cerca del centro. Temo ese momento, porque cada vez será más difícil explicar a Klara por qué tomamos tales decisiones. No es posible atribuir a la exención de József una sangría de esa magnitud. La libertad de Klara puede ser infinitamente cara. Ahora que el gobierno ha hallado la manera de exprimirnos, no creo que pare hasta que no nos quede nada.

—¡Pero el gobierno es la parte culpable! Sándor Goldstein fue asesinado. Klara fue violada. Su hija es la prueba. El gobierno es responsable. Son ellos los que deberían pagarle a ella.

—En un mundo justo, tal vez sería posible demostrar la culpabilidad de esos hombres —repuso Hász—, pero mi abogado me ha asegurado que la acusación de violación de Klara no se sostendría ahora, sobre todo teniendo en cuenta que huyó de la justicia. Claro que en aquel entonces tampoco habría tenido mucho valor. Su situación era desesperada desde el principio. De haberse quedado, las autoridades habrían utilizado cualquier artimaña para demostrar la culpabilidad de mi hermana y ocultar la suya. Ese fue el motivo por el que mi padre y su abogado decidieron que debía salir del país, y por el que no pudieron traerla de vuelta a casa…, aunque mi padre nunca dejó de intentarlo; hasta el día en que murió esperó que pudiera regresar.

Andras se levantó y se acercó al fuego, donde los troncos se habían convertido en brasas. El calor que desprendían entró en su cuerpo y le mandó una oleada de rabia a través del pecho. Se volvió y miró a su cuñado a los ojos.

—Klara está en peligro desde hace meses y hasta ahora no me habías advertido —dijo—. Creíste que no podría soportar saberlo. Quizá pensabas

que no estaba enterado de lo que había habido en París entre Klara y Novak. Quizá temías que hubiera sucedido algo entre ellos en Budapest. ¿Pensabas seguir efectuando esos pagos hasta que el problema desapareciera? ¿Pensabas tenerme a oscuras para siempre?

Las arrugas de la frente de Hász se acentuaron.

—Tienes derecho a estar enfadado —repuso—. Te he mantenido al margen. No creía que pudiera confiar en que no se lo dijeras. Tienes una relación muy estrecha con tu esposa. Os lo contáis todo. No obstante, quizá puedas entender mi posición. Quería protegerla, y pensé que estar al corriente de la situación no os beneficiaría, a ninguno de los dos. Supuse que solo sería un motivo de aflicción.

—Preferiría haberme preocupado —afirmó Andras—. Preferiría haber sufrido antes que ignorar un problema que afecta a mi esposa.

—Sé cuánto te quiere Klara —dijo György—. Me habría gustado que tú y yo nos hubiéramos conocido mejor antes de que te reclutaran. Quizá de ese modo entenderías por qué he juzgado oportuno actuar como lo he hecho.

Andras se limitó a asentir en silencio.

—En cuanto a la fidelidad de Klara, te aseguro que nunca he albergado la más mínima duda. Por lo que sé, mi hermana te ama con locura. Nunca me ha dado motivos para pensar otra cosa durante el tiempo que has estado fuera. —Cogió de nuevo el atizador y miró el fuego, se encogió de hombros y soltó un suspiro—. Si tuviera parte de la influencia de que gozaba antes, estaría más seguro de poder hacer algo por tu hermano. Los militares se han vuelto mucho más codiciosos en cuanto a los sobornos y favores. Pero intentaré hablar con algunos conocidos.

—¿Y en cuanto a Klara? —preguntó Andras—. ¿Cómo podemos tener la certeza de que está salvo?

—Por ahora parece que los pagos la protegen. Solo cabe esperar que las autoridades pierdan interés antes de que se agoten mis bienes. Si la guerra continúa, tendrán asuntos más apremiantes. En cuanto a la solución que se

tomó en el pasado, en mil novecientos veinte, es decir, que Klara salga ahora del país, resulta imposible. Vigilan todos sus movimientos. En cualquier caso, ahora resulta imposible conseguir visados para entrar en los países donde podría estar a salvo. Debemos perseverar, no hay otra solución.

—Klara es una mujer inteligente —afirmó Andras—. Quizá podría ayudarnos a encontrar una salida.

—Siento una profunda admiración por la inteligencia de mi hermana —repuso Hász—. Se las ha arreglado de maravilla en circunstancias adversas. Pero no quiero que se sienta angustiada por este asunto. Quiero que se sienta segura en la medida de lo posible.

—Yo también —convino Andras—, pero, como tú mismo has observado, no suelo tener secretos con mi esposa.

—Debes prometerme que no le dirás nada. No me gusta colocarte en una situación de falta de sinceridad, pero creo que en este caso no tengo otra opción.

—Lo que quieres decir es que soy yo quien no tiene otra opción.

—Compréndeme, Andras. Hemos invertido mucho en la seguridad de Klara. Si se lo dijeras ahora, todo habría sido en vano.

—¿Y si el deseo de mi esposa fuera no llevar a la ruina a su familia?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Preferirías que se entregara? ¿O que arriesgara su vida y la de vuestro hijo intentando escapar? —Hász se puso en pie y empezó a pasearse delante de la chimenea—. Te aseguro que he analizado el problema desde todos los ángulos. No veo otra salida. Te suplico que respetes mi opinión, Andras. Yo también conozco el carácter de Klara, créeme.

Aunque seguía considerándolo una traición, Andras aceptó guardar silencio. En realidad no le quedaba otra opción; no tenía dinero, relaciones influyentes ni forma alguna de proteger a Klara de la ley. Y al día siguiente

debía volver a Bánhida. Al menos ese acuerdo mantendría a Klara a salvo durante su ausencia. Agradeció a Hász su promesa de que intentaría hacer algo por Mátyás y se despidieron con un apretón de manos y semblante serio que daba a entender que afrontarían el problema con el estoicismo de los hombres húngaros. Sin embargo, en cuanto Andras salió de la casa de Benczúr utca, la noticia lo sacudió de nuevo con toda su fuerza original. Tenía la impresión de que caminaba por una ciudad diferente, una ciudad que hasta entonces había estado justo detrás de la que conocía; la sensación le hizo recordar los decorados de monsieur Forestier, aquellos palimpsestos arquitectónicos en que lo conocido escondía lo ignoto y lo aterrador. En esa realidad al revés, el secreto de la identidad de Klara se había convertido en un secreto para ella, no en un secreto que ella guardaba, y ahora Andras, que ya no vivía en el engaño, había aceptado engañar a su esposa.

Pensó que acercarse al río y llegar hasta el puente de Széchenyi le ayudaría a calmar los nervios. Necesitaba cierto tiempo para asimilar la situación antes de volver a casa con Klara. Se preguntó cuánto tiempo llevaba él en el servicio militar cuando madame Novak informó a las autoridades. ¿Sería el recuerdo de los agravios pasados lo que la había impulsado a hacerlo, o había habido una herida más reciente? ¿Qué sabía él de la situación actual de Klara y Novak? ¿Cabía la posibilidad de que, a pesar de las palabras tranquilizadoras de György, Klara lo hubiera traicionado? Se le revolvió el estómago solo de pensarlo, y tuvo que pararse en la acera y sentarse. Un chucho callejero le olisqueó los tobillos; cuando Andras hizo el ademán de acariciarlo, el perro se volvió y salió corriendo. Andras se levantó, se arrebujó en el abrigo y se ciñó la bufanda en torno al cuello. Desde Benczúr utca caminó hasta Bajza utca, y desde Bajza hasta el tramo arbolado de Andrássy, donde los peatones se encogían para protegerse del viento gélido y el tranvía hacía sonar la campana.

Mientras paseaba por Andrássy se sintió cada vez más alterado, y comprendió que era porque se acercaba al teatro de la ópera, donde, por lo que sabía, Zoltán Novak seguía siendo el director. Hacía más de dos años que no veía a Novak, desde la fiesta en casa de Marcelle. Se preguntó si las heridas que Novak sufriera aquella noche lo habían impulsado a cometer un acto cruel y sutil: si había revelado la situación de Klara a su esposa, si había traicionado a Klara sabiendo que Edith ardía en deseos de librarse de

ella. Andras se detuvo delante de la Operaház y se planteó qué le diría a Novak en aquel momento si pudiera entrar en su despacho y hablar con él. ¿Qué acusaciones podía lanzarle? ¿Qué actos reconocería Novak? El nudo de relaciones entre los tres —Novak, Klara, y él— era tan enredado que tirando de un hilo solo conseguiría embrollarlo aún más. Tal vez si entraba en el edificio saliera sabiendo que Klara lo había traicionado, que le había sido infiel durante meses, incluso que el hijo que llevaba en su vientre no era de él. Pero ¿no era peor quedarse en la ignorancia, volver a Bánhida sin saber la verdad? Las puertas de la Operaház estaban abiertas al frío de la tarde; en su interior Andras vio hombres y mujeres que guardaban cola ante la taquilla. Respiró hondo y entró.

¿Cuántos meses hacía que no ponía los pies en un teatro? Desde su último verano en París, cuando Klara y él habían asistido a un ensayo general de La fille mal gardée. Cruzó una de las puertas románicas de la sala de representaciones y avanzó por el pasillo alfombrado. Corrió hacia la parte delantera del auditorio y subió luego por la escalera lateral del escenario. En los bastidores, un hombre que debía de ser el encargado del atrezo colocaba los accesorios de utilería en los estantes. Andras se adentró luego en los pasillos del teatro y subió por una escalera que llevaba a los camerinos, cuyas puertas blancas, con nombres caligrafiados en tarjetas colocadas en marcos de bronce, ocultaban castamente el caos de cajas de maquillaje, trajes manchados, sombreros emplumados, medias rotas y guiones sobados, butacas ajadas, espejos rotos y ramos mustios que él sabía que estaban al otro lado. Pensó que cuando Klara era pequeña debía de vestirse para sus funciones en aquellos camerinos. Recordaba una fotografía de aquella época: Klara con una falda de hojas de árbol hechas jirones, los cabellos trenzados con ramitas como un hada de los bosques. Casi le parecía ver su sombra de sílfide deslizarse por el pasillo de una puerta a otra.

Recorrió el pasillo y subió otro tramo de escaleras. Arriba encontró otro pasillo con camerinos, al final del cual había una puerta de madera con una placa esmaltada en blanco, la misma que utilizaba Novak en el Sarah-Bernhardt de París. Allí estaban las palabras grabadas en pintura negra, con el dorado de las puntas y florituras deslustrado por el viaje de París a Budapest: «Zoltán Novak, Directeur». Andras oyó a alguien toser detrás de la puerta. Levantó la mano para llamar, pero la dejó caer. Ahora que estaba

allí, había perdido el valor. No tenía ni idea de qué le diría a Zoltán Novak. Oyó otra tos, y luego otra, más cercana. La puerta se abrió y Andras se encontró frente a Novak. Estaba pálido, consumido, los ojos le brillaban como si tuviera fiebre, el bigote le colgaba lacio y el traje le quedaba grande. Cuando vio a Andras se le curvaron los hombros.

—Lévi —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—No lo sé —respondió Andras—. Supongo que quería hablar con usted.

Novak se quedó mirando a Andras, fijándose en el uniforme del Munkaszolgálat y otros cambios que había experimentado su persona. Soltó una larga y fatigosa exhalación, y miró a Andras a los ojos.

—Debo decir que eres la última persona que esperaba encontrar en mi puerta —dijo—. Y, si te soy sincero, una de las pocas que preferiría no ver. Pero, ya que estás aquí, pasa.

Andras lo siguió al lúgubre sanctasanctórum de su oficina y se detuvo ante una gran mesa con la superficie de piel. Novak indicó una silla con una mano, y Andras se quitó la gorra y se sentó. Echó un vistazo a los estantes de libretos, a los libros de contabilidad y a las fotografías de cantantes de ópera caracterizadas. Era el despacho del Sarah-Bernhardt reconvertido en un espacio más pequeño y oscuro.

—Bueno —dijo Novak—. Podrías decirme por qué has venido, Lévi.

Andras dobló y desdobló la gorra del Munkaszolgálat.

—Esta tarde me he enterado de algo —dijo—. Acabo de saber que su esposa ha revelado la identidad de Klara a la policía húngara.

—¿Te has enterado esta tarde? —preguntó Novak—. Pero si eso sucedió hace casi dos años.

A Andras se le encendió el rostro, pero mantuvo los ojos fijos en Novak.

—György Hász no quiso que me enterara. Hoy he ido a verlo para preguntarle si podía conseguir que relevaran a mi hermano de su destino en

el frente, y me ha explicado que todos sus fondos están dedicados a mantener a mi esposa fuera de la cárcel.

Novak se levantó para servirse una copa de una licorera que había sobre una mesa de un rincón. Lo miró por encima del hombro. Andras negó con la cabeza.

—Es té —dijo Novak—. Ya no puedo beber alcohol.

—No, gracias —repuso Andras.

Novak volvió a la mesa con el vaso de té. Estaba pálido y demacrado, pero en sus ojos ardía una luz feroz y terrible, cuyo motivo Andras temía adivinar.

—El gobierno es un astuto extorsionador —afirmó Novak.

—Gracias a Edith, la vida de Klara corre peligro —prosiguió Andras—. Y en estos momentos mi hermano está en un tren en dirección a Belgorod. Yo debo reincorporarme a mi compañía en Bánhida mañana y no puedo hacer nada por ninguno de los dos.

—Todos tenemos nuestras tragedias —dijo Novak—. Esas son las tuyas. Yo tengo las mías.

—¿Cómo puede hablar así? —replicó Andras—. Fue su esposa quien la delató. Y no me sorprendería que usted tuviera algo que ver.

—Edith hizo lo que se le metió entre ceja y ceja —dijo Novak secamente —. Una amiga le contó que Klara había vuelto a la ciudad. Se enteró de que se había casado contigo y que tú te habías ido al servicio de trabajo. Supongo que pensó que tal vez yo iría en busca de Klara o que Klara me buscaría a mí. —Pronunció las últimas palabras con tono de amarga ironía —. Edith quería darle lo que creía que merecía. Pensó que sería algo sencillo, pero no contó con que el Ministerio de Justicia estaría tan dispuesto a dejarse sobornar. Cuando se enteró del acuerdo al que había llegado con el hermano de Klara, se puso furiosa.

—¿Y ahora? ¿Cómo sé que no va a insistir o a hacer algo peor?

—Edith murió de cáncer de ovarios en primavera —explicó Novak.

Miró a Andras con expresión desafiante, como si le retara a mostrar compasión.

—Lo siento —dijo Andras.

—Ahórrame tu pésame. Si lo sientes es solo porque has perdido la oportunidad de exigir que responda de lo que hizo. Bastante castigo sufrió mientras vivió. Tuvo una muerte terrible. Mi hijo y yo tuvimos que verla padecer. Llévate esto contigo al servicio de trabajo si quieres algo con lo que aplacar tu ira.

Andras retorció su gorra, profundamente abrumado. Era lo único que podía hacer para no levantarse de la silla. Novak, viendo que lo había dejado sin habla, se ablandó un poco.

—La echo de menos —dijo—. Nunca me porté con ella como se merecía. Supongo que es el sentimiento de culpa lo que me hace ser cruel contigo.

—No debería haber venido —dijo Andras.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Me alegro de saber que Klara todavía está a salvo. He intentado no saber nada de ella, pero me alegro de saber esto. —Comenzó a toser violentamente y tuvo que secarse los ojos y tomar un sorbo de té—. No sabré nada de ella durante mucho tiempo, si es que alguna vez tengo noticias suyas. Dentro de un mes me voy. A mí también me han llamado.

—¿Llamado? ¿Adónde?

—Para el servicio de trabajo.

—No es posible —dijo Andras—. No está en edad militar. Tiene su cargo en la ópera. Ni siquiera es judío.

—Para ellos sí lo soy —repuso Novak—. Mi madre era judía. Me convertí hace años, cuando era joven, pero a nadie le importa eso ahora. No debería haber continuado en mi puesto después de que cambiaron las leyes raciales, pero tengo algunos amigos en el Ministerio de Cultura que prefirieron hacer la vista gorda. En cuanto a mi posición en la comunidad, es parte del problema. Quieren defenestrarme. Por lo visto existe una nueva cuota secreta para los batallones de trabajo. Cierto porcentaje de reclutas deben ser lo que ellos llaman judíos prominentes. Estaré en compañía de personas ilustres. A mi colega de la sinfónica lo mandan al mismo batallón, y acabamos de enterarnos de que el anterior presidente del colegio de ingenieros también se unirá a nosotros. La edad no cuenta y tampoco, por desgracia, las condiciones físicas para el servicio. No he logrado curarme por completo de la tuberculosis que me trajo aquí en el treinta y siete. Tú has estado en el servicio de trabajo; sabes tan bien como yo que no es probable que regrese.

—Seguro que no le obligarán a realizar trabajos pesados —aventuró

Andras—. Seguro que le darán un trabajo de oficina.

—Vamos, Andras —repuso Novak con cierto tono de reproche—.

Ambos sabemos que eso no es cierto. Lo que haya de pasar, pasará.

—¿Y su hijo? —preguntó Andras.

—Sí, ¿y mi hijo? —repitió Novak—. ¿Qué será de él? —Su voz se apagó, y los dos se quedaron en silencio. Mientras observaba a Andras, Novak pareció presa de una nueva aflicción—. Bien —dijo—. Tú me comprendes. También eres padre.

—Pronto —repuso Andras—. Dentro de unos meses.

—¿Y entonces ya habrás terminado el servicio de trabajo?

—¿Quién sabe? Puede pasar cualquier cosa.

—Todo irá bien. Volverás a casa. Estarás con Klara y el niño. György mantendrá su acuerdo con las autoridades. No quieren a Klara; lo que quieren es el dinero de György. Si la procesaran, saldría a la luz su propia responsabilidad.

Andras asintió, deseoso de creerlo. Se sorprendió al ver que se sentía más tranquilo y después se avergonzó al pensar que era Novak quien lo había tranquilizado; Novak, que lo había perdido todo excepto a su hijo.

—¿Quién se encargará del niño? —preguntó.

—Los padres de Edith. Y mi hermana. Es una suerte que volviéramos a Hungría cuando lo hicimos —señaló Novak—. De habernos quedado en Francia, ahora tal vez estaríamos en un campo de internamiento. Y el niño también. No se apiadan de los niños.

—Dios mío —exclamó Andras, y apoyó la cabeza en las manos—.

¿Qué será de nosotros, de todos nosotros?

Novak lo miró; bajo sus cejas canosas, los ojos habían perdido todo rastro de ira.

—Al final, solo una cosa —dijo—. Unos por el fuego, otros por el agua. Unos por la espada, otros por las bestias salvajes. Unos de hambre, otros de sed. Ya conoces la oración, Andras. Soy judío —afirmó Novak—. Por eso te contraté en París. Eras mi hermano.

—Lo siento, Novak-úr —dijo Andras—. Lo siento. No he pretendido ofenderle. Usted siempre se portó bien conmigo.

—No es culpa tuya —repuso Novak—. Me alegro de que hayas venido. Al menos así podemos despedirnos.

Al salir, Andras cerró la puerta despacio, muy despacio.

OceanofPDF.com

30

Barna y el general

Aquella noche, cuando volvió al piso de Nefelejcs utca, no comentó a Klara que había hablado con su hermano; tampoco mencionó que había visto a Novak. Solo dijo que había estado paseando por la ciudad y reflexionando sobre lo que haría cuando regresara una vez cumplido el servicio militar. Sabía que Klara había notado su nerviosismo, pero no le preguntó a qué se debía. El hecho de que al día siguiente tuviera que retornar a Bánhida debió de parecerle una razón suficiente. Cenaron en silencio en la cocina, con las sillas muy juntas en la mesita. Después, en el salón, escucharon a Sibelius en el fonógrafo y contemplaron la lumbre de la chimenea. Andras llevaba una bata de franela que Klara le había comprado y unas zapatillas de lana de cordero. No podría haber imaginado un lugar más acogedor, pero pronto se marcharía y Klara se quedaría de nuevo sola para afrontar lo que pudiera suceder. Cuanto más cómodo se sentía, cuanto más satisfecha y soñolienta parecía Klara recostada contra los cojines del sofá, más doloroso le resultaba imaginar la otra cara de la moneda. Pensó que György hacía bien en ocultar a Klara lo ocurrido. Se dijo que la tranquilidad de su esposa bien valía su falta de sinceridad. Klara le habló con absoluta serenidad de los cambios que había experimentado su cuerpo con el embarazo, del consuelo que le proporcionaba poder comentárselos a su madre. Se mostraba cariñosa con Andras; quería hacer el amor, y él se alegró de la distracción. Sin embargo, cuando estuvieron en la cama y el cuerpo de ella le sorprendió con su nuevo equilibrio, Andras tuvo que volver la cabeza. Temió que ella percibiera que le estaba ocultando algo y exigiera saber qué era.

Al menos cuando volvió a Bánhida quedó libre de ese peligro. Nunca había estado tan contento de realizar trabajos pesados. La mente se le aturdía mientras echaba paladas de carbón en las vagonetas, mientras tiraba de ellas y las empujaba por los raíles. Las extremidades se le entumecían con los ejercicios de la formación vespertina, se entregaba a la pesadez de las tareas —limpiar barracones, cortar leña, recoger la basura de la cocina—, con la esperanza de que el agotamiento le permitiera dormirse enseguida, antes de que su mente abriera la bolsa de las preocupaciones y empezara a

mostrarlas con todo detalle, una tras otra. Pero aun cuando lograba evitar ese lúgubre desfile, estaba a merced de sus sueños. En el más recurrente se veía a sí mismo junto a Ilana, que yacía en una cama de hospital en un lugar que no era París, pero tampoco Budapest, al borde de la muerte; después no era Ilana, sino Klara, y él sabía que tenía que donarle su sangre, pero ignoraba cómo transfundirla de sus venas a las de ella. Se hallaba de pie junto a su cama con un escalpelo en la mano; ella estaba pálida y aterrorizada, y él pensaba que primero debía cortarse la muñeca con el escalpelo y después ya se le ocurriría una solución. Noche tras noche se despertaba en la oscuridad entre la tos y los ronquidos de sus compañeros de pelotón, convencido de que Klara había muerto y él no había hecho nada para salvarla.

Su único consuelo era que terminaría el servicio militar el 15 de diciembre, dos semanas antes de que ella saliera de cuentas. Sabía que era una locura cifrar todas sus esperanzas en esa fecha de puesta en libertad, cuando el Munkaszolgálat mostraba tan poco respeto por las promesas que había hecho a los reclutas. Intentaba recordar los duros desengaños que había sufrido durante su primer año de servicio. Con todo, aquella fecha era lo único que tenía, y se aferraba a ella como si fuera un talismán. «Quince de diciembre, quince de diciembre», decía para sí mientras trabajaba, como si la repetición pudiera acelerar su llegada.

Una mañana en que se sentía especialmente desesperado, fue al servicio de oración antes de que empezara la jornada de trabajo. Un grupo de hombres se reunía en un almacén vacío todos los días al amanecer. Algunos tenían pequeños devocionarios sobados, y había una Torá en miniatura de la que leían fragmentos los lunes, los jueves y el sabbat. Andras se puso el *tallis*, pero no pudo concentrarse en las oraciones, sino que, como solía sucederle cuando practicaba algún rito religioso, comenzó a pensar en sus padres. Les había escrito para informarles de que Klara estaba embarazada, y su padre le había anunciado por carta que irían a verla a Budapest enseguida. Andras no se lo creyó del todo. A sus padres no les gustaba viajar. Detestaban el ruido, el gasto que representaba y las multitudes, y detestaban las aglomeraciones de Budapest. Aun así, unas semanas después fueron a visitar a Klara y se quedaron tres días con ella. La madre de Andras

prometió regresar antes de que naciera el bebé y quedarse todo el tiempo que Klara la necesitara.

Seguro que sabía que eso sería un consuelo para Andras. Era una experta consolándolo, haciendo que se sintiera seguro; era lo que había hecho durante toda la infancia de su hijo. Mientras rezaba en silencio el amidah, lo que le vino a la memoria fue Konyár: en su sexto cumpleaños le habían regalado un tren de circo de hojalata; cuando se le daba cuerda, los animalitos de hojalata se agitaban tras los barrotes de los vagones. Estos podían abrirse para sacar a los elefantes, leones y osos, con los que se podía jugar en una pista de circo dibujada en el suelo. El juguete había llegado de Budapest en una caja de cartón roja. Era muy superior a cualquier juguete que los niños de Konyár pudieran imaginar, de modo que Andras se convirtió en el blanco de los ataques de celos de sus compañeros de clase, sobre todo de dos niños rubios que una tarde lo persiguieron a la salida del colegio para quitarle el tren. Él corrió con la caja de cartón roja apretada contra el pecho, corrió hacia su madre, a la que veía en el patio: estaba sacudiendo alfombras colgadas de unas perchas de madera en el borde del huerto. Ella se volvió al oír los pasos de los niños. Andras no debía de hallarse a más de tres metros de distancia, pero antes de llegar a ella tropezó con la raíz de un manzano y perdió el equilibrio; la caja roja salió disparada de sus manos describiendo un arco ascendente cuando extendió los brazos para protegerse. Con un movimiento ágil su madre soltó el sacudidor de alfombras y atrapó la caja. Los perseguidores de Andras se detuvieron de golpe. Andras levantó la cabeza y vio cómo su madre se colocaba la caja del tren bajo el brazo y recogía el sacudidor con la otra mano. No hizo ningún otro movimiento; se quedó quieta con el sacudidor alzado. Era una rama gruesa con una especie de cesta redonda y plana sujeta a un extremo. Dio un solo paso hacia los dos niños rubios. Aunque Andras sabía que su madre era una persona pacífica —nunca había pegado a sus hijos—, su postura parecía insinuar que estaba dispuesta a azotar a los agresores de Andras con la misma energía con que unos minutos antes golpeaba las alfombras. Andras se levantó a tiempo de ver cómo los niños rubios se alejaban corriendo por el camino, levantando nubes de polvo con los pies descalzos. Su madre le entregó la caja roja y le aconsejó que dejara el tren en casa una temporada. Andras entró en la casa con la sensación de que su madre era un ser sobrehumano, dispuesto a acudir en su ayuda en los

momentos de peligro. La sensación se evaporó pronto. Poco después empezó a ir a la escuela de Debrecen, donde su madre no podía protegerlo. No obstante, el incidente le había dejado una profunda huella. Ahora le parecía sentir la fuerza de su madre como si todo sucediera de nuevo. La caja roja de cartón de su vida volaba por el aire y su madre había alargado las manos para recogerla.

Cuando no se consumía pensando en Klara, pensaba en sus hermanos. El centro de reparto del correo se había convertido en una fuente de angustia constante. Cada vez que pasaba por delante imaginaba que recibía un telegrama con noticias terribles sobre la suerte de Mátyás. No sabían nada de él desde que lo habían destinado al este, y los intentos de György por ayudarlo habían fracasado. El hombre había mandado varias cartas a altos oficiales del Munkaszolgálat, pero le habían contestado que nadie iba a perder el tiempo con un problema tan insignificante cuando se estaba librando una guerra. Si quería conseguir la exención de Mátyás, debía ponerse en contacto con el jefe de batallón del muchacho en Belgorod. Ciertas pesquisas revelaron que el batallón de Mátyás había concluido su servicio en Belgorod y había sido enviado más al este todavía; ahora el puesto de mando del batallón estaba situado en algún lugar cercano a Rostov del Don. György mandó una andanada de telegramas al comandante, pero durante semanas no obtuvo ninguna respuesta. Al final recibió una nota breve escrita a mano por el secretario del batallón, que le informaba de que la compañía de Mátyás se había adentrado en las blancas estepas del invierno ruso. Habían dado cuenta de su posición por telégrafo hacía unas semanas, pero después se habían roto las líneas de comunicación y no se conocía a ciencia cierta su paradero.

Le proporcionaba cierto consuelo saber que al menos Tibor seguía lejos del frente. Sus cartas continuaban llegando de Transilvania según los caprichos del servicio postal militar. Pasaban tres semanas sin una palabra, después Andras recibía cinco cartas a la vez, una postal al día siguiente, y luego nada durante dos semanas. A lo largo de su estancia en los Cárpatos las cartas de Tibor habían cambiado: el tono bromista y desenfadado había dado paso a una aflicción monocorde:

Querido Andras: Otro día construyendo puentes. Echo muchísimo de menos a Ilana. Me preocupo por ella cada minuto. Aquí abundan las desgracias: hoy mi compañero Roszenweig se ha roto un brazo. Una fractura abierta, difícil de curar. No tengo férulas ni material para enyesar, y tampoco antibióticos, por supuesto. He tenido que inmovilizarle el brazo con un trozo de tabla del suelo del barracón. La semana pasada ocho reclutas enfermaron de neumonía. Tres murieron. ¡Qué tristeza siento cada vez que lo pienso! Sé que podría haberlos mantenido hidratados si no me hubieran mandado a trabajar en la carretera.

Y otra carta: «Querido Andráska. No puedo dormir. Ilana está de veintiuna semanas. La última vez el aborto ocurrió cuando estaba de veintidós». No añadía nada más. Andras deseaba comunicarle lo que había averiguado en Budapest, pero no quería transmitirle sus temores. No obstante, había quien conocía su angustia: todas las semanas recibía un par de sobres color marfil de Benczúr utca con palabras tranquilizadoras. Una era de György

—«Ninguna novedad, no hay nuevos peligros. Todo sigue igual»—; la otra llevaba el sello de la madre de Klara: «Querido Andras: Quiero que sepas que todos pensamos en ti y deseamos que regreses lo antes posible. ¡Klara te echa de menos! Qué feliz se sentirá cuando estés de nuevo en casa. El médico cree que se encuentra muy bien». En una ocasión mandó a Andras un paquetito, cuyo contenido debía de ser tan atractivo que no quedaba nada en la caja, excepto una nota: «Andráska. Te envío unos dulces. Si te gustan, te enviaré más». Andras llevó la caja a los barracones para enseñársela a Mendel, quien se desternilló de risa y propuso que la expusieran en un estante como un icono de la vida en Bánhida. Era un consuelo tener cerca a Mendel. Acabarían juntos el servicio militar y volverían a Budapest en el mismo tren. Al menos eso pensaban siempre que tachaban un cuadrado en el calendario que Andras había dibujado, mientras los días eran cada vez más fríos y las colinas adquirían el color ocre del invierno.

Sin embargo, el 25 de noviembre, un día cuya gris monotonía dio paso al anochecer a una tormenta de nieve, como una lluvia de confeti, Andras encontró un telegrama de György en la oficina central. Lo abrió con manos temblorosas y lo leyó: Klara había dado a luz la noche anterior, cinco

semanas antes de que saliera de cuentas. Tenían un hijo, pero estaba muy enfermo. Andras debía volver a casa enseguida.

Durante un buen rato no pudo moverse ni hablar. Algunos soldados intentaron apartarlo para llegar a la ventanilla; ¿acaso pensaba quedarse allí todo el día? Se dirigió hacia la puerta de la oficina y salió con paso vacilante a la nieve. Aquella noche se habían encendido las luces del campamento antes de lo habitual; formaban un halo brillante alrededor del cuadrilátero, roto solo por el par de farolas, más altas y brillantes, que flanqueaban las oficinas del personal administrativo. Andras avanzó hacia ellas como si caminara hacia un portal que le permitiría trasladarse a Budapest. Ochenta kilómetros. Dos horas de tren.

Los guardias que normalmente custodiaban la puerta habían ido a cenar. Andras entró sin que nadie se lo impidiera. Pasó por oficinas con estufas eléctricas, teléfonos, mimeógrafos. No sabía dónde estaba el despacho del comandante Barna, pero avanzó hacia el centro del edificio siguiendo las líneas de fuerza arquitectónicas. En efecto, allí donde él habría situado el despacho del comandante si hubiera diseñado el edificio, estaba el despacho del comandante. Pero la puerta estaba cerrada. Barna también había ido a cenar. Andras volvió a salir a la nieve y al viento.

Todo el mundo sabía dónde estaba el comedor de los oficiales. Era el único lugar de Bánhida que olía a comida de verdad. Nada de caldos aguados y pan duro; los oficiales comían pollo, patatas y sopa de champiñones, paprikás de ternera, col rellena, y todo acompañado de pan blanco. Los reclutas a los que se había asignado la tarea de llevar carbón o sacar la basura del comedor de oficiales tenían que sufrir los aromas de esos platos. Ningún recluta, excepto los que servían a los oficiales, podía entrar en el comedor, que estaba custodiado por soldados armados. Aun así, Andras se acercó al edificio sin miedo. Tenía un hijo. La alegría del primer momento se había mezclado con la necesidad física de proteger a su hijo, de interponer su cuerpo entre el recién nacido y lo que pudiera hacerle algún daño. Y Klara: si su hijo estaba muy enfermo, ella también le necesitaba. Le traían sin cuidado los guardias armados; lo único que importaba era salir de Bánhida.

No conocía a los guardias apostados a la puerta; seguramente acababan de llegar de Budapest. Eso jugaba a favor de Andras. Se acercó a la puerta y se dirigió al guardia bajo y rechoncho, que parecía atormentado por el olor a carne y pimientos asados.

—Telegrama para el comandante Barna —dijo Andras enseñando el sobre azul que tenía en la mano.

El guardia lo miró con los ojos entornados, deslumbrado por la luz brillante de las farolas. La nieve se arremolinaba entre ellos.

—¿Dónde está el ayudante de campo? —preguntó.

—También está cenando, señor —respondió Andras—. Kovács, del centro de comunicaciones, me ha ordenado que lo entregue.

—Dámelo —dijo el guardia—. Me ocuparé de que lo reciba.

—Me han ordenado que lo entregue en persona y espere respuesta.

El guardia bajo y rechoncho miró a su compañero, un joven soldado musculoso, que estaba medio dormido en su puesto. Luego indicó a Andras que se acercara e inclinó la cabeza hacia él.

—¿Qué quieres? —preguntó—. Los reclutas no entregan telegramas a los jefes de campamento. Puede que sea nuevo, pero no idiota.

Miró de hito en hito a Andras, a quien el instinto llevó a responder con sinceridad.

—Mi esposa ha dado a luz cinco semanas antes de lo previsto —explicó—. El bebé está enfermo. Debo ir a casa. Quiero solicitar un permiso especial.

El guardia se echó a reír.

—¿En mitad de la cena? Estás mal de la cabeza.

—No puedo esperar —dijo Andras—. Debo ir a casa enseguida.

El guardia se quedó pensativo, como si tratara de decidir qué hacer, y tras echar un vistazo al comedor miró de nuevo al joven soldado musculoso.

—Eh, Mohács —dijo—. Ocúpate de la guardia un minuto, por favor. Debo entrar con este tipo.

El joven musculoso se encogió de hombros, asintió con un gruñido y casi inmediatamente volvió a adormilarse.

—Bien —dijo el primer soldado—, pasa. Debo cachearte.

Andras, sin habla de pura gratitud, siguió al soldado al vestíbulo y dejó que lo registrara. Cuando el guardia determinó que no llevaba encima ninguna arma, le puso una mano en el brazo y dijo:

—Ven conmigo. Y no hables con nadie, ¿entendido?

Andras asintió, y entraron en el ruidoso comedor. Las largas mesas estaban dispuestas en hileras, y los oficiales, sentados de acuerdo con su graduación. Barna cenaba con sus tenientes en una mesa colocada sobre una tarima. A su lado había un oficial de alta graduación que Andras no había visto nunca, un hombre de constitución recia y cabello plateado, con una chaqueta en la que brillaban los galones, con los hombros repletos de condecoraciones. Lucía una barba acerada y elegante, de estilo anticuado, y un monóculo con el borde dorado. Parecía un anciano general de la Gran Guerra.

—¿Quién es? —preguntó Andras al guardia.

—Ni idea. No nos dicen nada. Pero parece que has elegido una buena noche para hacer tu debut en el teatro de la cena.

Condujo a Andras hasta otro soldado que estaba en posición de firmes cerca de la mesa presidencial, e inclinó la cabeza para susurrarle unas palabras al oído. El otro asintió y se acercó al ayudante de campo, que estaba senado en una de las primeras mesas; se inclinó hacia él y le habló. El ayudante alzó la cabeza del plato y miró a Andras con una expresión de desconcierto y compasión. Se levantó lentamente del banco y fue a la mesa presidencial,

donde saludó al comandante Barna y repitió el mensaje, mirando a Andras por encima del hombro. Barna juntó las cejas y apretó los labios, que formaron una línea blanca. Dejó el tenedor y el cuchillo y se puso en pie. Los hombres callaron. El magnífico anciano oficial le miró con gesto inquisitivo.

Barna se irguió en toda su altura.

—¿Dónde está Lévi? —preguntó.

Andras nunca había oído pronunciar su nombre como si fuera una maldición. Se esforzó por mantener los hombros erguidos y respondió:

—Aquí, señor.

—Avance al frente, Lévi —dijo el comandante.

Era la segunda vez que Barna le daba esa orden. Andras recordaba perfectamente lo que había sucedido la primera vez. Dio unos pasos hacia delante y bajó la vista al suelo.

—Ya lo ve, señor —dijo Barna dirigiéndose al caballero condecorado que estaba sentado a su lado—. Por esto debemos ser cautos con las libertades que concedemos a nuestros reclutas. ¿Ve esta cucaracha? —Señaló a Andras con la mano—. Ya le he castigado una vez. Osó insolentarse conmigo en una ocasión. Y aquí está de nuevo.

—¿Qué pasó en esa ocasión? —preguntó el general con cierta sorna, según le pareció a Andras, casi como si le divirtiera saber que alguien se había mostrado insolente con Barna.

Barna no pareció captarlo.

—Fue el día que llegó —respondió y miró a Andras con los ojos entrecerrados—. ¿Cree que lo he olvidado, Lévi? Tuve que arrancarle la insignia de su rango. —Barna sonrió al oficial anciano—. Intentó aferrarse a ella y tuve que castigarlo.

—¿Por qué le despojó de su rango?

—Porque había perdido su prepucio —contestó Barna.

Todos se echaron a reír, excepto el general, que frunció el entrecejo y bajó la vista a su plato. Barna tampoco pareció percatarse de eso.

—Ahora ha venido a hacernos una petición importante —prosiguió—. ¿Por qué no avanza al frente y presenta su solicitud, Lévi?

Andras dio un paso al frente. Se negaba a dejarse acobardar por Barna, a pesar de que el pulso en las sienes era ensordecedor. Enseñó el telegrama que tenía apretado en la mano.

—Solicito un permiso especial para visitar a mi familia, señor —dijo.

—¿Qué es tan urgente? —preguntó Barna—. ¿Su esposa necesita un revolcón?

Más risotadas de los hombres.

—Tenga por seguro que el problema se solucionará solo —afirmó Barna—. Siempre se soluciona.

—Con su permiso, señor —empezó de nuevo Andras, con la voz tensa de rabia.

—¿Qué tiene en la mano, Lévi? Ayudante, tráigame ese papel.

El ayudante de campo se acercó a Andras y cogió el telegrama. Andras nunca había sentido una humillación y una furia tan profundas. Se hallaba a un par de metros de Barna; en otro momento quizá habría cerrado las manos en torno a la garganta del comandante. La idea le proporcionó cierto consuelo mientras observaba cómo Barna leía el telegrama. El comandante arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Vaya por Dios —dijo a los hombres reunidos—. La señora Lévi acaba de tener un hijo. Lévi es padre.

Aplausos de los oficiales, junto con silbidos y vítores.

—Pero el bebé está muy enfermo. «Debes venir enseguida.» Eso pinta mal.

Andras reprimió el impulso de abalanzarse sobre él. Se mordió el labio y volvió a fijar la vista en el suelo. Lo que no quería era que le descerrajaran un tiro.

—Bueno, de nada sirve darle un permiso ahora, ¿no le parece? —dijo Barna —. Si de verdad el niño está tan mal, ya irá a casa cuando haya muerto.

Un denso silencio llenó los oídos de Andras como el paso veloz de un tren. Barna echó un vistazo a la sala, con las manos apoyadas sobre la mesa; los hombres entendieron que quería que se rieran otra vez, y se oyó un murmullo de risas incómodas.

—Puede retirarse, Lévi —añadió Barna—. Quiero tomar el café tranquilo.

Antes de que nadie tuviera la oportunidad de moverse, el anciano general dio un manotazo en la mesa.

—Esto es una vergüenza —exclamó con la voz quebrada por la ira, y se puso en pie. Miró a Barna con expresión ceñuda—. Usted es una vergüenza.

Barna esbozó una sonrisa torcida, como si aquello formara parte de la broma.

—No me venga con sonrisitas, comandante —espetó el general—.

Discúlpese con este recluta ahora mismo.

Barna dudó un momento. Después hizo una seña con la cabeza al guardia que había acompañado a Andras.

—Llévese este pedazo de basura fuera de mi vista.

—¿Es que no me ha oído? —preguntó el general—. Le he ordenado que se disculpe.

Barna apartó la vista de Andras para mirar al general y luego a los oficiales sentados a las mesas.

—Este asunto está zanjado, señor —repuso Barna con voz queda, pero Andras estaba lo bastante cerca para oírle.

—Usted no ha terminado, comandante —replicó el general—. Baje de la tarima y discúlpese con ese hombre.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído.

Los hombres observaban la escena en silencio. Barna se quedó quieto largo rato, como si estuviera librando una batalla interior; su color pasó del rojo al grana y después al blanco. El general estaba de pie a su lado, con los brazos cruzados. Barna no podía desobedecerle; la superioridad del anciano era incuestionable. Bajó de la tarima y se acercó a Andras. Se detuvo ante él y, con una mueca de asco, le tendió la mano. Andras dirigió una mirada de gratitud al general antes de estrecharla, pero en ese mismo instante Barna le escupió en la cara y le abofeteó con la mano que Andras había tocado. Sin más palabras, el comandante avanzó entre las hileras de mesas y salió. Andras se pasó la manga por la cara, aturdido por el dolor.

El general permaneció en el centro de la tarima, mirando a los oficiales sentados en los bancos. Todos estaban paralizados: los reclutas que servían a los oficiales se habían detenido con los platos sucios en las manos; el cocinero había dejado de armar ruido con los cacharros; los oficiales, callados, habían depositado los tenedores y cuchillos de hojalata junto a los platos.

—El Real Ejército Húngaro ha sido deshonrado por lo que acaba de suceder —declaró el general—. Cuando entré en el ejército, mi primer oficial al mando era judío. Era un hombre valiente que perdió la vida en Lemberg al servicio de este país. Sea lo que sea Hungría ahora, no es el país que él defendió hasta la muerte. —Recogió el telegrama arrugado y se lo devolvió a Andras. A continuación arrojó la servilleta sobre la mesa y ordenó al joven guardia que acompañara a Andras inmediatamente a sus depen dencias.

El general Martón se alojaba en las habitaciones más grandes y cómodas de Bánhida, lo que significaba que tenía un dormitorio y un saloncito, si es que el cubículo frío y poco acogedor en el que se encontraba Andras podía considerarse un saloncito; no contenía más que una mesa con un cenicero y un par de sillas de madera tosca tan estrechas y con el respaldo tan recto que no apetecía sentarse en ellas más de lo necesario. La luz eléctrica estaba encendida; la chimenea, apagada. En la habitación contigua, un ayudante estaba guardando los enseres del general. Mientras Andras esperaba junto a la puerta a que el general le dijera qué quería de él, el anciano ordenaba que le trajeran el coche.

—No me quedaré aquí ni una noche más —dijo a un secretario de expresión asustada que estaba a su lado—. Por lo que a mí concierne, mi inspección de este campamento ha terminado. Informe al comandante Barna de que me he ido.

—Sí, señor —repuso el secretario.

—Y vaya a la oficina y traiga el expediente de este hombre. Dese prisa.

—Sí, señor —repitió el secretario, y salió corriendo.

El general se volvió hacia Andras.

—Dígame, ¿cuánto tiempo de servicio le queda?

—Dos semanas, señor —respondió Andras.

—Dos semanas. Y en relación con el tiempo que ya ha cumplido, ¿considera que dos semanas son mucho tiempo?

—Dadas las circunstancias, son una eternidad, señor.

—¿Qué le parecería en tal caso salir de este agujero ahora mismo?

—No sé si le he entendido, señor.

—Voy a ocuparme de que le den de baja de Bánhida —explicó el general—. Ya ha estado aquí bastante tiempo. No puedo garantizarle que no vuelvan a

reclutarlo, sobre todo tal como están las cosas, pero puedo llevarlo a Budapest esta noche. Puede venir conmigo en mi coche. Yo me marcho ahora. Me mandaron para que realizara una inspección detallada del campamento de Barna, ya que se le tiene en cuenta para un ascenso, pero he visto más de lo que desearía. —Sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo del pecho y extrajo uno, y a continuación volvió a guardarlo como si no tuviera ganas de fumar—. Qué desfachatez la de ese hombre —añadió—. No vale ni para guiar un asno, y mucho menos un batallón de trabajo. Los judíos no son el problema, sino las personas como él. ¿Quién cree que nos ha metido en este embrollo? ¡En guerra contra Rusia y Gran Bretaña a la vez! ¿Cómo cree que acabará esto?

Andras no tenía ánimos para planteárselo. Había otra cuestión que en aquel momento le parecía mucho más importante.

—¿Le he entendido bien, señor? —preguntó—. ¿Voy a ir a Budapest esta noche?

El general asintió enérgicamente con la cabeza.

—Vaya a recoger sus cosas. Salimos dentro de media hora.

En los barracones todos se mostraron incrédulos, y cuando Andras les contó lo que había sucedido, prorrumpieron en sonoros vítores. Mendel le besó en las mejillas y prometió que iría al piso de Nefelejcs utca en cuanto regresara a Budapest. Al cabo de media hora salieron todos para ver cómo se detenía el coche negro y el chófer ayudaba a Andras a meter el petate en el maletero abierto. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien había ayudado a uno de los reclutas a levantar un objeto pesado? ¿Cuánto tiempo hacía que ninguno de ellos subía a un coche? Los hombres se apiñaron cerca de los peldaños de los barracones; el viento les levantaba las solapas de los andrajosos abrigos, y Andras sintió una punzada de culpa al pensar que los abandonaba. Se acercó a Mendel y le puso una mano en el brazo.

—Ojalá pudieras venir conmigo —dijo.

—Solo me quedan dos semanas —repuso Mendel.

—¿Qué piensas hacer con *La Mosca Cargante*?

Mendel sonrió.

—Puede que haya llegado el momento de cerrar la empresa. De todos modos las moscas están muertas.

—Dos semanas, pues —dijo Andras, y le apretó el hombro.

—Buena suerte, Parisi —le deseó Mendel.

—Vamos —dijo el chófer—. El general espera.

Andras subió delante y cerró la portezuela. El motor rugió y el automóvil se dirigió a los aposentos de los oficiales. Cuando llegaron, saltaba a la vista que Barna y el general habían discutido. Barna se paseaba furiosamente en las habitaciones del general cuando este salió con su bolsa de viaje. El chófer la guardó en el maletero y el general subió al asiento trasero sin pronunciar palabra.

Antes de que Andras pudiera asimilar que realmente se marchaba, que nunca tendría que volver a las minas de carbón sulfuroso de Bánhida, el coche había cruzado la verja y avanzaba por la carretera. Durante el largo trayecto en la oscuridad los únicos sonidos fueron el ronroneo del motor y el susurro de los neumáticos en la nieve. Mientras la luz de los faros atravesaba los copos de nieve que caían sin cesar, Andras recordó una vez más el día de Año Nuevo en que Klara y él fueron a la place Barye para ver salir el sol sobre el Sena helado. Aquella mañana de enero de hacía tanto tiempo no habría creído que un día sería el padre del hijo de Klara, que un día cruzaría a toda velocidad la noche en una limusina del ejército húngaro para ir a ver a su hijo recién nacido. Recordó la pieza de Schubert que Klara había tocado para él una velada de invierno, *Der Erlkönig*, sobre un padre que llevaba a caballo a su hijo enfermo en la noche, mientras el rey de los elfos los seguía intentando coger al niño. Recordó la desesperación del padre, el inexorable deslizamiento del niño hacia la muerte. Siempre había imaginado que aquella persecución tenía lugar en una noche como esa. Las manos se le quedaron frías a pesar del calor que hacía en el coche. Se volvió para ver qué dejaban atrás. Solo vio al general, que roncaba

suavemente, y, a través del pequeño óvalo de la luna posterior, un enjambre de copos de nieve teñidos de rojo por las luces traseras.

Tardaron una hora y media en llegar al hospital Gróf Apponyi Albert. Cuando el coche se paró, el general se despertó y se aclaró la garganta. Se colocó bien la gorra y se enderezó la chaqueta llena de condecoraciones.

—Bien —dijo—. Bajemos.

—¿No pensará entrar conmigo? —preguntó Andras.

—Pienso acabar lo que he empezado. Dele sus señas al chófer para que pueda dejar sus cosas a la portera.

Andras dio al chófer la dirección de Nefelejcs utca. El chófer se apeó para abrir la portezuela del general, que bajó y esperó a que Andras se uniera a él en la acera. Se volvió y ambos entraron en el hospital.

A la mesa del celador había sentado un hombre de hombros estrechos, con un parche en el ojo. Tenía los pies apoyados sobre una papelera metálica y leía una traducción húngara de *Mi lucha*. Cuando levantó la cabeza y vio acercarse al general, soltó el libro y se puso en pie. Con su ojo bueno miró a Andras y luego otra vez al general; parecía desconcertante que aquel oficial condecorado del ejército húngaro estuviera en compañía de un recluta demacrado y andrajoso. Tartamudeando preguntó al general en qué podía servirle.

—Este hombre quiere ver a su esposa y a su hijo —contestó el general.

El celador echó un vistazo al pasillo, como si pudiera iluminarle o proporcionarle alguna especie de ayuda. El pasillo seguía vacío. El hombre se retorció las manos.

—El horario de visita es de cuatro a seis, señor.

—Este hombre ha venido ahora —dijo el general—. Se apellida Lévi.

El celador hojeó el libro de registro que había sobre la mesa.

—La señora Lévi está en el tercer piso —informó—. Sala de maternidad. Pero no debo permitir la entrada a nadie, señor. Me despedirían.

El general sacó una tarjeta de visita de un estuche de piel.

—Si alguien le da problemas, dígale que hable conmigo.

—Sí, señor —dijo el celador, y se sentó otra vez en la silla.

El general se volvió hacia Andras con otra tarjeta en la mano.

—Si puedo hacer algo más por usted, hágamelo saber.

—No sé cómo darle las gracias —dijo Andras.

—Sea un buen padre para su hijo —dijo el general, y le puso una mano en el hombro—. Esperemos que viva en una época más avanzada que la nuestra. —Sostuvo la mirada de Andras unos segundos más antes de dar media vuelta y salir a la nieve. La puerta se cerró tras él con una ráfaga de aire frío.

El celador lo siguió con la mirada, estupefacto.

—¿Cómo se ha hecho amigo de ese? —preguntó a Andras.

—Pura suerte, supongo —respondió Andras—. Es cosa de familia.

—Bien, suba —le indicó el recepcionista señalando con el dedo la escalera que tenía detrás—. Si alguien le pregunta quién le ha dejado entrar, no he sido yo.

Andras subió corriendo hasta el tercer piso y una vez allí siguió las señales hasta la sala de Klara. En la penumbra del hospital, las parturientas descansaban. Había dos filas de camas, cada una con una cuna a los pies. En algunas cunas había bebés bien abrigados; otros recién nacidos estaban mamando o dormían en brazos de sus madres. Pero ¿dónde estaba Klara? ¿Dónde estaba su cama, y cuál de aquellos niños era su hijo? Recorrió toda la hilera antes de verla: Klara Lévi, su esposa, pálida y con el cabello húmedo, la boca hinchada, los ojos rodeados de sombras oscuras,

estaba dormida, sumida en un sueño parecido a la muerte, bajo la luz de la lámpara con pantalla verde. Andras se acercó más, con el corazón desbocado, para ver qué tenía en los brazos. Cuando llegó al lado de la cama vio que era una manta, nada más. La cuna que había a los pies también estaba vacía. Tuvo la impresión de que el suelo se hundía bajo sus pies. De modo que había llegado tarde a pesar de todo. Se tapó la boca, temiendo que se le escapara un grito. Alguien le puso una mano fría en el brazo; era una enfermera con un delantal blanco.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó, más perpleja que enfadada—. ¿Es su esposa?

—El niño —susurró él—. ¿Dónde está?

La enfermera juntó las cejas.

—¿Es usted el padre?

Andras asintió en silencio.

La enfermera le indicó por señas que lo acompañara al pasillo, y lo condujo a una habitación bien iluminada con mesas acolchadas, básculas para pesar bebés, pañales de tela, biberones y tetinas. Dos enfermeras estaban cambiando los pañales a unos bebés.

—Krisztina —dijo la enfermera que había entrado con Andras—. Enséñale su hijo al señor Lévi.

La enfermera del cambiador levantó un renacuajo rosado que solo llevaba un gorrito azul de algodón, unos calcetines blancos y una venda en el ombligo. Mientras Andras lo miraba, el bebé se llevó el puño a la boca y extendió la lengua como un pétalo.

—Dios santo —exclamó Andras—. Mi hijo.

—Dos kilos —explicó la enfermera—. No está mal para un prematuro. Tiene un poco de infección pulmonar, pobrecillo, pero ahora está mucho mejor.

—Oh, Dios mío. Deje que lo vea.

—Cójalo si quiere —dijo la enfermera llamada Krisztina.

Puso el pañal al bebé, lo envolvió en una manta y lo dejó en brazos de Andras, que no se atrevía ni a respirar. El bebé parecía no pesar nada. Tenía los ojos cerrados, la piel transparente, el cabello oscuro y ensortijado. Era su hijo, su hijo. Él era el padre de esa personita. Acercó la mejilla a la curva de la cabeza del bebé.

—Lléveselo a su esposa —dijo Krisztina—. Ya que está aquí en plena noche, no le importará echarnos una mano.

Andras asintió, incapaz de moverse o hablar. En sus brazos tenía lo que parecía la suma de toda su existencia. El bebé se agitó debajo de la manta, abrió la boca y profirió un gritito.

—Tiene hambre —dijo la enfermera—. Será mejor que se lo lleve a su esposa.

Así pues, por primera vez atendió a las necesidades de su hijo: lo llevó a la sala donde estaba la cama de Klara. Cuando el niño lanzó otro gritito, Klara abrió los ojos y se incorporó sobre los codos. Andras se inclinó para ponerle a su hijo en los brazos.

—Andráska —musitó ella, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Estoy soñando?

Andras se inclinó de nuevo para besarla. Temblaba tanto que tuvo que sentarse en la cama. Los abrazó a los dos a la vez, a Klara y al bebé, sin atreverse a estrecharlos demasiado.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo has venido? —preguntó ella.

Él se apartó un poco para mirarla.

—Un general me ha traído en su coche.

—¡No te burles de mí, cariño! Acaban de hacerme una cesárea.

—Hablo en serio. Ya te lo contaré.

—Tenía muchísimo miedo de que te hubiera sucedido algo malo —dijo ella.

—No hay nada que temer —afirmó Andras, y le acarició el cabello húmedo.

—Mira a este pequeñajo. Nuestro hijito. —Klara bajó un poco la manta para que Andras viera la cara del bebé, los puños apretados, las delicadas muñecas.

—Nuestro hijo. —Andras negó con la cabeza, todavía incapaz de creerlo—. Lo he visto. Estaba *au naturel* cuando he entrado.

—Se parece a ti —comentó Klara, y los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

— *Életem*. Mi vida. ¡Cinco semanas antes! Estarías aterrada.

—Mi madre estaba conmigo. Me trajo al hospital. Y ahora tú también estás aquí, ¡y tan rápido!

—He terminado en Bánhida —explicó Andras—. Se acabó el servicio.

—Apenas podía creerlo, pero había sucedido; nada le haría volver—. Ahora estoy en casa contigo —añadió. Y poco a poco ese hecho empezó a parecerle real, mientras estaba sentado en la cama de Klara, en el hospital Gróf Apponyi Albert, riendo y llorando con la mejilla apoyada sobre la fina pelusa de la cabecita de su hijo.

OceanofPDF.com

31

Tamás Lévi

Pusieron al bebé el nombre del padre de Klara. Las primeras semanas de vida de la criatura fueron una bruma azul para Andras: diez días en el hospital, durante los cuales el bebé perdió peso, luchó contra la infección pulmonar, estuvo a punto de morir y por fin se recuperó; la vuelta al piso de Nefelejcs utca, que no parecía su casa, lleno como estaba de flores, regalos y personas que iban a ver al bebé; la madre de Klara, que se mostraba muy solícita pero era incapaz de hacer nada práctico para ayudar, ya que sus hijos habían sido criados por niñeras; la madre de Andras, que sabía cómo atender las necesidades del bebé, pero consideraba esencial enseñar a Klara la forma correcta de cerrar un pañal o hacer eructar al bebé; Ilana, embarazada de siete meses, que cocinaba sin cesar platos italianos para Andras, Klara y las visitas que iban a felicitarles; Mendel Horovitz, liberado del Munkaszolgálat, sentado en la cocina en plena noche, tomando vodka e invitando a Andras a describir con detalle las vicisitudes de la paternidad.

Pronto el bebé dejó de llorar y se instaló en la casa una delicada paz. Andras y Klara se sentaban juntos a contemplar al bebé, su Tamás, admirando las cejas, que eran como las de ella; la boca, que era como la de él, y la barbilla, con un hoyuelo como el de Elisabet.

En aquellos días tan irreales Andras apenas prestó atención a otra cosa que no fuera el flujo y reflujo de las necesidades de Tamás Lévi. La guerra parecía lejana e irrelevante; el Munkaszolgálat, una pesadilla. Sin embargo, la noche del 7 de diciembre, la víspera del *bris* de Tamás, el padre de Andras llegó con la noticia de que los japoneses habían bombardeado una base naval estadounidense en Hawai: Pearl Harbor. El nombre evocaba una imagen tranquila, un cielo gris claro sobre una extensión de agua nacarada. Pero el ataque había causado un baño de sangre. Los japoneses habían destruido cuatro acorazados estadounidenses y casi doscientos aviones, matado a más de dos mil cuatrocientos hombres y herido a otros mil doscientos. Andras sabía que Estados Unidos declararía la guerra a Japón, con lo que se cerraría el anillo de la guerra alrededor de la tierra. En

efecto, la declaración llegó a la mañana siguiente, mientras Tamás Lévi entraba en el pacto de la circuncisión. Tres días después Alemania e Italia declaraban la guerra a Estados Unidos, y luego Hungría declaraba la guerra a los aliados occidentales.

Aquella noche, mientras miraba por la ventana del dormitorio, oyendo el barullo de voces procedente de Bethlen Gábor tér, Andras se puso a pensar en lo que significaría esa declaración de guerra para su pequeña familia, y para sus hermanos, sus padres y Mendel Horovitz. Cabía la posibilidad de que bombardearan la ciudad. Lo que ya escaseaba escasearía más. Se desplegarían más tropas, se enviaría al frente a más reclutas del servicio de trabajo. Acababa de decir a Klara que había vuelto a casa para siempre, pero ¿cuánto duraría esa libertad? A la KMOF le importaría poco que apenas estuviera comenzando a recuperar la salud y las fuerzas que había perdido durante los meses en el Munkaszolgálat. Le utilizarían como le habían utilizado hasta entonces, como una simple herramienta en una guerra cuyo objetivo era destruirlo. Pero todavía no le tenían, pensó; todavía no. Por el momento estaba en casa, en aquella silenciosa habitación donde dormían su esposa y su hijo. Podía buscar trabajo y mantener a Klara y el niño. Y podía entregar cierta cantidad a György Hász, una pequeña parte de la inmensa suma que pagaba todos los meses para que Klara no cayera en manos de las autoridades. Había abrigado la esperanza de hablar con el director de Mendel Horovitz en el *Correo Vespertino* sobre un puesto de maquetista o ilustrador, pero Mendel había dejado el *Correo* cuando lo habían reclutado; su antiguo empleo hacía mucho que estaba ocupado y el director se había incorporado al Munkaszolgálat seis meses antes. Desde su regreso Mendel pateaba las calles a diario con una cartera llena de artículos escritos por él. Andras sabía que por las tardes podía encontrarlo en el Café Europa de Hunyadi tér, con una taza de café y un cuaderno abierto sobre la mesa. Bien, iría a Hunyadi tér al día siguiente para hacer una propuesta a Mendel: los dos se presentarían en el despacho de Frigyes Eppler, el antiguo director de Andras en *Pasado y Futuro*, y le pedirían que los contratara como escritor e ilustrador. Frigyes Eppler trabajaba ahora en el *Diario Judío Magiar*, cuyas oficinas estaban situadas en Wesselényi utca, a pocas travesías del Café Europa.

A las tres de la tarde siguiente Andras cruzó las puertas con volutas doradas del café y encontró a Mendel en la mesa de siempre, con el cuaderno delante. Se sentó con su amigo, pidió una taza de café y planteó su propuesta. Mendel apretó tanto los labios que la uve de su boca se convirtió en un punto.

—Tenía que ser el *Diario Judío Magiar* —dijo.

—¿Qué tiene de malo el *Diario*?

—¿Lo has leído últimamente?

—Últimamente he dedicado los días enteros a ser el criado de Tamás y Klara Lévi.

—Pues ofrece a sus lectores toda una sarta de estupideces asimilacionistas. Por lo visto tenemos que depositar nuestra confianza en los aristócratas cristianos del gobierno y todo irá bien. Según ellos, debemos seguir saludando la bandera y cantando el himno, como si las leyes antisemitas no existieran. Primero somos magiares y en segundo lugar, judíos.

—Bueno, estaremos más seguros si el gobierno nos considera primero magiares.

—¡Pero es que el gobierno no nos considera magiares! No hace falta que te lo diga. Acabas de salir del Munkaszolgálat. El gobierno nos considera judíos, pura y simplemente.

—Al menos nos considera necesarios.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Mendel—. No podemos trabajar para ese periódico, Parisi. Tenemos que buscar empleo en algún periodicucho izquierdista.

—No tengo ningún contacto en esas publicaciones. Y no puedo perder más tiempo. Debo mantener a mi hijo antes de que vuelvan a reclutarnos.

—¿Qué te hace pensar que Eppler nos aceptaría a los dos?

—Sabe apreciar un buen trabajo. En cuanto lea tus artículos, querrá contratarte.

Mendel soltó una risita.

—¡El *Diario Judío*! —exclamó—. Nada más y nada menos. Estás decidido a arrastrarme hasta allí y conseguirme un trabajo, ya lo veo.

—Frigyes Eppler no es conservador, o al menos no lo era cuando lo conocí. *Pasado y Futuro* era el periódico más sionista que he visto en mi vida. Todos los números incluían algún reportaje romántico sobre Palestina y las aventuras de la emigración. Y acuérdate del artículo que publicó en mayo del treinta y seis. Tenía que ver con cierto plusmarquista de la prueba de velocidad al que no se permitió entrar en el equipo olímpico porque era judío. Fue Eppler quien sacó el artículo. Si ahora está en el *Diario Judío,* seguro que es porque quiere provocar.

—Por Dios —dijo Mendel—. De acuerdo. Vayamos a verle.

Cerró el cuaderno y pagó la cuenta, tras lo cual se dirigieron hacia Wesselényi utca.

En la sala de redacción del *Diario* encontraron a Frigyes Eppler enzarzado en una discusión acalorada con el redactor jefe dentro de la oficina acristalada de este último. Vistos desde el otro lado del cristal, los dos hombres parecían cincelar sus opiniones en el aire mientras discutían. Desde que Andras no veía a su antiguo director, este se había quedado completamente calvo y había empezado a usar unas gafas de montura de pasta. Era un hombre corpulento y cargado de espaldas; los faldones de la camisa se le salían siempre de los pantalones y la corbata a menudo delataba un almuerzo apresurado. Nunca parecía saber dónde había dejado el sombrero, las llaves o la pitillera, pero en su trabajo no se le escapaba detalle. *Pasado y Futuro* había obtenido premios internacionales todos los años durante los cuales Frigyes Eppler fue su director. Su mayor triunfo había sido colocar a los hombres y las mujeres jóvenes que habían trabajado para él. Sus esfuerzos por ayudar a Andras constituían uno de los muchos actos de generosidad que había realizado para promocionar la carrera de sus periodistas, correctores y artistas gráficos. No se mostró sorprendido

cuando a Andras le ofrecieron una plaza en la École Spéciale. Como había dicho entonces a Andras, su objetivo siempre había sido contratar a personas que le dejaran por un trabajo mejor antes de que se presentara la ocasión de despedirlas.

Andras ignoraba cuál era el motivo de la discusión con el redactor jefe, pero estaba claro que Eppler saldría perdedor. Sus gestos eran cada vez más amplios, y sus gritos más fuertes, a medida que avanzaba la disputa. El redactor jefe, a pesar de su expresión triunfal, se acercaba poco a poco a la puerta del despacho como si pretendiera huir una vez conseguida la victoria. Por fin abrió la puerta de par en par y salió a la sala de redacción. Dio una orden a su secretaria, cruzó la sala y desapareció en la escalera como si temiera que Eppler fuera a perseguirlo. El director, furioso y derrotado, se quedó en la oficina vacía, frotándose la calva. Andras levantó la mano a modo de saludo.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó Eppler, sin mirar a Andras. Cuando lo reconoció, soltó una exclamación y se llevó las manos al pecho como si quisiera impedir que se le saliera el corazón—. ¡Lévi! —gritó—. ¡Andras Lévi! ¿Qué haces aquí?

—He venido a verle, Eppler-úr.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Cien años? ¿Mil? Pero te habría reconocido en cualquier parte. ¿En qué pierdes el tiempo últimamente?

—En casi nada —respondió Andras—. Ese es el problema.

—Espero que no hayas venido a buscar trabajo. Ya te solté para que volaras por el mundo hace tiempo. ¿Es que todavía no eres arquitecto?

Andras negó con la cabeza.

—Acabo de cumplir los dos años de servicio militar en el Munkaszolgálat. Este chico alto es Mendel Horovitz, compañero de escuela y también de compañía.

Mendel hizo una inclinación de la cabeza y se tocó el sombrero a modo de saludo. Frigyes Eppler lo miró de arriba abajo.

—Horovitz —dijo—. He visto tu foto en alguna parte.

—Mendel tiene el récord húngaro de los cien metros lisos —explicó Andras.

—¡Es verdad! ¿No hubo un escándalo relacionado con usted hace unos años?

—¿Un escándalo? —Mendel esbozó una sonrisa irónica—. Ya me gustaría.

—No le permitieron entrar en el equipo olímpico húngaro en el treinta y seis —explicó Andras—. Se publicó un artículo sobre el tema en *Pasado y Futuro*. Lo revisó usted mismo.

—¡Por supuesto! Mira que soy tonto. Es usted ese Horovitz. ¿Y qué ha hecho desde entonces?

—Dedicarme al periodismo.

—Vaya, ¡no se le ocurrió nada mejor! ¿O sea que también está aquí para pedir trabajo?

—Parisi y yo venimos como un equipo.

—¿Se refiere a Lévi? Ah, le llama Parisi por la época que pasó en la École Spéciale. Eso fue cosa mía, por si no lo sabía. Aunque él no lo reconozca. Seguro que dice que todo fue debido a su talento.

—Bueno, no dibuja del todo mal. Le contraté para el periódico que estaba publicando.

—¿Y qué periódico era ese?

Mendel sacó de su cartera un par de ejemplares manoseados de *La Mosca Cargante*.

—El que hacíamos en el campamento de Bánhida. No es tan divertido como el que creamos cuando estábamos destinados en Subcarpacia y Transilvania, pero por culpa de ese nos echaron de la compañía. Nos obligaron a comernos nuestras palabras, literalmente. Veinte páginas por cabeza.

Por primera vez Frigyes Eppler se puso serio. Miró atentamente a Mendel y a Andras, después se sentó a la mesa del redactor jefe y hojeó *La Mosca Cargante*. Tras leer un rato en silencio, miró a Mendel y soltó una risita.

—Reconozco su trabajo —le dijo—. Usted escribía una columna sobre un gran vividor en el *Correo Vespertino*. Un ingenioso instrumento político disfrazado de recuento de las locuras de un joven inútil. Era usted muy mordaz.

Mendel sonrió.

—Es lo que mejor se me da.

—A ver —dijo Eppler bajando la voz—. ¿Qué hacéis aquí? Este periódico no representa las ideas más modernas que digamos.

—Con todo el respeto, señor, podríamos hacerle la misma pregunta.

Eppler se masajeó con una mano la cúpula amarillenta de la cabeza.

—No siempre se está donde se querría estar —dijo—. Trabajé un tiempo en el *Diario de Pest*, pero a mí y a otros cuantos nos dejaron marchar. Ya entendéis a qué me refiero. —Soltó una risa triste que sonó en parte como un resuello; era un fumador empedernido—. Al menos me libré del Munkaszolgálat. Tuve suerte de que no me enviaran al frente oriental para darme un castigo ejemplar. En cualquier caso, tenía que sobrevivir, una vieja costumbre, así que cuando apareció este empleo, lo acepté. Es mejor que cantar en la calle para comer.

—Es lo que tendremos que hacer nosotros —dijo Mendel—, si no encontramos un empleo.

—Bueno, no os recomiendo este sitio —aseguró Eppler—. Ya habréis notado que no siempre estoy de acuerdo con el resto de la redacción. Se supone que soy el director, pero, como ya habéis visto, el redactor jefe a menudo me dirige a mí.

—Quizá le convendría tener a alguien que esté de su lado —apuntó Andras.

—Si te contratara, Lévi, no sería para que tomaras partido, sino para que hicieras un buen trabajo, como cuando acababas de salir del *gimnázium*.

—Desde entonces he aprendido algunas cosas.

—Estoy seguro. Y tu amigo parece interesante. No puedo decir, Horovitz, que le contrataría después de haber echado un vistazo a su *Mosca Cargante*, pero sí que seguí su columna durante un tiempo.

—Me siento halagado.

—No tiene por qué. Leo todos los periodicuchos que se publican en la ciudad. Lo considero parte de mi trabajo.

—¿Cree que podría encontrarnos algo? —preguntó Mendel—. No me gusta ser tan directo, pero alguien ha de serlo. Lévi tiene un hijo al que mantener.

—¡Un hijo! Cielo santo. Si tienes un hijo, Lévi, es que me he hecho viejo. —Eppler suspiró y se subió los pantalones—. Qué caramba, muchachos. Venid a trabajar aquí si tantas ganas tenéis. Ya os buscaré algo.

Aquella noche Andras estaba sentado a la mesa de la cocina, con su madre y el bebé, mientras Klara dormía en el sofá del salón. Su madre retiró un alfiler del camisón que estaba cosiendo y lo clavó en el acerico de terciopelo gris, el que había usado siempre desde que Andras tenía memoria. Había llevado consigo el viejo costurero a Budapest, y Andras se había sorprendido de ver que recordaba con toda precisión su contenido: la cinta métrica deshilachada, la lata redonda azul donde guardaba una variedad de botones, las tijeras con mango negro y las hojas brillantes, la misteriosa rueda de marcar con los bordes dentados, las bobinas de hilo de seda y algodón. Sus diminutas puntadas eran tan apretadas y precisas como

las que habían bordeado el cuello de las camisolas de Andras cuando era niño. Una vez que hubo terminado de coser el dobladillo, remató el hilo y lo cortó con los dientes.

—De pequeño te gustaba verme coser —dijo.

—Lo recuerdo. Me parecía algo mágico.

Ella arqueó una ceja.

—Si fuera mágico, iría más rápido.

—La rapidez es enemiga de la precisión —afirmó Andras—. Eso decía mi maestro de dibujo en París.

Su madre levantó la cabeza.

—Hace mucho tiempo que dejaste la facultad —dijo.

—Toda una vida.

—Volverás a estudiar cuando esto acabe.

—Sí, *apa* también lo dice. Pero no sé qué ocurrirá. Ahora tengo esposa y un hijo.

—Bueno, lo del trabajo es una buena noticia —afirmó su madre—. Fue un acierto que te acordaras de Eppler.

—Sí, es una buena noticia —convino Andras.

Sin embargo, no estaba tan contento como había pensado. Aunque le aliviaba saber que ganaría un poco de dinero, la idea de volver a trabajar para Eppler parecía borrar por completo el tiempo que había pasado en París. Sabía que no tenía sentido; al fin y al cabo, había conocido a Klara en París, y encima de la mesa, dormido en un moisés, estaba Tamás Lévi, la milagrosa prueba de su vida en común. Pero acudir al trabajo a la mañana siguiente y oír a Eppler asignarle las tareas del día…, eso era lo que había hecho a los diecinueve y veinte años.

—No me mires con esa cara —dijo su madre—. Esta situación no es culpa mía. Solo soy tu madre.

El bebé se agitó en el moisés. Movió la cabecita a un lado y a otro, arrugó la cara en un asterisco rosa y se echó a llorar. Andras se inclinó para cogerlo en brazos.

—Lo llevaré a pasear por el patio —dijo.

—No puedes sacarlo —repuso su madre—. Se morirá de frío.

—No quiero que despierte a Klara. Lleva semanas sin dormir.

—Bueno, pues envuélvelo en una manta, por el amor de Dios. Y tú ponte un abrigo. Mira, cógelo así, y deja que te ponga el sombrero. Tápale la cabeza con la manta para que no coja frío.

Andras dejó que su madre los protegiera del frío.

—No estés mucho rato ahí fuera —añadió acariciando la espalda del bebé —. Se dormirá en cuanto empieces a pasearlo.

Fue agradable escapar del calor denso del piso. La noche era clara y fría, con una gélida rodaja de luna suspendida de un filamento invisible en el cielo; más allá de la neblina de las luces de las farolas Andras distinguía los tenues prismas de hielo de las estrellas. El bebé estaba bien arropado y había dejado de llorar; Andras notaba cómo el pecho de su hijo ascendía y descendía pegado al suyo. Dio una vuelta por el patio canturreando una nana. Rodeó la fuente donde él y Klara habían visto a la niña de cabello moreno agitar una mano dentro del agua. Ahora la pila de piedra tenía una capa de hielo. La luz del patio permitía ver el fondo, y al inclinarse Andras distinguió el rápido destello de los peces bajo la superficie. Debajo de la capa de hielo, su trémula vida continuaba. Le habría gustado aprender de ellos.

A Andras le parecía que los anuncios que se publicaban en el *Diario Judío Magiar* procedían de otro mundo. Como ayudante del maquetista su cometido consistía en colocar los recuadros ilustrados entre los artículos; en

aquellos rectángulos con dibujos de prendas de ropa, zapatos y jabones, frascos de perfume y sombreros de mujer, la guerra parecía no existir. Era imposible conciliar el anuncio de zapatos de fiesta de piel con la idea de que Mátyás estaba pasando el invierno a la intemperie en Ucrania, quizá sin un buen par de botas ni unos calcetines adecuados. Era imposible leer el anuncio de un farmacéutico en el que se enumeraban las virtudes de su rodillera patentada y después pensar que Tibor tenía que curar la fractura de un recluta con una tabla de madera arrancada del suelo del barracón. Las señales de la guerra —la falta de medias de seda, la escasez de objetos metálicos, la desaparición de los productos americanos e ingleses— se advertían más en las ausencias que en los añadidos; los espacios en blanco donde habrían aparecido los anuncios de tales artículos se habían llenado con otras imágenes, otras distracciones. La tienda de deportes de Szerb utca era la única cuya publicidad hacía referencia a la guerra, aunque de forma indirecta; proclamaba los méritos de un producto llamado «equipaje del hombre al aire libre», una mochila que contenía todo lo que se necesitaba para pasar una temporada en el Munkaszolgálat: una taza plegable, un juego de cubiertos y un plato de campaña, una cantimplora térmica, una manta de lana gruesa, botas resistentes, una navaja, un impermeable, una lámpara de gas, un botiquín. En el anuncio no se mencionaba que podía utilizarse en el Munkaszolgálat, pero ¿qué si no iban a hacer los residentes de Budapest al aire libre en pleno enero?

En cuanto a los artículos que ocupaban el espacio entre los anuncios, Andras se quedaba estupefacto por el optimismo inquebrantable y miope que se reflejaba en ellos. Ese periódico se consideraba el portavoz de la comunidad judía; ¿cómo podía proclamar en su editorial que los judíos húngaros «compartían con la nación magiar idioma, espíritu, cultura y sentimiento», cuando en realidad los mandaban al frente de la batalla a retirar minas, a fin de que el ejército húngaro pudiera pasar para apoyar a los aliados nazis? Mendel estaba en lo cierto sobre el contenido del periódico; las noticias se publicaban con el único objetivo aparente de impedir que los judíos húngaros fueran presa del pánico. En su segunda semana en el periódico, este informó con gran entusiasmo de que el almirante Horthy había despedido a los miembros más descaradamente pro germánicos de su personal; eso era una prueba concreta de la solidaridad de los dirigentes húngaros con el pueblo judío.

Pero el *Diario Judío* no era el único periódico judío de la ciudad, y los diarios de inclinación izquierdista más modestos e independientes publicaban noticias que reflejaban el mundo que Andras había vislumbrado en el servicio de trabajo. Se informó de una matanza que había tenido lugar en Kamenets-Podolsk no mucho después de que Hungría entrara en guerra contra la Unión Soviética; en un periódico apareció una entrevista anónima a un miembro de una patrulla de zapadores, un hombre que había estado presente en la matanza y desde su regreso vivía consumido por el sentimiento de culpa. El hombre explicaba que la Oficina Central Húngara de Control de Extranjeros había detenido a unos judíos de ciudadanía dudosa y los había entregado a las autoridades alemanas de Galitzia, quienes se habían encargado de que los trasladaran en camiones a Kolomyia, donde los obligaron a caminar quince kilómetros hasta una zona llena de cráteres de bomba cerca de Kamenets-Podolsk, custodiados por unidades de las SS y la patrulla de zapadores húngaros del informador. Allí los mataron a todos a tiros, junto con la población judía originaria de Kamenets-Podolsk, veintitrés mil judíos en total. La idea era que no quedara en Hungría ni un judío extranjero, pero muchos de los judíos que fueron asesinados eran húngaros que no habían podido presentar sus documentos de nacionalidad con la suficiente rapidez. Por lo visto eso era lo que había angustiado al húngaro que concedía la entrevista: haber matado a sus propios paisanos a sangre fría. Así pues, al parecer los húngaros sentían cierta solidaridad con sus hermanos judíos, aunque en el caso del informador la solidaridad no había sido tan profunda para impedirle apretar el gatillo.

La última semana de febrero, la *Voz del Pueblo* dio cuenta de otra matanza de judíos: esta vez en el Délvidék, la franja de Yugoslavia que Hitler había devuelto a Hungría diez meses antes. A Budapest empezaban a llegar refugiados de la región con historias terroríficas de matanzas: personas a las que habían arrastrado a la playa del Danubio, donde las habían hecho desnudarse en el gélido frío y colocarse en filas de cuatro en un trampolín dispuesto sobre un agujero abierto de un cañonazo en el hielo del río, tras lo cual las habían ametrallado y sus cuerpos habían caído al agua. Una mañana Andras llegó al *Diario Judío Magiar* y encontró a su director sentado en la sala de redacción, en un paroxismo mudo de horror, con un ejemplar de la *Voz* sobre la mesa; tendió el diario a Andras y se encerró en su despacho sin

decir palabra. Cuando llegó el redactor jefe, se produjo una discusión en la oficina acristalada, pero en el *Diario Judío* no apareció ni una palabra sobre la matanza.

Aquella misma semana, Ilana Lévi fue al hospital Gróf Apponyi Albert y dio a luz a un varón. Tres días antes había llegado una carta de Tibor: confiaba en abandonar su compañía de trabajo el miércoles por la noche, de modo que albergaba la esperanza de llegar a tiempo para el parto. Sin embargo, Ilana dio a luz sin él. La primera noche que pasó en casa después de salir del hospital, Andras y Klara le llevaron la cena del sabbat. Aunque estaba muy débil por la pérdida de sangre, insistió en poner la mesa ella misma; allí estaban las velas que Béla y Flóra le habían entregado como regalo de boda, y las bandejas florentinas que le había dado su madre para que se las llevara a Hungría. Ella y Klara encendieron las velas, Andras bendijo el vino, y se sentaron a comer mientras los bebés dormían en sus brazos. En la habitación reinaba un silencio profundo y penetrante que parecía emanar de la propia arquitectura. El piso estaba en la planta baja, y las tres habitaciones parecían más pequeñas por las gruesas vigas de madera que sostenían el techo. Las puertas vidrieras del comedor daban al patio del edificio, donde un mecánico de bicicletas había reunido un cementerio de armazones y manillares oxidados, pilas de radios, montones de cadenas petrificadas. La colección, espolvoreada de nieve, le pareció a Andras un campo de batalla salpicado de cadáveres. Lo observó atentamente mientras la luz se volvía azul y tenue, paseando la mirada entre las sombras. Fue él quien vio la figura al otro lado del cristal cubierto de escarcha: una forma estrecha y negra avanzaba entre las bicicletas, como un fantasma que regresara en busca de sus camaradas caídos. Al principio pensó que no era más que la congelación de su propio miedo; poco a poco, la figura adoptó una forma conocida, una manifestación de su deseo. Dudó en decírselo a Ilana porque en un primer momento pensó que tal vez fueran imaginaciones suyas, pero la figura se acercó a la puerta vidriera y miró la escena del interior: Andras sentado a la cabecera de la mesa; a su lado, Klara con un bebé al pecho; Ilana de espaldas a la puerta, con el brazo alrededor de algo envuelto en una manta. El fantasma se llevó una mano a la boca, las piernas se le doblaron. Era Tibor, que volvía a casa. Andras se levantó de la mesa y corrió a la puerta. En un instante estaba en el patio con su hermano, ambos sentados en la nieve entre las bicicletas desmembradas;

enseguida las mujeres se unieron a ellos, y un minuto después Tibor tenía a su hijo y a su esposa entre los brazos.

Tibor. Tibor.

Todos gritaron su nombre con insistencia, como si trataran de convencerse de que era real, y lo hicieron entrar en casa. A la luz tenue del salón, el hombre estaba pálido como un muerto. Sus gafas de montura plateada habían desaparecido, los huesos de su cara eran como un andamio anguloso bajo la piel. Tenía el abrigo hecho trizas, los pantalones rígidos por el hielo y la sangre seca, las botas hechas jirones. No llevaba gorra militar, sino un gorro de ciclista forrado de lana al que faltaba una orejera. La oreja que quedaba descubierta estaba morada de frío. Tibor se arrancó la gorra de la cabeza y la dejó caer en el suelo. Debían de haberle cortado el cabello al rape con unas tijeras mal afiladas pocas semanas atrás. Todo él olía al Munkaszolgálat, al hedor de hombres viviendo juntos sin suficiente agua, jabón ni polvos dentífricos.

—Dejadme ver a mi hijo —pidió con un hilo de voz, como si hiciera días que no la utilizara.

Ilana le entregó el bebé envuelto en una manta blanca. Tibor lo depositó sobre el sofá y se arrodilló a su lado. Le quitó la manta, el gorrito que cubría sus finos cabellos oscuros, la camiseta de algodón de manga larga, los pantaloncitos, los calcetines, el pañal; mientras tanto el bebé permaneció callado, con los ojos abiertos y los puñitos cerrados. Tibor tocó el resto seco del cordón umbilical. Levantó los pies del bebé, las manos del bebé. Apoyó la cara sobre el cuello del bebé. Se llamaba Ádám. Así lo habían decidido él e Ilana en las cartas que se habían escrito. Pronunció el nombre intentando conciliar la idea de aquel bebé y el niño que ahora estaba desnudo en el sofá. Después miró a Ilana.

—Ilanka —dijo—. Lo siento mucho. Quería llegar a casa a tiempo.

—No —repuso su esposa inclinándose hacia él—. No llores, por favor.

Pero Tibor estaba llorando. Nadie podía hacer nada por evitarlo. Lloró, y todos se sentaron en el suelo con él como si estuvieran de duelo. Pero no

estaban de duelo, no en aquel momento; estaban juntos, los seis, en una ciudad en la que todavía no existían los guetos, que aún no había sido incendiada ni bombardeada. Se quedaron sentados en el suelo hasta que Tibor dejó de llorar e inhaló una bocanada de aire. Respiró hondo varias veces seguidas y por último aspiró lentamente por la nariz.

—Dios santo —dijo mirando horrorizado a Andras—. Apesto. Quitadme esta ropa. —Empezó a tirar del cuello de su harapiento abrigo—. No debería haber tocado al bebé antes de lavarme. ¡Estoy asqueroso!

Se levantó del suelo y fue a la cocina dejando una estela de ropa tiesa.

Los otros tres oyeron el ruido que hizo al arrojar una tina de latón sobre las baldosas de la cocina y a continuación el rugido del agua en el fregadero.

—Voy a ayudarle —dijo Ilana—. ¿Coges al bebé?

—Dámelo —respondió Klara, y dejó a Tamás en brazos de Andras.

Andras y Klara se sentaron en el sofá con los dos bebés, mientras Ilana ponía a calentar agua para el baño de Tibor. Entretanto Tibor cenó vestido con la camiseta y los pantalones raídos del Munkaszolgálat. Cuando hubo acabado, Ilana lo frotó de la cabeza a los pies con una pastilla de jabón nueva. De la cocina escapaba un olor a almendras. Luego le puso un pijama de rayas de franela y él se encaminó hacia el dormitorio como un sonámbulo. Andras lo siguió y se sentó en la cama con Tamás en brazos. Klara estaba detrás, con el hijo de Tibor. Ilana colocó en la cama, a los pies de su esposo, un par de ladrillos calientes envueltos en toallas y lo arropó con el edredón hasta la barbilla. Se sentaron todos en el lecho, sin acabar de creer que estuviera allí.

Pero Tibor, o una parte de Tibor, aún no había vuelto; antes de dormirse dejó escapar un gemido de terror, como si le hubiera caído en el pecho una piedra que hubiese dejado sin aire sus pulmones. Los miró a todos con los ojos muy abiertos y dijo: «Lo siento». Cerró los ojos de nuevo, se adormeció otra vez y volvió a emitir aquel gemido de terror; despertó sobresaltado. «Lo siento», repitió. Se adormeció y despertó una vez más. Volvió a decir: «Lo siento». Se le cerraron los párpados, respiró, profirió de

nuevo el gemido y despertó sobresaltado, atemorizado por algo que le esperaba al otro lado de la conciencia. Permanecieron una hora a su lado, hasta que por fin se sumió en un sueño profundo.

En el local que antes ocupaba el café favorito de Tibor, el Jókai, habían abierto una barbería con seis butacas relucientes y un par de barberos con bigote. Aquella mañana los barberos practicaban su oficio en la cabeza de dos muchachos vestidos con uniforme militar. Los chicos eran muy jóvenes, apenas debían de haber acabado sus estudios en el instituto. Ambos tenían el mentón prominente, las cejas picudas y los pies, colocados en el reposapiés de la silla de barbero, torcidos hacia dentro. Debían de ser hermanos, tal vez incluso gemelos. Andras miró a Tibor, que parecía preguntarse por qué aquellos dos hermanos eran clientes de los barberos que habían sustituido el Jókai Káveház por aquel local esterilizado de azulejos blancos y negros. Andras y Tibor nunca irían allí a afeitarse. La barbería Jókai era una traición.

Se dirigieron pues a Andrássy út, al Café de los Artistas, un establecimiento de la *belle époque* con mesas de hierro forjado, lámparas con pantalla de color ámbar y una vitrina llena de pasteles. Andras insistió en pedir una porción de *sachertorte* desoyendo las protestas de Tibor; en su opinión, era demasiado caro y sustancioso, y no podría comer más que un pedacito.

—Necesitas comer algo sustancioso —argumentó Andras—. Alimentos con mantequilla.

Tibor sonrió lánguidamente.

—Ni que fueras mi madre.

—Pues deberías escucharme como si lo fuera.

Otra vez aquella sonrisa, una versión pálida de la antigua sonrisa de Tibor, aunque aún conservaba su forma, como algo guardado en un tarro de un museo. Cuando llegó la tarta, Tibor cortó un pedacito con el tenedor y lo dejó en el borde del plato.

—Habrás oído lo que ocurrió en Délvidék —dijo.

Andras removió el café y sacó la cucharilla.

—He leído un artículo y he oído algunos rumores espantosos.

Tibor asintió con un movimiento apenas perceptible de la cabeza.

—Yo estaba allí —dijo.

Andras miró a su hermano. Resultaba desconcertante ver a Tibor sin las gafas, que hacían que sus grandes ojos guardaran equilibrio con el resto de sus rasgos. Sin ellas parecía frágil y vulnerable. La alimentación a base de sopa de col, pan moreno y café lo había reducido a su estado elemental; era la esencia de Tibor, una reducción de Tibor, el ingrediente necesario que debía combinarse de nuevo con la vida ordinaria para producir el Tibor que Andras conocía. No estaba seguro de querer oír lo que le había ocurrido a Tibor en el Délvidék. Bajó la vista hacia la taza de café para no mirarle a los ojos.

—Estuve allí hace un mes y medio —empezó Tibor, y le contó la historia.

Había sido a finales de enero. Su compañía del Munkaszolgálat se había unido al Quinto Cuerpo del Ejército; habían trabajado como esclavos para una compañía de infantería en Szeged construyendo pontones sobre el Tisza a fin de que la compañía pudiera trasladar material bélico al otro lado. Una mañana su sargento les dijo que dejaran aquel trabajo porque les necesitaban para cavar trincheras. Los llevaron en camión a una ciudad llamada Mosorin, los hicieron caminar hasta un campo y les ordenaron que cavaran una trinchera.

—Recuerdo las dimensiones —dijo Tibor—. Veinte metros de largo, dos y medio de ancho y dos de profundidad. Teníamos que terminarla antes del anochecer.

Una mujer joven sentada a la mesa contigua con sus dos hijitas le lanzó una larga mirada y después desvió la vista. Tibor tocó la voluta que remataba el mango de su tenedor y siguió hablando en voz más baja.

—Cavamos la trinchera. Creíamos que era para una batalla. Pero no era para una batalla. Al anochecer llevaron a un grupo de personas al campo. Hombres y mujeres. Eran ciento veintitrés. Nosotros estábamos sentados a un lado de la zanja comiendo sopa.

La mujer se había vuelto ligeramente en su silla. Tenía unos treinta años y Andras y Tibor repararon en que llevaba al cuello una estrella de David colgada de una cadena fina. La mujer miró a sus hijas, que estaban tomando una taza de chocolate y rebañando las últimas migas de una porción de *strudel* de semillas de amapola.

Cuando Tibor volvió a hablar, su voz era apenas un susurro.

—También había niños —explicó—. Adolescentes. Algunos no tendrían más de doce o trece años.

—Zsuzsi, Anni —dijo la mujer—, ¿por qué no vais a elegir unos pastelitos para la abuela?

—No he terminado el chocolate —contestó la menor.

—Tibor —dijo Andras al tiempo que ponía una mano en el brazo de su hermano—, ya me lo contarás luego.

—No —murmuró la mujer mirando a Andras a los ojos—. No pasa nada. —Se volvió hacia las niñas y añadió—: Id, enseguida me reúno con vosotras.

La niña mayor se puso el abrigo y ayudó a la pequeña a dar la vuelta a las mangas del suyo. Luego fueron al mostrador de los pasteles y los miraron, con los dedos apoyados sobre el cristal. La mujer cruzó las manos sobre el regazo y clavó la vista en su taza de té vacía.

—Los pusieron en fila delante de la zanja —prosiguió Tibor—. Eran húngaros. Todos judíos. Les ordenaron que se desnudaran y permanecieran de pie en aquel frío gélido, y después los mataron a todos. Incluso a los niños. Tuvimos que enterrarlos. Algunos todavía no estaban muertos. Los soldados nos apuntaban mientras tanto.

Andras miró a la mujer de la mesa contigua, que se había tapado la boca con la mano. En el mostrador de los pasteles, sus dos hijas discutían sobre las virtudes de cada uno.

—¿Qué les impedirá hacernos lo mismo a nosotros? —se preguntó Tibor—. Aquí no estamos a salvo. ¿Me comprendes?

—Sí, te comprendo —contestó Andras. Por supuesto que no estaban a salvo. No pasaba ni un minuto sin que pensara en ello. Y el peligro era mayor de lo que creía Tibor; Andras todavía no le había hablado de la situación de Klara con el Ministerio de Justicia.

—La amenaza está dentro del país —afirmó Tibor—. Nos engañamos si creemos que estaremos seguros siempre y cuando Horthy impida la ocupación alemana. ¿Y los cruces flechadas? ¿Y los fascistas húngaros?

—¿Qué propones que hagamos? —inquirió Andras.

—Quiero salir del continente —respondió Tibor—. Quiero sacar de aquí a mi esposa y a mi hijo. Si nos quedamos en Europa, moriremos.

—¿Y cómo vamos a salir? Las fronteras están cerradas. Es imposible conseguir documentos de viaje. Ningún país nos dejará entrar. Y están los bebés. Ya es bastante duro pensar en huir los cuatro solos. —Miró por encima del hombro. El mero hecho de hablar en público de ese tema parecía peligroso—. Ahora no podemos marcharnos —agregó—. Es imposible.

La mujer de la mesa contigua lanzó una mirada a Andras y Tibor. Sus ojos oscuros se desplazaron del uno al otro. En el mostrador, sus hijitas habían elegido; la mayor se volvió y llamó a su madre. Ella se levantó y se puso el sombrero y los guantes. Mientras se deslizaba por el estrecho espacio entre las mesas, se despidió de Andras y Tibor con un gesto de la cabeza. Solo cuando la mujer y sus dos hijas desaparecieron por las puertas de cristal biselado del café Andras reparó en que había dejado caer su pañuelo sobre la mesa. Era de lino fino, con una puntilla en el borde y la letra B bordada. Al cogerlo Andras vio que debajo había un pedazo de papel doblado, un billete de tranvía, en el que la mujer había escrito algo a lápiz: «K. podría

ayudarles», seguido de una dirección de Angyalföld, cerca del final de la línea de tranvía.

—Mira esto —dijo Andras, y pasó el billete a su hermano.

Sin gafas, Tibor tuvo que esforzarse para distinguir la letra diminuta de la mujer.

—«K. podría ayudarles» —leyó—. ¿Quién es K.?

El tranvía dejó atrás los bloques de pisos del centro de Pest y se adentró en una zona industrial del extrarradio donde fábricas textiles y máquinas lanzaban un humo gris hacia el cielo aborregado. Camiones con suministros militares circulaban ruidosamente por las calles, cuyas aceras estaban repletas de tubos de acero y vigas compuestas, secciones de túneles de desagüe, bloques de cemento y parábolas gigantes de hierro como cuadernas de un buque. Bajaron del tranvía al final de la línea y pasaron junto a un viejo manicomio, una nave de lavado de lana y tres bloques de pisos medio en ruinas, hasta llegar a una callecita lateral llamada Frangepán köz, donde todavía se conservaba un grupo de casitas de la época en que Angyalföld era una zona de pastos y viñedos; detrás de las casas se oían voces y balidos de cabra. La del número dieciocho era una vivienda de yeso y madera con tejado de tablillas inclinado y persianas con la pintura descascarillada. Los marcos de las ventanas estaban desconchados, la puerta rayada y con muescas en los bordes. Restos invernales de hiedra trazaban un mapa ilegible sobre la fachada. Mientras Andras y Tibor cruzaban el jardín, se abrió una alta verja en un lado de la casa para dejar pasar un carrito verde tirado por dos robustos carneros blancos y fuertes con cuernos curvos. El carrito estaba lleno de bidones de leche y cajas de queso. En la verja había una mujer menuda con una vara de avellano en la mano. Llevaba una falda bordada y botas de campesina, y sus ojos hundidos eran duros y brillantes como piedras pulidas. Dirigió a Andras una mirada tan penetrante que a él le pareció que le atravesaba el cráneo.

—¿Vive aquí alguien con la inicial K.? —preguntó.

—¿La inicial K.? —La mujer debía de tener unos ochenta años, pero se mantenía erguida a pesar del viento—. ¿Por qué lo preguntan?

Andras miró el billete de tranvía en el que la mujer del café había apuntado la dirección.

—Este es el dieciocho de Frangepán köz, ¿no?

—¿Qué quieren de K.?

—Nos manda una amiga.

—¿Qué amiga?

—Una mujer con dos hijas.

—Son judíos —dijo la anciana; era una observación, no una pregunta. Y al decirlo algo cambió en su rostro, las arrugas de sus ojos se suavizaron, sus hombros se relajaron casi imperceptiblemente.

—Sí —confirmó Andras—. Somos judíos.

—Y hermanos. Él es el mayor. —Señaló a Tibor con la vara de avellano.

Los dos asintieron.

La anciana bajó la vara y escrutó a Tibor como si quisiera ver debajo de su piel.

—Acaba de regresar del Munkaszolgálat —dijo.

—Sí.

La mujer sacó de un cesto un queso envuelto en papel y se lo puso en la mano. Cuando él protestó, le dio otro.

—K. es mi nieto —dijo—. Miklós Klein. Es un buen chico, pero no es un mago. No les prometo que pueda ayudarles, pero hablen con él si lo desean. Vayan a la puerta. Mi esposo les abrirá.

La mujer cerró la verja del patio y tocó con la vara de avellano el lomo de los carneros, que bajaron la cabeza y tiraron del carro hacia la calle.

En cuanto se hubo marchado, un rebaño de cabras se acercó y comenzó a balar al ver a Andras y Tibor. Parecían esperar alguna clase de obsequio. Andras les mostró sus bolsillos vacíos, pero los animales no se apartaron. Querían arrimar la cabeza a las manos de Andras y Tibor. Las crías querían olisquearles los zapatos. En el otro extremo del patio había un establo que se había convertido en corral para las cabras, protegido del viento y lleno de heno fresco. Cuatro hembras de pelaje espeso y lustroso comían en un pesebre de hojalata.

—Un buen sitio para ser una cabra —dijo Andras—. Incluso en invierno.

—Un sitio mejor para ser cabra que hombre —señaló Tibor mirando las chimeneas de las fábricas que se alzaban a poca distancia.

Andras pensó que algún día no le importaría vivir más lejos del centro de la ciudad. A poder ser, no a la sombra de una fábrica textil, sino quizá en un lugar donde pudieran poseer una casa y un terreno lo bastante grande para tener cabras y gallinas y un par de árboles frutales. Quería volver allí con su cuaderno y el transportador y estudiar la construcción de aquella casita, la distribución de aquellos terrenos. Era la primera vez en varios meses que deseaba realizar un proyecto. Mientras seguía a su hermano por el camino, experimentó una sensación extraña en el pecho, de ensanchamiento, como si tuviera los pulmones llenos de levadura.

Tibor llamó a la puerta, de la que cayó polvo de pintura amarilla como si fuera polen. Dentro se oyeron pasos arrastrados, la puerta se abrió y vieron a un hombrecillo enjuto con dos alas levantadas de cabellos canos. Llevaba una camiseta blanca y una bata de lana roja descolorida. Del interior de la casa llegaban los compases chirriantes de Bartók y el aroma de tor titas.

—¿Señor Klein? —preguntó Tibor.

—Yo mismo.

—¿Vive aquí Miklós Klein?

—¿Quién pregunta por él?

—Tibor y Andras Lévi. Nos han dicho que viniéramos a verlo. Su esposa nos ha dicho que estaba en casa.

El hombre abrió la puerta y les hizo pasar a una salita luminosa con suelo de cemento pintado de rojo. En una mesa junto a la ventana había restos de desayuno junto a un periódico bien doblado.

—Esperen aquí —indicó el señor Klein.

Fue hasta el final de un pasillo decorado con retratos de hombres y mujeres con trajes antiguos, los hombres con uniformes militares, las mujeres con los vestidos largos ceñidos a la cintura. Al final del pasillo se abrió y se cerró una puerta. En la pared, un reloj de cuco dio la hora; el cuco cantó once veces. En una mesa auxiliar una serie de fotografías mostraban a un chico de seis o siete años y ojos vivos, cogido de la mano de una mujer joven y hermosa de cabello oscuro y un hombre de aspecto melancólico cuyo rostro denotaba inteligencia; había fotografías de los tres en la playa, en bicicleta, en el parque, en los escalones de una sinagoga. El conjunto de retratos transmitían la misma sensación que un santuario o un monumento conmemorativo.

A los pocos minutos se abrió la puerta del final del pasillo y el anciano Klein les indicó con un gesto que lo siguieran.

—Vengan, por favor —dijo.

Andras siguió a su hermano por el pasillo. Cuando llegaron a la puerta, el anciano se apartó a un lado para dejarlos pasar y volvió al saloncito.

El umbral era un portal a un mundo completamente diferente. A un lado estaba el universo que acababan de dejar; al otro lado, en esa habitación, había lo que parecía el equipo de una operación de espionaje. En las paredes, clavados con alfileres, había mapas de Europa y el Mediterráneo, complejos organigramas, recortes de periódico y fotografías de hombres y mujeres que labraban la tierra seca de lugares desérticos. En la mesa, entre montones enormes de documentos de aspecto oficial, había un par de máquinas de escribir, una con teclado húngaro y otra con teclado hebreo. En una mesa baja chirriaba una radio Orion, y al lado un cuarteto de relojes

mostraba la hora en Constanza, Estambul, El Cairo y Jerusalén. La habitación estaba llena de columnas de papeles y carpetas que llegaban hasta la cintura: cubrían el escritorio, la cama, todo el alféizar y la mesa. En el centro había un joven pálido con un jersey apolillado; sus cabellos morenos y cortos parecían una corona desigual y tenía los ojos enrojecidos, ya fuera por la bebida o la aflicción. Debía de tener la edad de Mátyás, y sin duda era el niño de las fotografías, que al crecer se había convertido en aquel joven demacrado. El hombre apartó la silla del escritorio, dejó una pila de carpetas en el suelo y se sentó de cara a los hermanos.

—Se acabó —dijo a modo de saludo—. No pienso hacerlo nunca más.

—Nos han dicho que podrías ayudarnos —explicó Tibor.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Una mujer con dos niñas. Con la inicial B. Me oyó hablar con mi hermano en un café.

—¿Hablar con tu hermano de qué?

—De salir de Hungría —respondió Tibor—. Como sea.

—Para empezar —repuso Klein señalando a Tibor con un delgado dedo—, no deberías hablar con tu hermano de algo así en un café, donde cualquiera puede oírte. ¡Debería estrangular a esa mujer, sea quien sea, por daros mi dirección! ¿Con la inicial B.? ¿Con dos niñas? —Se llevó un dedo a la frente y adoptó una expresión reflexiva—. Bruner —añadió—. Magdolna. Tiene que ser ella. Ayudé a su hermano a salir del país, pero hace ya tres años.

—¿Te dedicas a eso? —preguntó Andras—. ¿Ayudas a la gente a emigrar?

—Antes sí —contestó el joven—. Ya no.

—Entonces, ¿qué es todo esto?

—Proyectos en marcha —explicó Klein—. Pero no acepto nuevos trabajos.

—Tenemos que salir del país —dijo Tibor—. Acabo de llegar de Délvidék. Allí están matando a judíos húngaros. No tardarán en venir a por nosotros. Sabemos que puedes ayudarnos a salir.

—No sabéis nada —replicó Klein—. Ahora es imposible. Mirad esto.

—Sacó un recorte de un periódico rumano—. Esto pasó hace solo una semana. El barco salió de Constanza en diciembre. El *Struma*. Setecientos sesenta y nueve pasajeros, todos judíos rumanos. Les habían dicho que les concederían visados de entrada a Palestina en cuanto el barco llegara a Turquía. Pero el barco era una ruina, literalmente; el motor lo habían sacado del fondo del Danubio. Y no había visados de entrada. Era todo un timo.

Quizá en el pasado habrían conseguido entrar sin visados…, antes los británicos dejaban pasar a algunos inmigrantes sin papeles, ¡pero ya no! Gran Bretaña no quiso aceptar el barco. No permitieron la entrada a nadie, ni a los niños. Un remolcador turco lo llevó al mar Negro. Sin combustible, sin agua, sin comida para los pasajeros. Los dejaron allí. ¿Qué crees que pasó? Los torpedearon. Bum. Se acabó. Creen que fueron los soviéticos.

Andras y Tibor permanecieron en silencio. Setecientas sesenta y nueve vidas. Un barco lleno de hombres, mujeres y niños judíos. Una explosión en la noche: cómo debió de sonar, cómo debió de percibirse en una litera en las entrañas del barco; el impacto, el temblor, el pánico repentino. Y luego la tromba de agua oscura.

—Lograste que el hermano de Magdolna Bruner saliera del país. ¿Cómo lo hiciste? —preguntó Tibor.

—Entonces la situación era diferente —respondió Klein—. Sacaba a la gente por el Danubio. Los escondía en barcazas de carga y barcas. Teníamos contactos en Palestina. Contábamos con la ayuda de la Oficina de Palestina aquí. Conseguí que saliera mucha gente, ciento sesenta y ocho personas. Si fuera listo, yo también me habría marchado, pero mis abuelos están solos. No pueden hacer un viaje así, y yo no quería separarme de ellos. Pensé que podía ser más útil aquí. Pero no voy a hacerlo nunca más, así que podéis volver a casa.

—Pero eso del *Struma* es un desastre para Palestina —apuntó Andras—. Ahora tendrán que aflojar las restricciones para la inmigración.

—No sé qué ocurrirá —dijo Klein—. Tienen un nuevo secretario colonial, un tal Cranborne. Dicen que es de ideas más liberales, pero no sé si podrá convencer al Ministerio de Asuntos Exteriores de que no sea tan estricto con las cuotas. Y, aunque pudiera, ahora es demasiado peligroso.

—Si es una cuestión de dinero, lo conseguiremos —afirmó Tibor.

Andras lo miró sorprendido. ¿Dónde esperaba su hermano encontrar dinero? Pero Tibor no lo miró; tenía la vista fija en Klein, que se pasó las manos por el cabello encrespado y se inclinó hacia ellos.

—No es una cuestión de dinero —aseguró Klein—. Sencillamente es una locura intentarlo.

—Tal vez quedarse sea una locura mayor —repuso Tibor.

—Budapest sigue siendo uno de los lugares más seguros de Europa para los judíos —señaló Klein.

—Budapest vive a la sombra de Berlín.

Klein se levantó de la silla y se paseó por el cuadrado de suelo que quedaba libre.

—Lo terrible es que sé que tienes razón. Estamos locos si creemos que nos encontramos a salvo aquí. Si habéis estado en el servicio de trabajo, lo sabéis perfectamente. Pero no quiero que la vida de dos jóvenes esté en mis manos. Ahora no.

—No somos solo nosotros —dijo Tibor—. También están nuestras mujeres. Y un par de bebés. Y nuestro hermano menor, en cuanto vuelva de Ucrania. Y nuestros padres, que viven en Debrecen. Necesitamos salir todos.

—¡Estás loco! —exclamó Klein—. ¡Loco de atar! No puedo sacar a unos bebés por el Danubio mientras el país esté en guerra. No puedo hacerme responsable de unos padres ancianos. Me niego a hablar de esto. Lo siento.

Parecéis buenas personas. Quizá nos veamos en momentos más felices y tomemos juntos una copa. —Fue a la puerta y la abrió.

Tibor no se movió. Miró las pilas de papeles, las máquinas de escribir, la radio, los muebles atestados de carpetas, como si pudieran ofrecerle otra respuesta. Fue Andras quien habló.

—Shalhevet Rosen —dijo—. ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—Está en Palestina, trabajando para ayudar a los judíos a salir de Europa. Es la esposa de un amigo mío de la universidad.

—Bueno, quizá pueda echaros una mano. Ojalá tengáis suerte.

—Puede que hayas mantenido correspondencia con ella.

—Que yo recuerde, no.

—Quizá ella pueda ayudarnos a conseguir los visados.

—Un visado no significa nada —aseguró Klein—. Primero tenéis que llegar allí.

Tibor volvió a echar un vistazo a la habitación. Luego dirigió a Klein una mirada penetrante.

—Esto es lo que haces —dijo—. ¿De veras lo has dejado?

—No mandaré a nadie a otro *Struma* —dijo Klein—. Tenéis que entenderlo. Y debo pensar en mis abuelos. Si me cogen y me mandan a la cárcel, se quedarán solos.

Tibor se detuvo junto a la puerta, con el sombrero en las manos.

—Cambiarás de opinión —afirmó.

—Espero que no.

—Al menos permite que te dejemos nuestra dirección.

—Te repito que no servirá de nada. Adiós, caballeros. Suerte. *Adieu*.

—Los acompañó hasta el pasillo y volvió a entrar en la habitación. Cerró la puerta con el pestillo.

En la salita Andras y Tibor vieron que habían recogido los restos del desayuno. El anciano Klein estaba acomodado en el sofá, con un periódico en la mano. Cuando reparó en su presencia, dejó el periódico y preguntó:

—¿Y bien?

—Bien —dijo Tibor—. Nos vamos. Por favor, diga a su esposa que agradecemos su amabilidad. —Levantó uno de los dos quesos de cabra envueltos en papel.

—De los mejores que hace —afirmó el señor Klein—. Seguro que le han caído bien. No se los regala a cualquiera.

—Me ha dado dos —dijo Tibor, y sonrió.

—¡Ah! Ahora me hace sentir celoso.

—Quizá ella pueda convencer a su nieto de que nos ayude. Me temo que nos ha echado sin darnos demasiadas esperanzas.

—Miklós es un muchacho voluble —aseguró el anciano Klein—. Su trabajo es difícil. Cambia de opinión a diario. ¿Sabe cómo ponerse en contacto con ustedes?

Tibor sacó del bolsillo del pecho un cabo de lápiz con la punta mal afilada y, tras disculparse por no tener una tarjeta, pidió un pedazo de papel al abuelo Klein. Anotó su dirección y dejó el papel sobre la mesa del desayuno.

—Ahí tiene —dijo—. Por si cambia de opinión.

El abuelo Klein hizo un gesto de asentimiento. El balido estridente de las cabras en el patio puso un contrapunto pesimista.

Cuando abrieron la puerta de la calle, todo seguía allí: los camiones que circulaban ruidosamente por la calle ancha que había más allá, las altas chimeneas de la fábrica textil, los anuncios de películas pegados a una pared de madera contrachapada. Andras caminó en silencio con su hermano hacia la parada del tranvía y subieron a uno prácticamente vacío para regresar al centro de la ciudad. Recorrieron Kárpát utca, con sus talleres de reparación de máquinas, cruzaron el puente que había detrás de la estación de Nyugati y por fin llegaron a Andrássy út, donde bajaron. Echaron a andar, pero en la esquina de Hársfa utca Tibor se volvió. Con las manos en los bolsillos, caminó hacia la finca de piedra gris donde habían vivido antes de que Andras se marchara a París. Sus ventanas, ahora oscuras y sin cortinas, eran las del tercer piso. En el balcón había una hilera de macetas rotas y de la barandilla colgaba un comedero de pájaros vacíos. Tibor se quedó mirando el balcón; el viento le levantaba el cuello del abrigo.

—Me entiendes, ¿no? —dijo—. ¿Comprendes por qué quiero marcharme?

—Sí —respondió Andras.

—Piensa en lo que te conté en el café. Eso sucedió aquí, en Hungría.

Piensa ahora en lo que estará sucediendo en Alemania y Polonia. No darías crédito a las cosas que he oído. La gente vive hacinada en guetos y muere de hambre. Matan a miles de personas a tiros. Horthy no podrá impedir que eso ocurra aquí también. Y a los aliados no les importan los judíos, o al menos no lo suficiente para tomar cartas en el asunto. Debemos cuidar de nosotros mismos.

—Pero ¿de qué servirá, si morimos en el intento?

—Si consiguiéramos los visados, gozaríamos de cierta protección. Escribe a Shalhevet. Veamos si su organización puede hacer algo.

—Eso requiere tiempo. Podemos tardar meses solo en intercambiar algunas cartas.

—Pues pongamos manos a la obra —dijo Tibor.

OceanofPDF.com

32

La estación de Szentendre

Aquella tarde Andras habló a Klara de la casita de Frangepán köz, y de Klein en su dormitorio rodeado de carpetas de miles de personas que deseaban emigrar. Estaban en el salón, y Klara daba el pecho al bebé, que abría y cerraba la manita con que agarraba los cabellos de su madre.

—¿Qué piensas tú? —preguntó ella con voz queda—. ¿Crees que deberíamos intentar marcharnos?

—Parece una locura, lo sé, pero yo no he visto las cosas que ha visto Tibor.

—¿Y tus padres qué? ¿Y mi madre?

—Lo sé —dijo él—. Solo pensarlo resulta desesperante. Puede que no sea el momento oportuno. Si esperamos, tal vez la situación mejore. De todos modos debería escribir a Shalhevet. Por si acaso puede hacer algo.

—Escríbele si quieres, pero, si pudiera hacer algo, ¿no nos lo habría dicho?

El bebé movió la cabeza y soltó los cabellos de Klara. Ella se lo puso en el otro pecho y se cubrió con la manta de su hijo.

—Escribí a Rosen cuando estaba en el servicio de trabajo —dijo Andras—. Él sabía que entonces no podía irme, aunque hubiera querido.

—Y ahora tenemos un bebé —dijo Klara.

Andras intentó imaginarla amamantando a su hijo en la bodega de un barco del Danubio, oculta bajo una lona. Se preguntó si la gente huía con niños pequeños. ¿Los drogaban con láudano y rezaban para que no lloraran? El bebé apartó la manta del pecho de Klara y ella se cubrió otra vez.

—No hace falta que te tapes —dijo Andras—. Deja que te vea.

—En casa de mi madre tenía la costumbre de taparme. A Elza no le gusta ver cómo le doy el pecho. Le parece poco higiénico. Se escandalizaría si supiera que lo hago en tu presencia.

—Es perfectamente natural. Y míralo. Parece muy feliz.

Los dedos de los pies del bebé se encogían y estiraban. Sacudió un mechón de pelo de Klara con la mano. Miró a su madre a los ojos y pestañeó; pestañeó más lentamente y los párpados se le cerraron. Ahíto de leche, soltó los cabellos de Klara y dejó caer las piernas sobre el brazo de su madre. Sus manos se abrieron como una estrella de mar. Su boca se apartó del pecho.

Klara levantó la cabeza y miró a Andras.

—¿Y si os marcharais vosotros? —preguntó—. Tú y Tibor. Una vez que estéis a salvo lo arregláis todo para que salgamos nosotros. Al menos no tendríais que volver al Munkaszolgálat.

—Ni hablar —dijo él—. Prefiero morir a marcharme sin vosotros.

—Eso es conmovedor, mi amor.

—Me da igual que sea conmovedor. Es lo que siento.

—Toma, coge a tu hijo. Se me ha dormido la pierna. —Levantó al niño y se lo tendió a Andras. Se abrochó los botones de la blusa y, tras ponerse en pie con una mueca de dolor, comenzó a caminar por la habitación—. Escribe a Shalhevet —añadió—. A ver qué dice. Así al menos sabremos si existen otras posibilidades que debamos tener en cuenta. De otro modo no hacemos más que especular.

—No iré a ninguna parte sin vosotros.

—Espero que no —repuso ella—. Pero no es un buen momento para tomar decisiones irreflexivas.

—¿No puedes dejar que conserve la ilusión de que puedo elegir?

—También es peligroso tener ilusiones —contestó ella. Se sentó a su lado en el sofá y apoyó la cabeza en su hombro.

Mientras observaban al niño dormido, Andras sintió de nuevo una punzada de culpabilidad; de hecho, estaba permitiendo que su esposa viviera una ilusión: la de que se hallaba a salvo, la de que el pasado había quedado relegado y no representaba ninguna amenaza, la de que el temor de Klara a poner en peligro a su familia al volver a Hungría había resultado infundado.

La ilusión continuó durante toda la primavera. Tras una reestructuración del Ministerio de Justicia se redujo la presión de los mecanismos de extorsión, y la necesidad de renunciar a la casa de Benczúr utca se pospuso. Andras seguía trabajando de maquetista e ilustrador, y Mendel escribía artículos en la sala de redacción; si al principio parecía surrealista tener como empleo legal lo que unos meses atrás había sido una actividad encubierta y clandestina, esa sensación desapareció pronto con el ritmo y la tensión habitual del trabajo. Tibor también encontró un empleo en cuanto recuperó la salud y las fuerzas. Entró como auxiliar de cirugía en un hospital judío del Erzsébetváros. En marzo recibieron noticias de Elisabet: Paul se había enrolado en la Marina y embarcaría rumbo al Pacífico Sur a finales de abril. Sus padres, en un ataque de remordimiento provocado por el alistamiento de su hijo y por el nacimiento de su primer nieto el verano anterior, se habían ablandado y habían insistido en que Elisabet y el pequeño Alvie fueran a vivir con ellos a Connecticut. Elisabet adjuntaba una fotografía de su familia equipada para montar en trineo, ella con un abrigo oscuro con capucha y Alvie, muy abrigado, en sus brazos, y Paul al lado con las riendas de un largo trineo en las manos. En otra fotografía aparecía Alvie solo, sentado en una silla y rodeado de cojines, con una chaqueta de terciopelo y unos pantalones cortos. La frente alta y redondeada y la expresión irónica de la boca eran de Paul, pero su mirada penetrante y dura solo podía proceder de Elisabet. Esta prometía que el padre de Paul hablaría con sus contactos en el gobierno para ver si podía hacer algo a fin de obtener visados para Andras, Klara y el bebé.

Andras escribió a Shalhevet, cuya respuesta llegó cuatro semanas después. Shalhevet prometía hablar con las personas que conocía en la Oficina de Inmigración. Aunque no podía prever cuánto tiempo llevarían los trámites o

si tendría éxito, creía que podía presentar argumentos convincentes para que concedieran visados a Andras y Tibor. Como Andras debía saber, el principal objetivo del departamento en aquel momento era sacar a los judíos de los territorios ocupados por Alemania. Con todo, los futuros médicos y arquitectos serían de gran valor para la comunidad judía de Palestina. Quizá también podría hacer algo por el amigo de Andras, el periodista político y atleta plusmarquista; él también pertenecía a la clase de jóvenes excepcionales a los que la Oficina de Inmigración deseaba ayudar. Y si Andras y Tibor lograban viajar allí, sus familias debían acompañarlos, por supuesto. ¡Qué lástima que no hubieran emigrado todos juntos antes de la guerra! Rosen añoraba muchísimo París. Shalhevet preguntaba a Andras si sabía algo de Polaner y Ben Yakov. Rosen había hecho indagaciones sin ningún resultado.

Andras se sentó en el borde de la fuente del patio y releyó la carta. No tenía noticias de Polaner y Ben Yakov desde las cartas que había recibido en su primer destino en el Munkaszolgálat. Si Ben Yakov seguía con sus padres en Ruán, estaría viviendo en la Francia ocupada, bajo la bandera nazi. Y Polaner, que se había mostrado tan deseoso de luchar por su país de adopción…, ¿adónde lo habrían mandado tras expulsarlo del ejército francés? ¿Dónde estaría ahora? ¿Cuántas penurias, cuántas humillaciones habría tenido que soportar desde la última vez que lo había visto? ¿Cómo podía averiguar qué había sido de él? Pasó la mano por el agua fría de la fuente, ya sin el hielo del invierno. Bajo la superficie, las formas de los peces se movían como esbeltos fantasmas. El otoño anterior, en el fondo de la fuente había monedas de cinco y diez filler que relucían sobre las baldosas azules. Alguien se las había llevado al romperse el hielo. Ahora nadie lanzaría monedas a una fuente. Nadie podía malgastar diez filler en pedir un deseo.

En la oscuridad de los barracones de Subcarpacia, Transilvania y Bánhida, Andras se había obligado a plantearse la posibilidad de que Polaner estuviera muerto, de que hubiera contraído una infección o lo hubieran matado a palos, de hambre o a tiros; pero jamás se había permitido pensar que nunca llegaría a saber qué le había ocurrido, a saber a ciencia cierta dónde buscarlo, esperarlo o llorar su desaparición. No podía estar de luto sin un muerto. Iba en contra de su naturaleza. Pero desde hacía

veintitrés meses no sabía nada de Polaner… Eli Polaner, el joven de voz suave, oculto en algún lugar de la maraña explosiva y oscura en que se había convertido Europa. No se atrevió a llevar sus pensamientos más allá, donde le aguardaba la imagen de su hermano Mátyás, una forma blanca vislumbrada a través de un velo de cellisca. Mátyás, que seguía perdido. Nada se sabía de su compañía del Munkaszolgálat desde el noviembre anterior. Estaban en abril. En Ucrania el persistente frío apenas habría empezado a ceder. Pronto sería posible enterrar a los muertos del invierno.

Había dejado a Klara con el bebé, y el resto del correo amontonado sobre la mesa. Iría a ver si podía ayudarla en algo; estar sentado en la fuente reflexionando sobre todas las cosas que no sabía solo haría que se sintiera peor. Subió por la escalera y abrió la puerta del piso, atento para oír la vocecita de su hijo. Pero en las habitaciones reinaba el silencio. El hervidor había dejado de borbollar en el fogón. El agua para el baño del bebé estaba fría en la pequeña tina de estaño, a la espera de que se añadiera el agua caliente. La toalla del bebé seguía doblada sobre la mesa de la cocina, con la camiseta y los pantaloncitos al lado.

Andras oyó la voz del bebé, una breve nota doble de queja; el sonido procedía del salón. Cuando entró, encontró a Klara sentada en el sofá con el niño en brazos. En la mesita había una carta abierta. Levantó la cabeza para mirar a Andras.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Qué ha ocurrido?

—Te han vuelto a llamar a filas —respondió ella—. Tienes que reincorporarte al servicio de trabajo.

Andras escrutó la carta, un rectángulo de fino papel blanco con el sello de la KMOF. Debía presentarse en la oficina del Munkaszolgálat en Budapest al cabo de dos días; lo destinarían a un nuevo batallón y una nueva compañía, y tendría que cumplir seis meses de servicio de trabajo.

—No puede ser —dijo.

—¿Qué podemos hacer?

—Todavía tengo la tarjeta del general Martón. Iré a su despacho. Tal vez él pueda ayudarnos.

El bebé se retorció en brazos de Klara y emitió otro gemido de pro testa.

—Pobrecito —dijo ella—. Desnudo como un recién nacido. He olvidado por completo su baño. Debe de estar helado. —Se levantó y fue a la cocina estrechando al niño contra su cuerpo. Vació el hervidor en la bañerita y agitó el agua con la mano.

—Iré mañana por la mañana —anunció Andras—. A ver qué se puede hacer.

—Sí —dijo ella, y metió al niño en la bañera. Lo apoyó en su brazo y le enjabonó los finos cabellos castaños—. Y si no puede ayudarnos escribiré a mi abogado de París. Tal vez haya llegado el momento de vender la casa.

—No —dijo Andras—. No permitiré que lo hagas.

—No dejaré que vuelvas al servicio —aseguró ella. No miró a Andras, pero su voz era grave y decidida—. Ya sabes lo que está pasando ahora. Mandan a los hombres a limpiar campos de minas en el frente. Los matan de hambre.

—Sobreviví dos años en el Munkaszolgálat. Puedo sobrevivir seis meses más.

—La situación era diferente entonces.

—No permitiré que vendas la casa.

—¿Qué me importa a mí la casa? —gritó ella. El bebé la miró sobresaltado.

—Hablaré con Martón —repitió Andras, y le puso una mano en el hombro.

—¿Y Shalhevet? —preguntó Klara—. ¿Qué dice ella?

—Conoce a algunas personas en el Ministerio de Inmigración. Intentará que nos concedan los visados.

El niño dio una patada en el agua y salpicó los cabellos de Klara. Ella dejó escapar una risa triste.

—Quizá deberíamos rezar —dijo, y se tapó los ojos con una mano como si estuviera recitando el shema.

Andras quería creer que alguien observaba con compasión y horror lo que sucedía, alguien que podía cambiar las cosas si así lo deseaba. Quería creer que no todo dependía de los hombres. Pero en el fondo de su corazón sentía la fría certeza de lo contrario. Sí, creía en Dios, pero ahora el mundo era de los hombres. Lo usarían a su modo, vivirían o morirían por sus propios actos. Tocó la mano de Klara y ella abrió los ojos.

El general Martón, por considerable que fuera su poder, no pudo eximir a Andras del servicio de trabajo. Ni siquiera pudo retrasar su incorporación. No obstante, impidió que lo mandaran al frente oriental, e hizo lo mismo por Mendel Horovitz, a quien habían llamado a filas al mismo tiempo. Andras y Mendel fueron destinados a la Compañía 79/6 del Batallón de Servicio de Trabajo que trabajaba en una cochera de ferrocarril tan cercana a Budapest que los hombres que vivían en la ciudad podían dormir en casa en lugar de quedarse en los barracones. Andras se levantaba a las cuatro de la madrugada y tomaba el café en la cocina a oscuras, a la luz de la estufa; se colgaba la mochila al hombro, cogía la fiambrera de hojalata que le había preparado Klara la noche anterior y salía al frío que precedía al amanecer para encontrarse con Mendel. En lugar de presentarse en las oficinas del Diario Judío Magiar, caminaban hasta el río y cruzaban el puente de Széchenyi, donde los leones de piedra descansaban en sus pedestales y gitanas con pañuelos y mantones negros dormían con sus esqueléticos hijos en los brazos. En esa hora azul planeaba sobre la superficie del Danubio una neblina que se elevaba ondulante de las trenzadas corrientes del agua. A veces pasaba una barcaza, cuyo casco plano y bajo atravesaba la bruma, y vislumbraban a la mujer del barquero junto a un brasero centelleante, preparando café.

Al otro lado del río tomaban el tranvía a Óbuda, donde cogían el autobús que llevaba a Szentendre. El autobús avanzaba junto al río, y les gustaba sentarse en el lado del Danubio y observar cómo se deslizaban las barcas hacia el sur. A menudo permanecían en silencio todo el trayecto porque el

tema que ocupaba sus pensamientos no podía hablarse en público. Andras había recibido noticias de Shalhevet: la Oficina de Inmigración había respondido de forma favorable a sus primeras solicitudes y el proceso avanzaba más rápidamente de lo que habían supuesto. Había razones para esperar que tuvieran los documentos en la mano a mediados del verano. Y entonces, ¿qué? No sabía si debía albergar la esperanza de que Klein les ayudara, cuánto costaría el viaje ni cuántos visados conseguiría Shalhevet. Y aunque la primavera ya había llegado con toda su fuerza, seguían sin tener noticias de Mátyás. Las últimas indagaciones de György no habían dado ningún resultado. Parecía imposible pensar en salir de Hungría mientras su hermano estuviera perdido en Ucrania, quizá muerto, quizá prisionero de los soviéticos. No obstante, ahora que había llegado la primavera Mátyás podía aparecer cualquier día. No era descabellado esperar que en tres o seis meses pudieran emigrar todos juntos. Al cabo de un año Andras y sus hermanos tal vez fueran a trabajar a un naranjal de Palestina, tal vez a uno de los kibutz que había descrito Rosen, a Degania o a Ein Harod. O quizá estuvieran luchando en el bando de los británicos; Mendel había oído que se había formado un batallón de soldados con miembros del Yishuv, la comunidad judía de Palestina.

Cuando el autobús llegaba a Szentendre, bajaban con los demás hombres —compañeros que habían subido en Óbuda, Rómaifürdó o Csillaghegy— y caminaban el kilómetro escaso hasta la estación de clasificación. Los primeros camiones llegaban a las siete. Los conductores retiraban las lonas que cubrían las pilas de mantas atadas con cuerdas, las cajas de patatas, los rollos de tiendas de campaña militares, las cajas de munición o lo que fuera que se enviara aquel día. Andras, Mendel y sus compañeros debían trasladar la mercancía de los camiones a los vagones que esperaban en las vías con las puertas bien abiertas a la luz creciente. Cuando terminaban de cargar un vagón, pasaban al siguiente y así sucesivamente. Pero la operación no era tan fácil como parecía. Los vagones, una vez llenos, no se cerraban; se dejaban abiertos y pasaban a una nave donde eran inspeccionados. Al menos eso había dicho el capataz a Andras y Mendel cuando empezaron a trabajar: una vez cargados los vagones, eran inspeccionados por un cuerpo de soldados especialmente formados para ello. Si faltaba algo, los reclutas serían los responsables y serían castigados. Solo cuando se había

completado el recuento de la mercancía, el tren se sellaba y se mandaba al frente.

Los inspectores iban y venían en camiones cubiertos. Los soldados llevaban los camiones directamente a la nave de inspección y los aparcaban al lado del tren. Por el amplio hueco de las puertas rectangulares Andras veía a los soldados moverse rápidamente entre el tren y los camiones. Los inspectores no se molestaban en disimular lo que ocurría; supervisaban la operación con la seguridad que les proporcionaba su posición privilegiada en la cadena de mando. Abrigos, mantas, patatas, latas de judías, armas: todos los días, un diezmo de tales artículos pasaba de los vagones a los camiones. Cuando los soldados habían acabado con un vagón, los inspectores lo sellaban y el tren avanzaba a fin de que los soldados pudieran trabajar en el siguiente. Tenían que proceder con rapidez para que los trenes salieran a su hora; el horario del ferrocarril no contemplaba la desviación de mercancía al mercado negro. Una vez que los soldados habían terminado su tarea, los inspectores declaraban que la carga del tren se había comprobado y firmaban los documentos. Entonces mandaban el tren al frente. Los camiones cubiertos partían, las mercancías sustraídas entraban en el mercado negro y los inspectores se repartían las ganancias. Era un negocio bien organizado y rentable. En la nave, los inspectores fumaban cigarros caros, comparaban sus relojes de bolsillo, todos de oro, y jugaban a las cartas con pilas de pengos. Los guardias también debían de llevarse una parte de los beneficios: a la hora del almuerzo, en lugar de hacer cola ante la tienda del comedor, bebían cerveza y asaban ristras de salchichas de Debrecen, fumaban cigarrillos Mirjam y pagaban a los reclutas para que sacaran brillo a sus botas nuevas.

Andras sabía lo que representaba aquel expolio para los soldados y reclutas del servicio de trabajo que se hallaban en el frente. Faltarían mantas, habría menos patatas en la sopa. No recibirían unas botas nuevas cuando las viejas quedaran inservibles. Los del servicio de trabajo serían los más perjudicados: se verían obligados a firmar pagarés por cientos de pengos para comprar los productos más básicos; más tarde, cuando los guardias y oficiales volvieran a casa de permiso, presentarían los pagarés a las familias de los reclutas y amenazarían con matarlos si las esposas o las madres no les daban el dinero. Pero los reclutas de la estación de clasificación de

Szentendre parecían ver esta práctica como algo normal. ¿Qué podían hacer ellos por impedirlo? Día tras día cargaban los trenes y los soldados los descargaban.

Como para recordarles su indefensión, ahora se obligaba a los reclutas judíos a llevar unos brazaletes distintivos, unos tubos de tela de un feo amarillo canario que se ponían sobre la manga. Klara tuvo que coserlos en las camisas y chaquetas de Andras antes de que se presentara al servicio. Incluso los judíos que se habían convertido al cristianismo hacía tiempo debían llevarlos, aunque en su caso eran blancos. Los brazaletes eran obligatorios en todo momento. Incluso cuando hacía un calor impropio de la época, incluso entonces debían llevar el brazalete en el brazo desnudo. La primera vez que un guardia dijo a Andras que cogiera el brazalete de la camisa que acababa de quitarse, él lo miró con incredulidad.

—Eres tan judío con camisa como sin ella —dijo el hombre, y esperó a que Andras se pusiera el brazalete en el brazo antes de darse la vuelta.

El comandante de Szentendre se llamaba Varsádi. Era un hombre alto y barrigón de las llanuras, de temperamento apacible, al que le gustaba el ocio. Sus principales vicios eran más bien inocentes: la pipa, la petaca y los dulces. Era un fumador empedernido y un borracho feliz. Dejaba la disciplina en manos de sus hombres, que eran menos compasivos, menos proclives a distraerse con una buena lata de tabaco egipcio o un whisky. A Varsádi le gustaba sentarse a la sombra de la oficina, que estaba en un montículo artificial con vistas al río, y observar el trajín de la estación de clasificación mientras charlaba con los comandantes de otras compañías que iban a verlo o disfrutaba de su parte de la mercancía que debería haber llegado al frente. Andras sabía que debía agradecer que el comandante no fuera Barna o Kálozi, pero ver a Varsádi con los pies apoyados en una caja de madera, los brazos cruzados en una actitud de satisfacción y una espiral de humo alzándose de su pipa era para él una forma de tortura.

Al final de la primera semana Andras y Mendel ya estaban hablando del diario que podían publicar en la estación de Szentendre. Se llamaría La Vía Torcida.

— À la mode en Szentendre —había improvisado Mendel una mañana en el autobús, señalando su brazalete—. El color amarillo, siempre popular en primavera, se impone como la última moda.

Andras se había reído y Mendel había sacado su cuadernito y había empezado a escribir. «Los innovadores jóvenes de la 79/6 han apostado fuerte por el ranúnculo —leyó unos minutos después—. ¡Accesorios! Los au courant se pirran por un elegante brazalete de diez centímetros que se lleva en el bíceps, hecho de sarga egipcia y adecuado para cualquier ocasión. Próxima semana: nuestro corresponsal de moda investiga la nueva pasión por la desnudez entre los soldados del frente oriental.»

—No está mal —comentó Andras.

—La estación es un blanco fácil. Me sorprende que no tengan ya un periódico.

—A mí no —dijo Andras—. Los otros hombres parecen medio dormidos.

—Precisamente. Ven a diario cómo esos palurdos del ejército roban el pan a los hombres del frente y les parece lo más normal del mundo.

—Solo porque no son ellos los muertos de hambre.

—Bueno, vamos a despertarlos —afirmó Mendel—. Que se cabreen un poco con lo que está pasando. Primero los haremos reír. Después, poco a poco, colaremos algún que otro artículo sobre la realidad del campamento. En especial cuando no hay bastante comida o falta ropa de abrigo. Quizá podamos animarlos a trabajar más despacio. Si todos cargamos los vagones a paso de tortuga, los soldados no dispondrán de tanto tiempo para descargar. Los trenes tienen que salir a su hora.

—Pero ¿cómo lo hacemos sin jugarnos el pellejo? —preguntó Andras.

—A lo mejor no deberíamos ocultar el diario a Varsádi y a los guardias. Si el revestimiento es lo bastante dulce, no llegarán a notar el sabor de la píldora. Podemos poner a Szentendre por las nubes en comparación con los

otros infiernos donde hemos estado, y ambas partes oirán lo que le interese oír.

Andras estuvo de acuerdo y así fue como empezó. La Vía Torcida sería una publicación más elaborada que los dos diarios anteriores; viviendo en Budapest tenían acceso a una máquina de escribir, una mesa de dibujo y diversos materiales. Los trayectos de ida y vuelta de Szentendre les proporcionarían la ocasión de celebrar dos reuniones editoriales todos los días. Empezarían poco a poco, llenando los primeros números solo con bromas. Habría noticias inventadas, deportes, moda e información meteorológica; así como una sección de arte especial que se completaría con reseñas de acontecimientos culturales. «Esta semana el Ballet Szentendre ha estrenado Vagoneta —escribió Mendel para el primer número—, una magnífica producción coreografiada por Varsádi Varsádius, el enfant terrible de la danza de Budapest. Se apreciaba cierto elemento de repetición que quedaba compensado con la encantadora variedad en edad y físico de los bailarines.» Habría además una sección nueva titulada «Pregúntale a Hitler». El segundo lunes que fueron a trabajar a Szentendre, Mendel presentó a Andras un texto mecanografiado:

QUERIDO HITLER: Por favor, explíquenos sus planes para el avance de la guerra en el este. Con cariño, SOLDADO.

QUERIDO SOLDADO: ¡Me encanta que me haga esta pregunta! Mis planes consisten en construir una gran trituradora en las proximidades de Leningrado, llenarla de jóvenes y bajar la palanca lo antes posible. Con redoblado cariño, HITLER.

QUERIDO HITLER: ¿Cómo se propone combatir a la flota británica en el Mediterráneo? Atentamente, POPEYE.

QUERIDO POPEYE: ¡Antes que nada, soy un gran admirador suyo! Le perdono que sea norteamericano. Espero que nos visite en el Reich cuando este asunto tan feo haya terminado. En segundo lugar, mi plan es el siguiente: despedir a mis almirantes y buscar uno que obedezca las órdenes de un Führer que no ha visto nunca el mar. Con admiración, HITLER.

QUERIDO HITLER: ¿Cuál es su postura con respecto a Hungría? Atentamente, M. HORTHY.

QUERIDO HORTHY: La del misionero, aunque a veces me apetece por detrás, para variar un poco. Besos, HITLER.

—Tal vez deberíamos hablar con Frigyes Eppler —señaló Andras tras leer el texto—. Puede que nos deje imprimirlo en la imprenta del Diario Judío. Es una pena reproducir un texto tan bueno como este con el mimeógrafo.

—Me halagas, Parisi —dijo Mendel—. ¿Crees que aceptará?

—Por preguntar no se pierde nada —contestó Andras—. No creo que nos escatime un poco de tinta y papel.

—Ocúpate de las ilustraciones —propuso Mendel—. Eso nos dará más argumentos.

Andras así lo hizo. Pasó una noche sin dormir sentado a la mesa de dibujo. Creó una elaborada cabecera para el diario: dos vagones vacíos a cada lado del título, escrito en letra gótica. La sección de moda llevaba un dibujo de un joven dandi con el uniforme del Munkaszolgálat y un brazalete que irradiaba luz. Para la crítica de ballet dibujó una fila de obreros, gordos y flacos, jóvenes y viejos, que esforzaban por levantar cajas de munición. Para la sección de Hitler, el mejor enfoque parecía la austeridad y la seriedad; Andras dibujó a lápiz un retrato minucioso del Führer basándose en una fotografía publicada en una edición antigua del Diario de Pest. A las cuatro de la madrugada Klara se despertó para amamantar a Tamás, que todavía no dormía toda la noche seguida. Después de acostarlo otra vez, entró en el salón y apretó su cuerpo contra la espalda de Andras.

—¿Qué haces levantado tan tarde? —preguntó—. ¿No vienes a la cama?

—Casi he terminado. Enseguida voy.

Ella miró lo que Andras había pegado con cinta adhesiva a la superficie inclinada de la mesa.

— La Vía Torcida —leyó—. ¿Qué es eso? ¿Otro periódico?

—El mejor que hemos hecho hasta ahora.

—¡No me lo puedo creer! Después de lo que ocurrió en Transilvania.

—Pues sí —dijo él—. Esto no es Transilvania. Varsádi no es Kálozi.

—Varsádi, Kálozi. Todos son iguales. Esos hombres tienen tu vida en sus manos. ¿No es ya bastante malo que te hayan vuelto a movilizar? ¿«Pregúntale a Hitler»?

—En Szentendre la situación es diferente —afirmó él—. La estructura de mando apenas merece tal nombre. Ni siquiera vamos a publicarlo clandestinamente.

—¿Cómo que no vais a publicarlo clandestinamente? ¿Pensáis ofrecer una suscripción a Varsádi?

—En cuanto imprimamos el primer número.

Klara negó con la cabeza.

—No podéis hacer eso —dijo—. Te lo suplico, Andras. Es demasiado peligroso.

—Conozco los riesgos. Quizá incluso mejor que tú. Este periódico no contendrá solo chistes y juegos, Klara. Queremos que los hombres piensen en lo que está pasando en Szentendre. Desvalijamos a diario a nuestros hermanos en el frente. En mi caso, quizá literalmente.

—¿Y qué te hace pensar que Varsádi no se opondrá?

—Es un sibarita y un viejo tonto. El periódico elogiará su liderazgo. No verá nada más. Solo es leal a su propio placer. Me sorprendería que tuviera alguna idea política.

—¿Y si estás equivocado?

—Entonces dejaremos de publicarlo.

Andras se levantó y la rodeó con los brazos, pero ella se mantuvo tiesa, mirándole a los ojos.

—No quiero ni pensar que pueda ocurrirte algo —dijo Klara.

—Soy marido y padre —afirmó él, al tiempo que recorría con la palma de la mano la cordillera de la columna de Klara—. Desistiría de inmediato si creyera que hay algún peligro.

En aquel momento Tamás empezó a llorar y Klara fue a atenderlo. Andras se quedó levantado hasta el amanecer terminando sus dibujos. Por la mañana Klara estaba más callada que de costumbre, pero no puso más objeciones. Andras pensó que acabaría por entender sus razones, incluso las que no había expresado; las más personales, las que concernían a la diferencia entre sentirse a merced del destino y, en un grado muy reducido, ser dueño de él. Andras y Mendel sabían que aquel sábado por la noche Eppler estaría en las oficinas del Diario Judío realizando las últimas correcciones de la edición del domingo. Después de cenar se presentaron en las oficinas del periódico con sus páginas y plantearon la petición. Querían que Eppler les diera permiso para componer e imprimir cien ejemplares del diario a la semana. Acudirían fuera del horario de trabajo y utilizarían una antigua imprenta manual que el Diario Judío conservaba solo para las emergencias.

—¿Queréis que os regale el papel y la tinta? —preguntó Eppler.

—Considérelo una aportación del Diario Judío Magiar al bienestar de los trabajadores forzados —contestó Mendel.

—¿Y mi bienestar? —preguntó Eppler—. Mi redactor jefe no deja de darme la lata para que economice. ¿Qué dirá cuando empiece a desaparecer el material?

—¡Dígale que sufren la escasez propia de la guerra!

—¡Ya sufrimos la escasez propia de la guerra!

—Hágalo por Parisi —dijo Mendel—. Con el mimeógrafo sus dibujos quedan muy borrosos.

Eppler miró las ilustraciones de Andras con sus gafas con montura de pasta.

—Este Hitler no está nada mal —comentó—. Debería haberte sacado mayor provecho cuando trabajabas para mí.

—Ya lo hará cuando vuelva a trabajar para usted —repuso Andras.

—Si nos deja imprimir La Vía Torcida, Parisi se comprometerá a trabajar para usted cuando termine el Munkaszolgálat —aseguró Mendel.

—Espero que cuando termine con el Munkaszolgálat pueda volver a estudiar.

—Necesitaré dinero para pagarme los estudios —repuso Andras.

Eppler soltó un bufido entrecortado, sacó un gran pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente. Después echó un vistazo al reloj de pared.

—Debo volver al trabajo —dijo—. Podéis imprimir cincuenta ejemplares de vuestro periódico, ni uno más. Los lunes por la noche. Y que no os vea nadie.

—Le besamos la mano, Eppler-úr —dijo Mendel—. Es usted un buen hombre.

—Soy un hombre amargado y desilusionado —afirmó Eppler—, pero me gusta pensar que de una de nuestras imprentas pueda salir alguna verdad acerca de la situación en que nos encontramos.

Cuando Andras y Mendel se presentaron ante el comandante Varsádi con el primer ejemplar de La Vía Torcida, se sintieron complacidos al ver que reía con tantas ganas que tuvo que sacar el pañuelo del bolsillo para secarse los ojos. Los alabó por tomarse su situación con humor y opinó que los demás hombres podían aprender de su actitud. Un estado de ánimo adecuado, aseguró señalándolos con la punta encendida de su cigarro para recalcar sus palabras, lograba aligerar cualquier carga. Aquella noche Andras informó a

Klara de que les habían concedido el permiso para publicar La Vía Torcida, y ella le dio su bendición a regañadientes. Al día siguiente Mendel y él distribuyeron cincuenta ejemplares del primer número, que se difundió tan rápidamente y se consumió con el mismo entusiasmo que los primeros números de El Ganso Azul y La Mosca Cargante. Al cabo de poco tiempo Varsádi empezó a leer el periódico en voz alta a los oficiales del Munkaszolgálat que iban a almorzar con él de vez en cuando a la estación de Szentendre; las risas llegaban hasta Andras y Mendel desde el montículo artificial donde se regalaban con sus largos almuerzos.

En Szentendre todos querían aparecer en el periódico, incluso los capataces y los guardias que parecían tan severos en comparación con Varsádi. El capataz del batallón de Andras y Mendel, llamado Faragó, un hombre voluble que silbaba melodías norteamericanas pero tenía la costumbre de dar patadas a sus hombres por la espalda cuando perdía los nervios, empezó a guiñarles el ojo mientras trabajaban, como si fueran sus camaradas. Para tenerlo contento y evitar sus patadas, escribieron un artículo titulado «Pájaro cantor de Szentendre», una crítica musical en la que elogiaban su habilidad para reproducir cualquier canción de Broadway en notas fusas. La tercera semana en el campamento les proporcionó otro tema: llegó una intrigante remesa de ropa interior femenina. Hasta que los hombres hubieron cargado la mitad en un tren, a nadie se le ocurrió preguntarse para qué necesitaban los soldados del frente unos ciento cuarenta sujetadores reforzados de fabricación alemana. Los inspectores, deslumbrados al pensar en la demanda de tales artículos en el mercado negro, se apropiaron de tres batallones de reclutas para sacar los sujetadores alemanes del tren y trasladarlos a los camiones cubiertos. A mediodía, la pausa para comer se convirtió en un pase de modelos en el que se mostraron las últimas prendas de ropa enviadas por el Reich. Tanto reclutas como guardias desfilaron con los sujetadores de copa rígida, parándose ante Andras para que pudiera dibujar su retrato. Aunque pasaron el resto de la tarde realizando un trabajo más duro —llegaron media docena de camiones cargados de munición pequeña que había que trasladar a los trenes—, Andras apenas sentía el dolor de espalda ni las astillas de las cajas que se le clavaban en las manos. Estaba pensando en los dibujos de moda que podía hacer —«¡Lo más chic de Berlín en Budapest!»— y calculando cuánto tardarían Mendel y él en dar al periódico la orientación que deseaban. Los cargamentos de la semana

siguiente les ofrecieron el material ideal. Durante tres días los camiones que llegaron solo contenían suministros médicos, como si hubiera que restañar una gran hemorragia en el este. Mientras los soldados cargaban cajas de morfina y material de sutura en los camiones del mercado negro, Andras recordó las cartas que Tibor le había enviado desde su último destino —«No tengo férulas ni material para enyesar, y tampoco antibióticos, por supuesto»— y pensó en crear una nueva sección. Se llamaría «Quejas desde el frente», y recogería cartas de reclutas del Munkaszolgálat en diversos estadios de enfermedad, hambre y frío, a los que un representante de la KMOF contestaría recomendándoles que tuvieran más aguante y aceptaran las penurias de la guerra: ¿qué se habían creído esos maricas quejicas? Debían comportarse como hombres, maldita sea, y recordar que su sufrimiento servía a la causa magiar. Andras planteó la idea a Mendel aquella noche en el autobús, y la semana siguiente montaron la sección, en un recuadro de la última página.

A finales de mes se había producido un cambio casi imperceptible entre las filas de la 79/6. Algunos hombres parecían prestar mayor atención a lo que ocurría a diario en la nave de inspección. En pequeños corrillos observaban cómo los soldados se apresuraban a descargar cajas de comida y ropa con el emblema de la KMOF. Seguían el movimiento de las cajas desde el tren a los camiones cubiertos; después observaban cómo salían los camiones por las puertas de la estación de clasificación. Andras y Mendel, que se habían ganado cierto respeto como editores de La Vía Torcida, empezaron a acercarse a los grupos para hablar con los hombres. En voz baja les comentaban el poco tiempo de que disponían los soldados para trasladar la mercancía; unos pequeños cambios por parte de los reclutas podían retrasar la operación lo suficiente para que llegaran algunas vendas más y algunas cajas con abrigos para los hombres del frente.

A la semana siguiente, casi sin darse cuenta, los hombres de la 79/6 habían empezado a cargar las cajas en los vagones a paso de tortuga. El cambio fue tan paulatino y sutil que los capataces no lo advirtieron. Pero Andras y Mendel sí lo vieron. Observaban a sus compañeros con una sensación de triunfo callado y comparaban sus impresiones entre susurros durante el trayecto en autobús. Todo indicaba que el pequeño cambio que deseaban se había producido. Sus conversaciones con los demás lo confirmaron.

Evidentemente era imposible saber si el cambio afectaría de algún modo a los hombres que se hallaban en el frente, pero al menos era algo: un modesto acto de protesta, una única unidad de remolones en la vasta maquinaria del servicio de trabajo. A la semana siguiente, cuando informaron a Frigyes Eppler en la redacción del Diario Judío, este les dio una palmadita en el hombro, les ofreció unas copitas de whisky de centeno y se atribuyó todo el mérito.

Los domingos no se trabajaba en la estación de Szentendre y Andras y Klara iban a almorzar a la casa de Benczúr utca, de la que ya había desaparecido prácticamente todo menos el mobiliario más básico. Mientras comían en el jardín, sentados a una larga mesa con un mantel blanco, Andras tenía la sensación de que había entrado en una vida completamente diferente. No entendía cómo era posible que hubiera pasado el sábado metiendo sacos de harina y cajas de armas en vagones, y el domingo estuviera bebiendo vino dulce de tokay y comiendo filetes de lucio con salsa de limón. A veces József Hász aparecía en aquellos almuerzos familiares, a menudo con su novia, una muchacha larguirucha, hija de un magnate inmobiliario. Se llamaba Zsófia. Eran amigos de la infancia; habían jugado juntos en el lago Balatón cuando sus familias poseían casas de veraneo en aquella zona. Se sentaban en un banco en un rincón del jardín y fumaban mientras charlaban con las cabezas muy juntas. György Hász detestaba el tabaco. Habría mandado a József a fumar a la calle de no haber estado su novia allí. Así que fingía que no les veía cuando sacaban un cigarrillo. Era uno de los muchos fingimientos que complicaban las tardes que pasaban en Benczúr utca. A veces era difícil fingir tanto y por tantos motivos. Había que hacer como que Andras no había pasado la semana cargando vagones en Szentendre mientras József pintaba en su taller de Buda; como que el largo exilio de Klara en Francia no había tenido lugar; como que ahora se hallaba a salvo y que la razón de la desaparición gradual pero constante de las pinturas, alfombras y objetos de decoración de la familia, de las joyas de la señora Hász joven y de todos los criados salvo los imprescindibles, del coche y el chófer, del piano y su taburete dorado, de los valiosos libros antiguos y muebles taraceados, no era evitar que Klara cayera en manos de las autoridades, sino evitar que mandaran a József al Munkaszolgálat.

Testimonio del egocentrismo de József era el hecho de que se consideraba merecedor de los sacrificios de la familia. Sus lujos no habían disminuido. En su luminoso piso de Buda vivía entre objetos recogidos de la casa familiar: alfombras y muebles antiguos que se había llevado antes de que empezara la lenta pero constante sangría. Andras había visto el piso en una ocasión, pocos meses después de que naciera su hijo, cuando fueron una noche a visitarlo. József les había ofrecido una cena encargada en Gundel, el famoso y antiguo restaurante del parque de la ciudad. Había tenido al bebé en el regazo mientras Andras y Klara comían gallinetas asadas, ensalada de espárragos blancos y galette de champiñones. Alabó la forma de la cabeza y las manos de su primito y aseguró que se parecía muchísimo a su madre. La actitud de József hacia Andras era despreocupada e informal, aunque no había perdido del todo la punta de resentimiento que había nacido cuando Andras anunció su relación con Klara. József solía recurrir al sentido del humor para disimular su malestar con sus amistades; Andras era ahora el tío Andras siempre que József encontraba la ocasión de pronunciar su nombre. Después de la cena llevó a Andras y Klara a la sala orientada al norte que utilizaba como estudio, llena de lienzos apoyados contra las paredes. Explicó que hacía poco había vendido cuatro cuadros; gracias a un conocido de la familia había empezado a trabajar con Móric Papp, el marchante de Váci utca que proporcionaba obras de arte contemporáneo a la élite húngara. Andras observó con cierto disgusto que la obra de József había mejorado considerablemente desde que estudiaba en París. Sus collages —redes de color oscuro sobre fondos de fina grava negra molida, trocitos de señales de tráfico viejas y fragmentos de vías férreas— podían considerarse buenos, incluso cabía pensar que reflejaban la incertidumbre y el terror en que estaba sumida Europa. Cuando Andras alabó su obra, József reaccionó como si aceptara lo que se le debía. Para Andras representó un verdadero esfuerzo mostrarse amable durante toda la velada.

Las tardes de domingo en Benczúr utca, cuando József y Zsófia se unían al grupo de la mesa, normalmente el joven solo hablaba de lo aburrido que era el verano en Budapest, de cuánto mejor habría sido estar en el lago Balatón y de lo que estarían haciendo en ese preciso momento si se encontraran allí. Él y Zsófia rememoraban anécdotas de la infancia —la vez en que el hermano de la muchacha los llevó a navegar lago adentro con un bote que

hacía agua; el día que enfermaron por comer melones verdes; la vez en que József intentó montar el poni de Zsófia y el animal lo lanzó a una zarza—, y Zsófia se reía. La anciana señora Hász sonreía y asentía con la cabeza al recordar las historias, y György y su mujer se miraban, porque al fin y al cabo gracias a la casa de veraneo József se había librado del servicio de trabajo.

Un domingo de primeros de junio, encontraron vacío el banco donde József solía sentarse. Para Andras, la perspectiva de pasar la tarde sin él fue un alivio. Tibor e Ilana habían llegado hacía un rato; Ilana jugaba en el césped con el pequeño Ádám mientras Tibor, sentado a su lado en una tumbona de mimbre, arreglaba el ala torcida del sombrero de su esposa. Andras se acomodó en una silla junto a su hermano. Hacía un calor sofocante y no había ni una nube en el cielo, como en los últimos días; la hierba estaba mustia por la falta de lluvia. La semana en Szentendre había sido especialmente pesada, soportable solo porque Andras sabía que el domingo estaría sentado en un jardín a la sombra, bebiendo soda endulzada con jarabe de frambuesa. Klara se sentó en el césped al lado de Ilana, con Tamás en el regazo. Los bebés se miraron entre sí de la manera habitual, como si les sorprendiera descubrir que había otro niño en el mundo. La señora Hász salió de la casa con una botella de agua de seltz, una jarrita con jarabe de color rubí y media docena de vasos. Andras suspiró y cerró los ojos, esperando a que apareciera un vaso de refresco de frambuesa en la mesita baja que tenía al lado.

—¿Dónde está hoy su hijo? —preguntó Tibor a Elza Hász.

—En el estudio con su padre.

Andras notó cierta tensión en su voz y salió de su sopor para observarla atentamente mientras servía vasos de refresco a todos. En los últimos cinco años había envejecido. Su cabello moreno, que seguía llevando corto, como dictaba la moda, estaba salpicado de canas; las patas de gallo se habían vuelto más profundas. Había adelgazado, ya fuera a causa de la angustia o porque no comía lo suficiente. Andras se preguntó con nerviosismo de qué estarían hablando György y József en el estudio. Oía sus voces a través de la ventana abierta: la de György, grave y seria; la de József, más aguda e indignada. Unos minutos después József salió en tromba por la puerta de

cristal y caminó por el empedrado del patio en dirección al césped, donde su madre estaba sentada en una silla baja de jardín. Cuando estuvo a su lado, la miró con tal furia que ella se puso de pie al instante.

—Dime que no estás de acuerdo —exigió.

—No hablemos de eso ahora —pidió Elza Hász poniéndole una mano en el brazo.

—¿Por qué no? Estamos todos aquí.

Elza Hász lanzó una mirada de pánico a su marido, que acababa de salir al patio y caminaba presuroso hacia el césped.

—¡György! —exclamó—. Dile que no es momento de hablar de esto.

—József, deja el tema —ordenó su padre al llegar a su lado.

—No permitiré que vendas la casa. Esta es mi casa. Un día será de mi propiedad. Quiero vivir aquí con mi esposa en el futuro.

—¿Vender la casa? —preguntó Klara.

—Cuéntaselo, padre —dijo József.

György Hász miró a su hijo con su expresión más fría y severa.

—Entra —ordenó.

—No. —Era la anciana señora Hász quien había hablado, con las manos firmes en los reposabrazos de la butaca de mimbre—. Klara merece saber lo que ocurre. Es hora de que se lo digamos.

Klara miró a József, luego a su madre y por último a György intentando entender qué sucedía.

—La casa es tuya, György —dijo—. Si estás pensando en venderla, seguro que tienes una buena razón. Pero ¿es cierto? ¿La vas a vender?

—No debes preocuparte, Klara —respondió György—. Todavía no hay nada seguro. Si quieres, hablaremos después de comer.

—No —repitió la anciana señora Hász—. Debemos hablar ahora.

Klara debe participar en la decisión.

—No hay nada que decidir —intervino la más joven—. No tenemos elección. No hay nada de que hablar.

—Es culpa de Lévi —afirmó József volviéndose hacia Andras—. De no haber sido por él, nada de esto habría ocurrido. Fue él quien la convenció de que regresara a Hungría.

Andras vio que Klara lo miraba con gesto inquisitivo, y József con expresion furiosa. El corazón le latía desbocado en el pecho. Se puso en pie y se acercó a József.

—Haz caso a tu padre —dijo—. Entra en casa.

La boca de József se torció en una mueca de desprecio.

—No me digas lo que tengo que hacer, tío.

Tibor, que se había colocado junto a Andras, fulminó a József con la mirada.

—Vigila ese tono —dijo.

—¿No puedo llamarle tío? —preguntó József—. Pero si es lo que es.

Se casó con mi tía. —Y escupió a los pies de Andras.

Si Klara no lo hubiera cogido del brazo en aquel momento, Andras tal vez habría pegado a József. Se meció sobre los talones, con los puños apretados. Odiaba a József Hász. Hasta entonces no se había dado cuenta. Odiaba todo lo que era, todo cuanto representaba. Tenía la impresión de que la frágil estructura de su vida perdía el centro, empezaba a escurrirse. Era József

quien lo había provocado. Andras deseaba arrancarle el cabello, desgarrarle la elegante camisa de algodón.

—Sentaos los dos —ordenó la anciana señora Hász—. Hace mucho calor. Estáis demasiado alterados.

—¿Quién está demasiado alterado? —gritó József—. Estamos hablando de la pérdida de la casa de mi familia, ni más ni menos. Mi madre tiene razón: no hay nada que decidir. Ya está todo hecho y nadie me ha consultado. Me habéis tenido en la ignorancia. Peor aún, me habéis hecho creer que era por mí por lo que teníamos que desprendernos de los muebles, los cuadros, el coche y ¡quién sabe cuánto dinero! Y durante todo este tiempo hemos estado pagando los errores de ella y los de su marido.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Klara—. ¿Qué tiene esto que ver con Andras y conmigo?

—Él te trajo aquí. Tú volviste. Las autoridades están enteradas desde hace casi tres años. ¿Creías que podrías esconderte para siempre tras un nombre francés y el apellido de casada? ¿No sabías que estabas poniendo en peligro a la familia?

—Dime de qué está hablando, György —dijo Klara mirando a su hermano.

Con el bebé apoyado en la cadera, se acercó a Andras.

Era imposible evitar las explicaciones. Lo más breve y claramente que pudo, György expuso la situación. Le contó que madame Novak había revelado la identidad de Klara. Le informó de cómo y cuándo ciertas personas se habían dirigido a él, y cómo habían llegado a un acuerdo; le dijo que había confiado en que las autoridades satisficieran su codicia, o se cansaran del asunto, antes de tener que renunciar a la casa, pero que habían persistido y por ello la familia se veía ahora en un aprieto.

Klara palideció mientras su hermano hablaba. Se tapó la boca con la mano y apartó la vista de György para mirar a su marido.

—Andras —dijo, cuando György terminó—, ¿desde cuándo lo sabes?

—Desde el pasado otoño —contestó él, obligándose a mirarla.

Ella dio un paso atrás y se sentó en una silla de mimbre.

—Dios santo. Lo sabías y no me lo dijiste. Todo este tiempo.

—Andras quería decírtelo —terció György—. Le hice prometer que guardaría silencio. No me pareció prudente preocuparte, en tu estado.

—¿Y tú lo aceptaste? —preguntó Klara a Andras—. ¿Creíste que sería más prudente no preocuparme, en mi estado?

—Discutimos —explicó György—. Él opinaba que era mejor que lo supieras. Nuestra madre también ha creído siempre que deberías saberlo, pero Elza y yo no estábamos de acuerdo.

Klara se había echado a llorar de pura frustración. Se puso en pie y empezó a caminar por el césped con el bebé en brazos.

—Esto es un desastre —dijo—. Podría haber hecho algo. Podríamos haber encontrado una solución. ¡Pero nadie me dijo nada! ¡Ni una palabra! Ni siquiera mi marido. ¡Ni siquiera mi madre!

Se volvió y se dirigió hacia la casa, y Andras la siguió; antes de que pudiera alcanzarla, ella cogió su chaqueta de algodón y salió a la calle con Tamás. Andras abrió la puerta y la siguió. Klara se alejaba casi corriendo por Benczúr en dirección a Bajza utca; su chaqueta de color melón ondeaba tras ella como una bandera. El cabello oscuro del bebé brillaba a la luz de la tarde, y su manita apoyada en la espalda de su madre tenía la misma forma y el mismo tamaño que el pasador de estrella de mar que ella llevaba en el sur de Francia. Andras la perseguía ahora como la había perseguido entonces. La perseguiría a través de todo el continente si era necesario. Pero el tráfico de la esquina de Bajza utca y Városliget fasor la obligó a detenerse; Klara se quedó mirando los coches, negándose a reconocer la presencia de Andras, que por fin la había alcanzado. Recogió la chaqueta de su esposa, que le había resbalado de los hombros y arrastraba una manga por la acera. Cuando se la echó por la espalda, notó que temblaba de rabia.

—¿Es que no lo entiendes? —exclamó—. György tenía razón. No queríamos que ni tú ni el bebé corrierais ningún peligro.

El semáforo cambió. Klara cruzó la calle y caminó hacia Nefelejcs utca con el mismo paso rápido. Él la siguió a poca distancia.

—Temía que intentaras huir —añadió—. Yo debía volver al servicio de trabajo. No podía acompañarte.

—Déjame en paz —espetó ella—. No quiero hablar contigo.

Andras acomodó el paso al suyo y caminaron presurosos hacia su casa.

—Respeto a György —dijo—. Se confió a mí. No podía traicionarle.

—No quiero oírte.

—Tienes que escucharme, Klara. No puedes irte sin más.

Ella se volvió a mirarlo. El bebé gimoteó sobre su hombro.

—Has permitido que mi familia se arruine por mi culpa. Tomaste la decisión por mí.

—Fue György quien tomó la decisión —repuso Andras—. Y deberías elegir mejor las palabras. György no está en la ruina. Si tiene que mudarse a un piso de ocho habitaciones en una planta baja de Erzsébetváros, sobrevivirá.

—Es mi casa —afirmó ella, y rompió a llorar otra vez—. Es la casa de mi infancia.

—Yo también perdí la mía, por si no te acuerdas —dijo Andras.

Klara se volvió y caminó hacia el edificio. Una vez en la entrada, buscó la llave en el bolsillo. Andras sacó la suya y abrió la puerta. Oyeron el rumor de la fuente y el sonido de los niños jugando a la rayuela. Klara cruzó el patio corriendo y empezó a subir por la escalera; los niños dejaron de jugar, con los trozos de maceta en la mano. Los rápidos pasos de Klara resonaron en la escalera, ascendiendo en espiral. Cuando Andras llegó arriba, ella ya

había entrado en el piso. La puerta estaba abierta, el aire del vestíbulo vibraba con el silencio. Klara se había encerrado en el dormitorio. El bebé estaba llorando, y Andras oyó cómo intentaba calmarlo: hablando a Tamás, preguntándose en voz alta si tenía hambre o estaba mojado, paseándolo por la habitación. Andras fue a la cocina y apoyó la cabeza contra el frío costado de la nevera. Su instinto le había dicho que le contara la verdad enseguida. ¿Por qué no lo había hecho?

Se sentó y esperó a que Klara saliera, mientras las sombras de los muebles se alargaban en el suelo de la cocina y trepaban por la pared oriental. Preparó café y se lo bebió. Intentó leer un periódico, pero no podía concentrarse. Esperó, con las manos cruzadas en el regazo, y cuando se cansó de esperar fue por el pasillo hasta la puerta del dormitorio. Puso una mano en el pomo. Notó que giraba entre sus dedos, sin que él hiciera fuerza, y de pronto apareció Klara. El bebé dormía en la cama, con los brazos estirados por encima de la cabeza, como en señal de rendición. Klara tenía los ojos enrojecidos, el cabello suelto sobre los hombros. Tenía el mismo aspecto que Elisabet cuando Andras había ido a verla para convencerla de que saliera de su habitación de la rue de Sévigné. Se apretaba un hombro con la mano, como si le doliera. Sus pasos habían sonado sobre el suelo del dormitorio durante horas; todo ese tiempo debía de haber paseado al bebé.

—Ven a sentarte conmigo —dijo Andras, y la tomó de la mano.

La condujo al sofá del salón y se sentó a su lado sin soltarle la mano.

—Lo siento —se disculpó—. Debería habértelo dicho.

Ella le miró la mano, cerrada sobre la suya, y se cubrió los ojos con la otra.

—Quise creer que había terminado —dijo—. Vinimos aquí e iniciamos una vida diferente. Dejé de tener miedo. O al menos no temía las cosas que había temido cuando me marché de aquí.

—Era lo que yo quería —afirmó Andras—. No quería que tuvieras miedo.

—Deberías haber confiado en que haría lo que debía —le reprochó ella—. No habría puesto en peligro a nuestro hijo. No habría intentado salir del

país mientras tú estabas en el Munkaszolgálat.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Qué vas a hacer ahora?

—Nos marcharemos —respondió Klara—. Nos marcharemos antes de que György pierda lo que le queda. Aunque no pueda conservar la casa, todavía no está en la indigencia; queda mucho que aún puede salvarse. Iremos a hablar con ese tal Klein, tú y yo, y le pediremos que organice todo lo necesario. Trataremos de llegar a Palestina. Desde allí será más fácil ir a Estados Unidos.

—¿Vas a renunciar a la casa de París?

—Por supuesto —contestó ella—. Piensa en todo lo que ha perdido mi hermano.

—Pero ¿cómo vamos a impedir que sigan importunándole para que pague? Si tú huyes, ¿no irán tras él para averiguar tu paradero?

—Vendrá con nosotros. Debe vender todo lo que le queda y salir del país cuanto antes.

—¿Y tu madre? ¿Y mis padres? ¿Y Mátyás? No podemos marcharnos sin saber qué ha sido de él. Ya hemos hablado de esto, Klara. No podemos irnos.

—Nos llevaremos a nuestros padres. Pediremos un pasaje para Mátyás, si regresa a tiempo.

—¿Y si no?

—Entonces hablaremos con Klein para que lo haga salir cuando regrese.

—Escúchame. Cientos de personas han muerto intentando llegar a Palestina.

—Lo comprendo, pero debemos intentarlo. Si nos quedamos, dejarán a mi familia sin nada. Y tal vez llegue un momento en que no se conformen con el dinero.

Andras permaneció largo rato en silencio.

—Ya sabes lo que piensa Tibor de esto —dijo—. Por él nos habríamos marchado hace mucho tiempo.

—¿Y qué piensas tú?

—No lo sé.

El pecho de Klara subía y bajaba bajo la tela de la blusa.

—Tienes que comprenderlo —dijo—. No puedo quedarme y permitir que hagan esto a mi familia, a nosotros. No pude entonces y no puedo ahora.

Andras lo comprendía. Ya había supuesto que reaccionaría así: era su forma de ser. Por eso no se lo había contado György. Tendrían que marcharse de Hungría. Venderían la casa de París; irían a ver a Klein y le suplicarían que organizara un último viaje. Esa misma noche empezarían a hacer planes. Pero por el momento no había nada más que decir. Le tomó otra vez la mano y Klara le miró a los ojos, y Andras supo que entendía por qué le había ocultado la verdad tantos meses.

OceanofPDF.com

33

Pasaje al este

Durante las semanas siguientes Andras intentó no pensar en el *Struma*, en los pasajeros engañados que se habían encontrado a bordo de una ruina de barco, sin provisiones suficientes y mal equipados para el viaje. Intentó no pensar en la perspectiva de su travesía por el Danubio, el miedo constante a ser descubiertos, el sufrimiento de su esposa e hijo por la falta de comida y agua; intentó no pensar en que tendría que dejar a su hermano y sus padres en Europa. Intentó pensar solo en la necesidad de salir del país y en los medios para organizar el viaje. Envió un telegrama a Rosen para explicarle el cambio de situación, la urgencia que se había presentado. Dos semanas después llegó la respuesta de Rosen por correo aéreo, con la noticia de que Shalhevet había conseguido seis visados de urgencia, ¡seis!, suficientes para Andras y Klara, Tibor e Ilana, y los dos niños. Una vez que hubieran llegado a Palestina, decía, sería más fácil obtener visados para los demás: para Mendel Horovitz, que sería tan valioso en el Yishuv, y para György y Elza, los padres de Andras y el resto de la familia. No había tiempo para celebrarlo, tenían demasiadas cosas que hacer. Klara debía escribir a su abogado de París para que se vendiera la casa lo antes posible. Andras tenía que escribir a sus padres para explicarles lo que estaba pasando y por qué. Y tenían que ir a ver a Klein.

Fue Klara quien propuso que fueran todos juntos, los seis. Creía que Klein se mostraría más dispuesto a ayudar si conocía a las personas a las que iba a salvar. Decidieron ir un domingo por la tarde; se pusieron ropa formal y llevaron a los niños en sus cochecitos. Klara e Ilana caminaban delante, con los sombreros de verano casi tocándose, como campanillas. Andras y Tibor las seguían. Parecían una familia húngara cualquiera que había salido a dar un paseo dominical. Nadie habría adivinado que en el grupo faltaba una persona, un hermano que estaba perdido en Ucrania, ni que se proponían organizar un viaje ilegal para salir de Europa. Klara llevaba en su cuaderno un telegrama en el que su abogado declaraba que la propiedad de la rue de Sévigné se había valorado en noventa mil francos, y que la transferencia del dinero de la venta, aunque no sería sencilla, se realizaría a través de sus

contactos en Viena, que a su vez tenían contactos en Budapest. No se haría nada a nombre de Klara; ya se había efectuado la transmisión oficial de la propiedad de la casa al abogado, que no era judío, ya que en la Francia ocupada era ilegal que los judíos poseyeran bienes inmobiliarios. Por supuesto, habría que realizar ciertos pagos durante la operación, pero si todo salía bien quedarían unos setenta mil francos. Viendo a Klara caminar aquella tarde de domingo por Váci út —su elegante espalda erguida, los rasgos serenos bajo la sombra azul del sombrero—, nadie habría intuido lo desgraciada que se había sentido dos noches antes al redactar un telegrama dirigido a su abogado para indicarle que rea lizara la venta. Durante mucho tiempo ella y Andras habían imaginado que algún día podrían volver atrás y recuperar su vida en París. El piso y el estudio eran cosas reales que todavía le pertenecían, cosas que marcaban su territorio en la ciudad donde había vivido diecisiete años. La propiedad había hecho que lo imposible pareciera posible; les había hecho creer que todo podía cambiar, que algún día podrían regresar allí. La decisión de vender la casa llevaba consigo una sensación de irreversibilidad. Abandonaban aquella esperanza para pagar un viaje desesperado que podía fracasar, a un lugar que les era totalmente desconocido, un territorio desierto y sitiado, gobernado por los británicos. Pero habían tomado una decisión. Lo intentarían. Así pues, Klara había escrito a su abogado para indicarle que enviara el dinero de la venta a sus agentes de Viena y Budapest.

En la casa de Frangepán köz, donde el tiempo se había detenido e incluso la luz del sol que se filtraba por las altas nubes parecía antigua, las cabras lecheras balaban en el patio y mordisqueaban el heno de un almiar. Tamás, con sus siete meses, las observó fascinado. Miró a Klara como si quisiera preguntarle si debía alarmarse. Cuando vio que su madre sonreía, se volvió de nuevo hacia las cabras y las señaló con un dedo.

—Nuestros hijos son niños de ciudad —comentó Tibor—. A su edad yo había visto miles de cabras.

—Tal vez no sean niños de ciudad durante mucho tiempo —dijo Klara.

Se alejaron de las cabras y enfilaron el camino de piedra en dirección a la casa. Tibor llamó; abrió la puerta la abuela de Klein, con el cabello blanco oculto bajo un pañuelo y un delantal bordado en rojo sobre el vestido. De la

cocina llegaba el olor a col rellena. Andras, agotado por el trabajo de la semana, sintió un hambre repentina y feroz. La abuela de Klein los hizo pasar a la luminosa salita, donde el anciano señor Klein, sentado en un sillón, se refrescaba los pies en una palangana. Llevaba la misma bata roja descolorida que el día que Andras y Tibor los habían visitado y los cabellos levantados como alas en los costados, como si su cabeza quisiera emprender el vuelo. Una neblina de vapor con olor a té le envolvía las piernas. Los saludó con la mano.

—A mi marido le fastidian los juanetes —explicó la mujer—. Por eso no se levanta para saludarlos.

—Bienvenidos —dijo el anciano, e hizo una pequeña reverencia —. Siéntense, por favor.

La señora Klein se alejó por el pasillo forrado de retratos para avisar a su nieto. Los recién llegados no se sentaron, a pesar de la invitación del anciano Klein; esperaron muy juntos, mirando los muebles antiguos y las numerosas fotografías. Andras advirtió que Klara recorría con la vista las imágenes de la pequeña familia, y de nuevo le embargó la sensación de que en la casa habitaba el fantasma de una pérdida muy antigua. Klara también debió de percibirlo; estrechó más a Tamás y le pasó el pulgar por la boca, como para limpiarle un velo invisible de leche.

Klein apareció en el pasillo detrás de su abuela, que entró en la cocina; él continuó hasta la sala, donde pestañeó, deslumbrado por la luz del mediodía. Andras se preguntó cuánto tiempo haría que no salía de su guarida llena de carpetas, mapas y radios. Tenía ojeras y el cabello tieso por falta de un lavado. Llevaba una camiseta de algodón y unos pantalones manchados de tinta. Iba descalzo. Necesitaba un afeitado. El joven miró al grupo y negó con la cabeza.

—No —dijo—. No, he dicho que no. Ni hablar.

—Les prepararé un té mientras hablan —dijo la abuela de Klein desde la cocina.

—No queremos té —gritó el muchacho—. No vamos a hablar. Ya se marchan. ¿Lo han entendido?

Se oyó el ruido de un armario que se abría y se cerraba, y agua que caía en un recipiente metálico.

Klein levantó las manos hacia el techo.

—Compórtate —dijo el anciano Klein a su nieto—. Vienen de muy lejos.

—Lo que me piden es imposible —aseguró Klein dirigiéndose a Andras y a Tibor—. Imposible e ilegal. Pueden acabar todos en la cárcel, o muertos.

—Lo hemos tenido en cuenta —repuso Klara con un tono que exigía que el joven la mirara—. Aun así, queremos marcharnos.

—¡Imposible! —repitió él.

—Pero tú te dedicas a esto —dijo Andras—. Lo has hecho otras veces. Podemos pagarte. Tenemos el dinero, o lo tendremos pronto.

—Baje la voz —le pidió Klein—. Las ventanas están abiertas. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Andras bajó la voz.

—Nuestra situación se ha vuelto apremiante —dijo.

Klein se sentó en el sofá y apoyó la cabeza en las manos.

—Busquen a otro para que les ayude —dijo.

—¿Por qué van a buscar a otro? —intervino su abuelo—. Eres el mejor.

Klein emitió un sonido que resumía su frustración. La abuela, una vez terminados los preparativos en la cocina, entró en la sala empujando un carrito con el té, lo dejó junto al sofá y empezó a llenar unas tazas de porcelana de Herend que parecían antiguas.

—Si tú no les ayudas, intentarán convencer a otro —afirmó la mujer con un tono de leve reproche. Ladeó la cabeza y dejó de servir el té un momento para mirar a Klara, como si el futuro estuviera escrito en los topos de su vestido—. Acudirán a Pál Behrenbohm y él los rechazará. Acudirán a Szászon. Acudirán a Blum. Y si eso falla, acudirán a János Speitzer. Y ya sabes lo que ocurrirá entonces.

Repartió las tazas, ofreciendo azúcar y leche, y por último se sirvió una taza para ella.

Klein miró a su abuela, luego a Andras y a Klara, a Tibor y a Ilana, a los bebés. Se secó la palma de las manos en la camiseta. Era un hombre solo contra todos. Levantó las manos en un gesto de derrota.

—Es su funeral —dijo.

—Siéntense y tomen el té, por favor —indicó la abuela de Klein—. Y no es necesario que uses un lenguaje tan morboso, Miklós.

Se sentaron todos alrededor de la mesa y bebieron el té humeante y extraño que había preparado la abuela. Sabía a madera quemada, y a Andras le recordó el otoño. Hablaron en voz baja de los detalles: Klein dispondría el transporte por el Danubio con un amigo que tenía una barcaza; las familias viajarían en dos compartimientos ocultos en la zona de carga. Les indicó que deberían echar una droga en la leche de los bebés para evitar que lloraran y llevar comida para dos semanas, porque un trayecto que en condiciones normales duraba unos días podía prolongarse mucho más en tiempos de guerra. Klein averiguaría qué barcos zarpaban de Rumanía, y dónde y cómo podían subir a bordo de uno de ellos. Podía tardar de dos a tres meses en organizar el viaje, si todo iba bien. Klein les aseguró que él no era un estafador, como el tal János Speitzer. Él no les reservaría pasajes en un barco en mal estado, ni les diría que llevaran menos comida de la necesaria a fin de que tuvieran que comprarla a sus amigos a precios exorbitantes; no les dejaría en manos de una tripulación que les robara el equipaje o les impidiera bajar a tierra si necesitaban un médico. Tampoco les haría falsas promesas acerca de la seguridad o el éxito del viaje. Algo podía salir mal en cualquier momento; debían tenerlo claro.

Cuando Klein terminó de hablar, se recostó en el sofá y se rascó el pecho por encima de la camiseta.

—Así es como funciona —concluyó—. Es un viaje difícil y arriesgado. Sin garantías.

Klara se inclinó un poco en la silla y dejó la taza en la mesita.

—Sin garantías —repitió—. Pero al menos tenemos una posibilidad.

—No pienso aventurar conjeturas sobre sus posibilidades —repuso Klein —. Pero si todavía desean contratar mis servicios, estoy dispuesto a ocuparme de todo.

Se miraron unos a otros: Andras y Klara, Tibor e Ilana. Estaban preparados. Eso era lo que deseaban.

—Por supuesto —dijo Tibor—. Asumiremos los riesgos.

Los hombres se estrecharon la mano y acordaron verse la semana siguiente. Klein hizo una reverencia a las mujeres y se alejó por el pasillo, donde oyeron que la puerta de su habitación se abría y cerraba. Andras lo imaginó sacando una carpeta de una caja y escribiendo el nombre de la familia en la etiqueta. Al pensarlo le invadió un pánico repentino. Tantas carpetas, pilas y pilas, encima de la cama, la mesa y la cómoda. ¿Qué había sido de todas esas personas? ¿Cuántas habían llegado a Palestina?

La noche siguiente Klara fue a pedir perdón a su hermano. Caminó con Andras hasta la casa de Benczúr utca empujando el cochecito del bebé. En el estudio de György, tomó las manos de su hermano y le pidió que la disculpara, que comprendiera que se había quedado tan sorprendida que en aquel momento no había sabido apreciar lo que había hecho por ella. Le dolía pensar en todas las posesiones que había perdido. Le explicó que había autorizado la venta de la propiedad de París, y que empezaría a devolver la deuda que había contraído con él en cuanto le llegara el dinero.

—No me debes nada —dijo György—. Todo lo mío es tuyo. De todos modos, la mayor parte de lo que tenía procedía de la herencia de

nuestro padre. Y no sería prudente que me entregaras tu dinero. Nuestros extorsionadores encontrarían la manera de arrebatármelo.

—¿Qué puedo hacer, pues? —preguntó Klara, a punto de llorar—. ¿Cómo puedo compensarte?

—Puedes perdonarme por hacer algo por ti sin tu conocimiento. Y tal vez puedas convencer a tu marido de que me perdone por haberle pedido que me guardara el secreto.

—Por supuesto —dijo Klara, y también Andras.

Los tres estaban de acuerdo en que György había actuado pensando en el bien de Klara. György expresó la esperanza de que su hijo también pidiera perdón a Klara y a Andras, pero al decirlo su voz tembló y se quebró.

—¿Qué pasa? —preguntó Klara—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha recibido otro aviso de reclutamiento —respondió György—. Esta vez tendrá que ir. No puedo hacer nada por impedirlo. Hemos ofrecido un porcentaje de la cantidad que obtengamos con la venta de la casa, pero ya no quieren dinero. Quieren que los jóvenes como József sirvan de ejemplo a los demás.

—Oh, György —exclamó Klara.

Andras se quedó sin habla. Le costaba tanto imaginar a József Hász en el Munkaszolgálat como a Miklós Horthy subiendo una mañana al autobús de Óbuda a Szentendre, con un abrigo raído y la fiambrera del almuerzo en la mano. Su primera sensación fue de satisfacción. ¿Por qué no había de cumplir József el servicio militar, cuando él había servido ya dos años y seguía sirviendo? Pero la expresión angustiada de György le hizo recuperar la razón. Fuera como fuese József, era el hijo de György.

—No he educado muy bien a mi hijo —reconoció György desviando la mirada hacia la ventana—. Le he dado todo lo que ha querido y he intentado mantenerlo alejado de todo cuanto podía causarle algún sufrimiento. Pero le he dado demasiado. Le he protegido en exceso. Ha

llegado a creer que el mundo debe estar a sus pies. Ha vivido cómodamente en Buda mientras otros hombres cumplían el servicio militar en su lugar. Ahora dependerá exclusivamente de su fuerza y su ingenio, como cualquier otro. Espero que tenga suficiente de ambas cosas.

—Tal vez lo destinen a una compañía cercana —aventuró Andras.

—No tendrá tanta suerte —dijo György—. Lo mandarán a donde les plazca.

—Escribiré al general Martón.

—No le debes nada a József —aseguró György.

—En París me ayudó. Más de una vez.

György asintió lentamente.

—Sabe ser generoso cuando le apetece.

—Andras escribirá al general —dijo Klara—. Y después quizá József quiera viajar a Palestina con todos nosotros.

—¿A Palestina? —preguntó György—. ¿Queréis marcharos a Palestina?

—Sí —dijo Klara—. No tenemos otra salida.

—Cariño, no hay forma de llegar a Palestina.

Klara le habló de Klein. Los ojos de György adoptaron una expresión severa.

—¿Es que no lo comprendes? —dijo—. Por eso he estado pagando al Ministerio de Justicia. Por eso he vendido los cuadros, las alfombras y los muebles. ¡Por eso voy a vender la casa! Para impedir que asumas un riesgo estúpido.

—Lo estúpido sería perder lo que todavía te queda —dijo Klara.

György miró a Andras.

—Por favor, dime que no estás de acuerdo con este plan disparatado.

—Mi hermano fue testigo de la masacre del Délvidék. Cree que aquí podría ocurrir algo parecido, o aun peor.

György se reclinó en el sillón, con el rostro demudado. En la calle se oían los redobles de una banda militar; debían de estar desfilando por Andrássy út hacia la plaza de los Héroes.

—¿Y nosotros qué? —musitó—. ¿Qué sucederá cuando descubran que os habéis marchado? ¿A quién creéis que interrogarán? ¿Quién será responsable de vuestra huida?

—Debes venir con nosotros a Palestina —dijo Klara.

Él negó con la cabeza.

—Imposible. Soy demasiado mayor para empezar una nueva vida.

—¿Qué otra opción tienes? —preguntó ella—. Te han arrebatado tu puesto en el banco, tu fortuna y tu casa. Ahora te quitan a tu hijo. Habla con Elza. A finales de año te llamarán a ti también para que te incorpores al servicio de trabajo. Elza y nuestra madre se quedarán solas.

György tocó el borde del papel secante con los pulgares. Tenía delante una pila de documentos, gruesos fajos de hojas copiadas con papel carbón.

—¿Ves esto? —dijo empujando los papeles—. Son los documentos por los que se asigna la propiedad de la casa al nuevo dueño.

—¿Quién es? —preguntó Klara.

—El hijo del ministro de Justicia. Su mujer acaba de dar a luz a su sexto hijo, creo.

—Por Dios —exclamó Klara—. Arrasarán la casa.

—¿Dónde viviréis? —preguntó Andras.

—He encontrado un piso en un extremo de Andrássy út… Es bastante elegante, o lo fue hace tiempo. Según estos papeles, se nos permite llevarnos los muebles que quedan. —Hizo un gesto con el brazo para señalar la sala medio vacía.

—Habla con Elza, por favor —insistió Klara.

—Seis niños en esta casa —dijo él, y suspiró—. Qué desastre.

La reacción del general Martón fue rápida y comprensiva, pero le faltaba influencia. Su solución consistió en asegurar una plaza para József en la 79/6. Cuando Andras se enteró, se sintió como si le hubieran castigado personalmente. Ese era el castigo por el momento de satisfacción que había experimentado al saber que habían reclutado a József. Ahora József acudía todas las mañanas a la parada de autobús de Óbuda; parecía un oficial con su uniforme demasiado limpio y la gorra militar intacta. Lo destinaron al grupo de trabajo de Andras y Mendel, y le pusieron a cargar cajas como el resto de reclutas. Durante la primera semana lanzaba miradas furiosas a Andras siempre que podía, como si este tuviera la culpa de que hubiera acabado allí, como si fuera responsable de las ampollas que le habían salido en los pies y las manos, de su dolor de espalda, de las quemaduras del sol. El capataz lo trató con especial crueldad por su escaso aguante y su pereza; cuando él protestó, Faragó lo derribó a patadas y le escupió en la cara. Después de eso József hizo su trabajo sin decir palabra.

Junio acabó, y con la llegada del mes de julio terminó el tiempo seco. Todas las tardes el cielo se abría para descargar un chaparrón sobre el tedio de la estación de Szentendre. Los ladrillos amarillos de los edificios se oscurecían hasta adquirir una tonalidad parda. En las colinas que se alzaban al otro lado del río, los árboles que habían permanecido inmóviles bajo el polvo se sacudían las hojas y agitaban sus extremidades al viento. Entre las traviesas de las vías se apretujaban hierbas y flores silvestres, y una mañana una plaga de ranas diminutas cayó sobre Szentendre: estaban por todas partes, llegadas de no se sabía dónde, pequeñas como una moneda y del color del apio, avanzando frenéticamente a saltos hacia el río. Tuvieron a los reclutas maldiciendo y dando brincos durante dos días; después desaparecieron tan misteriosamente como habían llegado. Era una época del año que a Andras le encantaba de niño: la época de bañarse en la represa del

molino, de comer frambuesas calientes por el sol recién arrancadas del arbusto, de esconderse entre la alta hierba fresca y observar el trajín de las afanosas hormigas. Ahora solo tenía el trabajo lento y agotador de la estación y la perspectiva de la huida. Por la noche, durante las pocas horas que pasaba en casa, acunaba a su hijo dormido mientras Klara le leía pasajes de Bialik, Brenner o Herzl, descripciones de Palestina y de la milagrosa transformación que los colonos estaban realizando allí. Había empezado a imaginar a su familia instalada entre naranjos y colmenas, con el escudo de bronce del mar centelleando a lo lejos, y a su hijo creciendo sano con el aire salobre. Intentaba no pensar demasiado en las inevitables dificultades del viaje. No le asustaban las penalidades, y a Klara tampoco. Incluso sus padres, cuya mudanza a Debrecen había representado el desplazamiento geográfico más significativo de su vida, habían aceptado emprender el viaje si era posible, si lograban obtener visados para ellos. No querían estar separados de sus hijos y sus nietos por un continente, un mar. Cuando terminó la época seca el viaje empezó a tomar forma. Klein había localizado a un capitán de barcaza llamado Szabó, que los trasladaría hasta la frontera de Rumanía, y a otro, Ivanescu, que los llevaría hasta Constanza; les había reservado pasajes con el nombre de Gedalya a bordo del *Trasnet*, un antiguo barco de pesca que ahora se dedicaba a transportar clandestinamente a refugiados. Debían prepararse para las estrecheces, el hambre y el calor, la deshidratación y los mareos, los días en que estarían detenidos en puertos turcos donde no podían arriesgarse a desembarcar; debían llevar consigo todo lo imprescindible. Podían estar contentos de realizar el viaje en verano, cuando el mar estaba en calma. Atravesarían el Bósforo, pasando por Estambul, el mar de Mármara y el Egeo; se adentrarían en el Mediterráneo y, si esquivaban los barcos patrulla y los submarinos, atracarían tres días después en Haifa. Si todo iba bien, el viaje duraría en total dos semanas. Se irían el 2 de agosto.

Klara tenía colgado en la pared un calendario antiguo de madera con la imagen de un pájaro azul posado en una rama de cerezo. Tres ventanas diminutas mostraban el día, el mes y el año; todas las mañanas Andras hacía girar las ruedecitas antes de irse a la estación de Szentendre. Fueron pasando los tormentosos días de julio, de un solo dígito a las decenas, mientras los planes para el viaje avanzaban. Reunieron ropa, botas, gorros;

hicieron y rehicieron maletas intentando encontrar la forma de embutir en ellas el máximo de sus pertenencias.

Un domingo, cuando faltaban un par de semanas para el 2 de agosto, Andras fue solo a ver a Klein. Había llegado el paquete con los visados de Palestina. Aquella serie de documentos blancos con el sello del Ministerio del Interior británico y el timbre con la estrella de David del Yishuv era lo último que necesitaban para completar su dosier. Klein haría copias en facsímil por si los originales se perdían. Cuando llegó Andras, el abuelo de Klein estaba en el patio, dando de comer a las cabras. Se llevó una mano al sombrero.

—Pronto se marcharán —dijo.

—Dentro de catorce días.

—Sabía que el chico se encargaría de todo.

—Parece que tiene un talento especial para eso.

—Así es nuestro chico. Es igual que su padre, siempre planificando, trabajando con sus artilugios, creando cosas nuevas. Su padre era inventor, y se habría hecho famoso de haber vivido más tiempo.

Contó a Andras que los padres de Klein habían muerto de gripe cuando Klein todavía llevaba pantalones cortos; eran el hombre y la mujer de las fotografías, como él había supuesto. Otro niño se habría hundido con aquella pérdida, afirmó el anciano Klein, pero Miklós no. Él había sacado las mejores notas en la escuela, sobre todo en ciencias sociales, y de mayor se había convertido también en inventor, un creador de posibilidades cuando estas no existían.

—Encontrarle fue una suerte increíble —dijo Andras.

—Que su suerte continúe —repuso el abuelo. Escupió tres veces y golpeó con el puño el dintel de madera del corral de las cabras—. Que su viaje a Palestina sea excepcional solo por lo tedioso.

Andras se despidió del anciano Klein llevándose la mano al sombrero y caminó por el sendero de piedra hacia la puerta. La abuela de Klein estaba en la salita, sentada en la butaca con un bastidor en el regazo. Bordaba con hilo dorado, en diminuto punto de cruz, un *challah* trenzado y la palabra «sabbat» en letras hebreas.

—Es para su mesa en la tierra sagrada —dijo.

—Oh, no —dijo Andras—. Es demasiado bonito. —Pensó en las maletas hechas y rehechas, donde no era posible meter ni una sola cosa más.

Pero a la abuela de Klein no se le escapaba nada.

—Su esposa puede coserlo al forro de su abrigo de verano —indicó—.

Tiene un amuleto de la suerte.

—¿Dónde? —preguntó Andras.

Ella le mostró dos letras hebreas minúsculas hechas a punto de cruz en un extremo del *challah*.

Es el número dieciocho —explicó—. *Chai*. Vida.

Andras le dio las gracias.

—Es usted muy amable —dijo—. Siempre nos ha ayudado.

—El chico le espera en su habitación. Adelante.

En su guarida repleta de carpetas, Klein estaba sentado en la cama, con una radio desmontada delante, sobre la manta, el cabello enmarañado y sin camisa. Si la primera vez que Andras lo había visto le había parecido desaliñado y maloliente, ahora, cuando llevaban ya dos meses planificando la huida, daba la impresión de que había retrocedido a un estado de existencia prehistórico. Llevaba la barba más larga y desaseada. Andras no recordaba la última vez que lo había visto con una camisa puesta. Su olor le recordó los barracones de Subcarpacia. De no haber sido por la ventana abierta y la brisa que rizaba los papeles superiores de las pilas, nadie podría

haber permanecido mucho rato en la habitación. Sin embargo, sobre la mesa había un espacio despejado con una carpeta abierta, un itinerario de viaje en clave grapado a un lado, un grueso fajo de instrucciones al otro. Gedalya, su nombre en clave, en la etiqueta. Y en la mano de Andras la pieza final, el paquete de documentos que completaría el puzle, el elemento legal de su huida ilegal. Antes de planificar el viaje nunca habría imaginado el intrincado laberinto que se extendía entre emigración e inmigración. Klein se metió un destornillador diminuto en el cinturón y miró a Andras con las cejas arqueadas. Este le puso los documentos sobre las rodillas.

—Auténticos —dijo Klein, tocando las letras en relieve del sello británico. Miró a Andras con sus ojos hundidos—. Pues ya está. Estáis preparados.

—No hemos hablado del dinero.

—Claro que sí. —Klein sacó de la carpeta una hoja arrancada de un cuaderno de contabilidad, una lista de cifras escritas a pluma con la letra fina e inclinada hacia la izquierda del joven. El coste de los documentos falsos, por si los descubrían. Los honorarios de los capitanes de la barcaza y del barco de pesca, una parte del combustible para el viaje, el coste de la comida y el agua, una cantidad adicional para los sobornos, las tasas de puerto y el coste de un seguro extra, dado que muchos barcos habían sido torpedeados accidentalmente en el Mediterráneo en los últimos meses. Todo se pagaría personalmente, de forma gradual, durante el viaje—. Lo hemos repasado todo —añadió.

—No me refiero a eso —dijo Andras—, sino a tus honorarios.

Klein arrugó la frente.

—No me insulte.

—No te insulto.

—¿Le parece que necesito algo?

—Una camisa —respondió Andras—. Un baño. Tal vez una radio nueva.

—No quiero que me paguéis.

—Eso es una tontería.

—Pues es así.

—Si no lo quieres para ti, cógelo para tus abuelos.

—Tienen todo lo que necesitan.

—No seas idiota —dijo Andras—. Podemos darte dos mil. Imagina lo que eso significa.

—Dos mil, cinco mil, cien mil, ¡qué más me da! Esto no es un trabajo pagado, a ver si lo entiende. Si quería pagar, debería haber acudido a Behrenbohm o a Speitzer. Mis servicios no están en venta.

—Si no quieres dinero, ¿qué quieres?

Klein se encogió de hombros.

—Quiero este trabajo. Y quiero volver a hacerlo para otros, y después para otros, hasta que alguien me lo impida.

—No fue eso lo que nos dijiste cuando te conocimos.

—Después de lo del *Struma* estaba asustado —reconoció Klein—. Ya no lo estoy.

—¿Por qué no?

Klein se encogió de hombros.

—La situación ha empeorado. El miedo hoy por hoy es un lujo que no me puedo permitir.

—¿Y si quisieras marcharte tú? Mi amiga podría ayudarte a conseguir un visado.

—Lo sé. Está bien. Lo tendré en cuenta.

—¿Lo tendrás en cuenta? ¿Ya está?

El chico asintió y se sacó el destornillador del cinturón.

—Si me disculpa, tengo mucho que hacer. Hemos terminado, a menos que tenga noticias mías. Se marchan dentro de dos semanas. —Se inclinó hacia la radio y empezó a desenroscar un tornillo que aseguraba un cable de cobre a la base.

—Entonces —dijo Andras—, ¿ya está todo?

—Sí —contestó Klein—. No soy un sentimental. Si quiere una larga despedida, hable con mi abuela.

Pero la abuela de Klein se había dormido en el sillón. Había terminado la funda bordada del *challah* y la había envuelto en papel de seda, donde había clavado con un alfiler una tarjetita con los nombres de Andras y Klara. Andras se inclinó para darle las gracias al oído, pero la anciana no se despertó. Las cabras rebuscaban en el patio. De la habitación de Klein salió una maldición en voz baja y el estruendo de una herramienta arrojada al suelo. Andras se colocó el paquete bajo el brazo y salió sin hacer ruido.

Faltaba solo una semana para el viaje. Andras y Mendel sacaron el último número ilustrado de *La Vía Torcida*, aunque Andras hizo prometer a Mendel que seguiría publicándolo hasta que recibiera su visado. El número contenía una falsa entrevista a una estrella húngara de la pornografía, un crucigrama cuyas letras rodeadas con un círculo componían el nombre del comandante Károly Varsádi y una columna económica de tono optimista titulada «Estado del mercado negro», en la que todos los indicadores apuntaban a una interminable serie de lucrativas remesas. «Pregúntale a Hitler», que se había convertido en una sección fija del diario, solo tenía una carta esa semana:

QUERIDO HITLER: ¿Cuándo acabará este calor? Atentamente,
QUEMADO POR EL SOL.

QUERIDO QUEMADO POR EL SOL: Acabará cuando yo lo diga, ¡ni un momento antes! Heil yo, HITLER.

A mitad de semana, los padres de Andras viajaron a Budapest para ver a sus hijos y nietos antes de que se marcharan. Fueron todos a cenar a la nueva residencia de la familia Hász, un piso de techo alto con el yeso de las molduras descascarillado y suelo de parquet con un dibujo de espiga llamado *points de Hongrie*. Andras cayó en la cuenta de que habían pasado ya casi cinco años desde que estudiara parquetería en la École Spéciale; cinco años desde que aprendiera qué clase de madera era adecuada para cada diseño y copiara los dibujos en su cuaderno. Ahora estaba en aquel piso con sus apesadumbrados padres, su valiente y adorable esposa, su hijo, preparándose para despedirse de Europa para siempre. La arquitectura de aquel piso solo importaba en la medida en que le recordaba lo que dejaba atrás.

Llegaron su hermano e Ilana, que llevaba el bebé dormido en brazos. Se sentaron juntos en el sofá, mientras József, arrellanado a su lado en un sillón dorado, fumaba uno de los cigarrillos de su madre. El padre de Andras hojeaba un librito de salmos e iba señalando algunos para que sus hijos los repitieran durante el viaje. La anciana señora Hász conversaba con la madre de Andras, que se había enterado de que su hermana conocía a la familia de la señora Hász que seguía viviendo en Kaba, no muy lejos de Konyár. György llegó del trabajo, con la pechera de la camisa húmeda de sudor; besó a la madre de Andras y estrechó la mano de Béla. Elza Hász les hizo pasar al comedor y les pidió que se sentaran a la mesa.

La habitación estaba decorada para una celebración. Había velas en candelabros de plata, arreglos florales de rosas en cuencos de cristal azul, licoreras con vino parduzco, platos con dibujos de pájaros y borde dorado. El padre de Andras bendijo el pan, y el criado lúgubre de siempre sirvió la comida. Al principio la conversación versó sobre temas triviales: la fluctuación de los precios de la madera, la predicción del almanaque de un otoño temprano, la escandalosa relación entre cierto miembro del Parlamento y una antigua estrella del cine mudo. Pero era inevitable que la conversación derivara hacia la guerra. Los periódicos matinales informaban de que los submarinos alemanes habían hundido un millón de toneladas de

cargamentos anglo-americanos aquel verano, setecientas mil toneladas solo en julio. Y las noticias de Rusia no eran mejores: el Segundo Ejército Húngaro, después de una sangrienta batalla en Voronezh, avanzaba siguiendo al Sexto Ejército Alemán hacia Stalingrado. Hungría había pagado un alto precio por apoyar a su aliado. Según había leído György, el ejército había perdido más de novecientos oficiales y veinte mil soldados. Nadie mencionó lo que todos estaban pensando: había cincuenta mil reclutas en el Segundo Ejército Húngaro, casi todos judíos, y si el ejército había sufrido mucho, los batallones de trabajo sin duda lo habrían pasado aún peor. Desde la calle, como una nota de refuerzo, llegó el sonido metálico de la campana del tranvía. Era un sonido característico de Budapest, un sonido amplificado que resonaba entre las paredes de los edificios que flanqueaban la calzada. Andras no pudo por menos de recordar aquella otra partida de hacía cinco años, la que lo había llevado de Budapest a París y a Klara. El viaje que tenían ahora por delante era más desesperado, pero curiosamente le asustaba menos; entre él y el miedo a lo desconocido estaba el consuelo de la presencia de Klara y Tibor. Y al final del viaje estarían Rosen y Shalhevet, la perspectiva del duro trabajo que deseaba hacer, y la promesa de una forma de libertad desconocida. Mendel Horovitz tal vez se reuniera con ellos al cabo de unos meses; los padres de Andras, después. En Palestina su hijo no tendría que llevar un brazalete amarillo ni tener miedo de sus vecinos. Y él quizá pudiera acabar sus estudios de arquitectura. Sentía cierta lástima por József Hász, que se quedaría en Budapest y tendría que desenvolverse solo en la compañía 79/6 del Munkaszolgálat.

—Deberías venir a Palestina, Hász —dijo.

Andras pensó con cierta satisfacción que la travesía hasta Oriente Próximo hacía que fuera una persona más viajada que József.

—No me querríais —repuso este con tono inexpresivo—. Sería un mal compañero de viaje. Me mearía. Me quejaría todo el rato. Y eso sería solo el principio. En Palestina sería un perfecto inútil. No sé plantar árboles ni construir casas. De todos modos, mi madre me necesita, ¿verdad que sí, madre?

La señora Hász miró a la madre de Andras y a continuación bajó la vista a su plato.

—Tal vez cambies de opinión —dijo—. Tal vez quieras acompañarnos cuando nos vayamos nosotros.

—Por favor, madre —exclamó József—. ¿Hasta cuándo vas a mantener esa ilusión? Vosotros no vais a ir a Palestina. Si ni siquiera os subíais a una barca en el lago Balatón.

—No son ilusiones —aseguró su madre—. Tu padre y yo pensamos marcharnos en cuanto lleguen los visados. Está claro que no podemos quedarnos aquí.

—Abuela —dijo József—, dile a mi madre que está loca.

—Ni lo sueñes —repuso la anciana señora Hász—. Yo también tengo intención de ir. Siempre he querido ver Tierra Santa.

—Pues ve a verla. Pero no tienes por qué vivir allí. Somos húngaros, no beduinos del desierto.

—Éramos un pueblo tribal antes de ser húngaros —afirmó Tibor—. No lo olvides.

—Disculpa, doctor —dijo József. Gustaba de llamar «doctor» a Tibor, del mismo modo que gustaba de llamar «tío» a Andras—. Y antes aún éramos cazadores y recolectores en África. Así que quizá podríamos saltarnos Tierra Santa e ir directamente al Congo.

—József —dijo György.

—Mil perdones, padre. Sé que preferirías que me callara. Pero es que es duro ser la única persona cuerda en un manicomio.

Béla se agitó en su delicada silla, notando que el traje le tiraba de los hombros. Estaba pensando que le habría gustado agarrar al joven Hász de los brazos y sacudirlo. No entendía cómo el chico se atrevía a hablar tan frívolamente de lo que les aguardaba a Andras y Tibor, a sus esposas e

hijos. Si uno de sus vástagos hubiera hablado de aquella manera, Béla se habría levantado de la silla y le habría regañado, incluso delante de los invitados. Pero él nunca habría educado a un hijo para que hablara así. Ni él ni Flóra. Su mujer le puso una mano en la muñeca, como si hubiera adivinado lo que le pasaba por la cabeza; no le sorprendió que ella lo entendiera. Todos podían ver que el comportamiento del chico era intolerable. Al menos la madre de Klara le había hablado con severidad. Béla miró a aquella mujer seria de ojos grises, que ya una vez había perdido y recuperado a una hija, y que ahora se mostraba estoica ante la perspectiva de perderla de nuevo. Tanto esa mujer como él y Flóra habían criado a unos hijos estupendos. Ya no le preocupaba la relación de Andras y Klara; sabía que estaban hechos de la misma madera, por muchos lujos de que hubiera disfrutado ella de niña. Ahí estaba, tranquila con su bebé en el regazo, como si se dispusiera a emprender un viaje al campo, en lugar de una travesía por un río peligroso y un mar salpicado de torpedos. Se dijo que debía grabar en su memoria esa expresión serena de Klara, aquella calma radiante; en los días y semanas venideros le gustaría recordarla.

Aquella semana, la última que pasaban en Budapest, fue la más calurosa del verano. El jueves, en el autobús a Szentendre hacia un calor sofocante incluso a las seis de la mañana; era uno de esos días que la madre de Andras denominaba *gombásidó*, un tiempo ideal para que crecieran las setas. Por el canal del Danubio soplaba un viento húmedo. Los pájaros volaban veloces entre las turbulencias del aire cargado de humedad, y al otro lado del río los árboles mostraban el envés blanco de sus hojas. Durante toda la semana los oficiales al mando de Szentendre habían estado de mal humor; los mismos capataces que no habían notado el sutil relajamiento en el trabajo empezaron a mostrarse implacables con los reclutas. El mal genio parecía haberse propagado por el campamento como una fiebre.

Aquella mañana habría una inspección antes de empezar el trabajo. Se había avisado a los hombres a fin de que tuvieran los uniformes y el equipo en condiciones óptimas. A las siete en punto les ordenaron formar al lado de las vías, y así permanecieron durante un tiempo que les pareció interminable. Empezó a llover, una cortina de gruesas gotas que les empapaban la ropa. La espera siguió y siguió; los guardias se paseaban entre las filas, tan aburridos como los reclutas.

—Menuda pérdida de tiempo —susurró József—. ¿Por qué no nos mandan a casa?

—Eso digo yo —repuso Mendel—. Que nos dejen marchar.

—Vosotros dos, a callar —gritó un guardia.

Andras miraba el edificio bajo de ladrillo que albergaba la oficina de Varsádi. A través de una ventana empañada de vapor distinguía al comandante con el teléfono pegado a la oreja. Se balanceó sobre los talones; observó cómo la lluvia se deslizaba por la espalda del hombre que tenía delante. En su cabeza repasaba las tareas que le esperaban en los próximos días: acabar de preparar el equipaje, comprobar la lista de ropa y provisiones, cerrar y atar las maletas, marcharse de su amado piso de Nefelejcs utca; el encuentro a medianoche con Tibor, la caminata hasta el lugar al norte del puente de Erzsébet donde les esperaría una barcaza, el encierro en el escondite oscuro y húmedo donde se apretujarían mientras la barcaza se deslizaba por la corriente. Ya estaba allí mentalmente, tan oculto en el escondite de la barcaza del Danubio que al principio no se percató del rugido de los camiones en la carretera. Sintió una vibración en el pecho y pensó: «Más truenos». Pero el ruido sordo continuó y aumentó, y cuando levantó la cabeza vio un convoy de seis camiones llenos de soldados húngaros. Los vehículos cruzaron las puertas de la verja de la estación de Szentendre; los neumáticos arrancaban la superficie húmeda de lluvia del camino y dejaban a la vista la tierra seca. Aparcaron en la franja vacía que separaba las vías del edificio de los oficiales. Los soldados que iban detrás llevaban bayonetas caladas en los fusiles; Andras vio el brillo de las hojas en la penumbra verdosa de las cajas cubiertas de lona. Cuando los camiones se detuvieron, los soldados saltaron al suelo embarrado con las armas colgadas del hombro. Los oficiales del primer camión se dirigieron hacia el edificio bajo de ladrillo, cuya puerta se cerró tras ellos.

Los reclutas miraron a los soldados. Eran al menos cincuenta. Con los oficiales ocupados en las oficinas, los soldados apoyaron los fusiles contra los camiones y se pusieron a fumar. Uno sacó una baraja y repartió las cartas para jugar al póquer. Otro grupo de hombres se reunió alrededor de un periódico mientras uno leía los titulares en voz alta.

—¿Qué ocurre? —susurró a Andras el compañero que tenía al lado, un hombre alto y calvo al que habían apodado Torre de Marfil. Había sido profesor de historia en la universidad; al igual que Zoltán Novak, lo habían reclutado en el Munkaszolgálat a fin de cumplir con la cuota de intelectuales judíos. Era nuevo en el servicio de trabajo y todavía no había aprendido a aceptar sus misterios y contradicciones sin protestar.

—No lo sé —respondió Andras—. Pronto lo descubriremos.

—¡Silencio en la formación! —gritó un guardia.

La espera continuó. Algunos guardias se acercaron a los soldados para intercambiar cigarrillos y noticias. Unos cuantos parecían conocerse. Se daban palmaditas en la espalda y se estrechaban la mano. Transcurrió otra media hora sin que nadie saliera del cuartel general. Finalmente el capitán de los guardias dio la orden de descansar a los reclutas; podían comer o fumar si lo deseaban. Andras y Mendel se sentaron en una traviesa mojada y abrieron sus fiambreras de hojalata; József sacó del bolsillo de la pechera una elegante pitillera de piel y cogió un cigarrillo.

Minutos después se abrió la puerta del edificio bajo de ladrillo y salieron los oficiales: primero los del ejército, con sus uniformes almidonados con botones dorados; luego los oficiales del Munkaszolgálat que estaban al mando desde que habían empezado a trabajar en Szentendre. El primer teniente de Varsádi hizo sonar un silbato y ordenó a los reclutas que se pusieran firmes. Hubo un momento de ruidosa confusión mientras los hombres guardaban el almuerzo. A continuación el sargento impartió sus órdenes a voz en grito: debían colocarse en fila junto a los camiones de suministro y trasladar la mercancía a los vagones lo más rápidamente po sible.

De no haber sido por la presencia de los soldados, que apuntaban al cielo con las bayonetas como si quisieran clavarlas en la panza de las nubes bajas, habría sido como un día cualquiera en la estación de Szentendre. La 79/6 llevó las cajas de munición por la misma explanada de grava que habían cruzado mil veces. Si los guardias los vigilaban más de cerca, si los oficiales daban órdenes con voz más estridente, eso solo parecía una muestra más de la animosidad que habían mostrado los mandos durante

toda la semana. Faragó, su capataz, no silbó ni una sola melodía de película; en cambio, no paraba de exclamar *siessetek!* con su voz de tenor y de preguntarse en voz alta por qué tenía la mala suerte de que hubieran puesto a su cargo a una panda de babosas y tortugas.

Cuando habían realizado la mitad del trabajo, cuando todavía quedaban tres camiones llenos de mercancía que debían trasladar al tren, un ayudante de campo de Varsádi se acercó a la cuadrilla de Andras y llevó a Faragó aparte. Un momento después Faragó llamó a Andras y a Mendel. Al parecer el jefe de la compañía quería verles en su despacho.

Mendel y Andras se miraron: «No pasa nada. No hay por qué asustarse».

—¿Le ha dicho de qué se trata, señor? —preguntó Mendel, aunque solo podía tratarse de una cosa, solo había una razón para que el comandante los llamara a su despacho.

—Pronto lo averiguaréis —respondió Faragó. Se volvió hacia el ayudante de campo y dijo—: Que vuelvan en cuanto Varsádi haya acabado de hablar con ellos. No puedo prescindir de mis hombres durante mucho tiempo.

El joven ayudante los condujo hacia el edificio bajo de ladrillo. En la antesala había un grupo de soldados en posición de firmes, con los fusiles apoyados contra el hombro. Siguieron con la mirada a Andras y Mendel cuando entraron, pero por lo demás permanecieron inmóviles como estatuas. Un ordenanza los hizo pasar a la oficina de Varsádi y cerró la puerta, y Andras y Mendel se encontraron ante su comandante. Varsádi llevaba bien almidonada la camisa del uniforme a pesar del calor, y tenía los ojos entrecerrados detrás de las gafas de media luna. Sobre la mesa, como ya imaginaba Andras, había un ejemplar de cada número de *La Vía Torcida*.

—Bien —dijo Varsádi alineando los papeles que tenía delante—, seré breve. Saben que me caen bien y que me gusta su diario. Ha hecho reír a los hombres. Pero me temo que no es… oportuno que siga circulando.

Andras experimentó una momentánea confusión. Había creído que el comandante los había hecho llamar por la resistencia que él y Mendel habían desencadenado; la aceleración del ritmo de trabajo, y el cambio de

actitud de los capataces apuntaban en esa dirección. Sin embargo, Varsádi no los estaba acusando de agitadores. Por lo visto quería pedirles que dejaran de publicar el diario.

—No puede decirse que circule, señor —señaló Mendel—. No sale de la setenta y nueve barra seis.

—Han impreso cincuenta ejemplares de cada número —dijo Varádi—. Los hombres se los llevan a casa. Puede que algunos de esos ejemplares circulen por la ciudad. Y después está la cuestión de la impresión, de las planchas y los originales. El diario está bien editado. Sé que no lo hacen a mano en casa.

Andras y Mendel se miraron un momento, y este dijo:

—Cada semana destruimos las planchas, señor. Las copias en circulación es todo lo que hay.

—Tengo entendido que ambos trabajaron hace poco en el *Diario Judío Magiar*. Si fuéramos a investigar allí, o a efectuar un registro, ¿no encontraríamos…?

—Puede mirar donde quiera, señor —respondió Mendel—. No encontrará nada.

Andras vio con cierta impasibilidad, como si se tratara de un sueño, que el comandante abría el cajón del escritorio, sacaba un revólver y lo sujetaba flojamente con la mano. El arma era de un negro aterciopelado, con la punta un poco respingona.

—En este asunto no se puede cometer ningún error —dijo Varsádi—. Cincuenta ejemplares de cada número. Da que pensar. Quiero los originales y las planchas de impresión. Quiero saber dónde los guardan.

—Los hemos destruido… —insistió Mendel, pero los ojos se le iban a la pistola.

—Miente —dijo Varsádi con calma—. No me gusta que me mienta después de lo permisivo que me he mostrado. —Dio la vuelta al revólver y deslizó el pulgar por el seguro—. Quiero la verdad; luego podrán marcharse. Imprimieron el periódico en el *Diario Judío Magiar*. ¿Encontraremos allí los originales? Lo pregunto porque el único otro lugar donde se me ocurre buscar es en su casa. Y preferiría no molestar a sus familias.

—Las palabras quedaron suspendidas en el aire mientras el comandante sacaba brillo al revólver con el pulgar.

Andras lo imaginó: el piso de Nefelejcs patas arriba, todos los papeles y libros en el suelo, los armarios vaciados, el sofá destripado, las paredes y los suelos arrancados. Todos los preparativos para su viaje a Palestina expuestos al escrutinio de los oficiales. Y Klara acurrucada en un rincón, o con las muñecas sujetas —¿cómo?, ¿por quién?—, mientras su hijo lloraba. Miró a Mendel y supo que él también lo había imaginado, y había tomado una decisión. Si Andras no decía la verdad, lo haría Mendel. En efecto, unos segundos después Mendel habló.

—Los originales están en el *Diario Judío Magiar*. Una copia de cada número, en un archivador del despacho del director. No hay necesidad de molestar a la familia de nadie. No hay nada en casa.

—Muy bien —dijo Varsádi. Guardó el arma en el cajón del es critorio—. Es todo lo que necesito de momento. Retírense —ordenó, y señaló la puerta con un gesto.

Los dos hombres caminaron como si avanzaran por un líquido viscoso, sin mirarse. Habían puesto en peligro a Frigyes Eppler, tanto su persona como su empleo; ambos lo sabían. Era imposible predecir las consecuencias, o qué precio tendría que pagar Eppler. Cuando salieron del edificio, encontraron a toda la compañía en el campo de reunión, en incómoda formación. Mientras Andras ocupaba su lugar en la fila, József lo miró con franca curiosidad. Pero no había tiempo para explicaciones; por lo visto la prometida inspección estaba a punto de empezar. Los soldados que habían llegado por la mañana se habían dispersado por los laterales del campo de reunión, y los oficiales que habían conferenciado con Varsádi estaban de pie al frente de la formación. Cuando Andras miró hacia el otro lado de la

explanada de grava, vio que allí también había hileras de soldados. Delante de las oficinas de Varsádi, más soldados. A lo largo de las vías, más soldados. De repente lo entendió: la 79/6 estaba acorralada, rodeada. Los soldados que habían fumado y reído con los guardias ahora estaban en posición de firmes, con las manos en los fusiles, la vista fija en la peligrosa media distancia marcial, el lugar donde era imposible reconocer a otro ser humano.

Varsádi salió del edificio bajo de ladrillo, con la espalda erguida, las medallas relucientes bajo el sol.

—A sus filas —gritó—. Formación de marcha.

Andras se obligó a mantener la calma. Estaban a media hora de Budapest. Aquello no era Délvidék. Era probable que Varsádi solo pretendiera asustarlos, hacer una demostración de autoridad, corregir su dejadez como comandante. Obedeciendo su orden, la 79/6 salió del campo de reunión y avanzó junto a las vías en dirección a la verja sur de la estación. Los soldados mantuvieron las filas apretadas alrededor del grupo de reclutas. Al final de la hilera de vagones se detuvieron.

Se habían enganchado tres vagones vacíos al extremo del tren, con el acrónimo del Munkaszolgálat en los costados. En las pequeñas y altas ventanas de los vagones habían colocado barrotes de hierro. Las puertas estaban abiertas, como a la expectativa. Más allá, delante de los vagones en los que la compañía acababa de cargar los suministros, una locomotora expelía humo marrón.

—Atención —exclamó Varsádi—. Las órdenes han cambiado. Se necesitan sus servicios en otro lugar. Partirán inmediatamente. Su misión es secreta. No podemos darles más información.

Hubo un estallido de protestas incrédulas entre los hombres, un barullo de gritos repentino.

—Silencio —vociferó el comandante—. ¡Silencio! ¡Silencio ahora mismo! —Alzó el revólver y disparó al aire. Los hombres callaron.

—Disculpe, señor —dijo József. Estaba cerca de Andras, lo bastante para que este viera la vena que le palpitaba en la sien—. Según creo recordar, la normativa de servicio de la KMOF dice que deben avisarnos con una semana de antelación de cualquier cambio de destino. Y, si me permite que lo mencione, no tenemos provisiones.

El comandante Varsádi avanzó presuroso hacia József con el revólver en la mano. Cogió el arma por el pequeño cañón y le propinó dos golpes rápidos en la cara con la culata. Un chorro de sangre brillante manchó la manga del uniforme de Andras.

—Siga mi consejo y cierre el pico —dijo Varsádi—. Allí donde se dirige le matarían por menos.

El comandante dio otra orden; los soldados estrecharon las filas alrededor de los miembros del servicio de trabajo y los empujaron hacia los vagones. Andras se encontró apretujado entre Mendel y József. Detrás tenía una masa de hombres. No había más remedio que meterse en la boca abierta del vagón. A través de la única ventana Andras vio a los soldados alineados a lo largo de los vagones, y el brillo apagado de las bayonetas apuntando al cielo marmóreo. Más y más reclutas fueron obligados a subir a empellones a los vagones, hasta que el aire pareció estar hecho de ellos.

Andras inspiró lona húmeda, brillantina y sudor, el olor del trabajo de la mañana mezclado con el olor acre del pánico. El corazón le martilleaba en el pecho y la garganta se le había cerrado de terror. Klara estaría en casa, guardando sus últimos enseres; al cabo de una hora empezaría a mirar el reloj. Tenía que bajar del tren. Diría que estaba enfermo; ofrecería un soborno. Comenzó a abrirse camino a empujones hacia la puerta, pero antes de que llegara a aquel rectángulo de luz se oyó la orden de partir. Luego el ruido de la puerta que se cerraba, la oscuridad, el estruendo de una cadena contra el metal, el inconfundible sonido de un candado.

Un momento después el silbato del tren soltó un chillido de indiferencia. En los tablones de madera, en las suelas de las botas de verano y en los huesos de las piernas Andras notó un estremecimiento mecánico, la primera sacudida rechinante cuando el tren se puso en movimiento. Los hombres cayeron unos sobre otros, sobre Andras; su peso parecía suficiente para

aplastarle el corazón hasta pararlo en su pecho. El tren dio unos tumbos hasta coger el ritmo y cruzó las puertas septentrionales de la estación de Szentendre hacia un destino desconocido.

OceanofPDF.com

QUINTA PARTE

A fuego

OceanofPDF.com

34

Turka

Durante los días y las noches que pasó en el tren, después de protestar hasta quedarse ronco y perder toda esperanza de escapar, se apoderó de Andras una especie de entumecimiento. Permaneció junto a Mendel al lado de la pequeña ventana alta, viendo pasar el mundo al otro lado como un catálogo de lo imposible. Aquella moto, que invitaba a pensar en una rápida huida. Aquella carretera, y la libertad de seguirla hasta casa, junto a Klara. El camión del correo, que podría llevar una carta a su esposa. Por la dirección de la luz dedujo que se dirigían al nordeste. De todos modos lo habría sabido porque el tren iba ascendiendo. Avanzaban hacia las tierras altas septentrionales a través de Gyöngyös y Füzesabony; unas veces el tren circulaba a paso de tortuga y otras se detenía durante horas. Cada vez que paraba, Andras pensaba que los harían bajar y los con du ci rían a su nuevo lugar de trabajo. De hecho, la segunda noche les ordenaron apearse y los llevaron a un almacén vacío que antiguamente debía de utilizarse para guardar el vino tinto de la región, Egri Bikavér, sangre de toro. En el aire se percibía el olor penetrante y dulzón de las barricas de roble; en el suelo de tierra había cercos de color morado descolorido. Dos cocineros del ejército les sirvieron sopa de col aguada y pedazos duros de pan moreno, la comida habitual del Munkaszolgálat. Guardaron cola para lavarse en un grifo que había en un rincón. No les permitieron hablar entre ellos ni salir del almacén, ni siquiera para orinar; para eso tenían que usar un tonel. La puerta del almacén estaba cerrada, el edificio custodiado por soldados. Por la mañana volvieron a subir al tren y siguieron avanzando hacia el este.

Era la tercera jornada de viaje. Tendría que haber partido hacia Palestina el día anterior. ¿Qué estaría haciendo Klara? Sabía que no cabía esperar que se hubiera marchado sin él. ¿Qué debía de haber pensado dos noches antes, al ver que las horas pasaban y él no regresaba a casa? La imaginó ocupada con las maletas, guardando las cosas del bebé, mirando el reloj de la cómoda; imaginó su inquietud al ver que Andras no llegaba a la hora de siempre; a lo mejor pensó que se había parado a tomar algo en Budapest con Mendel o estaba dando un último paseo. La cena que había preparado se habría

enfriado en la cocina. Habría acostado a Tamás, y la preocupación habría dado paso al miedo a medida que el reloj daba las ocho, las nueve, las diez.

¿Qué supondría que le había ocurrido? ¿Pensaría que lo habían encarcelado o matado? ¿La administración del servicio de trabajo la habría avisado? Probablemente todavía no sabía nada. ¿Y la amenaza de Varsádi? ¿Quedaría satisfecho cuando sus hombres encontraran los originales de *La Vía Torcida* en el despacho de Eppler, o se empeñaría en registrar también su piso?

En el tren todo eran conjeturas sobre el lugar adonde se dirigían y qué les esperaba al final del viaje. La opinión mayoritaria era que había habido un error con el traslado de la compañía. Se les había anunciado que los mandarían al noroeste, a Esztergom, a finales de mes para que trabajaran en otra estación. Debía de haber habido una confusión. Pronto se descubriría el error y subirían a un tren en dirección oeste. Sin embargo, eso no explicaba por qué habían enviado soldados a la estación de Szentendre para subir a los hombres a los vagones, ni por qué habían salido con tal precipitación. Torre de Marfil, el antiguo profesor de historia, propuso otra teoría: creía que los mandaban al este porque habían sido testigos de un delito, la desviación lenta y sistemática de mercancía por valor de millones de pengos hacia el mercado negro. Torre de Marfil explicó que el gobierno había iniciado una campaña para erradicar la corrupción entre los militares. El robo de productos destinados al frente de batalla se consideraba un acto de traición castigado con la muerte. El pánico se había apoderado de los mandos de la compañía del servicio de trabajo, que eran los peores delincuentes. No podían confiar en que los reclutas judíos defendieran la inocencia de los oficiales que los habían maltratado a diario, así que los habían quitado de en medio; era posible incluso que los mandaran al frente oriental.

József estaba aterrado. Andras lo notaba. Apenas hablaba. Guardaba las distancias con los demás y se palpaba cautelosamente la cara donde Varsádi lo había golpeado. No dormía, al menos que Andras hubiera visto; se pasaba las noches enteras revisando y reordenando los pocos artículos de su mochila. No hacía bromas. No probaba la comida del Munkaszolgálat; prefería mordisquear una corteza de *challah* que le había sobrado del último almuerzo en Szentendre. Al principio se negó a utilizar el retrete

comunitario que había en un rincón del vagón; cuando la necesidad lo obligó, volvió como si le hubieran apaleado.

El día dio paso a la noche una vez más y el tren seguía avanzando. No hubo más paradas para comer y beber. No había forma de paliar el calor. Los hombres no podían tumbarse; no había espacio. Hacían turnos para sentarse en el suelo o colocarse junto a la ventana. Al cuarto día resultaba imposible pasar por alto la pestilencia y la sed acuciante que todos sentían, hasta el punto de que Andras empezó a sospechar que el verdadero propósito del viaje era mantenerlos encerrados en el tren hasta que murieran de sed. Aturdido por la deshidratación, llegó a pensar que él tenía la culpa de que estuvieran todos aprisionados en un tren en dirección al este. *La Vía Torcida*, por más que fuera una publicación humorística, había documentado la participación de Szentendre en el mercado negro; había dado a conocer la situación a cualquier recluta demasiado ciego o ingenuo para verlo por sí mismo, y bien podría ser que la información se hubiera propagado fuera de Szentendre. Klara tenía razón; había corrido un riesgo innecesario. El periódico quizá fuera un árbol endeble en un bosque de pruebas incriminadoras, pero no dejaba de ser un testimonio. Varsádi lo había considerado lo bastante importante para hablar con Mendel y con él, lo bastante importante para amenazarlos con un arma. Si no hubieran circulado cincuenta ejemplares del periódico cada semana entre los hombres, y quizá también en la ciudad, ¿se habría transformado el borrachín e indulgente de Varsádi en un hombre deseoso de mandar a toda una compañía al frente solo para salvar el pellejo?

Aquella tarde, Andras estaba junto a la ventana mientras ascendían en plena tormenta por una región de colinas rocosas. Detrás de una cortina de niebla surgió una inmensa masa negra: las ruinas de una fortaleza medieval, un castillo almenado cuyo negro torreón apuntaba al cielo. Andras tocó el hombro de Mendel para que mirara por la ventana. Sintió una opresión en el pecho al experimentar la sensación de que había soñado aquel momento hacía tiempo. Todo le resultaba conocido: el ruido de las ruedas sobre las vías, la oscuridad del vagón, el hedor de los hombres apretujados, la forma recortada de la fortaleza. Notó un sabor metálico en la boca y se le erizó la piel al embargarle una sensación parecida a la vergüenza. ¿Cómo se había permitido creer que él, Klara y Tamás, Tibor, Ilana y Ádám estarían a esas

horas escondidos en una barcaza del Danubio, en dirección a Rumanía, para subir a bordo de un barco que los llevaría a Palestina? ¿Cómo se había permitido creer que cruzarían sin peligro alguno un mar plagado de submarinos, que llegarían a Haifa sanos y salvos para empezar una nueva vida en algún asentamiento y que sus padres se reunirían más tarde con ellos? Incluso se había permitido pensar que Mátyás regresaría ileso del servicio de trabajo y se reuniría con ellos en Palestina. Pero ahí estaban el castillo en la colina, la niebla, el tren: de alguna manera había sabido que ocurriría. En cierto modo había sabido que nunca se marcharían juntos de Budapest, que nunca saldrían de Hungría ni cruzarían el Mediterráneo. Se preguntó si Klara también lo había sabido. En ese caso, ¿cómo se habían permitido persistir en el engaño?

Finalmente comprendió que desde hacía años cultivaba la costumbre de la esperanza ciega. Se había convertido en algo tan natural para él como respirar. Lo había llevado de Konyár a Budapest y a París, de la frialdad solitaria de su habitación en la rue des Écoles al calor acogedor de la rue de Sévigné, de la desesperación del invierno en los Cárpatos a su nuevo piso en la ciudad. Esa esperanza era una derivación inevitable del amor, un sentimiento que le había impedido pensar durante demasiado tiempo o con excesivo detenimiento en qué podía haber sido de Polaner, Ben Yakov y su hermano menor. Le había impedido reflexionar sobre las posibles consecuencias de publicar un periódico como *La Vía Torcida*. No le había permitido imaginar que podían enviarle al este, al frente de batalla. Pero ahí estaba, y ahí estaba también Mendel Horovitz, contemplando cómo desaparecía el castillo entre la niebla.

El tren seguía avanzando siempre cuesta arriba, hacia un aire menos denso y más frío. El calor sofocante desapareció; el aire que entraba por el alto ventanuco olía a abeto. Los hombres estaban en silencio, muertos de sed, debilitados por el hambre y la falta de sueño. Se turnaban para sentarse. Vagaban entre el sueño y la vigilia, sus piernas se balanceaban con el movimiento del tren, notaban los pies entumecidos por la vibración de las ruedas en las interminables vías. Cuando el quinto día el tren se detuvo en una estación, Andras solo pudo pensar en lo agradable que sería tumbarse en el suelo y dormir. Oyeron un ruido cuando fuera alguien retiró la cadena de la puerta para abrirla; una oleada de aire fresco entró en el vagón

pestilente, y los hombres se empujaron para bajar al andén. Aturdido por la sed y el agotamiento, Andras leyó el rótulo de la estación. TYPKA. Un chasquido en la parte delantera del paladar, un estrechamiento de labios alrededor de «ka», el diminutivo húngaro. Sintió un alivio inmenso: no los habían llevado al frente oriental. Seguían dentro de las fronteras de su país.

TYPKA. No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Torre de Marfil, de pie a su lado, negó con la cabeza y lo corrigió.

—Turka —dijo—. Está escrito en cirílico.

Y así era, porque habían llegado a Ucrania.

El campamento donde se suponía que debían instalarse había sido bombardeado una semana antes. Habían muerto ciento setenta hombres y los barracones habían quedado arrasados. Los supervivientes habían tenido que cavar grandes tumbas para sepultar a sus compañeros; la tierra removida se había hundido en las zanjas tras una semana de lluvia. Aquella compañía de trabajo solo había dejado atrás los huesos de sus muertos; ni una señal, ni una herramienta, ni un atisbo de comodidad para los hombres de la 79/6. Andras y los demás durmieron sobre el barro del campo de reunión y al día siguiente se instalaron en el bloque principal y los anexos de un orfanato judío vacío, a medio kilómetro de distancia.

Los edificios estaban construidos con grandes cantidades de hormigón soviético, y el revestimiento de cal de las paredes estaba cubierto de moho verde. Dentro del edificio principal todo estaba concebido a la medida de los niños. Las literas eran muy pequeñas y para tumbarse en ellas los hombres debían ovillarse hasta pegar las rodillas al pecho. Los lavabos tenían agua corriente, lo cual era un milagro, pero eran tan bajos que los reclutas casi tenían que arrodillarse para lavarse la cara. El comedor estaba amueblado con bancos diminutos y mesas bajas; en los pasillos todavía se veían marcas de los zapatos de los críos y huellas de barro. No había ninguna otra señal de ellos en aquel lugar. Las prendas de ropa, los zapatos, los libros, las cucharas, todo había sido retirado, como si nunca hubiera habido niños allí.

Su nuevo comandante era un magiar recio de cabello moreno, con la cara dividida en dos por una espectacular cicatriz, que describía un arco desde la mitad de la frente hasta la punta de la barbilla, le arrasaba el párpado derecho y, esquivando la nariz por un milímetro, dividía los labios en cuatro partes desiguales. El ojo derecho sin párpado daba a sus rasgos una expresión de perpetua sorpresa y horror, como si la conmoción que sintió cuando le infligieron la herida no le hubiera abandonado. Se llamaba Kozma. Era oriundo de Gy´ór. Tenía un lebrel gris al que unas veces pateaba y otras acariciaba, y un teniente llamado Horvath al que trataba del mismo modo. La primera mañana reunió a la compañía en el patio y los hizo marchar a paso ligero por la carretera a lo largo de cinco kilómetros, hasta un campo mojado donde la hierba había crecido de forma irregular sobre una trinchera rellenada. El nuevo comandante les explicó que era allí donde habían puesto en fila a los niños del orfanato para matarlos a tiros, y que sería allí donde los fusilarían a ellos cuando dejaran de ser útiles al ejército húngaro. Tal vez enviaran sus placas de identificación a las respectivas familias, pero ellos nunca regresarían a casa; eran más asquerosos que los cerdos, más despreciables que los gusanos, para él ya estaban muertos. Pero por el momento la compañía se uniría a los quinientos obreros que estaban construyendo una nueva carretera entre Turka y Stryj. La antigua se inundaba cada vez que el río Stryj se desbordaba, de modo que estaban construyendo otra en un terreno más elevado. Los campos de minas representaban un obstáculo menor para la operación; de vez en cuando los reclutas debían limpiarlos para que la carretera pasara a través de ellos. El trabajo debía estar terminado antes de que llegaran las primeras nevadas. Después se encargarían de mantenerla despejada. Orbán, el responsable del registro, se ocuparía de sus cartillas de pago. Tolnay, el oficial médico, los atendería si enfermaban. Pero no se toleraría a los haraganes. Tolnay tenía órdenes estrictas de hacer todo cuanto estuviera en su mano para impedir que los hombres faltaran al trabajo. Deberían obedecer a los guardias y a los oficiales en todo momento; los conflictivos serían castigados y los desertores, fusilados.

Una vez concluido el discurso, Kozma juntó los talones, giró su voluminoso cuerpo con sorprendente rapidez y se apartó para dejar que su teniente se dirigiera a la compañía. Horvath parecía un maniquí desmontable, y tanto su cuerpo como sus rasgos se doblaban como para formar una versión más

delgada de un hombre normal. Se calzó unas gafas en la nariz y sacó unas notas del bolsillo de la pechera. No habría luz eléctrica por la noche, dijo con tono monótono; los hombres no podían escribir cartas y no se les daría otro uniforme si el suyo se gastaba o rompía; no había cantina donde comprar provisiones y estaba prohibido formar grupos y confraternizar con los guardias, tener navajas, fumar, atesorar objetos de valor, comprar en las tiendas del pueblo y comerciar con los campesinos del lugar. Pronto se informaría del traslado a sus familias, pero no habría comunicación postal entre la 79/6 y el mundo exterior: no recibirían cartas, paquetes ni telegramas. Por motivos de seguridad debían llevar los brazaletes en todo momento. Sin la debida identificación, cualquiera de ellos podía ser confundido con el enemigo y abatido.

Horvath les ordenó a gritos que se colocaran en cinco columnas y marcharan de nuevo; se dirigirían de inmediato al lugar de trabajo. La carretera estaba mojada y embarrada. Cuando el cielo se iluminó, Andras vio que se hallaban en un ancho valle fluvial que se extendía entre montañas pobladas de árboles de hoja perenne. A lo lejos se alzaban los picos dentados y grises de los Cárpatos. Las laderas estaban cubiertas de nubes que ver tían niebla en el valle fluvial. El Stryj, crecido por las lluvias, discurría entre empinados terraplenes de tierra marrón. Poco después, Andras notó en la espalda y en los muslos la abrupta cuesta de la carretera. No paraba de dar vueltas en la cabeza a la lista de prohibiciones: sin luz eléctrica después del anochecer, sin cartas, sin comunicación postal. No había forma de ponerse en contacto con Klara. No había forma de saber qué había sido de ella, de Tibor, Ilana y Ádám, o de Mátyás, si es que algún día tenían noticias de él. En sus anteriores destinos en el servicio de trabajo, las cartas de Klara habían impedido que cayera en la desesperación; la necesidad de escribir «estoy bien» lo había ayudado a sentirse relativamente bien. ¿Cómo podría aceptar la imposibilidad de comunicarse con Klara, especialmente después de lo ocurrido? Tendría que encontrar la manera de enviarle una carta, fuesen cuales fuesen las consecuencias. Sobornaría a alguien, firmaría pagarés si era necesario. Escribiría cartas y Klara recibiría sus cartas. En medio de la vasta incertidumbre que lo rodeaba, al menos tenía esa certeza.

Caminaron diez kilómetros hasta el lugar de trabajo, donde les entregaron picos y palas y los dividieron en veinte cuadrillas de seis hombres. Cada cuadrilla disponía de dos carretillas y dos paleadoras. Vieron a cientos de cuadrillas echando paladas de tierra en las carretillas, aplanando el terreno para extender la grava y el asfalto. Al otro lado, una línea de carretera discurría en dirección a Turka; un rastro de marcas topográficas salpicaba la verde infinitud entre la obra y Sjidnitsia. Los supervisores caminaban entre los grupos y azotaban a los hombres en la espalda y las piernas con finas varas de madera.

Trabajaron cinco horas sin parar. A mediodía les dieron un mendrugo de un pan tan correoso que parecía cocido con serrín y un cucharón de sopa de nabo aguada. Después trabajaron hasta el anochecer y caminaron de vuelta al orfanato en la oscuridad. El cocinero de la compañía dio a cada uno una taza de caldo de cebolla, tras lo cual les ordenaron formar en el patio, donde permanecieron tres horas, hasta que por fin Kozma los mandó a la cama, a sus literas de tamaño infantil. Así sería a partir de entonces la vida de aquellos hombres.

Andras dormía en una litera superior, junto a una ventana, y Mendel en la contigua, encima de Torre de Marfil. József ocupaba la litera debajo de Andras. Durante la primera semana en el orfanato, Andras oyó a József moverse y removerse sobre las duras tablas de madera. Cada vez que se daba la vuelta, despertaba a Andras. La quinta noche este tenía ganas de estrangularlo. Solo quería dormir para no pensar dónde estaba y por qué. Pero József no le dejaba. Daba vueltas y se removía durante horas y horas.

—¡Estate quieto! —siseó Andras—. Duérmete.

—Vete al infierno —susurró József.

—Vete tú al infierno.

—Ya estoy en el infierno —dijo József—. Voy a morir aquí. Lo sé.

—Todos moriremos, tarde o temprano —intervino Mendel desde la litera contigua.

—Soy de constitución débil y tengo mal genio —dijo József—. Tomo decisiones equivocadas. Es fácil que replique a alguien que empuña una pistola.

—Llevas dos meses en el servicio de trabajo —le recordó Andras—, y de momento no te has muerto.

—Esto no es Szentendre —repuso József.

—Piensa que es como Szentendre pero con una comida peor y un comandante más feo.

—Por el amor de Dios, Lévi, ¿es que no me escuchas? Necesito ayuda.

—¡Callaos! —exclamó alguien.

Andras bajó de la litera y se sentó en la de József. Escrutó los ojos de József en la oscuridad.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Qué quieres?

—No quiero morir antes de los treinta —susurró József, con la voz rota como la de un niño. Se limpió la nariz con la mano—. No estoy preparado para esto. En los últimos cinco años no he hecho más que comer, beber, follar y pintar. No sobreviviré al trabajo del campamento.

—Claro que sí. Eres joven y estás sano. Sobrevivirás.

Se quedaron en silencio, oyendo la respiración de sus compañeros. El sonido de la respiración de cincuenta hombres dormidos: era como la sección de cuerda de una orquesta en que violines, violas y violoncelos carecieran de cuerdas, un siseo interminable de crin de caballo sobre madera. De vez en cuando un estornudo de instrumento de viento o una tos de metal rompían el flujo de las respiraciones; pero la música sin cuerda continuaba, un constante suspiro en la oscuridad.

—¿Ya está? —preguntó József—. ¿Es todo lo que tienes que decirme?

—Te he dicho lo que hay —contestó Andras—. No estoy en condiciones de darte ánimos.

—No quiero que me des ánimos —susurró József—. Quiero saber cómo sobrevivir. Tú llevas casi tres años en esto. ¿Tienes algún consejo?

—Para empezar, no publiques un periódico subversivo —respondió Andras —. Podría ser que tu comandante te apuntara al pecho con una pistola.

—¿Eso es lo que pasó? —preguntó József—. ¿Qué quería?

—Las planchas de impresión y los originales. Nos amenazó con registrar nuestras casas si no se los entregábamos.

—Oh, Dios mío. ¿Qué le dijisteis?

—La verdad. Los originales están en el despacho del director del *Diario Judío*. O lo estaban. Seguro que ahora ya los tiene Varsádi.

József soltó un largo suspiro.

—Vuestro director habrá pasado un mal trago.

—Lo sé. Y me mortifica. Pero ¿qué podíamos hacer? No podíamos mandar a los hombres de Varsádi a Nefelejcs utca.

—Entendido —susurró József—. No publicaré nunca un periódico subversivo. ¿Qué más?

Andras explicó a József lo que sabía: calla. Pasa inadvertido. No te crees enemigos entre los demás reclutas. No repliques a los guardias. Come lo que te den, por asqueroso que sea, y guarda siempre algo para después. Procura ir lo más limpio posible. Procura tener siempre secos los pies. Cuida la ropa para que no acabe hecha jirones. Fíjate en qué guardias son más comprensivos. Sigue todas las reglas que seas capaz de seguir; cuando incumplas alguna, procura que no te pillen. No olvides nunca la vida que llevabas en casa. No olvides que el servicio de trabajo es finito.

Andras recordó otra lista que él y Mendel habían elaborado tiempo atrás: los diez mandamientos del Munkaszolgálat. ¿Hacía solo tres años que lo habían enviado a la Rutenia carpática? ¿Cuánto tiempo llevaba metido en esto? ¿Sobre qué base podía decir que el servicio era finito? De repente le resultó insoportable seguir pensando o hablando de eso.

—Necesito dormir —dijo.

—De acuerdo —repuso József—. Y gracias.

—Callaos, idiotas —susurró Mendel desde la litera contigua.

—De nada —musitó Andras—. Intenta dormir.

Andras subió a su litera y se arropó con la manta. József no hizo más ruido; dejó de dar vueltas y removerse. Aun así Andras permaneció despierto, oyendo la respiración de los demás hombres. Recordó que las primeras noches de su primer reclutamiento forzoso habían sido tan silenciosas como esa. Pronto ninguno de ellos lograría conciliar el sueño con facilidad; siempre se oiría a alguien toser, gruñir o correr a la letrina, y los atormentarían los piojos y el dolor sordo y aturdidor del hambre…, además de las formaciones a medianoche, si a Kozma le apetecía. Pensó que el Munkaszolgálat era como una enfermedad crónica, cuyos síntomas remitían a veces, pero siempre volvían. Cuando había empezado el servicio militar en Transilvania, había pensado exactamente lo mismo que ahora pensaba József: cuán profundamente injusta era la situación. Eso no podía estarle ocurriendo a él, ni a él ni a Klara, ni a su mente, ni a su cuerpo, esa máquina robusta y fiel. Le había costado creer que todas las grandes angustias de su época en París —todo cuanto había considerado importante, sus estudios, los proyectos, los momentos pasados con Klara, los secretos, su preocupación por el dinero, la escuela, el trabajo o la comida— se habían esfumado, habían perdido su contexto, carecían ahora de sentido, se habían vuelto insignificantes, habían quedado reducidas a la imposibilidad, apretujadas en un espacio demasiado estrecho para que entrara la vida. En cambio ese día, mientras caminaba hacia el lugar de trabajo, sacaba paladas de tierra, engullía la miserable comida y regresaba al orfanato arrastrando los pies por el barro, no había sentido indignación; apenas había sentido nada. Era solo un animal sobre la faz de la tierra, uno entre miles de

millones. El hecho de que hubiera tenido una infancia feliz en Konyár, hubiera ido a la escuela y aprendido a dibujar, hubiese vivido en París y se hubiera enamorado, hubiese estudiado, trabajado y tenido un hijo, nada de eso ayudaba a prever lo que podía ocurrir en el futuro; era básicamente cuestión de suerte. Nada de eso era una recompensa, del mismo modo que el Munkaszolgálat no era un castigo; nada de eso garantizaba la felicidad o el bienestar futuro. En todo el mundo había hombres y mujeres que sufrían. Cientos de miles ya habían muerto en esa guerra, y tal vez él mismo muriera en Turka. Sospechaba que era muy posible que así fuera. Las cosas que podía controlar eran pocas e insignificantes; era una partícula de vida, una mota de polvo humano, perdida en el límite oriental de Europa. Sabía que llegaría un día, quizá no muy lejano, en que le resultaría difícil seguir los consejos que había dado a József. Se dijo que debía pensar en Klara. Debía pensar en Tamás. Y en sus padres, en Tibor y en Mátyás. Debía fingir que no era algo inútil. Debía engañarse para seguir vivo; debía convertirse en una parte dispuesta a participar en la insidiosa ilusión del amor.

Al final de la segunda semana de Andras en Turka, el ayudante del topógrafo murió al estallarle una mina. Sucedió en la carretera nueva, a pocos kilómetros del lugar donde trabajaba Andras, y enseguida corrió la voz entre las cuadrillas. El ayudante del topógrafo era uno de ellos, un miembro del servicio de trabajo. Había ayudado a su superior a señalar el trazado de la carretera en un campo de minas soviéticas. Se suponía que otra compañía de trabajo las había retirado todas hacía meses, pero debían de tener mucha prisa por terminar su tarea. El ayudante había pisado la mina al colocar el trípode. La explosión lo había matado al instante.

El topógrafo, un ingeniero de Szeged, también pertenecía al servicio de trabajo. Andras lo había visto pasar camino del lugar donde se realizaban los trabajos topográficos. Era un hombre bajo y pálido, con gafas sin montura y un poblado bigote cano; llevaba la chaqueta del uniforme tan deshilachada como los demás y las botas envueltas en trapos para impedir que se cayeran a pedazos, pero, como su función era tan importante para el ejército, tenía una gorra de oficial y una insignia en el bolsillo del abrigo. Tenía permiso para comprar cosas en el pueblo y fumar cigarrillos. Y siempre lo llamaban para que hiciera de intérprete, ya que sabía polaco, ruso e incluso un poco de ucraniano y podía hablar con cualquier

campesino de Galitzia en su lengua nativa. Su ayudante, un muchacho delgado de ojos oscuros que no debía de tener más de veinte años, había sido su silenciosa sombra. Tras la muerte del joven, el topógrafo se arrancó el brazalete en señal de duelo y se frotó la cara con ceniza. Iba y venía del lugar donde realizaba su tarea con el equipo a rastras y una expresión de abstraída desesperación. El muchacho era como un hijo para él, según decían; de hecho Andras se enteró más tarde de que era el hijo del mejor amigo del topógrafo en Szeged.

A medida que avanzaba el mes de agosto, resultaba cada vez más evidente que el topógrafo tendría que elegir pronto a un nuevo ayudante. Era demasiado mayor para cargar solo con el equipo; alguien tendría que ayudarlo a fin de que el trazado de la carretera estuviera señalado hasta Sjidnitsia cuando en noviembre llegaran los inspectores alemanes. El topógrafo empezó a hacer preguntas cuando pasaba entre las cuadrillas de reclutas: ¿alguien sabía matemáticas? ¿Alguno había estudiado ingeniería? ¿Había algún dibujante o un arquitecto? Durante la comida de mediodía lo veían repasar listas en las que constaban los nombres de los reclutas y sus empleos anteriores, en busca de alguien que pudiera serle útil.

Una mañana, mientras Andras, Mendel y el resto de su grupo retiraban una masa de asfalto resquebrajado, el topógrafo se acercó por la carretera, precedido por el comandante Kozma. Cuando llegaron junto a la cuadrilla, el comandante se paró y señaló a Andras con el pulgar.

—Ese es —dijo—. Lévi, Andras. No parece gran cosa, pero por lo visto tiene cierta formación.

El topógrafo echó un vistazo a su lista.

—Era estudiante de arquitectura —dijo.

Andras se encogió de hombros. Aquella época ya no le parecía real.

—¿Cuántos años estudió?

—Dos. Hice un curso de ingeniería.

—Bien. —El topógrafo suspiró—. Servirá.

Mendel, que había estado escuchando, se acercó a Andras, miró fijamente al topógrafo y dijo:

—No quiere el trabajo.

De inmediato el comandante Kozma puso una mano en la fusta que llevaba al cinto. Se volvió hacia Mendel y entornó el ojo bueno.

—¿Acaso te ha hablado alguien, cucaracha?

Mendel dudó un momento antes de responder, como si no tuvieran motivos para temer al comandante.

—El trabajo es peligroso, señor —afirmó—. Lévi tiene mujer y un hijo. Elija a alguien que tenga menos que perder.

La cicatriz del comandante enrojeció. Sacó la fusta del cinto y la descargó sobre la cara de Mendel.

—No me digas cómo tengo que dirigir mi compañía, cucaracha —dijo. Y volviéndose hacia Andras añadió—: Muestre sus documentos de trabajo, Lévi.

Andras obedeció.

Kozma sacó un lápiz grasiento del bolsillo del uniforme e hizo una anotación en los documentos para indicar que en adelante Andras estaría bajo el mando directo del topógrafo. Mientras él escribía, Andras extrajo del bolsillo un pañuelo arrugado y se lo ofreció a Mendel, en cuya mejilla había aparecido una línea de sangre. Mendel apretó el pañuelo contra la herida. El topógrafo los observó y pareció comprender la relación que existía entre ellos. Se aclaró la garganta e hizo una seña a Kozma.

—Se me ocurre una idea —dijo—. Si me permite, comandante.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no me cede a este también? —Señaló a Mendel con el pulgar—. Es alto y fuerte. Puede llevar el equipo. Y si hay algún trabajo peligroso, se lo encargaré a él. No querría perder a otro buen ayudante.

Kozma apretó sus destrozados labios.

—¿Los quiere a ambos?

—Es una idea, señor.

—Es usted un judío codicioso, Szolomon.

—Hay que cartografiar la carretera. Iré más rápido con los dos.

Otro oficial se había acercado a la cuadrilla. Era el capataz general, un coronel del Real Cuerpo Húngaro de Ingenieros en la reserva. Quería saber por qué se habían detenido los hombres.

—Szolomon quiere que estos dos le ayuden en las tareas topográficas.

—Bien, pues firme el permiso y que se los lleve. No podemos tener a los hombres parados.

Así fue como Andras y Mendel se convirtieron en los nuevos ayudantes del topógrafo.

Durante el día cartografiaban el trazado de la carretera entre Turka y Yavora, entre Yavora y Novy Kropivnik, entre Novy Kropivnik y Sjidnitsia. Aprendieron los misterios del teodolito, el instrumento óptico del topógrafo, quien les enseñó a montarlo en el trípode y a calibrarlo con la plomada y el nivel de la burbuja de aire. Les enseñó a orientarlo hacia el norte y a alinear el eje óptico y el horizontal, y a pensar en el paisaje con el lenguaje de las formas geométricas: planos bisecados por otros planos dispuestos en ángulos oblicuos o agudos, todos comprensibles, cuantificables y lógicos. Las colinas dentadas no eran más que complejos poliedros; el Stryj, un semicilindro serpenteante que se extendía desde la frontera de la provincia de Lvivska hasta la trinchera más profunda y larga del Dniéster. Sin embargo, les resultaba imposible ver solo la geometría de

los campos; las huellas de la guerra estaban a la vista por todas partes, exigían que se reparara en ellas. Las granjas habían sido incendiadas, algunas por los alemanes en su avance, otras por los rusos en retirada. Las cosechas abandonadas se habían podrido en los campos. En las ciudades, las tiendas judías habían sido saqueadas y ahora estaban vacías. No se veía a ningún judío, hombre, mujer o niño. Los polacos también se habían marchado. Los ucranianos que quedaban tenían la mirada opaca, como si los horrores que habían presenciado los hubieran llevado a bajar el telón de su alma. Aunque la hierba de verano seguía creciendo y en las zarzas que bordeaban la carretera habían salido moras ácidas, el campo parecía muerto, un animal sacrificado y destripado en el suelo del bosque. Los alemanes intentaban ahora rellenarlo con órganos nuevos y obligarlo a continuar adelante. Un corazón nuevo, sangre nueva, un hígado nuevo, entrañas nuevas…, un nuevo centro nervioso, el cuartel general de Hitler en Vinnitsa. La carretera era como una vena. Soldados, trabajadores forzados, munición y suministros circularían por ella en dirección al frente.

El topógrafo era un hombre inteligente. Sabía que el teodolito podía utilizarse para algo más que para determinar el trazado de la carretera. Al poco tiempo de llegar a Ucrania se había dado cuenta de que podía ser una poderosa herramienta de persuasión. Cuando veían una granja o un hostal que parecían prósperos, colocaba el teodolito a la vista de los dueños; siempre salía alguien de la granja o el hostal para preguntarle qué estaba haciendo, y él les decía que la carretera atravesaría sus tierras, y posiblemente incluso la casa. Empezaba una negociación: ¿se podía convencer al topógrafo de que desviara la carretera solo un poquito hacia el este, de modo que no afectara a la casa? El topógrafo podía hacerlo por un módico precio. De esa manera conseguía pan y queso, huevos frescos, fruta, abrigos viejos, mantas y velas. Andras y Mendel llevaban comida y otros productos al orfanato casi todas las noches y los repartían entre los hombres.

El topógrafo también tenía relaciones valiosas, entre ellas un amigo en la Real Escuela Húngara de Instrucción de Oficiales de Turka, un oficial que antaño había sido un actor famoso en Szeged. A ese hombre, llamado Pál Erd´ó, se le había encargado que montara una representación del famoso drama marcial *Los tártaros en Hungría*, de Károly Kisfaludy. Cuando él y

el topógrafo se encontraron en el pueblo, Erd´ó se quejó de lo difícil y estúpido que era montar una obra cuando los jóvenes se preparaban para ir a la guerra. El topógrafo empezó a presionarlo para que utilizara la obra como una excusa para hacer algo bueno; por ejemplo, podía pedir la colaboración de los hombres del servicio de trabajo, a quienes vendría bien pasar algunas de horas de la tarde en la tranquilidad y seguridad relativas de la sala de actos de la escuela. Concretamente mencionó la experiencia de Andras como escenógrafo y el talento literario de Mendel. El capitán Erdó, un liberal de la vieja guardia, estaba deseando hacer algo para aliviar la situación de los reclutas del servicio de trabajo; aparte de Andras y Mendel, solicitó la ayuda de otros seis hombres de la 79/6, entre ellos József Hász, por sus conocimientos de pintura, un sastre, un carpintero y un electricista. Tres tardes a la semana ese grupo dejaba el trabajo para ir a la escuela de instrucción de oficiales, donde ayudaban a montar un drama militar más modesto dentro del mayor. Como paga recibían una ración más de sopa en la cocina de la escuela.

Los días en que el topógrafo no los necesitaba —aquellos en que se quedaba en un despacho para realizar cálculos, corregir mapas topográficos y redactar informes—, Andras y Mendel trabajaban con los demás en la carretera. Esos días Kozma les hacía pagar el tiempo que pasaban con el topógrafo y las tardes en la escuela de instrucción de oficiales. Invariablemente les asignaba las tareas más pesadas, pero ellos pagaban el precio sin rechistar. Sabían que su puesto de ayudantes del topógrafo y su actividad en la escuela de instrucción de oficiales podrían mantenerlos con vida cuando llegara el frío.

Evidentemente no hablaron de publicar un periódico para la 79/6; aunque hubieran tenido tiempo, era imposible convencerse de que no entrañaba ningún peligro. Solo una vez salió a colación *La Vía Torcida*. Fue un martes lluvioso de principios de septiembre, cuando estaban con el topógrafo en un extremo de la carretera, marcando el recorrido de un puente que había que reconstruir. Szolomon los había dejado en una vaquería abandonada mientras él iba a hablar con un granjero cuyas pocilgas estaban situadas demasiado cerca de la futura carretera. Caía una llovizna persistente. Dentro de la vaquería, Andras y Mendel se sentaron sobre unos cubos de leche

puestos del revés y comieron el pan moreno y la cuajada que el topógrafo les había conseguido aquella mañana.

—No está mal para un almuerzo del Munkaszolgálat —comentó Mendel.

—Los hemos tenido peores.

—Ahora podrías estar en Palestina. En cambio, por mi culpa estás visitando la hermosa Ucrania rural.

—¿Por tu culpa? —dijo Andras—. Eso es una estupidez.

—No tanto —repuso Mendel, con sus cejas como antenas de polilla muy juntas—. *El Ganso Azul* fue cosa mía. Lo mismo que *La Mosca Cargante*. *La Vía Torcida* fue una consecuencia natural de los otros dos. Fui yo quien escribió el primer artículo. Y fui yo quien propuso que utilizáramos el periódico para agitar a los hombres a fin de que retrasaran la ope ración.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No dejo de darle vueltas, Andras. Quizá la operación de Varsádi despertó sospechas porque nosotros hicimos que los trenes salieran tarde y eso disparó una alarma.

—Si los trenes salían tarde era porque los hombres al mando de la operación eran demasiado codiciosos para dejar que salieran a su hora. No puedes echarte la culpa de eso.

—No se puede pasar por alto la relación entre un hecho y otro

—apuntó Mendel.

—No es culpa tuya que estemos aquí. Estamos en guerra, por si lo habías olvidado.

—No puedo dejar de pensar que llevamos las cosas demasiado lejos. Si he de ser sincero, eso me quita el sueño. No puedo evitar pensar que estamos todos aquí por nuestra culpa.

Andras había tenido ese mismo pensamiento en el tren y muchas otras veces después. Pero al oír a Mendel verbalizarlo le pareció que reflejaba una nueva forma de desesperación, una forma de deseo que hasta entonces nunca había conocido. Mendel Horovitz se empeñaba en creer, incluso al precio de un sentimiento de culpa terrible, que tenía algún control sobre su propio destino y el de Andras, alguna responsabilidad en los sucesos que los habían alejado de casa y llevado al frente oriental. Por supuesto, pensó Andras. Por supuesto. ¿Por qué no iba a defender un hombre su propia culpabilidad, por qué no iba a desear asumir la responsabilidad del desastre, cuando la alternativa era pensar que no era más que una mota de polvo? Todos los comandantes del Munkaszolgálat, como entonces yo había aprendido Andras, poseían sus neurosis particulares, sus propios motivos egoístas. Una forma de sobrevivir en un campamento de trabajo era descubrir qué podía desencadenar la ira del comandante y adecuar el comportamiento para evitarlo. Sin embargo, lo que desencadenaba la cólera de Kozma era sutil y misterioso, su estado de ánimo, cambiante; las raíces de sus neurosis yacían ocultas en la oscuridad. ¿Qué le hacía ser tan cruel con el teniente Horvath? ¿Qué le llevaba a dar patadas a su lebrel gris? ¿Cuál era el origen de la cicatriz que le cruzaba la cara? Nadie lo sabía, ni siquiera los guardias. La ira de Kozma, una vez desatada, era imposible de aplacar, y no estaba reservada para los hombres que, como Andras y Mendel, disfrutaban de privilegios especiales. Cualquier forma de debilidad llamaba su atención. Un hombre que mostrara señales de fatiga podía ser apaleado o torturado.

A mediados de septiembre empezaron a producirse las primeras muertes, a pesar del tiempo aún templado y las atenciones de Tolnay, el médico de la compañía. Tolnay presentaba con frecuencia informes alarmantes a Kozma, pero un hombre debía estar moribundo para que el comandante lo mandara a la enfermería del Munkaszolgálat, que estaba en el pueblo.

Las noches en el orfanato encerraban terrores imprevisibles. En ocasiones Kozma despertaba a todos los hombres a las dos de la madrugada y les ordenaba formar hasta el amanecer; los guardias les golpeaban si se dormían o caían de rodillas. Otras noches, cuando Kozma y Horvath bebían con los demás oficiales en sus aposentos, llamaban a cuatro reclutas y los obligaban a jugar ante ellos a un juego horrible: dos de los hombres tenían

que sentarse sobre los hombros de los otros dos e intentar derribar al contrario. Kozma les atizaba con la fusta si la lucha no era lo bastante encarnizada. El juego no acababa hasta que uno de los hombres quedaba inconsciente.

Pero la forma más cruel de tortura de Kozma, y la que aplicaba con más frecuencia, consistía en retener los víveres. Al parecer le encantaba saber que sus hombres estaban hambrientos, que solo él controlaba el suministro de comida; al parecer disfrutaba sabiendo que estaban a su merced y desesperados por conseguir lo que solo él podía darles. De no haber sido por los alimentos que Andras y Mendel introducían a hurtadillas después de sus salidas topográficas, toda la compañía 79/6 podría haber muerto de inanición. Con todo, los más jóvenes estaban siempre hambrientos. Ni siquiera la ración completa habría bastado para compensar la energía que gastaban trabajando. No alcanzaban a comprender cómo las otras compañías de trabajo de Turka habían resistido el hambre durante meses seguidos; ¿qué los mantenía con vida? Empezaron a preguntar entre las líneas de reclutas que trabajaban en la carretera qué había que hacer para no morir de hambre. Pronto se enteraron de que existía un próspero mercado negro en el pueblo y de que había toda clase de provisiones a disposición de los hombres si tenían algo para intercambiar. Parecía una amarga ironía que los hombres de una compañía a la que habían cambiado de destino por culpa de los tejemanejes de sus oficiales en el mercado negro se vieran obligados a recurrir a eso, pero lo cierto era que no tenían alternativa.

Una noche en el dormitorio los hombres de la 79/6 reunieron algunos objetos de valor —dos relojes, cierta cantidad de dinero, un mechero de plata, una navaja con incrustaciones de marfil en el mango— y celebraron una conferencia entre susurros para decidir quién se arriesgaría a ir al pueblo. Los peligros eran de sobras conocidos. ¿Cuántas veces les había recordado Horvath que cualquier recluta del servicio de trabajo que no fuera acompañado sería abatido a tiros? Torre de Marfil, que actuaba de moderador, empezó a enumerar una serie de elementos que debían tener en cuenta para tomar la decisión: no se permitiría ir a nadie que estuviera enfermo, tuviera más de cuarenta años o menos de veinte; a nadie que hubiera tenido que participar en el terrible juego de Kozma aquella semana o que hubiera pasado recientemente una noche en el patio; a nadie que

tuviera hijos; a nadie que estuviera casado. Los hombres se miraron intentando determinar quién quedaba.

—Yo cumplo los requisitos —dijo Mendel—. ¿Quién más?

—Yo —respondió un hombre llamado Goldfarb, un pelirrojo robusto que al parecer se había roto la nariz varias veces en peleas que se remontaban a su adolescencia. Era un pastelero del distrito sexto de Budapest, y uno de los hombres más queridos.

—¿Nadie más? —preguntó Torre de Marfil.

Andras sabía quién más quedaba por eliminación: József Hász. Vio que este caminaba lentamente hacia la puerta como si quisiera escabullirse. Antes de que pudiera cruzarla, Torre de Marfil lo llamó.

—¿Y tú, Hász?

—Creo que tengo fiebre —dijo József.

A los hombres de la 79/6, que aguantaban las quejas de József desde que había entrado en la compañía hacía tres meses, se les había acabado la paciencia y no querían oír sus excusas; entre unos cuantos le hicieron volver y lo dejaron en medio del corro que habían formado. Siguió un silencio tenso, y József debió de comprender de inmediato su situación: a nadie le importaría que se jugara el pellejo en beneficio del grupo. En demasiadas ocasiones su holgazanería había hecho que Kozma descargara su ira contra los demás. Estaba encogido, con los hombros caídos.

—No sirvo para moverme a hurtadillas por el bosque —aseguró—. Se me ve a la legua.

—Ya va siendo hora de que arrimes el hombro —dijo Zilber, el electricista que trabajaba con ellos en la escuela de instrucción de oficiales—.

No hemos oído a Horovitz quejarse, y lleva semanas trayendo comida para todos.

—¿Por qué habría de quejarse? —protestó József—. Pasea por los campos con Szolomon mientras nosotros arrancamos el asfalto.

—Ya no te acuerdas de lo que le ocurrió al último ayudante de Szolomon —señaló el electricista—. Yo no aceptaría ese trabajo ni aunque me dieran una habitación para mí solo y un par de campesinas con tetas como melones.

Algunos hombres afirmaron que ellos sí aceptarían el trabajo de Mendel con esas condiciones, y este les aseguró que el puesto no incluía tales beneficios. Todos rieron menos József Hász, que miraba el círculo que lo rodeaba con una expresión cercana al pánico al ver que no tenía ningún aliado. Andras lo observó con una punzada de pena, pero también con cierta satisfacción que le hizo sentirse culpable. Hász descubría una vez más que no estaba exento de las condiciones que conformaban la vida de los mortales. En aquel orfanato de Ucrania, a nadie le importaba de quién era heredero o qué poseía, ni se dejaban impresionar por su atractivo y su media sonrisa. Tenían hambre; necesitaban que alguien fuera al pueblo a buscar comida; él reunía los requisitos. Pronto tendría que capitular.

Pero por encima de todo a József Hász le desagradaba verse arrinconado. Con un tono frío y razonable que ocultaba su pánico, dijo:

—No podéis elegirme a mí antes que a Horovitz.

—¿Y eso por qué? —preguntó el electricista.

—De no ser por él, no estaríais aquí.

Zilber se rió y los demás le imitaron.

—Claro, fue él quien nos metió en el tren —dijo Zilber—. Fue él quien empezó la guerra.

—No, pero publicaba ese periódico lleno de artículos sobre el mercado negro. De ese modo Varsádi se enteró de que todos sabíamos lo que pasaba.

Andras no podía creer lo que estaba ocurriendo, lo que estaba oyendo. Hubo un momento de silencio trémulo, seguido de un barullo de

voces. Torre de Marfil llamó a todos al orden.

—Silencio —susurró—. Si nos oyen los guardias, se acabó el plan.

—Me habéis entendido —prosiguió József mirando a sus compañeros en la penumbra—. De no haber sido por el periódico, Varsádi quizá no habría perdido la cabeza.

Miró a Andras de soslayo, pero no mencionó su papel como ilustrador del periódico; quizá consideró que esa omisión era una forma de agradecerle sus consejos.

—Eso es una estupidez —dijo el electricista—. No nos mandaron aquí por culpa de *La Vía Torcida*. Todos contribuimos a retrasar la operación pensando en los pobres infelices que estaban destinados en sitios como este. Quizá esa sea la razón por la que Varsádi tuvo miedo de que lo descubrieran.

Sin embargo algunos hombres habían empezado a cuchichear y a mirar a Mendel, y después a Andras. Mendel bajó la vista avergonzado; József Hász se había limitado a verbalizar lo que él pensaba.

Percibiendo un cambio de actitud en el grupo, József decidió aprovechar su ventaja.

—El día que nos mandaron aquí… —dijo—, ¿sabéis lo que sucedió?

Varsádi llamó a Horovitz a su despacho para hablar con él. ¿Qué creéis que quería? Desde luego, no pretendía felicitar a nuestro colega por su talento como escritor.

—Ya es suficiente, Hász —lo interrumpió Andras, al tiempo que avanzaba hacia él.

—¿Qué te pasa, tío? —preguntó József lanzándole una mirada amenazadora —. No hago más que repetir lo que tú me contaste.

—¿Qué quería? —inquirió alguien.

—Según Lévi, quería los originales y las planchas de impresión de *La Vía Torcida*. Estaba tan desesperado que llegó a apuntar con un arma a nuestros editores. Creo que todos podemos entender, dadas las circunstancias, por qué Horovitz delató al director del *Diario Judío* que le había ayudado a imprimir el periódico. Sea como fuere, media hora más tarde nos obligaron a subir al tren.

Los hombres miraron a Mendel, que no refutó ni una palabra de lo que había dicho József. Andras solo deseaba abalanzarse sobre József y tirarlo al suelo. Lo único que se lo impedía era el temor a que una pelea alertara a los guardias.

—Escuchadme todos —dijo Torre de Marfil—. No estamos aquí para hablar de *La Vía Torcida*, esto no es un juicio. No se trata decidir quién es el responsable de que estemos aquí. Tenemos hambre y podemos conseguir comida si alguien está dispuesto a ir a buscarla. Quizá habría sido mejor echarlo a suertes con una pajita.

Se oyeron murmullos entre los hombres, que negaban con la cabeza; no pensaban dejar el asunto en manos del azar.

—Dejad que vaya yo solo al pueblo —pidió Mendel mirando fijamente a Torre de Marfil—. Soy rápido, ya lo sabéis. Si voy solo, iré y volveré en un momento.

Torre de Marfil protestó. Había cincuenta hombres en el pelotón, y todos estaban hambrientos; la idea era comprar en el mercado negro una gran cantidad de productos, de modo que una sola persona no podría cargar con ellos.

Los demás miraron a Goldfarb, a József Hász y, por último, a Andras. Sabían que Andras y Mendel formaban un equipo; lo que hacían, lo hacían juntos. En la penumbra del dormitorio crecía la expectación. Andras miró a Mendel, dispuesto a presentarse voluntario, pero este le hizo una seña casi imperceptible con la cabeza: «Espera».

Durante un buen rato nadie habló. József estaba con los brazos cruzados, seguro de que sus palabras tendrían el resultado deseado. Finalmente fue

Goldfarb quien se ofreció:

—Iré yo. Esta no será la única vez que tendremos que ir al pueblo; la próxima mandaremos a Lévi y a Hász, o a quien sea que nos apetezca culpar de algo.

La 79/6 respiró aliviada. Se había tomado una decisión: Horovitz y Goldfarb harían el viaje. Ya habían perdido mucho tiempo; la noche avanzaba y los hombres tenían que marcharse enseguida. Mendel y su compañero se guardaron en los bolsillos del pantalón los objetos de valor que habían recogido, se abrigaron para protegerse del frío y salieron a hurtadillas a la oscuridad. Los demás se echaron en las literas a esperar, excepto Andras Lévi y József Hász, que discutían entre susurros en la letrina. Antes de que József tuviera la oportunidad de tumbarse en su cama, Andras lo había agarrado por el cuello de la camisa y lo había arrastrado hasta el baño, con sus inodoros diminutos y sus lavabos de tamaño infantil. Empujó a József contra la pared y le retorció el cuello de la camisa hasta que lo dejó sin respiración.

—Para —suplicó József entre jadeos—. Suéltame.

—¡Pararé cuando me dé la gana, gusano egoísta!

—No he dicho nada que no fuera verdad —replicó József, y apartó la mano de Andras del cuello de su camisa—. Publicaste aquel periodicucho con Horovitz. Eres tan culpable como él. También podría haber dicho eso, pero no lo he hecho.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que te dé las gracias? ¿Que bese tu asquerosa mano?

—Me da igual lo que hagas. Por mí puedes irte a la mierda, tío.

—La otra noche tenías razón —dijo Andras—. No estás hecho para el trabajo del campamento. Te matará, y espero que sea cuanto antes.

—No estoy tan seguro de eso —repuso József, con su media sonrisa—. Al fin y al cabo, estoy aquí, no de camino al pueblo.

Entonces Andras hizo lo que llevaba meses deseando hacer: echó hacia atrás el puño y lo descargó en la cara de József, con tal fuerza que este cayó al suelo. József se arrodilló en el cemento, se llevó una mano a la mandíbula, y escupió sangre en un desagüe metálico. Andras se frotó los nudillos doloridos. Esperaba experimentar la habitual punzada de remordimiento que siempre atenuaba su odio hacia József, pero no llegó. Lo único que sentía era hambre y agotamiento y el deseo de volver a golpear a József tan fuerte como la primera vez. De mala gana dejó a József en el suelo del baño y volvió a su litera, a la espera de Mendel.

Para llegar al pueblo Mendel y Goldfarb tendrían que caminar cinco kilómetros por el bosque, en la oscuridad; Andras calculó que tardarían una hora. Una vez allí tendrían que encontrar a su contacto para negociar con él, siempre intentando esquivar a las patrullas nocturnas, que los abatirían a tiros en cuanto los vieran. Si localizaban al contacto y este estaba dispuesto a negociar y tenía algo que ofrecer, tardarían otra hora en ponerse en camino. Era muy posible que no volvieran hasta poco antes del toque de diana. Andras imaginó a los dos hombres avanzando por el bosque; Mendel, con sus largas piernas, a zancadas, Goldfarb medio corriendo tras él. Era una noche clara y lo bastante fría para que el aliento de ambos fuera visible. La luna y las estrellas habían salido; habría luz incluso en el bosque. El viento agitaría las hojas caídas y ocultaría el rastro de Mendel y Goldfarb. Estos verían las luces del pueblo a lo lejos, avanzarían entre los árboles hacia aquel resplandor ambarino en el cielo. Ya debían de estar a medio camino.

De pronto Andras oyó una serie de frenéticos ladridos en el bosque, detrás del orfanato. Conocía el sonido, como todos. Era el irascible perro del comandante Kozma, el lebrel gris al que odiaban y que los odiaba.
Un estruendo de gritos surgió del bosque. Los hombres casi se cayeron de las literas en su afán por acercarse a las ventanas. Vieron que el bosque estaba lleno de haces de luz de linterna en movimiento, oyeron el crujido de ramas que se quebraban y gritos ininteligibles que al aproximarse se convirtieron en una sarta de insultos en húngaro. Sombras oscuras avanzaban hacia la luz, quedaban a la vista por un momento y desaparecían antes de que lograran identificarlas. Unas formas humanas se acercaron al muro del orfanato y cruzaron las puertas. Cinco minutos después, el

mismísimo Kozma ordenaba a voz en grito a los hombres que abandonaran el dormitorio y formaran en el patio.

Salieron del edificio sin gorros ni abrigos. La luna era tan brillante que la medianoche parecía pleno día; las sombras de los hombres se proyectaban sobre el muro de ladrillo del patio. En el rincón noroeste había un tumulto: voces de guardias, gañidos de un perro, una pelea y gritos de dolor. Kozma ordenó a los hombres que se pusieran firmes y los miró. Se subió a una sillita de colegial para verlos a todos. Andras y József se hallaban cerca de la primera fila. Hacía frío en el patio, el viento era como una hoja de patín en la nuca de Andras. Kozma rugió una orden; dos guardias sacaron a rastras del rincón a László Goldfarb y a Mendel Horovitz. Ambos estaban cubiertos de arañazos sangrantes, como si hubieran caído en una maraña de espinos. Goldfarb tenía desgarrada la pernera izquierda del pantalón por debajo de la rodilla. A la luz clara de la luna distinguieron las marcas de los dientes del perro en su espinilla. Mendel mantenía un brazo pegado al pecho. Tenía la cara ensangrentada y contraída por el dolor, y arrastraba en el pie derecho una trampa pequeña para animales. Los dientes de acero le habían atravesado la bota.

—Mirad lo que ha encontrado Erzsi en el bosque esta noche —dijo Kozma, y acarició con tal fuerza al perro que el animal gimió—. El teniente Horvath ha tenido la amabilidad de salir para averiguar a qué se debía el alboroto y ha encontrado a estas dos buenas piezas en una cuneta. No era lo que pensábamos pillar con nuestra trampa, ¿eh, Erzsi? —Frotó el lomo del perro con la mano enguantada. Después ordenó a Mendel y a Goldfarb que se desnudaran.

Cuando Goldfarb dejó escapar una exclamación de protesta, el teniente Horvath lo acalló golpeándolo con la culata de su pistola. Los dos hombres comenzaron a desvestirse, mientras Horvath les gritaba. Mendel no podía quitarse la pernera derecha con la bota y la trampa, de modo que se quedó con los pantalones alrededor de los pies, hasta que Horvath se los cortó con un cuchillo. Una vez desnudos, se acurrucaron junto a la pared, temblando violentamente, con las manos cruzadas sobre las ingles. Goldfarb miraba a sus compañeros con cara de estupefacción, como si las filas de hombres formaran parte de un espectáculo incomprensible que le hubieran ordenado

contemplar. Mendel miró a Andras durante unos segundos angustiosos y le guiñó un ojo. Andras sabía que pretendía tranquilizarlo, pero el gesto hizo que se le retorcieran las entrañas de dolor. Ese hombre desnudo y ensangrentado era Mendel Horovitz, su amigo de la infancia y coeditor, no un ingenioso simulacro concebido como otra forma de tortura del Munkaszolgálat. Kozma ordenó a un guardia que les vendara los ojos con sus camisas. Andras conocía al guardia, un antiguo ayudante de fontanero llamado Lukás, que los acompañaba todas las noches a la escuela de oficiales y les pasaba cigarrillos siempre que podía. Su expresión también era de incredulidad y miedo. Aun así vendó los ojos de los hombres como le habían ordenado. Goldfarb metió una mano debajo de la venda para aflojársela. A Andras le resultaba insoportable ver a Mendel con la cabeza gacha, los brazos temblorosos. Bajó la mirada hasta los pies de su amigo, pero allí estaba la trampa, cuyos dientes atravesaban la bota. Goldfarb iba descalzo; tenía los pies cruzados para mantenerlos calientes. En el silencio del patio solo se oía la respiración de los hombres.

Durante largos minutos no ocurrió nada, hasta el punto de que Andras llegó a creer que aquella humillación en forma de frío y desnudez sería el castigo. Pronto dejarían que Mendel y Goldfarb se vistieran y fueran a ver a Tolnay, el oficial médico, que les curaría las heridas. Pero entonces sucedió algo que Andras tardó en entender: una fila de cinco guardias avanzó hacia el espacio que mediaba entre las columnas de la 79/6 y los dos hombres que temblaban arrimados a la pared. Los guardias ocuparon ese espacio como una pantalla, como si su función fuera ocultar la desnudez de Mendel y Goldfarb a los ojos de sus compañeros. Kozma dio una orden; los guardias se colocaron los fusiles al hombro y apuntaron a los hombres con los ojos vendados. De las filas de la 79/6 se elevó un murmullo de incredulidad; en el pecho de Andras nació una cólera incontrolable. Los guardias amartillaron los fusiles.

Kozma pronunció una sola palabra: «Fuego».

Una explosión de pólvora sacudió el patio, resonó entre las paredes de piedra y ascendió hacia el cielo. Al otro lado de la humareda, Mendel Horovitz y László Goldfarb se habían desplomado junto a la pared.

Andras se apretó los ojos con los puños. El estruendo de las detonaciones parecía seguir en su cabeza. Los hombres que hacía un momento estaban de pie yacían ahora en el suelo, con las rodillas dobladas hacia el pecho. Estaban muy quietos y blancos, ya no temblaban; yacían inmóviles, con la cabeza inclinada hacia la del otro, como si se estuvieran haciendo confidencias.

—Desertores —dijo Kozma, cuando la humareda se disipó—. Ladrones. Tenían los bolsillos llenos de cosas hermosas. Ahora ya sabéis que no debéis seguir su ejemplo. Deserción es traición. La pena es la muerte.

—Bajó de su sillita, dio media vuelta y se dirigió al orfanato seguido por su perro, con el teniente Horvath unos pasos atrás.

En cuanto la puerta se cerró, Andras corrió hacia Mendel, se arrodilló a su lado, le puso una mano en el cuello, en el pecho. Ni un latido de vida, nada. En el patio, silencio. Ni siquiera los guardias se movían. Torre de Marfil se adelantó y se arrodilló junto a László Goldfarb sin que nadie hiciera ademán de impedírselo. Cuando se levantó, habló en voz baja con el guardia llamado Lukás. Este asintió con la cabeza y se encaminó hacia un rincón del patio. Sacó un llavero que llevaba en el cinturón y abrió el cobertizo de madera donde se guardaban las palas. Torre de Marfil cogió una y se puso a cavar un hoyo cerca del muro del patio. Andras lo observó aturdido, como si estuviera viviendo una pesadilla; vio que los demás hombres se unían a Torre de Marfil en aquella incomprensible tarea. József permaneció inmóvil, con la boca abierta, hasta que alguien le dio un empujón; entonces él también cogió una pala y empezó a cavar. Alguien debió de ayudar a Andras a levantarse, porque se encontró avanzando a trompicones hacia el cobertizo, cogiendo la pala que Lukás le tendía, inclinándose al lado de József. Como en un sueño, apoyó la pala en la tierra y la clavó con todas sus fuerzas. La tierra estaba dura, apretada. El golpe de la hoja se transmitió al mango y a los huesos de Andras. Con voz queda empezó a murmurar una serie de palabras en hebreo: «Tú nos libras de la trampa del cazador y de la pestilencia de la destrucción, nos cubres con tus alas, nos proteges de las plagas que acechan en la oscuridad y de la enfermedad que nos debilita a mediodía. Tú eres nuestra protección. Ningún mal nos acontecerá. Los ángeles nos custodian en nuestro camino

llevándonos de la mano». Sabía que era el salmo noventa y uno, el que se recitaba en los funerales. Sabía que estaba cavando una tumba. Sin embargo, no acababa de creer que el cadáver de la pared fuera el de Mendel Horovitz, no podía creer que el hombre al que tanto había querido desde la infancia hubiese sido asesinado. No era capaz de asimilar el aturdimiento absoluto. No podía respirar, no podía pensar. En su cabeza, el salmo noventa y uno, el estallido y los fogonazos de los disparos, el sonido de las palas en la tierra fría.

OceanofPDF.com

35

«Los tártaros en Hungría»

Los dos hombres fueron enterrados al amanecer. No hubo tiempo para el *shivah*, ni siquiera para lavar los cadáveres. Kozma consideraba una concesión haber dejado que la compañía 79/6 sepultara a sus compañeros caídos. Para compensar aquella concesión, retuvo las raciones de sopa durante el resto de la semana. Los días transcurrieron en una especie de silencio impregnado de consternación, una incredulidad vibrante. Ya era terrible ver cómo los hombres mayores morían de agotamiento o a causa de alguna enfermedad, pero aún era peor ver cómo mataban a los jóvenes. József Hász parecía más conmocionado que los demás, como si acabara de descubrir que un acto suyo, un ejercicio de voluntad, podía tener consecuencias desastrosas para otro ser humano. Durante la primera semana comió poco y durmió menos, y luego sorprendió a la compañía presentándose voluntario para sustituir a Mendel como segundo ayudante del topógrafo. Entonces todos creían que el puesto estaba maldito; nadie lo quería para sí. En cambio József pareció considerarlo una especie de penitencia. En las salidas de prospección se convirtió en un criado de Andras. Si había que llevar equipo pesado, cargaba con él. Recogía leña, encendía la hoguera para cocinar, renunciaba a la parte que le correspondía de los alimentos que recogía el topógrafo. Este, enterado de lo que les había sucedido a Mendel Horovitz y László Goldfarb, aceptó su servidumbre con callada seriedad. Lo que había ocurrido era una de las muchas atrocidades del Munkaszolgálat, que ahora se extendía a través de la tortura emocional de aquel joven inexperto. En cambio Andras, veinte años menor que el topógrafo y todavía capaz de asombrarse ante el egoísmo y la crueldad humanos, se negaba a perdonar a József, se negaba incluso a mirarlo. Cada vez que este pasaba por su campo de visión, en su cabeza se desovillaba la misma cinta de pensamientos. ¿Por qué le había tocado a Mendel, no a József? ¿Por qué no estaba József en el bosque aquella noche, por qué no era József el de la trampa en el pie? ¿Por qué no podían volverse las tornas? ¿Por qué no era József el que se había ido para siempre? Andras creía haber experimentado en el pasado la frustración y el sentimiento de impotencia; creía saber bien qué era el dolor. Pero lo que sentía ahora era más agudo

que cualquier frustración, cualquier aflicción que hubiera experimentado antes. No parecía tener que ver solo con Mendel, sino también con él mismo; no era solo el horror por la muerte de Mendel, el hecho innegable de que Mendel había desaparecido, sino también la convicción de que él mismo y toda la 79/6 habían entrado en otra clase de infierno. Eso también era culpa de József, que había llevado a Andras a aquel peligroso estado de desesperación. Descubrió que podía habitar aquella desesperación y al mismo tiempo alimentar una furia ciega contra József por haberlo conducido allí. Cuando ambos fueron a una misión de prospección hasta una zona cercana a una franja de tierra minada, deseó ver a József engullido en una ensordecedora explosión de fuego. Era lo mínimo que se merecía. Aquel año József lo había traicionado dos veces, una en Budapest y la segunda en Ucrania, a un precio terrible. Los lazos de sangre que unían a József y Klara, la persona a la que Andras más amaba en el mundo, era otro motivo de sufrimiento. Si hubiera podido borrar a József de la memoria de Klara, borrarlo de la familia Hász, lo habría hecho sin dudarlo. Pero József se negaba obstinadamente a desaparecer. Se negaba a pisar una mina. Planeaba en el borde del campo de visión de Andras para recordarle que lo que había ocurrido no era una ilusión y no cambiaría.

Las noches en la escuela de instrucción de oficiales no le proporcionaban ningún alivio. También allí eran compañeros: Andras era el escenógrafo y József el director artístico. Andras conocía mejor la obra, *Los tártaros en Hungría*, de Kisfaludy. La había estudiado hasta el aburrimiento en la escuela de Konyár. Un profesor estricto se había encargado de que la historia se le quedara grabada en el cerebro: antes de ser dramaturgo, Kisfaludy había sido soldado en las guerras napoleónicas. Al volver a casa quiso llevar su experiencia al escenario, pero las guerras eran demasiado recientes; así que se remontó al pasado lejano de Hungría. Andras había escrito un largo ensayo sobre Kisfaludy para la graduación de la escuela primaria. Ahora estaba diseñando los decorados para *Los tártaros en Hungría* en una escuela de instrucción de oficiales en Ucrania en medio de una guerra mundial, y su compañero era el hombre responsable, en cierta medida, de la muerte de Mendel Horovitz. Pero no había tiempo para detenerse a reflexionar sobre aquel pedazo de irrealidad. El capitán Erd´ó, director del proyecto, trabajaba con muchas prisas. El nuevo ministro de

Defensa visitaría próximamente la escuela de instrucción de oficiales; la obra se estrenaría en su honor.

Un jueves por la tarde, a principios de octubre, Andras y József estaban en posición de firmes en la cavernosa sala de actos de la escuela de instrucción de oficiales, mientras Erd´ó repasaba los planos que habían dibujado. El capitán era un hombre alto, de torso fuerte y grueso, con una corona de cabellos canosos cortados al rape. Llevaba perilla y usaba monóculo, pero su expresión burlona daba a entender que era todo una farsa, un disfraz. Se consideraba un farsante y quería que todos participaran de la broma. Mientras evaluaba los planos de Andras y József, hablaba como si fuera tres o cuatro personas en lugar de una. Preguntó si, en vez de pintar los árboles, no podrían poner unos árboles de verdad para representar el bosque. ¿Les parecía poco práctico? ¡Por supuesto que no era práctico! ¿Árboles de verdad? ¿Quién tenía tiempo o ganas de arrancar árboles? De todos modos, ¿no era importante conseguir un ambiente realista? Por supuesto. Árboles de verdad, pues; árboles de verdad. También podían utilizar tiendas de verdad para el campamento. Era una idea estupenda. Había muchas tiendas por allí, no les costaría nada. Y esa cueva que pensaban construir con papel maché y tela metálica, ¿no podría construirse en dos piezas a fin de que fuera más fácil de mover? Claro que sí, siempre y cuando se diseñara debidamente, y para eso tenía a József y a Andras, ¿no? Todo debía diseñarse y realizarse con la máxima profesionalidad. No contaba con un gran presupuesto, pero la escuela quería causar una buena impresión al ministro de Defensa. Pidió a Andras y a József que elaboraran una lista de materiales de construcción: madera, tela metálica, periódicos, lona, lo que necesitaran. A continuación se acercó a ellos un poco más y habló en un tono diferente.

—Escuchadme, muchachos. Szolomon me cuenta lo que ocurre en vuestra compañía. Kozma es una bestia. Lo que sucede allí es abominable. Si puedo hacer algo por vosotros, no dudéis en decírmelo. Lo que sea. ¿Necesitáis comida? ¿Ropa? ¿Tenéis suficientes mantas?

Andras no sabía por dónde empezar. ¿Qué necesitaba la 79/6? De todo: morfina, penicilina, vendas, comida, mantas, abrigos, botas, ropa interior y pantalones de lana y una semana de sueño.

—Material médico —respondió—. De toda clase. Y pastillas de vitaminas. Y mantas. Cualquier cosa será bienvenida.

Pero József tenía otra idea.

—Usted puede enviar cartas, ¿verdad? —dijo—. Puede hacer saber a nuestra familia que estamos vivos.

Erdó asintió lentamente.

—Y también puede recibir cartas dirigidas a nosotros, si las mandan a su nombre.

—En efecto, puedo, pero es peligroso. Lo que me propones va contra el reglamento, y ya sabéis que toda la correspondencia es sometida a censura. Tendréis que aseguraros de que vuestra familia lo entienda. Una palabra equivocada en una carta podría comprometernos a todos.

—Se lo haremos comprender —afirmó József. Y añadió—: ¿Puede proporcionarnos plumas y tinta? ¿Y papel de escribir?

—Por supuesto. Eso es fácil.

—Si escribimos las cartas esta noche, ¿podrá mandarlas con el correo de pasado mañana?

Erdó asintió de nuevo con semblante adusto.

—Sí, muchachos —respondió—. Así lo haré.

Aquella noche, mientras el guardia llamado Lukás acompañaba a Andras y a József al orfanato junto con los demás hombres a los que se permitía trabajar en *Los tártaros en Hungría*, Andras tuvo que reconocer que la idea de József había sido buena. Le daba vértigo solo pensar en lo que escribiría a Klara en cuanto llegara. « Ya sabrás por qué no regresé a casa el día antes de nuestro viaje: me secuestraron junto con el resto de la compañía y nos mandaron a Ucrania. Desde que llegamos nos hacen pasar hambre, nos pegan, nos obligan a trabajar hasta la extenuación, dejan morir a los enfermos, e incluso han matado a algunos. Mendel Horovitz está muerto.

Murió con los ojos vendados y desnudo frente a un pelotón de fusilamiento, en parte gracias a tu sobrino. En cuanto a mí, apenas sé si estoy vivo o muerto.» No podía escribir eso, evidentemente; la verdad jamás pasaría la censura. Sin embargo, sí podía suplicar a Klara que fuera a Palestina…, encontraría la manera de decirlo, aunque fuera en clave. Incluso se permitió abrigar la esperanza de que ya estuviera en Palestina, de que Elza Hász respondiera a su misiva para darle la noticia de que Klara había descendido por el Danubio con Tibor, Ilana y Ádám, había cruzado el mar Negro y atravesado el Bósforo, tal como habían planeado, para iniciar una nueva vida en Palestina, donde ella y Tamás estarían relativamente a salvo de la guerra.

«Querida K. —escribió aquella noche—. Tu sobrino y yo te mandamos saludos desde la ciudad de T. Escribo con la esperanza de que esta carta no te llegue a Budapest, que ya te hayas marchado al campo. Si has pospuesto el viaje, te ruego que no lo retrases más por mí. Debes irte si se presenta la oportunidad. Estoy bien, pero estaría mejor si supiera que sigues adelante con los planes que hicimos.» Y la noticia terrible: «Debo comunicarte que nuestro amigo M. H. tuvo que partir hace un mes hacia Lachaise». Una referencia al cementerio de París. ¿Lo entendería? «Ya imaginarás cómo me siento. Os echo muchísimo de menos a ti y a Tamás y pienso en vosotros día y noche. Volveré a escribir en cuanto pueda. Con amor, tu A.»

Dobló la carta y la escondió en el bolsillo interior de la chaqueta, y al día siguiente se la entregó a Erd´ó. No había forma de saber cuándo o cómo la recibiría Klara, o si llegaría siquiera a sus manos, pero la idea de que algún día la leyera fue el primer consuelo que experimentaba en los últimos tiempos. Si a Andras le sorprendió ver que los jóvenes aspirantes a oficiales que formaban su equipo de construcción de decorados aceptaban sus órdenes con respetuosa deferencia, la sorpresa se esfumó rápidamente. Tras unas semanas de trabajo vespertino en la escuela de instrucción de oficiales, se acostumbró a caminar entre ellos como una especie de capataz para comprobar que seguían sus indicaciones. Entre ellos había poca conciencia de sus diferencias y poca formalidad. Los aspirantes a oficiales y los reclutas se llamaban por el nombre, incluso con diminutivos: Sanyi, Józska, Bandi. No podían comer todos juntos en el comedor de oficiales, pero a menudo los hombres del equipo de Andras iban hasta la puerta trasera de la

cocina y regresaban con comida para todos. Cenaban en el escenario, con las piernas cruzadas, entre los proyectos de construcción y los decorados a medio pintar. Andras y József, aunque enzarzados en una batalla silenciosa, engordaron y consiguieron montar los decorados. Aguardaban la respuesta a sus cartas, y cada vez que Erd´ó entraba en la sala de actos abrigaban la esperanza de que los llamara a su despacho y sacara un sobre sucio del bolsillo del pecho. Pero las semanas pasaban y las cartas no llegaban. Erdó les dijo que tuvieran paciencia; todo el mundo sabía que el servicio postal era muy lento, y más aún cuando la correspondencia tenía que cruzar fronteras.

Se acercaba la fecha del estreno de *Los tártaros en Hungría* y seguía sin llegar ninguna carta. Andras iba medio consumido por la preocupación. Estaba seguro de que Klara, György y Elza habían sido arrestados y encarcelados, que Tamás se hallaba al cuidado de unos desconocidos. Juzgarían a Klara, la condenarían y la ejecutarían. Y él estaba atrapado en Ucrania, donde no podía hacer absolutamente nada; y cuando la obra acabara perdería la relación con Erd´ó, y con ella, la posibilidad de mandar o recibir noticias de casa.

El 29 de octubre llegó a Turka el nuevo ministro de Defensa húngaro. Se celebraría un desfile oficial en el pueblo. Todas las compañías de los alrededores debían estar presentes. Aquella mañana, el comandante Kozma llevó a los hombres de la 79/6 a la plaza del pueblo y les indicó que se coocaran en posición de firmes a lo largo del lado occidental. Les habían ordenado que se lavaran y remendaran los uniformes desgarrados para la visita del general Vilmos Nagy; a tal efecto les habían proporcionado hilo y parches. Los hombres hicieron lo que pudieron, pero seguían pareciendo espantapájaros. Con el trabajo en la carretera sus chaquetas y pantalones habían acabado destrozados. Habían conseguido que los ropavejeros ucranianos del mercado negro les proporcionaran trajes de paisano, pero no podían sustituir los andrajosos uniformes por otros nuevos porque el ejército ya no suministraba ropa a los hombres del servicio de trabajo. Andras había observado la degeneración de su uniforme durante los días que había pasado en la escuela de instrucción de oficiales. Su chaqueta y sus pantalones parecían un disfraz de vagabundo en comparación con el uniforme almidonado de los jóvenes oficiales.

Al otro lado de la plaza, a la cabeza de una compañía de aspirantes a oficiales bien aseados, Andras distinguió la postura erguida de Erd´ó y los destellos de su monóculo. Sus botones centelleaban como un fuego dorado a la luz de la mañana. Aquello era para él un gran espectáculo. Estaba satisfecho con el trabajo que habían hecho Andras y József. Cuando montaron los telones de fondo y decorados terminados antes del ensayo general, se había mostrado tan entusiasmado en sus elogios que le había reventado un capilar en el ojo izquierdo. El ensayo general había sido perfecto, exceptuando el olvido de un par de frases, pero ya estaba todo arreglado y se había pulido todo hasta darle un brillo militar. Los decorados, los trajes, incluso un gran telón de lona pintada de rojo y oro, esperaban la llegada del general. La obra se estrenaría aquella noche.

La caravana de coches del general estuvo precedida por una banda de aspirantes a oficial: unos pocos trompetistas entusiastas, un trombonista flemático, un flautista gordo, un tamborilero rubicundo. Detrás aparecieron dos camiones blindados donde ondeaba la bandera húngara, una fila de policías militares en moto y, por último, el coche descapotable del general Vilmos Nagybaczoni Nagy, un Lada negro reluciente con neumáticos con el borde blanco. El general era más joven de lo que esperaba Andras, todavía no peinaba canas. Su uniforme estaba repleto de condecoraciones de todas las formas y colores, entre ellas una cruz turquesa y dorada que representaba el mayor reconocimiento del Honvédség al valor en combate. A su lado había un joven con un uniforme menos resplandeciente, probablemente su ayudante de campo o secretario. De vez en cuando el general apartaba la vista de las filas de hombres para susurrar algo al oído del joven oficial, y este garabateaba unas líneas en un cuaderno de taquigrafía. La mirada del general pareció demorarse en las compañías del servicio de trabajo. Andras no se atrevió a mirarlo directamente, pero sintió la mirada de Nagy cuando el coche pasó por delante. El general inclinó la cabeza para hablar con el ayudante, y este tomó unas notas. Una vez que la caravana hubo dado la vuelta a la plaza, la banda se apartó a un lado y los coches se dirigieron hacia la escuela de instrucción de oficiales.

Cuando Andras y József llegaron a la sala de actos para ultimar los preparativos de la función, reinaba allí una gran confusión. Se habían retirado a un costado los telones de fondo a fin de que el director general de

la academia pudiera pronunciar su discurso de bienvenida, y al hacerlo dos se habían roto y un lado de la cueva de papel maché se había aplastado. Erd ´ó se paseaba por el escenario desesperado y presa del pánico, declarando a voz en cuello que no era posible arreglarlo a tiempo, mientras Andras, József y los demás se afanaban en las reparaciones. Andras recompuso la cueva con un cubo de pasta y un trozo de papel marrón; József remendó una ruina romana con un rollo de cinta. Los demás realinearon y volvieron a colgar el segundo telón de fondo roto. Cuando terminó la cena, todo estaba en orden. Llegaron los actores para ponerse sus trajes de tártaros y magiares y practicar sus ejercicios vocales repasando sus frases detrás del escenario con tanta seriedad y petulancia como los actores del Sarah-Bernhardt.

A las ocho y media la sala de actos estaba llena de aspirantes a oficial. En el barullo se percibía una alegría tensa, un zumbido de expectación. Andras encontró un rincón oscuro en un bastidor lateral desde el que podía observar los discursos y el espectáculo. Captó el destello del brillo militar de la chaqueta del general cuando este recorrió el pasillo central para tomar asiento en la primera fila de bancos. El director de la escuela subió al escenario y pronunció su discurso, un retórico *pas de deux* de deferencia y pomposidad. Las bravatas del director general merecieron seis segundos de aplausos obedientes por parte de los aspirantes a oficial. Cuando el general Nagy se levantó para subir al escenario, los hombres se pusieron en pie y prorrumpieron en vítores atronadores. El general les había elegido, había concedido a aquel lugar la gracia de ser la primera parada en su gira por el frente oriental; cuando se marchara, iría directamente al cuartel general de Hitler en Vinnitsa. Alzó una mano en señal de gratitud, y los jóvenes se sentaron y callaron, expectantes.

—Soldados —empezó—, jóvenes, no daré un largo discurso. No hace falta que les diga que la guerra es algo terrible. Están lejos de su casa y de su familia, y antes de volver habrán ido más lejos aún. Son ustedes muchachos valientes. —Vilmos Nagy carecía de la fanfarronería y el fervor teatral del director general. Hablaba con las vocales redondeadas de un campesino del Hajdú y se agarraba al podio con sus grandes manos rojizas—. Hablaré con franqueza —prosiguió—. Los soviéticos son más fuertes de lo que creíamos. Ustedes están aquí porque no conseguimos tomar Rusia en primavera. Muchos de sus compañeros ya han muerto. Se les

está entrenando para que conduzcan a más hombres a la batalla. Pero ustedes son magiares, muchachos. Han sobrevivido a mil años de batallas. No hay enemigo que pueda igualarlos, que pueda derrotarlos. Aniquilaron a los tártaros en Pest. Aplastaron a ochenta mil turcos en el castillo de Eger. Eran mejores guerreros y mejores líderes.

De los aspirantes a oficial se elevó una salva de vítores entusiastas. El general esperó a que se hiciera el silencio.

—Recuerden que están luchando por Hungría —continuó—. Por Hungría; por nadie más. Los alemanes son nuestros aliados, pero no nuestros amos. Su forma de ser no es la nuestra. El magiar no es un pueblo ario. Los alemanes nos consideran una nación ignorante. Tenemos sangre de los bárbaros, somos indómitos. Nos negamos a abrazar el totalitarismo. No deportaremos a nuestros judíos ni a nuestros gitanos. Estamos orgullosos de nuestra lengua. Luchamos para ganar, no para morir.

Otra salva de vítores, esta vez más tímidos. A los aspirantes a oficial les habían enseñado a reverenciar la autoridad alemana por encima de todo; les habían enseñado a hablar del importantísimo y todopoderoso aliado de Hungría con un respeto incondicional.

—Recuerden lo sucedido este verano a orillas del Don —prosiguió Nagy—. Las diez divisiones de nuestro general Jány estaban desplegadas en una zona de cien kilómetros entre Voronezh y Pavlovsk. El *generalfeld-marschall* Von Weichs pretendía que, con tan solo esas diez divisiones ligeras, mantuviéramos a los rusos en la orilla oriental. Bien, ya saben ustedes lo que pasó: nuestros tanques se hallaban indefensos ante los T-34 soviéticos. Nuestras armas no estaban a la altura. Nuestra cadena de suministro no funcionaba. Nuestros hombres morían. Así pues, Jány hizo retroceder a sus divisiones y tomar posiciones defensivas. Entendió la situación y tomó una decisión que salvó la vida de miles de hombres. ¡Y por eso Von Weichs y el general Halder nos acusaron de cobardía! Quizá nos habrían admirado más si hubiéramos dejado morir a cuarenta mil o sesenta mil de nuestros hombres, en lugar de solo veinte mil. Quizá habrían preferido ver cómo se vertía hasta la última gota de nuestra sangre bárbara. —Calló y miró las filas de hombres silenciosos, como si buscara sus ojos en la oscuridad—. Alemania es nuestra aliada. Su victoria nos fortalecerá. Pero

no crean que Alemania tiene otro objetivo aparte de la supervivencia del Reich. En cambio nuestro objetivo es la supervivencia de Hungría, y no me refiero solamente a conservar nuestra soberanía y nuestros territorios, sino también la vida de nuestros jóvenes.

Los hombres se habían sumido en un silencio extasiado. Nadie aplaudió; todos esperaban a que Nagy continuara. Les habían dicho tan pocas veces la verdad, pensó Andras, que al oírla habían enmudecido.

—A ustedes se les ha entrenado para que combatan con inteligencia y minimicen nuestras pérdidas —siguió Nagy—. Queremos que vuelvan a casa vivos. No les necesitaremos menos cuando la guerra haya terminado.

—Hizo una pausa y exhaló un profundo suspiro; le temblaban las manos, como si el esfuerzo de pronunciar el discurso lo hubiera agotado. Miró hacia los bastidores, hacia la oscuridad desde donde Andras lo observaba de pie. Posó la vista en él un instante antes de dirigirla de nuevo hacia los jóvenes aspirantes a oficial—. Quiero decirles algo más —añadió—. Respeten a los hombres del servicio de trabajo. Se están ensuciando las manos por ustedes. Son sus hermanos en esta guerra. Algunos oficiales han decidido tratarlos como a perros, pero eso va a cambiar. Solo les digo que sean buenas personas. Respeten cuando el respeto sea merecido. —Inclinó la cabeza, como si estuviera reflexionando, y a continuación se encogió de hombros—. He terminado —dijo—. Son ustedes soldados valientes. Les doy las gracias por su trabajo.

Bajó del podio entre aplausos apagados que denotaban estupefacción. Nadie sabía qué pensar del nuevo ministro de Defensa; algunas de las cosas que había dicho parecían inapropiadas para expresarlas en público, y más aún en una escuela de instrucción de oficiales. Pero apenas hubo tiempo para reaccionar. La función debía empezar. Los magiares se reunieron en el escenario para representar la primera escena; los reclutas arrastraron la ruina romana hasta colocarla en su lugar y bajaron un decorado que representaba un cielo azul sobre las colinas de color musgo de Buda. Cuando alzaron el telón, los focos iluminaron a los húngaros de aspecto marcial con armaduras pintadas que había en el escenario. El jefe de los magiares desenvainó la espada y la levantó. Cuando se disponía a pronunciar su primera frase, el aire pareció quebrarse con un gemido

profundo. En la sala de actos resonó un llanto de aflicción que ascendía y descendía. Andras conocía el sonido: era una sirena antiaérea. Todos habían realizado simulacros, tanto en la academia militar como en el orfanato, pero no se había previsto cómo se debía proceder esa noche, y el ataque aéreo no formaba parte de la representación. Era de verdad. Estaban a punto de bombardearlos.

El público se puso en pie de inmediato y empezó a correr hacia las salidas. Un grupo de oficiales rodeó al general Nagy, que perdió la gorra entre la multitud. Se llevó la mano a la cabeza y miró alrededor mientras sus ayudantes lo conducían apresuradamente hacia una puerta lateral. Los actores abandonaron a toda prisa el escenario, dejando caer sus armas de cartón, y se dirigieron apelotonados hacia una escalera que había al fondo de la sala. Andras, József y los demás miembros del servicio de trabajo bajaron tras ellos por la escalera hasta el refugio del sótano, un laberinto de habitaciones de hormigón unidas por pasillos de techo bajo. Los hombres doblaron una esquina y se metieron en una estancia oscura; tras ellos entraron raudales de aspirantes a oficial. Las sirenas antiaéreas seguían sonando.

Cuando llegaron las primeras bombas, el refugio se estremeció como si la luna hubiera caído de su órbita y se hubiera estampado sobre la tierra. El techo soltó una lluvia de polvo de hormigón y las bombillas parpadearon en sus jaulas de alambre. Algunos hombres blasfemaron. Otros cerraron los ojos, como si estuvieran rezando. József pidió un cigarrillo a un aspirante a oficial y se puso a fumar.

—Apágalo —susurró Andras—. Si hay un escape de gas, moriremos todos.

—Si voy a morir, quiero fumar —repuso József.

Andras negó con la cabeza. A su lado, József expelió por la nariz una nube exuberante de humo, pero otra fuerte explosión lo lanzó contra Andras y el cigarrillo se le cayó de los dedos. Una serie de sacudidas estremecedoras hicieron vibrar los cimientos del edificio como pequeños terremotos; era el fuego antiaéreo, los disparos de la artillería alojada no muy lejos de la sala de actos. Arriba estallaron cristales, y a través de las paredes del refugio les llegaron unos gritos apagados.

—¡Firmes! —ordenó un oficial.

Se pusieron firmes. Se mantuvieron en aquella posición hasta que cayó la siguiente bomba. Mientras los cimientos temblaban, Andras pensó en el peso de los materiales del edificio: las pesadas vigas, los suelos, las paredes, las toneladas de hormigón y ladrillo, los puntales del techo, los miles y miles de tejas de pizarra. Imaginó todos esos materiales cayendo sobre la arquitectura de su cuerpo. Piel frágil, músculo frágil, hueso frágil, las ingeniosas estructuras de los órganos, la compleja disposición de las células…, todo cuanto Tibor le había enseñado en el libro de anatomía de Klara hacía tanto tiempo en París. De repente no podía respirar. Otra detonación hizo estremecer la habitación, y apareció una grieta en el techo.

Después hubo una pausa. Los hombres permanecieron en silencio, a la espera. La artillería antiaérea debía de haber recibido una bomba, o los artilleros aguardaban a que llegara la siguiente oleada de aviones. Eso era peor: no saber cuándo vendría la siguiente andanada. József movía los labios como si estuviera susurrando un conjuro. Andras se inclinó hacia él para averiguar qué salmo o plegaria había conseguido transmitir aquella expresión de serenidad a la cara de József, y cuando oyó las palabras, casi se echó a reír. Era una canción de Cole Porter que József había puesto a menudo en su fonógrafo en las fiestas. *I'm with you once more under the stars. / And down by the shore an orchestra's playing. / And even the palms seem to be swaying. / When they begin the beguine.* La calma acabó con el renovado *staccato* de fuego antiaéreo, seguido de un acorde percutivo de explosiones, como si hubieran estallado tres bombas a la vez. Los hombres cayeron de rodillas y se apagó la luz. József soltó un gemido animal de pánico. Así sería pues, pensó Andras: József recibiría su castigo allí, en aquella tumba bajo la sala de actos de los oficiales. Como en un cuento de hadas, donde los deseos egoístas a menudo se cobraban un precio cruel, József moriría, pero Andras tendría que morir con él. Mientras el bombardeo continuaba, József apoyó la frente sobre el hombro de Andras y dijo:

—Lo siento, lo siento.

El olor a tabaco en sus cabellos era el olor de las veladas en París. Sin pensar, Andras le puso una mano en la cabeza.

De repente las bombillas volvieron a parpadear. Los hombres se pusieron de pie. Se sacudieron el polvo de los uniformes y actuaron como si no hubieran estado agarrándose unos a otros del brazo, hundiendo la cara en el pecho del compañero, rezando, llorando y pidiendo perdón. Se miraron como si desearan confirmar que ninguno había tenido miedo. La tierra volvía a estar quieta; el bombardeo había cesado. Reinaba el silencio.

—Tranquilos —dijo el oficial que les había ordenado ponerse firmes—. Esperen a la señal de que el peligro ha pasado.

Transcurrió mucho tiempo antes de que oyeran la señal. Cuando por fin sonó, una multitud de hombres se apiñó en los pasillos hablando con voz apagada. Ignoraban qué encontrarían fuera. Andras pensó en el campamento de trabajo donde se suponía que debían vivir cuando llegaron a Turka: su inmensa tumba, la tierra mojada esparcida sobre el suelo como una manta empapada. József y él se deslizaron en la masa de hombres que se dirigían a la escalera. El aire en el búnker parecía viciado, falto de oxígeno.

Al pie de la escalera había un atasco. Mientras Andras avanzaba lentamente hacia allí, alguien chocó con él y le puso algo en la mano. Era Erd´ó, con la cara roja y húmeda, y el monóculo caído.

—No me acordé de dártelo antes —le susurró al oído—. Estaba preocupado por la función.

Andras miró lo que tenía en la mano. Era un papel doblado y envuelto en un pañuelo.

No podía esperar. Tenía que verlo. Apartó una punta del pañuelo y vio la letra de Klara en un fino sobre azul. El corazón le dio un brinco en el pecho.

—Escóndelo —murmuró Erd´ó, y Andras obedeció.

De vuelta en el orfanato, solo quería estar solo, buscar un lugar donde pudiera leer a solas la carta de Klara, pero los hombres de la compañía 79/6 los acribillaron a preguntas a él y a los demás. ¿Qué había pasado? ¿Habían visto los aviones? ¿Había muerto alguien? ¿Estaban heridos? ¿Qué

significaba un ataque aéreo tan lejos del frente? Los guardias habían estado escuchando la radio en los aposentos de Kozma, pero, por supuesto, no les habían contado nada; el bombardeo había durado tanto que los hombres creyeron que en la escuela habían perecido todos.

Habían muerto hombres. Eso era verdad. Al salir de la sala de actos —de las tres paredes que quedaban—, se habían visto arrastrados por un torrente de hombres que corrían hacia un refugio que se había derrumbado sobre los aspirantes a oficial allí apiñados. Durante tres horas los reclutas trabajaron con palas y picos, cuerdas y jeeps, para mover la masa de madera y hormigón donde habían quedado atrapados los hombres. Diecisiete habían muerto, y había varias decenas de heridos. El comedor se había desmoronado antes de que los cocineros y lavaplatos pudieran llegar al refugio, y habían muerto once hombres. Se dedujo que el general Vilmos Nagy había sido el motivo del ataque; la información sobre su visita debía de haber llegado a oídos del NKVD), y se habría ordenado a la fuerza aérea soviética que lo eliminaran con un bombardeo. Pero el general Nagy había sobrevivido y supervisado personalmente el intento de rescate de los hombres atrapados en el refugio derrumbado, para desesperación de su joven ayudante, que permaneció a su lado mirando el cielo nublado y enrojecido por el fuego como si temiera que en cualquier momento fuera a caer otra lluvia de YAK-1S soviéticos.

Durante todo ese tiempo Andras había llevado la carta de Klara en el bolsillo, sin atreverse a leerla. Por fin encontró la oportunidad de subir a su litera e intentar leerla en la oscuridad. József se mostró tan impaciente como él; se sentó en la litera de abajo con las piernas cruzadas, esperando noticias. Andras rasgó el sobre con su navaja y buscó una posición que le permitiera usar la luz de la luna como linterna. Sacó la carta y la desdobló con manos temblorosas.

Budapest, 20 de septiembre

Querido A.:

Imagina mi alivio y el de tu hermano cuando recibimos tu carta. Todos hemos decidido retrasar nuestro viaje al campo hasta tu regreso. Tamás está bien, y yo estoy todo lo bien que cabe esperar. Tus padres gozan de

buena salud. Por favor, da recuerdos a mi sobrino de mi parte. Sus padres también están bien. En cuanto a lo que decías de la partida de M. H. a Lachaise, espero haberlo entendido mal. Por favor, vuelve a escribir pronto.

Te quiere,

K.

«Todos hemos decidido retrasar nuestro viaje.» Era justo lo que se temía, pero peor. No solo Klara, sino también Tibor e Ilana. Él habría hecho lo mismo, por supuesto —por nada del mundo habría dejado a Ilana y Ádám solos en Budapest al día siguiente de desaparecer Tibor—; aun así, la noticia lo enfureció y apenó. De un plumazo el ejército húngaro había castigado a toda la familia Lévi. Por culpa de un negocio clandestino de botas militares y carne enlatada, munición y neumáticos de jeep, estaban todos atados a un continente empeñado en borrar del mapa a los judíos.Esa terrible verdad se le metió en el cuerpo y le impidió respirar con normalidad. Bajó el brazo por un costado de la cama para tender la carta a József, que dejó escapar un gemido de angustia… József, que se había mostrado tan contrario a la locura del viaje a Palestina. Ahora, después de tres meses en Ucrania, y después de lo que acababan de vivir y ver en la escuela de instrucción de oficiales, sabía qué significaba sentir la propia vulnerabilidad, notar el sabor salobre de la propia mortalidad. Comprendía qué implicaba para Klara y Tamás, Tibor e Ilana y Ádám, estar atrapados en Hungría mientras la guerra los rodeaba, cada vez más cerca. Tendría que haber sabido lo que su deportación significaría para sus padres; tras el «bien» de la única frase de Klara referente a ellos, debía de haber intuido la verdad.

Pero al menos él y Andras tenían esa carta, esa prueba de que en casa la vida seguía. A Andras le parecía oír la voz de Klara leyendo las líneas en clave de la carta; por un momento fue como si estuviera con él, acurrucada a su lado en aquella litera pequeñísima. Su piel cálida bajo el vestido ceñido. La oscura fragancia de su cabello. Su boca formando una sarta de palabras cuchicheadas, vertidas en su oído como frías cuentas de

cristal. «Todos hemos decidido retrasar nuestro viaje al campo.» Le respondería enseguida, le contaría lo que había pasado. Luego la ilusión se desvaneció; estaba de nuevo solo en la litera. Se dio la vuelta y miró el frío y fangoso cuadrado del patio, donde las pisadas de sus compañeros hacía mucho que habían borrado las pisadas infantiles que habían encontrado al llegar. A la luz de la luna vislumbró los dos montículos de tierra, las tumbas de Mendel y Goldfarb, y más allá, el muro alto de ladrillo, y por encima de este, las copas de los árboles, y más lejos aún, una red de estrellas en el vacío azul del cielo.

OceanofPDF.com

36

Una hoguera en la nieve

Al día siguiente del ataque aéreo, la construcción de la carretera entre Turka y Sjidnitsia se interrumpió temporalmente. Todas las compañías de trabajo húngaras de la zona fueron enviadas a la escuela de instrucción de oficiales para reparar los daños. Había que reconstruir los edificios bombardeados y reparar las carreteras destrozadas. El general Vilmos Nagy seguía allí; no podía marcharse al cuartel general de Hitler en Vinnitsa hasta que se decidiera que el camino era seguro. El comandante Kozma, a quien la presencia de Nagy había infundido energía, pero que todavía no había evaluado las ideas políticas poco convencionales que el ministro expresara, aprovechó la oportunidad para convertir los trabajos en un circo destinado a su entretenimiento.

Había que sacar los ladrillos rotos y las maderas astilladas del comedor de oficiales en carros tirados por caballos, pero había más carros que caballos, pues los establos también habían sufrido las consecuencias del ataque aéreo. Así pues, Kozma decidió que sus hombres tiraran de los carros. Se colocaron arreos de piel a ocho reclutas de trabajos forzados, Andras y József entre ellos, y se les obligó a arrastrar carros llenos de escombros del comedor derrumbado hasta el campo de reunión, que se había convertido en depósito de material de construcción. La distancia no debía de superar los trescientos metros, pero los carros siempre iban llenos hasta los topes. Los hombres avanzaban como si caminaran por un lago de cemento endurecido. Cuando caían de rodillas por el agotamiento, los guardias bajaban del pescante y los azotaban. Un grupo de aspirantes a oficial había dejado de trabajar para observar el espectáculo. Abucheaban cuando los hombres caían de rodillas y aplaudían cuando Andras, József y los demás se ponían en pie y tiraban del carro unos metros más hacia la zona de descarga.

A media mañana el espectáculo había dado que hablar lo suficiente para llamar la atención del propio Nagy. A pesar de las protestas de su joven ayudante, salió del búnker donde se había refugiado y cruzó el campo de

reunión en dirección al lugar. Con los dedos enganchados en el cinturón, se paró a observar cómo los reclutas llenaban de escombros la caja del carro y después tiraban de este. El general caminó desde la caja del carro hasta los arneses, pasando la mano por las tiras de piel que unían a los hombres a los largueros. Kozma se apresuró a salir del comedor en ruinas y se acercó al general. Se irguió y se llevó la mano a la frente.

El general no le devolvió el saludo.

—¿Por qué están estos hombres atados al carro? —le preguntó.

—Son los mejores caballos que tenemos —respondió Kozma, y guiñó el ojo bueno.

El general se quitó las gafas. Tardó un buen rato en limpiarlas con el pañuelo; cuando por fin se las puso, miró fríamente a Kozma.

—Suelte a sus hombres —dijo—. A todos.

Kozma parecía decepcionado, pero hizo una señal con la mano a uno de los guardias.

—Él no —indicó el general—. Hágalo usted.

Las palabras provocaron una descarga de energía en la fila de los hombres que llevaban los arneses, un estremecimiento que Andras sintió a través de las tiras de piel que le ceñían el pecho y los hombros.

—Ahora mismo, comandante —dijo Nagy—. No me gusta repetir una orden.

Así que Kozma tuvo que ir hasta los hombres y cortar las tiras de piel con su navaja, lo que le obligó a acercarse a ellos por primera vez desde que estaban bajo su mando…, lo suficiente para olerlos, pensó Andras, lo suficiente para correr el riesgo de que le contagiaran su tos crónica y sus piojos. Al comandante le temblaban las manos mientras manipulaba las tiras. Tardó un cuarto de hora en desatar a los ocho hombres. Los aspirantes a oficial que se habían detenido a observar se esfumaron.

—Que sus guardias traigan un camión lleno de carretillas del almacén de suministros —ordenó el general a Kozma. Y dirigiéndose a los hombres añadió—: Descansen hasta que lleguen las carretillas para que puedan cargar en ellas los escombros.

El general observó cómo los capataces reunían a los grupos de hombres mientras llegaban las carretillas. Kozma estaba en silencio a su lado, retorciéndose las manos, como si pretendiera arrancarse la piel. El general parecía haber olvidado que su vida corría peligro, que el NKVD conocía su presencia en el campamento. Desoyó las peticiones desesperadas de su ayudante para que regresara al búnker. A la hora del almuerzo, Nagy y su ayudante acompañaron a los hombres a la nueva tienda comedor y dieron órdenes para que se les entregaran una ración extra de pan y diez gramos de margarina. El general ordenó a su ayudante que arrastrara un banco hasta el pedazo de tierra donde comían los reclutas; llevó su almuerzo allí y les hizo preguntas sobre su vida antes de la guerra y lo que pensaban hacer una vez que hubiera terminado. Los hombres respondieron con timidez al principio, sin saber si podían confiar en aquella persona eminente, con su chaqueta llena de condecoraciones, pero enseguida empezaron a hablar más libremente. Andras no despegó los labios; se quedó al final del grupo, consciente de que estaba presenciando algo extraordinario.

Después del almuerzo, el general ordenó que se despiojara y bañara a los hombres de la 79/6 y se les entregaran uniformes limpios de los almacenes de la escuela de instrucción de oficiales. Los médicos de la enfermería de la escuela los examinarían y tratarían sus heridas y enfermedades. Luego se les asignarían tareas que les permitieran recuperar la salud. Saltaba a la vista que estaban demasiado débiles y enfermos para realizar trabajos pesados. Lo que quedaba del día trabajarían en el calor húmedo de la tienda comedor, donde el cocinero los puso a pelar patatas y cortar cebollas para la cena de los oficiales.

En la cena recibieron de nuevo una ración suplementaria: otra ración adicional de pan y diez gramos de margarina. Un oficial desconocido, un hombre alto y grande como un oso que se presentó como comandante Bálint, les comunicó que el suplemento sería permanente, que el general había ordenado que se cambiara la alimentación de los hombres. Durante un

tiempo seguirían trabajando en la tienda comedor y no volverían a la obra de la carretera. Y había otro cambio: en adelante Bálint sería su comandante. Kozma ya no tenía nada que ver con la 79/6 y, si el general Nagy mantenía su palabra, con ninguna otra compañía del Munkaszolgálat, excepto quizá aquella en la que se le obligara a servir.

Desde la llegada de la compañía a Turka no había habido una sola noche en el orfanato que pudiera calificarse de festiva. Incluso cuando habían observado los ritos de las festividades judías más importantes, lo habían hecho como si se tratara de un lúgubre deber, conscientes de lo lejos que estaban de todo y de todos a cuantos amaban. Aquella noche, a una hora en la que Kozma normalmente los obligaba a formar en el patio y permanecer en posición de firmes hasta que se caían de rodillas, los hombres se reunieron en una de las aulas de la planta baja para jugar a las cartas, cantar canciones tontas y leer en voz alta recortes de periódico que habían recogido en la escuela de instrucción de oficiales. Los soviéticos, leyó Torre de Marfil, seguían resistiendo la ofensiva nazi en Stalingrado tras once semanas de batalla. En las calles de la ciudad y la zona norte continuaban librándose feroces combates, lo que hacía pensar que los nazis seguirían allí cuando llegara el invierno ruso.

—¡Ojalá se congelen! —exclamó Torre de Marfil, y se coronó con un sombrero de papel que Andras había confeccionado con una página de anuncios. Cogió a Andras del brazo y lo hizo bailar una danza campesina —. Somos libres, queridos míos, libres —cantó al tiempo que lo hacía girar por la habitación.

No era cierto, evidentemente. Lukás y los otros guardias estaban apostados en la puerta, y cualquier miembro de la 79/6 que saliera a la carretera sin autorización sería abatido. Pero al menos se habían librado del comandante Kozma. Y por si eso fuera poco, estaban limpios y sin piojos. El general Nagy también había ordenado que sacaran los colchones y las mantas para quemarlos y les entregaran inmediatamente otros nuevos.

Aquella noche, hundido en el aroma de un colchón relleno de heno, Andras escribió a Klara.

Querida K.:

Los acontecimientos han dado un giro inesperado. Nuestras circunstancias en T. han cambiado para mejor. Estamos bien, acabamos de recibir uniformes nuevos y nos han asignado un trabajo ligero. No debes preocuparte por nosotros. Si se presenta una nueva oportunidad de ir al campo, debéis aprovecharla. Yo me reuniré con vosotros en cuanto pueda. Por desgracia, debo confirmarte lo que parece que has imaginado sobre M. H.

Por favor, da recuerdos de mi parte a mi hermano y a Ilana. Besa a Tamás por mí. Como siempre, te quiere,

A.

Al día siguiente, mientras servía el almuerzo a los aspirantes a oficiales y sus superiores, esperó con impaciencia a que Erdó apareciera en la fila. Cuando por fin apareció —con expresión lúgubre y sin monóculo, todavía afligido por la pérdida de *Los tártaros en Hungría* entre las otras pérdidas del campamento—, Andras le pasó la carta por debajo del plato de hojalata. Sin hacerle la menor señal, sin ningún guiño o gesto de reconocimiento, Erd´ó siguió avanzando en la fila. Andras vio un destello blanco cuando se pasó la carta de la mano al bolsillo de los pantalones.

El plan del general Nagy para la rehabilitación de la 79/6 siguió hasta mediados de noviembre. Los enfermos recibieron tratamiento, y los que estaban en condiciones de trabajar engordaron gracias a las raciones extra. A ello contribuyó en gran medida el hecho de que les hubieran asignado tareas en la cocina. Aunque los cocineros mantenían una estricta vigilancia de las provisiones, a menudo era posible sisar una zanahoria, una patata o una ración extra de sopa. Si bien Andras echaba de menos los largos paseos por la carretera con el topógrafo, disfrutaba del placer de las visitas semanales de Szolomon a la escuela de instrucción de oficiales. Les llevaba noticias de la guerra y, cuando podía, pasaba disimuladamente a Andras y a József alguna exquisitez o una prenda de ropa de abrigo. Una noche gélida, Andras observó cómo József abría un paquete envuelto en papel que contenía unas albóndigas denominadas *holushky*, u orejitas, y por un momento se vio a sí mismo hambriento en París, desenvolviendo un

panecillo de semillas de amapola mandado por la anciana señora Hász. ¿Qué eran ahora él y József, sino un par de hombres hambrientos en un extremo arrasado de un país en guerra, a merced de fuerzas que escapaban a su control? Todas las barreras que había habido entre ellos, o al menos las diferencias de clase que parecían separarlos cuando vivían en París, ahora eran tan arbitrarias que resultaban casi absurdas. Cuando József le ofreció el paquete de *holushky*, cogió uno y dijo *köszönöm*. József le miró con sorpresa y cierto alivio, una reacción que desconcertó a Andras, hasta que cayó en la cuenta de que era la primera vez que le dirigía una palabra amable desde la muerte de Mendel.

Una semana después, al despertar los hombres encontraron el patio del orfanato cubierto de nimbos de un blanco grisáceo. Las nubes parecían dispuestas a descargar su contenido de golpe, porque los copos caían a toda velocidad en racimos del tamaño de una mazorca. El invierno que tanto temían había hecho su entrada de una forma desprovista de ambigüedad; la temperatura había bajado considerablemente en una noche. Mientras formaban en el campo de reunión, la nieve se les metía en las orejas, la boca y la nariz, colándose por los intersticios que quedaban entre los abrigos y las bufandas, y por los ojales de las botas. El comandante Bálint ocupó su puesto y anunció con pesar que se relevaba a los hombres de sus obligaciones en la escuela de instrucción de oficiales y se les asignaba la tarea de retirar la nieve. Los guardias abrieron el cobertizo y les proporcionaron las herramientas —las palas de hoja acabada en punta que habían utilizado para construir la carretera, pero no las de hoja rectangular y curva que habrían sido adecuadas para aquella tarea— y los llevaron hacia el pueblo para que empezaran su trabajo invernal.

Aquella tarde, cuando Szolomon encontró a Andras y a József entre las cuadrillas que retiraban nieve, les comunicó que lo habían destinado a una oficina de cartografía de Voronezh, y que se marchaba aquella misma tarde en un tren militar. Les deseó un buen invierno, los bendijo poniéndoles una mano en la cabeza y les llenó los bolsillos de alimentos que hacía mucho tiempo no veían: latas de carne y sardinas, tarros de conservas, bolsas de nueces, consistentes galletas de centeno. Luego, sin una palabra de despedida, su jefe y protector echó a andar presuroso carretera abajo y desapareció tras un velo de nieve.

Durante toda la semana la temperatura descendió, muy por debajo de los cero grados. A Andras le dolía la espalda a causa del trabajo, y le habían salido de nuevo ampollas en las manos. Nada de lo que había hecho en el Munkaszolgálat era tan duro como retirar aquella nieve día tras día, con un frío cada vez mayor. Pero era imposible abandonarse a la desesperación cuando existía la posibilidad de que llegara carta de Budapest. Cada vez que iban a retirar la nieve de la carretera de la escuela de instrucción de oficiales, Andras y József buscaban al capitán Erd´ó, y este, cuando tenía alguna carta para ellos, siempre encontraba la manera de deslizársela disimuladamente en el bolsillo. A principios de diciembre llegó una misiva de György Hász: la fortuna de la familia había menguado aún más, y György, Elza y la anciana señora Hász se habían visto obligados a dejar el piso de techo alto de Andrássy út y trasladarse a casa de Klara. Pero Andras y József no debían preocuparse. K. estaba a salvo. Todo iba bien. Ellos solo debían preocuparse de su propia supervivencia.

Por la siguiente carta de Klara se enteraron de que Tibor había tenido que reincorporarse al Munkaszolgálat y que lo habían mandado al frente oriental. Ilana y Ádám habían ido a vivir a Nefelejcs utca junto con todos los demás. Ahora los siete salían adelante con el dinero que habían destinado al viaje al campo, que el abogado de Klara mandaba en pequeñas sumas cada mes. Andras intentó imaginarlo: las luminosas habitaciones del piso llenas de las cosas que la familia Hász había llevado de Andrássy út, las alfombras, aparadores y adornos que quedaban de sus magníficas posesiones; Elza Hász, una paloma huilota con un vestido sencillo y las alas plegadas a los costados; Klara e Ilana tratando de mantener a los niños limpios, tranquilos y alimentados en medio de aquel caos; la madre de Klara, estoica y silenciosa en su rincón; el olor constante a patatas y pimentón; la luz dorada y opaca de Budapest en invierno entrando, ajena a todo, por las altas ventanas. En la carta no se hacía ninguna mención a Mátyás, en quien Andras pensaba sin cesar mientras las ventiscas azotaban las colinas y los campos de Ucrania.

A mediados de diciembre llegó una nota de la madre de József: György había ingresado en el hospital con un dolor punzante en el pecho y fiebre alta. El diagnóstico era una infección del pericardio, la membrana que envuelve el corazón. El médico quería tratarlo con colquinina,

pericardiocentesis y tres semanas de reposo en una unidad de cardiología. El coste del tratamiento médico, casi cinco mil pengos, podía hacerles perder el piso, y Klara estaba intentando que su abogado le mandara el dinero.

Después de recibir la carta, József se mostró alicaído y silencioso durante el resto del día. Por la noche, en el orfanato, no se metió en la cama a la hora habitual. Se quedó junto a la ventana contemplando el patio nevado, envuelto en una manta tosca como si fuera una bata.

Andras se dio la vuelta en la litera y se incorporó apoyándose en un codo.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Es por tu padre?

József asintió.

—No soporta estar enfermo —explicó—. No soporta ser una carga para nadie. Lo pasa fatal si tiene que faltar un día al trabajo. —Se apretó más la manta y miró hacia el patio—. En cambio yo no he hecho nada con mi vida. No he hecho nada útil por nadie, y menos aún por mis padres. No he tenido nunca un trabajo. Nunca he estado enamorado ni nadie se ha enamorado de mí. Ninguna de aquellas chicas de París. Ninguna en Budapest. Ni siquiera Zsófia, que estaba embarazada de mí.

—¿Zsófia está embarazada? —preguntó Andras.

—Ya no. La pasada primavera. Pero se deshizo de la criatura no sé cómo. Quería aquel hijo tan poco como yo, ya ves cuánto me amaba.

—Soltó un largo suspiro—. Imagino que no sientes ninguna compasión por mí, Andras, pero es duro cuando una persona se ve de repente tal como es con toda claridad. Seguro que entiendes a qué me refiero.

Andras dijo que creía que sí.

—Sé que no tienes muy buena opinión de mi pintura —prosiguió József—. Lo noté cuando viniste a casa el año pasado, aquella vez que Klara y tú trajisteis al bebé.

—Muy al contrario, pensé que tu nueva obra era buena. Se lo comenté a Klara.

—¿Y si intentara ponerme en contacto con mi marchante de arte en Budapest y le pidiera que vendiera algo? —dijo József mirando a Andras—. Para mí los cuadros no están terminados, pero un coleccionista podría opinar lo contrario. Podría pedirle a Papp que averiguara cuánto se puede sacar por aquellos nueve cuadros grandes.

—¿Venderías tu obra inacabada?

—No sé qué más puedo hacer —respondió József volviéndose de espaldas a la ventana.

Por un momento la curva de su frente y el ala oscura de su cabello fueron como los de Klara, y Andras experimentó a su pesar una sacudida de afecto hacia él. Se echó en la cama y miró el plano oscuro del techo.

—Los cuadros que vi eran buenos —dijo a József—. No parecían inacabados. Podrían alcanzar un buen precio. Pero tal vez no haga falta venderlos si Klara consigue que le manden el dinero de Viena.

—¿Y si no lo consigue? —exclamó József—. Además, ¿crees que no necesitarán más dinero para otra cosa el mes que viene? ¿Y si uno de los niños, o mi abuela, se pone enfermo? ¿Y si surge algo que no puede esperar a que Klara se ponga en contacto con su abogado?

La pregunta quedó en el aire largo rato mientras los dos consideraban esa temible posibilidad.

—¿Qué puedo decirte? —repuso Andras—. Creo que es una idea estupenda. Si tuviera alguna obra que vender, la vendería.

—Dame tu pluma —dijo József—. Escribiré a mi madre. Y después a Papp.

Andras buscó en su petate la pluma y el último y valioso frasco de tinta china que le quedaba de sus utensilios de dibujo. Utilizando el alféizar de la

ventana a modo de mesa y la luz de la luna como lámpara, József empezó a escribir. Al cabo de unos minutos volvió a hablar en la oscuridad.

—Nunca he dado nada a mi padre —dijo—. Nada.

—Sabrá lo que significa para ti vender esos cuadros.

—¿Y si muere antes de que mi madre reciba esta carta?

—Entonces al menos tu madre sabrá lo que querías hacer —contestó Andras—. Y Klara también.

Al día siguiente se levantaron y retiraron nieve, y al siguiente retiraron nieve, pero al siguiente encontraron al capitán Erd´ó al frente de sus hombres en la carretera y József consiguió deslizarle la carta en la mano. Todos los días después de aquel retiraron nieve, hasta que el 20 de diciembre el comandante Bálint les comunicó que debían guardar sus cosas y limpiar el orfanato de arriba abajo. Su unidad se trasladaría más al este al día siguiente.

Por mucho que odiaran el orfanato, por mucho que todos odiaran las literas demasiado cortas y maldijeran cada vez que tenían que agacharse ante los lavabos de tamaño infantil en las mañanas gélidas de invierno, por mucho que hubieran vivido horrorizados por las matanzas que habían tenido lugar en la zona, el asesinato de los niños que había precedido a su llegada, y la ejecución de Mendel Horovitz y László Goldfarb; por mucho que hubieran deseado dejar aquellas habitaciones donde los habían matado de hambre, apaleado y humillado, sentían una extraña reticencia ante la idea de ceder el lugar a otra compañía, un grupo de hombres desconocidos. La 79/6 se había convertido en guardiana de las tumbas de todos sus muertos, los túmulos marcados con piedras sacadas del lecho del río. Se habían encargado de barrer la tierra, de limpiar las piedras y habían colocado piedras pequeñas sobre las grandes en homenaje a los hombres que habían muerto fusilados, de enfermedad o de agotamiento. También se habían convertido en guardianes de los espíritus de los huérfanos judíos de Turka; los hombres de la 79/6 eran los únicos que habían visto las pequeñas pisadas que habían dejado en los pasillos y en el patio. Habían comido en las mesas abandonadas de los niños, habían memorizado la forma de las letras

cirílicas grabadas en la superficie de los pupitres, los habían picado las mismas chinches que habían picado a los niños, se habían golpeado los dedos de los pies con los hierros de las camas como los niños. Ahora también tendrían que abandonar a aquellas criaturas que ya habían sido abandonadas tres veces: una por sus padres, otra por el Estado y, finalmente, por la vida misma. Pero los hombres de la 79/6, los que sobrevivieran al invierno, recitarían el kadish por los huérfanos judíos de Turka cada mes de agosto mientras vivieran.

Avanzaron hacia el este, a pie, en dirección al peligro. Los terrenos que atravesaban eran como los de Turka: colinas cubiertas de nieve, grandes pinos, restos apergaminados de mazorcas de maíz en los blancos campos, rebaños de vacas que expelían nubes en el aire gélido. Los pueblos no eran más que unas pocas granjas enclavadas en los sombríos pliegues de las montañas. El viento traspasaba el abrigo de los hombres y se les metía en los huesos. Tenían que alojarse en establos con los caballos de tiro o dormir en el suelo de las casas de los campesinos, donde permanecían toda la noche con los ojos abiertos, temerosos de ellos, que a su vez permanecían toda la noche con los ojos abiertos, temerosos de los soldados. A veces no había ni establos ni pueblos y tenían que dormir al raso soportando el frío gélido bajo el cielo iluminado por la aurora. La temperatura descendía por las noches a –20 ºC. Los hombres siempre encendían una hoguera, pero el fuego era peligroso; podía hipnotizarlos, podía hacer que dejaran de moverse, podía distraerles de la difícil tarea de seguir con vida. Si alguno se dormía junto al fuego durante la guardia nocturna y, engañado por su calor, se apartaba la manta de los hombros, esta podía arder y el hombre quedaba expuesto al frío. Una mañana Andras encontró así a Torre de Marfil, con los brazos alrededor de las rodillas, la cabeza inclinada, como si durmiera. Delante de él había un cerco negro donde el fuego había fundido la nieve, y sobre los hombros de Torre de Marfil, una capa de hielo y escarcha. Andras le puso una mano en el cuello y notó que su piel estaba tan fría y dura como el mismo suelo. Tuvieron que cargar tres días con el cadáver, hasta que por fin encontraron un pedazo de tierra lo bastante blanda para acogerlo. Estaba junto a un establo, donde el calor de los caballos había impedido que el suelo se helara. Enterraron a Torre de Marfil en medio de la noche y grabaron su nombre y la fecha de su muerte en una pared del establo.

Recitaron una vez más el salmo noventa y uno. Entonces ya se lo sabían de memoria.

El frío los acompañaba día y noche. Incluso dentro de los establos y las casas de los campesinos era imposible entrar en calor. Se confeccionaron burdos mitones con el forro de los abrigos, pero los mitones eran finos y el frío se colaba por las costuras. Los pies se les helaban dentro de las botas agrietadas. Los hombres rasgaron mantas de caballo para envolvérselos, como hacían los campesinos ucranianos. Su alimentación no era suficiente para darles calor, aunque el comandante Bálint intentaba mantener las raciones ordenadas por el general Nagy. De vez en cuando los campesinos se compadecían de ellos y les daban algo: una cucharada de grasa de ganso para untar el pan, un hueso con tuétano, un poco de mermelada.

Durante el día retiraban la nieve de las carreteras con la pala, a menudo no tan deprisa como caía. Tenían la espalda encorvada de tanto trabajar, y los dedos de las manos engarabitados de agarrar las palas. Por las carreteras a medio despejar pasaban camiones, jeeps, artillería, hombres, tanques, piezas de avión, munición. A veces aparecía un inspector alemán que les ordenaba a gritos que formaran y les insultaba en su lengua de consonantes guturales y vocales carentes de aire. Las noticias volaban como la ceniza de una hoguera: los combates proseguían en Stalingrado, donde morían decenas de miles de personas cada semana; una parte del Segundo Ejército Húngaro luchaba por conservar la vida en Voronezh, aplastada por la superioridad de las fuerzas soviéticas. Los hombres de la 79/6 se abrían paso a paladas hacia la batalla, que parecía tan lejana como todo lo demás. Pensaban en sus esposas y novias, tumbadas en sus camas calientes de Budapest; sus piernas suaves, sus pechos dormidos en la oscuridad invernal, las manos cruzadas y fragantes. Repetían para sí el nombre de aquellas mujeres lejanas, con una añoranza que nunca remitía, ni siquiera cuando los nombres se convirtieron en abstracciones y los hombres se preguntaban si las mujeres seguían existiendo, si podía decirse que existían cuando su existencia tenía lugar en un sitio tan distante, más allá de la sonrisa granítica de los Cárpatos, sobre las frías llanuras del invierno húngaro. «Klara» era el sonido de una pala al golpear la nieve helada, el chirrido de una hoja en la tierra helada. Andras se decía que si podía despejar aquella carretera, si podía abrir al menos aquel camino para que los camiones avanzaran velozmente hacia el frente

oriental, la guerra fluiría en aquella dirección y se estancaría allí, lejos de Hungría, de Klara y de Tamás.

Pero a mediados de enero algo se torció. El tráfico, que hasta entonces había discurrido mayoritariamente en dirección a Rusia, empezó a circular en el sentido contrario. Al principio fue solo un goteo: unos pocos camiones cargados de provisiones, unas pocas compañías de infantería en jeeps. Al poco tiempo se transformó en una corriente continua de hombres, vehículos y armamento. A finales de enero se convirtió en una inundación, y el río se tiñó del rojo de la sangre. Pasaban ambulancias de la Cruz Roja llenas de muertos y hombres con heridas terribles, bajas de la batalla que se había librado en Stalingrado durante cinco meses, desde agosto de 1942. Una noche se enteraron de que el Segundo Ejército Húngaro, junto con los miles de miembros del servicio de trabajo destinados a él, había sufrido una última derrota brutal en Voronezh. La noticia llegó justo cuando Andras recibía su ración de pan con su trocito de margarina. A pesar de estar hambriento, entregó su ración a József y se sentó en un rincón del establo en el que se alojaban aquella noche. Compartían el espacio con dos docenas de ovejas carinegras, a las que habían dejado crecer la lana para el invierno. Las ovejas se metieron en el compartimiento donde Andras se había recluido en busca de soledad; se tumbaron sobre el heno, soltando sus estremecidos balidos, golpeándose unas a otras con sus negros hocicos aterciopelados. Andras no pensaba solo en Szolomon, el topógrafo, sino también en Mátyás, al que tiempo atrás habían destinado al Segundo Ejército Húngaro. Si había superado el invierno del año anterior, bien podría ser uno de los cincuenta mil hombres enviados a Voronezh. Andras imaginó a sus padres recibiendo la temida noticia, su madre de pie en la cocina de su piso de Debrecen con un telegrama en la mano, su padre hundido en su sillón como un guante vacío. Hacía solo catorce meses que Andras era padre, pero sabía lo que supondría perder un hijo. Recordó a Tamás, los rizos de sus cabellos, los latidos de su corazón, los pliegues de su cuerpo. Apoyó la cabeza sobre las rodillas y vio a Mátyás de pie sobre la barandilla del tranvía de Budapest, con su ondeante camisa azul.

Tragó el nudo de áspera cuerda que se le había alojado en la garganta y se pasó un brazo por la cara. No iba a llorar a nadie, se dijo. No hasta que lo supiera con certeza.

El río de sangre continuó, y al poco tiempo arrastró a Andras, József y el resto de la 79/6 y los llevó hacia el oeste, de vuelta a Hungría. Encontraban fragmentos de compañías del servicio de trabajo, hombres que habían alcanzado horrorosos estados de emaciación. La 79/6, que nunca se había visto privada de sus raciones, llevaba todas las noches comida a los reclutas que estaban al borde de la muerte, a los que sus comandantes habían abandonado y que ya no tenían otra misión que huir en dirección a casa. Recibieron más noticias de lo que había sucedido en Stalingrado: el bombardeo que había reducido a escombros manzanas enteras de la ciudad, sus edificios convertidos en un bosque de ladrillo roto y hormigón; el cerco, en el centro de la ciudad, al Sexto Ejército Alemán, cuyo comandante, el general Paulus, se había escondido en un sótano mientras se libraba la batalla; el derribo de los pocos aviones de suministro de la Luftwaffe; después, el ejército soviético arrasándolo todo para recuperar el control del recodo del Don e impedir que el Cuarto Ejército Alemán avanzara en auxilio del Sexto sitiado. Nadie sabía cuántos hombres habían perecido —¿doscientos mil?, ¿quinientos mil?, ¿un millón?—, ni cuántos morían todavía, de frío y de hambre, a causa de heridas no curadas, en lo más crudo del invierno, en las oscuras y áridas estepas. Se decía que los soviéticos perseguían a los supervivientes del ejército húngaro por las llanuras. En medio de su propio miedo, de su propia huida, Andras sintió una feroz satisfacción. El Sexto Ejército Alemán no había logrado apoderarse de los yacimientos petrolíferos de los alrededores de Grozni; no había logrado tomar la ciudad que llevaba el nombre de Stalin. Esas derrotas engendrarían otras. Lo que había fracasado seguiría fracasando. Era terrible experimentar placer por algo así, y Andras lo sabía: el destino de las compañías húngaras y de los hombres del servicio de trabajo estaba unido al destino de la Wehrmacht, y en cualquier caso los que morían eran seres humanos, fuera cual fuese su nacionalidad. No obstante, Alemania debía ser derrotada. Y si su derrota se producía mientras Hungría seguía siendo un Estado soberano, los judíos húngaros no tendrían que vivir nunca bajo el dominio nazi.

La confusión de la retirada hacia Hungría engendró extrañas convergencias, giros del destino que surgieron al mezclarse docenas de compañías del servicio de trabajo. Una y otra vez tropezaban con hombres que conocían de la remota vida previa al comienzo de la guerra. Una noche compartieron alojamiento con un grupo de hombres de Debrecen, entre ellos varios

antiguos compañeros de escuela de Tibor. Otra noche coincidieron con un grupo de Konyár, en el que se encontraba el hijo del panadero, el hermano mayor de Orsolya Korcsolya. Otra noche, atrapados en una ventisca de marzo, Andras acabó compartiendo un rincón de un granero convertido en enfermería con el jefe de redacción del *Diario Judío Magiar*, antaño colega y adversario de Frigyes Eppler. El hombre estaba irreconocible, tan macilento por el frío y el hambre que parecía una armazón de alambre sobre la cual hubieran construido su antiguo yo; nadie habría imaginado que aquel ser demacrado, con los ojos brillantes a causa de la fiebre, había sido un periodista belicoso con una chaqueta de tweed irlandés.

El jefe de redacción tenía noticias de Frigyes Eppler, que había perdido su empleo cuando la policía militar encontró en su despacho una carpeta con documentos incriminadores, documentos que, según se rumoreaba, lo relacionaban ni más ni menos que con una operación de mercado negro en Szentendre. Poco después Eppler había tenido que incorporarse al Munkaszolgálat; desde entonces no daba señales de vida, al menos que el redactor jefe supiera. A él lo habían reclutado unas semanas más tarde y lo habían destinado a otra compañía. Ahora el redactor jefe formaba parte de un grupo de hombres enfermos y heridos cuyo comandante los había abandonado en el granero para que murieran de hambre o sucumbieran a la fiebre. El comandante Bálint había ordenado a la 79/6 que atendiera a los enfermos: que les dieran comida y agua y les cambiara las vendas improvisadas y sucias que cubrían sus heridas. Mientras Andras se ocupaba del redactor jefe, se enteró del destino de otro miembro de su compañía, un hombre cuya historia era tan triste que le había valido el apodo de Tío Job. El redactor jefe le contó que ese hombre había estado casado con una mujer hermosa, una ex actriz, con la que tuvo un hijo; se rumoreaba que había vivido en París, donde había dirigido un magnífico teatro del centro de la ciudad. Antes de que estallara la guerra se había visto obligado a volver a Budapest, donde durante un tiempo había asumido la dirección del teatro de la ópera. Fue en Budapest donde su esposa enfermó y murió. Poco después lo reclutó el servicio de trabajo —con finalidad ejemplarizante—, y el hombre, que ya sufría tuberculosis, fue destinado a la compañía a la que iría a parar el periodista más tarde. El otoño anterior los habían hecho cruzar una estación de la Real Gendarmería de Campo Húngara en Satryy Oskol, donde, tras interrogarlos y apalearlos, les robaron todo cuanto llevaban

encima. La Gendarmería de Campo Húngara sabía quién era aquel gran hombre, una celebridad del teatro; lo colocaron delante de los demás y le golpearon con los fusiles, y después sacaron un telegrama en el que se informaba de que el hijo de aquel hombre había muerto de sarampión. El telegrama lo había mandado la tía del niño a un pariente de Szeged, y en Budapest lo habían interceptado y enviado a Staryy Oskol con el único propósito aparente de atormentar al caballero. Este suplicó que lo mataran, pero lo dejaron con el resto del batallón, y al día siguiente los mandaron otra vez al este.

—¿Qué fue de él? —preguntó Andras, con las manos sobre las rodillas, mirando los ojos hundidos del jefe de redacción—. ¿Murió en Voronezh?

—Eso es lo peor —respondió el redactor jefe—, que no murió, a pesar de lo mucho que lo intentó. Se presentó voluntario para retirar minas terrestres. Se colocaba en la línea de fuego siempre que tenía oportunidad. Sobrevivió a todo. Ni siquiera la tuberculosis pudo con él.

—¿Cómo le dejó? ¿Dónde lo vio por última vez?

—Está en ese rincón, al lado de su amigo.

Andras volvió la cabeza. József se había arrodillado para dar agua a un hombre que estaba recostado contra una pila de sacos doblados. El hombre apartó la cara, y a través del velo de la enfermedad y la inanición Andras reconoció a Zoltán Novak.

—Le conozco —dijo Andras al redactor jefe.

—Por supuesto. ¿Quién no? Era muy conocido.

—Personalmente, quiero decir.

—Pues vaya a saludarlo.

Puso una mano en el pecho de Andras y lo empujó hacia el hombre, un gesto que sólo contenía una vaga sombra de su antigua energía.

Andras se acercó a József y al hombre recostado contra los sacos. Miró a József y le hizo un gesto para que lo siguiera hasta un rincón.

—Es Zoltán Novak —susurró.

József arrugó la frente y miró al hombre.

—¿Novak? —exclamó—. ¿Estás seguro?

Andras asintió.

—Dios bendito —musitó József—. Está prácticamente muerto.

El hombre levantó la cabeza y los miró.

—Vuelvo enseguida —dijo József.

—Dame agua —pidió Novak, cuya voz era apenas un susurro áspero.

—Voy yo —dijo Andras.

—¿Por qué?

—Me conoce.

—No sé por qué, pero no creo que eso vaya a ser un consuelo —repuso József.

Andras se arrodilló en el suelo junto a Novak, que se incorporó un poco sobre los sacos, con los ojos cerrados y la respiración agónica.

—Dame agua —repitió.

Andras levantó la cantimplora y Novak bebió. Cuando terminó, se aclaró la garganta y miró a Andras. Poco a poco su expresión cobró vida, el color volvió a la piel que rodeaba los párpados. Se incorporó sobre los codos.

—Lévi —dijo, y negó con la cabeza. Emitió tres sonidos guturales que podían ser tanto gemidos de consternación como carcajadas. El esfuerzo

parecía haberlo agotado. Se recostó de nuevo y cerró los ojos. Tardó mucho rato en volver a hablar, y cuando lo hizo, las palabras salieron lenta y trabajosamente—. Lévi —repitió—. Debo de haber muerto, gracias a Dios.

He muerto y he bajado al Gehenna. Y tú estás conmigo, también muerto, espero.

—No —dijo Andras—. Los dos aún estamos vivos y en Ucrania.

Novak abrió los ojos. En su mirada se percibía cierta ternura, una especie de compasión que no le excluía a él pero no se centraba solo en él; parecía abarcarlos a todos: a Andras y a József, al redactor jefe y a los demás hombres enfermos y moribundos, y a los reclutas que les daban agua y curaban sus heridas.

—Ya ves cómo estoy —dijo Novak—. Puede que te dé alguna satisfacción verme en este estado.

—Ni mucho menos, Novak-úr. Dígame qué puedo hacer por usted.

—Solo quiero una cosa —respondió Novak—, pero no puedo pedírtelo sin convertirte en un asesino. —Esbozó una media sonrisa y calló para recuperar el aliento. Después tosió lastimosamente y se colocó de lado —. Hace meses que deseo morir, pero resulta que soy muy fuerte. ¿No es divertido? Y soy demasiado cobarde para quitarme la vida.

—¿Tiene hambre? —preguntó Andras—. Tengo pan en la mochila.

—¿Crees que quiero pan?

Andras apartó la mirada.

—Ese chico es tu sobrino, ¿no? —dijo Novak—. Se parece a ella.

—Yo creo que ella es mucho más guapa —afirmó Andras.

Novak tosió medio riendo.

—Tienes razón —dijo, y negó con la cabeza—. Andras Lévi. Esperaba no volver a verte después de aquel día en la ópera.

—Me marcharé, si quiere.

Novak negó con la cabeza. Andras esperó a que dijera algo más, pero el esfuerzo de hablar lo había agotado; se quedó adormilado, con la boca abierta. Andras permaneció a su lado, viendo cómo respiraba con dificultad. Fuera, el viento ululaba con la fuerza de la cellisca. Andras apoyó la cabeza en el brazo y se durmió; cuando despertó, reinaba la oscuridad en el granero. Nadie tenía velas; los que todavía conservaban las linternas hacía meses que no tenían pilas. Los ruidos y el olor de los hombres enfermos lo envolvieron como un velo tupido. Novak estaba despierto y mirándolo atentamente, con una respiración más trabajosa que antes. Cada inspiración sonaba como si estuviera construyendo una complicada estructura con materiales inapropiados y herramientas rotas; cada exhalación era el derrotado hundimiento de aquella estructura tosca y desequilibrada. Volvió a hablar, tan bajito que Andras tuvo que acercarse para oírle.

—Está bien —dijo—. Ahora todo está bien.

No estaba claro si pretendía tranquilizar a Andras, a sí mismo o a ambos; parecía casi que se dirigiera a alguien que no estaba presente, aunque sus ojos estuvieran fijos en Andras en la oscuridad. Calló de nuevo y volvió a dormirse. Andras se quedó a su lado toda la noche mientras él vagaba entre el sueño y la vigilia, y al día siguiente le dio su ración de pan. Novak no podía comérselo seco, de modo que Andras lo desmenuzó y lo mezcló con nieve fundida. Así pasaron tres días, Novak entrando y saliendo del sueño, y Andras dándole pequeñas cantidades de comida y agua, hasta que el tiempo mejoró y la nieve se hubo deshecho lo suficiente para que la 79/6 siguiera avanzando hacia la frontera. Cuando Bálint les comunicó que saldrían al día siguiente, el alivio de Andras se tiñó de angustia. Suplicó al comandante que no dejaran morir a los hombres allí.

—¿Cómo propone que los llevemos, recluta? —preguntó Bálint en tono severo, aunque no cruel—. No tenemos ambulancias. No tenemos material para construir camillas. Y no podemos quedarnos aquí.

—Podemos improvisar algo, señor.

Bálint negó con su cabeza greñuda.

—Esos hombres están mejor a cubierto. Los cuerpos médicos llegarán dentro de unos días. Los que puedan trasladarse serán trasladados.

—Pero entonces algunos habrán muerto —protestó Andras.

—En ese caso, Lévi, arrastrarlos por el frío y la nieve no los salvará.

—Uno de esos hombres me salvó la vida cuando yo estudiaba en París. No puedo abandonarlo.

—Escúcheme —dijo Bálint fijando en Andras sus grandes ojos de color tierra—. Tengo dos hijos en casa. Entre nosotros hay otros muchos maridos y padres. Somos jóvenes. Debemos llegar vivos a casa. Este es el principio con el que he dirigido esta compañía desde que iniciamos el regreso. Todavía estamos a cien kilómetros de la frontera, o sea, cinco días de marcha como mínimo. Si llevamos enfermos con nosotros, retrasarán a toda la compañía. Podríamos perder la vida.

—Deje que me quede, señor.

—Esas no son mis órdenes.

—Permítamelo.

—¡No! —gritó Bálint, enfadado—. Le obligaré a marchar a punta de pistola si es preciso.

Pero al final no hubo necesidad de ninguna demostración de fuerza. Zoltán Novak, ex marido y padre, ex director del Théâtre Sarah-Bernhardt y de la Operaház de Budapest, el hombre al que Klara Morgenstern había amado durante once años y en cierta medida seguía amando, se durmió aquella noche y no volvió a despertar.

OceanofPDF.com

37

Una huida

Cuando el tren llegó a Budapest, las forsitias estaban en flor. Todo lo demás era gris o entre verdoso y amarillento; unos cuantos árboles que crecían junto a la carretera de circunvalación mostraban algunos brotes, a pesar de que la ciudad todavía estaba mojada por la nieve recién fundida. El año 1943 le parecía irreal a Andras. Había perdido por completo la noción del tiempo durante la última etapa del viaje a casa. No obstante, sabía la fecha: era el 25 de marzo, siete meses y tres semanas después de su partida a Ucrania.

Klara había ido a recibirlo a la estación de Keleti. Andras casi se había desmayado al verla en el andén con un niño de pie al lado…, ¡de pie! Su hijo, Tamás, con un abrigo hasta las rodillas y unos zapatitos fuertes. Tamás, que ya tenía casi un año y medio; Tamás, que era un bebé en brazos de Klara la última vez que Andras lo había visto. La frente de Klara mostraba arrugas de preocupación, pero por lo demás no había cambiado; llevaba el cabello recogido en un moño flojo en la nuca y los amados planos de sus clavículas al descubierto sobre el escote de su vestido gris. No intentó disimular la impresión que le causó el estado físico de Andras. Se llevó una mano a la boca y se le empañaron los ojos. Él sabía qué aspecto tenía, sabía que parecía un hombre al que hubieran machacado hasta casi arrancarle el cuerpo. Le habían afeitado la cabeza para despiojarlo; la ropa, o lo que quedaba de ella, le venía grande. Tenía las manos engarfiadas, una mejilla marcada con tres líneas blancas donde el cristal de una ventana de establo cosida a tiros le había cortado la carne.

Cuando Klara le abrazó, percibió el cuidado con que lo tocaba, como si temiera romperlo al estrecharlo. József no estaba allí para ser testigo de su encuentro; seguía en Debrecen, recuperándose en un hospital militar. Se había herido en la rodilla al cruzar la frontera y le estaban tratando una infección de partes blandas. Volvería al cabo de un par de semanas. Desde una oficina de correos cercana al hospital, Andras había enviado un telegrama a Klara para avisarla de su regreso.

Cariño. Cariño. Se habrían quedado allí toda la noche diciéndoselo, mirándose y besándose las manos, acariciándose la cara, si Tamás no hubiera protestado y pedido que lo auparan. Andras lo cogió y miró su rostro redondo, de cejas inquisitivas y grandes ojos expresivos.

— *Apa* —indicó Klara al niño, señalando a Andras.

Pero Tamás se volvió y rodeó a Klara con los brazos, atemorizado por aquel hombre desconocido.

Andras se inclinó y abrió su mochila. Dentro encontró la pelota de goma que había comprado por tres filler a un vendedor callejero de Debrecen. La pelota tenía estrellas blancas en los polos y, entre ambos, una franja verde que la dividía en dos. Tamás tendió las manos para cogerla, pero Andras la lanzó al aire y se inclinó para que le cayera en la espalda, entre los omóplatos. Había aprendido ese juego malabar de uno de sus compañeros de escuela de Konyár. Mostró la pelota e hizo una reverencia a Tamás, que abrió la boca y se echó a reír.

—Más —dijo Tamás.

Era la primera palabra que Andras le oía pronunciar. El malabarismo resultó igual de gracioso la segunda y la tercera vez. Finalmente Andras dio la pelota a Tamás, que la sostuvo como extasiado entre sus manos mientras Klara lo llevaba en brazos por el Erzsébetváros. Andras caminaba al lado, con una mano en la cintura de Klara. No experimentaba la sensación que había tenido la otra vez al regresar del Munkaszolgálat: que la reanudación de la vida normal en Budapest era imposible después de lo que había vivido, que su tormento mental y físico por fuerza tendría que haber cambiado al resto del mundo. Si en el pasado había experimentado incredulidad, ahora sentía una especie de aturdimiento. Aquella calma casi lo asustaba. Era la prueba incontestable de que se había hecho mayor.

Mientras caminaban, Klara le habló de la familia: la venta de los cuadros de József había permitido que György recuperara la salud en el hospital; la madre de Klara, que había sufrido una neumonía durante todo el invierno, estaba ahora lo bastante fuerte para ir al mercado todas las mañanas a comprar verduras y pan; Ilana ya dominaba el húngaro y había demostrado

ser un genio economizando sus raciones; Elza Hász, que antes del diciembre anterior no sabía ni freír un huevo, había aprendido a hacer *paprikás* de patata y sopa de pollo. Habían recibido noticias de Elisabet: había tenido otro hijo, una niña. Seguía viviendo en la finca de Connecticut con la familia de Paul, mientras este servía en la Marina, pero tenían pensado mudarse a Nueva York, a un piso grande, cuando él volviera. De la posibilidad de emigrar a Estados Unidos no se sabía nada. Las demás posibilidades de abandonar el país se habían evaporado. Klein, según contó Klara en un susurro cuando se detuvieron en una esquina, había sido arrestado por organizar emigraciones ilegales. Estaba en la cárcel desde noviembre, a la espera de juicio. Ella había visitado varias veces a sus abuelos, que no parecían necesitar nada. Seguían con su pequeño rebaño de cabras en la vieja casita de Frangepán köz; quizá las autoridades los consideraban demasiado mayores para perseguirlos. La identidad de los clientes de Klein —personas que ya habían emigrado o deseaban emigrar— estaba oculta en un laberinto de nombres en clave, pero no se sabía cuánto tardaría la policía en desentrañar aquel dédalo.

—¿Y tus padres? —preguntó ella—. ¿Están bien?

—Sí, están bien —respondió Andras—, aunque todavía preocupados por Mátyás. No saben nada de él. Y tampoco les animó mucho verme así.

No les conté ni la mitad de lo que he pasado.

—Tibor está deseando verte. Ilana tuvo que amenazarlo para impedir que viniera a la estación. Su médico dice que debe descansar.

—¿Cómo está? ¿Qué aspecto tiene?

Klara suspiró.

—Delgado y agotado. Silencioso. A veces parece tener visiones terribles. Desde que ha vuelto no se separa de Ádám. Lo tiene siempre en brazos. El niño se ha encariñado tanto con él que Ilana casi no puede ni darle de comer.

—¿Y tú? —Andras le puso una mano en el cabello, en la mejilla —. Klárika.

Ella levantó la barbilla y lo besó allí mismo, en plena calle, con su hijo en brazos.

—Tus cartas —dijo—. De no haber sido por ellas, no sé…

—No siempre debieron de ser un gran consuelo.

Las lágrimas volvieron a aparecer en los ojos de Klara.

—Quería creer que no había entendido bien lo de Mendel. Leí y releí la carta con la esperanza de equivocarme. Pero es verdad, ¿no?

—Sí, mi amor, es verdad.

—Pronto podrás contármelo todo —dijo ella, y le tomó de la mano.

Siguieron caminando muy juntos hasta que llegaron a la puerta de su edificio. Andras alzó la vista hasta la ventana de su dormitorio. Klara había colocado una jardinera llena de azafranes tempranos.

—Tengo otra noticia —dijo ella, con tal seriedad que al principio él pensó que iba a comunicarle la muerte de alguien—. Hay otra persona viviendo en casa. Alguien que ha realizado un largo viaje para llegar aquí.

—¿Quién?

—Sube —dijo ella—. Ahora lo verás.

La siguió por el patio con el corazón acelerado. No estaba seguro de estar preparado para ver a un invitado inesperado. Hubiera querido sentarse en el borde de la fuente del centro del patio y quedarse allí unos días hasta haber recobrado las fuerzas. Mientras subía por la escalera exterior distinguió el destello de los peces en las profundidades verdosas de la fuente.

Estaban en la puerta, y la puerta estaba abierta. Allí estaba Tibor, chupado y pálido, con los ojos llenos de lágrimas tras las gafas. Rodeó a su hermano

con los brazos y se estrecharon en la entrada. Andras aspiró el tenue olor a jabón, sebo y algodón limpio de Tibor. No quería moverse ni hablar; pero su hermano lo llevó a la sala, donde le esperaba la familia. Allí estaba su sobrino, Ádám, de pie junto a su madre, Ilana, con el cabello cubierto por un pañuelo bordado; György Hász, más canoso y envejecido; Elza Hász, austera con un vestido de algodón; la madre de Klara, más menuda que nunca, con los ojos hundidos y húmedos. Y detrás de ellos levantándose del sofá, un hombre pálido de cara ovalada, con un jersey oscuro que había pertenecido a Andras y un pañuelo arrugado en la mano.

Andras experimentó una sensación de vértigo. Apoyó una mano en el respaldo del sofá mientras la sensación lo atravesaba como una ola.

Eli Polaner.

—No es posible —dijo Andras. Miró a Klara, a su hermano y a Ilana, y después otra vez a Polaner—. ¿Es verdad? —preguntó en francés.

—Es verdad —respondió Polaner, con su voz bien conocida y largo tiempo perdida.

Era una versión espeluznante de un cuento de hadas, una historia lo bastante lúgubre para mostrar a Andras nuevos horrores después de los que había visto en Ucrania. Casi deseó no haber tenido que saber nunca lo que había vivido Polaner en el campo de concentración de Compiègne, adonde lo habían mandado después de expulsarlo de la Legión Extranjera en 1940: cómo lo habían maltratado, matado de hambre y deportado medio muerto a Buchenwald, donde había pasado dos años de trabajos forzados y esclavitud sexual, pues le habían tatuado su número en el brazo y le habían hecho llevar en el pecho un triángulo rosa invertido sobrepuesto a otro amarillo. La homosexualidad de Polaner había sido un secreto hasta que un compañero entregó una lista de nombres a cambio de un puesto de *kapo*; Polaner se encontró entonces en el nivel inferior de la jerarquía del campo, marcado con un símbolo que lo convertía en blanco de los guardias y disuadía a los otros prisioneros de acercarse a él. Lo habían destinado a la cantera, donde arrastraba bolsas de roca partida catorce horas al día. Cuando terminaba su turno en la cantera, tenía que limpiar las letrinas de sus barracones, lo cual le recordaría siempre, según dijo el sargento de su

zona, que en ese campo era menos que la mierda, un criado de la mierda. En ocasiones, entrada ya la noche, lo trasladaban junto con otros compañeros a los aposentos de los oficiales, donde, una vez atados, eran violados, primero por uno de los oficiales y después por sus secretarios y su ordenanza.

Una noche los ofrecieron como regalo secreto a un visitante, un dignatario de las SS, un inspector de los campos de concentración de alta graduación, del que se sabía que disfrutaba con la compañía de hombres jóvenes. Sin embargo, las preferencias del eminente oficial no eran las que habían dado por hecho; era un amante de los muchachos, no un violador. Ordenó que desataran a los hombres y los lavaran, afeitaran y vistieran de paisano. Lo que quería era conversar con ellos, como si estuvieran en una fiesta. Los hizo sentar en los sofás de sus aposentos privados y les ofreció exquisiteces, té y pasteles, a ellos, que durante tres años solo habían comido sopa clara y aguada y un pan vomitivo. El inspector quedó cautivado por el francés de Polaner y sus conocimientos de arte contemporáneo y arquitectura. Resultó que había conocido al difunto Vom Rath, de quien había sido una especie de mentor político. Al final de la velada ordenó que trasladaran de inmediato a Polaner a su servicio personal. Se lo llevó consigo a los aposentos que tenía en otro campamento, a cien kilómetros de distancia, y lo registró como una especie de criado de poca categoría, encargado de llevar el carbón y sacar brillo a las botas; en realidad Polaner fue tratado como un paciente: guardó cama y recibió las atenciones del servicio doméstico del inspector.

Al cabo de dos meses, cuando Polaner recuperó la salud, el inspector realizó una especie de alquimia de identidad: tenía unos documentos falsos que demostraban que Eli Polaner, el joven judío destinado a su servicio, había contraído meningitis y fallecido. Proporcionó a Polaner unos documentos falsos donde constaba que se llamaba Teobald Kreizel y era miembro del Partido Nazi, además de secretario de la Oficina Principal Administrativo-Económica. Con Polaner ataviado como un miembro del personal del inspector, viajaron a Berlín, donde este lo instaló en un pequeño piso luminoso de la Behrenstrasse. El inspector entregó a Polaner cincuenta mil reichsmarks en efectivo y prometió volver en cuanto pudiera y llevarle libros, revistas y material de dibujo, discos de fonógrafo,

exquisiteces del mercado negro, lo que Polaner quisiera. Él solo pidió noticias de su familia. No sabía nada de sus padres y sus hermanas desde que había ingresado en la Legión Extranjera.

El inspector de alta graduación regresaba siempre que podía, llevando consigo los prometidos útiles de dibujo, discos y exquisiteces, pero nunca le daba noticias de su familia. Polaner esperó, sin apenas salir del apartamento, pensando únicamente en que pronto sabría algo de sus padres y hermanas. Abrigaba la esperanza de que hubieran encontrado la forma de emigrar, de que, a pesar de tenerlo todo en contra, estuvieran en algún lugar agradable y lejano, como Argentina, Australia o Estados Unidos; o si no, que el inspector pudiera sacarlos de donde hubieran ido a parar, y reunirlos a todos en una ciudad neutral donde se hallaran a salvo. No era una esperanza sin fundamento, pues el inspector había obtenido a menudo favores para sus amantes y protegidos aprovechando su posición. De hecho, durante los seis meses que Polaner vivió en la Behrenstrasse, aquellos favores pasados se cobraron un precio: una serie de irregularidades llamaron la atención de los superiores del inspector, que se vio sometido a una investigación. Temiendo por su puesto y por la vida de Polaner, el inspector concluyó que este debía salir del país inmediatamente. Prometió conseguirle un visado que le permitiría viajar dentro de la zona de influencia del Reich. Pero ¿qué podía hacer Polaner? ¿Adónde podía ir? Seguía sin tener noticias de sus padres; ¿cómo podía elegir un destino?

Aquella misma semana, la primera de enero de 1943, las indagaciones del inspector sobre la familia de Polaner dieron sus frutos por fin. Los padres y las hermanas de Polaner habían muerto en un campo de trabajo de Płaszow; su madre y su padre en febrero de 1941, y sus hermanas ocho y diez meses después. Los nazis se habían apoderado de la casa y la fábrica textil de Cracovia. No quedaba nada.

La noche que recibió la noticia, Polaner cogió la pistola que guardaba en la mesita del dormitorio —el inspector había insistido en que la tuviera para protegerse— y salió en pijama al balcón, donde soplaba un viento gélido. Se puso la pistola en la sien y se asomó por la barandilla. La nieve del suelo era como un edredón, contó a Andras, blanda, con suaves montículos, de un blanco azulado; se imaginó cayendo en aquel vacío limpio y

desapareciendo bajo una capa de nieve nueva. La pistola que empuñaba era una Walther P-38 de oficial de las SS, de doble acción, con una bala en la recámara. Mientras la amartillaba y ponía el dedo en la curva del gatillo, imaginó cómo la bala rompería en pedazos la ingeniosa arquitectura de su cráneo. Contaría hasta tres y lo haría: *eins*, *tsvey*, *dray*. Pero mientras los números yiddish sonaban en su cabeza, tuvo un momento de lucidez: si se quitaba la vida con aquella pistola, aquella Walther P-38 —si lo hacía porque los nazis habían asesinado a sus padres y hermanas—, entonces ellos, los nazis, serían quienes lo habían matado a él, los que habrían silenciado el yiddish dentro de su cabeza. Habrían logrado asesinar a toda su familia. Apartó el dedo del gatillo, puso el seguro y sacó la bala de la recámara. Fue la bala, no Polaner, lo que cayó desde una altura de tres pisos al edredón de nieve.

A la mañana siguiente decidió que Budapest sería su destino, con la esperanza de encontrar a Andras. El inspector de alta graduación le proporcionó las cartas y los documentos necesarios para obtener la residencia legal en Hungría; incluso le consiguió un certificado médico que declaraba a Polaner no apto para el servicio militar debido a una debilidad pulmonar crónica. Le entregó veinte mil reichsmarks y lo dejó en un compartimiento privado de un tren. Al llegar a Budapest Polaner se dirigió a la gran sinagoga de Dohány utca, donde encontró a un antiguo secretario que hablaba yiddish; le explicó que estaba buscando a Andras Lévi, y el secretario lo envió a la Budapest Izraelita Hitközség, donde le dieron la dirección de Andras en Nefelejcs utca. Klara lo había acogido en casa, y desde entonces vivía allí. Hacía una semana había recibido sus documentos húngaros oficiales, que sacó de una carpeta marrón para demostrar a Andras que era verdad. Andras abrió el pasaporte de Polaner: «Teobald Kreizel. Residente permanente» . La fotografía mostraba a un Polaner delgado y ojeroso, incluso más pálido y horrorizado que el joven sentado ahora frente a él a la mesa de la cocina. El pasaporte estaba tan nuevo y limpio como el de Andras cuando se había marchado a París. La carpeta marrón también contenía un carnet con una esvástica estampada, que certificaba que Teobald Kreizel era miembro del Partido Nacionalsocialista de Alemania.

—Estos documentos te serán muy útiles —dijo Andras—. Tu amigo alemán sabía lo que se hacía.

Polaner se removió en su silla.

—Es una vergüenza…, un judío haciéndose pasar por nazi.

—¡Por Dios, Polaner! Nadie podrá recriminártelo. Al menos impedirá que te recluten en el Munkaszolgálat, y te aseguro que vale la pena.

—Pero tú has tenido que servir varios años. Y si la guerra sigue, volverás.

—Tú ya has cumplido —afirmó Andras—. Lo tuyo ha sido mucho peor que lo mío.

—Estas cosas no pueden compararse —dijo Polaner.

Pero había ocasiones en que sí era posible comparar el sufrimiento. Andras lo sabía. Él no había sido violado. No había perdido su país ni a su familia: Klara dormía en la habitación, con su hijo; Tibor e Ilana dormían abrazados en un colchón extendido en el salón; sus padres estaban bien en Debrecen; Mátyás tal vez estuviera vivo, en algún lugar fuera de las fronteras de Hungría. En cambio Polaner lo había perdido todo, incluidos sus seres queridos. Andras recordó la cena del Rosh Hashaná que habían celebrado juntos en el comedor de estudiantes hacía cinco años y medio; él se había maravillado de que la madre de Polaner le hubiera permitido volver a la facultad después de la agresión, y su amigo había contestado: «Nunca se alegra de verme marchar. Es mi madre». Esa mujer que amaba a su hijo había muerto. Su marido había muerto; sus hijas habían muerto. Y Andras Lévi y Eli Polaner, esos muchachos que habían pasado dos años en París discutiendo sobre una guerra que podía o no estallar, tomando té en la Paloma Azul, dibujando los planos de un club deportivo en el centro del Quartier Latin, ellos también habían desaparecido, convirtiéndose en sombras heridas.

Durante toda la primavera esperaron noticias de Mátyás. Cuando celebraron la Pascua, su madre insistió en reservar un asiento para él. En el tiempo que Andras había pasado en Ucrania, sus padres habían envejecido. Los cabellos de su padre habían pasado del gris al blanco. La espalda de su madre se había curvado. La mujer se encogía en su ancha chaqueta de punto

como un tallo de hierba seca. Ni siquiera la animaba ver a Tamás y a Ádám; no era por sus nietos por los que suspiraba, sino por su hijo perdido.

Polaner, que sabía lo que era esperar noticias, guardaba su duelo para sí. No hablaba nunca de sus padres ni de sus hermanas, como si la mención de su pérdida pudiera provocar la tragedia que la familia de Andras temía. Se empeñaba en ir solo todas las tardes a la sinagoga de Dohány a recitar el kadish. Según la tradición, debía hacerlo durante un año. Sin embargo, a medida que llegaban más noticias de Polonia, parecía que nadie podía quedar exento del duelo, como si ningún período de luto pudiera ser suficiente. En abril, los judíos del gueto de Varsovia habían organizado una resistencia armada contra la deportación de sus últimos sesenta mil residentes. Nadie esperaba que durara más de unos días, pero los combatientes del gueto aguantaron cuatro semanas. El *Diario de Pest* publicó fotografías de mujeres que lanzaban cócteles molótov a los tanques alemanes de soldados de la Waffen-SS y la policía polaca incendiando los edificios. La batalla se prolongó hasta mediados de mayo, y terminó, como todo el mundo había supuesto, con el desalojo del gueto: la matanza de los combatientes judíos y la deportación de los que habían sobrevivido. Al día siguiente el *Diario de Pest* informaba de que un millón y medio de judíos polacos habían muerto en la guerra, según los cálculos del gobierno polaco en el exilio. Andras, que había traducido a Polaner todos los artículos y programas radiofónicos sobre el levantamiento, no se vio capaz de traducir la cifra, de dar ese dato escalofriante a un amigo que estaba de luto. Un millón y medio de hombres, mujeres y niños judíos. ¿Cómo podía alguien asimilar una cifra así? Andras sabía que hacían falta tres mil judíos para llenar los asientos de la sinagoga de la calle Dohány. Para que cupiera un millón y medio, había que reproducir el edificio —sus arcos y cúpulas, su interior morisco, su galería, sus bancos de madera y su arca dorada— quinientas veces. Y después imaginar cada una de aquellas quinientas sinagogas llenas hasta los topes, imaginar a cada hombre, mujer y niño como un ser humano único e insustituible, tal como imaginaba a Mendel Horovitz, a Torre de Marfil o a su hermano Mátyás, cada uno con sus deseos y miedos, una madre y un padre, un lugar de nacimiento, una cama, un primer amor, una red de recuerdos, un alijo de secretos, una piel, un corazón, un cerebro infinitamente complicado… Imaginarlos así y luego imaginarlos muertos, extinguidos para siempre. ¿Cómo podía concebirse

algo así? La idea podía volver loco a cualquiera. Él, Andras, seguía vivo, y había personas que dependían de él. No podía permitirse el lujo de perder el juicio, así que se obligó a no pensar en ello.

Así pues, se sumergió en el trabajo que había que hacer cada día. El piso, que ya estaba lleno antes de que volvieran los hombres del Munkaszolgálat, era inhabitable tras la llegada de estos. Tibor e Ilana alquilaron uno enfrente, y József se trasladó con sus padres a un piso pequeño en la finca contigua. Polaner se quedó con Andras y Klara, compartiendo habitación con Tamás. Había que pagar el alquiler de todos esos pisos.

Andras volvió a trabajar de ilustrador y maquetista en un periódico, que no era el *Diario Judío Magiar*, sino el *Correo Vespertino*, en el que antaño había estado empleado Mendel, y donde una nueva campaña de reclutamiento había diezmado las filas de artistas gráficos. Convenció a su director de que también contratara a Polaner asegurándole que siempre había sido el auténtico cerebro de los proyectos en que habían colaborado en la facultad de arquitectura. Por su parte Tibor encontró un puesto de auxiliar de cirugía en un hospital militar, donde se seguía atendiendo a los heridos de Voronezh. József, que hasta entonces nunca había tenido que ganarse la vida, puso un anuncio en el *Correo Vespertino* y se hizo pintor de brocha gorda, un trabajo bien pagado. Y Klara daba clases particulares en el estudio de Király utca. Pocos padres podían abonar sus honorarios, pero ella les permitía pagar la voluntad. Entre todos sacaban adelante a once per sonas.

En julio, mientras los ejércitos de Eisenhower bombardeaban Roma, Budapest seguía a orillas del Danubio, desbordante de belleza estival, y sus palacios y magníficos hoteles antiguos todavía irradiaban una sensación de permanencia. Los bombardeos soviéticos de septiembre no habían dañado los edificios llenos de volutas y dorados. Aquella primavera no había habido ataques aéreos de los aliados, y tampoco habían vuelto los aviones del Ejército Rojo. Los puños apretados de las dalias se abrían en el Városliget, donde Andras paseaba con Tibor, József y Polaner los domingos por la tarde haciendo conjeturas sobre cuánto tardaría en capitular Alemania y por fin acabaría la guerra. Mussolini había caído y el fascismo se había desmoronado en Italia. En el frente oriental, los problemas de Alemania se

habían multiplicado y agravado: el asalto de la Wehrmacht a una plaza fuerte soviética cercana a Kursk había acabado en una desastrosa desbandada, seguida poco después de las derrotas en Orel y Járkov. Incluso Tibor, que un año antes había aconsejado no hacerse ilusiones, manifestó la esperanza de que la guerra pudiera acabar antes de que él, Andras o József se vieran obligados a reincorporarse al Munkaszolgálat, y de que los prisioneros de guerra húngaros pudieran regresar.

Andras sabía que los judíos húngaros eran afortunados. En el Munkaszolgálat habían muerto miles, pero no un millón y medio. El resto de la población judía había sobrevivido intacta a la guerra. Aunque decenas de miles habían perdido su empleo y todos tenían que bregar para ganarse el sustento, aún no había ninguna ley que prohibiera a los judíos poseer un negocio, comprar un piso o ir a la sinagoga a rezar por sus muertos. Durante más de un año y medio el primer ministro Kállay había esquivado las exigencias de Hitler, que le exhortaba a tomar medidas más estrictas contra los judíos húngaros. Más aún, su gobierno había empezado a hacer justicia por los crímenes perpetrados al principio de la guerra. Había iniciado una investigación de las masacres de Délvidék y manifestado su intención de castigar a los culpables con la severidad que merecían. Y el general Vilmos Nagybaczoni Nagy, antes de renunciar al control del Ministerio de Defensa, había pedido que se procesara a los oficiales responsables del mercado negro militar.

Pero Andras había aprendido a ser escéptico, no solo gracias a Tibor, sino también a los sucesos del año anterior; a pesar de las noticias esperanzadoras, no podía sacudirse de encima la sensación de temor, acrecentada por nuevos hechos. Aquel otoño, mientras seguía en el periódico el juicio a los responsables del mercado negro, vio cada vez con mayor claridad que los oficiales acusados, si acaso eran condenados, cumplirían solo penas simbólicas. Y Hitler, cuya Wehrmacht parecía tan vulnerable durante los meses de verano, había detenido el ataque aliado al sur de Roma y asegurado las fronteras meridionales de Alemania. En Rusia continuaba mandando tropas contra el Ejército Rojo, como si una derrota total fuera imposible.

Y seguían sin tener noticias de Mátyás, que ya llevaba veintidós meses desaparecido. ¿Cómo podía alguien creer todavía que estaba vivo? Pero Tibor insistía en creerlo, y su madre lo creía, y aunque su padre no hablara del tema, Andras sabía que también lo creía. Mientras uno de ellos continuara creyéndolo, ninguno podría recurrir al escaso consuelo del duelo.

El último acto del simulacro de justicia del año afectó a la familia Hász y a la extorsión que los había despojado prácticamente de toda su fortuna. En cuanto los pagos mensuales de György descendieron a unos pocos cientos de forintos, los extorsionadores decidieron que las ganancias del acuerdo no compensaban los riesgos. El gabinete de Kállay parecía empeñado en sacar a la luz la extorsión en todos los ámbitos y en todas las secciones del gobierno. Ya se había acusado de apropiación indebida de fondos a diecisiete miembros del Ministerio de Justicia, y el extorsionador de György temía ser el siguiente. El 25 de octubre citaron a György a medianoche en el sótano del Ministerio de Justicia. Andras y Klara pasaron la noche en vela con la madre de Klara, Elza y József en la pequeña y oscura sala del piso de los Hász. Klara, con las manos entre las rodillas, estaba sentada al lado de Andras como si la estuvieran juzgando a ella. Si le sucedía algo a su hermano, Andras sabía que se consideraría responsable.

A las tres menos cuarto oyeron la llave en la cerradura. György entró, manchado de hollín y jadeante, pero ileso. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo del sofá, se alisó la corbata dorada, se pasó una mano por los cabellos canosos. Se sentó en una silla y vació de un trago un vaso de licor de ciruela que le ofreció su esposa. Dejó el vaso en la mesita baja y miró a Klara, que estaba sentada a su lado.

—Se acabó —dijo poniendo una mano sobre la de su hermana—. Ya puedes respirar.

—¿Se acabó qué? —preguntó su madre—. ¿Qué ha ocurrido?

Ya no había rastro de los documentos, explicó György. Los extorsionadores lo habían llevado a su despacho para que reuniera todas las pruebas de la relación ilícita del ministerio con la familia Hász —las cartas, los telegramas y recibos de pago, las facturas de ventas y comprobantes de

ingresos bancarios— y las arrojara a la incineradora del edificio, a fin de que la familia Hász no pudiera acusar nunca al Ministerio de Justicia. A cambio los funcionarios le enseñaron el expediente que contenía los documentos relativos al presunto asesinato cometido por Klara y lo echaron también a la incineradora central del edificio.

—¿Les has visto quemarlo? —preguntó Klara—. ¿El expediente, las fotografías…, todo?

—Todo —respondió György.

—¿Cómo sabes que no guardan copias? —preguntó József—. ¿Cómo sabes que no tienen otros documentos?

—Es posible, supongo, pero no probable. No olvidemos que cualquier prueba que guardaran podría ser una prueba contra ellos. Por eso estaban impacientes por destruir todos los documentos.

—¡Pero las pruebas siempre los han implicado! —protestó József, al tiempo que se levantaba de la silla—. Eso nunca les había preocupado.

—Esos hombres estaban asustados —afirmó Hász—. No podían disimularlo. El gobierno no está de su parte. Diecisiete colegas suyos han sido despedidos, y algunos están en la cárcel o en el servicio de trabajo, por menos de lo que nos han hecho a nosotros.

—¿Y lo has destruido todo? —preguntó József—. ¿Absolutamente todo? ¿No te has quedado ni una sola copia? ¿Nada que podamos utilizar más adelante?

György miró a su hijo con severidad.

—Me apuntaban con una pistola en la cabeza mientras vaciaba las carpetas —explicó—. Me gustaría decir que guardaba duplicados de todo en algún otro lugar, pero ya era bastante arriesgado conservar lo que tenía. Sea como fuere, se acabó. Ya no pueden reabrir el caso de Klara. Vi cómo se quemaban los documentos.

József se quedó de pie ante la silla de su padre, con los puños apretados. Parecía dispuesto a agarrar a su padre por los hombros y zarandearlo. Desvió la vista hacia su abuela, hacia su madre; después la posó en Andras.

—Gracias a Dios que se acabó —dijo—. Gracias a Dios que no te han matado.

Aquella noche, Andras abrazó a Klara mientras los dos yacían despiertos en la oscuridad del dormitorio. En los últimos cuatro años, ¿cuántas veces había imaginado que la arrestaban, le daban una paliza y la encerraban en la cárcel, lejos de él? Le costaba creer que aquella amenaza siempre presente hubiera desaparecido. Klara estaba callada, sin lágrimas en los ojos; Andras sabía que era muy consciente del precio que se había pagado por su libertad. Su regreso a Hungría, un riesgo que había corrido por él, había arruinado a su familia. Ahora era libre, pero su libertad nunca le permitiría exigir justicia o la devolución de lo que la familia había perdido. Andras comprendía que el silencio de Klara no iba dirigido a él, pero igualmente permanecía entre ellos. Se preguntó si alguna vez había estado unido a ella de la forma que se suponía que lo estaban los matrimonios. De los cuarenta y ocho meses que llevaban casados, él solo había pasado doce en casa. Para superar su separación cada uno había tenido que situar a cierta distancia al otro. Cada vez que Andras había regresado a casa, incluida esa, habían vivido con el miedo a que volvieran a reclutarlo; por mucho que se esforzaran por olvidarlo, el miedo seguía allí. Y había algo más que empañaba toda su intimidad, que la ensombrecía como un par de alas negras: lo que sabían que sucedía en Europa y lo que temían que les sucediera a ellos.

Pero estaban juntos, en su cama, fuera de las garras del peligro por el momento. Estaban vivos y él la amaba. Era una locura mantenerla a distancia. Era lo último que quería Andras. Le acarició el hombro, la cara, le apartó un mechón de cabello de la frente, y ella se apretó más contra él. Conscientes de que Polaner dormía en la habitación contigua —sabedores de sus pérdidas y de su soledad—, hicieron el amor en un silencio tenso. Después se quedaron tumbados muy juntos, Andras con la mano sobre el vientre de Klara, recorriendo con los dedos las cicatrices de

sus cesáreas. No habían tomado precauciones para que no se quedara embarazada otra vez, aunque ninguno de los dos quería ni imaginar qué ocurriría si ella estaba encinta cuando los soviéticos cruzaran la frontera húngara. Mientras se adormecían, Andras le describió en susurros la casita que construiría junto al Danubio cuando acabara la guerra; era el lugar que había imaginado la primera vez que había estado en Angyalföld, una casa de ladrillo encalada, con una cubierta de tejas, un jardín lo bastante grande para tener un par de cabras lecheras, un horno de pan al aire libre, un patio sombreado y una pérgola con una parra. Klara se durmió por fin, pero Andras permaneció despierto, incapaz de relajarse. Una vez más, había dibujado el plano de una casa imaginaria, una de las muchas casas imaginarias que había construido desde que estaban juntos; recordaba cada uno de aquellos proyectos fantasmales de una vida que no habían vivido aún y quizá nunca vivieran.

Los sábados por la tarde, cuando hacía buen tiempo, Andras y Klara procuraban pasear solos durante un par de horas por la isla Margarita, mientras Polaner se quedaba jugando con Tamás en el parque. Era durante aquellos paseos cuando hablaban de lo que Andras no había podido explicarle en las breves cartas enviadas desde Ucrania: las razones de su deportación y el papel que podía haber tenido en ella *La Vía Torcida*; las circunstancias que rodearon la muerte de Mendel; el largo forcejeo con József después, y las extrañas coincidencias del viaje de vuelta.

Por razones que a Andras le costaba expresar, el tema más difícil fue el de la muerte de Zoltán Novak. Pasaron meses antes de que pudiera contar a Klara que había acompañado a Novak en sus últimos días de vida y que lo había enterrado. Ella se había enterado de la muerte de Novak por los periódicos y le había llorado antes del regreso de Andras, pero volvió a llorar aquel día. Le pidió que se lo contara todo: cómo había coincidido con Novak, qué se habían dicho y cómo había muerto. Cuando Andras terminó, suavizando los hechos cuanto pudo y omitiendo los detalles más penosos, Klara hizo su propia confesión: ella y Novak habían intercambiado casi una docena de cartas durante los largos meses en que él había prestado servicio.

Se habían detenido junto a las ruinas de una iglesia franciscana, en la parte oriental de la isla: piedras que parecían haber emergido de la tierra, un

rosetón sin cristal, ventanas góticas a las que faltaba la parte superior. Era diciembre, pero el día era templado. A la sombra de las ruinas había un banco donde marido y mujer podían confesar sus faltas, aunque fueran judíos, aunque no hubiera ningún confesor presente, salvo ellos mismos.

—¿Cómo te mandaba las cartas? —preguntó Andras.

—Me las hacía llegar por medio de oficiales que venían de permiso.

—Y tú le respondías.

Ella dobló el pañuelo mojado y miró hacia el rosetón vacío.

—Estaba solo y hundido. No tenía a nadie. Hasta el hijo se le había muerto.

—Tus cartas debieron de ser un consuelo para él —dijo Andras haciendo un esfuerzo, y siguió la mirada de ella hacia la ruina. Un pájaro había construido su nido en un lóbulo del rosetón. El nido hacía tiempo que había sido abandonado, y las serpentinas de hierba seca aleteaban con el viento.

—Intenté no darle falsas esperanzas —aseguró Klara—. Conocía los límites de mis sentimientos hacia él.

Andras tuvo que creerla. El hombre que había visto en Ucrania no parecía vivir con la ilusión de que alguien abrigaba un amor secreto hacia él. Era un hombre que había perdido todo cuanto le importaba, un hombre que había vivido para ver las ruinas de todo cuanto había construido en la tierra.

—No me molesta que le escribieras —dijo Andras—. No te recrimino nada de lo que pudieras escribirle. Siempre fue bueno contigo. Fue bueno con ambos.

Klara le puso una mano en la rodilla.

—Nunca se arrepintió de lo que hizo por ti —aseguró—. Me contó que había hablado contigo en la Operaház. Dijo que habías sido mucho más amable de lo que deberías. De hecho, dijo que, si tenía que casarme con alguien, se alegraba de que hubiera sido contigo.

Andras posó una mano sobre la de ella y volvió a mirar el trémulo nido del rosetón. Había visto dibujos arquitectónicos de esa iglesia en su estado original, con sus líneas góticas elegantes pero no singulares, iguales a las de miles de templos góticos. Ahora, como ruina, había adquirido el carácter de lo extraordinario. Sus horas más melancólicas aquel año fueron las que pasó a solas con Tibor. Caminaran por donde caminaran, siempre que Andras estaba con Tibor, comprendía con claridad que eran víctimas de sucesos que escapaban a su control. El Danubio, que antes parecía un conducto mágico por el que podían huir de Hungría, se había convertido en un mero río otra vez; Klein estaba en la cárcel, sus visados habían caducado, el *Trasnet* era solo el recuerdo de un nombre. En el pasado la voluntad de Tibor era para Andras una fuerza inexorable. Siempre había tenido un talento sobrenatural para hacer que sucediera lo imposible. Pero su huida no se había producido, y ahora no tenían ningún plan secreto para compensar sus temores. Tibor había cambiado; había pasado tres años en el Munkaszolgálat y, como Andras, se había visto obligado a aprender lecciones difíciles. A Andras le parecía que desde su regreso del frente oriental Tibor llevaba un gran peso encima: el peso de docenas de cuerpos humanos, los vivos y los muertos, todos los enfermos y heridos a los que había atendido en el servicio de trabajo y en el hospital de Budapest donde trabajaba. Sus relatos a menudo terminaban con un «no pudimos salvarlo».

Y los cuerpos seguían acumulándose, incluso en Budapest, lejos del frente, lejos de la guerra. Una noche Tibor apareció en las oficinas del *Correo* y preguntó a Andras si podía salir antes. Un joven al que atendía había muerto hacía unas horas en la mesa de operaciones, y Tibor necesitaba una copa. Andras llevó a su hermano a un bar que les gustaba a los dos, un local estrecho e iluminado por una luz ambarina, llamado la Campana del Tranvía. Mientras tomaban un par de cervezas Aquincum, Tibor le contó lo ocurrido: el chico había resultado herido meses antes en la batalla de Voronezh, le había penetrado metralla en ambos pulmones y desde entonces no podía respirar bien. En el curso de una intervención arriesgada para retirar los fragmentos se había seccionado la arteria pulmonar, y el muchacho había muerto en la mesa de operaciones. Tibor se hallaba en la sala de espera cuando el médico, un cirujano eminente y respetado llamado Keresztes, comunicó la noticia a los padres. Tibor esperaba llantos, protestas, un desmayo, pero la madre del joven se levantó de la silla y

explicó con calma que su hijo no podía estar muerto. Mostró a Keresztes el jersey que acababa de tejer para el chico; la lana de que estaba hecho había sido sumergida en un manantial de Szentgotthárd donde en tres ocasiones había aparecido la cara de la Virgen María. Acababa de rematar la hebra cuando entró el cirujano. Debían permitirle que pusiera el jersey a su hijo. No estaba muerto, sino en un estado de sueño profundo bajo la vigilancia de la Virgen. Cuando Keresztes empezó a explicarle las circunstancias de la muerte del chico, y la imposibilidad de hacer nada por él, el padre lo amenazó con cortarle el cuello con su propio bisturí si no permitían a la mujer hacer lo que deseaba. El cirujano, agotado por la larga intervención, acompañó a los padres hasta la cama de su hijo, en una sala cercana al quirófano, y dejó a Tibor supervisando la visita al difunto. La madre puso el jersey sobre las vendas que cubrían el pecho del chico y comenzó a rezar el rosario. Pero la bendición de la Virgen no logró resucitar a su hijo: el chico yacía inerte, y cuando la mujer llegó al final de la sarta de cuentas, se hizo cargo de la situación. Su hijo ya no estaba, había muerto en Budapest tras haber sobrevivido a la batalla de Voronezh; nada se lo devolvería. Cuando entró una enfermera para llevarse el cadáver a fin de que otro paciente ocupara la habitación, Tibor le pidió que permitiera a los padres quedarse con su hijo todo el tiempo que desearan. La enfermera insistió en que debían desalojar la habitación, pues el nuevo paciente saldría del quirófano al cabo de un cuarto de hora. Los padres del chico, comprendiendo que no tenían otra opción, salieron. En el umbral, la mujer puso el jersey en las manos de Tibor. Debía quedárselo, dijo, porque su hijo ya no lo necesitaba.

Tibor abrió su mochila de piel y sacó el jersey, de lana gris, tejido con puntos regulares y apretados. Lo extendió sobre sus rodillas y alisó la lana. Permanecieron en silencio, bebiendo sus cervezas. Finalmente Tibor volvió a hablar.

—Cuando salía del hospital me dieron una buena noticia —comentó—. Una enfermera lo había oído en la radio. Los generales de las matanzas de Délvidék, Feketehalmy-Czeydner y los demás, ingresarán en prisión el lunes. Feketehalmy-Czeydner pasará quince años entre rejas, según dicen, y los otros algo menos. Espero que se pudran en la cárcel.

Andras no tuvo ánimo para contar a su hermano el resto de la historia, que había oído justo antes de que Tibor llegara a la sala de redacción: Feketehalmy-Czeydner y los otros tres oficiales condenados por el caso Délvidék, en vista del inminente inicio de su larga condena, habían huido aquel mismo día a Viena, donde se les había visto cenando en una famosa cervecería en compañía de seis oficiales de la Gestapo. El corresponsal vienés del *Correo Vespertino* estaba lo bastante cerca para observar que los hombres habían comido salchichas de ternera con pimientos y brindado a la salud del comandante supremo del Tercer Reich. Se rumoreaba que el propio Führer había ofrecido a los oficiales garantías de asilo político. Tibor lo leería pronto en los periódicos. Andras decidió dejar que disfrutara de un momento de paz, si es que podía llamarse así.

—Que se pudran en la cárcel —dijo, al tiempo que levantaba el vaso.

OceanofPDF.com

38

Ocupación

En marzo de 1944, no mucho después de que Klara descubriera que volvía a estar embarazada, los periódicos informaron de que Horthy había sido convocado a una conferencia con Hitler en Schloss Klessheim. Lo acompañaron el nuevo ministro de Defensa, Lajoz Csatay, que había sustituido a Vilmos Nagy, y Ferenc Szombathelyi, jefe del Estado Mayor. El primer ministro Kállay declaró a los periodistas que la nación magiar tenía razones para albergar esperanzas: el tema que Hitler quería abordar era la retirada de las tropas húngaras del frente oriental. Tibor creía que ese giro de los acontecimientos tal vez haría que Mátyás volviera por fin a casa.

La noche de la conferencia de Klessheim, Andras y József estaban en el Pineapple Club, el cabaret subterráneo situado cerca de Vörösmarty tér donde Mátyás había bailado en una ocasión sobre la tapa de un piano blanco. El piano seguía allí; al teclado estaba Berta Türk, una artista de vodevil de la vieja escuela, cuyo peinado recordaba a una medusa de Beardsley. József había recibido un par de entradas para el espectáculo como pago por haber pintado una casa. Berta Türk había sido uno de sus ídolos de adolescencia; no podía desaprovechar la oportunidad de verla, e insistió en que Andras lo acompañara. Le prestó un esmoquin de seda y se puso un esmoquin que había traído de París hacía cinco años. Para madame Türk tenía un ramito de rosas rojas que debían de haberle costado la mitad de sus ingresos semanales.

Andras y él se sentaron cerca del escenario y bebieron varios vasos de la medicina especial del club, un cóctel de ron con coco. Berta pronunciaba sus frases, llenas de insinuaciones y dobles sentidos, con voz grave y meliflua, alzando y bajando las cejas como una novia de gánster de dibujos animados. A Andras le hacía gracia que el József adolescente se hubiera prendado de aquel extraño objeto de deseo en lugar de alguna belleza fría y muda de la gran pantalla. Pero no estaba de humor para las bromas de Berta; pensaba en Mátyás, le parecía percibir su presencia en la sala, tamborileando un ritmo de jazz en la barra, tumbado sobre el piano o

describiendo una línea de pasos trepidantes en el escenario como Fred Astaire. En el intermedio Andras salió para despejarse. La noche era fría y húmeda, las calles estaban llenas de gente con ganas de divertirse. Tres jóvenes perfumadas pasaron a su lado taconeando y haciendo ondular sus abrigos largos; las notas del «Bei Mir Bist Du Schön» traspasaban las cortinas de terciopelo que cubrían la entrada del club de jazz que había enfrente. Andras miró por encima de la cornisa adornada con volutas del edificio y contempló el cielo iluminado por una luna oval, con hebras de nubes que trazaban líneas ilegibles de texto sobre su cara. Le pareció lo bastante cerca para poder cogerla si extendía la mano.

—¿Tiene fuego? —le preguntó un hombre.

Andras apartó la vista de la luna y negó con la cabeza. El hombre, un joven soldado moreno con el uniforme del ejército húngaro, pidió una cerilla a un transeúnte y encendió el cigarrillo de su amigo y después el suyo.

—Es cierto, te lo juro —decía su amigo—. Si Markus dice que habrá una ocupación, es que la habrá.

—Tu primo es un fascista. ¡Nada le gustaría más que una ocupación alemana! Pero no sabe de qué habla. Ahora mismo Horthy y Hitler están negociando.

—¡Precisamente! Es una distracción táctica.

Todos tenían una teoría. Todos los que habían vuelto con vida del frente oriental creían saber cómo se desarrollaría la guerra, a gran y a pequeña escala. Andras se preguntaba cuánto tiempo podrían seguir tejiendo argumentos basados en la razón cuando la guerra desafiaba la razón a cada momento. ¿Cuánto tardarían todos en callarse? Incluso podría ser cierto que los alemanes estuvieran preparando la ocupación de Hungría en aquel preciso instante; todo podría ser cierto, absolutamente todo. El mismo Mátyás podía estar bajando de un vagón en la estación de Keleti, colgándose la mochila al hombro y encaminándose hacia Nefelejcs utca.

Presa de un aturdimiento de ron aromatizado con coco, Andras volvió a entrar y se dirigió a su mesa junto al escenario, donde József había atraído

la atención de madame Türk y le echaba piropos. Por lo visto la mujer ya se estaba despidiendo; un imprevisto la obligaba a marcharse inmediatamente. Dejó que József le besara la mano, se puso una rosa detrás de la oreja y cruzó el escenario.

—¿Qué imprevisto era ese? —preguntó Andras cuando ella se marchó.

—No tengo ni idea —respondió József, ensimismado.

Insistió en que tomaran otra ronda antes de marcharse, y luego propuso volver a casa en taxi. Cuando Andras le recordó cuánto había gastado ya aquella noche, dejó que lo llevara a la parada del tranvía de Vámház körut, donde se había congregado un grupo de gente.

Entonces todos parecían haber oído los mismos rumores: soldados de las SS, entre quinientos y mil, habían llegado a una estación cercana a la capital, marchaban hacia el este y pronto cruzarían los límites de la ciudad. Se decía que divisiones acorazadas y motorizadas alemanas habían avanzado hacia Hungría procedentes de todas las direcciones; los aeropuertos de Ferihegy y Debrecen habían sido ocupados. Cuando llegó el tranvía, la cobradora declaró en voz alta que si algún soldado alemán intentaba subir a su tranvía, le escupiría en la cara y le echaría a patadas. Alguien empezó a cantar «Isten, áld meg a Magyart», y enseguida todos estaban cantando a gritos el himno nacional mientras el tranvía bajaba por Vámház körut.

Andras y József escuchaban en silencio. Si los rumores eran ciertos, si estaba teniendo lugar una ocupación alemana, el gobierno de Kállay no pasaría de esa noche. Andras imaginaba qué clase de régimen lo sustituiría. Desde hacía seis años él y el resto del mundo estaban recibiendo una lección sobre la ocupación alemana y sus efectos. Sin embargo, ¿cuál podía ser el propósito de una ocupación en aquel momento? Los alemanes ya podían dar por perdida la guerra. Todos lo sabían. En cada uno de los frentes, los ejércitos de Hitler estaban a punto de caer. ¿Dónde encontraría a los soldados necesarios para llevar a cabo una ocupación? Los militares húngaros no aceptarían de buen grado un mando alemán. Habría resistencia armada, una reacción patriótica violenta. Después de todas las vidas

húngaras que se habían perdido en el frente oriental por culpa de Hitler, los generales del Honvédség no se someterían sin plantar cara.

Andras y József bajaron en su parada y se quedaron en la acera, mirando a izquierda y derecha como si buscaran algún rastro de la Wehrmacht. La noche de sábado parecía discurrir del mismo modo que antes. Por el bulevar pasaban taxis cargados de trasnochadores y las aceras estaban llenas de hombres y mujeres con trajes de fiesta.

—¿Habrá que dar crédito a eso? —preguntó Andras—. ¿Debo darle la noticia a Klara?

—Si es cierto, estoy seguro de que el ejército presentará batalla.

—Yo también lo he pensado. Pero, aunque lo hagan, ¿cuánto puede durar?

József sacó su pitillera y, al encontrarla vacía, buscó la petaca plateada que llevaba en el bolsillo del pecho.

—¿Un trago? —preguntó.

Andras negó con la cabeza.

—Ya he bebido bastante —contestó, y echó a andar en dirección a casa.

Caminaron por Wesselényi hasta Nefelejcs utca, doblaron la esquina y se despidieron con semblante sombrío tras quedar en verse por la mañana.

En el apartamento a oscuras, Tamás dormía en la cama de sus padres, con la espalda pegada al vientre de Klara. Cuando Andras se tumbó a su lado, Tamás se dio la vuelta y se arrimó a él, apretando el trasero contra su estómago; Andras notó sus pies calientes en el muslo. Klara suspiró en sueños. Andras rodeó a ambos con el brazo y permaneció despierto varias horas, oyendo su respiración.

A las siete de la mañana los despertaron unos golpes en la puerta: era József, sin sombrero ni abrigo, y con las mangas de la camisa manchadas de sangre. La Gestapo acababa de arrestar a su padre. La madre de Klara se había desmayado minutos después de que los hombres se llevaran a György

y se había golpeado la cabeza con la pantalla de la chimenea. Elza estaba al borde de una crisis nerviosa. Andras tenía que ir a buscar a Tibor enseguida y Klara debía acompañar a József.

En los momentos de confusión que siguieron, Klara insistió en que no podía ser la Gestapo, que József debía de estar equivocado. Mientras se ponía las botas, Andras tuvo que explicarle que sí podía tratarse de la Gestapo, que la noche anterior la ciudad hervía de rumores sobre una ocupación alemana. Andras corrió al piso de Tibor, y Klara a casa de los Hász. Un cuarto de hora después estaban todos reunidos alrededor de la cama de la anciana señora Hász, que ya había recuperado el conocimiento e insistía en contar lo ocurrido antes de su caída. A las seis y media de la madrugada se habían presentado dos hombres de la Gestapo que habían sacado a György de la cama, le habían gritado en alemán, lo habían metido en un coche blindado y se lo habían llevado. Fue entonces cuando ella perdió el equilibrio y se desplomó. Se llevó una mano a la cabeza, donde un rectángulo de gasa tapaba el corte que se había hecho con la pantalla de la chimenea.

—¿Por qué György? —exclamó—. ¿Por qué se lo han llevado? ¿Qué ha hecho?

Nadie sabía la respuesta. Al cabo de pocas horas se enteraron de que se habían producido otros arrestos: un antiguo colega de György en el banco; el vicepresidente judío de una compañía que gestionaba los bonos del Estado; un prominente escritor de izquierdas no judío, que había escrito un furioso panfleto antinazi; tres de los asesores más cercanos de Miklós Kállay, y un miembro liberal del Parlamento, Endre Bajcsy-Zsilinszky, que había recibido a la Gestapo con una pistola y les había disparado antes de que lo hirieran y se lo llevaran. Aquella noche József se arriesgó a ir a preguntar a la prisión de Margit Körút, donde se encerraba a los prisioneros políticos, pero solo le dijeron que su padre estaba detenido por los alemanes y que no lo dejarían salir hasta que pudiera demostrarse que no representaba una amenaza para la ocupación.

Eso pasó el domingo. El lunes se dio la orden de que todos los ciudadanos judíos de Budapest entregaran las radios y los teléfonos —«ofrecieran voluntariamente» fue la expresión utilizada por los nazis— en una oficina del Ministerio de Defensa en Szabadság tér. El miércoles se decretó que

cualquier judío que poseyera un coche o una bicicleta debía venderlos al gobierno para su uso en la guerra —«venderlos» fue la palabra que utilizaron los nazis, pero no había intercambio de dinero—; los nazis repartieron recibos de pago, pero pronto se descubrió que no eran canjeables por dinero. El viernes la ciudad estaba llena de carteles en que se notificaba que a partir del 5 de abril los judíos debían llevar brazaletes amarillos. Poco después empezó a circular el rumor de que los judíos prominentes que habían sido arrestados serían deportados a campos de trabajo en Alemania. Klara fue al banco a sacar lo que quedaba de sus ahorros, con la esperanza de sobornar a alguien para que soltaran a György, pero se encontró con que no le dejaron retirar más de mil pengos; todas las cuentas de los judíos habían sido congeladas. Al día siguiente una nueva orden obligaba a los judíos a entregar todas las joyas y objetos de oro. Klara, su madre y Elza entregaron algunas piezas baratas, introdujeron los anillos de boda y compromiso en una funda de almohada que escondieron en el fondo de un bote de harina y metieron el resto de alhajas en bolsitas de terciopelo, con las que József fue a la cárcel de Margit Körút a suplicar la liberación de su padre. Los guardias le confiscaron las joyas, le dieron una paliza y lo arrojaron a la calle.

El 20 de abril Tibor perdió su empleo en el hospital. Andras y Polaner fueron despedidos del *Correo Vespertino* y se les informó de que no encontrarían trabajo en ningún periódico de la ciudad. József, que trabajaba por su cuenta y cobraba en negro, siguió pintando paredes, pero su lista de clientes disminuyó. La primera semana de mayo, de la puerta de tiendas y restaurantes, cafés, cines y baños públicos colgaban carteles que prohibían la entrada a los judíos. Una tarde que Andras volvía del parque con Tamás, se detuvo de golpe en la acera frente a la panadería del barrio. En el escaparate había un rótulo casi idéntico al que había visto en la panadería de Stuttgart siete años antes. Pero ese rótulo estaba escrito en húngaro, en su propia lengua, y esta era su calle, la calle donde vivía con su esposa y su hijo. Medio desfallecido, se sentó en el bordillo con Tamás y miró el escaparate iluminado de la tienda. Todo parecía igual que siempre: la chica con el gorro blanco, las barras de pan y los pasteles en la vitrina, las doradas florituras del nombre del panadero. Tamás señaló la panadería y dijo el nombre del pastel que le gustaba: *mákos keksz*. Andras tuvo que decirle que aquel día no habría *mákos keksz*. Se habían prohibido muchas cosas, y muy

rápidamente. Incluso estar en la calle era peligroso. Había un toque de queda a las cinco para los judíos; los que no lo cumplieran serían arrestados o abatidos. Andras sacó el reloj de bolsillo de su padre, que a esas alturas parecía haberse convertido en parte de su cuerpo. Las cinco menos cinco. Se puso en pie, cogió a su hijo en brazos y, cuando llegó a casa, Klara lo recibió en la puerta con una carta de reclutamiento en la mano.

OceanofPDF.com

39

Despedida

Esta vez Andras, József y Tibor estarían juntos. Polaner estaba exento, gracias a los documentos de identidad y el certificado médico falsos. Los batallones de trabajo se habían reorganizado, añadiendo trescientas sesenta y cinco compañías nuevas. Dado que Andras, József y Tibor vivían en el mismo distrito, los tres habían sido destinados a la 55/10. La despedida fue como un funeral en el que se ofrecía a los difuntos —los tres jóvenes— todos los objetos que pudieran llevar al otro mundo. Toda la comida con que pudieran cargar. Ropa de abrigo. Mantas de lana. Píldoras de vitaminas y rollos de vendas. Y en el petate de Tibor, fármacos sustraídos del hospital en el que había trabajado. Ante la posibilidad de que los reclutaran, no había tenido escrúpulos en coger frasquitos de antibiótico y morfina, paquetes de material de sutura, agujas, tijeras y pinzas estériles: un botiquín que confiaba en no tener que usar.

Klara no los acompañó a la estación. Andras se había despedido de ella en casa por la mañana, en su dormitorio de Nefelejcs utca. Las primeras nueve semanas de su embarazo habían transcurrido sin novedad, pero la décima sufrió unas náuseas violentas que empezaban a las tres de la madrugada y duraban casi hasta el mediodía. Aquella noche había vomitado varias veces y Andras había estado a su lado mientras se inclinaba sobre la taza del váter, presa de fuertes arcadas, con la cara bañada en lágrimas. Ella le suplicó que se acostara, que durmiera un poco, ya que le aguardaba un duro viaje, pero él no quiso. A las seis de la madrugada Klara se hundió. Temblando de agotamiento, lloró y lloró hasta que se quedó ronca. Era intolerable, susurró, era imposible que Andras pudiera estar con ella un día, ileso y a salvo, y al siguiente se lo llevaran al infierno del que había regresado en primavera. Se lo daban y se lo quitaban. Se lo daban y se lo quitaban. Cuando ya le habían quitado tanto de lo que amaba. Andras no recordaba ningún momento en que Klara hubiera manifestado tan claramente su miedo, su sensación de desconsuelo. Incluso en sus peores momentos en París se había contenido; siempre le había ocultado algo, y desde su boda las circunstancias habían impuesto la necesidad de reprimirse. Pero ahora,

vulnerable por el embarazo, con Andras a punto de marcharse y Hungría en manos de los nazis, había perdido las fuerzas para defender su reserva.

Lloró y lloró, inconsolable, sin importarle que la oyeran; mientras Andras la mecía en sus brazos, tuvo la sensación de que lo lloraba a él, como si ya hubiera muerto y fuera testigo de su aflicción. Sentados ambos en el suelo del baño, le acarició los cabellos húmedos y pronunció su nombre una y otra vez, con la extraña sensación de que por fin estaban casados, como si lo que había existido antes entre ellos solo los hubiera preparado para esta unión más profunda y dolorosa. Le besó la sien, la mejilla, el borde húmedo de la oreja. Y después él también lloró al pensar que tendría que enfrentarse sola a lo que pudiera venir.

Al amanecer, antes de vestirse, la llevó a la cama y se tumbó a su lado.

—No iré —dijo—. Tendrán que apartarme de ti a rastras.

—No me pasará nada —intentó decir ella—. Mi madre estará conmigo. E Ilana y Elza. Y Polaner.

—Dile a mi hijo que su padre le quiere —pidió Andras—. Díselo todas las noches. —Cogió de la mesilla el reloj de bolsillo de su padre y lo puso en la palma de la mano de Klara—. Quiero que lo tenga él, cuando llegue el momento.

—No. No hagas eso. Ya se lo darás tú mismo.

Klara se lo puso en la mano. Ya era de día y Andras tenía que marcharse.

De nuevo los vagones. De nuevo la oscuridad y la presión de los hombres. József a su lado, siempre presente, y Tibor, su hermano, con su olor tan conocido como la cama donde dormían juntos de niños. Esta vez se dirigían a Debrecen, como si se adentraran en el pasado. Andras sabía exactamente qué había fuera: las colinas que daban paso a las llanuras, los campos, las granjas. Pero ahora los campos, si estaban cultivados, era porque los labraban las compañías de trabajos forzados, ya que los campesinos y sus hijos estaban todos en la guerra. Los pacientes caballos se asustaban al oír la voz desconocida de quienes tiraban de ellos. Los perros

ladraban a los forasteros, sin llegar a acostumbrarse a su olor. Las mujeres observaban a los trabajadores con desconfianza y no dejaban salir de casa a sus hijas. Maglód, Tápiogyörgy, Ujszász, pueblos de una sola calle cuyas estaciones de ferrocarril todavía tenían jardineras con geranios en las ventanas: los habían despojado de sus hombres cristianos en edad militar y de sus hombres judíos en edad de cumplir el servicio de trabajo, y pronto los despojarían del resto de sus habitantes judíos. Ya habían comenzado las concentraciones y las deportaciones…, las deportaciones, a pesar de que Horthy había jurado que nunca se deportaría a nadie. Döme Sztójay era ahora el primer ministro, y hacía lo que le decían los alemanes. Concentrar a los judíos de las ciudades pequeñas en guetos de las grandes ciudades. Contarlos. Elaborar listas. Decirles que se les necesitaba para un gran proyecto de trabajo en el este; prometerles un reasentamiento, una vida mejor en otro lugar. Indicarles que solo llevaran consigo una maleta. Transportarlos a la estación y subirlos a un tren. Los trenes salían a diario hacia el oeste, regresaban vacíos y se volvían a llenar. Un terror imposible de expresar se apoderó de los que aún quedaban y esperaban. Los pocos que, como Polaner, ya habían estado en campos alemanes y vivían para contarlo sabían que no habría reasentamiento. Sabían cuál era el propósito de esos campos; conocían el resultado del gran proyecto de trabajo. Contaban sus historias y nadie les creía.

Para Andras, Tibor y József el viaje de cuatro horas hasta Debrecen duró tres días. El tren paró en los apeaderos de los pueblecitos; en algunos oían cómo se enganchaban más vagones, cómo se alimentaba la máquina de la guerra con más reclutas. Ni comida ni agua, salvo la que llevaban consigo. Ningún sitio donde orinar aparte de la lata en un rincón del vagón. Mucho antes de que se detuvieran en la estación de Debrecen, Andras reconoció el cambio de agujas que señalaba su proximidad. En la penumbra, Tibor y Andras se miraron a los ojos. Andras sabía que su hermano estaba pensando en sus padres, quienes ya habían soportado muchas partidas, que ya habían perdido un hijo y cuyos otros dos vástagos se marchaban de nuevo al frente. Dos semanas antes Béla y Flóra habían sido encerrados en un gueto que casualmente incluía su edificio de Simonffy utca. No habían tenido tiempo ni la oportunidad de decirse adiós. Ahora Andras y Tibor estaban en la estación de Debrecen, y habrían tardado menos de quince minutos en llegar

al gueto si hubiera habido algún modo de bajar de aquel tren, alguna manera de caminar por la ciudad sin que les descerrajaran un tiro.

El vagón permaneció en las vías de Debrecen toda la noche. Estaba demasiado oscuro para que Andras pudiera mirar el reloj de su padre; no había forma de determinar qué hora era, cuánto faltaba para el amanecer. No podían saber si se marcharían aquel día o los dejarían en aquella oscuridad pestilente mientras enganchaban más vagones al tren, mientras cargaban más hombres a bordo. Se sentaban en el suelo por turnos, dormitaban y se despertaban. De pronto, en la hora más silenciosa de la noche, oyeron pasos sobre la grava —no las pisadas fuertes de los guardias, sino pasos más tímidos—, seguidos de unos golpecitos suaves en el costado del furgón.

—¿Fredi Paszternak?

—¿Geza Mohr?

—¿Semyon Kovács?

Nadie respondió. Estaban todos despiertos, todos paralizados de miedo. Si los guardias descubrían a aquellos rastreadores, los matarían. Todos conocían las consecuencias.

Al cabo de unos minutos se oyeron más pasos. Se acercaban más rastreadores. ¿Rubin Gold? ¿György Törönyi? Nombres y más nombres; se oyeron susurros nerviosos en un vagón cercano, donde alguien había encontrado al hombre al que había ido a buscar. Y en la siguiente ola de rastreadores: ¿Andras Lévi? ¿Tibor Lévi?

Andras y Tibor corrieron hacia el costado del vagón y llamaron a sus padres en voz baja: *anyu*, *apu*. Los diminutivos que no utilizaban desde la infancia. Andras y Tibor volvían a ser niños en un momento de necesidad por obra de la inconcebible cercanía y la imposibilidad de tocar a su madre, Flóra, y a su padre, Béla. Los hombres del vagón se apartaron para hacerles sitio, para proporcionarles un poco de intimidad en aquel espacio atestado.

—¡Andi! ¡Tibi! —La voz de su madre, desesperada de dolor y alivio.

—¿Cómo habéis podido venir? —preguntó Tibor.

—Tu padre ha sobornado a un policía —respondió su madre—. Hemos venido con escolta oficial.

—¿Estáis bien, hijos? —La voz de su padre otra vez, formulando una pregunta cuya respuesta ya conocía y a la que Andras y Tibor solo podían responder con una mentira—. ¿Sabéis adónde os envían?

No tenían la menor idea.

Había poco tiempo para hablar. Poco tiempo para hacer lo que Béla y Flóra habían ido a hacer. En los barrotes de la única ventana alta apareció un paquete unido a un gancho metálico sujeto al bramante marrón con que estaba atado. El paquete era demasiado grande para pasar entre los barrotes, de modo que hubo que bajarlo y dividir su contenido. Dos jerséis de lana. Dos bufandas. Dos paquetes de comida bien envuelta. Un paquete de dinero: dos mil pengos. ¿Cómo habían logrado ahorrar tal cantidad? ¿Cómo habían conseguido esconderla? Y dos pares de botas resistentes que hubo que dejar, porque no había forma de introducirlas entre los barrotes.

Después, otra vez la voz de su padre, que recitaba la oración para los viajes.

Flóra y Béla caminaron presurosos por las calles a oscuras en dirección a casa, cada uno con un par de botas resistentes en la mano. Detrás de ellos, con una mano sobre sus hombros como si estuvieran arrestados, iba el policía sobornado, un antiguo miembro del club de ajedrez de Béla, que había organizado su salida por un sótano que unía un edificio del gueto con otro del exterior. Otros habían salido de la misma manera y habían vuelto sanos y salvos, pero algunos no regresaron y nunca más se supo de ellos. Estaban totalmente a merced de ese policía con quien Béla había compartido algunas partidas de ajedrez, algunas cervezas, pero ya no temían lo que pudiera pasarles, no temían que los entregara a un miembro menos comprensivo de la policía de Debrecen; habían dado a sus hijos la comida, los jerséis, el dinero, habían cruzado unas palabras con ellos, los habían bendecido, y lo demás no importaba. Habría sido una lástima que los hubieran descubierto con el paquete encima, pero habían tenido suerte; las calles estaban prácticamente vacías cuando salieron del gueto. Las fuentes

de información de Béla, un capataz de la estación de ferrocarril conocido de toda la vida y el camarero llamado Rudolf, habían demostrado ser dignos de confianza. El tren estaba allí, como les habían indicado, y los guardias estaban disfrutando de las cervezas que Rudolf les había llevado. Rudolf recordaba a Andras de haberlo visto en la cervecería la noche en que discutió con su padre porque este desaprobaba que hubiera elegido como esposa a Klara. Qué lujo había sido, pensaba Béla el Afortunado, tener tiempo y ganas de discutir. Había admirado la defensa que su hijo había hecho de Klara. En efecto, tenía razón: Klara había sido una buena esposa para él, tan buena, al parecer, como Flóra lo había sido para Béla. Afortunado. Sí, era afortunado incluso ahora. Flóra estaba a su lado, con la mano del policía en el hombro: su mujer, la madre de sus hijos, dispuesta a arriesgar la vida en plena noche, a pesar de sus protestas; reacia a dejarlo marchar solo.

El policía los dejó en el patio que conducía al sótano. Con una cortesía anticuada e incongruente, sostuvo la puerta para que entraran en aquel túnel de vuelta a su vida de encierro. Poco después estaban en su edificio, subiendo por la escalera hacia su piso, donde se desnudaron en la oscuridad sin decir palabra. Disponían de pocas horas para dormir antes de que se levantaran a la hora habitual para realizar las escasas tareas diarias que les estaban permitidas. Una vez en la cama, Flóra se tapó con el edredón hasta la barbilla y suspiró. No había nada más que pudieran decirse, nada más que pudieran hacer. Sus hijos, sus niños. Los tres pequeños, como siempre los habían llamado. Los tres a la deriva por el continente, como barcos de madera. Flóra se dio la vuelta y apoyó la cabeza sobre el pecho de Béla, y él le acarició los cabellos canosos.

Compartían esa cama un mes más, mientras los judíos de la región de Hajdú eran concentrados en Debrecen. Una mañana de finales de junio, cuando en la enredadera de la galería las capuchinas abrían sus pétalos y las cabras blancas balaban en el patio, bajaron por la escalera, cada uno con una maleta. Caminaron junto con sus vecinos hasta las puertas del gueto y recorrieron las calles hacia el oeste de la ciudad, donde los obligaron a subir a un tren casi idéntico al que había llevado a sus hijos a un lugar cuyo nombre nadie conocía. El tren, que se dirigiría al oeste, pasaría por estaciones con jardineras llenas de geranios en las ventanas y cruzaría

Budapest. Entonces se desviaría hacia el norte, y seguiría avanzando hacia el norte, hasta que las puertas de los vagones se abrieran en Auschwitz.

El tren que llevaba a Andras, Tibor y József se dirigió al este hasta la frontera del país. Allí, en una localidad de la Rutenia carpática cuyo nombre cambiaría dos veces al formar parte de nuevo de Checoslovaquia y después de la Unión Soviética, unos guardias armados los condujeron a un campamento situado a tres kilómetros del río Tisza. Su tarea consistiría en cargar madera en barcazas a fin de que fuera transportada hasta Austria a través de Hungría. Los mandaron a un barracón sin ventanas con cinco hileras de literas de tres pisos; fuera, a lo largo del barracón, había una hilera de lavabos donde podían asearse. Aquella noche, durante la cena, tomaron un café que no era café, comieron una sopa que no era sopa y recibieron un pedazo de pan arenoso, que Tibor les hizo guardar para el día siguiente. Era el 5 de junio, una noche tibia que olía a lluvia y a hierba nueva. Los combates todavía no habían llegado a aquella frontera. Les permitieron sentarse fuera después de la cena; un hombre que había llevado consigo un violín tocó melodías gitanas mientras otro cantaba.

Andras ignoraba —ninguno de sus compañeros lo sabría hasta al cabo de muchos meses— que aquella misma noche una flota de barcos aliados alcanzaría la costa de Normandía y miles de soldados tratarían de ganar la orilla bajo una lluvia de disparos. Aunque lo hubieran sabido, no habrían osado esperar que la invasión aliada de Francia pudiera librar a una compañía de trabajo húngara de los terrores de la ocupación alemana, o impedir que bombardearan su recodo del Tisza mientras cargaban las barcazas. Aunque hubieran estado al corriente de la invasión, sabrían que era imposible intentar determinar unas circunstancias a partir de otras, trazar líneas claras de causalidad entre una playa de Vierville-sur-Mer y un campo de trabajos forzados en la Rutenia carpática. Conocían su situación; sabían que podían estar agradecidos. Cuando Andras se tumbó aquella noche en su litera de madera, con Tibor arriba y József abajo, solo pensó que para bien y para mal estaban vivos.

OceanofPDF.com

40

Pesadilla

Al final lo que lo dejó más estupefacto no fue la inmensidad de todo aquello, sino la atroz pequeñez, la cabeza de aguja sobre la que toda vida se mantenía en equilibrio. La balanza podía inclinarse por la cosa más insignificante: los piojos que transmitían el tifus, los pocos dedales de agua que quedaban en una cantina, el polvo de las migas de pan en un bolsillo. El 10 de enero, en el albor frío y turbulento de 1945, Andras estaba tumbado en el suelo de un furgón, en un campo de cuarentena húngaro a pocos kilómetros de la frontera austríaca. Recordaba, vagamente, que le habían dicho que los hombres en cuarentena podían considerarse afortunados. Aquellos que no estaban infectados por el tifus habían sido enviados a campos de trabajo al otro lado de la frontera austríaca.

Recordaba algunas cosas. Guardaba aquellas certidumbres como canicas en una bolsa, cada una con su cristal del color de la sangre o del mar. El recodo del Tisza donde se hallaba su compañía había sido bombardeado. Sucedió una noche extraordinariamente cálida de finales de octubre, casi cinco meses después de su llegada al campamento. Recordaba haberse agachado en la oscuridad con Tibor y József, y ver temblar las paredes mientras las ondas de choque sacudían la tierra; solo por un acto de gracia, al parecer, su barracón había permanecido intacto. Treinta y tres hombres habían muerto aplastados al derrumbarse el barracón donde se encontraban. Seis barqueros y media compañía de soldados húngaros que dormían aquella noche a orillas del río habían perecido. La 55/10, hecha trizas, había huido hacia el oeste para adelantarse al avance del ejército soviético. Durante semanas sus guardias los habían llevado de un pueblo a otro; habían dormido en cabañas o graneros, o incluso al raso, mientras la guerra retumbaba y llameaba, siempre a pocos kilómetros de distancia. Entonces Hungría había caído en manos del Partido de las Cruces Flechadas. Horthy había demostrado que no se dejaba controlar por los alemanes; presionado por los aliados, había detenido la deportación de judíos, y el 11 de octubre había intentado negociar un acuerdo de paz por su cuenta con el Kremlin. Unas horas después, Hitler lo había obligado a abdicar y lo había desterrado a Alemania

junto con su familia. El armisticio quedo anulado. Ferenc Szálasi, líder de los cruces flechadas, fue nombrado primer ministro. La noticia llegó a los reclutas en forma de nuevas normas: en adelante ya no serían tratados como trabajadores forzados, sino como prisioneros de guerra.

Todo esto lo recordaba Andras con detalle. Lo que había sucedido después resultaba más confuso. Aturdido por la fiebre, intentaba una y otra vez recordar qué había sido de Tibor. Recordaba que semanas o meses antes había huido con Tibor y József por una carretera al oeste de Trebišov en un día claro, perseguidos por el sonido de los tanques y la artillería rusos. Se habían separado de su compañía; József estaba enfermo y no podía seguir su ritmo. Por la carretera pasaban jeeps y carros blindados alemanes. Por detrás se acercaba un terremoto: rusos con sus fortalezas sobre ruedas, armas que arrojaban llamas. Mientras corrían por la carretera, József había tropezado cuando pasaba un carro blindado alemán y se había visto lanzado a la cuneta, con la pierna torcida en un ángulo que al enfebrecido Andras no le parecía real. No parecía real, no representaba la vida. Una pierna no se doblaba de ese modo, ni en aquella dirección, en relación con el cuerpo de un hombre. Cuando Andras llegó a su lado, József tenía los ojos abiertos y su respiración era rápida y superficial; parecía presa de un incomprensible estado de exaltación, como si de golpe le hubieran dado la razón en un tema sobre el que llevara años discutiendo. Tibor se agachó a su lado y le palpó la pierna con cuidado, y József soltó un sonido imposible de olvidar: un alarido áspero de tres tonos que parecía capaz de quebrar la cúpula celeste. Tibor apartó la mano y miró a Andras con desesperación: no tenía morfina, las provisiones que se había llevado de Budapest se habían acabado. Momentos después apareció una furgoneta de color oliva, con banderas de la Wehrmacht austríaca ondeando en el parachoques y una cruz roja pintada en un costado. Andras se arrancó el brazalete amarillo de la manga, arrancó el de József y el de Tibor. Ahora solo eran tres hombres en una cuneta, sin identidad. Llegaron médicos austríacos, decidieron que los tres necesitaban asistencia médica urgente y los subieron a la furgoneta. Pronto avanzaban a una velocidad increíble por la carretera, todavía huyendo de los rusos, imaginaba Andras. De pronto hubo un estruendo ensordecedor, una explosión brillante. La lona de la furgoneta salió disparada, el suelo se convirtió en techo, un neumático dibujó un arco contra un fondo de nubes. La sacudida del impacto. Un silencio vibrante. Cerca, József llamaba a su

padre. Tibor se levanto, ileso, entre unos tallos secos de maíz y se sacudió la nieve de las mangas. Andras, con un dolor espantoso y creciente en el costado, yacía en un surco del campo y miraba al cielo, una superficie inverosímilmente alta de un azul lechoso que se extendía para siempre encima de él. En su recuerdo una nube adoptó la forma del Panteón, el esbozo de unas columnas y una cúpula. Un momento después, aquel azul lechoso, aquella cúpula, desapareció en una oscuridad envolvente.

Más tarde abrió los ojos, y lo que vio lo deslumbró de tal modo que estuvo seguro de que había muerto. Paredes blancas como la nieve, camas blancas como la nieve, cortinas blancas como la nieve, cielo blanco como la nieve al otro lado de la ventana. Al final comprendió que estaba en una cama de hospital, bajo el peso aplastante de una fina manta de algodón. Un médico de nombre yugoslavo, Dobek, retiró una venda del costado de Andras y examinó una herida dentada y roja que se extendía desde la costilla inferior hasta el ombligo. Al verla Andras tuvo un fuerte acceso de náuseas y miró angustiado alrededor en busca de un orinal; el movimiento le provocó un dolor desgarrador en la herida. El médico le suplicó que no se moviera. Andras lo entendió, a pesar de que la advertencia había sido pronunciada en un idioma que no conocía. Se quedó tumbado y se durmió profundamente sin soñar. Cuando despertó, Tibor estaba sentado en una silla al lado de la cama, con las gafas intactas, el cabello limpio, la cara lavada, los harapos del uniforme sustituidos por un pijama. Explicó a Andras que estaba herido; una bomba había estallado al paso de la furgoneta del servicio médico. Le habían operado de urgencia porque tenía el bazo dañado y el intestino delgado seccionado cerca del íleon terminal, pero habían reparado las lesiones y se recuperaría. ¿Dónde estaban? En Kassa, Eslovaquia, en un hospital católico, el Santa Isabel, al cuidado de monjas eslovacas. ¿Y dónde estaba József? Recuperándose en una sala cercana; había sufrido graves lesiones en la pierna y lo habían sometido a una compleja intervención quirúrgica.

Andras y József permanecieron en aquel hospital eslovaco un número indeterminado de semanas, mientras la guerra seguía cerca. Tibor iba y venía. Ayudaba a las monjas, a los médicos; trabajaba con ellos, colaboraba en operaciones, determinaba la gravedad de los pacientes que llegaban. Estaba exhausto, apenado al tener que ver tantos cuerpos destrozados por

las balas y las bombas, pero en su semblante se advertía una serena determinación hacia aquello para lo que había estudiado. Los rusos continuaban avanzando, explicó a Andras, lentamente pero sin pausa. Si el hospital conseguía superar las embestidas de la batalla, tal vez pronto estarían todos a salvo.

Pero entonces llegaron los nazis para desalojar el hospital. «Evacuar» fue la palabra que utilizaron, aunque su significado no era el mismo para todos. En aquel lugar donde no se había preguntado a los pacientes cuál era su religión, en que no se hacía distinciones entre gentiles y judíos, los judíos fueron identificados y amontonados en el pasillo. Entre Andras y Tibor sostuvieron a József, que llevaba la pierna enyesada, cuando los condujeron a un tren y los obligaron a subir a un vagón. Otro viaje con destino desconocido, esta vez hacia el sur y el oeste, en dirección a Hungría.

Durante casi una semana atravesaron el país. Tibor atendía a Andras y József, velaba por su delicada recuperación; cuando Andras vomitaba en el suelo del furgón, Tibor lo limpiaba, y cuando József tenía que usar la lata del rincón, Tibor le acompañaba y ayudaba. También cuidaba de los demás pacientes, muchos de ellos demasiado enfermos para darse cuenta de su suerte. Pero poco podía hacer. No había comida, ni agua, no había vendas limpias ni medicinas. Por la noche Tibor se tumbaba junto a Andras para darle calor y le susurraba al oído a fin de que ninguno de los dos perdiera la cabeza. «Te contaré un cuento —decía Tibor, como si Andras fuera el hijo del que había tenido que separarse—. Había una vez un hombre que podía hablar con los animales. Esto es lo que decía el hombre. Esto es lo que decían los animales.» Andras sentía un picor intenso en cada centímetro de su cuerpo, incluso en la herida. Las picaduras de los piojos. A los pocos días aparecieron los primeros indicios de la fiebre.

El tren paró, lo que significaba otro traslado. De nuevo los dividirían en dos grupos: los que podían cruzar la frontera y los que no. A los enfermos de tifus no se les permitiría pasar al otro lado. Los dejarían en un campo de cuarentena en la frontera.

—Escúchame, Andras —dijo Tibor justo antes de la selección—. Voy a fingir que estoy enfermo. No pienso cruzar la frontera. Me quedaré contigo en el campo de cuarentena. ¿Lo entiendes?

—No, Tibor. Si te quedas, seguro que enfermarás. —Se acordó de Mátyás, de la enfermedad de cuando eran niños, de su noche de desesperación en el huerto.

—¿Y si la cruzo?

—Eres médico. Te necesitarán. No te matarán.

—Les da igual que sea médico o no. Me quedaré aquí contigo y con József y los demás.

—No, Tibor.

—Sí.

Los furgones se convirtieron en los barracones del campo de cuarentena. Los dejaron en la estación, en las vías, hileras e hileras de vagones, cada uno con su cargamento de muertos y moribundos. Todos los día sacaban a los muertos y los depositaban en fila debajo de los furgones, sobre la tierra helada; era imposible enterrarlos en aquella época del año. Andras yacía en el suelo del vagón, víctima de una fiebre creciente, flotando unos pocos centímetros por encima de sus compañeros muertos.

Hacía meses que no sabía nada de Klara, y no había forma de tener noticias de ella. Su segundo hijo ya habría nacido, o no. Tamás ya tendría casi dos años. Tal vez los hubieran deportado, o no. Recuperaba y perdía el conocimiento, sabía y no sabía, pensaba y no podía pensar, mientras su hermano salía a hurtadillas del campo de cuarentena y caminaba hasta Sopron en busca de comida, medicinas y noticias. Tibor regresaba todos los días con lo poco que lograba encontrar; se había hecho amigo de un farmacéutico que le daba pequeñas cantidades de antibiótico, aspirina y morfina, y cuya radio captaba los noticiarios de la BBC. Budapest estaba gravemente amenazada desde noviembre. Los tanques soviéticos se acercaban por el sudoeste. Hitler había prometido repelerlos a toda costa. Las carreteras estaban cortadas. Escaseaban los alimentos y el combustible. En la capital comenzaba a dejarse sentir el hambre. Tibor no habría contado noticias tan siniestras a Andras, pero este le oyó hablar con alguien fuera del vagón; su oído agudizado por la fiebre lo captó todo. También

entendió que él y József se estaban muriendo. *Flecktyphus*, oyó, y *dizentéria*.

Mientras József mejoraba con los alimentos que llevaba Tibor, la fiebre de Andras no paraba de subir. La disentería le consumía el cuerpo y lo vaciaba. El esqueleto de la realidad se desmoronaba, el tejido conectivo se desprendía de los huesos.

Un olor nauseabundo constante que sabía que procedía de sí mismo.

Frío.

Tibor llorando.

Tibor diciendo a alguien —¿a József?— que Andras estaba en las últimas.

Tibor arrodillado a su lado, recordándole que ese día era el cumpleaños de Tamás.

La decisión de que no moriría ese día, el cumpleaños de su hijo.

Levantándose a pesar del desgarro en las tripas, un filamento de fuerza.

Al día siguiente, un tumulto en el campo de cuarentena. El sonido de un megáfono. Un anuncio: todos los que podían trabajar serían trasladados a Mürzzuschlag, en Austria. Unos soldados registraron los vagones y sacaron a los vivos a la luz fría y deslumbrante. Un hombre con uniforme nazi sacó a Andras a rastras y lo arrojó sobre las vías del tren. ¿Dónde estaba Tibor? ¿Dónde estaba József? Andras yacía con la mejilla sobre el raíl helado, cuyo metal le quemaba la piel, demasiado débil para moverse, mirando la grava cubierta de escarcha, los pies de los hombres que se movían alrededor. De algún lugar cercano le llegó el sonido de metal sobre la tierra: hombres con palas. El ruido continuó durante horas. Andras comprendió: por fin enterraban a los muertos. Y ahí estaba él, esperando ser enterrado. Había muerto, había cruzado al otro lado. No sabía cuándo había ocurrido. Le sorprendió descubrir que fuera tan sencillo. No había vida ni muerte, solo esa pesadilla, siempre y cuando la tierra lo cubriera seguiría sintiendo frío y dolor, se ahogaría para siempre.

Al cabo de un rato lo cogieron por las muñecas y los tobillos y lo lanzaron al aire. Un momento de ligereza; después la caída. Un impacto que sintió en las articulaciones, en los intestinos estragados. Un olor repugnante. Debajo de él, cuerpos de hombres. Alrededor, paredes de tierra. Una palada de tierra en la cara. Su sabor como algo de la infancia. La apartó de la cara, pero no dejaba de caer. El enterrador —una forma negra vigorosa en el borde de la tumba— cogía la tierra de un montículo. Luego, sin que Andras entendiera por qué, paró. Unos minutos después se había ido dejando la tarea a medias. Y allí se quedó Andras, ni vivo ni muerto.

Una noche en una tumba abierta, con tierra por manta.

Por la mañana, alguien lo sacó a rastras.

Otra vez el vagón. Y ahora.

Ahora.

Al lado tenía un cuenco de judías. Estaba hambriento, pero, en lugar de comérselas, inclinó el cuenco hacia su boca y sorbió el líquido. Con aquel trago sintió que se le soltaban los intestinos y después, debajo de él, calor.

Pasó otro día y oscureció. Otra noche. Alguien… —¿Tibor?— le echaba agua en la boca; se atragantó, tragó. Por la mañana salió a gatas del vagón intentando escapar de su propio olor. Inexplicablemente tenía la cabeza más despejada. Se paró, de rodillas, y metió la mano en el bolsillo del abrigo, donde guardaba el pan cuando lo tenía. El bolsillo estaba arenoso de migas. Se arrastró hasta un charco donde el sol había fundido la nieve. En una mano tenía las migas. Con la otra recogió agua del charco. Hizo una pasta fría, se llevó la mano a la boca, y comió. Era el primer alimento sólido que ingería en veinte días, aunque él no lo sabía.

Más tarde se despertó en el vagón. József Hász, inclinado hacia él, lo instó a sentarse.

—Inténtalo —dijo József, y lo levantó cogiéndolo por las axilas.

Andras se incorporó. Negras olas oceánicas le anegaron el cerebro. Luego, como por un milagro, retrocedieron. De nuevo el bien conocido interior del vagón. József estaba arrodillado a su lado, sosteniéndole la espalda con las manos.

—Ahora tienes que ponerte en pie —dijo József.

—¿Por qué?

—Va a venir alguien para formar un destacamento de trabajo. Matarán a todos los que no puedan trabajar.

Andras sabía que no le elegirían para trabajar. Apenas podía levantar la cabeza. Y entonces recordó otra vez:

—¿Tibor?

József negó con la cabeza.

—Solo yo.

—József, ¿dónde está mi hermano?

—Necesitan trabajadores sea como sea —explicó József—. Si un hombre se tiene en pie, se lo llevan.

—¿Quiénes?

—Los alemanes.

—¿Se han llevado a Tibor?

—No lo sé, Andráska —respondió József, con la voz rota—. No sé dónde está. Hace tres días que no lo veo.

Fuera del vagón, un alemán ordenó a los hombres que se pusieran firmes.

—Ahora tendremos que caminar —dijo József.

Los ojos de Andras se llenaron de lágrimas; morir ahora después de todo lo que habían pasado. Pero József lo cogió por las axilas y lo puso en pie. Andras cayó sobre él. József se balanceó y gimió de dolor; su pierna destrozada, sin la escayola, no debía de estar bien soldada. Aun así, le rodeó la espalda con el brazo y lo condujo hacia la puerta del vagón. La abrió. Bajó con Andras por una rampa y salieron a la tierra fría de la estación. Andras sintió cuchilladas de dolor en los pies y las piernas. En el costado, en la herida, una sorda quemazón naranja.

Había un oficial nazi frente a una fila de reclutas del servicio de trabajo que inspeccionaba sus abrigos y pantalones sucios y desgarrados, sus pies envueltos en harapos. Andras y József iban descalzos.

El oficial se aclaró la garganta.

—Todos los que estén dispuestos a trabajar que den un paso al frente.

Todos los hombres dieron un paso al frente. József tiró de Andras, a quien le flaqueaban las piernas. Andras cayó de bruces en el suelo. El oficial se acercó y se arrodilló a su lado; le puso una mano en la nuca, y se llevó la otra al bolsillo del abrigo. Andras imaginó el cañón de una pistola, un ruido, una explosión de luz. Avergonzado, notó que se le aflojaba la vejiga.

El oficial había sacado un pañuelo. Secó la frente de Andras y lo ayudó a levantarse.

—Quiero trabajar —dijo Andras. Pronunció las palabras en alemán: *Ich möchte arbeiten*.

—¿Cómo vas a trabajar? —dijo el oficial—. Si no puedes ni caminar.

Andras le miró a la cara. El oficial estaba casi tan famélico y demacrado como los hombres del servicio de trabajo; era imposible determinar su edad. Sus mejillas, flácidas y curtidas por el viento, mostraban una barba incipiente de color indefinido. Tenía una pequeña cicatriz ovalada en la mandíbula.

—Dentro de unos minutos llegará una furgoneta —dijo por fin—. Vendrás con nosotros.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar Andras. *Wohin gehen wir?*

—A Austria. A un campo de trabajo. Allí hay un médico que podráayudarte.

Todo parecía encerrar un terrible significado oculto. Austria. Un campo de trabajo. Un médico que podría ayudarlo. Andras se apoyó en el brazo de József para no perder el equilibrio, se irguió sobre los pies descalzos y se obligó a mirar al nazi a los ojos. Este le sostuvo la mirada, antes de volverse bruscamente y echar a andar entre las hileras de vagones. Exhausto, Andras permaneció apoyado en József hasta que llegó la furgoneta. El oficial nazi se acercó rápidamente, con un par de botas en la mano. Tras ayudar a Andras y a József a subir, dejó las botas en el regazo de Andras.

—Heil Hitler —dijo el oficial cuando la furgoneta comenzó a alejarse.

Cien veces podría haber sido el fin. Podría haber sido el fin cuando la furgoneta llegó al campo de trabajo y se inspeccionó a los hombres si el inspector no hubiera sido un *kapo* judío, que se apiadó de Andras y József. Los destinó a una brigada de trabajo, en lugar de mandarlos a la enfermería, a pesar de que apenas podían caminar. Podría haber sido el fin el día que su grupo de cien hombres no logró alcanzar la cuota de trabajo establecida. Debían cargar cincuenta palés de ladrillos en los camiones, y solo consiguieron cargar cuarenta y nueve; como castigo, los guardias eligieron a dos hombres, un químico de cabellos canos de Budapest y un zapatero de Kaposvár, y los ejecutaron detrás de la fábrica de ladrillos. Podría haber sido el fin cuando la comida del campamento se acabó, de no haber sido porque Andras y József, cavando una trinchera para letrinas, encontraron cuatro botes de arcilla enterrados: un alijo de grasa de ganso, un vestigio de una época en que el campamento era una granja y la esposa del granjero había previsto días de vacas flacas. Podría haber sido el fin si los hombres del campamento hubieran tenido tiempo de terminar el proyecto, un inmenso crematorio en el que habrían quemado sus cadáveres después de haberlos gaseado o rematado de cualquier manera. Pero no hubo fin.

El primero de abril, mientras los hombres exhaustos y hambrientos esperaban a que los condujeran del campo de reunión al ladrillar para iniciar la jornada de trabajo, József tocó a Andras en el hombro y señaló una fila de vehículos que circulaban a gran velocidad por la carretera militar, al otro lado de la alambrada.

—¿Lo ves? —dijo József—. Creo que hoy no vamos a trabajar.

Andras levantó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Mira.

József señaló la curva hacia el este. Un caos de vehículos blindados alemanes y húngaros avanzaban dando tumbos por la carretera llena de baches; algunos abandonaban el firme para adelantar por el arcén, otros embarrancaban en el lodo o derrapaban y acababan en la cuneta. Más allá, hasta donde alcanzaba la vista, Andras distinguió una fila de tanques más lustrosos y rápidos que se acercaban: T-34 soviéticos, como los que había visto en Ucrania y Subcarpacia. Eso explicaba por qué no habían aparecido todavía los capataces, aunque ya eran más de las siete y media. Los rusos habían llegado por fin, y los alemanes y húngaros huían para salvar la vida. En ese momento, por el altavoz se dio la orden de que los internos volvieran a sus barracones, recogieran sus cosas y se presentaran en las puertas del campamento, a la espera de que se les comunicara su nuevo destino. En lugar de obedecer, József se sentó en el suelo y cruzó las piernas.

—Yo no voy a ninguna parte —dijo—. Ni un paso más. Si vienen los rusos, me quedaré aquí sentado, esperándoles.

Al oír sus palabras los demás hombres prorrumpieron en gritos, y algunos lanzaron las gorras al aire. Se quedaron allí observando cómo los guardias nazis y los capataces huían del campo, algunos a pie, otros en jeeps o camiones. Nadie pareció reparar en los pocos hombres que se habían reunido con sus pertenencias cerca de la verja. No se oyeron más órdenes por el altavoz; el encargado de darlas se había marchado. Algunos internos se escondieron en los barracones, pero Andras, József y otros muchos

subieron a una colina baja y observaron la batalla que se libraba en los campos vecinos. Un batallón de tanques alemanes había dado media vuelta para enfrentarse a los soviéticos, y los cañones rugieron horas y horas. Durante todo el día y toda la noche observaron los combates y jalearon al Ejército Rojo. Al anochecer el fuego de artillería creó una aurora en el cielo oriental; más allá de aquella luz color peonía estaba la frontera de Hungría, y más allá, la carretera que llegaba a Budapest.

Al amanecer del día siguiente llegó un destacamento soviético para hacerse cargo del campo. Los soldados llevaban chaquetas grises y pantalones azules manchados de barro; sus botas estaban milagrosamente intactas, las tiras de cuero y los cinturones, relucientes. Se detuvieron antes de cruzar las puertas y el capitán habló en ruso por un megáfono. Los hombres del campamento se habían preparado para ese momento. Habían confeccionado banderas blancas con los sacos de lana que contenían cemento y las habían atado a finas ramas de tilo. Un grupo de prisioneros que hablaban ruso, eslovacos de una ciudad fronteriza de los Cárpatos, se acercó a los soviéticos con las ramas bien altas. Qué absurdo, pensó Andras: aquellos hombres demacrados y apesadumbrados enarbolando banderas de rendición, como si alguien pudiera confundirlos con sus captores.

Los soviéticos traían un carro lleno de pan negro, que repartieron entre los hombres. Rompieron los candados de los almacenes de los que se proveían los oficiales del campo. Después de llenar su carro indicaron a los prisioneros que cogieran todo cuanto desearan. Los hombres se pasearon por el almacén como si fuera un museo de una época pasada. En los estantes había artículos de lujo que no veían desde hacía meses: latas de salchichas, de peras, de guisantes; finas cajetillas de cigarrillos; pilas y pastillas de jabón. Guardaron estas cosas en hatillos de lona o sacos de cemento vacíos, con la esperanza de poder venderlas o intercambiarlas en el camino de regreso a casa. Después los soviéticos llevaron a los hombres a un campo provisional a treinta kilómetros de la frontera húngara, donde vivieron tres semanas en barracones atestados y sucios antes de que les entregaran los documentos de liberación y los soltaran. Estaban a doscientos cincuenta kilómetros de Budapest. La única forma de llegar era a pie.

No se fiaban de nadie, viajaban de noche, evitaban toparse con los últimos nazis, que en su huida mataban a cualquier judío que encontraran, y a los liberadores soviéticos, quienes, según se rumoreaba, podían quitarles los documentos de liberación y mandarlos a campos de trabajo en Siberia sin ningún motivo. Debido a la pierna herida de József, avanzaban despacio; no podía recorrer más de diez kilómetros sin que el dolor lo detuviera. De la ciudad llegaban noticias de horrores que cruzaban las colinas ondulantes de Transdanubio: Budapest bombardeada hasta quedar reducida a escombros. Cientos de miles de deportados. Un invierno de hambruna. La parte de su mente que Andras acostumbraba a dirigir hacia Klara se había secado hasta convertirse en un nudo duro. No se permitía imaginar nada más allá de la tarea necesaria del momento; concentró la mente en su propia supervivencia. No se permitiría recordar las primeras semanas de aquel año, el emborronamiento grisáceo de horror que había sido enero de 1945. La herida del costado había cicatrizado y formaba un costurón rosa fruncido; el bazo dañado y el intestino desgarrado habían reanudado su tarea invisible. No pensaría en sus padres, ni en Mátyás; no pensaría en Tibor, que había desaparecido al otro lado de la frontera austríaca. Con József al lado dormía en las ruinas de los graneros o hacía un hueco en los almiares para ovillarse en la oscuridad de dulce aroma; luego despertaba con la pesadilla de que lo habían enterrado vivo. Por la noche caminaban entre los densos matorrales junto a la carretera que llevaba a Budapest.

Un atardecer, cuando se detuvieron ante la puerta trasera de una gran casa de campo para cambiar cigarrillos y pilas alemanas por huevos y pan, se enteraron por la cocinera de que los tanques rusos habían entrado en Berlín. La mujer les indicó que podían esconderse en un parterre de lilas junto a una ventana abierta para escuchar la emisión radiofónica de la noche. Entre los macizos de lilas oyeron a un locutor de la BBC describir los sucesos que tenían lugar en la capital alemana. Para Andras las palabras inglesas eran un laberinto de vocales ásperas y consonantes como metralla, pero József conocía el idioma. Los rusos, tradujo, habían rodeado el Reichstag, donde Hitler había decidido hacerse fuerte; nadie sabía qué sucedía en el interior.

Varios días después, una mañana en que dormían en un cobertizo para barcazas a orillas del lago Balatón, cubiertos por una vela enmohecida, les despertó el sonido de campanas. Todas las campanas de la ciudad más

próxima, Siófok, doblaban sin parar. Andras y József abandonaron a toda prisa el cobertizo y vieron que los habitantes de la ciudad salían a las calles y se dirigían al centro en estupefacta procesión. Siguieron a la multitud hasta la plaza, donde el alcalde —un abuelo demacrado por la guerra, con una chaqueta soviética que le quedaba grande— subió los escalones del palacio de justicia y anunció que la guerra en Europa había terminado. Hitler estaba muerto. Alemania había firmado un acuerdo de rendición incondicional en Reims. A medianoche entraría en vigor el alto el fuego.

La multitud permaneció un segundo en silencio; después prorrumpió en gritos de alegría y muchos lanzaron los sombreros al aire. En aquel momento no parecía importar que Hungría hubiera estado en el bando perdedor, que su deslumbrante capital a orillas del Danubio hubiese sido bombardeada y reducida a escombros, que el país hubiera caído bajo el control soviético, que su población no tuviera nada que comer, que sus prisioneros todavía no hubieran vuelto, que sus muertos se hubieran ido para siempre. Lo que importaba era que en Europa la guerra había terminado. Andras y József se abrazaron y lloraron.

Las colinas al este de Buda mostraban hojas tiernas, ajenas a los muertos y los afligidos. Los plátanos y los tilos en flor casi le parecían obscenos a Andras, fuera de lugar, como muchachas con vestidos transparentes en un funeral. József y él recorrieron las calles en ruinas del lado oriental de la colina del castillo; una vez arriba se pararon a contemplar la ciudad en silencio. Los hermosos puentes del Danubio estaban destrozados, sus cables de acero y sus pilares yacían en la corriente dorada del río. Tras los bombardeos, el Palacio Real había quedado con la forma de un peine hecho trizas, un ornamento para los cabellos de una dama romana desenterrado de una ciudad antigua. Los hoteles al otro lado del río no eran más que escombros; parecían arrodillados en la orilla en una súplica tardía.

Enmudecidos por la conmoción, evitando mirarse a los ojos, Andras y József bajaron por las calles hacia el río sin puentes. Sabían que tenían que cruzarlo, que lo que fuera que les esperara estaba en la otra orilla, entre los restos de Pest. Cerca de Yble Miklós tér, encontraron un lugar donde varios barqueros aguardaban para transportar pasajeros al otro lado. Para pagar el pasaje entregaron sus últimos seis paquetes de cigarrillos y una docena de

pilas grandes. El barquero, un chico rubicundo con un sombrero de paja, parecía excepcionalmente bien alimentado. Mientras la barca surcaba el agua hacia la otra orilla, la sensación que Andras experimentaba en el pecho era como si una mano le desgarrara el tejido de los pulmones; su diafragma se contrajo con un espasmo tan doloroso que lo dejó sin aliento. La barca, un esquife que hacía agua, avanzaba precariamente corriente abajo, y estuvo dos veces a punto de volcar antes de dejarlos mareados y temblorosos en la orilla de Pest. Saltaron a la arena mojada y el agua les lamió los zapatos. Después subieron por los escalones de piedra y vieron un pasillo de edificios en ruinas. A ambos lados quedaban unos cuantos edificios intactos; algunos conservaban incluso los azulejos de colores de sus mosaicos decorativos, las hojas y flores de su ornamentación barroca.

Mientras Andras y József caminaban hacia el centro de la ciudad, tenían la impresión de estar recorriendo un museo de destrucción: montones y montones de ladrillos, vigas astilladas, azulejos hechos añicos, hormigón partido. Los muertos habían sido retirados de la calle hacía tiempo, pero había cruces en todas las esquinas. Aquí y allá aparecían indicios de la vida corriente, ajenos a aquel desastre: un escaparate limpio con masa de pan retorcida en sus formas habituales; una bicicleta roja en un pórtico; a lo lejos, el sorprendente sonido de la campana de un tranvía. Más allá, el esqueleto de un avión alemán sobresalía del piso superior de un edificio. Un pedazo de ala quemada había caído al suelo; la herrumbre de los bordes hacía pensar que llevaba meses allí. Un perro olisqueó las costillas de acero ennegrecido del ala y se alejó corriendo.

Siguieron caminando en dirección a Nefelejcs utca. Doblaron la esquina de Thököly út y pasaron por delante de la verdulería, vacía de verduras, y la pastelería, vacía de pasteles. En la esquina de Nefelejcs utca e István út había un montón de escombros, una montaña de yeso, piedra, madera, ladrillo y teja. Al otro lado de la calle, donde habían vivido la familia de József y Tibor e Ilana, no había nada. Ni siquiera una ruina. Andras se quedó mirando el lugar.

Más adelante diría: «Fue entonces cuando perdí la cabeza». Era la forma más ajustada de describir la sensación: su cabeza se había separado del cuerpo, se había marchado, como los niños evacuados de Europa, a un

lugar opaco, lejano y seguro. Su cuerpo cayó de rodillas en la calle. Deseaba desgarrarse la ropa, pero descubrió que no podía moverse. No quería escuchar a József, no quería pensar que su esposa y su hijo, o sus hijos, tal vez hubieran salido del edificio antes de que fuera destruido. No veía nada ni a nadie. Los transeúntes lo rodeaban al pasar, mientras Andras permanecía arrodillado.

Tal vez permaneciera así una hora, dos o cinco. József se sentó en un montón de escombros y esperó. Andras percibía su presencia como una especie de ronzal fino, un filamento que lo unía, contra su voluntad, a lo que quedaba del mundo. Sus ojos, que veían borrosamente las ruinas del edificio, se humedecieron y se secaron y se volvieron a humedecer. Luego un sonido conocido penetró la nebulosa de sus sentidos embotados: el ruido de unas pezuñas delicadas sobre el pavimento, el tintineo de un par de cascabeles. El sonido se acercó hasta llegar a él; luego cesó. Andras levantó la cabeza.

Era la diminuta abuela de Klein, con su carro de cabras, recién pintado de blanco.

—Dios santo —exclamó la anciana, y lo miró de hito en hito—. ¿Eres Andras? ¿Eres Andras Lévi?

Él le cogió la mano y la besó.

—Se acuerda de mí —dijo—. Gracias a Dios. ¿Sabe algo de mi mujer? ¿Klara Lévi? ¿Se acuerda de ella también?

—Levántate. Te llevaré a mi casa.

La casa de Frangepán köz se alzaba en su antiguo silencio, en una niebla de polvo suspendido en la luz viscosa de la tarde. En el patio, cuatro cabritos diminutos metían el hocico en un cubo de pan duro. Andras corrió por el camino de piedra hacia la casa, que estaba abierta para que entrara la brisa. Dentro, en el sofá donde se había sentado la primera vez que había ido a ver a Klein, estaba tendida su mujer, Klara, dormida, viva. En el otro extremo del sofá, Tamás, su hijo, hacía la siesta, con la boca abierta. Andras se arrodilló a su lado, como si fuera a rezar. Tamás tenía la piel arrebolada por

el sueño, la frente rosada; sus ojos se movían bajo los párpados. Klara parecía hallarse muy lejos, apenas respiraba; su piel luminosa era como una película blanca sobre una vida que apenas latía. Los cabellos se le habían soltado del moño y le caían como una cuerda retorcida sobre el hombro.

Rodeaba con el brazo a un bebé dormido, envuelto en una manta blanca, que tenía la mano abierta como una estrella sobre el pecho medio desnudo de Klara.

Mi estrella polar, pensó Andras. Mi verdadero norte.

Klara se agitó, abrió los ojos, miró al bebé y sonrió. Entonces advirtió otra presencia en la habitación, una forma extraña. Instintivamente se tapó el pecho con la blusa para ocultar aquella franja de piel blanca y húmeda.

Alzó la vista hacia Andras y parpadeó como si le creyera muerto. Se apretó los ojos con el pulgar y el índice y volvió a mirarlo.

Andras.

Klara.

Pronunciaron sus nombres en el vetusto espacio de aquella habitación, en aquella tormenta de polvo hecha luz. Su hijo se despertó sobresaltado y se echó a llorar aterrado, incapaz de distinguir la alegría de la aflicción.
Y quizá en aquel momento alegría y aflicción eran lo mismo, un torrente que llenaba el pecho y despejaba la garganta: esto es lo que ha sobrevivido de mí sin ti, esto es lo que hemos perdido, esto es lo que queda de nosotros a partir de ahora. El bebé soltó un gritito agudo. Estaban juntos, Klara, Andras, Tamás y la pequeña cuyo nombre su padre no conocía.

OceanofPDF.com

41

Los muertos

Klara había sobrevivido al sitio de Budapest en un refugio para mujeres de Szabadság tér, bajo la protección de la Cruz Roja Internacional. Los aliados no iban a bombardearlo, y a los alemanes no les interesaba el lugar. Sus habitantes, jóvenes madres con sus bebés, carecían de utilidad para ellos. Klara había ido allí a principios de diciembre, unas semanas después de que los rusos hubieran llegado al límite sudoriental de Budapest. Entonces Horthy había sido depuesto, el Partido de las Cruces Flechadas había tomado el poder y setenta mil judíos habían sido deportados de la capital. Los que se habían librado de la deportación habían tenido que mudarse dos veces: primero de sus casas a edificios con la estrella amarilla, pisos destinados solo a judíos en diversos barrios repartidos por toda la ciudad; después a un gueto diminuto en el distrito séptimo, en las calles aledañas a la Gran Sinagoga.

En la primera oleada de desplazamientos, se asignó a Klara, Ilana, los niños, la madre de Klara y Elsa Hász un edificio de Balzac utca, en el distrito sexto. Polaner fue con ellos. La menuda señora Klein les dejó el carro de las cabras para transportar sus enseres. Klara había visto a la abuela de Klein en una última visita desesperada a la cárcel de Margit körút, donde suponían que estaba encerrado György; la señora Klein había ido a preguntar por Miklós. Aquel día no tuvieron noticias de ninguno de los dos hombres, pero mientras ambas mujeres caminaban por la orilla del Danubio, intentando distraerse mutuamente de sus preocupaciones y temores, hablaron de las dificultades prácticas de la inminente mudanza.

El día designado para su marcha de Nefelejcs utca, Klara se despertó temprano al oír unos golpes en la puerta. Era la abuela de Miklós Klein, con su falda de campesina y sus botas negras, anunciando que el carro de las cabras estaba en el patio. Klara se asomó por la barandilla, y ahí estaba el carro, junto a la fuente, en cuya agua medio helada dos cabras blancas hundían el hocico. Resultó que a la abuela de Miklós Klein le habían asignado un edificio no muy lejano al de Klara, y ella y su marido ya

habían transportado lo que habían podido salvar de su casita de Angyalföld. Siete cabras los habían acompañado al distrito interior de la ciudad: aquellos dos machos castrados, dos hembras y tres cabritos. Klara los vería con sus propios ojos aquella tarde, dijo la abuela de Klein, que había escondido los animales en una cochera detrás del edificio con estrella amarilla de Csanády utca.

Aun contando con la ayuda del carro de las cabras, tuvieron que abandonarlo prácticamente todo. Se mudaban a un cuarto de un piso de cuatro habitaciones con baño compartido; otras dos familias más ocuparían las restantes. Klara e Ilana, los niños, las dos señoras Hász y Polaner, que llevaba consigo su pistola cargada, los siete cruzaron la ciudad a pie, entre millares de hombres, mujeres y niños judíos que llevaban sus pertenencias a cuestas, en carretillas o en carros tirados por caballos. Tardaron cuatro horas en recorrer los cuatro kilómetros que los separaban de su destino. Cuando subieron por las escaleras del edificio con sus enseres, descubrieron que otra familia había ocupado ya su habitación; no tenían ningún otro sitio adonde ir, de modo que tendrían que compartir el espacio. Así comenzaron los cinco meses que habrían de pasar en el piso de Balzac utca.

Pronto Klara empezó a tener la impresión de que toda la vida había dormido en un jergón entre su madre y su hijo, que siempre había compartido el baño con otras dieciséis personas, que siempre se había despertado con el sonido del llanto de su cuñada. La abuela de Miklós Klein se presentaba cada pocos días con leche de cabra para los niños y Klara, a quien recordaba que debía conservar las fuerzas por el bien del bebé que llevaba en el vientre. Pero el embarazo de Klara parecía una terrible paradoja, el simulacro de un futuro. Un día, mientras hacía cola en la panadería, dos mujeres mayores hablaron de ella como si no estuviera delante o no pudiera oírlas: «Mira esa pobre judía embarazada. Qué desgracia que no tenga futuro».

De hecho, la rendija del futuro después de la guerra parecía estrecharse día a día. Vivían siempre con el temor de la deportación. Todas las noches los ataques aéreos obligaban a los aterrados civiles a bajar a los sótanos. A veces Klara tenía la impresión de que vivían en el refugio antiaéreo, de que se pasaban la vida acurrucados en la oscuridad. Había momentos en los que

casi deseaba que se produjera la explosión estremecedora que había experimentado mil veces en su cabeza, la aplastante oscuridad tras la cual no habría nada. Pero, una mañana, cuando la abuela de Klein fue a llevarles la leche de cabra, les ofreció un atisbo de esperanza: algunas mujeres y niños de su edificio se habían trasladado a un refugio de la Cruz Roja Internacional en Szabadság tér, en el mismo centro de la ciudad. Klara e Ilana debían ir cuanto antes para intentar que las acogieran mientras todavía quedaba espacio. Si Klara tenía suerte, podría dar a luz a su hijo allí. Sin duda tendría más posibilidades de recibir atención médica si estaba bajo la protección de la Cruz Roja Internacional.

Aquella tarde Klara e Ilana fueron a preguntar en las oficinas de la Cruz Roja Internacional de Vadász utca, y se enteraron de que la abuela de Klein estaba en lo cierto: había un refugio para mujeres y niños en Szabadság tér. Klara e Ilana recibieron documentos que les permitirían ir con sus hijos aquel mismo día. Volvieron a casa y guardaron el dinero y los objetos de valor que les quedaban, los pañales y la ropa de los niños, unas pocas sábanas y mantas; colocaron los fardos en los cochecitos de los críos y pusieron a Tamás y Ádám sus abrigos más gruesos. Después, por última vez, Klara se despidió de su madre y de Elza Hász, aunque entonces no sabía que sería la última vez que las vería. Su madre le deslizó en la mano su alianza y su anillo de compromiso.

«No seas sentimental —dijo, con los ojos serenos y fijos en Klara —. Cámbialos por pan si es necesario.»

Le pidió que se pusiera los anillos y luego le dio un beso rápido, como los que siempre le daba cuando Klara era niña antes de que se fuera a la escuela.

Polaner se ofreció a acompañar a Klara e Ilana las catorce travesías que tendrían que caminar hasta el refugio. Llevaba en el bolsillo la Walther P-38 que le había regalado el oficial que lo había arreglado todo para que viajara a Hungría, y en brazos a Tamás, que se había hecho inseparable de Polaner durante las vicisitudes de los últimos meses. En la puerta del edificio de la Cruz Roja en Perczel Mór utca, Tamás, al ver que tendría que separarse de él, tuvo tal pataleta que la directora del refugio dijo a Polaner que podía pasar la noche allí para ayudar a las mujeres y los niños a instalarse. La

directora del refugio era la madre de una niña a la que Klara había dado clases unos años antes. La niña, que había muerto de escarlatina, había sido la favorita de Klara, y su madre deseaba hacer lo que pudiera para ayudarles. Polaner, en agradecimiento por su amabilidad, le explicó que sus documentos falsos y su carnet del Partido Nazi le permitirían ayudar a las mujeres y los niños del refugio; al menos hasta que llegaran los rusos, gozaba de cierta libertad de movimiento en la ciudad. Por la mañana realizó una lista de las muchas cosas que se necesitaban en el refugio. La leche para los bebés estaba en primer lugar. Así pues, el primer regalo que llevó al refugio fue media docena de cabras: los machos castrados, las hembras y dos de las tres crías que habían estado viviendo en la cochera que había detrás del edificio con estrella amarilla de Csanády utca. La abuela de Klein las había confiado al cuidado de Polaner aquella mañana antes de marcharse con su marido al gueto del distrito séptimo.

El refugio de la Cruz Roja estaba en el segundo piso del edificio, en las tres habitaciones que antaño ocupaba una compañía de seguros. Madres que habían llegado con abrigos de pieles y zapatos hechos a medida amamantaban a sus bebés sentadas en sillas de despacho o en el suelo, junto a las que habían llegado con los pies envueltos en papel de periódico. Día y noche resonaban en el refugio sus conversaciones angustiadas, sus llantos y alguna que otra risa. Tranquilizaban a los bebés cantándoles canciones, intentaban distraer a los niños de dos o tres años con juegos sencillos y juguetes improvisados. Pastilleros llenos de piedrecitas hacían las veces de sonajeros; los harapos se convertían en muñecas de trapo con cola de caballo. Las madres se turnaban para lavar los pañales de sus hijos en un lavadero de la planta baja, el único grifo con agua corriente. Cuando las bombas reventaron los cristales de las ventanas y en el edificio hacía tanto frío que los pañales recién lavados se congelaban, decidieron envolverse con ellos por la noche para que se secaran con el calor de su cuerpo. Diez veces al día, o eso parecía, bajaban corriendo al refugio del sótano y se acurrucaban mientras las bombas caían alrededor en Szabadság tér.

Polaner trabajaba incansablemente por las mujeres y los niños. Buscaba trapos para hacer pañales, iba a robar la ropa de invierno que las mujeres del refugio habían dejado en los pisos que les habían obligado a abandonar. Por la noche, vulnerando el toque de queda, cogía para las cabras forraje de

establos abandonados y de la basura que empezaba a amontonarse en la calle. En sus paseos por el barrio descubrió el hospital judío clandestino de Zichy Jen´ó utca, a solo unas travesías del refugio, donde un médico armenio llamado Ara Jerezian había reunido a cuarenta médicos judíos y sus familias. La bandera de las Cruces Flechadas ondeaba en la entrada, y Jerezian llevaba el uniforme oficial del Partido Fascista húngaro. Había abandonado al partido hacía un año en protesta por la política antijudía de las Cruces Flechadas, pero se había vuelto a afiliar al darse cuenta de que podía trabajar en secreto por los judíos desde dentro del partido. Con el pretexto de crear un hospital para los heridos de las Cruces Flechadas, había reunido a los médicos judíos y sus familias, y había almacenado comida y medicinas. Ahora, en aquellos pisos atestados convertidos en hospital, los médicos trataban a las víctimas del asedio. Polaner llevaba a las mujeres y niños enfermos del refugio de la Cruz Roja a aquel hospital y los devolvía una vez que se habían recuperado. A cambio de la atención de los médicos, daba a los famélicos hijos de éstos la poca leche de cabra que sobraba en el refugio.

En la ciudad la gente empezaba a pasar hambre. Las primeras semanas de diciembre el refugio de la Cruz Roja recibió sopa, que hubo que transportar en un carro desde una cocina del otro lado de Szabadság tér. Cuando se acabó la sopa, hubo semillas de soja y patatas con su agua de cocción; después solo judías de soja; al final, únicamente lo que producían las cabras con su mísera alimentación. Las mujeres del refugio reunieron sus joyas y se las entregaron a Polaner para que las cambiara por comida; Klara deslizó la alianza y el anillo de compromiso de su madre en la bolsa con el resto de alhajas. Pero Polaner volvió con las manos vacías. Las joyas de las mujeres no valían nada. No había comida. Ya ni siquiera agua corriente; la única agua que tenían ahora era la procedente de la nieve que recogían en el patio. Las mujeres tenían hambre y sed, y poco a poco dejaron de dar leche. Al principio los niños lloraban, pero en enero estaban demasiado débiles para protestar. Uno tras otro fueron callando; su respiración era apenas un aleteo de mariposa bajo el esternón. Fue entonces cuando Polaner hizo lo que la abuela de Klein le había aconsejado hacer si la situación se volvía desesperada. Aquel cariñoso hijo de un empresario textil, el joven pacífico que tenía un talento especial con la pluma, mató a las cabras y a sus crías

con su Walther P-38, y se las entregó a una mujer del refugio cuyo marido había sido carnicero y que sabía qué hacer con el cuchillo de Polaner.

Una semana después, el 8 de enero, Klara se puso de parto. Ilana insistió en que fuera al hospital de Zichy Jen´ó utca; tras dos cesáreas, no podía correr el riesgo de parir en el refugio. Ilana se ocuparía de Tamás. Besó a Klara y le aseguró que todo saldría bien. Entonces Klara y Polaner se adentraron en un laberinto de callejuelas ennegrecidas por el humo para llegar al hospital de Ara Jerezian. Como los combates se libraban cada vez más cerca, las salas del hospital se habían llenado de soldados con heridas espantosas; los hombres lloraban, sudaban y jadeaban tendidos en catres alineados a lo largo de las paredes, y los pasillos estaban manchados de sangre. Los médicos no tenían tiempo para detenerse a considerar la situación de una mujer sana de parto, fuera cual fuese su historial. Klara y Polaner esperaron tres horas en una cocina improvisada, hasta que unas fuertes contracciones la obligaron a arrodillarse. Al final Polaner pidió la ayuda a Ara Jerezian, quien llevó a Klara a su despacho y le preparó un jergón en el suelo. Polaner llevó agua, refrescó la frente de Klara, le cambió las sábanas sucias mientras seguía con los dolores del parto. Cuando vieron que el bebé venía de nalgas y Klara no podría dar a luz sin una cesárea, el doctor Jerezian la trasladó a un quirófano improvisado —tres mesas metálicas iluminadas únicamente por una hilera de ventanas altas— y la anestesió con morfina, mientras el fiel Polaner miraba hacia otro lado. Al despertar, Klara supo que había tenido una hija, a la que puso el nombre de Április con la esperanza de que viviera hasta la primavera.

Klara convaleció cinco días en el despacho de Jerezian. Polaner le llevaba toda la comida que encontraba en el hospital. Le curaba la herida, le refrescaba la frente con trapos húmedos, acunaba al bebé mientras ella dormía. La niña, diminuta como un pajarito, ganó peso con la leche de Klara. Cuando por fin regresó al refugio de la Cruz Roja, encontraron a Tamás en brazos de la directora, silencioso y con la mirada perdida. ¿Dónde estaba Ilana?, preguntaron. ¿Dónde estaba la tía del niño, que debía estar cuidándolo? La directora los miró un momento en silencio, con los labios temblorosos, antes de hablar.

Ádám Lévi había muerto de fiebre el 12 de enero. Presa del delirio provocado por el dolor, su madre había salido corriendo a la calle, donde un obús ruso la mató.

Los combates se prolongaron seis días más en Pest. Klara, postrada por el dolor y el miedo, se acurrucaba en el refugio antiaéreo con el bebé, mientras Tamás se abrazaba a Polaner. Moriría sin volver a ver a su marido; si él sobrevivía, ¿cómo se enteraría de su muerte y de la muerte de sus hijos? Era posible que nunca llegara a saber que había tenido una hija. Una noche, cuando Polaner se aventuró a salir para coger agua de una boca de incendios que había al otro lado de la calle, regresó con la noticia de que la estación de Nyugati estaba ardiendo, y que los soldados húngaros huían en dirección a los puentes del Danubio. El resplandor infernal que se veía sobre el río era el resultado del incendio de los grandes hoteles. Las llamas ascendían por la cúpula y la aguja del Parlamento. Los civiles intentaban huir con sus perros, sus bolsas y sus hijos, pero los puentes estaban siendo bombardeados. En la ciudad no quedaba nada para comer. Al oír esta noticia Klara pensó que vería morir a sus hijos. Aquella noche, cuando se sumió en un duermevela agitado, soñó que daba de comer su mano derecha a los niños; no sentía dolor, solo alivio por haber hallado aquella ingeniosa solución.

Cuando despertó por la mañana, reinaba un silencio poco habitual. El sonido de detonaciones había sido sustituido por la quietud. De vez en cuando unos tiros atravesaban el aire matinal, y de la orilla occidental del Danubio, donde los combates continuaban, llegaba el débil eco de la batalla. Pero lo peor había terminado en Pest. Todos los puentes estaban destruidos; los soviéticos se habían apoderado de la ciudad. Los últimos nazis de Pest habían sido hechos prisioneros de guerra, o estaban encogidos de miedo en edificios donde antes habían hecho a otros encogerse de miedo. En el refugio de la Cruz Roja las mujeres esperaron una señal para saber qué debían hacer. Estaban desfallecidas por la sed y el hambre, aunque el edificio había resistido los bombardeos nocturnos, aquella noche habían muerto otros dos bebés. Los niños que quedaban con vida estaban más silenciosos aquel día, como si supieran que algo había cambiado. Por la tarde las residentes del refugio salieron del edificio a la luz amarillenta de Szabadság tér. Lo que vieron parecía una imagen de un noticiario o un

sueño: la bandera norteamericana ondeaba en lo alto de la embajada, cuyos postigos estaban cerrados; en sus escalones yacían dos soldados de las Cruces Flechadas, con la pechera de la chaqueta llena de agujeros de bala. En un extremo de la plaza, un par de policías militares rusos mirando la cúpula humeante del edificio del Parlamento. La directora del refugio cruzó la plaza y se arrodilló ante ellos; los hombres no entendieron lo que les decía, pero le ofrecieron sus cantimploras.

A la mañana siguiente, en vista de que no llegaban los rusos con ayuda, las habitantes del refugio empezaron a marcharse. Klara y Polaner metieron en los cochecitos de bebé las mantas y lo poco que les quedaba. En el cochecito vacío de Ádám colocaron a Tamás, que en la última semana no había comido más que alguna gota de la leche de Klara. En el otro cochecito tendieron a la niña. Klara, aturdida de agotamiento, apenas podía andar. Avanzaron entre los escombros de la ciudad, sin saber adónde se dirigían; empujaron los cochecitos sorteando aviones estrellados, cadáveres de caballos, tanques alemanes reventados, chimeneas caídas, montones de basura, cadáveres de soldados. En la esquina de Király y Kazinczy utca tropezaron con un grupo de soldados rusos que echaban paladas de escombros en la caja de un camión. Su jefe, un oficial condecorado, paró a Klara y a Polaner y les exigió algo en ruso. Sabían que les pedía sus documentos, pero los de Polaner solo habrían conseguido que lo arrestaran o lo mataran; él explicó en húngaro que Klara era su esposa y que llevaban a sus hijos a casa. El oficial miró un buen rato a la demacrada y ojerosa pareja, y echó un vistazo a los silenciosos niños que iban en el cochecito. Luego metió una mano en el bolsillo del abrigo y sacó una fotografía de una mujer de cara redonda con un niño de cara redonda sentado en su rodilla. Mientras Klara miraba la fotografía, el soldado fue a la cabina del camión y cogió una mochila de lona. Se arrodilló para sacar una bolsa de papel que parecía contener piedrecitas, metió la mano en ella, extrajo un puñado de avellanas secas y se las dio a Klara. Después tomó otro puñado y se lo dio a Polaner. Con esos dos puñados de avellanas, Klara alimentó a sus hijos durante una semana.

Como no tenían ningún otro lugar al que ir, se dirigieron al gueto, que había sido liberado por los rusos el día anterior. A las puertas de la Gran Sinagoga de Dohány utca encontraron a la abuela de Klein con la única cría de cabra

que había conservado durante el sitio. El abuelo de Klein, aquel hombre de ojitos brillantes con dos alas alzadas en los cabellos, había muerto de un infarto la primera semana de enero. Lo habían llevado al patio de la sinagoga, donde cientos de judíos muertos esperaban recibir sepultura.

¿Y mi madre?, preguntó Klara. ¿Y la esposa de mi hermano?

Con la misma voz quebrada por el dolor, la abuela de Klein le comunicó que su madre y Elza Hász habían sido fusiladas, junto con cuarenta personas más, en el patio de un edificio de Wesselényi utca. Pronunció las palabras con la mirada gacha, mientras acariciaba la cabeza de la última cría de cabra.

En el patio de la sinagoga de Bethlen Gábor tér, donde debían registrarse los supervivientes de los campos de concentración a su regreso, quienes se habían quedado en Budapest se acercaban a ellos para pedirles noticias de los que no habían vuelto. Hasta el regreso de Andras, Klara había ido casi a diario a la sinagoga. Aunque temía las respuestas, había preguntado y una y otra vez. Una semana conoció a un hombre que había estado en un campo de Alemania con su hermano; ambos habían trabajado en una fábrica de armamento. Ese hombre la llevó al santuario de la sinagoga, donde se sentó con ella en un banco, le cogió las manos y le contó que su hermano había muerto. Lo habían fusilado la noche de fin de año junto con veinticinco hombres más.

Durante una semana guardó el *shivah* por él en la casa de Frangepán kóz; que ella supiera, era la única de la familia que seguía con vida. Al cabo volvió a la sinagoga, con la esperanza de tener noticias de Andras. No supo nada de él, pero se enteró de algo que ahora debía contarle. Una mujer de Debrecen había acudido a Bethlen Gábor tér en busca de sus hijos. Hasta hacía poco ella misma había estado en un campo, en Óswięcim, Polonia. Había visto a los padres de Andras en un terraplén junto a las vías del ferrocarril, antes de que a ella se la llevaran con un grupo de personas que estaban en condiciones de trabajar. Del otro grupo, los ancianos, los enfermos y los niños, no se había vuelto a saber más.

Cuando Klara le dio la noticia, Andras empezó a temblar. József estaba sentado a su lado, con los ojos hundidos, conmocionado. En un solo día, en

aquella casita extraña llena de fotografías de muertos, se habían quedado huérfanos los dos.

Durante meses después del regreso de Andras, él y Klara fueron a diario a la sinagoga de Bethlen Gábor tér. Se estaban abriendo tumbas y exhumando cadáveres de judíos húngaros por toda Austria, Alemania, Ucrania y Yugoslavia, y siempre que era posible los identificaban con sus documentos o con las chapas. Había a millares. Todos los días, en la pared exterior del edificio, había listas interminables de nombres. Un alfabeto de pérdidas, un catálogo de aflicción. Casi cada día presenciaban cómo alguien se enteraba de que un ser querido había muerto. En ocasiones la noticia se recibía en silencio; el único indicio era una palidez en la piel alrededor de la boca, o un temblor en las manos que aferraban un sombrero. Otras veces había gritos, protestas, llanto. Andras y Klara consultaban las listas día tras día, durante tanto tiempo que casi se olvidaban de lo que buscaban; al cabo de un rato era como si solo las miraran para tratar de memorizar un nuevo kadish compuesto enteramente de nombres.

Una tarde de principios de agosto —ocho horas antes de que el *Enola Gay* sobrevolara Hiroshima, y ocho días antes de que la Segunda Guerra Mundial terminara—, mientras repasaban la lista de muertos, Klara se llevó la mano a la boca y sus hombros se curvaron. Al principio Andras solo se preguntó quién le quedaba a ella por perder; no se le ocurrió que la reacción de Klara tuviera nada que ver con él. Cuando miró la lista, no consiguió ver los nombres.

Klara lo cogió del brazo, temblando.

—Oh, Andras —dijo—. Tibor. Dios, no.

Andras se apartó de ella, negándose a entender lo que le decía. Volvió a mirar la lista, pero no era capaz de entenderla. La gente ya se apartaba de ellos, concediéndoles un espacio respetuoso, como hacían siempre que alguien encontraba a sus muertos. Andras se adelantó y tocó la lista allí donde pasaba de la K a la L. Katz, Adolf. Kovály, Sarah. László, Béla. Lebowitz, Kati. Lévi, Tibor.

No podía ser su Tibor. Lo dijo en voz alta. No es él. Es otro. No es nuestro Tibor. Nuestro Tibor no. Un error. Se abrió paso entre la gente apiñada alrededor de la lista, en dirección a la puerta de la sinagoga, y subió a la oficina de administración, donde encontraría una explicación. Aterrorizó a una mujer sentada a un escritorio al pedir a voz en grito que saliera el encargado. La mujer lo llevó a una salita donde, increíblemente, le hicieron esperar. Klara lo encontró allí. Una vez en la oficina del encargado, se sentó en una vetusta butaca de piel, y el hombre comenzó a pasar con los dedos una serie de sobres. Entregó a Andras uno que llevaba escrito en la etiqueta el apellido LÉVI. El sobre contenía una breve nota mecanografiada y una placa de identificación en un estuche con el cierre torcido. Cuando Andras abrió la tapa, encontró la placa, todavía intacta: el nombre de Tibor, su fecha y lugar de nacimiento, su altura, color de ojos y peso, el nombre de su oficial al mando, la dirección de su casa, su número del Munkaszolgálat. «Puede que vuestras placas de identificación vuelvan a casa, pero vosotros no volveréis nunca.» En la breve nota escrita a máquina se explicaba que la placa había sido hallada en el cadáver de Tibor en una fosa común de Hidegség, cerca de la frontera austríaca.

Aquella noche Andras se encerró en el dormitorio del piso donde vivía con Klara, Polaner y los niños. Se sentó en el suelo, gritó y se golpeó la cabeza contra las frías baldosas rojas. Decidió que no volvería a salir de aquella habitación; se quedaría allí hasta que fuera un anciano y dejaría que la tierra quemara los años a su alrededor.

En algún momento de la noche Klara y Polaner entraron y lo acostaron. Andras percibió muy vagamente que Klara le desabrochaba la camisa, que Polaner le metía los brazos en las mangas de otra limpia; vagamente, a través de un velo, vio que Klara se lavaba la cara en la palangana y se tendía en la cama a su lado. El brazo de ella sobre su pecho era algo cálido y vivo, y él estaba muerto. No podía moverse para acariciarla o responder a nada de lo que le decía. Yacía en el lecho, consumido, agotado y despierto, oyendo cómo la respiración de Klara adoptaba poco a poco el ritmo del sueño. Vio a Tibor en aquellas últimas semanas que habían pasado juntos: Tibor yendo al pueblo a buscar comida. Tibor volcando el cuenco de judías de Andras y József. Tibor refrescándole la frente con un paño frío. Tibor tapándolo con su propio abrigo. Tibor caminando treinta kilómetros con una

mano llena de mermelada de fresa. Tibor recordándole que era el cumpleaños de Tamás. Después recordó a Tibor en Budapest, sus ojos oscuros detrás de las gafas de montura plateada. Tibor en París, acostado en el suelo de la habitación de Andras muriéndose de amor por Ilana. Tibor acarreando las maletas de Andras hasta la estación de Nyugati una mañana de septiembre de hacía toda una vida. Tibor en la ópera, la noche antes de la partida de Andras. Tibor arrastrando un colchón por la escalera hasta su habitación de Hársfa utca. Tibor en el instituto, con un libro de biología abierto sobre el pupitre. Tibor, un niño alto, persiguiendo a Andras por el huerto y tirándolo al suelo. Tibor sacando a Andras de la represa del molino. Tibor inclinándose hacia Andras, que estaba sentado en el suelo de la cocina, para meterle una cucharadita de leche azucarada en la boca.

Se volvió y abrazó a Klara en la húmeda nebulosa de sus cabellos. Se ofició un funeral en el cementerio judío de las afueras de la ciudad, un nuevo entierro de los restos de Tibor y de los restos de otros cientos de personas, un campo de tumbas abiertas, un universo de dolientes. Después, por segunda vez aquel año, Andras guardó el *shivah* durante una semana. Él y Klara encendieron una vela en recuerdo del difunto y comieron huevos duros, se sentaron en el suelo en silencio, recibieron a los invitados. Tal como dictaba el ritual, Andras no se afeitó durante treinta días. Se escondía detrás de su barba, olvidaba cambiarse la ropa, se bañaba solo cuando Klara insistía. Tenía que trabajar; sabía que no podía permitirse el lujo de perder su nuevo empleo en una empresa dedicada a desmantelar edificios bombardeados. Realizaba el trabajo sin hablar con sus compañeros, y sin ver las casas que estaba derruyendo o pensar en las personas que habían vivido en ellas. Después del trabajo se sentaba en un rincón del salón del piso que habían alquilado en Pozsonyi út, o en el dormitorio a oscuras, a veces con uno de los niños en el regazo, acariciando los cabellos del bebé u oyendo a Tamás describir lo que había hecho en el parque por la mañana. Comía poco, no podía concentrarse en la lectura de un libro o un periódico, no quería salir a pasear con József y Polaner. Recitaba el kadish a diario. Le parecía que podía vivir así para siempre, que podía convertir la aflicción en una ocupación permanente. Klara, a quien la maternidad había impedido sumirse en un duelo profundo por su madre, György y Elza, lo comprendía y le dejaba hacer; y Polaner, cuya pena por la muerte de los

suyos había sido tan honda como la de Andras, sabía que incluso ese abismo tenía un fondo y que su amigo lo alcanzaría pronto.

Polaner ignoraba cuándo y cómo sucedería. Ocurrió un domingo, justo un mes después del funeral, el día que Andras se afeitó la barba de luto. Estaban desayunando sentados a la mesa, comiendo gachas de cebada con leche de cabra; los alimentos seguían escaseando, y a medida que los días eran cada vez más fríos se preguntaban si, tras sobrevivir a la guerra, morirían a causa de sus secuelas. Klara daba cucharadas de su plato a los niños. Andras, que no podía comer, le pasó el suyo. József y Polaner habían abierto el periódico en el espacio que quedaba entre ambos, y Polaner leía en voz alta que el Partido Comunista trataba de conseguir más afiliados antes de las inminentes elecciones generales.

Fue Andras quien se levantó cuando alguien llamó a la puerta. Cruzó la habitación, ciñéndose la bata para protegerse del frío matinal, quitó el cerrojo y abrió la puerta. Un joven de rostro rubicundo estaba en el umbral, con una mochila a la espalda. Su gorra tenía la insignia militar soviética. Metió una mano en el bolsillo de los pantalones y sacó una carta.

—Me han encargado que entregue esto a Andras o Tibor Lévi —dijo.

—¿Quién se lo ha encargado? —preguntó Andras. Con frialdad embotada observó lo raro que resultaba oír el nombre de su hermano en boca de ese soldado. Tibor Lévi. Como si estuviera vivo.

—Mátyás Lévi —respondió el hombre—. Estuve con él en un campo de prisioneros de guerra en Siberia.

Ya está, pensó Andras. La noticia que faltaba. Mátyás había muerto, y esa era su última carta. Se sentía como si se hallara en un lugar tan alejado del sentimiento humano, tan privado de la capacidad de experimentar dolor, esperanza o amor, que no dudó en coger la carta. La abrió mientras el joven lo observaba, mientras su familia lo miraba esperando oír la noticia. Entonces se enteró de que su hermano Mátyás estaba vivo y volvería a casa el martes siguiente.

En el invierno de 1942, un mes después de que lo mandaran a Ucrania, Mátyás Lévi había caído prisionero de los soviéticos y, junto con el resto de su compañía de trabajo, había sido enviado a un campo de explotación minera en Siberia. El campo tenía dos mil internos: alemanes, ucranianos, húngaros, serbios, polacos y franceses simpatizantes de los nazis, junto con criminales y disidentes políticos, escritores, compositores y artistas soviéticos. En el campo Mátyás había recibido golpes con porras, palas y mangos de picos. Le habían picado las chinches, las moscas y los piojos. Había estado a punto de morir congelado. Había trabajado diecisiete horas al día a cincuenta grados bajo cero, había recibido una ración diaria de veinte gramos de pan, le habían encerrado en una celda de aislamiento por desobediencia, había estado a punto de morir de disentería, se había ganado el respeto de los guardias y los oficiales pintando llamativos anuncios comunistas en las paredes de los barracones, lo habían nombrado diseñador oficial de carteles de propaganda y escultor oficial de figuras de nieve del campamento (había creado bustos de tres metros de alto de Lenin y Stalin en la plaza de armas), había aprendido ruso y se había ofrecido como traductor, le habían pedido que entrevistara a nazis húngaros, había visto juzgar a cien miembros de las Cruces Flechadas, que fueron condenados y algunos de ellos ejecutados, había sido agredido por una coalición secreta de miembros de las Cruces Flechadas húngara que le rompieron las piernas, había convalecido en la enfermería durante seis meses y finalmente se le había informado una mañana de que podía salir del campo de prisioneros. Cuando preguntó por qué le concedían el privilegio de la libertad, le respondieron que se debía a que su denominación oficial, y la de quinientos veinte prisioneros más, había pasado de húngaro judío a judío húngaro, y que el campo de prisioneros no estaba destinado a detener judíos, sobre todo después de lo que los nazis les habían hecho.

Pero nada de lo que había experimentado durante aquellos tres años gélidos lo había preparado para lo que le esperaba en casa. Nada lo había preparado para la noticia de que cuatrocientos mil judíos húngaros habían sido enviados a campos de exterminio en Polonia; nada lo había preparado para las ruinas de Budapest, con sus seis puentes destruidos. Y nada lo había preparado para la noticia de que su madre y su padre, su hermano, su cuñada y su sobrino habían desaparecido de la faz de la tierra. Fue Andras quien se lo dijo. Mátyás, convertido en un hombre enjuto de mirada

endurecida, con una barba morena corta, estaba sentado en el sofá y oyó la noticia sin pronunciar palabra; el único indicio de que lo había entendido fue un leve temblor de la mandíbula. Se levantó y se alisó los pantalones, como si, después de recibir un informe militar, se dispusiera a incorporar las novedades a sus planes y seguir adelante. De pronto algo cambió bajo la piel de su rostro, como si los músculos hubieran recibido la noticia con el retraso de una conferencia de larga distancia. Cayó al suelo de rodillas, con los rasgos contraídos por el dolor.

—No puede ser —gritó, y se rodeó la cabeza con los brazos como si una bandada de pájaros volara sobre él, un batallón de cuervos que volaban en círculos y cuyas alas olían a ceniza.

Se arrodilló junto a su hermano y lo abrazó, lo estrechó contra su pecho mientras Mátyás gemía. Pronunció su nombre en voz alta, como si quisiera recordarse que por asombroso que pareciera Mátyás seguía con vida. No lo soltó hasta que su hermano se apartó y miró aquella habitación desconocida; cuando sus ojos se posaron de nuevo en Andras, reflejaban lucidez y desesperación. «¿Es verdad?—parecía preguntar, aunque no había pronunciado una palabra—. Dímelo, ¿es verdad?»

Fue Andras quien le hizo compañía aquella noche y las siguientes, fue Andras quien le obligó a comer y le cambió las sábanas húmedas del sofá donde dormía. Mientras hacía estas cosas tuvo la impresión de que empezaba a disiparse la niebla que lo envolvía desde que se había enterado de la muerte de Tibor. Durante el último mes prácticamente había olvidado cómo ser un hombre en el mundo, cómo respirar, comer, dormir y hablar con otras personas. Se había dejado hundir, a pesar de que Klara y sus hijos habían sobrevivido a la guerra, al sitio; a pesar de que Polaner estaba con él todos los días. La tercera noche después del regreso de Mátyás, una vez que este se hubo dormido y él y Klara se retiraron a su dormitorio, cogió las manos de su esposa y le suplicó que lo perdonara.

—Sabes que no hay nada que perdonar —dijo ella.

—Prometí cuidar de ti. Quiero volver a ser un marido para ti.

—Nunca has dejado de serlo —repuso ella.

Andras se inclinó para besarla; su Klara estaba viva, y estaba allí, entre sus brazos. Nido de mis hijos, pensó al poner una mano sobre su vientre. Cuna de mi alegría. Y la recordó con una dalia de un naranja rojizo detrás de la oreja, y recordó el tacto de su piel bajo una capa de agua jabonosa, y lo que era mirarla a los ojos y saber que estaban pensando en lo mismo. Y por primera vez desde que había visto el nombre de Tibor en la lista de Bethlen Gábor tér, creyó que era posible superar aquel año terrible; que podía mirar el rostro de Klara, cuyos planos y curvas conocía más íntimamente que ningún paisaje del mundo, y experimentar algo parecido a la serenidad. Y la llevó a la cama y le hizo el amor como si fuera la primera vez.

OceanofPDF.com

42

Un nombre

La mañana era fría y azul; corrían los primeros días de diciembre. Desde la ventana del piso de Pozsonyi út, Andras veía una fila de colegiales que se dirigían al parque de Szent István, con abrigos de lana gris, bufandas rojas y botas negras que dejaban un dibujo de espinas en la nieve. Detrás del parque estaba la extensión marmórea del Danubio. Más lejos aún, la blanca proa de la isla Margarita, donde en verano Tamás y Április nadaban en la piscina de Palatinus. En una ocasión, mientras paseaban por el parque la primavera anterior, les había contado que hubo una época en que no se permitía a los judíos nadar en la piscina, y Április lo había mirado con el ceño fruncido.

—No sé qué tiene que ver la natación con ser judío —señaló.

—Yo tampoco —dijo Andras, y le puso una mano en la nuca, sobre el cierre de la cadena de oro.

Tamás miró entonces al otro lado de la verja de la piscina, con las manos en los barrotes pintados de verde, y después se volvió hacia su padre. Ya sabía lo que le había sucedido a su familia durante la guerra, qué había sido de sus tíos y abuelos. Había ido a Konyár y Debrecen con su padre para ver dónde vivía Andras de niño, y dónde vivían los padres de Andras; había observado cómo su padre dejaba una piedrecita en el umbral de la casa de Konyár, como si se tratara de una tumba.

—Yo me entrenaré aquí para los Juegos Olímpicos —dijo—. Batiré el récord mundial.

—Yo también —afirmó Április—. Batiré el récord de estilo libre y espalda.

—No me cabe duda —dijo Andras.

Eso había sucedido antes de que su marcha del país hubiera empezado a parecer posible, antes de que sus hijos hubieran comenzado a imaginar un

futuro al otro lado del Atlántico. Ya no faltaba mucho; solo quedaba arreglar unos pocos detalles, entre ellos el trámite que Andras solucionaría esa mañana en el Ministerio del Interior.

Tamás había querido ir con él, Klara y Mátyás a recoger los nuevos carnets de identidad. La noche anterior se había plantado delante de Andras en el salón con una expresión seria y los brazos cruzados. Ya había preparado las lecciones de los dos días siguientes, anunció. Si los acompañaba no se perdería nada.

—Tienes que ir a la escuela —dijo Andras. Se levantó de la silla y le puso un brazo sobre los hombros—. No querrás que los niños de América vayan más adelantados que tú.

—Eso no me preocupa —repuso Tamás—. Solo faltaré un día. Ellos tienen fiesta todos los sábados y domingos.

—Dejaré los documentos sobre tu escritorio —prometió Andras—. Los encontrarás cuando vuelvas de la escuela.

Tamás miró a Klara, que estaba sentada a su escritorio junto a la ventana, ella negó con la cabeza y dijo:

—Ya has oído a tu padre.

Encogiéndose de hombros, suspirando, afirmando que era injusto, Tamás dejó de porfiar y se alejó a zancadas por el pasillo en dirección a su habitación.

—Como si fuera a quedar atrasado en los estudios —le oyeron decir antes de que cerrara la puerta.

Klara miró a Andras, intentando reprimir la risa.

—Hace años que es un hombre hecho y derecho —comentó Klara—.

No sé qué va a hacer en América entre todos esos niños con sus *bananas splits* y su rock and roll.

Andras sonrió.

—Comerá *banana splits* y escuchará rock and roll, leerá tebeos y mascará chicle —predijo él, lo que resultó ser cierto.

Andras y Mátyás se habían tomado el día libre para ir al Ministerio del Interior. Estaban empleados en el *Nación Magiar*, un periódico comunista, donde dirigían el departamento de diseño. Se habían quedado levantados hasta tarde la noche anterior porque, como miembros del jurado de un concurso, habían tenido que juzgar los dibujos de estudiantes de *gimnázium* sobre el tema del invierno. El dibujo ganador representaba una carrera de patinaje sobre hielo. El atletismo era un tema seguro según el reglamento del concurso, que descalificaba todos los dibujos que hicieran referencia a la Navidad. Aquellas fiestas pertenecían a la vieja Hungría, al menos oficialmente. La gente seguía celebrándolas, por supuesto. Y Andras, Mátyás, Klara y los niños aprovecharían esa circunstancia. Al cabo de pocas semanas, la víspera de Navidad, irían en tren hasta Sopron y luego caminarían diez kilómetros por la nieve hasta un lugar en el que podrían cruzar la frontera austríaca sin ser vistos; la atravesarían mientras la patrulla de fronteras bebía vodka y escuchaba villancicos en sus caldeados aposentos. En Austria tomarían un tren que los llevaría a Viena, donde vivía Polaner desde que había cruzado la frontera en noviembre. Desde allí viajarían juntos a Salzburgo, y después a Marsella. El 10 de enero, si todo iba bien, embarcarían en un transatlántico con destino a Nueva York, donde József Hász les había buscado un piso.

Pero primero tenían que solucionar el asunto del cambio de nombre y de los nuevos carnets de identidad. Habían presentado la solicitud ocho semanas antes, en octubre, y el trámite se había retrasado, como tantos asuntos del gobierno, con la confusión que había provocado la revolución fallida del otoño anterior. Incluso ahora, apenas un mes después de que hubiese sido sofocada, a Andras le costaba creer que la revolución se hubiera producido: que los debates públicos de la Sociedad Petófi, un grupito de intelectuales de Budapest, hubieran desembocado en aquellas multitudinarias manifestaciones de estudiantes; que los estudiantes y sus simpatizantes hubieran derrocado a Ernó Geró, marioneta de Moscú, y colocado al reformista Imre Nagy como primer ministro; que hubieran derribado la

estatua de veinte metros de altura de Stalin cerca de la plaza de los Héroes y hubiesen plantado banderas húngaras en sus botas vacías. Los manifestantes habían exigido elecciones libres, un sistema pluripartidista y libertad de prensa. Querían que Hungría se retirara del Pacto de Varsovia, y por encima de todo querían que el Ejército Rojo abandonara el país. Querían volver a ser húngaros, a pesar de lo que había significado ser húngaros durante la guerra.

Al principio, Jruschov había cedido. Había reconocido a Nagy como primer ministro y hecho volver las tropas de ocupación a Rusia. Durante unos pocos días, a finales de octubre, a Andras le pareció que la Revolución húngara sería la más rápida y victoriosa que había visto Europa, pero una tarde Polaner llegó a casa con el rumor de que los tanques soviéticos se estaban agrupando en las fronteras de Rumanía y Rutenia. Horas después, en el café del Erzsébetváros donde Andras y Polaner iban a escuchar las tertulias de artistas y escritores judíos hasta bien entrada la noche, el tema candente de debate era si las naciones occidentales acudirían en ayuda de Hungría. Radio Europa Libre había hecho creer a muchos que así sería, pero otros insistían en que ninguna nación occidental correría ningún riesgo para defender a un Estado del bloque soviético. Los cínicos resultaron tener razón. Francia y Gran Bretaña, procupadas por el conflicto del canal de Suez, apenas prestaban atención a lo que sucedía en Europa central; Estados Unidos estaba en plenas elecciones presidenciales y ocupada consigo misma.

Más de dos mil quinientas personas murieron, y diecinueve mil resultaron heridas cuando los tanques y los aviones de Jruschov llegaron para aplastar el levantamiento. Imre Nagy, que se había refugiado en la embajada yugoslava, fue encarcelado en cuanto salió. Los combates terminaron al cabo de pocos días. Durante las semanas siguientes casi doscientas mil personas huyeron a Occidente, entre ellas Polaner, cuya imagen había aparecido en uno de los muchos periódicos creados durante los quince días de libertad de Hungría. Le habían fotografiado mientras atendía a una joven a la que habían disparado en la pierna, en la plaza de los Héroes; la chica resultó ser una líder estudiantil y Polaner quedó etiquetado como revolucionario. Corrían lúgubres historias de tortura acerca del centro de detención de la policía secreta en el número 60 de Andrássy út; Polaner

decidió arriesgarse a cruzar la frontera antes que comprobar si eran ciertas. Por suerte para él, y para los doscientos mil refugiados, el breve conflicto había dejado el Telón de Acero lleno de agujeros, pues muchos de los guardias de fronteras habían sido enviados a ciudades y pueblos del interior para combatir otros levantamientos.

Esos conflictos también se habían sofocado, pero la frontera seguía siendo más permeable de lo que lo había sido en años. Se decidió que el resto de la familia seguiría a Polaner. ¿Cuánto tiempo llevaban esperando una oportunidad para escapar? Ni ellos ni los niños tenían ningún futuro en Hungría; lo sabían ya antes de la revolución, y ahora no tenían ninguna duda. József Hász, que había huido a Nueva York cinco años antes, no había dejado de insistir en que estaban locos si se quedaban. Les había buscado un piso y había prometido ayudarlos a encontrar trabajo. Tamás y Április ya eran bastante mayores para cruzar la frontera a pie; la víspera de Navidad les proporcionaba una oportunidad. Así pues, por fin decidieron correr el riesgo.

Habían comunicado la noticia por carta, con palabras veladas, a József, Elisabet y Paul. Y en aquellos momentos, al otro lado del océano, Elisabet estaba preparando el piso, amueblando las habitaciones y comprando todo lo que podían necesitar. Andras se había resistido a pensar en el piso: le parecía que imaginar su futura vida con tanto detalle era llamar a la mala suerte. Pero él y Klara hablaban a los niños de la escuela y el instituto a los que asistirían, y los cines con sus torres de neón rosa y las tiendas con grandes cestas de fruta exótica. Elisabet llevaba años hablándoles de eso en sus cartas, tanto que esas imágenes ya parecían una leyenda.

Más fantástica aún era para Andras la perspectiva de volver a la facultad, la perspectiva de terminar la carrera de arquitectura. Él y Polaner se habían comprometido a intentarlo, y Mátyás había aceptado unirse a ellos. Durante los últimos once años, agotados después del trabajo, Andras y Polaner se habían esforzado por refrescar lo que habían aprendido en la École Spéciale. Se ponían ejercicios el uno al otro, se desafiaban a resolver problemas de diseño. Incluso habían asistido a algunas clases nocturnas, pero les había desanimado tanto la monotonía de la arquitectura soviética que se les habían ido las ganas de continuar. Nueva York ofrecía una

perspectiva diferente. No sabían nada de las facultades de allí, pero József había escrito que en la ciudad había muchísimas. Andras y Polaner habían sellado el pacto con unas copas de tokay la noche de la partida de este.

—Seremos unos viejos entre jóvenes —había dicho Andras—. Como si lo viera.

—No somos viejos —señaló Polaner—. No tenemos ni cuarenta años.

—¿Ya no te acuerdas de cómo era? No sé si tendré suficiente energía.

—Por el comienzo —brindó Polaner, y dos horas después había desaparecido en la incierta noche llevando consigo solo una mochila y un tubo de metal verde con dibujos.

Ahora, en esa mañana despejada de diciembre, Klara estaba junto a Andras en la ventana, siguiendo su mirada hacia el parque y el río. Tras la guerra había abandonado la enseñanza y se había dedicado a la coreografía. A los soviéticos les encantaba que se hubiera formado con un ruso y que hablara el idioma; no importaba que su profesor hubiera sido un ruso blanco que había huido de San Petersburgo en 1917. El Ballet Nacional Húngaro le proporcionó un empleo fijo, y el periódico estatal elogiaba la fuerza y solidez de sus trabajos. «K. Lévi es una coreógrafa con el auténtico estilo soviético», escribió el crítico de baile oficial, y Klara, que desde hacía años planeaba la huida de su familia a Estados Unidos, se sentó a la mesa de la cocina con el periódico en la mano y se echó a reír.

—Es hora de irse —dijo ahora—. Mátyás nos estará esperando.

Andras la ayudó a ponerse el abrigo gris y a anudarse al cuello la bufanda de color canela.

—Estás tan guapa como siempre —dijo, tocándole la manga—. En París llevabas siempre un sombrero rojo. En Estados Unidos también tendrás uno.

—¡Como siempre! —protestó ella—. ¿Qué pasa? ¿Tan vieja soy?

—No tienes edad —afirmó él—. Eres atemporal.

Se encontraron con Mátyás en la esquina de Pozsonyi út y Szent István körút. Para la ocasión Mátyás se había puesto un clavel rosa en el ojal, un gesto que recordaba al joven que había sido. Había regresado de Siberia convertido en un hombre endurecido, con una luz feroz y agresiva en los ojos. No había vuelto a bailar, nunca más se había puesto una corbata blanca o un frac. La parte de él que mostraba la expresión física de la alegría se la habían arrancado en Siberia. Pero ahora, el día del cambio de nombre, llevaba un clavel rosa.

Klara apretó el brazo de Andras mientras cruzaban Perczel Mór utca.

—He traído la cámara —dijo—. Espero que pongas buena cara.

—Como siempre —repuso Andras, que detestaba que le fotografiaran.

Mátyás, en cambio, enderezó el clavel del ojal y posó junto a una farola.

—Todavía no —dijo Klara—. Cuando tengamos los documentos.

Llegaron a la mole gris que albergaba el Ministerio del Interior, un edificio, recordó Andras, que se había levantado sobre los cimientos de un palacio del siglo XVIII perteneciente a una famosa cortesana. El palacio había sido destruido durante el sitio de 1944, pero un olmo solitario que aparecía en los grabados del edificio seguía todavía detrás de la verja baja de hierro. Andras tocó la corteza como si pudiera darle suerte, intentando imaginar cómo sería vivir en una ciudad donde no viera fantasmas de edificios y personas allá donde mirara, donde lo que existía en el presente era todo lo que había para él. Subió con Mátyás y Klara por los escalones y entraron en la caverna de cristal y hormigón del edificio. Esperaron una hora mientras el empleado encargado de los cambios de nombre repasaba una interminable pila de documentos, cada uno de los cuales debía ser sellado tres veces y firmado por esquivos funcionarios antes de ser entregado. Por fin alguien dijo en voz alta su apellido —su antiguo apellido, por última vez —y tuvieron los documentos en la mano: nuevos carnets de identidad y carnets de trabajo y certificados de residencia. Documentos que Andras esperaba que pronto no les sirvieran de nada. Pero les había parecido

importante saber que el nuevo nombre constaba en los libros de registro húngaros, importante que fuera oficial.

Fuera, el cielo azul se había vuelto de un gris metálico, y vieron que había empezado a nevar. Klara bajó corriendo por los escalones para preparar la cámara mientras Andras y Mátyás posaban con los nuevos documentos en la mano. Andras no había esperado que se le saltaran las lágrimas al ver los documentos, pero descubrió que estaba llorando. Por fin se había hecho realidad: ese recuerdo, esa marca que llevarían toda su vida y que pasaría a sus hijos y nietos.

—Para —dijo Mátyás, secándose los ojos con la manga—. No cambiará nada.

Tenía razón, por supuesto. Nada cambiaría lo que había pasado, ni la aflicción, ni el tiempo, ni los recuerdos, ni el justo castigo. Pero podían dejar ese país, y lo harían al cabo de unas semanas. Podían cruzar el océano y vivir en una ciudad donde Április crecería sin la seriedad que había caracterizado a su hermano, sin la sensación de tragedia que parecía suspendida en el aire, como el polvo marrón del carbón bituminoso. Y Andras volvería a ser un estudiante; no el joven que había llegado a París con una maleta y una beca, sino un hombre que sabía más de la belleza y la fealdad del mundo. Y Klara estaría con él, Klara, que ahora estaba ante ellos con los cabellos agitados por el viento, las manos levantadas, la cara oculta tras la cámara. Rodeó a su hermano con el brazo y dijo.

—Preparados.

Ella contó hasta tres en inglés, un acto atrevido a la sombra del Ministerio del Interior. E inmortalizó a los dos hombres en los escalones: Andras y Mátyás Tibor.

OceanofPDF.com

Epílogo

En primavera, las tardes que no tenía entrenamiento de fútbol, se saltaba la última clase, la de orquesta, y cogía el 6 para ir al edificio de su abuelo. Ella lo llamaba así, el edificio de su abuelo, aunque el hombre no vivía allí ni era de su propiedad. Era una casa de cuatro pisos que estaba un tanto inclinada con respecto a la calle; la fachada, formadas por cientos de pequeños rectángulos de cristal enmarcados en acero, se elevaba hacia el cielo con un impulso violento y asimétrico, como un biombo japonés reventado. En el pedazo de tierra trapezoidal que quedaba entre el edificio y la acera crecían unos esbeltos abedules. En el dintel de mármol de la entrada se leía MUSEO DE ARTE CONTEMPORÁNEO AMOS; el nombre de su abuelo estaba grabado en la piedra angular, sobre la palabra ARQUITECTO. El edificio albergaba una pequeña colección de pinturas, esculturas y fotografías que ella había visto miles de veces. En el patio central había una cafetería donde siempre pedía un café. A los trece años se consideraba ya una mujer madura. Se sentaba a una mesa y escribía cartas a su hermano, que estudiaba en Brown, o a sus amigos del campamento del Berkshires. Pasaba largo rato allí, a veces hasta la hora de cenar, y entonces corría para coger el autobús, esperando llegar al piso antes de que sus padres volvieran del trabajo.

Sus abuelos no vivían en la ciudad, sino en el norte del estado, a cuatro pasos de su tío abuelo y a ocho kilómetros del hombre al que llamaba tío pero que era un amigo de su abuelo. Ella los visitaba algunos fines de semana. Tres horas de tren, que pasaban volando si tenía un asiento junto a la ventanilla. Su abuelo tenía un establo que había convertido en taller, con ventanas altas por las que entraba la luz septentrional. Los tres seguían trabajando allí, su abuelo, su tío abuelo y su tío no tío, aunque ya tenían edad de jubilarse. Le dejaban sentarse a sus mesas inclinadas y usar sus útiles manchados de tinta. Le gustaba dibujar entradas oblicuas, tejados fracturados, fachadas curvilíneas. Le prestaban libros de arquitectos que habían conocido, como Le Corbusier y Pingusson. Le enseñaban los nombres latinos de los arcos y cómo utilizar la plantilla y el compás de barra. Incluso había aprendido a dibujar de un solo trazo las letras romanas que usaban para rotular sus planos.

De vez en cuando el tema de la guerra salía a relucir en la conversación; «Durante la guerra…», decían, y a continuación hablaban de lo poco que tenían para comer, de cómo habían sobrevivido al frío, o de cuánto tiempo habían pasado sin verse. Ella había estudiado aquella guerra en la escuela, por supuesto —quién había muerto, quién había matado a quién, cómo y por qué—, aunque sus libros no contaban mucho sobre Hungría. Había aprendido otras cosas de la guerra observando a su abuela, que guardaba las bolsas de plástico y los botes de vidrio, hacía acopio de botellas de agua por si había una catástrofe, preparaba los pasteles con la mitad de la mantequilla y el azúcar que indicaba la receta, y a veces se echaba a llorar sin razón aparente. Y había aprendido otras de su padre, que apenas era un bebé en aquella época, pero que recordaba haber caminado con su madre entre las ruinas.

Había otras historias más tristes. No sabía cuándo las había oído; pensaba que debía de haberlas absorbido a través de la piel, como un medicamento o un veneno. Algo sobre campos de trabajo. Algo sobre alguien a quien habían obligado a comer periódicos. Algo sobre una enfermedad que transmitían los piojos. Incluso cuando no pensaba en esos, aquellos retazos de historias seguían en su cabeza. Unas semanas antes había tenido un sueño del que había despertado gritando asustada. Ella y sus padres estaban en una habitación fría de paredes negras, vestidos con pijamas hechos con sacos de harina. En un rincón su abuela estaba arrodillada en el suelo de cemento, llorando. Su abuelo estaba delante de ellos, muy delgado, sin afeitar. Un guardia alemán salía de las sombras y lo obligaba a subir a una cinta transportadora elevada, como las cintas de equipaje de los aeropuertos. El guardia le ponía esposas en los tobillos y las muñecas, después se acercaba a una palanca de madera que había junto a la cinta y la empujaba hacia delante. Un chirrido mecánico, un rechinar de dientes de acero. La cinta empezaba a moverse. Su abuelo doblaba una esquina y desaparecía en un rectángulo de luz, donde sonaba una palmada ensordecedora, señal de que había muerto.

Fue entonces cuando gritó y se despertó.

Sus padres fueron a su habitación corriendo. «¿Qué pasa? ¿Qué pasa?»

Mejor que no lo supieran.

Ahora estaba sentada en el patio con su cuaderno y el café amargo; era la primera vez que iba allí desde el sueño. Era una tarde de un azul intenso, y la luz del sol caía oblicuamente al patio de una forma que le recordaba los bosques del norte y el campamento. Pero no podía dejar de pensar en la cinta transportadora y aquel ruido ensordecedor. No podía concentrarse para escribir a su hermano. No podía tomarse el café, ni siquiera respirar profundamente. Se recordó que su abuelo no estaba muerto. Su abuela no estaba muerta. Y tampoco su tío abuelo, ni el tío que no era tío; ninguno de ellos estaba muerto. Incluso su padre había sobrevivido, y la hermana de su padre, su tía Április, que había nacido en medio de todo aquello.

Pero estaba el otro tío abuelo, el que sí había muerto. Tenía una esposa, y su hijo tendría ahora la edad de su padre. Los tres habían muerto en la guerra. Sus abuelos casi nunca hablaban de ellos, y cuando los mencionaban, bajaban la voz. Lo único que quedaba de aquel tío era una fotografía tomada cuando tenía veinte años. Era guapo, con una mandíbula fuerte y una abundante cabellera, y llevaba unas gafas con montura plateada. No parecía un joven que esperara morir. Parecía que fuera a vivir hasta ser un anciano de cabellos blancos como sus hermanos.

Sin embargo, de él solo quedaba aquella fotografía. Y su apellido, un homenaje.

Quería oír toda la historia: cómo era ese hermano de niño, qué asignatura se le daba mejor en la escuela, qué quería hacer con su vida, dónde había vivido, a quién había amado, cómo había muerto. Pensó que si su hermano muriera, ella le contaría a su nieta todo sobre él… Si su nieta se lo preguntara.

Quizá ese era el problema, que ella no había preguntado. O quizá era que ni siquiera ahora querían hablar de eso. Pero ella les preguntaría la próxima vez que los visitara. Era lógico que se lo contaran, ahora que tenía trece años. Ya no era una niña. Ya era bastante mayor para saberlo casi todo.

OceanofPDF.com

ACASO

Pudo haber sucedido.
Debió suceder.
Sucedió antes. Después.
Más cerca. Más lejos.
Pero no a ti.

Te salvaste por ser el primero.
Te salvaste por ser el último.
Por estar solo. Con gente.
A la izquierda. A la derecha.
Porque llovía. Porque había sombra.
Porque lucía un sol esplendoroso.

Por suerte había un bosque.
Por suerte no había árboles.
Por suerte, un raíl, un gancho, una viga, un freno,
una repisa, una curva, un milímetro, un segundo.
Por suerte había a mano un clavo ardiendo.

A causa de, puesto que, sin embargo, pese a.
A saber qué hubiera ocurrido si la mano, si el pie,
por un pelo, a un paso
de una coincidencia.

¿Estás, pues, aquí? ¿Salido de un instante aún entreabierto?
¿La red solo tenía una malla, y tú a través de la malla?
No logro salir de mi asombro ni articular palabra.
Escucha,
en mí late, desbocado, tu corazón.

WISŁAWA SZYMBORSKA, *Paisaje con grano de arena*,
traducción de Ana María Moix y Jerzy Wojciech Sławomirski

OceanofPDF.com

Julie Orringer

El puente invisible





OceanofPDF.com